

4332



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS.

UNICA VISTA DEL AÑO 1800.

INCLUSA LA GEOGRAFÍA GENERAL DE ESPAÑA.

Este libro es propiedad de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla y no puede ser prestado ni vendido sin el consentimiento de la Biblioteca. Toda infracción será castigada de acuerdo con la Ley de Propiedad Intelectual.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.



TOMO VIII.

MADRID.

Impreso en Madrid, en la imprenta de Don Juan de la Cruz, calle de San Mateo, número 14.

1865.

Esta obra es propiedad de sus autores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, tanto en España como en los demás puntos á que alcance la ley de derecho internacional, segun está prevenido por las reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

ESPAÑA.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1860,

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA,

POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



TOMO VIII.

MADRID:

Imprenta de Manuel Tello, calle de Preciados, núm. 86.

1863.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1800.

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA.

por

D. DOMINGO S. DE ALBAMA Y D. MANUEL GARCÍA GONZÁLEZ.



TOMO VIII.

MADRID:

Imprenta de Manuel Tello, calle de Preciados, número 30.

1883.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

INSTITUCION DE LOS JESUITAS.

Antes de comenzar á ocuparnos de los sucesos ocurridos en el año 1542, debemos dar cuenta al lector de la institucion de la *Compañía de Jesus*. Cuestion es harto debatida la que á tan célebre compañía pertenece; y quando se la trata duramente, se tiene como cosa segura la general aceptacion, porque se ha escrito mucho en su contra, y el vulgo por estos escritos juzga, puesto que circulan demasiado, habiendo contribuido no poco á que se generalicen, la rigorosa prohibicion que de ellos se ha hecho. Sensible es decirlo, pero es innegable que toda obra prohibida se imprime siempre clandestinamente, ó se introduce en España ya impresa, y clandestinamente se vende y clandestinamente se compra: asi es que toda prohibicion es una prenda segura de inmensa ganancia para aquellos que estiman esta sobre todas las cosas.

Nosotros al acometer, con más osadía que aptitud, la árdua empresa de compilar los hechos que venimos narrando, separamos absolutamente de nuestra memoria, asi nuestras creencias religiosas como nuestra opinion política. A un mismo soberano, á un mismo prócer, á un mismo prelado, á un mismo comunero, en una misma página tal vez le aplaudimos y le vituperamos: quando de cuestiones religiosas se trata, ni somos católicos ni pertenecemos á secta alguna, por más católicos que

seamos como confesamos públicamente; procuramos comprender que la religion, esencialmente buena y santa, como emanada del Bueno y Santo por excelencia, está infinitamente elevada sobre sus ministros y sobre los que la profesan, para que pueda perder cosa alguna porque entre los primeros se hayan encontrado siempre algunos que aparezcan indignos de estar revestidos de tan sagrado carácter, y porque entre los segundos exista tanto malvado y tanto hipócrita. Nos hacemos cargo de que unos y otros son hombres al fin, y de la debilidad humana nada debe extrañarse; empero ni somos tan cobardes ni tan apegados á la humana gloria, que por adquirir esta ó por eludir cierta clase de compromisos destiguremos la verdad, contra lo que nuestra conciencia imperiosamente nos manda. No se espere, pues, que ahora ni nunca ensalcemos ó vituperemos lo que la generalidad vitupera ó ensalza: con hechos hablaremos, como con hechos hemos hablado al apartarnos en más de una ocasion de la opinion de eminentes autores, por más que la hayamos respetado como debemos.

Estaba amenazada ya la unidad de la Iglesia, cuando el apóstata y desalentado Enrique VIII de Inglaterra, favoreciendo á la herejía de Lutero, solo por satisfacer sus pasiones, admitió aquella y negó la obediencia al Sumo Pontífice.

Habiase extendido el protestantismo por Alemania, que fué su cuna; habia atraído á la Inglaterra entera; y cuando abiertamente luchaba con el duque soberano de Sajonia, que fué muy fervoroso católico, falleció este. Le sucedió su hermano Enrique, tan cordialmente protestante como era católico el difunto duque, y al nuevo le faltó tiempo para abolir el culto católico en todos sus vastísimos dominios y permitir el libre ejercicio de la secta luterana.

El apoyo que los católicos podian esperar del *cristianísimo* Francisco I, que tan pronto se aliaba con el turco como capitulaba con los luteranos, era ninguno; y Carlos I, que era ó debia ser el único antemural del catolicismo, ni se cuidaba por entonces de otra cosa que de sus empresas militares, ni podia romper abiertamente con los protestantes, para evitar el que se alterase en Alemania la tranquilidad.

Paulo III, que se encontró casi aislado, se decidió entonces por la celebracion de un concilio general, cosa largo tiempo deseada por Carlos I; mas no se avenian católicos ni protestantes, que en todo ponian dificultades. Al mismo tiempo el monarca católico y el rey *cristianísimo* prohibieron á sus súbditos, por consideraciones y miras puramente mundanas, el que asistiesen al mencionado concilio: por manera que ni se celebró en Mántua, ni en

Vicenza, puntos ambos designados sucesivamente por Paulo III para el objeto.

En tanto los protestantes ganaban terreno, no solo materialmente por los muchos adeptos con que ya contaban, si que tambien por la calidad é importancia de aquellos, entre los cuales se contó al duque soberano de Sajonia, de quien poco hace hemos hablado.

Al morir su hermano y predecesor, encontró en el testamento de este una cláusula, por la cual quedaba desheredado si intentaba alterar el culto religioso en aquellos dominios, en cuyo caso estos habrian de pasar al emperador Carlos I. El nuevo duque por sí y ante sí anuló la cláusula en cuestion, y reunido con Lutero y los patriarcas de la reforma en Leipsik, determinó abolir el culto católico, sustituyéndole por el de la reforma. Esta caminaba de victoria en victoria; hora por hora podia contar sus triunfos; todos la protegian y apoyaban, y los que no la apoyaban ni protegian eran tibios, muy moderados, ó se ocupaban de otros asuntos que directamente les importaban.

En tal estado, y cuando Martin Lutero, el antiguo fraile, figuraba mucho más de lo que su instruccion y talento podian prometer, se levantaba en la católica España el más decidido é importante enemigo del catedrático de Wirtemberg y de su fatídica reforma.

Para que más extraordinaria y providencial pareciese la aparicion de aquel coloso del catolicismo, era el aparecido un guerrero, acostumbrado á la licencia de los campamentos y á la libertad de la vida militar. Llamábase IGNACIO DE LOYOLA, en donde tenia su casa solar; nació en el año 1491, y como hijo de padres nobles y ricos, apenas contaba diez años cuando entró al servicio de Fernando V, el Católico, en calidad de paje.

Despues de unida Navarra á la corona española (en 1521), fué Pamplona, como el lector sabe, sitiada por el francés. Entre los defensores hallábase Ignacio: era capitán de granaderos, que por aquel tiempo comenzó el uso de las granadas de mano, y pertenecía al cuerpo de ejército mandado por el duque de Najera.

Colocado en una trinchera recibió una terrible pedrada en la pierna izquierda, y poco despues una bala de á doce, lanzada por un cañon enemigo, le partió la pierna derecha.

Retirado á su alojamiento y despues á la casa paterna, sufrió infinito á consecuencia de las dolorosas operaciones que tuvo necesidad de sufrir; y como la convalecencia fuese larga y él estuviere acostumbrado desde su niñez á la vida activa, haciéndosele eterno el tiempo, pidió algunos libros de caballeria, análogos á su marcial profesion, y á los que era por demás aficionado.

III No los había á la mano, y le presentaron algunos libros devotos, entre ellos la Vida de Jesucristo, los cuales admitió con tal de entretener el tiempo. La lectura de aquellos preocupó en tales términos su imaginacion, que resueltamente decidió abandonar el militar servicio y declararse caballero de Jesus y de María.

Inmediatamente abandonó á una ilustre dama con quien tenia relaciones amorosas; regaló á los pobres sus ricos trages; vistió un tosco sayal, y á pié se dirigió desde Pamplona á Manresa, en Cataluña, y pidió asilo en el hospital de la villa.

Allí ocupaba parte del dia en maceraciones, ayunos y penitencia, y otra parte en correr la poblacion de casa en casa pidiendo limosna; y aquel mismo hombre que acababa de dar á los pobres sus ricos vestidos y casi todos sus bienes, comia el pan de la caridad, sufriendo el rubor de pedirle de puerta en puerta.

No tardó mucho en descubrirse quién era, y para evitar la tentacion de volver al mundo y á los honores, huyó á despoblado y se encerró en una cueva natural, en donde alimentándose de frutos silvestres y de yerbas, compuso sus *Ejercicios espirituales*, y proyectó la fundacion de una milicia que combatiere sin tregua á los enemigos de la verdadera fé y cuyo jefe supremo fuese el mismo Jesucristo.

Tal decision formó y tal fuerza de alma tuvo, que sin recurso alguno pasó peregrinando á la Palestina, visitó el Santo Sepulcro y regresó á España. Al volver de su peregrinacion, encontróse sin la instruccion necesaria para llevar á cabo la grande empresa que pensaba acometer, y á pesar de haber ya cumplido treinta y tres años, comenzó á estudiar gramática latina en Barcelona, de donde pasó á Alcalá para estudiar filosofía, y de esta última ciudad se trasladó á Salamanca, para emprender el delicado estudio de la teología.

No pudo concluir sus estudios en Salamanca. Su trage, ridículo para el mundo, así como el de los discípulos á quienes catequizaba, llamaron la general atencion; y una tarde, hallándose enseñando públicamente al pueblo la doctrina cristiana, fué reducido á prision. Viendo cuán sencillamente se defendía, le dieron libertad, amonestándole, empero, á fin de que usase el trage propio de los estudiantes, y se abstuviese, hasta haber estudiado cuatro años de teología, de explicar los dogmas.

No fué reducido á prision aquella sola vez, por lo cual pensó en trasladarse á Francia, y se dirigió en efecto á Paris, solo y á pié. En la capital de Francia terminó sus estudios, y allí tambien su virtud y doctrina hicieron que seis personas se decidie-

sen á unirse á la empresa de Ignacio, y que fueron los primeros soldados de la milicia de Jesus, proyectada por el antiguo capitán de granaderos.

Los seis predichos sugetos eran un portugués llamado *Simon Rodriguez de Acebedo*; *Pedro Lefèbre*, sacerdote saboyano, y cuatro españoles, á saber: *Diego Lainez*, *Alfonso Salmeron*, *Nicolás Bobadilla*, y un caballero navarro, profesor de filosofia y letras en el colegio de Beauvais, cuyo nombre era FRANCISCO JAVIER (San Francisco Javier).

Reunidos los siete, Ignacio llevó á sus compañeros á una capilla subterránea de Montmartre; Lefèbre celebró el santo sacrificio; todos comulgaron y en aquel solemne momento hicieron voto de pobreza y de castidad, se comprometieron á dirigirse á la Tierra-Santa para dedicarse á la conversion de infieles, ó ir, si aquel propósito no pudiera realizarse, á ofrecer al Sumo Pontífice sus personas y vidas.

Poco despues se trasladó Ignacio á España con el objeto de arreglar los asuntos materiales de aquella pequeña compañía, y ya en su patria, no quiso dejar de hacer una visita á la casa paterna. El pasó á vivir á un asilo de beneficencia, sin que los ruegos de su hermano pudiesen nada con él, para decidirle á que viviese en la propia casa.

No se detuvo allí más tiempo que el puramente preciso para vender algunos bienes que aun conservaba, cuyo producto repartió entre los pobres; y despues de establecer en la iglesia la oracion llamada el *Angelus*, salió otra vez de España para reunirse con sus consocios en Venecia.

Llegó Ignacio antes que sus amigos á Venecia; pero poco esperó, y tuvo mucha satisfaccion al ver que en vez de seis, eran ya nueve los soldados de aquella religiosa milicia. Habíanse asociado á ella dos franceses, llamados Pascual Brouet y Juan Cadure (ó Codure), y Claudio Le Gay, genovés. Estos nueve individuos fueron los primeros *jesuitas*.

No pudieron realizar su proyecto de pasar á la Tierra-Santa para dedicarse á la conversion de infieles; porque estaba á la sazón rigorosamente prohibida la salida del puerto de ningun buque mercante, á consecuencia de la liga contra el turco; mas como su voto abrazaba un segundo extremo para en el caso de no poder pasar á la Tierra-Santa, decidieron, en cumplimiento de la segunda parte de aquel, pasar á Roma.

Ignacio, Lefèbre y Lainez se trasladaron á la ciudad eterna, mientras los otros siete se dedicaban á adquirir prosélitos; y Paulo III, que además de luchar vigorosamente con los reformistas se ocupaba á la sazón de poner un fuerte dique á la escan-

dalosa corrupcion de costumbres que en la ciudad santa se veia, admitió con regocijo á los nuevos apóstoles.

Ignacio llamó inmediatamente á todos sus consocios, á fin de que contribuyesen á la grande obra; porque era entonces tan necesaria la reforma de costumbres, cuanto la relajacion servia de muy poderosa arma á los protestantes para desacreditar á los católicos.

Aprovechando la oportuna coyuntura, el *general* religioso presentó á Paulo III el reglamento del nuevo instituto, el cual cometi6 el exámen de aquel á tres sábios y virtuosos cardenales. Estos desaprobaron la idea, sin otra razon que la excesiva multiplicidad de órdenes religiosas, que ya existian muchas: el Pontífice se adhirió al parecer de los cardenales, y el fervoroso Ignacio tuvo el sentimiento de recibir una rotunda negativa.

Insistió, sin embargo, y á fuerza de tiempo y de perseverancia logró la realizacion de sus deseos; porque la reforma ganaba terreno en toda Europa, y el primer objeto del instituto en proyecto era el de combatir sin tregua á la herejía.

Aprobó, pues, Paulo III el instituto y su reglamento, á cuyo fin expidió la célebre bula *Regimini militantis ecclesie*. La *Compañía de Jesus* quedó aprobada en 27 de Setiembre de 1540.

Ignacio de Loyola fué elegido *general* de la órden (Abril 1541), y *de su puño y letra* escribió en *español* las constituciones que habian de regir á aquella nueva sociedad religiosa, las cuales no se publicaron hasta despues de morir aquel eminente varon. Oigamos acerca de tan importante escrito, á un autor muy autorizado, erudito, é imparcial en el punto en cuestion:

«Estas constituciones, dice, son, á no dudar, una de las obras más notables del entendimiento humano en materia de organizacion social. Por primera vez se vió el rigor de la disciplina militar aplicado á una institucion religiosa. Educado su autor en la milicia, hombre perspicaz y enérgico, comprendió que en una época en que el principio de autoridad se habia quebrantado, en que la falta de obediencia y de unidad habia puesto al mundo católico en una de aquellas crisis que deciden de la suerte de los pueblos, lo que convenia á su fin era el restablecimiento de la autoridad por el principio de la obediencia ciega, como el soldado obedece á su jefe. Un voto especial sometia toda la asociacion á la obediencia del Papa. La compañía era gobernada por un general, perpétuo y absoluto, nombrado por la congregacion, y sin facultad de declinar. Su residencia habitual habia de ser Roma. Solo el general podia hacer las reglas y dispensarlas; él solo comunicaba sus poderes á los provinciales; él solo nombraba para todos los cargos y oficios

» de las casas de profesion, de los colegios y noviciados; él solo
 » aprobaba ó desaprobaba lo que los provinciales, comisarios ó
 » visitadores hubieran hecho en virtud de sus poderes; él solo
 » tenia facultad de sustraer uno ó más miembros del poder de sus
 » superiores inmediatos; él solo podia crear nuevas provincias:
 » él tenia la superintendencia de todos los colegios; él convocaba
 » la congregacion general ó las provinciales, y tenia dos votos en
 » todas las asambleas; él estipulaba todo contrato de compra,
 » venta, ó empréstito de bienes muebles ó inmuebles, de la com-
 » pañia; él mantenía una correspondencia activa con todos los
 » provinciales, por medio de la cual sabia todo lo que pasaba en
 » los lugares más remotos, como si se hallase presente; á él le
 » enviaban de cada provincia catálogos con expresion de la edad
 » de cada súbdito, la proporcion de sus fuerzas, sus talentos na-
 » turales ó adquiridos, sus progresos en la virtud ó en las cien-
 » cias, y destinaba á cada uno á lo que le parecia más apto á su
 » instituto: nadie podia negarse á ir donde el general le destina-
 » ba, sin réplica ni exámen; nadie podia publicar una obra sin
 » someterla á tres examinadores al menos, designados por el ge-
 » neral. El poder, pues, del general era ilimitado; era la aplica-
 » cion, en su más vasta escala, del principio absoluto al gobier-
 » no de una órden religiosa.

» Muchas eran las condiciones para entrar en la compañía.
 » Ningun religioso de otra órden cualquiera podia ser recibido en
 » ella. Todo novicio en el acto de su ingreso renunciaba á su
 » propia voluntad, á su familia, á todo lo que hay más caro en la
 » tierra. Habia en la compañía seis órdenes ó estados, á saber:
 » *novicios*, que se dividian en tres clases, destinados al sacerdo-
 » cio, á los empleos temporales, é indiferentes: *hermanos tem-*
 » *porales formados*, empleados en el servicio de la comunidad;
 » no se les admitía á los votos públicos sin diez años de pruebas
 » y treinta de edad: *escolares aprobados*; estos hacian los votos
 » simples de religion y continuaban su carrera de pruebas: *coad-*
 » *juutores espirituales formados*; que se destinaban al gobierno
 » de los colegios, á la predicacion, á la enseñanza ó á las misio-
 » nes: *profesos de tres votos*; eran ya pocos, de aquellos que
 » faltándoles alguna cualidad para la profesion de los cuatro, te-
 » nian algun mérito especial para que la órden pudiera sacar par-
 » tido de ellos en cierto círculo de ideas: *profesos de cuatro votos*;
 » era el estado superior; eran los iniciados en todos los secretos
 » de la órden; solo ellos podian ser generales, asistentes, secre-
 » tarios generales ó provinciales. Los últimos votos no se podian
 » hacer hasta la edad de treinta y tres años.»

Hé aquí las principales bases que servian de fundamento á la

organizacion de la compañía de Jesus, tan á propósito como el lector ha visto para la subordinacion de los individuos, como para formar una reunion de jóvenes aptos y dignos de la mision que debia serles confiada. La ambicion de honores no entró en los cálculos del fundador, puesto que ningun jesuita podia aceptar obispado ni dignidad alguna de las supremas gerarquías de la Iglesia.

Hasta qué punto cumplieron con su instituto los soldados de Ignacio de Loyola, el tiempo nos lo irá haciendo ver. Ahora nos llama de nuevo la historia; y solo diremos al lector que en este y en otros puntos puede dar completa fé á nuestras palabras, puesto que siempre las hemos apoyado en datos fidedignos, y con mayor motivo podemos hacerlo á medida que el tiempo avanza y se acerca á nuestros días, porque no tropezamos con la densa oscuridad y dificultades que nos han rodeado al tratar de los remotos tiempos, sin embargo de lo cual, tampoco hemos asegurado cosa alguna que no hayamos podido y debido asegurar.

Limitarémonos por ahora á decir lo mismo que al tratar del establecimiento de la inquisicion: pudo con el trascurso de los tiempos ser adulterado el objeto verdadero de su fundacion; mas al crearse la inquisicion, como la compañía de Jesus, fué destinada á llenar un grande y perjudicial vacio: la primera se creó para ser el baluarte de la fé católica contra los moros y judíos, que tanto trabajaban para atraer á sí á la inexperta juventud; la segunda para ser el antemural de esa misma fé, contra la herejía de Lutero, los anabaptistas y otros sectarios.

El Sumo Pontífice encontró en la recién fundada compañía un poderoso y oportuno auxilio, en época en que se encontraba completamente aislado: hasta el mismo Carlos I, tan celoso defensor del catolicismo, se veia obligado á transigir con los herejes; porque estando de ellos poblada la Alemania, y esta amenazada en sus fronteras por Soliman II, no podia menos de ser tolerante á fin de evitar el que se le declarasen abiertamente enemigos.

En los alemanes protestantes militaba una razon parecida para dar todo género de auxilios al emperador. Querian atraerle y qué se decidiese francamente á protegerlos; por esto les faltó tiempo para ofrecerle hombres, armas, dinero y cuanto menester fuese para la defensa del imperio.

Hallábase, pues, solo Paulo III para hacer frente á la fatidica herejía; y la aparicion de la COMPAÑIA DE JESUS, á la sazón compuesta de celosos apóstoles prontos á sufrir hasta el martirio en defensa de la verdadera fé, fué de importancia inmensa y llenó una verdadera necesidad.

GUERRA CON FRANCISCO I.

AÑO 1542.

Después de haber reclamado Francisco I del emperador el castigo de los supuestos asesinos de Antonio del Rincon y César Fregoso, las relaciones entre ambos monarcas, nunca verdaderamente amistosas, se rompieron por completo. No era tampoco posible el que se castigase á unos asesinos que solo existían en la mente del rey de Francia, puesto que los enmascarados huyeron sin dar tiempo á que se les conociese; y aunque el francés señalaba sin rebozo al marqués del Vasto como verdadero autor de los asesinatos ejecutados por manos venales, tal creencia solo estaba basada en una vehemente sospecha, sin que existiese prueba alguna legal de la certeza del criminal hecho.

Con tal motivo el perpétuo rival del emperador realizó las alianzas y preparó los ejércitos de que en otro lugar hemos dado cuenta; mas de los cinco ejércitos, solo el del duque de Orleans hizo algo de notable, perdiendo cuanto habia ganado con retirarse inoportunamente á Francia. Puede decirse que casi todo el año le invirtió el emperador en preparar su viaje á Italia y Alemania, á fin de hacer frente á Soliman II, en tanto que á este no le daba Francisco I punto de reposo, con el objeto de que no dejase tranquilo á Carlos I; y el rey malamente llamado cristianísimo era quien más directa y eficazmente, por una miserable venganza, á toda hora ponía en grave peligro á la cristiandad entera.

AÑO 1543.

El año anterior trascurrió más que con guerra, con amenazas de esta, con preparativos y con intrigas por parte del francés.

Cuando comenzó el de que vamos á tratar, hallábase Carlos I muy disgustado con el Sumo Pontífice á consecuencia de su indecision en los asuntos que entre el emperador y el rey de Francia mediaban. Paulo III, sin embargo, para no proceder tan al descubierto como el emperador exigía, se apoyaba en razones cuya fuerza y conveniencia ya en otra ocasion hemos manifestado; porque el arrebatado y violento francés, que estaba siem-

pre en tratos con el turco, hubiera necesitado hacer muy poco esfuerzo para dar apoyo y todo género de auxilios á los protestantes.

Estaba á la sazón el apóstata Enrique VIII muy disgustado con Francisco I, á consecuencia de haber este estrechado mucho sus relaciones amistosas con el rey Jacóbo de Escocia, de quien Enrique era enemigo natural y declarado. Esto fué bastante para que Enrique VIII formara estrecha alianza con Cárlos I, y juntos reclamaron del rey Francisco el que se separase de la amistad del turco; que pagase á Enrique lo que le adeudaba, que en este género de asuntos jamás se descuidaron los ingleses, y que devolviera al emperador el ducado de Borgoña. Decíanle, además, que en el acto suspendiese la guerra, ó de lo contrario España é Inglaterra, con su inmenso poder, caerían sobre Francia.

Segun respetables historiadores, se murmuró no poco del emperador, por haberse aliado con un rey apóstata como Enrique; empero estamos muy de acuerdo con ellos en disculpar á Cárlos de semejante cargo. La alianza era puramente política, sin rozarse en nada con la cuestión religiosa; el emperador necesitaba neutralizar, por lo menos, el efecto de las alianzas que Francisco I había realizado, y además se trataba de destruir la alianza de este con Soliman II, jefe del mahometismo, más amenazador á la sazón si se quiere que el protestantismo.

Celebrada la alianza del emperador con Enrique VIII, aquel nombró su lugarteniente y gobernador de estos reinos á su hijo D. Felipe, príncipe de Asturias, que poco tiempo antes había sido jurado sucesor de la corona, y que contaba ya de edad diez y seis años. Nombró además D. Cárlos capitán general de Castilla y Aragon á D. Fernando de Toledo, duque de Alba de Tormes; dió el encargo del despacho inmediato de todos los negocios á D. Franciscó de los Cobos, secretario imperial; y para guiar la inexperiencia del príncipe D. Felipe, le dió por consejero al cardenal Tavera.

Dispuesto todo así, realizó un empréstito que le facilitó el rey de Portugal sobre la conquista de las Molucas y le reunió á 400,000 ducados que le habían otorgado las Córtes castellanas; hecho lo cual tomó la vuelta de Barcelona, en donde se embarcó en la armada del célebre príncipe de Melfi, Andrea d'Oria.

Tocaba ya á su término el mes de Junio, cuando el emperador, con el almirante, desembarcó en Génova, seguido de diez mil soldados españoles escogidos y cerca de mil caballos.

Alojado en el palacio d'Oria, celebró consejo con varios próceres y caudillos, entre ellos Cosme de Médici, duque de Florencia, con quien contrató el recibir una suma de 150,000 du-

cados, á condicion de retirar las guarniciones españolas que el emperador tenia en Florencia y en Liorna, plazas en aquel ducado de tal importancia, que eran llamadas los *grillos de Toscana*.

En seguida dispuso su traslacion á Alemania; mas detuviéronle las vivas instancias del Pontífice, hechas por medio de su hijo Pedro Luis Farnesio, que deseaba tener una entrevista con el emperador. No quiso acceder Cárlos, hasta que, multiplicándose los mensajeros é intercesores, accedió por fin á ver á Paulo III, entre Plasencia y Cremona, en un lugar llamado Bujeto.

La visita del Pontífice se redujo á proponer al emperador la venta del ducado de Milan. La suma que se ofrecia á Cárlos era muy crecida, y los apuros del tesoro, redoblados por el viaje, eran muy grandes; mas no se realizó la venta, merced á los vivos esfuerzos y á las razones presentadas por D. Diego de Mendoza, gobernador de Siena.

El dia 20 de Julio llegó el emperador á Spira, desde donde pasó á Bouce y se puso á la cabeza del ejército. Constaba este de treinta mil hombres, con los cuales se lanzó sobre el ducado de Cleves, cuyo duque, súbdito del emperador, se habia aliado contra este con Francisco I de Francia.

El duque, por quien en vano habian intercedido muchos y muy importantes personajes al llegar Cárlos á Alemania, se retiró con su ejército al llegar el del emperador, que se aumentó no poco con otro de los Países-Bajos, al mando del príncipe de Orange, y enviado por la reina doña María, hermana del emperador.

Sirvió de poco al duque su retirada para templar el enojo del emperador; porque algunos de los suyos, poco cuerdos en verdad, mostrando una loca é infundada audacia, en la plaza de Duren, que sitió el emperador, pusieron sobre los adarves *una bandera empapada en sangre, y arrojaron un volador de fuego*, á fin de dar á entender que lejos de estar prontos á humillarse y rendirse, resistirian y harian frente al emperador, llevándolo todo á *sangre y fuego*.

Terrible fué el enojo del César; la plaza fué estrechada, y un *puñado* de españoles, casi sin orden previa, dieron el asalto y se posesionaron de la ciudad. La venganza fué horrorosa: saqueo y degüello general comenzaron la obra, que terminó el voraz y destructor fuego, reduciendo á cenizas las casas (24 de Agosto).

Este hecho esparció, como era muy natural, el terror entre los soldados enemigos, lo mismo que entre los paisanos, temiendo unos y otros más de lo que puede imaginarse á los españoles, de quienes decian que hasta *por las paredes lisas trepaban*; y á

consecuencia de la toma y desastre de Duren, todas las plazas y castillos se rindieron al emperador, y el mismo duque de Cleves se acogió á su clemencia.

Presentóse, pues, el jóven duque con quince de sus caballeros al César, el dia 13 de Setiembre, y fué al pronto muy mal recibido. El duque y sus caballeros se arrodillaron ante el César, el cual, sentado y sin dignarse volver hácia ellos la vista, los dejó en aquella humilde postura un largo rato, hasta que rompiendo el silencio el duque de Brunswik pidió perdon en nombre del de Cleves, haciéndolo igualmente despues el embajador de Colonia.

El César mandó á su secretario responder que el duque traidor quedaba perdonado, á pesar de lo grave de su falta y grande desacato. Dicho esto mudó de semblante Carlos I, y afable risueño, que era de muy amable carácter, hizo por sí mismo levantar al de Cleves y á los suyos; dió á aquel la mano amistosamente, y en los obsequios que despues le hizo demostró que su primitiva severidad habia sido forzada, para hacerle padecer algun sensible castigo, como merecia.

Ni fué tampoco exigente al imponer al duque las condiciones que habia de aceptar para ser restituido á la gracia del César. Redujéronse aquellas á exigir que mantuviese en sus dominios la fé católica; que se separase de la alianza con el francés y el danés; que fuese fiel al rey de romanos, y que renunciase al ducado de Güeldres en favor del emperador.

Sin más condiciones que estas, á pesar de la rebelion y de la resistencia á mano armada, devolvió Carlos I al duque todos sus estados, quedándose solamente con dos ciudades en rehenes, que al fin le devolvió tambien, concediéndole además la mano de su sobrina la princesa doña María, hija del infante de España D. Fernando, rey de romanos y hermano del César.

En tanto esto sucedia, Francisco I continuaba la guerra contra Carlos. El duque de Orleans, hijo de aquel, se apoderaba del Luxemburgo, y su padre personalmente le investia de la dignidad de duque de Luxemburgo. En cambio el César, sometido el de Cleves y viendo el proceder de su perpétuo enemigo, penetró en territorio francés y puso sitio á Landreçy, plaza fuerte y respetable.

Pocos dias despues de establecidas las líneas del sitio (Octubre), supose en el campamento cesariano que el rey de Francia y el delfin, su heredero, se acercaban al frente de cincuenta mil hombres.

No sintió por esta noticia pavor D. Carlos en su animoso co-

razon: lejos de esto, pasó inmediatamente revista á sus tropas, arengando á españoles, italianos, tudescos, etc., á cada uno en su idioma natural. Iba á su lado Luis de Quijada, señor de Villagarcía, hombre de la íntima confianza del emperador, como más adelante veremos, tremolando el estandarte imperial; y el César, al arengar á sus soldados les dijo, poco más ó menos: *ved aquí la enseña que ha de guiarnos al triunfo y á la gloria; si viéreis alguna vez en la batalla que caigo con mi caballo, y cae también el estandarte, acudid presurosos á este y levantadle, y no hagais cuenta de mí.*

Puede decirse sin temor de faltar á la verdad histórica, que Francisco I hizo en aquella ocasion un tristísimo papel, lo mismo que los suyos. En vano el emperador durante una entera mañana estuvo provocando á su enemigo para entrar en batalla; pasó todo el dia, y en el siguiente quiso el emperador ir á buscar á su enemigo en su mismo campamento. Entre este y el del César mediaba un rio, sobre el cual, para realizar el proyecto del emperador, fué preciso echar unos puentes.

Mientras los puentes se preparaban y colocaban, los franceses levantaron una espesísima humareda, á favor de la cual movieron su campo y huyeron, sin ser vistos ni sentidos. Disipado el denso humo, vió el emperador la inesperada desaparicion y mandó picar la retaguardia de los fugitivos con alguna tropa, la cual dió en una emboscada que preparó el delfin y casi toda pereció bizarramente, á consecuencia de su escaso número. Tal fué la *hazaña* realizada por Francisco I, al frente de CINCUENTA MIL hombres.

Recayeron vehementes sospechas sobre más de un caudillo de los imperiales, que, segun algunos, estuvieron en connivencia con el francés; y aun se dice que el mismo emperador dijo al principal de los precipitados caudillos: *vos me habeis quitado hoy de entre las manos á mi enemigo*; porque, en efecto, Carlos I contaba con que se repitiese el célebre suceso de Pavia, y aun con la doble circunstancia de acompañar al rey de Francia en la prision el delfin, su hijo. Hé aquí por qué el César invirtió todo un dia en provocaciones, y viendo que el francés no se movia quiso pasar á su mismo campamento; porque tenia dispuesto su plan para terminar de una vez la guerra, aunque por experiencia sabia que uno era Francisco I prisionero, y otro Francisco I libre.

Y en efecto la reprobable conducta del rey Francisco, cuyo reinado, no sabemos por qué, es por algunos tan alabado, necesitaba de una severa leccion y de un dique que detuviese su desbordada y ciega carrera.

Tocábanse á la sazón los frutos de la vergonzosa alianza del rey *cristianísimo* con el jefe de los islamitas, de los sectarios de Mahoma. Soliman II, seguido de una innumerable muchedumbre, iba cercenando rápidamente en Hungría los dominios del rey Fernando, hermano de Carlos, en virtud de los pactos establecidos con el rey Francisco, y por efecto de los mismos el corsario Barbaroja con ciento diez galeras habia recorrido las costas de Italia; habia entrado á saco é incendiado despues á Reggio, causando víctimas y cometiendo desmanes en Ostia, Civita-Vecchia y Piombino, hasta incorporarse en Marsella con Francisco de Borbon, duque de Enghien, almirante de la escuadra francesa.

No sabemos por qué, lo repetimos, se considera á Francisco I como una gran figura histórica. Nosotros, al menos así lo entendemos, jamás llamamos *grande* á un monarca si no ha procurado ser justo, benéfico, valeroso, noble y digno del cetro. La grandeza en la intriga y en las malas artes diplomáticas, para nada la consideramos; empero si al señalar á un monarca con el epíteto de *grande* se da á entender que lo ha sido en la maldad, en el engaño ó en la intriga, no negaremos que le han merecido muchos que no le han tenido, y que en tal concepto puede interpretarse respecto de ciertos soberanos encomiados por algunos autores. En Francisco I no se observa otra cosa, desde el advenimiento al trono del emperador, que un resentimiento necio y casi pueril por haber este último obtenido la corona del imperio, y una envidia baja, miserable y repugnante ostentada de todos modos, la cual le obligó á vivir más estrechamente unido al enemigo natural del cristianismo, siendo rey cristianísimo él, á capitular en más de una ocasion con los protestantes, y á demostrar muchas veces que para él no habia palabra que tuviese fuerza, firma que tuviese valor, ni contrato, por solemne que fuese, que mereciese respeto.

Reunida la armada turca con la francesa, juntas tambien, con general escándalo, marcharon contra Niza, en donde se habia refugiado el duque de Saboya. Era imposible el que este resistiese á tantas fuerzas contra su debilidad reunidas; y él y los suyos abandonaron la ciudad, para refugiarse en un fuerte casi inexpugnable. Allí, temiendo los rigores del hambre asoladora, trataron de capitular los saboyanos, para salvar las vidas y las haciendas, á tiempo que llegó á noticia de los sitiadores que el marqués del Vasto se acercaba desde Milan con cincuenta mil hombres, y esto fué bastante para que el feroz pirata levantara el sitio y se retirase apresuradamente.

Entre los frutos de la vandálica correría de Barbaroja, impulsada y apoyada por el francés, reunió *trescientos niños de ambos*

sexos, que mandó al feroz Soliman. Afortunadamente recorrían á la sazón las costas de Grecia D. García de Toledo y Antonio d'Oria, sobrino de Andrea, los cuales batieron la escuadra del corsario y rescataron á los trescientos niños, felices en verdad por verse libres apenas fueron hechos cautivos.

En este mismo año se concertó el matrimonio del príncipe don Felipe, heredero de la vastísima monarquía española, con la infanta doña María de Portugal, prima del príncipe, como hija de la reina doña Catalina, hermana del emperador, y de D. Juan III de Portugal.

Con haberse celebrado en España tantas y tan ostentosas bodas reales, ningunas se celebraron con más pompa ni con mayor ostentación. Hé aquí lo que respecto de los preparativos para recibir á la futura princesa, consigna la historia:

«Estas bodas fueron de las más notables que se han hecho entre príncipes en España, por el lujo, ostentación y aparato que se empleó desde los primeros preparativos, y por el pompose ceremonial con que se celebraron. Los escritores de aquel tiempo nos han dejado minuciosas descripciones del viaje que hizo de Madrid á Badajoz á recibir á la princesa el maestro del príncipe, D. Juan Martínez Siliceo, obispo ya de Cartagena, y de la grandeza con que el duque de Medina-Sidonia, D. Juan Alonso de Guzman, alhajó su casa para hospedar á la ilustre novia. El obispo en su pausado viaje gastaba, dicen, setecientas raciones cada día; su comitiva era brillante; llevaba multitud de acémilas y reposteros, pajes, escuderos y criados, todos con ricas y lujosas libreas de seda y terciopelo, con franjas de oro, chapeos con plumas y otros adornos, con los cuales competían los paramentos de los caballos, y en las comidas no faltaba, así en viandas como en vinos, ningún género de regalo. El duque, por su parte, gastaba, dicen, seiscientos ducados cada día en la mesa, y para el recibimiento del obispo en Badajoz llevaba doscientas acémilas, todas con reposteros de terciopelo azul, y las armas bordadas de oro. Unos y otros llevaban músicos en su comitiva, y en la del duque iban además ocho indios con unos escudos de plata redondos y grandes, en cada uno de los cuales había un águila que sostenía las armas del duque y de la duquesa. Y para colmo del lujo y de capricho, hacían parte del cortejo tres juglares, llamados Cordobilla, Calabaza y Hernando, ridículamente vestidos, y un enano con sus puntas de decididor y discreto. Así la casa del duque como la que se destinó para alojamiento del obispo, competían en el lujo del menaje, en tapicerías, colgaduras, doseles y vajillas de oro y plata.»

En poco estuvo el que la proyectada boda diese margen á un rompimiento de relaciones entre España y Portugal, por cuestiones de etiqueta y de preferencia. Tanto se altercó, se dispuso y se deshizo, que por no estar arreglado el ceremonial, no pudo entrar en España la infanta en el día prefijado, y aun estuvo en muy poco el que la boda quedase deshecha.

Arregláronse, por fin, las diferencias; porque *Portugal* no podia renunciar tan fácilmente á que su infanta ciñese la más poderosa corona de Europa, aunque hubo fidalgos que amostazados, al agitarse las cuestiones de ceremonial y de etiqueta, decían muy finchados, poco más ó menos, que pudiera aquello sufrirse si hubiera de darse la infanta á *un fillo bastardo de Deus*.

Corría el mes de Octubre, cuando la comision de caballeros castellanos recibió á la infanta en la raya divisoria, en el puente del rio Caya.

Los preliminares de aquella régia boda tuvieron mucho de novelesco, merced al genio especial y misterioso del novio.

Debían celebrarse los esponsales en Salamanca; y en el largo tránsito desde Badajoz á aquella ciudad se invirtió cerca de un mes, porque todo eran festejos, fiestas, torneos, vistosos simulacros de infantes y ginetes, esforzándose á competencia y relativamente las grandes y pequeñas poblaciones en obsequiar á la futura princesa de Asturias.

El príncipe, en tanto, á guisa de enamorado á quien no es permitido el ver á su amada, seguía á esta desde la raya hasta Badajoz. Cuando llegaba la real comitiva á una poblacion en que habia de hacer descanso, el príncipe, siempre de incógnito, se adelantaba, y desde una ventana algunas veces, y casi siempre, hasta los ojos embocado, desde una esquina mezclado con la muchedumbre que ocupaba las calles, se complacia en observar á su futura esposa.

Llegó esta por fin á Salamanca, en cuyo limite la esperaban el corregidor con el ayuntamiento, el cabildo, la universidad y otras corporaciones, que la acompañaron en la ostentosa y magnífica entrada.

El príncipe se adelantó tambien como en otras poblaciones, y perfectamente disfrazado se asomó á un balcon de la casa del Dr. Olivares, para ver una vez más á la infanta. Súpolo esta, y al pasar por delante del precitado balcon, con cierta decorosa coquetería, se cubrió el rostro con el abanico de ricas plumas que en la mano llevaba. Como los bufones tienen para todo libertad, el del conde de Benavente, llamado Periquito de Santervás, que era muy célebre entre los de su clase y acompañaba á la infanta para distraerla con sus gracias, comprendiendo lo que pa-

saba, apartó el abanico y descubrió plenamente el rostro de la infanta, acompañando la atrevida acción con muy oportunas palabras.

Por la tarde salió el príncipe, de incógnito siempre, fuera de la ciudad, y al siguiente entró públicamente en aquella por la puerta de Zamora, acompañado del cardenal de Toledo, del duque de Alba de Tormes, y de otros varios magnates y caballeros.

El día 14 de Noviembre se celebraron los esponsales, por la noche, dando á los desposados la bendición nupcial el arzobispo de Toledo. A las cuatro de la mañana se celebró la misa de velaciones, y todo el día y varios de los siguientes se invirtieron en fiestas y torneos.

Después de haber visitado los príncipes los establecimientos públicos, se dirigieron á Tordesillas á besar la mano á la abuela de ambos, la desventurada reina doña Juana, llamada la Loca, y verdaderamente sensibilísima hasta un exagerado exceso.

La melancólica y abandonada señora se mostró muy complacida de ver y abrazar á sus nietos, y dice la historia que *los hizo danzar en su presencia*.

En Simancas alfombraron las calles de *muy rico paño* y festejaron con el mayor entusiasmo á los príncipes, pasando desde esta ciudad, siempre fiel al emperador, á la de Valladolid, que tambien se mostró espléndida, digna y magnífica en recibir á los reales esposos.

La nueva esposa era muy linda y casi de la misma edad del príncipe: tenia medio año más que aquel, el cual se mostró antes del casamiento tan decidido por su prima, que desechó la mano de la infanta Margarita, hija de Francisco I de Francia, á pesar de haberse supuesto que tal enlace seria prenda segura de paz. No fué este proyecto el único que desechó el príncipe D. Felipe, por casarse con doña María de Portugal.

AÑO 1544.

DIETA DE SPIRA.—GUERRA CON FRANCISCO I.

Casi dos meses de los últimos del año anterior y los primeros del 44, los invirtieron el César y el rey de Francia en preparativos de guerra, sin que en todo ese tiempo ocurriese más hecho notable que el de haber acometido el valeroso y entendido ge-

neral D. Alvaro de Bazan á la armada francesa, en el cabo Finisterre, siguiendo á la acometida la derrota de la armada de Francia, que perdió diez y seis navíos apresados por el intrépido Bazan.

El forzado descanso, hijo de los rigores del invierno, dió tiempo al emperador para afirmar su alianza con Enrique VIII de Inglaterra, quedando con él de acuerdo para hacer simultáneamente una invasion en Francia. Enrique se comprometió solemnemente á penetrar en dicho reino con veinticinco mil infantes y cinco mil ginetes, en cuanto llegase el mes de Mayo. La invasion del inglés debía verificarse por la Normandía.

Logró asimismo el César atraer al rey dinamarqués, cuya alianza era de suma importancia, si no por el poder material del danés, por su proximidad á los dominios imperiales. Hecho todo esto, el emperador abrió solemnemente la Dieta de Spira.

Brillante y magnífica fué aquella notabilísima asamblea. Jamás, segun el sentir de eminentes autores, se vió el emperador *más en el lleno de su magestad*. Su hermano el rey Fernando axistió tambien á la Dieta, y allí se reunieron muchos príncipes, todos los electores, gran número de prelados é individuos del alto clero, y todos los representantes de las ciudades.

El emperador, con su peculiar habilidad, aunque decidido por el catolicismo como rey católico que era, procuró no declarar sus verdaderas intenciones acerca de la reforma protestante, porque necesitaba adquirir amigos para robustecer su poder y debilitar el de Francia, su perpétua enemiga.

Con su afable carácter y su claro talento, atrajo bien pronto á los dos más fuertes y temibles campeones de la reforma: al landgrave de Hesse y al elector de Sajonia; y cuando tuvo el terreno oportuna y convenientemente preparado, pronunció un notable discurso en el cual puso de manifiesto la indigna conducta observada por el rey de Francia, sin omitir el recuerdo del inaudito escándalo dado por aquel ante los muros de Niza, en donde se vieron unidas Francia y Turquía, el rey *cristianísimo* y el jefe del mahometismo aunados para dañar á los cristianos.

Estuvo tan elocuente el emperador, que los embajadores franceses que se hallaban presentes no fueron escuchados; y la Dieta, decidida unánimemente en favor del César á consecuencia de su discurso, en el cual tambien habló de la necesidad de reunir un concilio general para zanjar de una vez las cuestiones religiosas, acordó se declarase la guerra á Francia, y auxiliar al emperador con un ejército de veintiocho mil hombres, pagados y mantenidos por la liga.

Estaba Francisco I en la imprescindible necesidad de hacer

un supremo esfuerzo, para no declararse vencido; y queriendo demostrar que ningun temor abrigaba, tomó la ofensiva sin dejar que más tiempo pasase.

En el momento cayó sobre el Piamonte el jóven duque de Enghien, Francisco de Borbon, en donde sitió á Carignan. Salió á su encuentro el marqués del Vasto, que se hallaba en Milan, y mostró deseos de dar la batalla, cosa que no rehuyó el de Enghien, á pesar de que el aceptarla entonces no estaba conforme con las instrucciones que tenia.

Dióse en efecto la batalla; y en ambos campos se hizo ostentacion de serenidad y valor, distinguiéndose mucho la famosísima infantería española, y dando notables cargas la caballería francesa. La española se desordenó involuntariamente y desordenó tambien á la infantería tudesca; y como ocurriese además la desgracia de tener que sacar herido de la batalla al bizarro marqués del Vasto, general en jefe del ejército del emperador, la victoria se declaró por Francia, siendo muy grande la derrota de los cesarianos.

Algunos autores hacen llegar á diez mil los soldados que quedaron fuera de combate, sin contar gran número de prisioneros, con los cuales se perdió tambien artillería y otros efectos de guerra. Tal fué la batalla de Cerisoles, así llamada porque se dió en una llanura inmediata á aquel punto.

Este desastre fué el primero que experimentaron las armas imperiales en sus guerras con Francisco I, puesto que ningun otro sufrieron aquellas de verdadera importancia; y sin embargo, no dió los resultados que pudieron y debieron preverse. El duque de Enghien deseaba no desaprovechar aquel notable triunfo, que tan entusiasmado le tenia; mas el rey Francisco, lejos de facultarle para que, segun deseaba y proponia, se dirigiese sobre Milan, le quitó doce mil hombres, porque esperaba que de un momento á otro se verificase la invasion simultánea que tenian proyectada Carlos I y Enrique VIII.

El desastre de Cerisoles fué, en lo posible, compensado con la toma de Luxemburgo y otras plazas fuertes de los Países-Bajos; triunfos que se debieron á los generales D. Fernando de Gonzaga y D. Alvaro de Sande. Poco despues salió de Spira el emperador (10 de Junio) para incorporarse al ejército, que habia invadido ya el Lorenes, y no pensaba el César detenerse hasta llegar á Paris. Al mismo tiempo que aquel se incorporaba al ejército, Enrique VIII tenia ya el suyo entre Normandía y Picardía y se acercaba ya á Montreuil, cuando el emperador ponía sitio á Saint-Dizier, despues de haber tomado varias plazas de menor importancia.

En este conflicto, dispuso Francisco I la completa devastacion de todo el país que debía recorrer su enemigo, á fin de privarle de recursos, en tanto que el delfin, su hijo, cuidaba de oponer obstáculos en el camino y de interceptar convoyes; porque no entraba en las miras del rey de Francia el aventurarlo todo, quizás hasta la misma corona, al dudoso trance de una batalla.

En los asaltos dados en la plaza de Saint-Dizier tuvo el César el gran disgusto de ver perecer al príncipe de Orange; y tambien los franceses perdieron un excelente caudillo llamado M. de Lalande, que en union con el conde de Sancerre defendia la plaza, con el mismo valor é inteligencia que habian en otro tiempo defendido á Landrecy.

En el sitio de Saint-Dizier se hizo uso de un *ardid* de los que reprobamos y reprobaremos siempre, úsese por amigos ó por enemigos; porque todo lo que no es noble y leal, debe ser rechazado por cuantos se precien de leales y de nobles.

El canciller Granvella hizo presentar al conde de Sancerre, defensor de Saint-Dizier, una carta, falsa, se supone, del duque de Guisa, por la cual le facultaba para capitular, en vista de las dificultades que Francisco I encontraba para socorrer la amenazada plaza. Sancerre, leida la carta, presentó proposiciones honorosas para los defensores, como su valor y decision merecian, y entregó la plaza (Agosto).

Firme el César en su propósito, á pesar de luchar hasta con el hambre, por no encontrarse víveres, mieses ni ganados en el camino, se internó por la Champaña, teniendo necesidad de sosegar muy á menudo los motines armados por los alemanes, llegando hasta el caso de haber visto expuesta su vida, porque no se les pagaba.

El valor y constancia del emperador eran superiores á todos los inconvenientes, y posesionándose de las plazas que en su camino encontraba, sin necesidad, afortunadamente, de usar de medios reprobables, llegó á tomar á Chateau-Tierry, distante de Paris solamente dos jornadas.

Forzoso es confesar que la guerra es tal vez la mayor calamidad que puede caer sobre un país, porque consigo lleva todas las demás calamidades, que indudablemente de ella nacen.

Iba el ejército imperial siguiendo por una orilla del Marne, y por la contraria el ejército francés: ambos iban talando, destruyendo é incendiando, y está consignado en la historia que hubo ocasion en que acampó el ejército del César en medio de cuatro poblaciones que simultáneamente ardian, de las cuales dos habian sido incendiadas por los del César, y dos por el ejército francés.

En cuanto llegó á Paris la noticia de estar en Chateau-Tierry el emperador, se esparcieron por la costa de Francia el luto y la consternacion, huyendo muchas familias y poniéndose en movimiento todas. La gente de armas y los jóvenes se prepararon á la defensa, especialmente los estudiantes, que formaron batallones formales con banderas.

En los primeros momentos se vió afligido y vacilante Francisco I, que no podia esperar que á tal extremo llegasen las cosas, a pesar de que todo debia suponerlo de la mala fé con que siempre habia procedido con el emperador. Repuesto algun tanto, hizo pasar al delfin á Paris con ocho mil hombres; guarneci6 á Meaux, y él personalmente se colocó con un cuerpo de ejército entre la capital y el campo del César.

No estaba, empero, satisfecho: lejos de esto debió suponer que entraria el emperador en Paris, puesto que envió á aquel mensajeros de paz; cuyo paso, humillante sin duda, debió serle por demás sensible.

Los encargados de los pacíficos mensajes fueron el almirante y el canciller de Francia. Al mismo tiempo se ganó la voluntad de Fr. Gabriel de Guzman, confesor de la reina, á fin de que ayudase á los mensajeros.

No era muy difícil realizar el proyecto pacífico, aunque al pronto se negase el César á entrar en negociaciones; pero le convenia tambien ajustar la paz, sin quedar en ridícula posicion, y nunca podia lograr esto más á satisfaccion suya que partiendo la propuesta de su enemigo. Y decimos que le convenia tambien la paz, porque ni se podia pagar al ejército y casi siempre se carecia de víveres; estaba vencido ya el mes de Agosto, y la proximidad del invierno daba mucho que pensar á Carlos I.

Habia además otras razones políticas para que el emperador deseara ajustar la paz. Por cargar fuerzas militares en Francia, estaba Italia casi desamparada; el turco, siempre firme en sus malos propósitos respecto de Hungría, aprovechaba la oportuna ocasion para molestar por aquella parte, y Roma era completamente contraria al César, así por su alianza con el excomulgado inglés, como por la lenidad con que trataba á los reformistas.

Si Francisco I hubiese considerado todo esto, quizá no se hubiera apresurado tanto á proponer la paz; si bien queria evitar la entrada de los imperiales en Paris, que era á la sazón tan inminente como segura, sin lo cual, por teson y decoro, no hubiera abandonado el César su empresa.

Por fin se aceptaron proposiciones y se estipuló la paz en Crespy, junto á Meaux (18 Setiembre): por el César firmaron el tratado el virey de Sicilia, D. Fernando Gonzaga y el cancler



Granvella, y por parte de Francisco I, el almirante y el guardasellos de Francia.

Hé aquí las principales bases del predicho tratado:

«Paz perpétua y amistad firme entre ambos soberanos; devoción reciproca de todo lo conquistado y adquirido despues de la tregua de Niza; restitucion á los duques de Saboya, de Mantua y de Lorena, de todo lo que les hubiera sido tomado por ambas partes; union para hacer guerra al turco, aprontando para esto el rey Francisco seiscientas lanzas y diez mil hombres cuando el emperador los pidiese; Carlos I habia de dar en matrimonio al duque de Orleans, hijo de Francisco, ó bien su hija la princesa Maria con los estados de Flandes, ó bien la hija segunda de su hermano Fernando con el ducado de Milan, habiendo de determinarlo el emperador dentro de cuatro meses; que Francisco renunciaria todos los derechos que pretendia tener á los reinos de Nápoles y Sicilia, y al patronato de Flandes, Artois y otros estados; que no daria auxilio de ninguna clase al ex-rey de Navarra; que en cambio renunciaria todo derecho al ducado de Borgoña y á otras ciudades que se designaron; que entraria en esta paz el rey de romanos y todos los principes cristianos que quisieren, etc.»

Es fama que, á consecuencia de este tratado, nadie quedó contento, fuera de las dos partes interesadas en que la paz se ajustase; y se comprende bien el por qué. El mismo delfin, primogénito de Francisco I, se disgustó fuertemente porque creyó demasiado favorecido á su hermano el duque de Orleans; Soliman II se llenó de ira contra Francisco I, que tan amigo suyo se habia mostrado, y por el tratado en cuestion se habia convertido en su enemigo; y por otras razones particulares disgustó al Pontífice, así como á Enrique VIII de Inglaterra, que nada supo hasta despues de hecho todo; y para que el disgusto fuese general, los protestantes alemanes tambien se enojaron vivamente, porque supieron que existia un artículo secreto, mediante el cual se comprometian el emperador y el rey á influir con todo su poder para que se celebrase el tantas veces proyectado concilio, á fin de que en él fuese condenada la doctrina de los reformistas.

Firmada la paz, regresó á Flandes con su ejército el César, y en Bruselas le licenció, excepto el tercio de D. Alvaro de Sande, que pasó á Hungría.

Casi ningun soldado de los españoles licenciados quiso abandonar las armas, acostumbrados á aquella vida errante y de peligros, y todos se engancharon con buenos sueldos en el ejército de Enrique VIII, que á toda costa buscaba soldados. Habia hecho unas proposiciones inadmisibles, disgustado como estaba por



haberse estipulado la paz sin su consentimiento, que Francisco I rechazó; y ambos monarcas determinaron que entre Francia é Inglaterra continuase la guerra. Además, Enrique de Inglaterra estaba á la sazón muy orgulloso por haber tomado á Boulogne, cuyo triunfo debió á D. Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, quien á pesar de ser español, era general del ejército inglés.

Sobre tantas razones de conveniencia como el emperador tenia para desear la paz, habia otra y no de escasa importancia. A pesar de ser jóven todavía, que apenas habia cumplido los cuarenta y cuatro años, sufría un terrible achaque; la gola le molestaba tanto, que en el momento en que le presentaron en Bruselas el tratado para la ratificación, un violento ataque de aquella dolorosa enfermedad le tenia casi postrado. El embajador francés que le presentó á la firma el tratado dejó entrever cierto recelo acerca del cumplimiento de aquel, y el emperador, que lo comprendió, le tranquilizó diciendo: *Por mi parte se cumplirá, vivid tranquilo: si esta diestra sostiene con dificultad la pluma, menos aun podrá empuñar y blandir la lanza.*

AÑO 1545.

Decidido el emperador á cumplir puntualmente el tratado de Crespy, comisionó á Alonso de Idiazquez, su secretario, para que se trasladase á Castilla y entregase una carta al príncipe regente. En ella le mandaba hacer dos consultas al consejo de Estado: una acerca de cuál casamiento seria más conveniente, si el de la hija ó la sobrina del César con el duque de Orleans, y la otra relativa á si convendria ceder la Flandes ó el Milanésado.

Aun no habia el consejo evacuado las consultas, cuando estas se hicieron innecesarias; porque el duque de Orleans inesperadamente falleció. Aquella rápida muerte se atribuyó á una aguda fiebre, aunque existe algun documento que señala el veneno como causa de aquella imprevista desgracia, y marca como asesino á la funestamente célebre Catalina de Médicis, cuñada del duque, como esposa del delfin. Dícese, sea cierto ó falso, que el motivo del encono contra el de Orleans estaba basado en la preferencia con que le distinguian su padre Francisco I y el mismo emperador.

Con motivo del fallecimiento del jóven duque, pidió el rey de Francia alguna indemnización, puesto que las ventajas que esperaba obtener á consecuencia del tratado de Crespy, habian

desaparecido con la prematura muerte del malogrado príncipe. El César se excusó, recordando la religiosidad con que habia cumplido por su parte el tratado, el cual no debia sufrir alteracion ninguna: por manera que Carlos ganó con la desgracia del príncipe francés, y solo fué perjudicado el duque de Saboya, porque al tenor de lo estipulado en Crespy, solo podian serle devueltos sus dominios despues de realizado el matrimonio del de Orleans.

En este mismo año falleció tambien el antiguo pirata Haradin Barbaroja, de funesta recordacion. Dejó por heredero de su incalculable fortuna, producida en su mayor parte por sus muchos robos y depredaciones, á su hijo Hassen (ó Hacen) Barbaroja. Al esparcirse la noticia de la muerte del fatal corsario, la Europa cristiana se creyó libre de un opresor é irresistible peso.

El dia 8 de Julio de este año vino al mundo el primer hijo del príncipe de Asturias D. Felipe. Pusieron á aquel por nombre Carlos, en memoria de su abuelo el emperador; y ya el desgraciado recién nacido, que tan caro habia de costar en sentimientos y amargura á su padre, al nacer le ocasionó no pequeño dolor; porque de sobreparto falleció la hermosa reina doña María, á quien tanto amaba D. Felipe, su esposo.

Fué este año fecundo en desgracias. Tambien falleció el docto y virtuoso cardenal Tavera, primado de las Españas, digno ministro del Señor, y sábio y leal consejero. El emperador eligió para reemplazar al santo prelado, al obispo de Cartagena don Juan Martínez Silicéo, ayo que fué y preceptor del príncipe don Felipe, eleccion que á este dejó muy complacido.

El dia 13 de Diciembre de este mismo año se verificó la apertura del famoso concilio de Trento, sin que en aquella primera sesion se hiciera más que declarar haberse reunido el concilio en el nombre del Espíritu Santo, *para gloria de Dios, extirpacion de las herejías, reforma del clero y del pueblo cristiano y confusion de los enemigos de la Iglesia católica*. La segunda sesion no se celebró hasta el año siguiente.

AÑO 1546.

CONCILIO DE TRENTO.

Hallábase muy alterada la salud del César, á consecuencia del terrible padecimiento de la gota. Véase, con gran placer suyo,

desembarazado de los asuntos de guerra y en posibilidad de decidirse con toda decision á la cuestion religiosa; porque las doctrinas reformistas se habian extendido demasiado, y el emperador tenia el escrúpulo, por cierto muy fundado, de haber auxiliado involuntariamente á la herejía, siendo condescendiente con los herejes á consecuencia de las guerras que habia sostenido y que le hacian necesitar el apoyo de todos.

Con la terminacion de la guerra coincidió, como ya hemos dicho, la muerte del feroz Barbaroja, con la cual la tranquilidad por el mar quedó casi por completo asegurada, puesto que aquel pirata no podia mantenerse jamás en sosiego y sugería á Soliman II lo que quizá no le habia pasado por la imaginacion.

Tan pronto como los reformistas tuvieron noticia de que iba á reunirse un concilio, y de que despues de decidido así habia el Papa fijado la época y el lugar en que debia reunirse, presentaron una *protesta*, para ser nuevamente protestantes, casi insolente; porque en ella daban á entender sobradamente la necesidad que de ellos tenian el emperador y el rey de romanos, su hermano.

Con escándalo general de todos los católicos llegó el dia, y el concilio no se reunió por falta de asistencia de los á él convocados; y como aun continuaba la guerra, continuaba tambien la tolerancia del César y el ánimo de los luteranos, que llegaron al extremo de no reconocer la jurisdiccion de la cámara imperial, hasta tanto que se les diera seguridad respecto al ejercicio de su secta y á la práctica de las nuevas doctrinas reformistas.

Claro es que el emperador no podia acceder á esta peticion, mas tampoco por entonces podia rotundamente negarla; lejos de esto, en tal momento se reunia la Dieta de Spira, y el César obtenia de los reformistas cuanto el lector ya ha visto, para dirigirse contra Francisco I.

Al mismo tiempo que los protestantes concedian auxilios á Carlos I, prevalidos de la necesidad que de ellos se tenia, celebraban públicamente reuniones, en las cuales sin rebozo ni rémora se discutian sus innovadoras doctrinas, y se menospreciaba al catolicismo, seguros como estaban de que el emperador nada diria, por entonces al menos. Este, sin embargo, llegó á creer desairada su autoridad, y comenzó á nacer en él el justo escrúpulo de haber preferido á las cuestiones religiosas las puramente mundanas, envalentonando á los protestantes y dando margen á que procediesen con la mayor audacia y seguridad.

El Pontífice por su parte creia tambien que estaba su autoridad suprema escarnecida; y cuando Paulo III deseaba tomar una providencia decisiva, y más agitada estaba el alma de Carlos I

por los remordimientos, hizo sus proposiciones pacíficas Francisco I, y el César se apresuró á aceptarlas; firmándose, como el lector sabe, la paz en Crespy, y apenas promulgada, Paulo III expidió otra bula (en 19 de Noviembre de 1544) para convocar el concilio general, fijando para la apertura el cuarto domingo de Cuaresma, en Trento (1545).

Hallábase á la sazón reunida en Worms la Dieta imperial; y como el César estaba en Bruselas, presidia aquella el rey don Fernando, hermano de D. Carlos I; y no solo estaba ausente, sino imposibilitado de dirigirse á Worms, porque la gota le tenia postrado.

En la Dieta los luteranos se negaron desembozadamente á reconocer la autoridad del concilio, y menos aun á conformarse con el fallo de una reunion convocada y autorizada por el Sumo Pontífice; y como á pesar de la paz con Francia amenazaba la guerra con el turco, que aun no habia muerto el feroz Barbaroja, creyendo tener seguro al César se negaron decididamente á prestar ningun género de auxilio para la guerra contra Soliman, mientras no se les asegurasen los derechos y las concesiones reconocidas y hechas anteriormente.

Tan pronto como el infatigable y animoso emperador se vió un poco aliviado de su terrible dolencia, se dirigió á Worms; y creyendo lograr sus deseos con adoptar un término medio, convocó una nueva Dieta para principios del año siguiente, señalando para la reunion á Ratisbona. En aquella nueva Dieta ofreció terminar de una vez todas las cuestiones religiosas á la sazón agitados.

Los protestantes, empero, no se fiaban del emperador, cuyas palabras contrastaban notablemente con sus actos recientes; porque decidido á no contemporizar con los herejes, acababa de prohibir la predicacion protestante, y entre otras muchas muestras que en poco tiempo habia dado de su decision contra la reforma, supieron los sectarios de Lutero que habia marchado una secreta embajada á Constantinopla con el objeto de negociar la paz; y los reformistas suponian, y suponian bien, que el emperador deseaba quedar libre de todo cuidado para dedicarse exclusivamente á los asuntos de la reforma. Y llegó el dia señalado para la apertura del concilio, y nuevamente la reunion se suspendió; que las intrigas y diligencias de los protestantes no cesaban.

En esto ocurrió la inesperada muerte del duque de Orleans, la cual complació á los luteranos, creyendo seria nueva ocasion de guerra entre España y Francia; mas se engañaron, y no acertaron más en las consecuencias que esperaban de otros su-

cesos ocurridos entre el Pontífice y el emperador, por todo lo cual se convencieron los reformistas de que este último no se ocupaba ya de otra cuestion que de la religiosa, y se prepararon.

Puesto de acuerdo Carlos I con Paulo III, el concilio, que debiera de haberse abierto el cuarto domingo de Cuaresma, se abrió por fin el día 13 de Diciembre de 1545, como en su lugar hemos dicho; y hemos creído necesario el hacer la anterior ligera reseña de los acontecimientos que precedieron al famoso concilio de Trento, desde 1541 á 1545.

La segunda sesion se celebró cuando ya corria el año 1546, que es en el que nos hallamos, el día siguiente á la festividad de los Santos Reyes Magos (7 de Enero). Se invirtió toda ella en sérias cuestiones relativas al órden que habia de observarse en el exámen de materias para la deliberacion del concilio, estando la mayoría, incluso el emperador, por que se tratase ante todo de la cuestion preferente: de la reforma de los abusos y del arreglo de las costumbres, abusos y desarreglo que servian de baluarte á los herejes para separarse de la comunión católica. Los legados que en representacion de Paulo III presidian el concilio, de acuerdo con las instrucciones que de aquel tenian recibidas, querian se tratase antes de los asuntos del dogma y puntos de fé; y se adoptó por fin un término medio, acordando que en todas las sesiones se hablase de ambos importantes objetos, comenzando por lo perteneciente al dogma y concluyendo por los asuntos correspondientes á la reforma.

Una nueva protesta de los luteranos circuló con motivo de la apertura del concilio, en la cual daban por nulas las decisiones de aquel, puesto que presentaban sus razones, peores ó mejores, para declararle ilegítimo.

Acto continuo celebraron los protestantes en Francfort una reunion, pero con poco fruto. El landgrave de Hesse y el elector de Sajonia estaban en visible desacuerdo, y para colocar en más crítica posicion á los protestantes, el día 18 de Febrero de este año 46 falleció casi repentinamente el fatidico Martin Lutero, de una rápida y terrible inflamacion en las visceras. Murió en Eysleben, *al mismo tiempo en que los padres del concilio de Trento acababan de formular el simbolo y profesion de fé, tal como la habian formulado y fijado los sinodos de Nicea y de Constantinopla.* Este simbolo era una explicita y rotunda condenacion de la doctrina herética de Lutero y de sus adeptos, como lo era de todas las sectas que de la herejía luterana habian surgido.

Al morir Lutero contaba de edad sesenta y tres años: nada queremos decir de un hombre á quien jamás podemos nombrar

sin aplicarle algun adjetivo que le califique; y como á nosotros mismos nos pareceria un tanto parcial nuestro juicio, por primera vez en cuanto de esta obra llevamos publicado, y como por otra parte tambien no se debe guardar un absoluto silencio acerca de lo que fué este desdichado hereje que tantos males acarreo á la Iglesia y á la sociedad, pondremos aquí el juicio que ha hecho el ilustrado Sr. Lafuente, conforme con los de otros que como historiadores le precedieron:

«..... Por mucho que los escritores protestantes de
 » aquel siglo y de los siguientes se hayan esforzado por realzar
 » las prendas del gran reformador aleman, y por descubrir en el
 » profesor de Wittemberg algunas cualidades eminentes, no han
 » logrado probar que tuviese ni el talento privilegiado del inno-
 » vador, ni menos las virtudes morales del apóstol. Sin negar á
 » Lutero una capacidad activa, y una regular instruccion en
 » las materias religiosas que entonces se controvertian, estaba
 » lejos de ser ni un sábio ni un genio. Sus obras revelan mejor
 » la altura que media, en punto á saber, que los apasionados elo-
 » gios de sus panegiristas, los cuales atribuyen sus defectos al
 » mal gusto de su siglo. No era un hombre vulgar, pero las cir-
 » cunstancias le colocaron en una posicion y le dieron una in-
 » fluencia que no hubiera podido imaginar jamás él mismo. De-
 » nunciador de un abuso público y lamentable, la materia de su
 » predicacion era á propósito para hacerle popular, y las impru-
 » dencias ó la falta de política de sus adversarios é impugnado-
 » res le dieron aliento y le hicieron osado. Tan fuerte y vigoroso
 » de espiritu como débil y miserable de cuerpo, no aparentaba,
 » pero tenia la firmeza y la audacia del reformador, á tal punto,
 » que sus más adictos escritores se ven obligados á confesar
 » que «la confianza en sus opiniones rayaba en arrogancia, su
 » valor en temeridad, su firmeza en obstinacion, y su celo por
 » confundir á sus adversarios en un furor que se exhalaba en in-
 » jurias groseras.» Y en efecto, Lutero en sus últimos años pare-
 » cia haber renunciado á toda idea de decencia, de decoro y de ur-
 » banidad, pues ya escribiese contra los católicos, ya contra los
 » reformistas disidentes, su pluma parecia estar mojada en hiel,
 » y cada uno de sus escritos era una coleccion de insolentes bur-
 » las y de insultos de mal género, que los protestantes se esfuer-
 » zan por atenuar, buscando disculpa en cierta aspereza de estilo
 » de que dicen adolecian por lo comun los escritores de aquel
 » tiempo. Y sin embargo, este hombre inició una de las revolu-
 » ciones religiosas y políticas más graves que ha experimentado
 » la humanidad; ejerció por espacio de treinta años una influen-
 » cia desmedida en Alemania, donde nada se hacia sin consultar

»ó contar con Martin Lutero; hizo bambolear el antiguo y venerable poder de los Papas, y alcanzó á ver el fruto de sus trabajos, y á presenciarse en vida la adopción de sus doctrinas por una gran parte de la Europa.»

Después dicho Sr. Lafuente, al tratar de los que han querido disculpar al repugnante hereje, inserta la siguiente curiosa nota, muy importante para conocer al funestamente célebre Lutero. Dice así:

«No sabemos cómo pueden disculparse insultos como el siguiente, y otros semejantes que pudiéramos citar. En el último libro que escribió contra la autoridad pontificia, dibujó con su propia mano la figura de un Papa con el traje pontifical y con dos enormes orejas de asno: en derredor pintó como en actitud de estar en concilio diferentes diablos con mitras presentando al Papa los atributos de su poder, mientras otros le arrastraban con cuerdas al infierno.

»Como prueba de su desmedida soberbia y presunción, citaremos solo la siguiente arrogante cláusula de su testamento: «Conocido soy en el cielo, en la tierra y en el infierno, y tengo la suficiente autoridad para que se me crea á mí solo, cuando Dios por su paternal misericordia me ha confiado, aunque miserable pecador, el Evangelio de su Hijo, de modo, que muchos en el mundo le han recibido por mí, y me han reconocido por doctor de la verdad, despreciado el odio del Papa, del César, de los reyes, príncipes y sacerdotes; como quien dice, de todos los demonios. ¿Por qué, pues, no ha de bastar para esta disposición y en cosa tan pequeña (el testamento) el testimonio de mi mano, y el poderse decir: Esto escribió el Sr. Martin Lutero, notario de Dios y testigo de su Evangelio? *Notus sum in caelo, in terra et inferno, et auctoritatem ad hoc sufficientem, habeo, etc.*»

»De la moralidad y de la continencia religiosa del fraile agustino, daban testimonio vivo los muchos hijos que dejó de su mujer la monja Catalina Bore.»

En la cuarta sesión señaló el concilio por reglas de la fé los libros del Nuevo y Viejo Testamento, reconocidos por canónicos; la Vulgata, versión de las Escrituras Sagradas, y prohibió rigorosamente la interpretación del texto sagrado de otra manera que la aplicada por la Iglesia, ÚNICO JUEZ COMPETENTE EN MATERIA DE FÉ, con lo cual quedó explícitamente condenada la doctrina de Lutero.

Esta decisión, sobre otras análogas, tenía alarmados á los protestantes, tristes y afligidos como estaban por la muerte de su desventurado patriarca. Supieron al propio tiempo que el em-

perador habia pactado una tregua con Soliman II; que pensaba hasta en apelar á las armas para combatir la herejía, y que el Pontífice, de acuerdo con el emperador, acababa de fulminar sentencia de excomunion, y privacion de todas las dignidades eclesiásticas, contra el arzobispo de Colonia, protector decidido de los luteranos.

Trasladóse despues el César á Ratisbona para presidir la Dieta, en la cual el partido católico tenia mayoría; porque varios protestantes determinaron no asistir, temiendo alguna violencia.

El emperador pronunció su discurso de apertura, y terminó preguntando á la Dieta cuál medio sería más á propósito para lograr el importante objeto de restablecer la unidad en las iglesias alemanas.

La Dieta contestó en su mayoría que debia reconocerse el concilio de Trento, autoridad única para decidir y resolver en todo lo concerniente á cuestiones religiosas, que eran las que habian perjudicado á la apetecida y necesaria unidad.

A pesar de este dictámen de la mayoría, la minoría, compuesta de luteranos, pidió fuesen sometidas las cuestiones á un concilio nacional que habia de celebrarse precisamente en Alemania, convocando á igual número de católicos y de reformistas.

El emperador, apoyado en la mayoría, desechó la petición, y comenzó á prepararse para una lucha á mano armada que veía como muy inminente. Los preparativos de guerra eran empero demasiado públicos, y la minoría preguntó el objeto de aquellos. La contestacion se redujo á decir que se hacian para castigar á algunos rebeldes, y que todo el que pensase en mantenerse leal no tenia por qué inquietarse. Sin embargo, los individuos de la minoría abandonaron inmediatamente á Ratisbona.

El César mandó tambien á Roma un comisario imperial, con el objeto de entenderse con el Pontífice acerca de la guerra de religion que tan amenazadora rujia; y de las consultas hechas resultó una alianza entre Carlos I y Paulo III, cuyas principales bases fueron las siguientes:

- »El emperador se obligará á poner en campaña un ejército
- »suficiente para hacer que todos reconozcan el concilio y vuel-
- »van á la Iglesia católica y á la obediencia á la Santa Sede, y á
- »no transigir con los reformistas sin el conocimiento del Papa ni
- »en perjuicio de su autoridad. Paulo III se obligará por su parte
- »á poner y mantener á su costa por seis meses doce mil infantes
- »y quinientos caballos; á conceder por un año al emperador la
- »mitad de las rentas eclesiásticas de España, autorizándole ade-
- »más para vender de los bienes de las comunidades religiosas de
- »este reino hasta el valor de quinientos mil escudos; á depositar

»en el banco de Venecia una cantidad para los gastos de la campaña, y á emplear las armas espirituales contra cualquier príncipe que intentara oponerse á este convenio.»

Al mismo tiempo que esto sucedia, los protestantes se reunian en Ulm, con el objeto de prepararse y tomar las disposiciones necesarias para resistir. Comenzaron por pedir auxilio á Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia, y á Venecia y Suiza.

Poco ó nada adelantaron los reunidos en Ulm. Enrique VIII, que deseaba hacerse jefe de la liga, presentó condiciones para dar auxilio á los protestantes, que estos no pudieron admitir; tampoco de Francia sacaron cosa alguna; porque la guerra con Inglaterra habia concluido, mediante la paz recientemente establecida en Campe entre ambas naciones; y Francisco I habia sufrido demasiado á consecuencia de su artera política, para querer renovar sus cuestiones con el César y malquistarse con Paulo III. Respecto de Venecia, estaba demasiado en contacto con Roma para poder favorecer abiertamente á los protestantes; y en cuanto á Suiza, de la cual pudieron esperar auxilio directo por haber cantones absolutamente protestantes, puestos de acuerdo estos con los católicos, se decidieron por mantenerse neutrales.

A pesar de esto, no se desanimaron los protestantes; por el contrario, se dedicaron á reunir gente de armas. Así como la Inglaterra se aprovechó del licenciamiento del ejército imperial despues de la paz de Crespy, los luteranos hicieron lo mismo con los alemanes licenciados en Francia despues de la paz de Campe; y entre aquellos y los reclutas hechos en los estados de Alemania en que se habia adoptado la reforma, los protestantes tardaron poco tiempo en reunir un ejército de setenta mil infantes, quince mil ginetes y ciento veinte cañones.

Tambien el emperador habia mandado reunir sus tercios de España, Italia, Alemania y Flandes; habia dispuesto llamar al valeroso D. Alvaro de Sande, que se hallaba en Hungría, con tres mil españoles veteranos y escogidos, al mismo tiempo que Paulo III habia ya reunido sus doce mil hombres, al mando de su nieto Octavio Farnesio, padre del celeberrimo Alejandro, á quien pronto veremos oscurecer la gloria de todos los generales de su siglo.

Era, empero, la gran dificultad el que lograrse reunirse el ejército imperial, porque no solamente estaba diseminado, si que tambien la reunion se hacia más difícil, puesto que entre los estados que se mantenian fieles al catolicismo, los habia tambien protestantes interpuestos entre aquellos.

Los jefes de la liga protestante eran el landgrave de Hesse y el elector de Sajonia. El príncipe de Anhalt entró en la liga; el conde palatino, el elector de Colonia y el de Brandemburgo se declararon neutrales, aunque pertenecían á los reformistas; y otros, luteranos también, como Mauricio de Sajonia, sirvieron en el ejército imperial.

GUERRA DE RELIGION.

Cárlos I en tanto permanecía casi aislado en Ratisbona, impávido y firme, aunque muy expuesto; pero no parece sino que Dios mismo cegó á los protestantes, para que desaprovecharan las ocasiones y á sí propios se perjudicaran.

El no haber aprovechado la ocasion de ver casi solo al emperador y sin fuerzas que le apoyasen, podrá decirse que fué porque quisieron proceder noblemente; mas no se puede decir lo mismo respecto de otros errores gravísimos que cometieron y que fueron tales errores.

Lo primero que hicieron fué dirigir una respetuosa carta al emperador, limitándose en ella á protestar de su lealtad y á preguntar si los aprestos militares se preparaban contra ellos para dar á la cuestion religiosa una solucion sangrienta con las armas.

El emperador nada contestó, y expidió un edicto de destierro contra el elector y el landgrave, con la confiscacion de bienes que siempre iba unida al destierro. El edicto estaba basado en motivos puramente políticos, sin rozarse para nada con la cuestion religiosa. No fué, empero, el César quien dió la señal de guerra, aunque fué el primero á prepararse porque conocia bien con quien habia de habérselas.

Mandaba las armas protestantes en Augsburgo un antiguo aventurero, llamado Schertel: figuraba entre las personas más elevadas, aunque habia nacido en muy humilde esfera; y debió su buena posicion á los verdaderos robos que hizo en Roma, cuando el duque de Borbon dió el terrible asalto que le costó la vida.

Schertel, pues, se dirigió contra Octavio Farnesio, que á la cabeza de las tropas pontificias se dirigia por el Tirol á Alemania. Comenzó por apoderarse de dos castillos que estaban colocados para dominar los desfiladeros é impedir el paso; y cuando animado con el lisonjero comienzo de la campaña se dirigia contra Inspruck, el elector de Sajonia le hizo retroceder, dejando el paso abierto á los que llegaban. Este fué un error, y no puede dársele otro nombre; pero las hostilidades estaban ya rotas para tomar los castillos y los desfiladeros, y por una combinacion de

circunstancias, basada en otros diversos errores, el ejército imperial se reunió todo, casi sin el menor obstáculo.

Fuerza numérica tenia infinitamente más el ejército protestante que el imperial; empero este contaba con gente muy escogida: los tres mil españoles del tercio de Sande, y seis mil que componian dos tercios llegados de Nápoles, eran gente escogidísima; valerosos hasta la temeridad, y peritos, como muy veteranos, en las operaciones de la guerra.

El bizarro emperador, que vió rotas las hostilidades, puso en movimiento su ejército y se trasladó á Baviera, estableciendo su campamento junto á Ingolstadt, en la orilla izquierda del Danubio, atrincherándole y rodeándole de un foso.

Sabida por los protestantes la situacion del ejército imperial, hicieron marchar sus tropas en direccion de Ingolstadt: llevaban ochenta mil hombres y ciento treinta piezas; porque no dejaban de hacer diariamente reclutas. En las banderas llevaban lemas tomados de las Sagradas Escrituras, que no hay ni hubo gente que más impiamente haya abusado de los sagrados libros que los protestantes. *¡Vae vobis, Scribæ et Pharisei!* «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!» aludiendo á los católicos, decia una bandera; y otra con el mismo objeto llevaba escrito: *Progenies viperarum, quis vos liberavit à ventura ira?* «Generacion de víboras, ¿quién os libertará á la ira que ha de caer sobre vosotros?» Y entre otras ciento, haciendo alusion al emperador, llevaban escrito en un inmenso estandarte: *Venite, eamus, occidamus bestiam magnam coccineam: «Venid, marcharemos á matar la gran bestia vestida de grana.»*

Vese, pues, la insolencia de los protestantes en los lemas que escritos llevaban en sus banderas, con las cuales llegaron al Danubio, animados con las palabras del landgrave, que aseguró solemnemente á los suyos la prision ó expulsion del emperador, en un breve espacio de tiempo.

No entraba en el ánimo del César el tomar la ofensiva; porque como veterano general, sabia que el numeroso ejército que se acercaba se convertiria muy pronto en barullo, si se le daba tiempo para chocar entre sí y dividirse, por efecto de las dilaciones y la ociosidad. Del mismo modo, aunque no era tan práctico, lo comprendió el landgrave, y por esto apenas dió un breve descanso á sus tropas, mandó avanzar contra el campo imperial, en órden de batalla. El emperador se colocó primero á vanguardia impávido; despues comenzó á recorrer la línea de batalla; y alegre y risueño animaba á los españoles en español, en italiano á los italianos, y á flamencos y alemanes y á todos, en fin, animaba, hablando á cada uno en su idioma natural.

Después publicó un bando prohibiendo bajo pena de la vida que nadie diese un solo paso atrás, ni tampoco traspasase una línea la de batalla, colocada tras de la trinchera.

Los protestantes se detuvieron, y al ver la impavidez de los imperiales no se resolvieron á asaltar las trincheras: se colocaron fuera de tiro de mosquete y comenzaron á hacer fuego de cañón. Dícese que en los días en que cobardemente hacían los luteranos fuego colocados ellos fuera de tiro, lanzaron, cada día, de ochocientos á mil proyectiles sobre los imperiales.

Cárlos I, jovial siempre y siempre animoso, ni retrocedía un solo paso, ni se quitaba del peligro, á pesar de suplicárselo muchas veces sus allegados, causando extraordinario asombro á los mismos enemigos tanta serenidad y valor, así como el de todo el ejército imperial. Por esto cuando estaban cenando una noche los jefes luteranos, el landgrave, con su acostumbrada arrogancia, levantó la copa y dirigiéndose al *improvisado señor y nuevo rico*, que mandaba una de las divisiones, dijo: «Schertel, brindo por los que hoy ha muerto nuestra artillería;» á cuyo brindis contestó Schertel, diciendo: «No sé, señor, los que hoy habremos muerto, *pero sé que los vivos no han perdido un palmo de terreno.*»

Los luteranos habían llegado á fines de Agosto á las orillas del Danubio, y el día 1.º de Setiembre levantaron el campo, abochornados de lo infructuoso que había sido su alarde, y temerosos de que se reforzase el valeroso ejército imperial; porque se supo que un cuerpo de calorce mil flamencos se acercaba á reunirse con las tropas cesáreas.

Llevaban, sin embargo, pesadamente los españoles, con su sangre viva y corazón siempre animoso, el no poder rebasar la línea y dar una dura lección á sus enemigos. A pesar de su disgusto obedecían con pena, hasta que ocurrió un suceso que todos los principales historiadores presentan como cierto, fijando el nombre del héroe del aquel lance, por lo cual ni queremos omitirle, ni hacemos otra cosa que literalmente copiarle:

«Aconteció en uno de estos días (el 31 de Agosto) un caso digno de notarse, como prueba, así del rigor con que Cárlos V hacia observar sus órdenes en el campamento, como de lo que era siempre el genio español en tales lances.

»Ya hemos dicho que había prohibido bajo pena de la vida que nadie saliese de su fila ni se moviese de su puesto. Esta misma orden había dado á unas compañías de arcabuceros españoles colocadas en el foso para contener la caballería enemiga. »Sucedió, pues, que un tudesco, notable por su gigantesca estatura, se acercaba todos los días á los arcabuceros del foso, lla-

» mándolos cobardes, retándolos con aire de arrogancia á pelear
 » con él, é insultándolos de palabra y con ademanes y gestos pro-
 » vocativos. Los españoles no podían moverse, con arreglo á la
 » órden imperial; pero Martin Alonso de Tamayo, veterano de los
 » del formidable tercio de D. Alvaro de Sande, no pudo aguan-
 » tar tanto insulto, y dijo á sus camaradas que aunque le costara
 » la vida, él habia de enseñar al soberbio alemán quiénes eran
 » los españoles. Y diciendo y haciendo, soltó su arcabuz, tomó
 » una pica de otro, y á gatas y medio arrastrando por el suelo se
 » salió hasta cuarenta pasos de la línea. Avisaron los centinelas
 » al emperador, y le mandó llamar: Martin Alonso se hizo el sor-
 » do y siguió adelante hasta acercarse al tudesco: entonces se ar-
 » rodilló y rezó muy devotamente tres Ave-Marías. Creyendo el
 » enemigo que se arrodillaba de miedo, comenzó á mofarse de él:
 » entonces Martin Alonso se levantó, enristró su pica, y aperci-
 » bió á su contrario para la pelea. Embistiéronse reciamente los
 » dos soldados hasta tres veces, y á la tercera arremetió el espa-
 » ñol con tal impetu y acierto, que introduciendo la pica por la
 » gorguera del tudesco, le derribó en tierra con toda su mole;
 » saltó sobre él Martin Alonso, y con su misma espada que le co-
 » rgió le cortó la cabeza; sacóle del pecho una larga bolsa que lle-
 » vaba, y con la espada, la cabeza y la bolsa, se volvió á su cam-
 » po con gran regocijo de los españoles.

» Presentóse Martin Alonso al emperador pidiéndole merced de
 » la vida. Pero Carlos, inexorable con los que traspasaban sus
 » órdenes, sin tener en cuenta lo hazañoso del hecho, le mandó
 » confesar y que le cortaran la cabeza. Intercedieron por él los
 » maestros de campo y muchos caballeros y capitanes, y aun los
 » nueve mil españoles que habia en el campo estaban resueltos á
 » no consentir que se quitara la vida á Martin Alonso, ya que no
 » se premiaran sus servicios y hazañas. Noticioso el emperador
 » del espíritu de sus tropas, cedió de su dureza, y otorgó el per-
 » don al famoso Martin Alonso de Tamayo.»

Llegaron en efecto al campo imperial diez mil infantes y cua-
 tro mil ginetes mandados por el conde de Buren, que pertene-
 cian á los Países-Bajos. Entonces el emperador emprendió sus
 operaciones, y en poco tiempo se apoderó de Nordlinga, New-
 bourg, Donawert y Dillingen, plazas todas inmediatas al cauda-
 loso Danubio, no sin pelear diversas veces con desigual suceso,
 aunque bueno casi siempre.

Esta campaña fué tan gloriosa como lo fueron generalmente
 todas aquellas en que el bizarro y entendido emperador manda-
 ba en jefe el ejército.

En aquella ocasion el jóven Mauricio, duque de Sajonia, que

en alguna obra, ideal en su mayor parte, aparece como un caballero noble, leal y sin tacha, jugó un papel tan infame, que no parece probable se aviniese fácilmente á representarle quien no estuviese muy predispuesto y aun avezado á cierta clase de manejos poco decorosos. La ambicion y la avaricia pudieran servirle de disculpa, si la avaricia y la ambicion, cuando obliga á los hombres á ser desleales é infames, pudieran ser admisibles en pechos honrados.

El duque Mauricio era protestante; pero creyendo sacar más ventaja del servicio del emperador, tomó parte en el ejército de este, que le prometió hacerle dueño de los dominios del elector de Sajonia. Este, que no podía suponer en Mauricio una falsa amistad, le encomendó todos sus estados cuando marchó á campaña.

Llegó el caso de decretar la confiscacion de bienes contra los caudillos protestantes, y el emperador mandó al duque que en cumplimiento del edicto imperial se apoderase de los estados del elector; y el duque, fingiendo muy bien el disgusto y repugnancia que experimentaba al cumplir la orden que tanto deseaba, se dirigió hácia el electorado.

Falso siempre y simulado, se presentó pacíficamente en el electorado, y tuvo la habilidad de convencer á todos los estados de lo ageno que era á aquella disposicion imperial. Tanto fué esto así, que reunidos aquellos por él para consultarles la manera de cumplir el edicto del mejor modo posible y sin que ocasionase disgustos ni trastornos, llevó tan al extremo su habilidad, que los mismos estados suplicaron por escrito al elector no impidiese al duque que tomase posesion amistosamente y sin escision de ningun género.

Grande fué el enojo del elector, villanamente vendido por el duque, que trató á este con muy duras palabras, como merecia. Viendo Mauricio que ya ni su habilidad ni su simulacion bastaban, apeló á la fuerza, y atacó con doce mil hombres por una parte del electorado, mientras el rey de romanos acometia por otra con un ejército llevado de sus reinos de Hungria y Bohemia.

Viendo el elector que Mauricio se iba apoderando de sus estados, aunque algunas plazas resistian decididamente, cercenó tropas para llevarlas en defensa de sus dominios, cosa que no pudieron negarle los confederados. Quedó, empero, ejército suficiente, á pesar de que algunos, disgustados con ver desmembrarse aquel, se retiraron á sus casas.

En tanto, el emperador avanzaba en sus triunfos; y tan activo y bizarro se mostraba, que hostigados los protestantes de tanto luchar y reluchar, hicieron proposiciones de paz, por medio del

marqués de Brandemburgo, siempre con ciertas restricciones respecto de la parte religiosa. El emperador respondió «que no »trataría de paz con súbditos rebeldes, mientras no pusiesen an- »tes en sus manos sus personas y dominios.»

No se desanimaron los jefes luteranos, y pidieron seguro para trasladarse al lugar que se sirviese señalar el César, á fin de conferenciar sobre tan arduo asunto; á lo que el emperador nada de nuevo contestó, pues se limitó á repetir la primitiva respuesta, y siguió atacando á los enemigos y apoderándose de las ciudades y fortalezas que á su paso encontraba, rindiéndose entre otras Rottemberg, Nordlingen y Halle.

No tardó mucho en someterse Ulm, una de las ciudades que primero se rebelaron y que era de las más importantes de Suavia. Hé aquí los humildes y humillantes términos en que Ulm, centro del protestantismo y su refugio, como en tiempos anteriores Smalkalde, pidió perdon al emperador:

«Nosotros los de Ulm conocemos el yerro en que hemos caido, y la ofensa que os hemos hecho, lo cual todo ha sido por »culpa nuestra y de algunos que nos han engañado; mas junta- »mente conocemos que no hay pecado, por grave que sea, que »no alcance la misericordia de Dios, arrepintiéndose el pecador. »Y por esto esperamos que, queriendo vos imitar á Dios, ten- »dreis respeto á nuestro arrepentimiento, y nos recibireis á vues- »tra misericordia. Y así, os pedimos por amor de la pasión de »Cristo, hayais piedad de nosotros, y nos recibais en gracia, »pues nos entregamos á vuestra voluntad, con determinacion de »serviros como buenos y leales vasallos, con las haciendas y la »sangre y con las vidas, como lo debemos á tan buen empe- »rador.»

Todas las ciudades, inclusa Augsburgo, hablaron en iguales términos; y el emperador las perdonó con ciertas condiciones. El duque de Witemberg fué perdonado, y expulsado el famoso saqueador de Roma, Schertel, caudillo protestante; y al terminar el año, todas las ciudades, incluidas Francfort y Strasburgo, estaban en poder del César Carlos I.

AÑO 1547.

Al comenzar el año quedó reducida la guerra al electorado de Sajonia, en donde el elector procuraba defender una parte y reconquistar otra de sus dominios, contra la ambicion del duque Mauricio: por manera que aquella no era ya cuestion religiosa ni

política; sino de inicuo despojo por parte del duque, y de justa defensa por la del elector. En esta ocasion, quisiéramos que el emperador no hubiese patrocinado tanto á Mauricio.

Durante la guerra, es fama y puede asegurarse que Carlos I se mantuvo á la altura de su gran reputacion como general, y de su talento como político. Motéjanle por las multas que exigió á las ciudades perdonadas en la alta Alemania; pero en nuestro concepto no hay suficiente razon para ello. Primeramente debe considerarse que siendo los sublevados súbditos suyos, se rebelaron contra él á mano armada; y despues, que no pidieron perdon por verdadero arrepentimiento, sino porque se encontraron muy inferiores en fuerzas militares, si no en número, en pericia y disciplina; porque no tenian caudillo ninguno que fuera digno rival, como general, del emperador; y porque, en fin, la guerra en el electorado les quitó mucha gente, y á esto se agregaron no pocas deserciones. Carlos I, por otra parte, habia hecho grandes gastos para sostener aquella guerra, y forzosamente habia de procurar que se indemnizasen; encontrando nosotros mucho mejor y más justo el que pagasen los gastos de guerra los mismos que la habian ocasionado, que el sobrecargar con subsidios é impuestos á los españoles que ninguna parte habian tomado en aquellas luchas, fuera de enviar á la campaña sus excelentes y valerosos soldados.

Hé aquí las multas: Augsburg, 150,000 escudos; 100,000, Ulm; 80,000 Francfort; 30,000 Menningen, y así las demás, segun su poblacion.

Con quien estuvo un tanto duro y severo el César fué con el conde de Witemberg, que perdió todos sus dominios y aprontó una multa de 300,000 escudos.

No pudo D. Carlos dirigirse en auxilio del duque Mauricio, á quien daba mucho en que entender el elector de Sajonia. La gota se habia exacerbado á consecuencia de los seis meses de campaña: además, viéndose con excesivo ejército, despues de hecha la paz, para solo ir contra el electorado, mandó regresar á Flandes al conde de Buren, con sus catorce mil flamencos.

Poco despues Paulo III, creyendo que el emperador habia cuidado más de sus propios intereses que de los de la Iglesia, dió orden á Octavio Farnesio para que regresase á Italia con sus doce mil hombres, y casi al mismo tiempo recibió aviso de una fuerte conspiracion que en contra de los d'Orias habia estallado en Génova.

El cabeza de esta conjuracion fué un cierto Fieschi, conde de Lavagno, y aquella se anunció de una manera terrible y amenazadora, comenzando por coser á puñaladas á Joannetin d'Oria,

sobrino de Andrea, y se la creyó terminada con la muerte de Fieschi, que pereció ahogado.

El Senado de Génova mandó sus embajadores al emperador en demanda de auxilio; porque Girolamo (ó Gerónimo) Fieschi, hermano del ya difunto conde de Lavagno, se habia apoderado de la fortaleza de Montobbio. Sin embargo, no tuvo consecuencias la rebelion, excepto para Farnesio, á quien costó bien cara, como despues veremos.

Temió el emperador que aquella conspiracion tuviese su origen muy fuera de Génova: Pedro Luis Farnesio, hijo de Paulo III y padre de Octavio, estaba entre los principales conjurados; y como á la sazón las relaciones del César con Roma no eran muy intimas, no se determinó á marchar contra el elector, y se limitó á mandar al marqués de Brandemburgo en auxilio del duque Mauricio.

Dejó mal el marqués al emperador; porque en el primer encuentro perdió casi todos los tres mil hombres que llevó consigo, quedando él mismo prisionero del elector.

Disgustado el César, y viendo que nada debia temer de parte de los genoveses, se decidió á marchar contra el elector de Sajonia, puesto que pacificada la Alemania, solo faltaba someter á aquel y al landgrave de Hesse.

En el día 29 del mes de Enero falleció Enrique VIII, rey de Inglaterra, á los cincuenta y siete años de edad y treinta y ocho de reinado. El lector ya le ha conocido; mas, sin embargo, bueno es que lea el juicio que de él ha formado la historia.

«¡Nombre espantoso! (habla de Enrique VIII). ¡Todos los ca-
»prichos del crimen sin freno, encarnados en un déspota, pedan-
»te y verdugo! Un reino trastornado, una religion mudada por
»un real decreto, porque los ojos de una dama de honor han
»agradado al *campeon de la fé*: seis mujeres sucesivamente ar-
»rojadas y maltratadas en su impuro lecho: Catalina de Aragon
»repudiada; Ana Bolena decapitada; Ana de Cleves afrentosa-
»mente despedida; Catalina Howard entregada al verdugo; los
»nombres más ilustres, las virtudes más brillantes, la anciana
»condesa de Salisbury, el cardenal Fischer, Tomás Moro, arras-
»trados al cadalso: setenta y dos mil hombres, papistas y luteran-
»nos, fueron arrojados á las llamas con una espantosa imparciali-
»dad por el rey pontífice, *el protector y jefe supremo de la igle-
»sia anglicana!*

»Bajo el reinado de este príncipe, dicen en su cronología his-
»tórica los autores del *Arte de verificar las fechas*, no hubo otra
»religion ni otras leyes en Inglaterra que su voluntad y su pa-
»sion..... Jamás príncipe alguno fué más absoluto; casi siem-

»pre costaba la vida al que se atrevia á oponerse á su voluntad.
 »Se cuenta entre las personas sacrificadas á sus pasiones, dos
 »reinas, dos cardenales, tres arzobispos, diez y ocho obispos,
 »trece abades, quinientos priores, monjes y sacerdotes; catorce
 »arcedianos, sesenta canónigos, más de cincuenta doctores, doce
 »duques, marqueses y condes con sus hijos, veintinueve barones
 »y caballeros, trescientos treinta y cinco nobles menos distingui-
 »dos, ciento veinticuatro ciudadanos y ciento diez damas de con-
 »dición. Todas estas personas, á excepción de las dos reinas,
 »fueron condenadas á muerte por haber desaprobado el cisma
 »y los desórdenes del rey Enrique, aunque muchas veces les
 »imputara crímenes para tener ocasion de hacerlas morir.»

Nos parece suficiente lo ya dicho para conocer perfectamente al *primer jefe* de la iglesia anglicana; mas por si no lo fuese, agregaremos estas líneas, escritas por el erudito Lafuente:

«Este inquisidor coronado de los protestantes no tenia por
 »cierto que echar nada en cara al Torquemada de los españoles,
 »antes le podia haber dado lecciones de crueldad, sin habersele
 »parecido en otras cualidades.»

En tanto continuaban sus importantes sesiones los padres del concilio, habian determinado los libros sagrados que podian admitirse por auténticos segun la Iglesia, y establecido la doctrina que la misma Iglesia admite como cierta respecto de los puntos dogmáticos de mayor importancia, tales como el libre albedrío, el pecado original, la predestinacion, etc.

Anatematizadas por el santo concilio las doctrinas de Lutero, Calvino y de todos los herejes que difiriendo en algunos puntos de las doctrinas del ex-fraile agustino habian formado diversas sectas, cuidó el concilio tambien de muy importantes puntos concernientes á disciplina, hallándose, sin embargo, discordes los padres que le componian respecto de la reforma de costumbres, aunque, como deseosos todos de llegar á un mismo fin, cediendo unos y otros, concluian por avenirse para resolver.

Envidioso siempre Francisco I de las glorias de su noble rival, que siempre valió más que él como general y como soberano, segun la historia inapelablemente demuestra, no pudo llevar con paciencia los triunfos del emperador en Alemania, y faltando, como siempre, á su dignidad de rey y á su deber como monarca *cristianísimo*, hizo marchar á Alemania agentes secretos para hacer promesas que animasen á los protestantes. No contento con esto, se puso en directa correspondencia con el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y, lo que es aun más escandaloso, renovó su amistad con Soliman II para instarle á que una vez más invadiese la Hungría. De este modo, por no faltar

á sus hábitos, cumplió el tratado de Crespy Francisco I: esta vez tardó más en romperle, pero no quiso dejar de ser el que siempre fué, aunque no lo demostró tan pronto.

El lector juzgará de este rey de Francia, y verá si Carlos I le dió directa ni indirectamente motivo para que de tal manera procediese. Al mismo tiempo que negociaba con el jefe del mahometismo y con los del protestantismo, exhortaba al jefe supremo del cristianismo, á Paulo III, para que reparase *el mal que habia hecho* contribuyendo al aumento de poder del emperador; trató de indisponer con este al rey de Dinamarca, con quien no estaba muy bien avenido; trabajó fervorosamente con la república de Venecia para que se confederase contra el César, y por último, hizo reclutas en Suiza para prepararse á una guerra que no sabemos de qué modo queria justificar, sin prever que su desdichada carrera tocaba ya á su término, porque la mano de Dios estaba ya sobre él levantada: bastaba ya de feas intrigas, de verdaderas apostasías, de falsedades y de mala fé.

Tambien Paulo III y el César estaban mal avenidos; porque la conducta del primero respecto del segundo fué siempre bastante ambigua. La repentina retirada de las tropas pontificias casi coincidió con el comienzo de las gestiones é intrigas de Francisco I; y como tambien el Pontífice negó al emperador las rentas eclesiásticas que poco antes le habia concedido, Carlos I se disgustó, y aun demostró á Paulo su disgusto bastante bruscamente.

El enojo del César subió de punto al saber que el Pontífice habia determinado trasladar el concilio de Trento á Bolonia. El pretexto fué el desarrollo de una enfermedad epidémica, cierta ó supuesta, en Trento. Opusieron á la traslacion los prelados españoles; pero se verificó aquella, pasando el concilio á Bolonia, aunque los prelados españoles y los demás que sin serlo eran súbditos del emperador permanecieron en Trento.

Aun estaba en su comienzo el año cuando una horrorosa sulevacion que estalló en Nápoles, aumentó los disgustos y cuidados del emperador. Tuvo su origen, al menos sirvió de pretexto, en haber querido establecer en dicho reino el tribunal de la inquisicion; y el intentarlo tuvo idéntico resultado que treinta y siete años antes, en tiempo de los Reyes Católicos.

Es de advertir que el virey D. Pedro de Toledo era un verdadero *inquisidor civil*, que trataba dura y despóticamente á los napolitanos: por consiguiente nada de extraño fué que temiesen la inquisicion religiosa unida á la civil que tan á disgusto sufrían, ó que con pretexto de la primera se rebelasen contra la segunda.

El virey, que sabia muy bien cuán aborrecido era, procedió con cierta precaucion; mas, sin embargo, los napolitanos se apercibieron de lo que se intentaba, y el pueblo de todas clases salió á la calle y comenzó á mostrarse en abierta insurreccion.

Púsose en armas la ciudad y la sublevacion tomó un aspecto tan grave, que el Pontífice Paulo III expidió un breve declarando perteneciente á la jurisdiccion apóstólica el conocimiento de las causas sobre herejía. En consecuencia, mandó al virey de Nápoles abstenerse de tomar parte en ninguna causa contra herejes, como pertenecientes al fuero eclesiástico, ni por via de inquisicion.

Esta orden del Pontífice exasperó á D. Pedro de Toledo, que era hombre de duro y enérgico carácter, y mal sufrido para que intentaran poner á su autoridad trabas ni cortapisas. No fué más pronto el recibir el breve del Papa, que el poner en ejecucion el decreto nombrando inquisidores: fueron comisiones á ver al virey para pedirle la revocacion de lo dispuesto; las recibió con altanería, y se agrió el asunto, que de suyo nada dulce estaba, concluyendo por insurreccionarse mezclados nobles y plebeyos, ricos y pobres, no formando más que una sola voluntad.

Después de los primeros momentos de confusion y desorden, los sublevados depusieron á todos los individuos del consejo de la ciudad, incluso al conservador, nombrando para desempeñar este cargo á micer Juan de Sessa, médico célebre y muy querido de todos.

Viendo D. Pedro de Toledo que dejando las palabras se ape-
laba á las obras, á pesar de su carácter, trató de contemporizar con los sublevados, llegando hasta asegurarles que el asunto no pasaria adelante, ni aun se volveria á hablar de él; y extrañamos su proceder; porque los hombres del carácter de D. Pedro de Toledo rara vez son poco nobles en sus acciones. Sin embargo, aquel mandó procesar á los promovedores de la insurreccion, tan pronto como los vió tranquilos en virtud de sus ofertas; y á esta disposicion, que volvió á hacer que el disgusto naciese, se reunió otro incidente que empeoró la situacion, que de suyo nada de bueno tenia.

Llevaba preso un alguacil á un hombre de baja alcurnia, pero que habia servido en casa de un noble, cuyo hijo hallábase parado en la calle con cuatro amigos suyos, al ser conducido aquel hombre á la cárcel. Al verlos el preso, con verdad ó sin ella, se lamentó en alta voz de que le llevaban preso por la inquisicion. Entonces los cinco jóvenes arrancaron al reo, verdadero ó supuesto, de poder del alguacil y libraron á aquel.

El desacato á la autoridad habia sido grande; porque los jó-

venes no sabian si aquel hombre decia ó no verdad, si era ó no delincuente, y en ningun caso tenian derecho ni autoridad para arrancar á un preso del poder de la justicia. Asi es que en el momento fueron los cinco jóvenes, aunque nobles y ricos, puestos á buen recaudo; y el virey, cuyo violento genio no necesitaba seguramente de tales descalos para mostrarse severo hasta el exceso, pasó de Puzzol, en donde estaba, á Nápoles, en cuanto tuvo del suceso noticia.

Apenas habia llegado cuando hizo aborrear dentro de la cárcel á tres de los cinco jóvenes, y llevando la barbarie hasta el extremo, mandó arrojar á la calle los cadáveres y publicó un bando prohibiendo rigorosamente el que nadie los enterrase sin su permiso y autorizacion.

Bien se comprende el resultado que tendria tan feroz alarde de despotismo: al caer á la calle los cadáveres se dió el impo- nente toque de rebato; todos se armaron, cada uno del modo que pudo; se paseó por las calles un crucifijo, sobre el cual hacian jurar á todos unirse á los sublevados para resistir al virey; y á fin de que no se pudiera confundir ni desfigurar el origen de aquel movimiento verdaderamente popular, porque en él tomaban parte nobles y plebeyos, que todos son parte del pueblo, el grito unánime era: «¡Viva el emperador! ¡Muera el virey!»

Esta mal aconsejada autoridad, decidida á jugar el todo por el todo, mandó hacer fuego sobre el pueblo con la artillería de los tres castillos; y no contento con esto, mandó salir á la calle las compañías de arcabuceros con órden expresa de matar en el acto á toda persona que llevase armas consigo.

Terrible y horroroso espectáculo presentaba la bella ciudad de Nápoles: pueblo y soldados sostenian en cada calle y en cada casa una formal accion; mas la autoridad, firme siempre y siempre serena, recibió tropas de refuerzo que habia pedido al duque de Florencia, y dió el bárbaro decreto de perdon en favor de todos los desterrados por delitos comunes.

Dice la historia que en un solo dia entraron en Nápoles *cinco mil foragidos*, entre asesinos, ladrones y estafadores; juzgue el lector de lo que en la deliciosa y antigua Partenope pasaria con aquella nueva plaga que sobre ella cayera.

Debemos correr un velo sobre tan tristes y repugnantes escenas, que duraron más de quince dias, sin que durante estos cesasen los robos, los incendios y el degüello.

En tanto llegaron á la presencia del emperador los comisionados mandados por el virey, y el principe de Salerno que, con otras personas, lo fué por la ciudad, en la cual se habia asentado una tregua entre el pueblo y los secuaces del virey, cuya tregua

se rompió sin saber la causa y se renovaron las escenas de sangre y de desolacion.

Propagóse la insurreccion á otras ciudades, inclusa toda la Tierra de Labor; y aunque en todas partes se veian escenas parecidas, nada se parecia á las ocurridas en Nápoles, en donde las llamas de los incendios hacian que no se distinguiese la noche del dia, y que se viesen los cadáveres hacinados en las calles, como las mieses en la era al terminar el caloroso estío.

El emperador desaprobó la conducta del virey, especialmente su bárbara crueldad con los tres nobles mancebos, que dió, puede decirse, márgen á todos los trastornos y horrores; mas como hombre acostumbrado á la disciplina militar, no quiso que la autoridad fuese desprestigiada, ni dejar que la insurreccion triunfase.

Regresaron los comisionados á Nápoles con la orden del emperador para que dejasen las armas los insurrectos y se restituyesen á la obediencia del virey, llevando empero un perdon general, del cual solo se exceptuaban treinta personas, que habian de ser juzgadas por los tribunales y estar á lo que estos decidiesen.

Estuvieron indecisos los napolitanos en cuanto á obedecer la orden; mas como llegase á la sazón al puerto un tercio de españoles de los más veteranos y aguerridos, esto impuso á la multitud, que comenzó á hacer entrega de armas y municiones; y la insurreccion poco á poco terminó, quedando solamente viva en uno de los castillos, que estaba bien artillado, y del cual los insurrectos se habian apoderado.

El virey, lisonjeado con ver que su autoridad no habia sido menospreciada, dulcificó lo posible su carácter y empeñó su palabra con los del castillo de interceder, como protector, por ellos cerca del emperador. En fé de esta palabra, que cumplió D. Pedro de Toledo, se entregaron los refugiados en el castillo, y el orden quedó restablecido. La ciudad pagó una multa de cien mil ducados, quedó prohibido el uso de armas de todas clases á los habitantes de Nápoles y á los residentes en un radio de cuarenta millas, y cada uno volvió á sus acostumbradas ocupaciones, fuera de algunos que voluntariamente emigraron. Algunos nobles, como el príncipe de Salerno, se pasaron á Francia.

Las tristes y dolorosas escenas que hemos referido, ocurrieron en fines de Julio y principios de Agosto; y casi cuatro meses antes habia fallecido el perdurable y jurado enemigo del emperador, Francisco I de Francia. El dia 30 de Marzo dejó de existir este fatal monarca, *de una vergonzosa enfermedad, fruto de su licenciosa vida*, segun la historia.

Nada queremos decir de él, puesto que hemos dicho lo bastante para que el lector perfectamente le conozca. Sin embargo, el ilustrado Sr. Lafuente, con mucha oportunidad, cita el juicio que del rey Francisco formaron algunos escritores sus compatriotas; y como todo lo dicho por los escritores españoles que del citado rey no hablen bien pudiera parecer parcial y poco arreglado á justicia, ó cuando menos muy exagerado, creemos conveniente trasladar lo que han dicho varios autores franceses, que siempre, y por razon tan clara como natural, habrán pecado más de cortos que de largos.

Habla el Sr. Lafuente:

«Entre tan diversos juicios, más ó menos apasionados ó imparciales, como de este monarca se han hecho, nosotros nos limitaremos ahora á copiar algunos de los rasgos con que le dibujan los escritores de su mismo reino.»

Hablan ahora los autores franceses:

«Francisco I (dice uno de ellos) no fué un grande hombre, pero alcanzó el título de gran rey. Este padre de las letras, que quiso romper todas las prensas de su reino, atrajo las mujeres á la córte. Esta córte literata, galante y militar, mezclaba con los amores las bélicas hazañas, y entonces tuvo principio el reinado de esas favoritas que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía.» — «La edad, dice otro, apagó la sangre, las adversidades el espíritu, los azares el valor, y la monarquía desesperada no espera más que deleites. Tal era el rey Francisco, herido por las damas en el alma y en el cuerpo: la pequeña banda de madama de Etampes gobierna. Alejandro ve las mujeres cuando no tiene negocios; Francisco ve los negocios cuando no tiene mujeres.» — «Así terminó, dice otro, su carrera con una muerte innoble el príncipe que, nacido con brillantes cualidades, y aun con algunas virtudes, arruinó la Francia, causó la destruccion de muchas de sus provincias, enconó con suplicios las querellas religiosas, protegió algunos hombres de letras, pero abogó toda libertad de discusion, proscribió aunque momentáneamente la imprenta, introdujo en la córte, y por un fatal ejemplo en el reino, el libertinaje y la deshonor de las mujeres.» — «Este príncipe, dice otro, fué indiscreto hasta la imprudencia, ligero, imprevisor, que hizo las mujeres de su córte objeto de escándalo, y cuyo fausto le costaba tanto como la guerra.» — Mr. Roederer, dice otro, que ha compuesto sobre Francisco I una memoria, acaso severa, pero muy concienzuda, ha notado con razon que el historiador (Anquetil), hablando del monarca, ha cometido el renuncio de olvidar la crápula que manchó la vida privada de su héroe, *su falta de*

» *fé*, sus hábitos despóticos, su espíritu perseguidor, su crueldad
 » en la tiranía. ¿Por qué ha olvidado el desprecio de las leyes del
 » Estado, probado con la degradacion de los cuerpos políticos y
 » judiciales, con la imposicion arbitraria de impuestos sobre la
 » propiedad, con la usurpacion del tesoro público, la opresion de
 » las conciencias..... etc.?»

Habla de nuevo el Sr. Lafuente:

«Así juzgan generalmente los escritores franceses al rey ca-
 » ballero.

» Hemos tomado indistintamente y al acaso estos trozos, de Ta-
 » bannes, Pierre Mathieu, Anquetil, Rœderer, Chateaubriand,
 » Saint-Prosper, Du Bois, y otros de los que tenemos más á la
 » mano.»

Visto lo que dicen de Francisco I los mismos autores sus com-
 patriotas, puede juzgarse, sin temor de incurrir en equivocacion
 ni de formar juicio temerario, de lo que en realidad fué.

La muerte del rey Francisco no pudo ser sentida por Carlos I.
 Ocurrida cuando el monarca envidioso y mal intencionado pon-
 nia en movimiento contra su noble rival á los protestantes, al
 gran turco, al Pontífice, á Venecia, á Dinamarca, á Inglaterra y
 á todos cuantos era posible, sin distinguir de religiones ni de cir-
 cunstancias, y cuando levantaba tropas en Suiza para renovar
 la guerra á pesar del tratado de Crespy que conculcó como habia
 hecho con todos los anteriores, descargó al César de un gravísi-
 mo peso.

Dirigióse, pues, el emperador contra el elector de Sajonia; y
 el dia 15 de Abril se reunió á su hermano Fernando, rey de ro-
 manos, y al duque Mauricio de Sajonia.

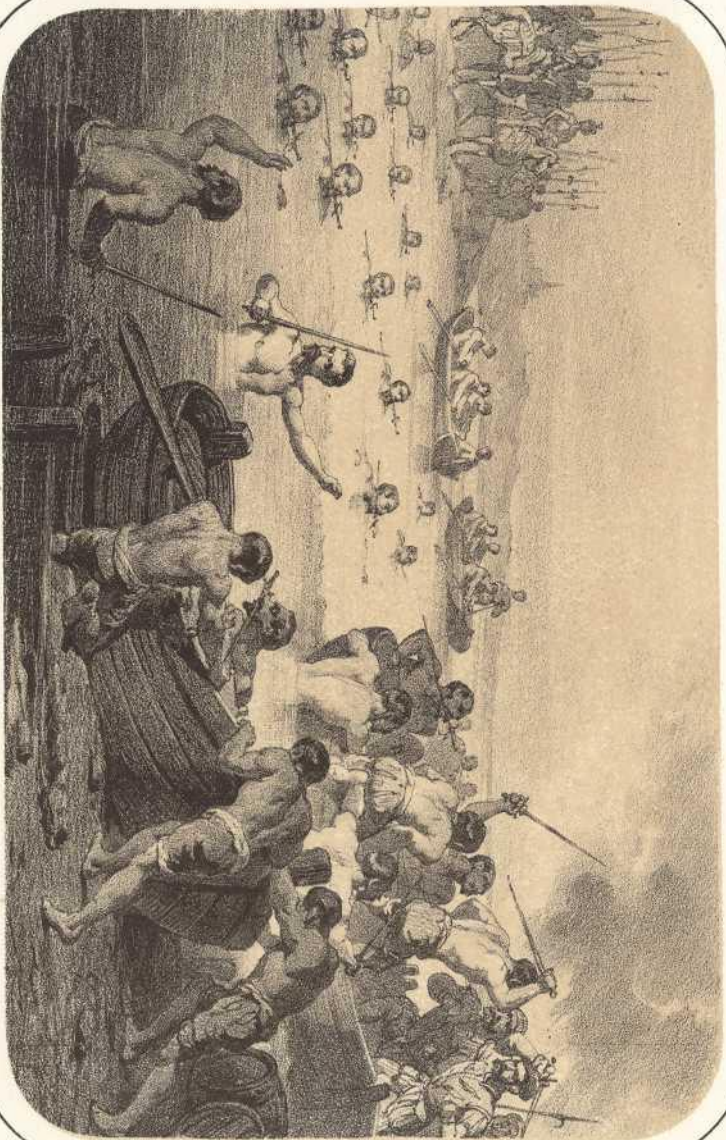
El 22 llegaron á la ribera del Elba, sin que el elector tuviera
 noticia de lo que ocurría, hasta que vió aparecer el ejército.
 Apresuradamente hizo cortar el puente inmediato á Meissen, é
 hizo marchar sus tropas en direccion de Witemberg.

Iba el rio á la sazón muy crecido, y ya habia hecho alto el
 elector cerca de Muhlberg, cuando el ejército imperial no habia
 todavía encontrado sitio por dónde atrevesar el Elba, que por
 aquella parte tenia de ancho más de doscientas setenta varas.

Buscando estaban sitio para vadear, cuando un aldeano se
 presentó al duque de Alba, que mandaba el cuerpo de vanguar-
 dia, ofreciéndose á enseñarle un vado; y preguntado por el du-
 que qué motivo tenia para hacerle el ofrecimiento, siendo, como
 era, natural del electorado, respondió que los soldados sajones
 le habian robado dos únicos caballos que tenia, y deseaba ven-
 garse.

Presentó el de Alba á los demás caudillos el aparecido, y el





C. MURCIA, ADE y HA?

Imp. de J. DONON Madrid

Españoles que se apoderan de las barcas enemigas.

(Rio Elba.)



duque Mauricio le ofreció, si cumplía fielmente su promesa, darle dos buenos caballos y cien monedas de oro, llamadas allí *coronas*.

Amaneció el siguiente día muy nublado y nebuloso, cosa muy favorable al proyecto de vadear el río; mas este tan poderoso corría que nadie se determinó á meterse en él, *excepto los españoles*, que jamás temieron á nada ni á nadie.

El sitio elegido por el labriego era, en efecto, un vado; mas tal iba el río de caudaloso, que apenas entrados en él los españoles les llegaba el agua á la cinta, y poco despues al cuello. Viendo esto, los más osados, en un regular número, se desnudaron y arrojaron las ropas á la orilla; cogieron las tajantes tizonas entre los dientes, y se dirigieron á nado hácia unas barcas sajonas que en el río estaban. Los que se hallaban en ellas, al ver semejante golpe de inusitado arrojo, comenzaron á poner fuego á las barcas; mas no dieron mucho tiempo los nadadores. Apoderados de ellas las llevaron á la orilla y entregaron al emperador, y pocos minutos despues fueron ocupadas por escogidos arcabuceros que internándose en el río hicieron mortífero fuego sobre los enemigos, en tanto los ginetes pasaban á los peones, colocados á la grupa, de una á otra orilla.

Entre los españoles que acometieron la precitada hazaña en las aguas del Elba, se encontraron el famoso escritor Andrés Rey de Artieda, Cristóbal de Mondragon, Sancho Dávila y otros que luego figurarán no poco.

El emperador, con grande entusiasmo y gozo del ejército, no quiso quedarse con los que no pasaron. Sobre su caballo corrió el riesgo de la expuesta travesía, vestido de toda gala, con la purpurada clámide imperial sobre los hombros, para que pudiesen verle bien los que en su estandarle llevaban escrito: *eamus, occidamus bestiam magnam coccineam*; con una aguda jabalina en la diestra, y con la vista clavada sobre la opuesta orilla á que se dirigía, risueño y animoso como siempre, atravesó sin temor y sin desgracia la murmuradora corriente. Tras él y como sirviéndole de escolta pasaron su hermano el rey Fernando, el duque Mauricio de Sajonia y el de Alba.

Tomada tierra, se hizo ajustar la magnífica coraza y se colocó un casco, como aquella, de pura plata dorada á fuego, en derredor del cual se veía la real corona, del mismo rico metal. Soltó la jabalina, empuñó la temida lanza, y saltando ágilmente sobre un poderoso alazan tostado, que descansado estaba, pasó muestra á la tropa que pudo hacer con él la expuesta travesía.

En aquellos solemnes momentos desaparecía absolutamente el emperador, y solo quedaba un animoso y muy entendido gene-



ral. Alentaba á los soldados, les hablaba con el mayor cariño, y á muchos, que tenia felicísima memoria, los llamaba por sus nombres y les recordaba, para más excitar su ánimo, poco necesitado seguramente de aguda espuela, gloriosos hechos anteriores en que ellos y el valeroso Carlos habian sido actores.

Mientras esto ocurría, avisaban al elector los suyos, que estaba en Muhlberg asistiendo al llamado oficio divino, porque era domingo aquel día. Su ejército que vió la osada operación practicada por los españoles, acción que ni esperaba ni comprendía, se replegó á Witemberg, á cuyo punto se dirigió también el elector para reunirse con los suyos.

Carlos I no quiso esperar la infantería que aun no habia podido pasar: arrojóse lanza en ristre al frente de los suyos sobre los protestantes, en las landas de Lochau, y la victoria obtenida en aquel día por las armas imperiales fué de las más notables y completas de las muchas que en más de treinta años habian sabido obtener.

El ejército del elector quedó absolutamente derrotado y dejó sembrado de cadáveres desde Kossdorf á Falkembourg. El elector fué alcanzado en su fuga y herido en el rostro, sin embargo de lo cual se negaba á entregarse, aunque al fin le fué forzoso rendirse. Presentado al duque de Alba, este le llevó á la presencia del muy bizarro emperador, el cual en aquel día ni recordó el fatal achaque de la gota, ni jamás disfrutó de mejor salud. Se le restituían las bélicas fatigas; porque en lo valeroso, entendido y activo, fue un digno sucesor y émulo de su glorioso abuelo Fernando V, el Católico.

El elector, al verse ante Carlos I, dobló la rodilla, y le saludó diciendo: *Generoso y clementísimo emperador*; á lo que este respondió ceñudo y severo: *¡Soy, pues, ahora vuestro emperador generoso y clementísimo! Tiempo bastante habia que así no me nombráades*. El elector, un tanto temeroso al notar el semblante irritado de Carlos, añadió: *Soy vuestro prisionero, y espero se me respetará y tratará como á príncipe*; á lo que el César respondió cada vez más ceñudo y volviéndole la espalda: *Se os tratará como habeis merecido*.

El prisionero fué entregado al duque de Alba, y el campo imperial se dirigió contra Witemberg, capital de la Sajonia, que estaba puesta en armas y defendida por Sibila de Cleves, esposa del elector.

Era la ciudad fuerte, bien murada, artillada y defendida; y el tomarla era obra difícil, ó cuando menos exigía mucho gasto de sangre, de tiempo y de dinero. Además, en la defensa, auxiliaban á la esposa del elector sus hijos,

Dícese que el emperador hizo uso de un ardid poco noble, y nosotros no le juzgamos tan severamente, porque tendió á evitar el derramamiento de sangre. Al decoro del emperador, tratando con súbditos rebeldes, se oponia el retirarse del frente de la ciudad sin rendirla; y si esto no habia de lograrse sin que pereciesen centenares de víctimas de una y otra parte, preferible mil veces fué lo que el emperador determinó.

Mandó un mensaje á Sibila de Cleves exigiendo la entrega de Witemberg, y amenazándola, si no entregaba la plaza, con enviarla la cortada cabeza de su prisionero esposo.

En tanto Sibila decidia, dispuso el César que el elector fuese juzgado por un consejo de guerra compuesto de italianos y españoles. Tambien se indica que no se le mandó juzgar con arreglo á las leyes del cuerpo germánico; pero prescindiendo de que todas las leyes son iguales cuando se trata de un delito de alta traicion, de lesa magestad y de rebeldía á mano armada contra el soberano, como prisionero de guerra debió de ser juzgado por un consejo de guerra y con arreglo á las leyes de la misma, y no á otras.

El tribunal terminó pronto el proceso, y sentenció al elector á ser decapitado, como *reo convicto de traicion y de rebeldía*; y cuando se presentaron á notificarle la sentencia, halláronle jugando al ajedrez con Ernesto de Brunswik, tambien como el prisionero.

Oyó tranquilo la lectura del terrible documento, acabada la cual exclamó: *Dios quiera que esta sentencia no aflija más á mi esposa y mis hijos de lo que á mi me aflige y me intimida, y que no renuncien á los títulos y posesiones que por su nacimiento les pertenecen, porque yo viva algunos dias más.*

La sentencia no produjo igual efecto en Sibila de Cleves, la cual mandó mensajeros al emperador para pedirle fijase del modo que quisiese el precio de la vida de su esposo. Al mismo tiempo, muy poderosos medianeros suplicaron al emperador en favor del sentenciado, entre ellos el mismo duque Mauricio.

El principal motivo de haber obtenido el buen suceso que deseaban los intercesores, entre los cuales se contaron el elector de Brandemburg y el duque de Cleves, fué que el César no abrigó jamás la intencion de privar al de Sajonia de la vida. Quiso imponer temor y no consumir el sacrificio, por lo cual concedió despues el perdon al elector, bajo las siguientes condiciones:

«La dignidad electoral de Sajonia habia de quedar en manos del emperador, para disponer de ella á su voluntad:—habian de ser entregadas al mismo tiempo las ciudades de Witemberg y Gotha:—el margrave Alberto de Brandemburg seria puesto

»en libertad sin rescate:—el elector renunciaria para siempre á toda alianza contra el emperador y rey de romanos:—reconoceria y obedeceria los decretos de la cámara imperial:—permaneceria prisionero del emperador todo el tiempo que este quisiere retenerle.—En cambio el emperador le dejaba la vida, y le señalaba para su manutencion la ciudad y territorio de »Gotha, con una pension de 50,000 florines, obligándose también á pagar sus deudas.»

El día 19 de Mayo ondearon los invictos pendones imperiales sobre los muros de la capital de Sajonia; y desde aquel momento el severo semblante del César trocóse en amable y risueño. Comenzó á ser muy obsequioso con el vencido elector, á quien se trataba tan consideradamente que le servian y asistian los grandes de Castilla. Esta fué una de las buenas y notables prendas que adornaron á Carlos I; la altivez y teson con los rebeldes y contumaces, y la amabilidad y atencion con los mismos, despues de domados y vencidos.

Cuéntase que terminada la breve campaña, quiso el César ver el sepulcro del desdichado Lutero, que estaba en la capilla del castillo. Estábase considerando atentamente, cuando algunos de los que le rodeaban le indicaron que debia mandar que desenterrasen aquellos *inmundos restos* para reducirlos á cenizas; á lo que el emperador contestó con estas notabilísimas palabras: *Dejadle que repose; ya ha encontrado su juez: yo hago guerra á los vivos y dejo en paz á los muertos.*

Poco se detuvo el emperador: faltábale solamente someter al landgrave de Hesse, contra el cual se dirigió, despues de haber puesto al duque Mauricio en posesion del electorado de Sajonia.

No llegó el caso de pelear; porque el landgrave no podia hacer frente á las fuerzas militares del César. Al mismo tiempo comenzaron á interceder en favor del landgrave los mismos que habian mediado en favor del elector de Sajonia. Carlos I cedió, manifestando que perdonaria al elector siempre que confiadamente se pusiese en sus manos, le pidiese perdon, y se sometiese á unas condiciones parecidas á las aceptadas por el elector, que habian de ser además firmadas por el duque Mauricio, el conde Palatino del Rhin, el marqués de Brandemburg y el gran maestro de Prusia.

Los intercesores hicieron saber al landgrave la determinacion del emperador, comprometiéndose á entregarse ellos mismos prisioneros en poder de los hijos del primero, si el emperador dejase de cumplir su palabra.

El día 19 de Junio se presentó el landgrave al emperador en

Halle. El César le recibió rodeado de toda la pompa y grandeza imperial, y de todos los magnates y caballeros de su corte.

Cumplió Carlos I su palabra respecto de la vida del landgrave; mas después de haber este comido con el duque de Alba, Mauricio, Brandemburg y otros personajes, el primero le intimó se diese á prision. En vano acudieron los mediadores al César, viéndose fuertemente comprometidos en virtud de su solemne oferta; mas contestó Carlos á todos que jamás habia ofrecido conceder al landgrave una absoluta é inmediata libertad, sino el no condenarle á prision perpétua.

Comprendemos que la generosidad del emperador debió de ser completa; mas tal vez retuvo prisioneros al elector y al landgrave, á fin de que les sirviese la prision de castigo y les impusiese para el tiempo venidero; porque el delito habia sido grave, y habia costado mucha sangre é infinitas víctimas.

Pasó el César de Alemania á Bohemia, para dar auxilio á su hermano D. Fernando, que luchaba tambien contra los luteranos. La rebelion fué vencida lo mismo en Bohemia que en Alemania, y el emperador convocó la Dieta imperial y se trasladó á Augsburgo, en donde aquella debia reunirse. El objeto principal de Carlos era el hacer que los vencidos protestantes reconociesen la autoridad del concilio de Trento. Confiado siempre en sus españoles, á quienes con exceso queria y preferia sobre todos, los hizo penetrar dentro de Augsburgo, y allí los hizo tomar cuarteles: las tropas alemanas, italianas, etc., se acuartelaron en las aldeas circunvecinas.

La Dieta, sin embargo, no dió los resultados que el emperador apetecia; porque abrigaba un proyecto oculto, de que dió parte únicamente á su hermana la reina María, llamada la *Valerosa*, que era por él gobernadora de Flandes.

Deseaba Carlos que Fernando, hermano de ambos, cediese todo derecho adquirido por la cesion de aquel al imperio; porque, como padre, deseaba que su hijo D. Felipe, príncipe de Asturias, gobernador de España y que á la sazón daba claras muestras de grande y precoz capacidad para los árdulos negocios del Estado, le sucediese en el imperio como habia de sucederle en la corona de las Españas.

La reina María prometió negociar el asunto con su hermano Fernando; mas aunque este amaba tanto al César, como que en tantas empresas se vieron siempre unidos dándose mútuo auxilio, el afecto de padre se sobrepuso al fraternal, y no se resolvió á perjudicar á sus hijos, aunque debia á su hermano el emperador los derechos que este en favor de su hijo Felipe reclamaba. Carlos, que vió el disgusto que la propuesta causó á su herma-

no, desistió y no volvió á tratar de tal asunto, lo que prueba que no fué ambicioso.

Por entonces dió su fatal resultado la conspiracion genovesa, de la cual ya nadie se acordaba. Corria el mes de Setiembre cuando Pedro Luis Farnesio, padre de Octavio, fué bárbaramente asesinado. Los conjurados inesperadamente se apoderaron de la ciudadela de Placencia, de cuyo estado era Farnesio duque, y le acribillaron á puñaladas de la manera más feroz é inhumana, á los gritos de «¡muera el tirano!» En seguida los mismos conjurados dispararon tres cañonazos con las piezas que habia en la ciudadela, y al salir á la calle los placentinos alarmados con la inusitada novedad, vieron al desventurado Pedro Luis Farnesio colgado por los piés de un balcon del castillo.

Tuvo origen la conspiracion, segun voz pública, en la venganza que quisieron tomar los d'Orias. Culpábase al desdichado duque de Placenza (Placencia) de haber sido uno de los principales promovedores de la insurreccion de Génova, que costó la vida á Joannetin d'Oria. Los deudos de este á su vez tramaron una conspiracion, de acuerdo con Gonzaga el virey de Sicilia; y como Farnesio era generalmente odiado de los suyos por su despótico carácter y por la tiranía con que mandaba, no fué difícil atraer á los principales nobles placentinos y lograr que tan certeramente se diese el golpe contra Pedro Luis Farnesio. Para demostrar hasta qué punto fué odiado este infeliz, bastará referir que su cadáver estuvo más de cuarenta y ocho horas arrojado en el foso de la ciudad, y costó mucho el que los conjurados permitiesen se le diese sepultura.

Despues fué proclamado por las calles el emperador; y Fernando de Gonzaga, que estaba esperando en Cremona el resultado de la conspiracion, avanzó con tropas, tomó posesion del ducado en nombre del César, y en el mismo dió á los ciudadanos los antiguos privilegios de que habian sido despojados.

Paulo III recibió la pesadumbre que puede comprenderse al saber la desgraciada muerte de su hijo, y pidió al emperador castigase á Gonzaga y diera el ducado de Placencia á Oclavio su nieto, é hijo de Pedro Luis; pero no pudo lograr uno ni otro.

Entonces Paulo trató de aliarse con Enrique II de Francia, que habia sucedido á Francisco I, contra el emperador; empero el monarca francés nada hizo, y solo perdió en estas negociaciones el marqués de Massa, que siendo el encargado por Paulo para entenderse con Enrique II, fué sorprendido y convencido por Gonzaga, virey de Sicilia, y pagó su comision con la cabeza.

Tecaba el año á su término cuando logró el emperador de los príncipes y miembros de la Dieta reunida en Augsburgo el re-

conocimiento de la autoridad del concilio de Trento; más ó menos de buen grado, todos accedieron, presentando algunos ciertas condiciones para reconocer completamente. Omitiendo estas, remitió Carlos I al Sumo Pontífice una exposicion, á nombre de todo el cuerpo germánico, dando noticia del ansiado reconocimiento y pidiendo la traslacion del concilio de Bolonia á Trento. El Pontífice no accedió; y aquella peticion dió márgen á poco edificantes contestaciones de una y otra parte, que no terminaron con el año.

ESPAÑA.

La vasta extension de los dominios del emperador, y lo fecundo que fué su reinado en importantes acontecimientos, nos ha obligado á detenernos en Italia y Alemania, descuidados, al parecer, de nuestra España, á la cual justo es ya dedicar algunas páginas.

Hemos dicho poco hace que el príncipe D. Felipe demostraba una precoz disposicion para el gobierno de la nacion, y cierto es que la historia consigna las buenas dotes de aquel y la prudencia con que, á pesar de su corta edad, atendia á los asuntos del Estado.

Al terminar el primer tercio del año, falleció el secretario imperial, D. Francisco de los Cobos, hombre inteligente, de incorruptible fidelidad, de pronto y buen consejo, y que habia sido el más íntimo y secreto consejero del César, quien le dejó en España contra su gusto, pero deseoso de que auxiliase al príncipe en el gobierno.

Llegó el caso de celebrar Córtes en Aragon, convocadas por el César desde Bohemia, y se trasladó D. Felipe á dicho reino para presidirlas en nombre de su padre, y como gobernador de España en ausencia de aquel.

El primer objeto de la reunion fué el de pedir un subsidio, que se concedió por las Córtes sin vacilar, en atencion á los inmensos gastos y trabajos sufridos por el emperador en pro de sus vastos dominios y en defensa de la religion. Otorgaron, pues, las Córtes aragonesas un servicio de 200,000 libras jaquesas, pagaderas en tres años; y concedieron además al príncipe, voluntariamente, un servicio extraordinario de 25,000 libras.

Solicitaron las Córtes del gobernador que no pudiera renunciarse el cargo de justicia mayor, con otras peticiones de menor

importancia; pero el acuerdo célebre y utilísimo para las letras españolas fué la creacion de una plaza de *cronista*, ó *historiador*, *de las cosas de Aragon*, que habia de ser nombrado por los representantes ó diputados del reino; acuerdo que fué tomado á propuesta de D. Fernando de Aragon, arzobispo de Zaragoza. Tan feliz é importante medida fué coronada por la acertadísima eleccion del primer cronista, que recayó en el justamente célebre y docto Gerónimo de Zurita.

En este año y en Castilleja de la Cuesta, á 2 de Diciembre, falleció el valeroso y sin par Hernan Cortés, famoso y célebre conquistador de Méjico, á los sesenta y tres años de edad, enfermo de cuerpo y de espíritu, á consecuencia del mal pago que sus preclaros, inauditos y maravillosos servicios recibieran. Este hombre extraordinario fué aquel que, ya cansado de sufrir en silencio, subió un día al estribo del coche del emperador para poder hablarle; porque los cortesanos le habian cerrado las puertas de la real cámara.

—*¿Quién sois vos?* preguntóle admirado el César; y el héroe de Olumba respondió con tanta energía como allivez:—*Soy un hombre que os ha dado más provincias, que ciudades heredásteis de vuestros abuelos.*

El emperador quiso hacerle justicia; mas pesaban sobre su ánimo graves cuidados, y juntos estos al que tenian los envidiosos de alejar de su imaginacion al héroe de Tabasco, nada adelantó este. La cortesana muralla de carne que se interpone entre la justicia y generosidad de los príncipes y los que justicia y premio reclaman, siempre tuvo, tiene y tendrá á su cargo muchas infamias y muchas vidas.

El bizarro héroe de Tlascala se vió en Méjico postergado á ciertas autoridades, que ningun peligro habian corrido, ni hecho sacrificio ninguno para realizar la conquista. Esto le obligó á darse á la vela con intencion de hacer descubrimientos en el gran mar del Sur. Entonces descubrió la gran península de la *California*, recorriendo casi todo el golfo que la separa de Nueva-España.

Regresó á Méjico para calmar la agitacion promovida por la ambicion de los gobernantes de aquel vasto imperio; empero maltratado como siempre, se dirigió á España en busca de justicia. Entonces fué cuando, como simple voluntario, tomó activa parte en la expedicion hecha á Argel por el emperador, despues de lo cual, para hablar, aunque inútilmente, al César, tuvo que asaltar, por decirlo así, el coche, como acabamos de referir. Nada logró este desventurado y memorable héroe, ni aun la devolucion de los 300,000 escudos que de su propio peculio gastó

en su expedicion á la California, hecha en bien y para provecho de la española corona.

AÑO 1548.

En tanto, el emperador, fuertemente aquejado de su habitual y doloroso achaque, determinó que su hijo D. Felipe, príncipe de Asturias y gobernador de España en ausencia del César, pasase á Flandes. El objeto de este largo viaje no era otro que la conveniencia que D. Carlos I encontraba en que su heredero y sucesor conociese á sus futuros súbditos de aquellos remotos países, y que ellos conociesen también á su futuro soberano.

Hallábase al lado del César D. Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, que habia ido de España á felicitar al emperador en nombre del príncipe por los triunfos que acababa de obtener, y le comisionó, en union con el duque de Alba, para que noticiase al príncipe su determinacion.

Encontraba el César el inconveniente de dejar á España sin gobernador, durante la ausencia de D. Felipe; empero obvió esta dificultad nombrando gobernadores á su hija María y á su yerno y sobrino Maximiliano, hijo de D. Fernando, rey de romanos, que acababa de desposarse con dicha princesa.

Dispuesto así, dirigió una extensa carta á los prelados, próceres y ciudades de España, dándoles cuenta de su determinacion, y de las razones en que la apoyaba.

No podemos resistir al deseo, cuya realizacion creemos nos agradecerá el lector, de insertar aquí las notabilísimas instrucciones que el emperador mandó á su hijo y heredero, por mano del duque de Alba, de cuanto debiera prever, ejecutar y disponer en el caso de que el César falleciese; instruccion encomiada por respetables historiadores que la juzgan como *una recapitulacion de avisos y consejos de buen gobierno, y como una fiel reseña de la situacion política de Europa, y de las relaciones políticas del imperio con cada una de las naciones extranjeras*. Alguno llama también fundadamente á esta célebre Instruccion, *Testamento político*. Héla aquí.

Estaba fechada en Augsburgo, á 19 de Enero de 1548, y decia en resúmen lo siguiente:

«Después de recomendar al príncipe eficazmente la defensa y mantenimiento de la fé católica en todos sus dominios, la prosecucion del concilio que él habia congregado con tanto trabajo y dispendios para la extincion de las herejías de Alemania; el

»acatamiento y respeto que debía mostrar á la Santa Sede, y la
 »provision de las prebendas y beneficios eclesiásticos en perso-
 »nas de letras, experiencia y buenas costumbres, le aconsejaba
 »muy encarecidamente la paz, representándole lo cansados y
 »trabajados que estaban sus pueblos con las pasadas guerras
 »que él se habia visto forzado á sostener, y los gastos y empe-
 »ños que por ellas habia contraido, pintándole la guerra como
 »la cosa peor del mundo.—Procediendo á instruirle de cómo ha-
 »bia de manejarse con cada uno de los soberanos, le exhortaba
 »á que pusiera la mayor amistad y confianza en su tío D. Fer-
 »nando, rey de romanos, que tanto le habia ayudado en la paci-
 »ficacion de la Alemania.—Advertíale de lo apurados, y aun
 »exhaustos que tenia de dinero sus reinos y señoríos, y le encar-
 »gaba que excusara todo lo posible pedirles más, como no fuera
 »necesario para conservar los estados y tierras de Flandes.—
 »Ordenábale que guardara la tregua que habia ajustado con el
 »turco: «porque es razon que lo que he tratado y tratáreis se
 »guarde de buena fé con todos, sean infieles ú otros, y es lo que
 »conviene á los que reinan y á todos los buenos;» y tambien
 »para no dar ocasion al francés para inquietar otra vez la cris-
 »tíandad como antes lo habia hecho.—Débesé procurar estar en
 »buena amistad con los principes electores del imperio; pero
 »advirtiéndole que si necesitase sacar gente de guerra de Alema-
 »nia, lo hiciera con el dinero en mano y pagándola convenien-
 »temente, *porque los de acá,* decia el emperador, *quieren pre-
 »cisamente ser pagados.*—De las mismas palabras hacia uso al
 »tratar de los suizos, encargando al príncipe les mostrase buena
 »voluntad y aficion, pero pagándoles puntualmente sin faltarles
 »á los plazos estipulados.

»Al tratar del Sumo Pontífice se mostraba quejoso de su com-
 »portamiento, por las cuestiones relativas al concilio y por otros
 »puntos, sin embargo de haberle complacido casando á su hija
 »natural doña Margarita de Austria con Octavio Farnesio, nie-
 »to de Paulo III. A pesar de todo, encargaba al príncipe consi-
 »derase la dignidad y no las obras, al tratar con el Pontífice, y
 »le guardara el debido acatamiento.—Trataba tambien del ase-
 »sinato de Pedro Luis Farnesio, padre de Octavio, reprobándo-
 »le altamente; pero aprobando que el virey Gonzaga hubiese
 »declarado á Plasencia dominio imperial, como ministro que era
 »del imperio.—Encargaba al príncipe muy encarecidamente que
 »si el Pontífice moria, cosa muy probable en razon á su avanza-
 »da edad, procurase con todo esfuerzo se hiciese una buena
 »eleccion, arreglada á las instrucciones que ya tenia el embaja-
 »dor español en Roma.—Advertíale que las tres importantes

»cuestiones que con Roma mediaban eran respecto de la soberanía de Sicilia, del feudo de Nápoles y de la pragmática hecha en Castilla, y que si tenia que ocuparse de ellas las tratara con la sumision y acatamiento de buen hijo de la Iglesia; «pero de manera que no se haga ni intente cosa perjudicial á las preeminencias reales, y comun bien y quietud de nuestros reinos y señorios.» — Encargábale guardara la liga y tratado que tenia hecho con Venecia por lo que tocaba á los reinos de Nápoles y Sicilia, y los estados de Milan y Plasencia. — Le recomendaba al duque de Florencia, Cosme de Médicis, que se habia conducido bien y mostrándose siempre aficionado y devoto al emperador. — Que estuviera sobre aviso en cuanto al duque de Ferrara, pues si bien le estaba muy obligado, tenia deudo con Francia y era inclinado á aquella parte, por lo cual convenia «mirar sus andamientos.» — Que del duque de Mántua podia tener confianza, como él la tenia. — Que cuidara de conservar en su devocion á Génova, por lo que importaba á la seguridad de toda Italia y de las Baleares, y que confiaba en que así sucederia, porque los genoveses debian mucho á su hermano, y la proteccion de su libertad al imperio. — Que lo mismo esperaba de las repúblicas de Siena y Luca, siempre aficionadísimas á la persona del emperador, porque así les convenia para conservar sus libertades, á las cuales por lo tanto debia favorecer. — Que al conde Galeofi que estaba excluido de la concordia, y por quien muchos intercedian para que le perdonase, seria bueno tenerle así, «porque se habia metido muy adelante con Francia, y no podia haber confianza de él.»

»Atendida la mala voluntad y comportamiento que con él habian tenido siempre los reyes de Francia, padre é hijo, Francisco y Enrique, le mandaba expresamente que no aflojara nunca en lo de las renunciaciones que aquellos habian hecho de los estados de Nápoles, Sicilia, Flandes, Artois, Tournay y Milan, conforme á los tratados de Madrid y Cambray: que jamás cediera en esto, «porque todo lo he adquirido, decia, y vendrá y pertenecerá con buen derecho y sobrada razon.....» «Y la experiencia ha mostrado que estos reyes, padre é hijo y sus pasados, han querido usurpar de continuo de sus vecinos, y donde han podido, usado de no guardar tratado alguno, señaladamente conmigo y nuestros pasados.» — Que si pensasen mover la guerra en Italia, tiene bien fortificado á Milan, «y se podrá defender del primer impetu, que es lo que más se debe temer de franceses.» Que si quisieren pasar á Nápoles, tienen que dejar atrás á Milan, y Nápoles tambien está fortificado. Que lo están igualmente Messina y Palermo en Sicilia, «y resistiendo

»el primer ímpetu, como dicho es, los franceses despues vienen
 »á perder el ánimo, segun la experiencia siempre lo ha mostra-
 »do allí y en todas partes.» — Que evite cuanto pueda dar oca-
 »sion de rompimiento ni al Papa ni á venecianos, aunque cree
 »que ellos se mirarán en hacerle guerra con Francia, porque
 »saben lo poco que de ella pueden fiar, y que España puede en-
 »viar socorros de gente por mar cuando quiera, con ayuda del rey
 »de romanos. — Que en Nápoles no quieren á los franceses, y
 »aquel reino gobernado con justicia, puede dar buenos y fieles
 »vasallos á España. — Convendrá tener siempre alguna gente
 »española en Italia, que será el mejor freno; pero cuidando de
 »que sea bien disciplinada, para que no dé con sus excesos lugar
 »á que los naturales se desesperen y subleven. — Deben tenerse
 »cuanto á Flandes, no es inminente una invasion de franceses.» —
 »Deben de estar entretenidas siempre las galeras de España,
 »Nápoles y Sicilia y aun Génova; que si el gasto es grande, en
 »cambio bueno es prevenir el que suceda mayor daño, mien-
 »tras no haya completa seguridad de Francia y del turco. — Es
 »forzoso favorecer *la liga hereditaria* que sostiene la casa de
 »Austria con Suiza, porque en ella está comprendido el ducado
 »de Borgoña, que es el más distante; y aunque no piense rom-
 »per la paz por él, no debe olvidarse que es propio y verdadero
 »patrimonio. — Debe observarse si los franceses mandan á las
 »Indias alguna armada, á la disimulada ó de otra cualquier ma-
 »nera. — Debe de avisarse á los gobernadores de aquellas partes,
 »para que en caso resistan; y estar en buena inteligencia con
 »Portugal. — No debe de ningun modo hacerse concierto con el rey
 »de Francia, de dar ni quitar cosa alguna de lo que tiene y le
 »pertenece, sino eslar constante y guardarlo todo y siempre sobre
 »aviso, «sin fiaros en pláticas de paz, ni palabras de amistad, y
 »teniendo continua advertencia de fortificar y proveer lo que pu-
 »diéredes en todas partes, etc.» — Discúlpase de la poca protec-
 »cion que da á los duques de Saboya, padre é hijo, para ayudar-
 »los á recobrar lo que los franceses les tenian usurpado, y advier-
 »te al príncipe que se mire mucho en ello, aunque por eso no
 »deje de tenerlos por amigos.

»Que cuide mucho de entretener amistad con los ingleses y
 »de que se guarden los tratados hechos con el difunto rey, «por-
 »que esto importa á todos los reinos y señoríos que yo os dejaré,
 »y será tambien para tener suspensos á los franceses, los cuales
 »tienen muchas quereilas con los dichos ingleses, así por lo de
 »Boloña como de las pensiones y deudas, y se tiene por difícil
 »que puedan guardar amistad entre ellos que dure.» — En cuan-

»to á los escoceses, débese concertar con ellos solamente en lo
 »relativo á navegacion y contratacion.—Que mantenga el trata-
 »do hecho con el rey de Dinamarca, y se conduzca con él de
 »manera que no vuelva á hacer daño á los estados de Flandes,
 »como otras veces.—Previénele que ponga buenos vireyes y go-
 »bernadores, así en los estados de Europa como en los de Indias,
 »vigilando que no traspasen sus atribuciones ni usurpen más au-
 »toridad de la que se les diere y deben tener; y le hace adver-
 »tencias saludables sobre el repartimiento de los indios.

»Le aconseja que se vuelva á casar, porque los hijos de los
 »reyes y príncipes suelen afirmar el afecto de los vasallos.
 »—En tal caso debe preferirse á la hija del rey de Francia, á
 »fin de asegurar los tratados y alcanzar la restitution de lo de
 »Saboya, ó si no á la princesa d'Albret, para quitar todo pretex-
 »to de reclamacion á la corona de Navarra. En caso de no po-
 »derse realizar ninguno de estos casamientos, convendrá verifi-
 »carlo con la hija de la reina viuda de Francia (era hermana del
 »emperador) ó con la del rey de romanos (D. Fernando, herma-
 »no tambien del César).»

Concluye la sábia y notable instruccion manifestando el em-
 perador al príncipe la conveniencia del matrimonio de su hija
 doña María, hermana del príncipe, con Maximiliano de Austria,
 primo hermano de D. Felipe é hijo del rey de romanos, y aconse-
 jándole que efectuase el de su hija menor doña Juana, con don
 Juan, príncipe de Portugal, y que favoreciese cuanto le fuese
 posible á sus hermanas, y tias del príncipe, las reinas de Fran-
 cia y de Hungría, viudas ambas.

El príncipe se preparó inmediatamente á obedecer á su padre
 y emperador, á cuyo fin convocó las Córtes de Castilla para Va-
 lladolid. Las Córtes recibieron notable disgusto por la próxima
 ausencia de D. Felipe, que gobernaba muy á gusto de la nacion
 y era más prudente y severo de lo que su edad prometia, razon
 por la cual casi desde entonces fué denominado el PRUDENTE.

Dilató su partida hasta la llegada de los archiduques Maxi-
 miliano y María, cuyas bodas se celebraron en Valladolid el dia
 17 de Setiembre, y despues de los festejos con que siempre se
 solemnizaron las bodas de los príncipes, partió D. Felipe para
 Flandes, despues de haber hecho entrega del gobierno de Espa-
 ña á su hermana y su primo y cuñado (1.º de Octubre).

Acompañábale gran número de gentiles-hombres y caballe-
 ros, que desempeñaban cargos al servicio inmediato de la per-
 sona del príncipe, el cual acababa de montar su cuarto, por ór-
 den del César, á estilo de la casa de Borgoña, cosa que no con-
 tentó mucho á los españoles. Entre los del séquito del príncipe

D. Felipe iban el duque de Alba, su mayordomo mayor; D. Antonio de Toledo, su caballero mayor; el príncipe de Eboli, el duque de Feria, el de Sessa y el conde de Olivares, gentiles-hombres de la cámara real.

Llegó á Zaragoza el príncipe, de donde pasó á Cataluña; visitó ante todo á Nuestra Señora de Monserrat, á cuya imágen tuvo siempre singular devocion, y en este célebre santuario confesó y comulgó. Pasó despues á Barcelona y de allí á Rosas, en donde se hizo á la vela, despues de haberse incorporado á la escuadra genovesa, mandada por el veterano, valeroso y entendido d'Oria, y á la napolitana cuyo jefe era D. García de Toledo. En aquellas nave encontró el príncipe al marqués de Pescara, hijo primogénito de el del Vasto, que en union con los almirantes habia pasado de Flandes á Cataluña para conducir al príncipe.

Seria interminable la relacion de los obsequios que se hicieron en todas partes á D. Felipe de Austria y de Castilla. Todo su camino fué una continuada é interminable fiesta: en Génova, Milan, Mántua, y en toda Italia, lo mismo que en Inspruck y en todas las poblaciones de Alemania y de Flandes le festejaban y obsequiaban á porfia, saliendo, además, á su encuentro muchos príncipes y princesas, corporaciones, magnates y pueblo, que parecia despoblarse el mundo para ver un objeto jamás visto. Y era que en el jóven príncipe consideraban al heredero del más vasto reino de cuantos á la sazón en el mundo habia.

En Milan se mostró generoso D. Felipe y tan piadoso como siempre fué. Entre los donativos que hizo á diversos templos y monasterios, regaló ricos ornamentos al de Nuestra Señora de Monferrato, por valor de 15,000 ducados, y 25,000 escudos en metálico. A la princesa de Asculi, que le obsequió con un magnífico baile, la regaló un anillo con un diamante de 5,000 ducados; á la hija de la princesa, un collar de perlas y diamantes de 3,000 ducados, y otra alhaja de bastante valor á la hermana política de esta.

CONTINUACION DE LA CUESTION RELIGIOSA.

Comenzó el año con la negativa dada por Paulo III á la instancia remitida á Roma por el emperador, de cuya instancia hemos hablado al finalizarse el año 1547, relativa á que volviese á Trento el concilio, desde Bolonia á donde habia sido trasladado.

A consecuencia de la negativa mandó el César á la ciudad eterna un embajador, para que en su nombre y en el de los prela-

dos y príncipes de su partido protestase contra la validez de los puntos que se definieran en Bolonia.

Cárlos I, con la mejor intencion sin duda y deseando evitar el cisma que á la Iglesia amenazaba, determinó conciliar los extremos. Al efecto mandó redactar un sistema de doctrina, al cual habian de atenerse los pueblos, ínterin se reunia un concilio tal como se deseaba.

Fueron encargados de redactar tan difícil obra tres célebres teólogos, dos de ellos católicos romanos, llamados Sflug y Helling, y uno protestante, llamado Agrícola. Estuvieron los tres insignes teólogos conformes, excepto en dos puntos en los que el protestante se presentó discorde, relativos al matrimonio de los clérigos y á la comunión, que habria de ser bajo las dos especies: por lo demás, se conformó con el símbolo de la fé, con la celebracion de la misa, y reconoció la potestad del romano Pontífice.

Aprobó Cárlos I el escrito cuando le fué presentado, y se le puso por título: *Declaracion de S. M. imperial y real, que determina cuál ha de ser la religion en el santo imperio romano hasta la celebracion de un concilio general.*

El dia 15 de Mayo se leyó el referido escrito ante la Dieta, dándole desde entonces, por abreviacion y para significar exactamente y con una sola palabra su objeto, el nombre, hoy histórico, de *INTERIM*.

Oida por la Dieta la lectura del *Interim*, el arzobispo de Maguncia, presidente, puesto en pié, dió las gracias al emperador, admitió como aceptado el contenido de aquel documento, y se disolvió la Dieta.

Muy lejos estaba el emperador de prever los disgustos que habia de ocasionarle el famoso *Interim*, si bien debió calcular que no habia de agradar á católicos ni protestantes. Aquellos no podian admitir el matrimonio de los clérigos, ni punto alguno hijo de la religion reformada; ni los protestantes podian conformarse con el reconocimiento de la potestad del Papa, ni con ninguna de las máximas que ellos llamaban papistas.

No hay necesidad de decir el efecto que en Roma produciria aquella intrusion del César en la decision de tan graves materias religiosas, intrusion hija de los buenos deseos y de la manera con que el Pontífice habia contestado al embajador imperial.

A pesar de todo mandó D. Cárlos ejecutar y cumplir el *Interim*, cuya órden dió por resultado la sublevacion de Strasburgo, Constanza, Magdemburgo, Bremen y otras ciudades, y posteriormente Augsburgo, Ulm, Spira, Maguncia y Colonia, porque todos los magnates, hasta los amigos del César, católicos y protestantes, se oponian á la ejecucion del *Interim*.

El emperador, celoso de su autoridad, marchó con tropas españolas sobre Constanza, despues sobre Augsburgo, y una por una fué sometiendo todas las ciudades y haciendo aceptar el combatido *Interim*, aunque por fuerza y no por conviccion.

El Pontífice Paulo III, observando el sesgo que los asuntos religiosos tomaban, y deseando no dar pábulo al fatal cisma que amenazador se anunciaba, mandó suspender las sesiones del concilio de Bolonia, que aquel se disolviese, y se retirasen los prelados á sus respectivas diócesis. Al saberlo el César, mandó á los obispos que le obedecian permanecer en Trento, suponiendo que allí se reanudarían las interrumpidas sesiones del concilio (Setiembre).

Entonces fué cuando exacerbadas las dolencias del emperador, dió prisa á la ejecucion de su deseo, relativo á la marcha á Flandes del principe D. Felipe.

AÑO 1549.

MUERTE DEL PONTIFICE.

Ocupábase Paulo III, al comenzar el año, de arreglar una alianza con Enrique II de Francia, sin que lograrse de este otra cosa que buenas razones; y como su principal objeto era el obligar al emperador á que abandonase el ducado de Placencia, viendo que no quedaba esperanza de que le auxiliase el hijo de Francisco I, revocó la cesion de Placencia que habia en otro tiempo hecho en favor de los Farnesios, y agregó aquel estado á los de la Santa Sede.

Grave disgusto ocasionó con esta determinacion á Octavio Farnesio, hijo del asesinado Pedro Luis, que á la sazón se tenia por duque de Placencia; y no satisfecho con la oferta que le hiciera Paulo III de indemnizarle aquella pérdida con otros dominios, determinó vengarse atacando á Parma. Quiso lograr su designio por sorpresa; mas los parmesanos resistieron tan heroicamente, que Octavio tuvo que retirarse desairado.

Entonces se dirigió á su suegro el emperador y le pidió auxilio, cediendo en él los derechos que creia tener, suponiendo que esta sumision le valdria el obtener con seguridad lo que tan dudosamente habia obtenido y queria de nuevo obtener.

Tal pesadumbre tomó Paulo III á consecuencia de la resolucion de su nieto Octavio, que á ella se achacó su muerte. Sea de

esto lo que quiera, es lo cierto que algunos dias despues falleció (en 10 de Noviembre), á los ochenta y dos años de edad y cerca de diez y seis de pontificado.

Reunióse inmediatamente el cónclave; mas la eleccion se hizo esperar algun tiempo, porque aquel estaba dividido en tres bandos, á saber: uno compuesto de los amigos del emperador; otro adicto á la Francia; y otro, el menos numeroso, á la casa de los Farnesios.

En aquel cónclave, aunque su mision no era otra que la de elegir Pontífice, se pusieron de acuerdo todos los cardenales en que cualquiera de ellos que fuese elegido para suceder á Paulo III, restableceria á Octavio Farnesio en el ducado de Parma y en el de Placencia.

El año terminó sin que el cónclave hubiese decidido quien habia de ceñir la tiara de San Pedro.

LLEGADA DEL PRÍNCIPE Á FLANDES.

De noche llegó á Bruselas el príncipe D. Felipe, en cuya gran ciudad llegia á la sazón el emperador, su padre; empero es fama que apenas se conocia la ausencia del sol y como en pleno dia se caminaba por la opulenta ciudad, puesto que venidas las espesas y densas tinieblas por el número sin número de antorchas que en los balcones y por las calles brillaban, alegre y hermoso aspecto presentaba Bruselas, como si á tal hora no imperase la reina de las sombras y protectora de los crímenes.

Encontróse primero el jóven príncipe con sus dos tias, las reinas viudas de Hungría y de Francia, las cuales le condujeron á la presencia del emperador; y fué muy conmovedora aquella escena de familia, que aunque muy repetida en los palacios, no siempre el llanto hijo del puró placer, como el nacido del acerbo disgusto, son sinceros.

Inmediatamente fueron congregados por el César todos los estados de Flandes, para que reconociesen y jurasen al príncipe como su sucesor y heredero de aquellos dominios, lo que se ejecutó sin la menor dificultad.

Verificado el juramento, comenzaron las fiestas y públicos regocijos en Bruselas; que á porfia era obsequiado el heredero de tantas coronas. Despues, en medio del emperador y de la reina gobernadora de Flandes, su tia y hermana del César, recorrió todos los dominios flamencos, y en todas las ciudades fué obsequiado á porfia y recibido con el mayor entusiasmo; lo mismo

en su marcha que al regresar á Bruselas, en cuya ciudad comenzaron de nuevo las fiestas, á pesar de un nuevo y fuertísimo ataque de gota que acometió al emperador, en virtud del cual, y á consecuencia del fallecimiento de Paulo III, se suspendieron los festejos.

Asegurase, y es muy de creer, que contrastaba notablemente con la jovialidad del César la gravedad de su hijo el príncipe, así como se cree que después de morar este en Flandes algunos días, ya los flamencos le miraban con cierta prevención, nacida de una razón muy semejante á la que los españoles tuvieron para no admitir, en un principio, de buen grado á Carlos I como soberano.

El príncipe D. Felipe era aficionadísimo á los españoles, como que entre ellos habia nacido y con ellos habia crecido, y por españoles habia sido educado. Y llegaba á tal extremo su españolismo, recomendacion que nos parece puede disculpar muchos defectos, que ni se le pudo hacer que aprendiese en aquellos días algunas palabras flamencas, para simplemente saludar, por complacer á aquellos naturales; ni se le pudo reducir á que un solo día dejase de vestir y de vivir á la española, ni más pudo lograrse el que dejase de distinguir á aquellos de sus compatriotas que le habian acompañado. Con los flamencos estuvo atento, nada más: con los españoles, más cariñoso que de ordinario. Esto, ya lo hemos dicho, era tan natural como el que Carlos I, su padre, al llegar por la vez primera á España, prefiriese á los flamencos; después ya fué otra cosa, y en campaña eran los españoles su brazo derecho y su esperanza.

AÑO 1550.

Eran tan fuertes y frecuentes los dolorosos ataques de gota que el emperador sufría, que le fué forzoso permanecer en Bruselas. También el príncipe continuó residiendo al lado de su padre.

Aproximábase el día 24 de Febrero, cumpleaños del César, y su hijo ideó el solemnizar aquella grata festividad. Era, por cierto, aquel día notable por los grandes acontecimientos en él y en diversos años ocurridos. En el 24 de Febrero nació el emperador; en ese día ganó la célebre batalla en que el rey Francisco quedó prisionero; en él rindió la rebeldía de los ganteses, y según las mismas palabras de Carlos I, *en tal día le habian ocurrido todos los mejores sucesos de su vida.*



C. MUGICA, dib^o y lit^o

Lit. de J. DONOV. Madrid.

D. Felipe II.



Preparóse, pues, una justa de armas al uso de aquel tiempo, en el cual no podia haber alegría, pena, matrimonio, duelo, guerra ni aun paz, sin que se esgrimiesen armas, ó aceradas para luchar, ó para justar, *cortesés*.

Ensayábase el príncipe para tomar parte, como era natural y justo, en tal solemnidad, y estuvo en muy poco el que se convirtiese en duelo el grato regocijo, y el que el poderoso emperador quedase sin heredero de sus brillantes y numerosas coronas.

Justaba D. Felipe con D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, del órden de Santiago, y este involuntariamente dió á aquel con su lanza tan fuerte golpe en la cabeza, que el príncipe cayó del caballo sin sentido, en brazos de varios caballeros que á su lado estaban.

La pena y el sobresalto desaparecieron pronto: el príncipe volvió al momento en sí, y aquel accidente, que tan funesto pudo ser, no tuvo malas consecuencias.

Pudo el emperador asistir á los festejos; pero su salud no le permitió dirigirse hasta fines de Mayo á la Dieta de Augsburgo. Llevó consigo al príncipe, el cual fué recibido y obsequiado como lo habia sido en Italia, en Alemania y en Flandes.

Fuéron los obsequios cordiales en verdad; empero pronto ocurrió allí lo que habia sucedido en Flandes: todos se convencieron de que el príncipe miraba con cierta prevención y algo de disgusto á todo el que no era español.

En aquella ocasion resucitó el César su idea, muerta al parecer, de que recayese tambien en su hijo la corona de Carlo-Magno. La reina viuda de Hungría, su hermana, le auxiliaba poderosamente en aquella difícil empresa; mas á su realización se oponian muy fuertes obstáculos.

Cárlos I habia renunciado voluntariamente aquella corona en su hermano D. Fernando, y este tenia un heredero, en edad ya de empuñar el cetro. Naturalmente habia de causar disgusto á D. Fernando el empeño de su hermano; mas como siempre se amaron mucho, no mostró incomodidad, aunque le indicó el pesar que tal pretension le causaba, puesto que no podia mirar con indiferencia el haber de desheredar á su hijo Maximiliano, que á la sazón era, con su esposa, gobernador de España, en ausencia del emperador y del príncipe.

Oponíanse, además, á los deseos de D. Cárlos los mismos electores y los alemanes, en general, que sentian hácia D. Felipe aquella repulsion que era natural, conociendo, como en efecto conocian, que el príncipe miraba mal, ya que materialmente no aborreciese, á cuantos no eran españoles. Maximiliano, el hijo

de D. Fernando, que sobre ser alemán, se habia educado entre alemanes, como era natural, los preferia; y esta era razon suficiente para que le prefiriesen tambien al príncipe de Asturias.

Para desbaratar más completamente los proyectos del emperador, apareció en Augsburgo Maximiliano, y su presencia renovó el cariño que los alemanes le tenian; y debe suponerse que él mismo intrigaria secretamente cuanto le fuese posible, para no quedar desheredado.

Su ida á Augsburgo no tuvo por objeto el deshacer la maquinacion que contra él existia. Los bohemios, cuyos reyes hasta entonces habian sido elegidos por ellos mismos, juraron y reconocieron espontáneamente por rey al archiduque Maximiliano, declarando además la corona de Bohemia hereditaria en la familia de aquel. Con tal motivo tuvo necesidad de pasar á Bohemia, desde Valladolid, en donde recibió la grata nueva, y asistió á la Dieta de Augsburgo.

Su agradable presencia, como la de su padre y la de su tío; el ser alemán, el haberse educado en Alemania, y el ser tan aficionado á sus paisanos como á los usos y costumbres de aquel pais, le hacian ser preferido á D. Felipe, segun ya hemos dicho, y el César tuvo que desistir y renunciar para siempre á la realizacion de sus deseos.

El dia 7 de Febrero, despues de no pequeños inconvenientes y dificultades, fué elegido sucesor de Paulo III el cardenal Juan María del Monte. El nuevo Pontífice habia sido siempre persona muy de la confianza del que le precediera, en virtud de lo cual le nombró, como su legado, presidente del concilio de Trento. El cardenal *del Monte*, al ascender al pontificado, adoptó el nombre de Julio III.

Cumpliendo este el prévio acuerdo del cónclave, puso á Octavio Farnesio, nieto del emperador, en posesion de los ducados de Parma y de Placencia. Este hecho, que fué muy celebrado, y la asiduidad con que se dedicó Julio III á socorrer la miseria y las públicas calamidades, que hubo en aquel año un hambre horrosa en Roma, le dieron gran renombre é hicieron ganar la voluntad general.

El dia 14 de Marzo, sin que precediese indicacion del emperador, expidió una bula disponiendo se restituyese á Trento el concilio, y nombró presidente de aquel al cardenal Crescenzi, con dos adjuntos, que lo fueron dos obispos llamados Lipomani el uno, Pighini el otro.

Entonces, cuando el emperador de más tranquilidad y descanso necesitaba, comenzó á verse rodeado de más cuidados que nunca. El ambicioso Mauricio de Sajonia se preparaba á arro-

jar la máscara que hasta allí había impedido el que le viese el generoso Carlos tal cual era.

Los individuos llamados á la Dieta imperial no habían acudido en su mayor parte. Sabiase de público que se trataba de poner en ejecución el *Interim*, y ya lo hemos dicho, ni católicos ni protestantes le aceptaban de buen grado.

Al mismo tiempo que el emperador se afanaba por reunir la Dieta, supo con el disgusto que puede inferirse que el desleal Mauricio, que solo había sido fiel hasta el exceso de ir contra los suyos y perseguirlos por el afán de adquirir, lícita ó ilícitamente, los dominios del elector de Sajonia, se había decidido á proteger abiertamente á los protestantes. Esta noticia llegó á la del César de una manera reservada y casi misteriosa; de otro modo, pudiera haberse temido el cambio de Mauricio, no creído. Su conducta era ambigua, y más que hija de una absoluta decisión en favor de los protestantes, parecía impulsada por el deseo de estar bien con todos, sin decidirse exclusivamente por ninguno.

Al mismo tiempo que con grande escándalo de sus correligionarios aceptaba el *Interim* y le hacía aceptar de grado ó por fuerza, hizo, con no menor escándalo de los católicos, una pública manifestación en favor de la reforma, asegurando que á costa de su vida la defendería, y anatematizando las que él llamaba *usurpaciones de Roma*; y en tanto que escribía á Carlos I, con la mayor osadía, que ni él ni sus estados reconocerían nunca el concilio de Trento, mientras el Sumo Pontífice le presidiese y tuviese en él más autoridad que la de un simple obispo, y pedía además seguro para que asistiesen al concilio los teólogos protestantes, para someter á los protestantes levantaba tropas y formaba ejército, comprometido y pronto á ir contra la ciudad de Magdeburgo por orden del emperador.

Claro es que tan incalificable conducta no podía agradar ni á Carlos, ni á los católicos, ni á los reformistas; que unos y otros se desbarían en invectivas contra aquel hombre, al parecer verdaderamente incomprensible, y que más se inferiría el deseo que el ambicioso tenía de congraciarse con todos, que la resolución de decidirse contra los reformistas ó contra los católicos.

Era, empero, grande el poder de Mauricio, moral y materialmente; y la empresa de hacérsele abiertamente enemigo, era en verdad demasiado arriesgada: así fué que la Dieta, por satisfacer la ambición del de Sajonia, después de haber votado la concesión de auxilios á Carlos para sujetar á Magdeburgo, pidió á aquel nombrase supremo caudillo del ejército al de Sajonia, y el empe-

rador, para tenerle propicio, sin vacilar y con manifiesto júbilo, le expidió el nombramiento.

DECENIO SEXTO.

AÑO 1551.

Ocurrió por este tiempo que el landgrave de Hesse, todavía prisionero, requirió con toda solemnidad á Mauricio de Sajonia para que, en cumplimiento de su formal promesa, ó le alcanzase su libertad, ó se constituyese por él en prision.

El cumplimiento de esta promesa, con demasiada ligereza hecha, era demasiado fuerte; porque ni Mauricio se lisonjaba de poder alcanzar la libertad del landgrave, ni á sus sueños de ambicion convenia el reducirse á prision voluntariamente. Entre ambos extremos optó por el menos malo, por muy poco que confiara en la consecucion del objeto que se proponia.

Así Mauricio como el margrave de Brandemburg, que habia adquirido el mismo compromiso que aquel, se presentaron al emperador; y este, cortando, por no detenerse á desatar, aquel nudo, publicó una pragmática por la cual relevaba á Mauricio y al margrave del compromiso contraido con el landgrave.

Este, forzoso es confesarlo, fué un golpe de incalificable despotismo; porque no sabemos hasta qué punto alcanzaba la autoridad del emperador, con ser tan grande, á relevar á los comprometidos de la obligacion en que estaban. No queria ver prisionero á Mauricio, ni libre al landgrave; y solo quedaba para evitar uno y otro el arbitrio que el César adoptó, por más injusto que fuese.

Desesperado el landgrave y conociendo que su prision habia de ser demasiado larga, determinó apelar á la fuga. Logró ganar á un centinela; pero el proyecto de evasion fué descubierto, y el soldado pasado por las armas, así como dos alemanes que tambien intentaron facilitar al prisionero la fuga, el cual solo logró con sus tentativas el que su prision se hiciese más molesta y que fuese más vigilada su persona.

El día 1.º de Mayo se verificó la reapertura del concilio en Trento; mas como habian de surgir siempre dificultades, en aquella ocasion las presentó Enrique II de Francia. Este nuevo rey cristianísimo, á consecuencia de cuestiones por él suscitadas y sostenidas con el Pontífice acerca del ducado de Parma, en las

que tambien tomó parte el César, protestó por medio de un embajador y dió por ilegítimo el concilio, mediante á estar en guerra con Italia y á no asistir á aquel los prelados franceses.

Con tal determinacion ganó mucho el concilio, porque encontró en el emperador, que era el más poderoso príncipe de Europa, una amplia y decidida proteccion. Y como Enrique II, lo mismo que su padre, Francisco I, por dañar al emperador protegia á los herejes, Carlos I ostentó más y más su poder contra la reforma, prohibiendo su culto en toda la Suabia, y mandando que en ninguna ciudad de la jurisdiccion imperial se predicasen ni escribiesen doctrinas que no estuviesen de acuerdo con las decisiones de la Iglesia y arregladas á sus dogmas.

En cuanto á realzar la brillantez material de aquel memorable concilio, hizo cuanto en su poder estuvo; porque no solamente mandó á él sus embajadores, si que tambien hizo que asistiesen los embajadores del rey D. Fernando, su hermano, los electores del imperio, que eran prelados, y un número sin número de estos, así de España como de Italia, Alemania y Flandes.

Despues de haber el emperador mandado á Trento, en calidad de sus embajadores, á D. Francisco Alvarez de Toledo y al arcediano de Liege, él fijó su residencia en Inspruck, para estar cerca del concilio y no lejos de Parma, cuya guerra llamaba tambien mucho su atencion.

El dia 3 de Noviembre se rindió Magdeburgo á Mauricio de Sajonia, despues de un dilatadísimo y penoso sitio, noticia que fué muy grata á Carlos I, aunque hasta cierto punto contrapesada con la falta del duque de Mecklemburgo, que cayó prisionero, y era personaje muy querido del César. Era, como Mauricio, luterano, y como Mauricio, tambien peleaba en favor de los católicos, por miras ambiciosas: deseaba poseer el señorío de los dominios cuya principal ciudad á la sazón se sitiaba, y hé aquí por qué servia, contra sus correligionarios, al emperador.

El defensor de Magdeburgo fué el conde Alberto de Mansfeldt, y cumplió su deber bizarramente, á pesar de que los defensores tuvieron que luchar hasta con el hambre.

Las condiciones que al rendirse á las armas del César aceptó Magdeburgo fueron las siguientes: «Estar á la clemencia del emperador; no volver á tomar las armas contra la casa de Austria; reconocer la autoridad de la cámara imperial; obedecer los decretos de la Dieta de Augsburgo tocantes á la religion; dar libertad al duque de Mecklemburgo; pagar una multa de cincuenta mil coronas, y otras parecidas á las que habian aceptado las ciudades anteriormente sometidas.»

Estas condiciones fueron aprobadas por el emperador, el cual tan ciego estaba que no vió la traicion de Mauricio, revelada por su ambigua conducta, que, cuando menos, anunciaba una fidelidad muy dudosa; y á su conducta ambigua se añadió despues de la rendicion de Magdeburgo el haber nombrado el Senado de dicha ciudad, unánimemente, burgrave al mismo sitiador que tantas daños acababa de hacerlos; á Mauricio de Sajonia. La decision del Senado y de los ciudadanos pareceria extraordinaria, á no ser porque puede encontrarse la clave de tal misterio.

Cierto es que Mauricio sitió en toda regla á Magdeburgo, y que á consecuencia del sitio la plaza sufrió no escasas calamidades; pero no lo es menos que aquel caudillo pudo rendir la sitiada ciudad algunos meses antes, y jamás decidia ni hubiera quizá decidido tan pronto, á no haber sido porque el emperador le estrechó de una manera que no dejaba término medio que escoger: tenia necesidad de rendir la plaza ó declararse enemigo del emperador, y esto le convenia mucho menos que aquello.

Todo lo queria menos el ambicioso duque que excitar fundadas sospechas en Cárlos, en cuyo caso perderia el mando del ejército imperial, pérdida que entonces destruiria todos sus grandes proyectos; y como no queria dejar de ser protestante ni de ser imperial, al mismo tiempo que halagaba al emperador, sostenia secreta correspondencia con Mansfeldt, defensor de Magdeburgo, asegurándole de su invariable decision contraria al emperador, de sus miras de acortar el poder de este, y de las condiciones ventajosas que se impondrian á la ciudad, en el caso de que hubiese de rendirse antes de que él pudiera arrojar por completo la máscara. Claro es que este fatal príncipe no era ni católico ni protestante; creía que fingiendo ser esto podria llegar á ceñir un día una corona, que no aspiraba á menos el ambicioso duque, y esto no podria lograrlo siendo católico. No podia, empero, abrigar fundadas esperanzas de acercarse á la realizacion de sus sueños de oro, sin robustecer mucho su poder, y para lograrlo necesitaba de un poder inmenso que, siendo en la tierra tan grande, relativamente, como la inmensa luz del sol en el espacio, le prestase una parte de aquel, aunque no fuese en mayor cantidad que la prestada por el rey de los astros á la argentada y melancólica luna. Hé aquí por qué no queria colocarse en abierta pugna con el emperador.

Artificioso y lleno de ingenio, sin dejar salir á los labios ni al rostro lo que en su corazon encerraba, iba el de Sajonia paso á paso realizando sus maquiavélicos proyectos. Dueño de Magdeburgo, é investido de la suprema autoridad, vió con sentimiento que le era forzoso disolver el ejército sitiador, cosa que no con-

venia á sus secretos designios. Sin embargo, su imaginacion, fértil para auxiliarle en los lances extremos, ideó el medio de disolver el ejército sin disolverle. Al mismo tiempo que él licenciaba á aquellos soldados, ninguno español, que estaban siempre prontos á servir á quien mejor les pagaba, el duque de Mecklemburgo, de acuerdo por supuesto con Mauricio, los reenganchaba y los mandaba á sus casas, despues de firmado por ellos el solemne compromiso de acudir al primer llamamiento.

Seguro de contar, llegado el caso necesario, con fuerzas militares, se dedicó á ilusionar más y más al emperador acerca de su mentida fidelidad, y á poner trabas y obstáculos á las decisiones del concilio.

Para lograr lo primero, segun despues veremos, hizo saber al emperador que deseoso de estar cerca de su excelsa persona para dedicarse á servirle, habia decidido trasladarse á Inspruck, y aun hizo alhajar costosamente una casa en dicho punto; y para realizar lo segundo, mandó á Trento sus embajadores.

La presencia de estos en el concilio debia naturalmente ser causa y ocasion de disturbios; porque así se opondrían á ciertas decisiones de los católicos, como estos harian firme oposicion á las proposiciones de aquellos. Por si esto no era bastante, encargó á Melancton, el que entre los luteranos pasaba por lumbrera de su secta, la redaccion de una proposicion de fé que el autor de la célebre *Confesion de Augsburgo* deberia presentar al concilio ecuménico, de cuya presentacion tantas y tan acaloradas cuestiones forzosamente surgirian. Y no obstante, impávido demostraba al emperador que todo aquello lo hacia porque deseaba comprender la verdad, para aceptar lo más justo; y el emperador continuaba tan ciego y preocupado, que no comprendía el maquiavélico é infame manejo de aquel hombre artificioso, á pesar de que se le ponian de manifiesto algunos hombres leales, de experiencia é inteligencia no escasa, tales, entre otros, como el duque de Alba. No contento este con decirle á Cárlos lo que sabia, hizo lo mismo con el primer ministro, el cardenal Granvella. Este agradeció, pero despreció, el aviso: sin carecer de buenas dotes para poseer el importante puesto que desempeñaba, creian, como creen casi todos los que al mando supremo llegan, que era muy difícil engañarle, y se fiaba de espías á quienes pagaba muy bien, pero que por su oficio siempre estarían por el que pagase mejor, y no pocas veces serian espías dobles.

En tanto el infame Mauricio, que infame es todo aquel que abusa de la crédula confianza de quien le favorece, al mismo tiempo que hacia preparar su habitacion en Inspruck para tras-



ladarse al lado del emperador á quien tanto, segun sus palabras, amaba, estaba en secretos tratos con Enrique II de Francia para formar una alianza que Mauricio con afan buscaba, porque veia llegar el dia de que cayese su careta, aunque no quisiese arrojarla, y necesitaba tener un poder superior en que apoyarse. De ser esto así, ninguno mejor que el de un soberano que era á la sazón el más poderoso de Europa, despues del César. Por esto le buscaba, *y por ser el mayor enemigo del emperador*. Tal era Mauricio de Sajonia; y por lo expuesto puede calcularse si mereció ó no este hombre funesto ser calificado de infame.

El objeto de la alianza del sajón con el francés no era otro respecto del primero que el de llegar á la realizacion de sus esperanzas ambiciosas; y en cuanto á Enrique II, el de aumentar su poder, disminuyendo el del emperador.

Concertaron, pues, entre ambos el declarar á aquel á un mismo tiempo la guerra, y simultáneamente tambien invadir los dominios imperiales, verificando el francés la invasion por la Lorena. Debe suponerse, sin necesidad de consignarlo, que el caudillo supremo del ejército confederado habia de serlo el sajón, quien jamás queria abandonar el mando superior de las armas.

Enrique, por su parte, se comprometió á entregar de presente 240,000 coronas para gastos de guerra, y 60,000 cada mes para el sostenimiento del ejército; y como si en su mano y poder estuviese, llevaron sus proyectos tan adelante, que, por exigencia del francés, acordaron los aliados que en el caso *de haber de elegir otro emperador*, la eleccion habia de ser hecha á gusto y con el beneplácito de Enrique II. Quizá este ya se veia emperador, y tal vez emperador se veia ya Mauricio de Sajonia, este hombre infame, lo repetimos, que tanto debia al mismo soberano á quien tan injustificada é inicua mente iba á declarar la guerra.

Como hace todo infame, que á juzgar por sus propias palabras nadie es más cumplido y honrado caballero que él mismo, trató de justificar el agigantado paso que á dar se preparaba. Era forzoso mostrarse decidido por una causa popular y tenida por justa: de este modo se ennoblecía, al paso que excitaba el odio contra el emperador.

Para lograr su propósito decidió pedir al César la libertad del landgrave de Hesse, y lo verificó por medio de una razonada exposicion, apoyada por más de una testa coronada, así de príncipes soberanos como del rey de Dinamarca y del mismo rey de romanos, hermano del emperador.

Este soberano se negó á acceder á la peticion de Mauricio, comprendiendo que la libertad del landgrave iba á favorecer mucho á la causa del protestantismo. La negativa la esperaba el

astuto sajón; á no esperarla, no hubiera dado aquel paso: con ella logró tener un ostensible pretexto de enojo contra el César, hacerle odioso á los alemanes que se interesaban mucho por el landgrave, y ponerle en mal con los soberanos que habian intercedido por el prisionero.

Cuando terminó el año, el tenebroso y maquiavélico sajón se preparaba á pasar á Inspruck para vivir *cerca de su amado emperador*, y á publicar su alianza con Enrique II.

En este mismo año, y despues de terminada la Dieta de Augsburgo, regresó á España el príncipe D. Felipe, nuevamente nombrado regente y gobernador del reino en ausencia de su padre; pero con los poderes tan amplios, que por ellos le autorizaba para representarle en calidad de *alter ego*, facultándole para disponer y hacer ejecutar cuanto el mismo emperador en persona pudiera hacer ejecutar y disponer.

El día 12 de Julio desembarcó en Barcelona el príncipe de Asturias, y despues de recibir en Tudela el juramento del reino de Navarra, que aun no le habia reconocido como príncipe heredero por haber este, así como el emperador, dedicado toda su atención á gravísimos é importantes asuntos, se despidió de su hermana doña María y de su cuñado el archiduque Maximiliano, que jurado rey de Bohemia, segun en su lugar dijimos, y terminado su gobierno en España por el regreso de D. Felipe, vino á buscar á su esposa, para restituirse á su reino.

Tambien en este año se casó la hermana de D. Felipe, la infanta doña Juana, con el príncipe de Portugal, con gran placer del César, que así lo deseaba mucho tiempo habia.

AÑO 1552.

Aquejaba al emperador su habitual padecimiento más que de ordinario, cuando recibió aviso de su querido Mauricio de Sajonia, noticiándole que en cumplimiento de su palabra, y deseoso de estar á su intermediación, se ponía en camino para Inspruck. Y cuando esto escribía al César, redactaba y corregía el manifiesto que pensaba poner en circulación por Alemania, haciendo saber que empuñaba las armas, declarando la guerra al emperador, para restablecer las libertades políticas de los alemanes, en favor de la libertad de conciencia, y para romper los hierros que al landgrave de Hesse oprimian.

Ya en el camino de Inspruck, Mauricio se fingió enfermo; pe-

ro como habia fijado el dia en que habia de llegar á la residencia del emperador, mandó á este un mensajero para participarle la novedad ocurrida, asegurándole de que continuaria su camino tan pronto como su salud lo permitiese.

Detrás del mensajero salió el ingrato y desleal sajón en direccion de la Thuringia, para ponerse, como en efecto se puso, al frente del ejército que preparado y esperando estaba, en tanto el emperador le aguardaba en Inspruck. Si el que de tal manera procede, sean cualesquiera su alcurnia, posicion social y talento político, puede llamarse caballero, vale mil veces más no serlo.

Este golpe fué terrible para el valetudinario emperador; y más que por los perjuicios materiales que pudiera ocasionarle, le dolió en el corazón por la negra y repugnante ingratitud con que le pagaba aquel malvado, por él tan favorecido.

Entonces se descubrió la alianza formada entre el sajón y Enrique II, el cual adoptó el nombre de *Protector de las libertades de Alemania y de sus príncipes cautivos*, sin abandonar por esto el título de CRISTIANISIMO.

Hallábase el cauto y previsor D. Carlos I en circunstancias por el extremo críticas: su prevision y cautela no eran suficientes para ponerle á cubierto de la ponzoñosa mordedura de aquella verdadera serpiente á quien en su seno habia dado calor y alimentado. No tenia ejército disponible; y en tanto que en el alma le dolia el no haber escuchado en otro tiempo al duque de Alba, y sentidamente se lamentaba de su fatal ceguedad, el traidor sajón se posesionaba de varias ciudades de la alta Alemania, restablecia el culto protestante, perseguia á los católicos, y hacia y deshacia á su antojo y arbitrio.

En seguida avanzó osadamente hasta Augsburgo, de la cual sin dificultad se posesionó, porque era muy numeroso su ejército, y la escasa guarnicion de la plaza, antes que verse en la triste necesidad de rendirse, se retiró sin esperar á que el traidor llegase.

Viendo D. Carlos la rapidez con que su improvisado é inesperado adversario ganaba terreno, y la absoluta imposibilidad en que se encontraba de reunir en pocos momentos los recursos necesarios para hacer frente á aquel, se dirigió al rey D. Fernando su hermano, á fin de que entablase negociaciones con el rebelde sajón.

Era indecoroso para su alta dignidad tan ofendida el entrar en negociaciones con el ingrato y desleal Mauricio, y en aquellas circunstancias las negociaciones podian ser sumamente útiles, siquiera solamente lo fuesen porque una vez entabladas, habrían

de permitir el que se ganase tiempo y se dispusiesen recursos para poder obrar con energía.

Avínose Mauricio á avistarse con D. Fernando; porque comprendia que el estado en que el César se hallaba, atendidos su poder y recursos, no podia ser sino pasajero, y queria tambien y necesitaba como aquel ganar tiempo para robustecer sus fuerzas y allegar más recursos.

Entregó, pues, por entonces el mando á Alberto de Mecklenburgo, y él se dirigió á Lentz, ciudad austriaca, en donde habia de verse con el rey de romanos.

La entrevista no dió fruto ostensible. El resultado de aquella no fué otro que el acordar una nueva reunion, fijando para verificarla el dia 26 de Mayo (la primera habia tenido lugar en 5 del mismo mes), en Passau, y que habria una tregua de quince dias, despues de celebrada la segunda entrevista. Mas no habíase acordado suspension de armas por entonces; y el sajón, para aprovechar los dias hasta el 26 de Mayo, salió de Lentz, se reunió á su ejército, se apoderó de Ehreberg y pasó al Tirol decidido á coger prisionero á su bienhechor el César, sabiendo que apenas le rodeaban algunos centenares de soldados de la guardia imperial, más que por defensa, para decoro de la real persona.

Para lograr Mauricio su propósito, se dirigió á Inspruck; empero la Providencia, que no quiso permitir la consumacion de tan negra infamia, le opuso un obstáculo en su camino.

Subleváronse unas compañías de soldados; estos, lo mismo que los demás de aquel ejército, no tenian amor á sus banderas ni á sus caudillos; el dinero era todo su amor, como mercenarios y venales que eran, y el contagio cundió en tales términos, que hubo Mauricio de hacer alto para atajar el mal, lo que no logró sin gran trabajo y algun riesgo.

En tanto, avisado el emperador de lo que ocurría, pudiendo apenas creer fuese cierta tal nueva y que hasta semejante exceso llevase su ingratitud aquel hombre que todo se lo debía, enfermo como estaba y á pesar del desconcierto de los elementos, salió de noche de Inspruck en una litera, que la gota no le permitia cabalgar, en medio de truenos, relámpagos y de un copioso aguacero. Siete horas despues llegó Mauricio á Inspruck.

Valíanse todos los infames de los acerbos padecimientos del emperador para procurar perjudicarle; que infamia es, y no pequeña por cierto, el ensañarse contra el fuerte leon cuando por la calentura está oprimido; y prescindimos de católicos y de protestantes, porque las acciones son siempre esencialmente buenas ó malas; y el lector puede haber ya observado que repro-

bamos lo malo y aplaudimos lo bueno, desentendiéndonos de la persona que practica el bien ó ejecuta el mal, así como de su posicion, de sus ideas, y de sus circunstancias.

Aquel hombre poderoso que dar y quitar coronas podia, afligido por los dolores del cuerpo y atormentado por las angustias del espíritu, era llevado por sendas casi impracticables, á través de barrancos y de trochas, subiendo y descendiendo elevadas montañas y alumbrado por hachas de viento. De este modo llegó á Villach, en Illiria.

Enrique II, que no queria dejar de clavar su arpon en el leon aletargado á impulso de la violenta calentura, habia ya entrado en Lorena al frente de un fuerte y numeroso ejército. Habiendo enfermado de gravedad su esposa, la célebre Catalina de Médicis, regresó á Francia dejando el mando al veterano condestable Montmorency, el cual ganó á Toul, Metz y Verdun. En Metz entraron los franceses *por engaño*, apoyados por la traicion de algunos moradores de aquella plaza.

Cuando regresó Enrique se encontró con esta grata novedad; y unido á Montmorency se dirigió á la Alsacia, en donde no pudo obtener las mismas ventajas que poco antes habia obtenido el condestable, porque los engaños que se emplearon no surtieron el proposito y deseado efecto.

Los prelados reunidos en Trento, que observaban el mal estado en que su único protector se hallaba, y viendo de cuán rápida manera prosperaban sus enemigos, temieron; y al temor siguió la decision de suspender las sesiones y ponerse en salvo, cuyo acuerdo se tomó en 28 de Abril, á pesar de la fuerte y decidida oposicion de *los prelados españoles*, los cuales se esforzaron en vano para hacer comprender á aquella respetable asamblea *que era mucho más elevada su mision que todos los asuntos de la tierra, y que su sagrado deber les prescribia el permanecer firmes en donde estaban, arrostrando toda suerte de peligros*. Dígase esto, porque es verdad, en honor de los prelados españoles.

En tanto el traidor Mauricio habia obtenido sus primeros triunfos; y cuando llegó á Inspruck y no encontró allí al emperador, se vengó en permitir un saqueo á voluntad de sus soldados, que no eran en su mayor parte otra cosa que verdaderos merodeadores. Es verdad que sin necesidad de impulsos de venganza, de este modo procedia siempre el ejército protestante; y el de Mauricio, lo mismo cuando él estuvo á su frente que durante el tiempo en que por su ausencia le mandó Alberto de Mecklemburgo, se condujo, segun la historia, más que como ejército, *como cuadrillas de bandoleros, ladrones é incendiarios*.

Desde Inspruck se dirigió á Passau el sajón, para celebrar su segunda conferencia con el rey de romanos. Esta entrevista fué de mayor importancia y se la rodeó de más imponente solemnidad y aparato: á ella asistieron varios electores, príncipes y prelados.

Mauricio comenzó por pedir que el emperador otorgase cuanto él deseaba obtener, al tenor de lo expuesto en la manifestacion que al empuñar las armas habia hecho.

El rey Fernando no se creyó facultado para otorgar por sí la demanda del sajón; porque concederlo todo, era igual á confesar la debilidad del emperador. No queriendo, empero, acceder ni dar por rotas las negociaciones, manifestó la necesidad en que se veia de consultar al emperador, y de acuerdo con el de Sajonia se trasladó á Villach.

Conferenció muy detenidamente con su hermano; mas se oponia á toda concesion el imperial decoro, que de acceder rotundamente quedaba muy debilitado y ofendido. Por otra parte, ambos á solas reflexionaban, y dando el verdadero valor á las cosas, comprendian el fatal estado en que la Alemania se encontraba. La paz era pedida á voz en grito por los católicos y por los sectarios de Lutero; que todos padecian terriblemente á consecuencia de la guerra, y en favor de la paz recibia en Villach el César escritos de los electores, de los prelados y de los príncipes asistentes á las conferencias de Passau, en favor de la paz. Este era un gran precedente para que el emperador con menos indecoro cediese un tanto de su derecho.

Llamábale, además, la atencion la guerra de Lorena, y las feas intrigas de Enrique II, que era muy digno hijo de su padre; y por otra parte, de España uno y otro dia tambien acosaban al emperador con mensajes, porque resentíanse los pueblos de que se agotasen los recursos para sostener las guerras, y sentian la larga ausencia del soberano.

Los dos hermanos, Carlos y Fernando, buscaban y no encontraban los medios de llegar con Mauricio á un arreglo amistoso; D. Fernando, sin dejar de ser muy buen hermano y muy fiel al emperador, se resentia de la condicion humana, que nos obliga siempre á preferir aquello que más cuenta nos tiene y ventajas nos proporciona; y á él interesábale mucho el que la paz se estableciese.

Mauricio, como hombre de claro talento, á pesar de sus triunfos, deseaba la paz tanto como el que más la desease; porque comprendia que si el emperador se rehacia, cosa facilísima contando, como en efecto contaba, con tantos y tan inmensos recursos, ni podia hacerle frente ni dejaria de perder cuanto gana-

do llevaba. A fin de interesar á D. Fernando, para que con más decision y vehemencia abogase en favor de la paz, le ofreció solemnemente que una vez firmada aquella, le auxiliaria él mismo al frente de su ejército en Hungría. Este ofrecimiento, hecho por un general como el de Sajonia, valia mucho para ser desechado.

D. Carlos, sin embargo, creyó siempre indecoroso el pactar sin restriccion alguna y tan pronto con un súbdito rebelde, que todo se lo debía, y que tan indignamente artificioso con él habia sido. Así fué que se negó á aceptar toda condicion que no estuviere basada en no reconocer el libre ejercicio de la religion reformada, y en entregarle una completa indemnizacion por las pérdidas ocasionadas por el indisciplinado é insaciable ejército protestante.

Tal era la voluntad del emperador; y D. Fernando, por mucho que sintiese aquel desenlace, tuvo que regresar á Passau y dar cuenta del resultado de la entrevista tenida con su hermano.

Mauricio, temiendo siempre que el emperador se rehiciese y le anonadase, y comprendiendo que la única manera de reducirle á firmar la paz era demostrar cada vez más decision y más fuerza, abandonó á Passau sin despedirse de D. Fernando, y muy pronto apareció sitiando con sus tropas á Francfort-sur-le-Mein.

Pocos dias despues regresó Mauricio á Passau, llamado por D. Fernando, tan deseoso como este y como el emperador de llegar á un arreglo pacífico, antes de tener que luchar con el emperador poderoso, como se habia sostenido contra el emperador debilitado. Cediendo progresivamente cada uno, y merced á los esfuerzos y diligencias de los poderosos mediadores, llegó á acordarse y firmarse un tratado de paz basado en las siguientes condiciones:

«El 12 de Agosto habia de ser disuelto el ejército confederado y licenciados los soldados que le formaban, excepto en el caso de que quisiesen servir al rey de romanos ó á otro príncipe, siempre que no fuese contra el emperador.—Para el mismo dia sería puesto en libertad el landgrave de Hesse, y conducido con seguridad á su castillo de Rheinsfeld, cumpliendo él lo que ofreció á Carlos cuando fué preso.—En el término de seis meses se celebraria una Dieta, en la cual se decidirian todas las cuestiones religiosas.—Ni unos ni otros, entretanto, se perturbarian en el ejercicio de su respectiva religion y culto.—La cámara imperial administraria justicia imparcial é indistintamente á católicos y protestantes.—No se pedirian los daños hechos en esta guerra hasta que la Dieta lo determinara.—El marqués de Brandemburg podria ser comprendido en este tratado, si desarmaba y licenciaba luego sus tropas.—Los confederados se apar-

»tarian de la alianza con el rey de Francia, y este podría exponer sus agravios al duque Mauricio, y el duque informar de ellos al emperador.—Si la futura Dieta no lograba terminar las contiendas religiosas, la parte de este tratado favorable á los protestantes quedaria válida para siempre.»

Compréndese bien que el tratado de Passau fué poco honroso para el emperador, y muy contrario á sus ideas y designios. Por él quedaron frustrados sus proyectos contra la religion reformada, y se perjudicaron los esfuerzos y laboriosas tareas del concilio de Trento; y cuando esto así no fuese, siempre seria humillante para el poderoso César el haber pactado con un súbdito traidor, rebelde, simulado, ingrato y artero, como Mauricio de Sajonia.

A consecuencia de este tratado fueron puestos inmediatamente en libertad el landgrave de Hesse y el antiguo elector de Sajonia, Juan Federico, despues de cinco años de prision. En cuanto á Mauricio, en cumplimiento de su palabra, y de acuerdo con lo permitido por uno de los artículos del tratado de Passau, en vez de licenciar todas sus tropas, pasó con gran parte de ellas á Hungría, en favor de D. Fernando, molestado siempre por el turco en aquellos dominios.

Cárls I, libre de aquel cuidado, y en aptitud de luchar con Enrique de Francia, su jurado enemigo y fiel heredero del odio y envidia de su padre, determinó emplear contra él el ejército que habia reunido para atajar los vuelos del de Sajonia. Afortunadamente el francés no habia sido incluido en el tratado de Passau, como tampoco el discolo Alberto de Brandemburg, que prefirió seguir siendo jefe de unas bandas de verdaderos salteadores, haciendo sufrir las consecuencias de sus depredaciones y desmanes á los infelices habitantes de Tréveris, Maguncia, Strasburgo y Spira.

Reunido un fuerte ejército imperial, salió de Villach el emperador y se puso al frente de aquel, bastante aliviado de sus dolencias.

Hizo circular la voz de que se dirigia á Hungría en favor de su hermano; despues se publicó oficialmente que iba á someter al rebelde Alberto, y tomó el camino de Inspruck á Strasburgo. Sin embargo de esto, alarmado Enrique II con la salida de Villach de Cárls I y con la organizacion del fuerte ejército que le seguia, nombró al duque de Guisa gobernador de Metz, quien por su valor, talento y carácter, tenia muy grande partido, y fué su nombramiento aplaudido de los franceses, muchos de los cuales se apresuraban á presentarse como voluntarios, con tal de servir bajo las banderas del famoso duque de Guisa.

Cuando ya no pudo estar oculto el verdadero designio del César, porque se aproximaba á Metz, el duque francés defensor de la plaza derribó y taló sin conmiseracion cuanto en las inmediaciones pudiera favorecer á los sitiadores. Alberto de Brandemburg tambien se aproximó, mostrando estar dispuesto á proteger á los franceses, con los asesinos y ladrones á quienes mandaba.

Era el mes de Octubre cuando llegó á Metz el ejército imperial, formado por sesenta mil hombres de todas armas, españoles, italianos, alemanes y bohemios, incluso muchos de los del ejército confederado que habian sido licenciados por no ser necesarios en el ejército que iba á pasar á Hungría. La direccion de los trabajos del sitio fué encomendada por el César al veterano, inteligente y valeroso duque de Alba.

En tanto este disponia las líneas y á uso de aquel tiempo las fortificaba y defendia, Alberto de Brandemburg amagaba á una parte y á otra; y aunque habia demostrado ir en favor de los franceses, por nadie se decidia.

Era imponente su ejército, así por el número como por el arrojé de los individuos que le componian; y aunque la conducta é indiciplina de aquellos les hacian ser considerados como una verdadera calamidad, era, sin embargo, importante el atraer á su jefe á fin de evitar que el enemigo lograra el mismo intento.

Esta consideracion fué suficiente para que Carlos I y Enrique II dirigiesen mensajeros á hacer proposiciones á Alberto, aunque figurando ser hechas de cuenta propia y no por encargo de los respectivos soberanos. El caudillo alemán comprendió demasiado el origen de las proposiciones; era hombre que amaba mucho más que la gloria el interés material, y por consecuencia su decision dependia en definitiva de las proposiciones que más ventajosas le pareciesen. Se las hizo mucho mejores el emperador, así porque podía, como porque era naturalmente y por carácter liberal y franco, y por el emperador se decidió Alberto y á sus banderas se pasó con sus cincuenta banderas, que no eran menos las que tenia, sin contar los ginetes.

Habia por aquellos dias recibido refuerzos el emperador, y con haberse agregado á su ejército el de Brandemburg, quedó aquel tan fuerte, que, excepto los de los mahometanos, quienes siempre reunian ejércitos innumerables, ninguno se habia visto tan numeroso, desde los antiguos y gloriosos tiempos de las *Navas* y del *Salado*.

Hé aquí las fuerzas del ejército imperial. Componíase de *seis mil* españoles, *cuatro mil* italianos, *cincuenta mil* alemanes, *cuarenta mil* flamencos, y muchos voluntarios de diversas na-

ciones, entre ellos varios húngaros y bohemios; *doce mil y quinientos* ginetes, y *tres mil* caballos de arrastre para la artillería y carros; total, *cient mil* infantes, *quinientos mil* caballos y *cient quince* piezas de batir.

Los rigores del invierno, que esto ocurría por el mes de Noviembre, habían exacerbado los padecimientos del animoso emperador, el cual tuvo que retirarse, muy contra su voluntad, á Thionville; pero creyendo que el sitio caminaba más lentamente de lo que su actividad deseaba, el día 10 se hizo llevar al campamento en una litera, mostrando que era siempre la fuerza de su alma superior á los sufrimientos del cuerpo.

Había comenzado á jugar la artillería y se veían ya algunas brechas abiertas; menudeaban los asaltos, dados inútilmente; pero el temporal se mostraba tan crudo, que era obra casi imposible la de defenderse de él. El frío era insufrible; el agua á torrentes caía; la copiosa nieve alternaba con el agua, y los llanos eran lagunas por unos sitios, por otros verdaderos pantanos.

De aquel rigor de los elementos resultó el comenzar á ser diezmado aquel fuerte ejército; porque los enfermos se multiplicaban, y muy pocos de los que enfermaban no sucumbían.

Apenas iba un mes de sitio y ya se contaban en el ejército sitiador más de TREINTA MIL bajas. Firme siempre, aunque doliente, el César, no quiso abandonar el campamento; y como su estado de salud era tan fatal, contra su costumbre, que en la guerra jamás quiso aquel gran general distinguirse en nada del último soldado, consintió en que su tienda fuese de madera, á modo de una pequeña casa, sin embargo de lo cual, por las junturas penetraban el frío, el agua y la nieve.

Todas las mañanas preguntaba por el estado del ejército, que respecto de la temperatura no tenía necesidad de preguntar, y siempre oía la misma respuesta. El fuerte ejército había desaparecido en una mitad; y siendo en el César mayor la humanidad que el deseo de tomar justa y noble venganza del francés, al responder una mañana el duque de Alba á la diaria pregunta del emperador, respondió este con una melancólica sonrisa aquellas palabras ya tan conocidas, y que tan bien muestran esa triste conformidad hija de la fuerza, y ese invencible disgusto que abate al hombre fuerte cuando comprende que no puede su fortaleza superar á lo que vulgarmente llamamos mala suerte. *Si es como referís*, dijo el emperador al escuchar la respuesta del de Alba, *no hay que esperar más: es la fortuna como las mujeres, que nada quiere con los cabellos blancos.*

Dada la orden por el emperador, el segundo día de Pascua de Navidad (26 de Diciembre) se levantó el sitio de Metz. En la re-

tirada del ejército imperial, hubiera este sufrido mucho más que durante el sitio, si el caudillo enemigo hubiese sido menos noble y humano. Nosotros que hacemos gala de elogiar al que lo merece, sin distincion de ninguna clase, y que al vituperar á un personaje histórico no lo hacemos por efecto de parcialidad, sino porque nos sobran los incuestionables datos para acriminarle, con la misma pluma que hemos acriminado á Francisco I y á Enrique II, y acriminaremos á otros reyes franceses, llamados por estos GRANDES, elogiamos sinceramente y con mucho gusto nuestro al duque de Guisa.

Este hombre noble y valeroso, que salió de Metz con ánimo de perseguir al enemigo y destrozarlo, lo que con muy poco trabajo pudo haber logrado, al ver la pena y dificultad con que eran conducidos los muchos enfermos á quienes no era posible abandonar; al observar cómo espiraban otros, víctimas de la violenta fiebre; al considerar cómo las llanuras se iban poblando de guerreros que acabaron de padecer y de otros que estaban próximos á dar el último adiós al mundo en que tanto habian padecido, no pudo hacerse sordo á la piedad, lo que no todos en su caso hubieran hecho, y se dedicó á auxiliarlos como si soldados de su ejército fueran. é hizo á los suyos auxiliar tambien y socorrer á los imperiales.

Tal fué el sitio de Metz; terrible y fatal en sus consecuencias, como sucede siempre cuando se lucha contra los elementos desencadenados.

ESPAÑA.

Debemos dedicarnos á dar una rápida ojeada á nuestra amada España, la cual jamás se aparta de nuestra memoria, como que es nuestra querida madre; empero nos es forzoso seguir al emperador, por más que nuestro recuerdo y voluntad estén en otra parte fijos. Como, además, los dominios que podemos llamar españoles, como pertenecientes al soberano español, son ahora tan excesivamente extensos, consideramos que al hablar de Flandes, de Alemania ó de Italia, hablamos de España. Por otra parte, fuera de esta están ocurriendo los más importantes acontecimientos, y últimamente, como el que para el público escribe debe imitar lo bueno y justo que han hecho los que en su improbable tarea le precedieron, y huir al mismo tiempo de lo que no sea bueno ni justo, en el punto en cuestion hemos creído mejor el imitar que el ser originales: porque adonde está el gran empera-

dor, allí está España, y allí están también la gloria nacional y las grandes empresas.

Historiador moderno hay, erudito y sábio, que hablando á este mismo propósito, dice: *Forzoso nos es seguirle* (al emperador) *todavía; porque la figura gigantesca de Carlos V es tal que ARRASTRA AL HISTORIADOR, y le obliga, como obligaba á todos los hombres de su tiempo; á seguirle y contemplarle do quiera que estuviese ó se moviese.*

En España nada ocurrió de notable en el año de que venimos tratando, fuera de la celebracion de Córtes en la corona de Aragón. Reuniéronse aquellas en Monzon, para donde las habia convocado el regente, príncipe de Asturias.

La reunion de Córtes no tuvo otro objeto que el que las anteriores, por punto general, habian tenido. El protonotario leyó el discurso de apertura á nombre del príncipe, reducido á enumerar minuciosamente las guerras que se habian sostenido, la importancia y necesidad de aquellas, los esfuerzos hechos por el emperador para limpiar las costas españolas é italianas de los turcos mandados por Dragut, de cuyo punto más adelante nos ocuparemos, los inmensos gastos que tan grandes empresas habian ocasionado, terminando por pedir auxilios pecuniarios para subvenir á aquellos.

Las Córtes, que comprendieron la exactitud de la pintura, sin defenderse á examinar si todas las guerreras empresas habian sido igualmente necesarias, votaron un subsidio de 200,000 libras jaquesas; y sin que fuese pedido, espontáneamente concedieron al príncipe un donativo de 22,000 libras.

Como ni los recursos ordinarios, ni los extraordinarios, ni las flotas que de América venian eran suficientes para levantar las cargas de la nacion y atender á las empresas que fuera de ella se sostenian, fué tambien forzoso el acudir á los particulares donativos; y se reunieron muchos y muy grandes, figurando entre estos el de D. Fernando de Aragon, deudo cercano del emperador por la línea de D. Fernando V el Católico, y arzobispo de Zaragoza, que dió 10,000 ducados.

AÑO 1553.

El emperador, que, segun todas las probabilidades, pensaba ya en adoptar una resolucion, quizá la más grande de cuantas adoptara durante su vida, casi siempre gloriosa y brillante, volvió su vista á España y á su hijo el príncipe de Asturias.

Deseando asegurar más y más la sucesion á la corona, y viendo á su hijo en la florida edad de veintisiete años y viudo á la sazón, le indicó la conveniencia de que contrajese nuevas nupcias. No escuchó de mala voluntad el príncipe el consejo; empero respecto de la eleccion de esposa, no estuvieron de acuerdo padre é hijo. Inclinábase este á su tia la infanta doña María de Portugal, hermana menor de la hermosa emperatriz doña Isabel, madre que fué del príncipe; y el emperador, que miraba más á la política que á las inclinaciones naturales, y que solo tenia ante la vista fija la idea de robustecer el poder de su hijo, para en el caso de que él falleciese ó abandonase una corona que las defecciones de los hombres y los desengaños del mundo habian hecho por demás pesada, le indicó, para contraer nuevas nupcias, cuán conveniente seria su enlace con María de Inglaterra, que debia heredar el cetro de Eduardo IV.

No podia agradar la propuesta esposa al príncipe; porque sobre tener once años más que él, debiendo en un caso ser al revés, ni era bella, ni su carácter tenia mucho de simpático y grato. El príncipe, sin embargo, que era más político que enamorado, y que comprendió las grandes ventajas que la proposicion del emperador encerraba, aceptó la idea y se mostró decidido á realizarla.

Faltaba, en efecto, á tantas coronas, una más y tan poderosa como la inglesa; empero es muy notable que los soberanos más diestros, hábiles y políticos, jamás, á pesar de su inteligencia y talento, han tratado de acortar los vuelos á su ambicion, desconociendo que la multiplicidad de dominios y el excesivo poder son más nocivos que provechosos. El exceso de este último, lo mismo que la exagerada aglomeracion de los primeros, proporcionan al soberano que en tal caso se halla tantos enemigos como monarcas temen verse por él supeditados; y aunados todos, podrán reunir tantas fuerzas morales y materiales como tenga el ambicioso. La excesiva extension de dominios, además, obliga á subdividir la atencion de tal manera, que siempre ha de faltar á alguna parte de aquellos la necesaria; y el enemigo que piensa en herir, siempre procura dirigir sus golpes, para no herir en vano, á la parte más vulnerable; y si los escasos dominios son poco envidiables porque un rey pobre y de exiguo poder es juguete de los demás monarcas y ni aun puede conservar la dignidad de soberano, los excesivos multiplican los cuidados, los dispendios y los sinsabores.

Esta clara verdad la estamos viendo en el reinado de Carlos I, en cuyo tiempo los dominios de la corona española tanto se multiplicaron; y sin embargo, hubo muy pocos dias de paz, y ni las

rentas producidas por esos mismos dominios, ni el oro ni la plata que á rios proporcionaban los dominios ultramarinos, bastaban á sufragar los gastos. Está probado que en el mundo nada hay más apreciable y ventajoso que el término medio: si el ser pobre es poco apetecible, porque el que lo es sirve de ludibrio al mundo y es de todos juguete, el excesivamente opulento ni sosiega ni vive, ni puede ponerse á salvo de grandes pérdidas, ni á cubierto de asechanzas, de rivalidades y de envidias.

Cárlos I y el príncipe Felipe, como que no estaban exentos de ambicion, no lo comprendieron así, ó si lo comprendieron, la ambicion sofocó y destruyó la razon natural. Por consecuencia, la propuesta del padre fué aceptada por el hijo, y recibida con gran placer por la futura esposa, quien no podia mirar con disgusto el enlazarse con un jóven de bella figura y á quien tantas y tan ricas coronas esperaban.

Existia tambien otra poderosa razon, á fin de que todas se reuniesen, para que María de Inglaterra aceptase con placer la lisonjera proposicion. Felipe de Austria, príncipe de Asturias, habia ostentado siempre su catolicismo, y María de Inglaterra, aunque destinada á regir los destinos de una nacion protestante, era fervorosamente católica. Cuando terminó el año, aun no pasaba de proyecto el mencionado enlace.

En tanto, el emperador, aunque pensando en el engrandecimiento de su corona y de su hijo, hallábase en los Países-Bajos afligido por los dolores, que se habian duplicado por efecto de lo que habia sufrido en el sitio de Metz, y el desastre experimentado frente á dicha plaza molestaba tambien á toda hora su pensamiento.

Apareció para distraerle, y aun para mitigar su melancolía, la guerra civil suscitada por Alberto de Brandemburg, cuyas intrigas habian puesto en movimiento unos contra otros á los príncipes alemanes; y como entre aquellos príncipes los habia que habian dado bastante en que entender al César con las cuestiones del protestantismo, aquel no podia mirar con disgusto el que mutuamente unos á otros se perjudicasen, y debilitasen las respectivas fuerzas.

Corria el mes de Abril cuando los ya expresados príncipes alemanes se confederaron contra Alberto, y eligieron por caudillo supremo á nuestro conocido Mauricio de Sajonia.

Puesto este ambicioso pero inteligente y valeroso general al frente del ejército confederado, vino á las manos con Alberto en los llanos de Lieverhausen (en Julio), quedando la victoria por los confederados y derrotado Alberto. El triunfo fué, empero,

demasiado caro á los vencedores, porque costó la vida á Mauricio de Sajonia. Recibió durante la lucha un pistoletazo, de cuya herida falleció cinco dias despues: en los campos de Lieverhausen concluyeron los sueños ambiciosos de aquel hombre funesto á católicos y protestantes, entendido, activo, valeroso, diestro é infatigable; pero tipo de hombres arteros, emblema de los ambiciosos, y verdadero modelo de ingratos. Apenas habia cumplido el año treinta y tres de su edad cuando dejó de existir.

Nos hemos creído obligados á referir el triste fin de Mauricio de Sajonia, por lo mucho que en poco tiempo ha figurado en la historia; y porque si aplicó mal su talento y grandes dotes, fué su corta existencia demasiado importante para no referir cuándo y por qué terminó. Mauricio de Sajonia fué el primero que comenzó á minar el inmenso poder del emperador.

En cuanto á Alberto de Brandemburg, fué en definitiva vencido por el duque de Brunswick, que sucedió á Mauricio en el mando del ejército confederado; y refugiado en Francia, murió en la miseria algunos años despues.

El emperador, por buenos sentimientos que abrigase, no pudo sentir la muerte de Mauricio; de aquel hombre que tan infame para con él habia sido; y por aquel tiempo, fuera de la pesadumbre siempre viva en su imaginacion del desastre de Metz, solo-tuvo una de no grande importancia, si se considera la de las que antes le habian atormentado. Hablamos de la rebelion de Siena.

Esta exigua república estaba bajo la proteccion del imperio, el cual tenia en ella una guarnicion de españoles, poco numerosa, mandada por D. Diego de Mendoza. Este gobernaba tan despóticamente que se procuró el odio general, y puso á los sieneses en el caso de rebelarse.

Favoreció la insurreccion el conde de Petillano, á quien Mendoza habia encomendado un tercio de tres mil italianos creado por el caudillo español para ir contra el turco. Petillano determinó emplear sus soldados contra los españoles y en favor de los sieneses, y este apoyo armado favoreció la sublevacion, porque era aquel infinitamente mayor que la guarnicion imperial.

El duque de Florencia, que poseía el ducado por el emperador y era muy agradecido, circunstancia milagrosa tratándose de hombres, y mucho más siendo hombres de cierta esfera, envió en refuerzo de los imperiales al marqués de Marignano, que era jóven, activo é inteligente, con un cuerpo de tropas escogidas. Al mismo tiempo D. Juan Manrique de Lara, al cual veremos figurar despues en las guerras de los Paisés-Bajos, creó en Roma un cuerpo de españoles é italianos para dirigirse á Siena, en

donde puesto de acuerdo con Marignano formó su plan de ataque contra Siena.

No era fácil, empero, que el *buen* Enrique II dejase de perjudicar al César viendo la ocasión tan á la mano, y mandó en socorro de los sublevados un cuerpo de tropas francesas, á las órdenes del italiano Pietro di Strozzi.

En las inmediaciones de Siena ocurrieron diversos encuentros, escaramuzas y una batalla, en la cual fueron vencidos Strozzi y los franceses, á consecuencia de lo cual se pactó la siguiente capitulación: «La ciudad de Siena volverá á quedar perpétuamente bajo la protección del imperio.—El emperador tendrá en ella *presidio* (guarnición).—Ordenará su forma de gobierno del modo que quiera.—No podrá levantar fortalezas sin consentimiento de los ciudadanos.—Los franceses obtendrán salvoconducto para poder trasladarse seguros hasta Florencia, y saldrán con armas y bagajes.»

Atribúyese la gloria del vencimiento al joven marqués de Marignano; pero aunque trabajó mucho y con gloria, fué D. Juan Manrique de Lara el principal actor en la sumisión de Siena.

En esta guerra, aunque de tan corta duración, ocurrió un suceso digno de referirse, como cuanto redundaba en honor de España y de los españoles: le refiere Sandoval.

Hé aquí el episodio histórico á que nos referimos:

«Tres españoles que pudieron salvarse, de cincuenta á quienes sorprendieron las tropas del conde de Petillano, se refugiaron é hicieron fuertes en una pequeña torre de la puerta Romana. Allí se defendieron los tres solos bastante tiempo. Viendo el conde su obstinada resistencia, mandó incendiar la puerta de la torre; mas ni el fuego les intimidó, ni las armas los hicieron rendirse. Dos caballeros franceses, M. de Termes y el prior de Lombardia, admirados del valor y serenidad de aquellos soldados, los llamaron á voces, y haciéndolos asomar á una ventana, «valientes españoles, les dijeron, lo que queremos no es más que libraros de la muerte, pues es razón que hombres tan esforzados como vosotros sean favorecidos. Por esto os rogamos que os rindais, y si quisiéreis servir al rey de Francia se os darán pagas dobles. Ya veis que aquí no podeis vivir, pues ni teneis qué comer, ni os podreis defender de tantos.» — El que estaba asomado respondió por todos diciendo: «Si el rey de Francia es tan bueno, no le faltarán soldados: nosotros queremos antes perder las vidas que dejar de servir á nuestro rey y señor natural. Los que decís que nos falta comida, *sabed que tenemos abundancia de ladrillos, y que los españoles, cuando*

»nos falta pan; con estos molidos nos sustentamos.» Agradóles »la arrogancia española á los franceses, y sacándolos de allí los »pusieron en salvo.»

Acercábase ya el estío, cuando el césar dispuso un nuevo ejército, decidido á vengar en Têrvere el desastre de Metz, que no podia apartarse de su memoria.

Era Têrvere plaza de tal importancia, que, segun es fama, Francisco I la llamaba *una de las almohadas sobre que podian dormir seguros los reyes de Francia.*

Teniala Enrique II descuidada; pero en cuanto comprendió el intento del emperador, reforzó la guarnicion, renovó y aumentó las defensas. A pesar de esto, los jefes y soldados imperiales, que tenian tan presente el desastre de Metz como el mismo emperador, desplegaron tal valor y tal intrepidez, que por asalto gloriosamente se apoderaron de Têrvere.

Como esta plaza era tan á propósito para tener siempre en jaqué á los dominios flamencos, el emperador mandó arrasar murallas, fortificaciones y edificios, dejando deshecha una de las almohadas de los reyes de Francia (Junio).

Dirigiéronse despues los imperiales contra Herdin, que fué igualmente tomada por asalto, quedando prisionero Roberto de la Marca, general francés.

En Têrvere y Herdin se distingió mucho entre los imperiales el general Martin Van Rossen, flamenco; y Filiberto Manuel, príncipe de Saboya y sobrino del césar, comenzó su carrera militar, que andando el tiempo habia de ser tan noble y gloriosa. Tambien Herdin despues de tomada sufrió la misma suerte que Têrvere, ante la presencia y bajo la inspeccion del príncipe Filiberto Manuel.

El desastre de Metz habia sido completamente vengado; empero la justa venganza habia dolido en el alma á Enrique II, el cual á fin de atajar el mal, si podia, se dirigió á Flandes, para ponerse al frente de sus tropas.

A consecuencia de esto se multiplicaron los combates con varia fortuna, sin declararse aquella por una ni por otra parte de una manera decisiva.

Comenzaba la campaña á hacerse molesta, por lo copioso de las lluvias y lo incómodo de la estacion. Era el mes de Setiembre, y casi se tocaba el de Octubre; mas sin embargo, Enrique hacia todos los necesarios preparativos para continuar la guerra, cuando se esparció por su campo la noticia de que el emperador (hallábase en Bruselas), notablemente aliviado de la gota, se preparaba á marchar al campamento para tomar el mando de su ejército. Con tal noticia, Enrique II abandonó á Flandes y

regresó á su reino, licenciando en San Quintin una gran parte de su ejército.

La guerra que por entonces sostenian tambien los imperiales en Lombardia contra los franceses, á consecuencia todavia de la sublevacion de Siena, no merece mencionarse, porque no hubo triunfo decisivo para una ni otra parte. Debemos únicamente decir, porque no falte en la historia, que hubo guerra en Lombardia, y que fué D. Fernando de Gonzaga, gobernador de Milan, el caudillo que la sostuvo por parte del emperador, y por la de Enrique II el general De Brissac.

AÑO 1554.

En este año continuó la guerra entre Francia y España, siendo tambien el principal teatro de aquella los dominios flamencos.

Fuertemente irritado Enrique II con ver que su enemigo acrecentaba su poder con afirmar su estrechísima alianza con la Inglaterra, para aminorar aquel en lo posible, y para dañar en cuanto pudiese á su enemigo, que siempre lo fué por causa y culpa de los monarcas franceses, reforzó su ejército de Flandes con otro numeroso, que dividió en dos cuerpos. Mandó el uno, bajo las órdenes del mariscal de Saint-André, al Artois, y el otro, bajo la conducta del célebre y veterano Montmorency, al Henao.

Llegó Saint-André á la gran fortaleza de Mariemburgo, egregiamente fortificada, merced á los desvelos y cuantiosos dispendios de la gobernadora, la reina doña María, hermana del emperador. De poco sirvieron á esta señora los dispendios y los desvelos, porque el gobernador imperial de la fortaleza, llamado Martigni, que afortunadamente no era español, la entregó á los franceses sin defenderse, ni aun demostrar intenciones de resistir. A este propósito inserta el Sr. Lafuente la siguiente nota interesante, para demostrar el justo pago que proporcionó la Providencia al villano traidor:

«Heuter, en su *Historia de las cosas de Flandes*, dice haber visto en 1560 en Paris al cobarde y traidor capitán que entregó á Mariemburgo, tan miserable, pobre y desdichado, que todo el mundo se desdeñaba de hablar con él, y allí murió en la pobreza y el desprecio: que tal es siempre el fin, añade otro historiador, de los traidores cobardes, que aun el mismo que recibe el beneficio de la traicion, los aborrece.» —(T. XXII, P. III, L. I, cap. XXIX, pág. 339.)

Se posesionaron despues los franceses de Bouvignes y Dinant hasta llegar cerca de Namur, de donde tomaron la direccion del Artois; y al mismo tiempo Montmorency en direccion del Henao, se distinguia por los daños que causaba incendiando poblaciones, talando campos y haciendo una guerra verdaderamente vandálica, como quien desea hacer mal á impulsos de la ciega venganza, no combatir en guerra regularizada y digna, ya que algunas es forzoso sostenerlas, por más terrible y perjudicial que sea.

Reunió el doliente emperador, que más que nunca sufría de la dolorosa gota, un ejército, cuyo mando encomendó al príncipe de Saboya, Filiberto Manuel, el cual, con una celeridad tan incalculable como apenas creible, llegó á Cambray y dió vista al ejército francés. Este se retiró hasta Renti al llegar Filiberto, en donde hizo alto: despues prosiguió su camino, sin abandonar su noble y humana tarea de incendiar y talar.

Cierto que nunca se podrá elogiar bastante la fuerza de alma y la energia del emperador, quien á pesar de sufrir sin tregua acerbos dolores, quiso ser guerrero casi hasta el último dia de su vida, y demostrar á la atónita Europa que era superior la fuerza de su alma á los padecimientos de su cuerpo, y que, en cuanto es posible á la debilidad humana, nada existia en el mundo que pudiese arredrarle ni aminorar su energía.

A pesar de sus terribles sufrimientos se hizo conducir hasta el campamento, pudiendo apenas, durante el camino, sufrir el movimiento de la litera en que era llevado.

Reconoció con su perspícaz vista el terreno, y mandó que cinco banderas (compañías) españolas y cinco alemanas se posesionasen de un montecillo.

Defendíanle con teson los franceses; empero los españoles, no muy pronto ni sin trabajo, los desalojaron, abriendo franco paso á las cinco banderas alemanas que los seguian.

La toma del monte dió margen á una formal batalla, en la cual quedaron casi tres mil hombres fuera de combate, entre imperiales y franceses, siendo el mayor número de aquellos; mas fué, sin embargo, el triunfo del emperador, puesto que quedó dueño del monte y del campo, y los franceses se replegaron sin detenerse hasta Compiègne.

Contento el emperador, tanto cuanto podia estarlo el que tan acerbamente sufría, regresó á Bruselas, dejando el mando del ejército al príncipe Filiberto; y el francés en Compiègne licenció á los suizos y alemanes, y nombró gobernador de la Picardía al duque de Vendôme (Agosto).

El príncipe Filiberto, despues de haber continuado la campa-

ña durante el otoño, siempre buscando al enemigo, en Diciembre se retiró á Cambray y licenció la caballería y la infantería alemana, para no sobrecargar al imperio con excesivos gastos, cuando se preparaba á tomar cuarteles de invierno, como habia hecho ya el de Vendôme.

CASAMIENTO DE D. FELIPE, PRINCIPE DE ASTURIAS.

Ya habia muerto Eduardo IV de Inglaterra, y ceñido su corona la reina doña María su hermana, cuando el emperador pidió su mano de una manera oficial y solemne, para su hijo el príncipe de Asturias. La reina se mostró tan excesivamente propicia á aceptar la oferta, que el arreglo y capitulaciones que habian forzosamente de preceder al casamiento, se terminaron en muy pocos dias. Hé aquí las bases, ó principales artículos del tratado matrimonial:

«El príncipe D. Felipe tendria solo el título de rey de Inglaterra mientras viviese la reina María; pero ella gobernaría como propietaria el reino, y dispondría de las rentas, oficios y beneficios; los hijos de aquel matrimonio heredarían los estados de su madre y tendrían los ducados de Flandes y Borgoña, y si moría sin sucesion, el príncipe Carlos, hijo único de Felipe, sucedería también en los estados hereditarios de España y en todos los demás de su padre y abuelo; Felipe juraría no hacer variacion en las constituciones del reino inglés, ni admitir á su servicio sino vasallos de la reina, ni introducir extranjeros que pudieran almar á la nacion, ni la reina se obligaría á sostener guerra alguna entre Francia y España; en caso de morir la reina sin sucesion, pasaría el trono de Inglaterra á su sucesor legítimo, sin que Felipe reclamara ningun derecho á él.»

No estaban los ingleses tan gozosos como su reina, á consecuencia del acordado matrimonio. Protestantes decididos, miraban de mal ojo la union de una reina ardientemente católica con un príncipe fervorosamente católico también.

Carlos I, que habia previsto el efecto que en Inglaterra produciría infaliblemente aquel enlace, por temor al catolicismo y también al poder de los príncipes españoles, tuvo cuidado de no incluir en el tratado artículo ninguno que pudiese almar ni á los más suspicaces. Fiábanse estos, empero, muy poco del tratado; porque sabido es que aquellos se quebrantan cuando conviene, y que estos crímenes, ó faltas si no se quiere que sean aquello, son en política veniales solamente.

Habia, por otra parte, algun pretendiente en Inglaterra á la corona que ya habia ceñido doña María, el cual mostrándose cordialmente protestante, hacia circular la voz de que aquella trataba de abolir el culto reformado, como tan católica que era, y que por esta razon se aliaba con el poderoso emperador, perseguidor de los reformados en Alemania. Y como si esto no fuera bastante, el envidioso Enrique II, por medio de sus disfrazados ú ocultos emisarios, atizaba el fuego y sembraba la discordia de muy oportuna manera para sus particulares fines.

De todo esto se originaron, como no podia ser menos, públicos disturbios, siendo los principales y ostensibles promovedores los deudos de la desdichada Juana Grey y sir Tomás Wyatt. Estos públicos trastornos no dieron otro resultado que la muerte en el cadalso de los promovedores, sin exceptuar á la misma Juana Grey, que tambien fué decapitada, en la tierna edad de diez y siete años.

Entonces fué presa y sujeta á una exquisita vigilancia la princesa *Isabel*, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, que tomó parte en aquellos acontecimientos, que era hermana de padre de la reina, y que á pesar de ser hija adulterina, empuñó despues el cetro.

Este oportuno golpe de poder no solamente restableció en Inglaterra la tranquilidad, si que tambien obtuvo del Parlamento la aprobacion del matrimonio de la reina con el príncipe de España.

El emperador ya por este tiempo habia mandado á su hijo las necesarias instrucciones, y este último preparó su viaje á Londres. Viendo D. Felipe el espíritu público de Inglaterra, á pesar de lo convenido, y aunque con pretexto de la ostentacion que debia á su real persona, además del gran número de magnates y caballeros que nombró para ir en su compañía, dispuso le siguiesen algunas tropas, que hicieran el oficio de guardia de la real persona.

Corria el mes de Mayo, cuando llegó á Valladolid, en donde la córte á la sazón se hallaba, el conde de Egmont, á quien veremos despues figurar de bien trágica manera, á dar parte al príncipe de haberse celebrado por poderes los desposorios. El príncipe remitió cartas á todas la ciudades de voto en Córtes y á los grandes del reino, noticiándoles la fausta novedad; despues entregó el gobierno y regencia de España á su hermana doña Juana, princesa de Portugal, dándola muy oportunas y convenientes instrucciones; puso cuarto al infante D. Carlos, su hijo, y se dispuso á partir para Londres.

Dirigióse de Valladolid al puerto de la Coruña, en el cual se

embarcó el día 13 de Julio, en una grande armada compuesta de más de cien naves de diversos portes, incluidas las que mandaba D. Luis de Carvajal que no se hicieron á la vela al mismo tiempo que las demás, porque tuvieron que permanecer en la Coruña hasta recoger todas las tropas que formaban la guardia del príncipe.

Iban con este el conde de Feria, como capitán de la guardia; el duque de Alba, como mayordomo mayor; D. Ruy Gomez de Silva, como sumiller de corps; y como gentiles-hombres de la real cámara, el conde de Olivares, el duque de Medinaceli, el marqués de las Navas, el de Pescara, los condes de Chinchon, de Fuentes, de Módica, de Rivadavia, de Saldaña, y D. Juan de Benavides, D. Fadrique de Toledo y D. Fernando de Toledo.

Fué recibido D. Felipe en Lóndres con la mayor pompa y con toda ostentacion; y apenas llegado se recibieron unos pliegos del emperador, en los cuales iba la solemne cesion que hacia en favor de su hijo de los reinos de Nápoles, Sicilia y demás dominios de Italia. Esta cesion fué muy celebrada en Lóndres.

El día 19 llegó la armada á la isla de Wight y el 20 á Southampton, en donde desembarcó el príncipe y recibió de parte de la reina á sus embajadores, que le llevaban la insignia de la orden de la Jarretiera (*la Liga*), ricamente bordada de costosa pedrería.

Desde Southampton se dirigió D. Felipe á Winchester, en donde la reina doña María se hallaba con toda su córte. El príncipe echó pié á tierra en la puerta de la catedral, en la cual esperaban varios obispos y sacerdotes católicos, que entonaron el *Te Deum*, en accion de gracias por la feliz llegada del futuro rey.

Cuéntase que la reina entendia el español, pero no le hablaba; y el príncipe comprendia bien el francés pero no se determinaba á hacer uso de él por temor de errar, por cuya razon habló con doña María más de una hora en español, respondiendo en francés aquella. Añádese que deseosa la reina de que adquiriese partido su esposo entre sus súbditos, se ocupó en la primera entrevista en enseñar á aquel á dar en inglés las buenas noches, lo que en efecto verificó al despedir la córte, cosa que contentó mucho á los ingleses.

En la suntuosa catedral de Winchester se celebraron los régios desposorios, dando á los contrayentes la bendicion nupcial el obispo de aquella diócesi. Se desplegó gran lujo y ostentacion en aquel solemne acto; y aunque los ingleses podian y querian demostrar uno y otro, no pudieron sobreponerse á los españoles, que en esto, como en todo, jamás consintieron en que otra nacion los superase.

Después de terminada la ceremonia religiosa, si ha de creerse á antiguos y respetables manuscritos, fueron obsequiados los reyes *con sendas rebanadas de pan y sendas tazas de vino*; obsequio que más propio parece de bodas de jornaleros que de príncipes; y uno de los que lo refieren es el regente Juan de Figueroa que presenció el desposorio, como encargado por el emperador de llevar á Flandes los pliegos que anunciaban la cesion de los dominios italianos en favor de D. Felipe.

Después del original obsequio, el cãnciller de Inglaterra, en voz alta y sonora, proclamó á D. Felipe y doña Maria reyes de Inglaterra, de Escocia, de Nápoles y de Jerusalem, príncipes de las Españas, archiduques de Austria, duques de Milan, de Borgoña y de Brabante, condes del Tirol y de Flandes, y en seguida anunció al pueblo la cesion hecha por el poderoso emperador á sus hijos los reyes de Inglaterra, de los estados de Italia.

AÑO 1555.

DRAGUT.

Como el reinado del emperador, segun el lector ha visto, ha sido siempre tan agitado, y tan interesantes los sucesos que al tratar de él hemos debido referir, por no truncar la relacion de los más interesantes nos hemos visto más de una vez obligados á omitir los que lo son menos hasta dar término á los principales, ó á colocarlos en tal estado que aunque se trunquen no se desfiguren, ni disminuya el natural interés que excitan. Por esta razon hemos omitido hasta ahora el ocuparnos del famoso pirata DRAGUT, digno discípulo de Haradin Barbaroja.

Dragut nació en una aldea de la Natolia (Asia Menor) en humilde cuna y de pobres padres; y siendo aun imberbe entró al servicio de un arraez y con él se embarcó.

Por una circunstancia que la historia no refiere, pasó al servicio de Haradin Barbaroja, en donde ya hombre, aunque muy jóven, se distinguió tanto por su precoz y fatal disposicion para la carrera de pirata, que Haradin, pirata por excelencia, le concedió su ilimitada proteccion, y le dió, con una embarcacion de las llamadas fustas, la *patente de capitan*, á fin de que fuese obedecido por todos los turcos que se ejercitaban en su mismo destructor oficio.

Poco tardó el flamante capitan en hacerse célebre por su au-

dacia y por sus osados hechos, entre otros el de haber vencido y apresado unas galeras de Venecia, en virtud de lo cual el célebre Andrea d'Oria aprestó una flota compuesta de diez buenas galeras al mando de su sobrino Giovanni (Juan) Andrea d'Oria.

En Messina se reunió Juan Andrea al almirante de Sicilia, D. Berenguer Dolmos, y habiendo alcanzado á Dragut junto á Bonifazio (Cerdeña), le vencieron é hicieron prisionero.

Barbaroja le rescató pasados algunos años, y su prision le valió el que su protector le ascendiese de capitán á *general* de todos los corsarios moros y turcos.

Enorgullecido con *su ascenso*, desplegó más audacia y más arrojo que nunca y llegó á mandar veintiseis naves; se emancipó de su patron Barbaroja y se hizo poderoso, mediante su casamiento con la hija de un turco poderoso que vivia en los Gelbes.

Su nueva fortuna le proporcionó los medios de aumentar el número de sus naves y de hacerse jefe supremo de una imponente armada de *piratas*, al frente de la cual fué el azote de los que por su desdicha con él se encontraban, y el terror de las costas cristianas.

Durante muchos meses burló el afán y vigilancia de D. Garcia de Toledo y D. Juan de Vera, virey aquel de Nápoles, de Sicilia este; y sin poder estos alcanzar á Dragut ni aun llegar á verle, él hizo grandes é importantes presas, entre otras la de 20,000 ducados que iban en una galera de los caballeros de Malta con rumbo á Nápoles.

Gozoso y con su fortuna aumentada se retiró á los Gelbes el pirata para tomar descanso, en tanto el mismo principe de Melfi, Andrea d'Oria, se dirigia en su busca, decidido á no volver á darle libertad si en sus manos caia. No lo logró, empero, si bien llegó á imponerle temor, puesto que el pirata supo la actividad con que era buscado, y cómo un día y otro día salian en su busca naves de los puertos de Nápoles y de Sicilia, y de ellas se poblaban las aguas.

Su temor, ó más bien recelo, le inspiró la idea de apoderarse de alguna fortaleza que le sirviese de punto de apoyo y de seguridad para continuar en su fatal y destructora carrera.

Fijó sus miras en una ciudad distante de Túnez unas ochenta millas, que *Africa* tenia por nombre (*Turris Annibalis*), y en ella penetró con los suyos de noche, facilitándole la entrada uno de los gobernadores, que tenia por nombre Brambarac.

Ya dueño de Africa Dragut, añadió buenas fortificaciones á las muchas y muy buenas que la ciudad tenia, y despues salió otra vez al mar; pero como cauto y previsor, llevó consigo veinticinco moros de los principales de la ciudad que le sirviesen de

rehenes, para evitar el que en su ausencia los de la plaza se sublevasen y le privasen de la posesion de aquella.

Hizo en su nueva salida Dragut tantos daños como en las anteriores correrías, y esto movió á Andrea d'Oria á tomar por su cuenta la persecucion del terrible y entendido pirata.

Reunida una fuerte armada llegó d'Oria con ella á la Goleta, en donde celebró un consejo de generales, y en él se decidió sitiar á la ciudad del corsario, practicando primero un reconocimiento. De este resultó el convencimiento de que no era posible tomar la fuerte plaza sin reunir más elementos y recursos de aquellos de que por entonces se podia disponer; y habiéndolo comprendido todos así, el mismo d'Oria tomó rumbo á Italia, en donde se proveyó de artillería, soldados, viveres y material de guerra.

Tal y tan grande fué el empeño de auxiliar al almirante en aquella grande empresa, que voluntariamente se ofrecieron á seguirle los más famosos generales de mar y tierra, y Cosme de Médicis, duque de Florencia.

Tan pronto como se establecieron las líneas del sitio y comenzó á jugar la artillería cristiana, contestaron vigorosamente con la suya los sitiados; y los que de estos no tenían necesidad de acudir á las murallas y defensas, se ocupaban de preparar las calles con clavos colocados con las puntas hácia arriba, abrojos, etc., cortando aquellas con vigas y otros obstáculos, por si los cristianos, cuyo valor y serenidad era proverbial, llegaban á penetrar en la plaza.

Diéronse, en efecto, algunos asaltos infructuosos, y en los que se perdieron algunos valerosos militares; y de nuevo fué necesario pedir refuerzos y socorros á la Goleta, á Sicilia y á Nápoles.

Hallábase á la sazón el emperador en la Dieta de Augsburgo, que esto ocurría en 1550, y desde allí mandó á D. Fernando de Gonzaga, gobernador de Milan, facilitar todo cuanto fuese necesario, al mismo tiempo que escribió al duque de Florencia y la república genovesa para que de cuenta del César facilitasen todo cuanto pidiesen los caudillos supremos de mar y tierra, Andrea d'Oria y D. Juan de Vera, virey de Sicilia, que en Africa se hallaban, para la guerra en que estaban comprometidos.

Cuando con más teson y empeño se estrechaba el sitio, los caudillos españoles fueron avisados por un cuerpo de exploradores de que se divisaban moros fuera de la plaza, por entre unos olivares de las montañas vecinas. Eran los de Dragut, acaudillados por el mismo pirata.

Cuando comenzó el sitio hallábase en las costas de Valencia,

á donde habia ido en socorro de algunos moros valencianos que se habian rebelado y que le llamaron en su auxilio; y ya en aquellas costas, no quiso dejar de aprovechar la oportuna ocasion. Su mujer, empero, no le dejó permanecer en las aguas de Valencia, porque con toda diligencia y actividad le dió aviso del peligro que su ciudad de Africa corria. Este fué el motivo de acercarse Dragut á la plaza, seguido de cuatro mil hombres que pudo reunir, cuando menos esperado podia ser.

Antes de acercarse mandó un aviso á su sobrino Hesarraez, participándole que iba á llegar y que procurase sostenerse. El que llevó la carta pudo penetrar en Africa pasando á nado.

Habia Dragut prometido á su sobrino estar frente á Africa el día 25 de Julio, y así lo cumplió. Mal día para él eligió, por cierto: celebrábase la festividad del patron de las Españas, SAN TIAGO, apellidado por los cristianos MATAMOROS; cuyo nombre unido á las palabras *¡cierra España!* tan mal sonaba en los oidos de los agarenos.

Precisamente habia aparecido el feroz Dragut sobre la montaña adonde los cristianos diariamente acudian para surtirse de leña; y no queriendo dejar de hacerlo en aquel día, Vera y d'Oria dispusieron que los leñadores fuesen acompañados de algunas compañías de españoles, así piqueros como arcabuceros.

La señal de comenzar la lucha al verlos llegar fué un agudo y fuerte grito dado por Dragut, al mismo tiempo que arrojaba su dilatada lanza hácia los españoles. Un horrible y general grito acompañado de una espesísima lluvia de saetas, jabalinas y piedras, siguió á la feroz señal dada por Dragut.

La artillería imperial comenzó á jugar oportunamente, y á vacilar los moros; pero pronto se restableció con encarnizamiento la pelea. Murió desgraciada é instantáneamente de un balazo el bizarro gobernador de la Goleta, D. Luis Perez de Vargas; y el pirata, que por el trage y por el puesto que Vargas ocupaba en la lucha comprendió que no era el muerto un hombre vulgar, mandó á los suyos recogieran el cadáver. No fué menester más para que los valerosos españoles se arrojasen sobre los moros, deseosos de evitar aquella mengua y toda profanacion que tralasen de hacer aquellos descreídos con el cuerpo del valeroso caudillo.

Fué aquella una horrible lucha cuerpo á cuerpo; D. García de Toledo fué reforzando progresivamente á los españoles, hasta no reservarse más que alguna infantería y la caballería de cossletes; empero iguales refuerzos enviaba desde la plaza á los moros el gobernador Hesarraez, y aquella dura y bárbara pelea que duró más de cinco mortales horas, no dió más resultado



gran número de muertos de una y otra parte, y entre los de España algunos de valía y renombre.

Este suceso hizo que con más ahinco y teson se estrechase el sitio, y para perfeccionar los ataques llegó á las líneas un famoso ingeniero siciliano, llamado Andrónico Espinosa (algun manuscrito, ignoramos si con fundamento ó sin él, le denomina Andrónico Spinola).

El inteligente ingeniero hizo tanto en poco tiempo, que los muros de Africa sintieron muy pronto en sus brechas y quebraduras la llegada de aquel. Una sola batería con sus veintidos piezas, hizo en hora y media ciento setenta disparos, cosa notable en aquel tiempo en que el arte de la guerra no estaba como hoy le vemos, y las armas de artillería é ingenieros puede decirse estaban en su infancia, y si habia jefes dedicados á ellas, no habia tampoco más: las piezas, en la primera de ambas armas, eran servidas por soldados de infanteria; y para realizar los trabajos de la segunda, habia tercios llamados de *gastadores*, que desempeñaban los cargos de zapadores, minadores y pontoneros.

Con el ingeniero Andrónico habian llegado al sitio refuerzos de soldados, dinero, víveres y cañones, y ya era empeño de honor el posesionarse de Africa.

Debemos añadir, para probar una vez más que se inventa muy poco, que no se hace otra cosa que perfeccionar los antiguos inventos, relegados al olvido por incuria de los que debieron afirmarlos y perfeccionarlos, diremos una de las disposiciones que adoptó el célebre Andrónico. Y es lo peor del caso, que más de una vez los extranjeros, por esa misma incuria que con nosotros tantos han condenado y condenan, se llevan la gloria de los inventos hechos en España por sus célebres hijos. Responda de esta verdad el que pasa por inventor del vapor aplicado á la navegacion, recordando á *Blasco de Garay*, y el mismo reinado de que actualmente nos venimos ocupando.

Entre las muchas y muy acertadas disposiciones que adoptó Andrónico, hizo desarbolar las tres galeras mayores que encontró en la armada; las mandó unir fuertemente y enclavijar por medio de fuertes y ferrados maderos, y las pobló de artillería gruesa. Despues las rodeó de botas perfectamente embetunadas, á fin de que el peso de las mortíferas máquinas no las llevasen á fondo, y con esta invencion construyó unas verdaderas baterías flotantes, á favor de las cuales maltrataba desde las aguas á la plaza lo mismo que desde tierra.

Los innumerables proyectiles lanzados uno y otro dia y á toda hora sobre las murallas, lograron hacer varias brechas practica-



bles y en consejo de generales se acordó dar el asalto. Eligióse tres sitios para asaltar simultáneamente, y dióse el asalto el día 10 de Setiembre.

La defensa hecha por los moros fué heróica; y tal destroz causaban, que los imperiales comenzaron á flaquear algun tanto, aunque se rehicieron pronto. Ya dentro de la ciudad, se sostenian á un tiempo muchos combates, en cada plaza y en cada calle. En una de aquellas, y peleando contra el mismo Hesarraez, sobrino del pirata y gobernador de Africa, pereció gloriosamente el capitan vizcaino Zumarrága, que penetró en la ciudad protegido por los caballeros de Malta; y despues de algunas horas de sangrientas luchas parciales quedó por los imperiales la ciudad.

La posesion costó la vida de algunas personas de gran cuenta y valor fabuloso; entre ellas, además de Perez de Vargas y Zumarrága, perecieron D. Fernando de Toledo, Fernando Lobo, Tristan de Urrea y Moreruela, renombrados capitanes, y los alféreces (que entonces no habia tenientes, y el alférez de cada compañía no hacia otra cosa que llevar la bandera de la misma, y alféreces indistintamente se llamaban los de infantería y los de caballería) Alonso Pimentel, Alonso de Vega y Juan Sedeno. Tambien pereció el caballero Monroy, del orden de Malta, de diez y siete lanzadas. Moros en el combate, y despues de ciudadanos, murieron siete mil.

Tomada posesion de la plaza por el virey D. Juan de Vera, hizo purificar la mezquita y convertirla en templo cristiano, dejando despues de gobernador á D. Alvaro, su primogénito, con mil hombres escogidos de guarnicion.

Dragut, avergonzado y pesaroso, huyó á los Gelbes; tras él salió el virey en su persecucion; y aunque por el pronto dispuso el César que Africa quedase en fortificaciones y defensas á nivel de la Goleta, mandó despues arrasarla; porque, en efecto, la guarnicion cristiana estaba allí á toda hora comprometida, y era mejor destruir la plaza que dejarla expuesta á ser otra vez presa de los turcos, y siempre y en toda ocasion causa de gastos de sangre y de dinero.

Pasó con el tiempo Dragut, como su maestro y protector Barbaroja, al servicio de Soliman II; y despues de correr no pocas aventuras y dar golpes de mano que revelaban su destreza é ingenio, propuso al turco una empresa contra la isla de Malta, proyecto que aceptó Soliman II; mas no quiso fiarle completamente á Dragut. Era la empresa demasiado importante, que era Malta llamada el baluarte cristiano de Oriente, y confiando en la pericia y buenas circunstancias que para el caso concurrían en Si-

nan, le nombró almirante, y dió el cargo de tenientes ó segundos de aquel á Dragut y Salac.

Era Sinan famoso entre los jefes turcos; y tan pronto como circuló la noticia de que Sinan, por mandado de Soliman, iba á dirigirse contra Malta, todos los caballeros de la órden acudieron presurosos á defenderla, y con ellos entraron socorros de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Córcega y Génova, dinero, víveres, generales, jefes, tropa, cuanto era necesario y mucho más; que tantos se presentaban, de todas categorías y condiciones, voluntarios, que fué forzoso poner coto á los marciales deseos, puesto que la excesiva multitud podia ser perjudicial.

No correspondió entonces Sinan á la fama que tenia. En cuanto llegó á dar vista á la isla, ya le arredraron las defensas que observó y los preparativos que para recibirle por do quiera se veian. Así fué que reprendió severa y ásperamente á Dragut, el cual le contestó con estas palabras, que algun tanto variadas, dieron origen á un proverbio español: *Señor, quien no AVENTURA, no HA VENTURA.*

Para probarla, hizo desembarcar Sinan cinco mil hombres escogidos de entre los mejores de sus tropas, los cuales llegaron hasta las inmediaciones del castillo de Malta. Salieron á recibirle los comandadores de la órden, con un tercio de arcabuceros; y tal carnicería hicieron en los ismaelitas, que Sinan, si era valiente, se olvidó en aquel dia de su valor, y levantando el campo huyó como un cobarde.

Enmendó aquel descalabro, sorprendiendo Dragut por su mandado á la desprevenida isla de Gozzo, en la cual pereció su gobernador, el comendador Sessé, despues de haber hecho prodigios de valor, y el bárbaro Dragut taló los campos, incendió la poblacion y se llevó seis mil cautivos que encontró inermes, entre ellos gran número de mujeres.

Tripoli cayó despues en poder de Sinan *por traicion de un francés*, del cual no se volvió á saber. Los comandadores malteses que defendian á Tripoli, tuvieron desgraciado fin: ó se dejaron seducir por el francés, ó no se defendieron lo que debian; de un modo ó de otro, es lo cierto que el gran maestre mandó instruir un proceso, y que por senténcia del consejo mandó ajusticiar á todos, degradando primero á los que de ellos eran eclesiásticos. Nótese bien que el principal actor en la traicion *fué un francés, y que Enrique II, rey de Francia, intercedió muy vivamente aunque en vano en favor de los sentenciados, para que no se ejecutase el suplicio.*

La pérdida para el emperador más sensible fué la de Bujía, célebre conquista hecha por el conde Pedro Navarro en 1510.

Sitiada Bujía por cuarenta mil hombres y por mar y tierra, comenzó á ser blanco de los proyectiles enemigos; y para resistir á los cuarenta mil hombres estaba la plaza guarnecida por quinientos españoles, al mando del capitán D. Alonso Perez de Peralta, el cual no procedió con el valor y teson que acostumbraban usar los jefes imperiales.

De los tres castillos que servian á Bujía de defensa, uno, defendido por *cuarenta españoles* nada más, resistió cinco días; otro fué abandonado por no ser posible defenderle, y el tercero resistió veintidos días.

Peralta, pudiendo aun resistir y defenderse, entregó la plaza el día 27 de Setiembre de 1533, obteniendo vida y libertad para él y los suyos, y la promesa de ponerlos en una plaza española.

El moro, pérfido y traidor como la mayor parte de ellos, cumplió su palabra respecto de Peralta y de otros veinte de *sus más allegados*, lo que hace sospechar que el mal defensor de Bujía estaba de acuerdo con el caudillo ismaelita. Todos los demás cristianos fueron hechos cautivos; mas no logró el cobarde caudillo sobrevivir al rendimiento. Carlos I, indignado con la pérdida de la importante plaza, conquista hecha en los gloriosos tiempos de su memorable abuelo, mandó formar proceso á Peralta.

Acusado por el fiscal imperial, y vista la causa en consejo de guerra, fué decapitado Peralta en la principal plaza de Valladolid; y para que la deshonra que á los cobardes corresponde fuese más completa, á la ejecucion precedió la cruel degradacion, que se verificó paseando por los sitios más públicos de la ciudad al culpable con la armadura puesta, cuyas piezas fuéronle quitadas una á una, mientras á voz de pregonero se manifestaba al público la causa de aquel terrible acto.

Hemos creído necesario el dar cuenta al lector de estos sucesos, referidos los cuales no volveremos á ocuparnos de Dragut, sino cuando sea absolutamente indispensable.

GUERRAS DE ITALIA.

Aun levantaba en Toscana la cabeza la rebelion comenzada en Siena, al mismo tiempo que en el Piamonte fatigaba á los imperiales el general Brissac, con cuyo motivo el César determinó mandar á Italia un caudillo de pericia, prestigio y valor conocidos.

Fué elegido para desempeñar el importante encargo D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba de Tormes, el cual, in-

vestido de toda la necesaria autoridad, provisto de dinero y seguido de tropas y de material de guerra, llegó á Milan el día 13 de Junio.

La llegada de este experimentado general puso en balanzas los lances de la guerra; empero se peleó con varia fortuna, y ni franceses ni españoles obtuvieron ningun triunfo decisivo, perdiendo decididamente los pueblos, que sufrían las consecuencias de la guerra, ocasionada por la envidia é intrigas del monarca francés.

Un religioso de San Francisco dispuso una bien tramada conspiracion para quitar á los franceses la plaza de Metz y entregarla al emperador. Discurrió el introducir en el convento paulatinamente y en diversos dias á cierto número de guerreros imperiales, escogidos entre los más valerosos, y disfrazados de frailes, con los cuales pensaba dar el golpe, poniendo fuego por varias partes á la ciudad, á fin de que llamando la atencion á los franceses con los incendios, acudiesen las fuerzas militares á aquellos; y en tanto los disfrazados guerreros facilitarían la entrada á los que debían llegar de Thionville, y con ellos unidos pelearían.

Rara es, empero, la conspiracion en que no se compromete como adicto á la causa de los conjurados algun verdadero Judas, que vende á sus compañeros. No faltó tampoco entonces; el religioso, que se llamaba Fr. Leonardo, y los demás del convento, fueron presos y obligados á declarar, sufriendo despues la última pena.

Fué lo peor del caso que alguna fuerza imperial que acudió para estar pronta á penetrar en Metz cuando los fingidos frailes facilitasen la entrada, ya convertidos en guerreros, salió de Thionville muy segura del buen suceso, é ignorante del malo que á Fr. Leonardo habia ocurrido, y fué sorprendida por una emboscada en que habia quintuplicado número de franceses, puesta por Vieleville, gobernador de Metz. Cargando las superiores fuerzas enemigas imprevistamente sobre los escasos y desprevénidos imperiales, fueron éstos derrotados; y no perecieron todos, porque eran españoles, y decir esto es bastante.

Celebróse por entonces la Dieta de Augsburgo, que por el tratado de Passau estaba destinada á resolver las cuestiones religiosas de Alemania.

No pudo el emperador presidirla, á consecuencia de sus dolorosos padecimientos, por entonces muy exacerbados. Presidióla pues, en su representacion, su hermano el rey D. Fernando, el cual recomendó á la Dieta la conveniencia de que se procediese con circunspeccion, y de que por una junta compuesta de los

varones más doctos y prudentes de ambas partes, se procediese á buscar los medios de conciliar los extremos.

Prodújose D. Fernando tan á gusto de todos, que fué por cierto milagroso el no disgustar á ninguno, y desplegó tal acierto y tanta discrecion, que logró su principal fin, dirigido á no crearse enemigos, cuando de tantos amigos necesitaba, para en el caso de que su hermano volviese á suscitar la idea de que D. Felipe heredase los dominios alemanes.

Las acertadas diligencias del rey D. Fernando dieron por resultado las siguientes bases que aprobó la Dieta: «Los protestantes podrian ejercer libremente el culto y profesar la doctrina de la confesion de Augsburgo, sin que nadie pudiese por ello molestarlos; los católicos estarian en el mismo caso, aunque residiesen en territorio cuyo soberano siguiese la secta luterana, y toda cuestion que en lo sucesivo se suscitase por motivos religiosos, se habria precisamente de resolver por el pacífico medio de las conferencias.»—(Decreto de la Dieta de Augsburgo, Marzo, 1555.)

El dia 23 de Marzo falleció el Sumo Pontífice Julio III, y fué para sucederle electo en Abril por el cónclave el cardenal Marcelo Cervino, que no queriendo cambiar de nombre al ascender al sòlio de San Pedro, se denominó Marcelo II.

No llegó al mes su pontificado, pues falleció el 2 de Mayo, y fué lástima, en verdad, que le adornaban grandes virtudes; era humilde y modesto, caritativo, sábio, y mostró su deseo de dedicarse á promover el bien de la cristiandad, con absoluta exclusion de todo asunto temporal y terreno.

No era muy semejante á él su sucesor el cardenal Caraffa, electo en 23 de Mayo, que adoptó el nombre de Paulo IV. Debe suponerse que el nuevo Pontífice tenia trastornadas las facultades intelectuales, á consecuencia de su avanzada edad. De otro modo no puede explicarse que un religioso tan dado á la austeridad y tan aficionado á la pobreza y al retiro, que habia fundado y establecido *el orden de los teatinos*, y que durante su larga vida habia vivido conventualmente á pesar de vestir la púrpura cardenalicia, á los ochenta años, que era su edad cuando fué electo, cambiara repentinamente, y le diese el afan por el extremo opuesto del fausto, la magnificencia y la ostentacion. Del mismo modo su humildad y su moderacion se trocaron en orgullo y en ira; y este tan extraño y completo cambio, solo puede explicarse del modo que hemos dicho.

El nuevo Pontífice era muy poco amigo del emperador, ó más bien sus sobrinos, manejándole á su arbitrio por efecto de la edad, le hacian enemistarse cada dia más con el César, ha-

biendo sido origen de esta enemistad el que los cardenales adictos al imperio se habian decididamente opuesto á la eleccion de Paulo IV.

De la enemistad se siguió el proyecto de una alianza con el francés, y que el Pontífice enviase al rey Enrique una embajada para que uniendo las fuerzas militares de ambos, le arrebatasen á Carlos I el reino de Nápoles y el dominio sobre el ducado de Toscana, cuyos ricos despojos partirian despues entre los dos.

Enrique II, despues de oir los consejos de sus más allegados, mandó á Roma al cardenal de Lorena para que tratase con el Pontífice, facultando á aquel para el caso con unos poderes tan amplos como eran menester.

Quizá Paulo IV no se hubiera decidido á llevar adelante un proyecto que más que suyo era de su sobrino Carlo Caraffa, porque el emperador, aunque enfermo vivia, era, enfermo y todo, más respetado que otros monarcas en la plenitud de su salud y de su vida.

Por desgracia, el decreto de la Dieta imperial de Augsburgo, del que no há mucho dimos cuenta, llegó en mala hora á Roma, para irritar al Pontífice con el emperador. Cierto es que el rey D. Fernando cuidó más de sus intereses y de los de su familia, que de los del catolicismo; porque el decreto de la Dieta favorecía únicamente á los reformados, puesto que á los católicos nada se les concedia de que antes no disfrutasen, ni más de lo que de derecho les correspondia.

El decreto de la Dieta decidió á Paulo IV á realizar la alianza con Enrique II, sin perjuicio de declarar la nulidad de aquel, y de relevar al emperador de cumplir cosa alguna de las que habia acordado la Dieta, y de todas sus promesas, compromisos y obligaciones, puesto que el decreto en cuestion no era otra cosa que una verdadera usurpacion del poder pontificio.

Al mismo tiempo que el Pontífice y el francés maduraban el proyecto de alianza contra el emperador, el emperador y *el mismo francés* proyectaban una tregua de cinco años. Los que presumen de políticos, podrán entender y explicar estos manejos; y aunque la proyectada y casi realizada liga ofensiva y defensiva entre Paulo y Enrique estaba secreta, llegó á noticia del emperador y de su hijo D. Felipe, ya rey de Inglaterra y de Nápoles, los cuales, procediendo con una templanza de que no todos los soberanos en su caso hubieran hecho uso, se limitaron á mandar á Roma á D. Garci Laso de la Vega, en calidad de embajador extraordinario, para que usando de la mayor moderacion y templanza, exhortase á Paulo IV y le convenciese de lo injusto y arriesgado del paso que iba á dar.

No sabemos de qué modo procederían en Roma con el embajador Garci Laso; empero podemos asegurar que faltando, á pesar de su conocida y notoria prudencia, al encargo del emperador y del rey su hijo, estuvo tan duro, acre, enérgico y fuerte en sus entrevistas, que fué encerrado en el castillo de Sant'Angelo. No tardó, sin embargo, en salir de allí, dejando memoria en Roma de su valor y firmeza.

ABDICACION DE CÁRLOS I.

Para que nada faltase á dar colosales proporciones á la gran figura histórica del emperador, era forzoso que su término fuese en general desemejante al de sus más poderosos predecesores.

Hemos visto, y aun podremos ver, soberanos tan apegados al fausto, á la opulencia y al mando, que avaros del tiempo de brillar y de mandar á sus súbditos, han temido la muerte, no por dejar de existir, sino por dejar de mandar y de ser á todos superiores; hemos visto á reyes ancianos disputar la corona á un hijo rebelde, y estar prontos hasta á derramar su propia sangre por conservar ceñida una diadema que simbolizaba su poder y su mando; veremos abdicaciones, como la de Felipe V, por ejemplo, hijas del deseo de procurarse descanso, ó quizás nacidas de miras y de evoluciones políticas, pero conservando el fausto, la opulencia, la influencia en los negocios públicos, y en una palabra, todo lo dulce sin lo amargo del reinar; empero trocar la régia púrpura por el burdo sayal; la brillante corona por la áspera capucha, y el áureo cetro por el tosco báculo, no lo veremos. Si alguna vez se ha visto, ha sido por efecto de la violencia, como sucedió con el mismo Wamba, de suyo poco afecto al mando. Y si el que trueca púrpura, corona y cetro por báculo, capucha y sayal, lo hace tan *espontánea* y tan *inesperadamente* como Carlos I; si se considera que en vez de ser rey de una exigua monarquía, como lo eran los antiguos, dominaba en España, Alemania, Italia, Flandes; que poseía las Américas, y que, en una palabra, la mejor y más extensa parte de Europa era suya, así como las vastísimas y ricas posesiones de allende el mar, tal resolución no podrá ser considerada sino como sublime y grande.

Podrásenos decir que fué hija de amargos sufrimientos y duros desengaños; pero aun siendo así, á pocos soberanos no endulza el semi-omnipotente poder las amarguras de los desengaños y de los sufrimientos.

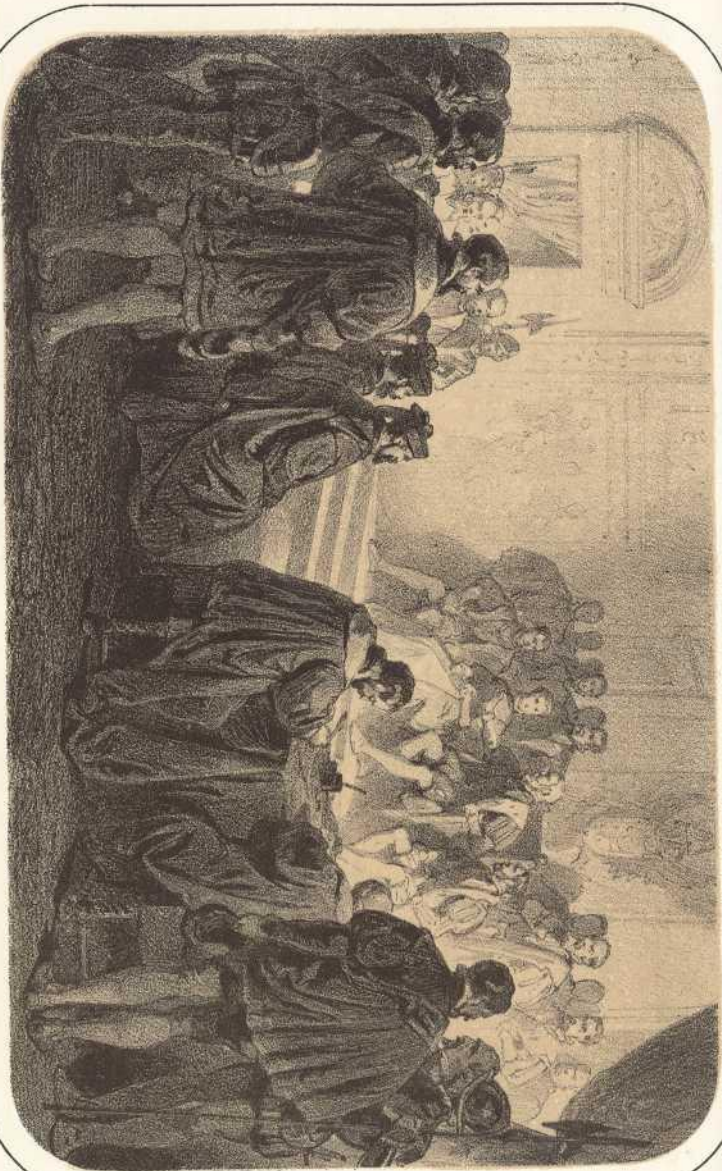
Dícese que la primera vez que cruzó tal idea por la imaginación del emperador, fué al ver la infame traición de su querido y protegido Mauricio de Sajonia; y la segunda, al verse enfermo, expuesto, errante, prófugo y fugitivo de Inspruck á Villach. Y para contestar á los que puedan decir que los tormentos de la gota le hicieron abandonar la corona, diremos: primero, que si todos los recursos del poder y la comodidad de los palacios no lograban atenuar los padecimientos, menos lo conseguirían la escasez de recursos y la estrechez de una celda; y despues, que mucho antes hubiera puesto por obra su propósito, antiguo ya en su pensamiento, á no haberlo impedido el que aun existia la desventurada reina doña Juana, su madre, en Tordesillas como siempre. Esta era la reina propietaria de España, en cuyo nombre, unido al de Cárlos, se expedían todavía, segun acuerdo de las antiguas Córtes, todas las ordenanzas, reales despachos, provisiones, etc., y ni el emperador podia abdicar una corona que no era enteramente suya, ni era obra fácil, ni quizá realizable, la de reducir á la casi imbécil doña Juana á abdicar, ni lo hubieran consentido los aficionados á medrar en las públicas revueltas, que en ningun tiempo ni país faltan.

Dirásenos que pudo muy bien renunciar á los dominios que eran exclusivamente suyos; mas no lograba con esto su propósito. Y tanto es verdad que la existencia de su desgraciada madre le impidió el abdicar antes del año 1555, que en él falleció la reina doña Juana, despues de una dilatada y penosa enfermedad, recobrando su razon poco antes de morir, esto es, olvidando algunos dias antes á su siempre amado y muy ingrato Felipe I, el Hermoso, para dedicarse al cuidado de su alma, sin hablar más que de asuntos religiosos y diciendo al espirar: *Jesucristo crucificado sea conmigo* (11 de Abril); y en el mismo año 1555, dió su hijo Cárlos I el gran paso cuya relacion vamos á presentar brevemente.

El dia 25 de Setiembre mandó llamar el emperador á su hijo D. Felipe, que á la sazón se hallaba en Inglaterra, como rey que era de esta nacion, sin darle noticia del objeto de aquella imprevisita llamada; y al mismo tiempo despachó cartas convocatorias á todos los estados de los Paises-Bajos, á fin de que se hallasen representados en Bruselas el dia 14 del mes siguiente. Expresó el objeto de la convocatoria, á fin de que fuesen provistos los representantes de los necesarios poderes para aceptar por rey al sucesor de Cárlos I.

Preparado ostentosamente el salon régio del trono, comenzó el emperador por celebrar capítulo de la insigne orden del Toison de Oro, con el objeto de renunciar en su hijo el maestrazgo





C. MUGICA, dib.º y lit.º

Abdicacion de Carlos I.

Imp. de J. JORDAN, Madrid.



de aquella orden de caballería, instituida, como mucho tiempo há dijimos, por la casa de Borgoña. Hallóse ya presente al imponente acto el rey D. Felipe, al cual recomendó mucho su padre se esmerase en mantener íntegra é incólume la dignidad y grandeza de tan insigne orden.

El día 25 de Octubre fué el señalado para la solemne abdicación. Llegaron primero al régio salon los representantes de todos los estados y los embajadores de las naciones extranjeras, despues de lo cual apareció el gran Carlos I, siempre magestuoso é imponente; porque las visibles é indelebles señales de sus acerbos padecimientos, quedaban borradas por la vívida y fulgente aureola de grandeza y de gloria que circundaba su noble cabeza.

Vestia traçe de luto, que llevaba por la reciente muerte de su madre, y que por ser el luto tan riguroso y justo no le quiso abandonar: la córte, de su orden, vestía de gran gala.

D. Felipe apareció al lado de su padre, y siguiendo á ambos, el primo del primero y sobrino del segundo, Filiberto Manuel, príncipe de Saboya, presidente del consejo de Flandes, y la reina viuda de Hungría, gobernadora de aquellos estados, hermana del emperador y tia del rey. Detrás seguían los jefes de la real casa, los gentiles-hombres y los caballeros de la córte.

Sentóse el emperador en el trono, mandó sentar á su hijo en un taburete raso, á su inmediación; al príncipe Filiberto y á la reina gobernadora en asientos más bajos, y despues mandó sentar á todos los circunstantes.

El príncipe de Saboya, como presidente del consejo, se levantó, hizo acatamiento al César, y despues pronunció el siguiente discurso, que, como documento curioso, así como el del emperador, creemos será leído con gusto por nuestros lectores.

«Si bien, grandes y clarísimos varones, de las cartas que por mandado del emperador habeis recibido podreis haber entendido en parte la causa por que os habeis aquí ayuntado, con todo eso ha querido Su Cesárea Magestad que agora y en este lugar, más larga y claramente os sea por mí declarada. . . .

»Despues de una breve reseña (habla el Sr. Lafuente) de la vida del emperador, y viniendo á las razones que á tomar aquella resolucion le movian, contando como una de las primeras el cansancio y los padecimientos más que la edad, añadió:

«Y no solo por esta causa levanta el César la mano y se descarga de esta monarquía, poniendo en su lugar otro que para el gobierno de sus estados sea su igual y tan idóneo, sino por otras muchas causas que le incitan, mueven y fuerzan á ello. »Quéjanse los españoles que há doce años que no vieron la cara

»de su rey, y cada hora y momento claman por él; lo mismo
»desean los de Italia; los de Alemania de día y de noche piden la
»presencia de su príncipe: á los cuales todos hubiera el César
»satisfecho y dádoles gusto, si la gran falta de salud no le impi-
»diera, y le forzara á dar el remedio que agora se trata. Habeis
»visto y sabido á qué estado le ha traído su fuerte mal, y aquí
»presente le veis, y no sin gran dolor. No está por cierto el César
»en edad que no fuera muy bastante para gobernar; mas la
»enfermedad cruel, á cuya fuerza no se ha podido resistir con
»todos los medicamentos y medios humanos, esta enemiga le ha
»tratado así, derribado, postrado su caudal y fuerzas. Es un mal
»terrible é inhumano el que se ha apoderado de S. M., tomán-
»dole todo el cuerpo, sin dejarle por dañar parte alguna, desde
»la cabeza á la planta del pié. Encógensele los nervios con dolo-
»res intolerables, pasa los poros el mal humor, penetra los huesos
»hasta calar los tuétanos ó meollos, convierte las coyunturas en
»piedra, y la carne vuelve en tierra; tiene el cuerpo de todas
»maneras debilitado sin fuerzas ni caudal, tiene los piés y manos
»como con fuertes prisiones ligadas, los dolores continuos le atra-
»viesan el alma, y así su vida es un largo y crudo martirio. Qui-
»so el Señor, justo, santo, sábio y bueno, dar al César en lo que
»resta de su vida tal guerra con un enemigo cruel, invenci-
»ble y duro. Y porque las humedades, aires y frialdad de Flan-
»des le son totalmente contrarias y el temple de España es más
»apacible y saludable, S. M. ha determinado con el favor divino
»de pasar allá, y antes de partirse renunciar en su hijo el rey
»D. Felipe, y entregarle los estados de Flandes y Brabante. Sin-
»tiera mucho el César, y le llegara al alma, si despues de haber
»padecido tantos trabajos por mar y por tierra por vuestra de-
»fensa y tranquilidad, cayérades en algun trabajo, pérdida ó
»daño por causa de su ausencia y falta de príncipe que os de-
»fenderá y amparará. Una sola cosa le consuela en esta determi-
»nacion y mudanza que hace, movido y guiado por la mano de
»Dios; y no por codiciar la ociosidad, ni amar el descanso, ni
»tampoco forzado, ni por miedo de algun enemigo, sino por de-
»sear y querer lo que os está mejor, os pone y entrega debajo
»del gobierno del rey D. Felipe que está presente, y su hijo úni-
»co, natural y legítimo sucesor, á quien poco há jurastes por
»vuestro príncipe, que está en edad propia, varonil y madura
»para os gobernar, y casado con la reina de Inglaterra, y para
»bien de estos estados juntado con ellos aquella isla.... Por lo
»cual tiene por cosa muy conveniente á Flandes y á todos sus
»reinos traspasar en él, ceder y renunciar como poco há co-
»menzó, todos sus reinos y estados, porque yéndole entregando

» en esta manera los estados, se entenderá mejor con ellos, y
 » acertará á gobernarlos, que si de golpe ó juntamente le echase
 » la carga de todos los reinos y señoríos, con tanto peso apremia-
 » do, para mal suyo, y de todos, daría con la carga en el suelo. .

El emperador, despues de haber terminado Filiberto su discurso, que así asombró á los que sabian para lo que se habian reunido, porque no lo creian realizable, como á los que de todo punto lo ignoraban, se puso de pié, apoyando la en otro tiempo fuerte diestra sobre un báculo de ébano, y la izquierda sobre el hombro derecho del principe de Orange, y dijo:

« Si bien Filiberto de Bruselas bastantemente ha dicho, amigos
 » míos, las causas que me han movido para renunciar estos esta-
 » dos y darlos á mi hijo para que los tenga, posea y gobierne,
 » con todo eso os quiero decir algunas cosas con mi propia boca.
 » Acordárseos há que á 5 de Febrero de este año se cumplieron
 » cuarenta en que mi abuelo el emperador Maximiliano, siendo
 » yo de quince años de edad, en este mismo lugar y á esta mis-
 » ma hora me emancipó y sacó de la tutela en que estaba, y
 » hizo señor de mí mismo.

» Continúo refiriendo (habla el Sr. Lafuente) varios antece-
 » dentes de su vida y actos de su gobierno, y pronunció aque-
 » llas célebres palabras que con dificultad habrá podido proferir
 » otro soberano en el mundo.»

Continúa el discurso del emperador:

« Nueve veces fui á Alemania la Alta, seis he pasado en Es-
 » paña, siete en Italia, diez he venido aquí á Flandes; cuatro, en
 » tiempo de paz y de guerra, he entrado en Francia, dos en In-
 » glaterra, otras dos fui contra Africa, las cuales todas son cua-
 » renta, sin otros caminos de menos cuenta que por visitar mis
 » tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el
 » mar Mediterráneo, y tres el Océano de España, y agora será la
 » cuarta que volveré á pasarlo para sepultarme, por manera que
 » doce veces he padecido las molestias y trabajos de la mar.....
 » La mitad del tiempo tuve grandes y peligrosas guerras, de las
 » cuales puedo decir con verdad que las hice, más por fuerza y
 » contra mi voluntad, que buscándolas ni dando ocasion para
 » ellas. Y las que contra mí hicieron los enemigos resistí con el
 » valor que todos saben.....» — Despues de exponer las causas por
 que habia diferido este acto que hacia tiempo tenia pensado, y de dar á los flamencos varios consejos saludables, concluyó con estas notables palabras, que le honran más que los hechos más brillantes de su vida como guerrero y como emperador: « En lo

»que toca al gobierno que he tenido, confieso haber errado muchas veces, engañado con el verdor y brio de mi juventud y poca experiencia, ó por otro defecto de la flaqueza humana. Y os certifico que no hice jamás cosa en que quisiese agraviar á alguno de mis vasallos, queriéndolo ó entendiéndolo, ni permití que se les hiciese agravios; y si alguno desto se puede quejar con razon, confieso y protesto aquí delante de todos que sería agraviado sin saberlo yo, y muy contra mi voluntad, y pido y ruego á todos los que aquí estais me perdoneis y me hagais gracia deste yerro ó de otra queja que de mí se pueda tener.»

Estas palabras en boca de tan poderoso soberano, le honran, en efecto, más que todos los más brillantes hechos de su gloriosa vida.

Concluido el discurso, y derramando tierno llanto, volvióse hácia su hijo, diciéndole:

«Tened inviolable respeto á la religion; mantened la fé católica en toda su pureza; sean sagradas para vos las leyes de vuestro país; no atenteis ni á los derechos ni á los privilegios de vuestros súbditos; y si algun dia deseáreis como yo gozar de la tranquilidad de una vida privada, ojalá tengais un hijo que por sus virtudes merezca que le cedais el cetro con tanta satisfacción como yo os lo cedo agora.» —(Laf., T. XII, P. III, lib. I, cap. XXXII, pág. 425.)

Pocos ojos no estaban húmedos en aquel solemne momento, y algunos daban rienda suelta al llanto; que era en efecto grande y patético el espectáculo, y muy fuerte la impresion que en todos los ánimos causara la abnegacion de aquel hombre sublime, su humildad en las palabras y su sentimiento en los afectos. Pero cuando fueron generales la conmocion y el llanto fué al retirarse el emperador á causa de encontrarse profundamente afectado, y al despedirse de todos. Un breve discurso de despedida, por muy elocuente que hubiese sido, la circunstancia de ser estudiado y al efecto compuesto, le hubiera arrebatado el interés; mas aquel hombre lleno de coronas, cuyo cetro zanjaba las cuestiones políticas del mismo modo que su espada y su lanza terminaban las marciales, solo dijo llorando al retirarse: «Quedaos adios, quedaos adios, hijos míos, que á todos en el alma os llevo atravesados.»

Ya antes de esto y despues del discurso del emperador, habia contestado á este el síndico de Amberes, despues de lo cual, el príncipe D. Felipe se puso de rodillas ante su padre para darle muy humildemente las gracias, y manifestar que aceptaba la merced que le hacia y que procuraria con todas veras gobernar aquellos estados en justicia con el auxilio de Dios. Luego, vol-

viéndose, ya puesto de piés, á los que allí estaban congregados, con voz sonora, aunque demostrando bastante conmocion, dijo: «Quisiera haber dependido tan bien hablar la lengua francesa, que en ella os pudiera decir larga y elegantemente el ánimo, voluntad y amor entrañable que á los estados de Flandes tengo; mas como no puedo hacer esto en la lengua francesa ni flamenca, suplirá mi falta el obispo de Arrás, á quien yo he comunicado mi pecho, y os pido que le oigais en mi nombre todo lo que dijere, como si yo mismo lo dijera.»

El obispo de Arrás, que despues será conocido por el cardenal Granvella, habló segun el príncipe deseaba y habia indicado, y terminó el acto con un discurso de la reina doña Maria, hermana del emperador, quien como gobernadora que habia sido durante veinticinco años de aquellos estados, reseñó todo cuanto habia ejecutado y habia ocurrido en ellos en tan largo gobierno, que supo desempeñar con tanto acierto como prudencia, y se dió fin al solemne acto con un discurso de gracias dado á la gobernadora por un abogado llamado Maés, manifestándola la gratitud de aquellos estados por lo bien que habia desempeñado su árdua mision, y por lo mucho que por aquellos se habia desvelado.

Congregáronse los mismos personajes en igual sitio el dia 27 de Octubre, y despues de reunidos se presentó el rey D. Felipe rodcado de los caballeros del Toison de Oro, para jurar, como en efecto juró, las leyes, privilegios y fueros de aquellos estados, despues de lo cual por ellos juraron sus representantes obediencia y fidelidad al nuevo rey, primero los de Brabante, y despues los de Flandes, Limburgo, Luxemburgo y Güeldres, etc.

El emperador, ya recogido en su estancia, manifestó á los magnates y caballeros españoles de su séquito, que iba á hacer muy pronto igual cesion de todos los dominios españoles.

AÑO 1556.

En efecto, algun tiempo despues completó el gran emperador su abdicacion, y el dia 28 de Enero fué proclamado D. Felipe II en Valladolid, córte á la sazón, en los ostentosos y solemnes términos de costumbre, realzados en aquella ocasion porque llevó el pendon real el príncipe D. Carlos, que despues tan desgraciadamente terminó como veremos, y él mismo proclamó á su padre, dando el usado grito de *¡Castilla, Castilla por el rey don Felipe II, nuestro señor!*

Era por demás crudo el invierno; y el emperador por esta cau-

sa tuvo que diferir su salida de Flandes; y deseoso de no desaprovechar el tiempo aquel hombre laborioso, ajustó, en bien del nuevo rey su hijo, una paz ó más bien tregua de cinco años con Enrique II de Francia, la cual quedó acordada en las inmediaciones de Cambray y en la abadía de Vancelles.

La tregua, de la cual se trataba ya en el año anterior, según antes dijimos, y al mismo tiempo en que Enrique y el Pontífice acordaban su alianza contra el emperador, sorprendió tanto cuanto disgustó á Paulo IV. Y las intrigas romanas, agitadas por Carlo Caraffa, sobrino del Pontífice, y principal ó casi único promovedor de todas las maquinaciones contra España, lograron de Enrique II de Francia, que no era más formal ni mejor cumplidor de sus palabras que Francisco I su padre, que firmara una liga ó alianza con Paulo IV contra el emperador y contra el rey su hijo, á pesar de la tregua de Vancelles ó de Cambray, que por el mismo hecho quedó deshecha y rota.

No pueden referirse los desaciertos del Pontífice, porque habríamos de llenar algunas páginas inútilmente. Solo diremos que debemos afirmarnos en que debilitada su cabeza por efecto de la edad avanzada, su sobrino el intrigantísimo Caraffa, de carácter ambicioso, díscolo é intrigante, le dominaba y hacía de él cuanto quería. Por esto la córte romana desplegó una enemiga tal contra el rey D. Felipe, que no pudo ser mayor. Y á fé que no es fácil calcular el por qué, puesto que el nuevo rey no habia tenido tiempo todavía para mostrarse amigo ni enemigo de Roma; y en punto á catolicismo era su decision proverbial desde sus primeros años.

Una de las medidas que adoptó Paulo contra Felipe II fué la de mandar abrir una acusacion jurídica, con el objeto de privarle del reino de Nápoles. El pretexto fué que habia el nuevo rey dado asilo en sus dominios de Italia á los Colonnas, que de muy antiguo estaban excomulgados, con cuyo acto habia Felipe faltado á la fidelidad que á Paulo debia, como Pontífice, y por la investidura de Nápoles. A consecuencia de este proceso se citó y emplazó al rey.

Fué notable la templanza y moderacion de que hizo uso Felipe II con quien tan mal le trataba, conducta generosa confesada hasta por historiadores que no tratan con mucho amor al nuevo rey.

Sin embargo, los desmanes de Roma, ó de Carlo Caraffa, que todo lo gobernaba, eran tantos y tales, que el rey D. Felipe determinó reunir una asamblea de teólogos españoles á fin de escuchar su parecer, antes de empuñar las armas contra Roma; pues aunque eran los muchos años del Pontífice y las negras intrigas de

su sobrino las que producian los desafueros, dolíale el tener que combatir contra quien tenia la alta dignidad de Paulo IV, como Sumo Pontífice.

Los teólogos todos á una voz resolvieron que «habiendo S. M. »agotado el sufrimiento y los medios templados y conciliatorios, »sin que lograrse detener ni acortar las ofensas y violencias, es- »taba S. M. autorizado por las leyes divinas y humanas á defen- »derse con las armas, y aun para atacar con ellas sin esperar á »ser atacado.»

En tanto el duque de Alba, que era á la sazón gobernador y virey de Nápoles, y como tal representante de Felipe II en aquel reino, cansado de sufrir las violencias y desafueros, y sin entrometerse á investigar si aquellos procedian de Paulo, ó de Carlo, su sobrino, y muy distante de imitar al rey en la tempianza, dirigió al primero una carta cuya mayor parte no podemos menos de insertar aquí. Es la siguiente:

«Santísimo Señor: —He recibido el breve que me trajo Domí- »nico Nero, y entendido de él lo que Vuestra Santidad me ha di- »cho en otra ocasion á boca, que en efecto es y ha sido querer »allanar y justificar los notorios agravios hechos á S. M. C. mi »señor, los mismos que yo envié á representar á Vuestra Santi- »dad con el conde de San Valentin. Y porque las respuestas de »Vuestra Santidad no son tales que basten á justificar y excusar »lo hecho, no me ha parecido necesario usar de otra réplica, »mayormente habiendo Vuestra Santidad despues procedido á »cosas muy perjudiciales y agravios muy pesados, que muestran »abiertamente, no solo que no hay arrimo verdadero para fiar »de las palabras de Vuestra Santidad..... sino tambien que tal »sea la voluntad é intencion de Vuestra Santidad. Y porque »Vuestra Santidad me quiere persuadir á que yo deponga las »armas, sin ofrecer por su parte ninguna seguridad á las cosas, »dominios y estados de S. M. C. mi señor, que es lo que sola- »mente se pretende, me ha parecido, por mi postrera excusa- »cion y justificacion de mi paciencia y razon, enviar con esta á »Pirro de Lofredo, caballero napolitano, para hacer saber á Vues- »tra Santidad lo que por otras mias algunas veces he hecho, y »es, que siendo S. M. Cesárea y el rey Felipe, mis señores, obe- »dientísimos y verdaderos defensores de la Santa Sede Apostóli- »ca, hasta agora han disimulado todo lo posible y sufrido con ini- »mitable tolerancia todas las gravísimas y continuas ofensas de »Vuestra Santidad, cada una de las cuales ha dado ocasion de »resentir de la manera que convenia, habiendo Vuestra Santi- »dad desde el principio de su pontificado comenzado á oprimir, »perseguir, encarcerar y privar de sus bienes los buenos servi-

»dores, criados y aficionados de SS. MM. mis señores, y habien-
 »do despues solicitado é importunado príncipes, potentados y se-
 »ñorías de cristianos, para hacerlos entrar en la liga consigo para
 »daño de los estados, dominios y reinos de SS. MM., mandando
 »tomar sus correos y de sus ministros, quitándoles sus despá-
 »chos y abriendo los que llevaban, cosa por cierto que solo los
 »enemigos la suelen hacer, pero nueva y que causa horror á
 »todo el mundo, por no haberse jamás visto practicada por un
 »Pontífice con un rey tan justo y católico como es el mio, y cosa,
 »en fin, que Vuestra Santidad no podrá quitar de la historia el
 »feof lunar que causará á su nombre, pues ni aun la pensaron
 »aquellos antipapas cismáticos que les falló poco ó nada para lle-
 »nar de herejías la cristiandad.....

»Demás de esto, Vuestra Santidad ha hecho venir gente ex-
 »tranjera en las tierras de la Iglesia, sin poderse conjeturar otro
 »fin de esto que el de una dañada intencion de querer ocupar
 »este reino (Nápoles); lo cual se confirma con ver que Vuestra
 »Santidad secretamente ha levantado gente de á pié y de á ca-
 »ballo, y enviado buena parte de ella á los confines; y no cesan-
 »do de su propósito, ha mandado tomar en prision y atormentar
 »cruelmente á Juan Antonio de Tarsis.

» Y aun no contento ni satisfecho con
 »esto el ánimo de Vuestra Santidad, ha carcerado y maltratado
 »á un hombre como Garcí Laso de la Vega, criado bueno
 »de S. M., que habia sido enviado á Vuestra Santidad á los efec-
 »tos que bien sabe.

»Todo lo cual, y otras muchas cosas, como está dicho, se han
 »sufrido más por el respeto que se ha tenido á la Santa Sede
 »Apostólica y al bien público que no por otras causas, esperan-
 »do siempre que Vuestra Santidad hubiere de reconocerse y to-
 »mar otro camino.

»Empero viendo que la cosa pasa tan adelante, y que ha per-
 »mitido Vuestra Santidad que en su presencia, el procurador,
 »abogado y fiscal de esa Santa Sede, hayan hecho en consistorio
 »tan injusta, inicua y temeraria instancia como la de que el rey
 »mi señor fuese quitado del reino, aceptándolo y consintiendo lo
 »Vuestra Santidad con decir que lo proveeria á su tiempo.....
 »habiendo Vuestra Santidad reducido últimamente á S. M. en
 »tan estrecha necesidad, que si cualquiera muy obediente hijo
 »fuera desta manera de su padre oprimido y tratado, no podria
 »dejar de se defender y le quitar las armas con que le ofender
 »quisiese; y no pudiendo faltar á la obligacion que tengo como

» ministro á cuyo cargo está la buena gobernacion de los estados
 » de S. M. en Italia, ni aguantar más.
 » faltándome ya la paciencia para
 » sufrir los dobles tratos de Vuestra Santidad, me será forzado,
 » no solo no deponer las armas como Vuestra Santidad me dice,
 » sino proveerme de nuevos alistamientos que me den más fuerza
 » para la defension de mi dicho rey y señor y de estos estados,
 » y aun para poner á Roma en tal aprieto que conozca en su es-
 » trago se ha callado por respeto, y se sabe demoler sus muros
 » cuando la razon hace que se acabe la paciencia.....
 » Por todo lo eual, lo justo y provechoso que es este medio pro-
 » puesto, pues Vuestra Santidad ha sido creado pastor que guar-
 » da las ovejas, no lobo hambriento que las destrozce, y aunque
 » es tan allísima su dignidad, es únicamente dirigida á mantener
 » la Iglesia en paz, no á querer hacer papel en el teatro del mun-
 » do, en cosas puramente suyas, ni Vuestra Santidad tiene facul-
 » tades para dar ni quitar coronas ni reinos; me protesto á Dios,
 » á Vuestra Santidad y á todo el mundo, que si Vuestra Santi-
 » dad sin dilacion de tiempo no quiere quedar servido de hacer
 » y ejecutar cada parte y todo lo sobredicho, que se reduce úni-
 » camente á que no sea ni quiera ser padrastró de quien solo
 » debe ser padre, yo pensaré con toda ligereza, y sin que des-
 » pues sirvan respetos humanos, el modo de defender el reino y
 » la magestad del rey mi señor en aquellas mejores maneras que
 » pudiere; que siendo así, creo y espero en el favor divino no ha-
 » de ser nada próspero á Vuestra Santidad, pues verá, como lo
 » prometo en nombre de mi rey y señor, y por la sangre que hay
 » en mis venas, titubear á Roma á manos del rigor; y Vuestra
 » Santidad, aunque entonces será también respetado como ahora,
 » no podrá librarse de las furias y horrores de la guerra, ó tal
 » vez de las iras de algun soldado notablemente ofendido de las
 » acciones fieras que con bastantes ha hecho Vuestra Santidad;
 » y cuando mejor libre, no perderá la fama eterna en el mun-
 » do de que abandonó su Iglesia por adquirir dominios para sus
 » deudos, olvidándose de que nació pastor y se convirtió en lobo.
 » De todo lo cual doy á Vuestra Santidad aviso para que re-
 » suelva y se determine á abrazar el santo nombre de padre de
 » la cristiandad, y no de padrastró; advirtiéndole de camino á Vues-
 » tra Santidad no dilate de me decir su determinacion, pues en
 » no dármele á los ocho dias, será para mí aviso de que quiere
 » ser padrastró y no padre, y pasará á tratarlo, no como á esto,
 » sino como á quello. Para lo cual, al mismo tiempo que esta es-
 » cribo, dispongo los asuntos para la guerra, ó por mejor decir,
 » doy las órdenes rigorosas para ella, pues todo está en térmi-

»nos de poder enderezar á donde convenga; y los males que de
 »ello resultasen, vayan sobre el ánimo y conciencia de Vuestra
 »Santidad, pues en su mano está elegir el bien ó el mal, y si
 »este abraza, será señal de su pertinacia, y Dios dispondrá su
 »castigo.....—De Nápoles á 21 de Agosto de 1556.—Santisimo
 »Señor: Puesto está á los santísimos piés de Vuestra Santidad
 »su más obediente hijo—El duque de Alba.»

La proposicion á que el duque de Alba alude en esta tempestuosa carta, al decir *lo justo y provechoso que es este medio propuesto*, estaba reducida á que el octogenario Paulo asegurara al rey que ni en aquel reino ni en ningun otro de los que poseía le haria ofensa, obligándose á lo mismo respecto de los estados pontificios el duque Alba, en nombre del rey.

No se logró lo propuesto; antes bien el duque, que de suyo era mal sufrido, penetró en los susodichos estados con un cuerpo de ejército compuesto de doce mil hombres, con los cuales se apoderó de varias plazas. Tuvo, empero, buen cuidado el sagaz y político magnate de tomar posesion de los puntos por él ocupados á nombre del colegio apostólico de cardenales, y mientras se elegia otro Pontífice.

Ya Paulo IV, á pesar de su sobrino, llegó á proponer al de Alba un armisticio, á propuesta del sacro colegio; porque las banderas españolas habian llegado á verse desde la ciudad eterna, y se temia una repeticion de las terribles escenas cuyo comienzo costó la vida al duque de Borbon.

Cuando ya estaba próxima á desaparecer la guerra, el fatal Enrique II de Francia apareció, para dar al traste con los proyectos pacíficos. El armisticio habia sido aceptado por el duque, porque el rey deseaba suspender una guerra que por ser contra la Santa Sede, que nada tenia que ver con la enagenacion, que tal puede llamarse, del Pontífice ni con la ambicion é intrigas de Carlo Caraffa, le repugnaba; y cuando ya corria Setiembre se firmó una tregua de cuarenta días, que parecia como el prólogo de una formal paz.

En tales momentos llegó á Roma una remesa de dinero mandada por el rey Enrique, y un cuerpo de ejército francés, y con tales elementos ya no se pensó sino en seguir á todo trance la guerra.

Ya por este tiempo el gran emperador se preparaba para venir á España, y al despedirse, por cierto que fué para siempre, de su hermano D. Fernando, encontrándole poco dispuesto, como en otras ocasiones, á renunciar sus derechos al imperio en el rey D. Felipe, se desprendió el César de la última corona que aun en realidad conservaba, la del imperio, y entregó el acta de re-

nuncia al príncipe de Orange, recomendando por medio de este á la Dieta germánica que la reconociese y aceptase.

Hecho esto, y no restando nada que hacer á aquel gran soberano, el dia 17 de Setiembre, despues de haber abrazado tiernamente y no sin llanto al rey su hijo, y de haberle dado muy buenos y oportunos consejos, se embarcó el emperador en Zuitburgo (Zelanda), habiéndole acompañado hasta el último momento sus hijos el rey y la infanta doña María y el archiduque Maximiliano, esposo de aquella. Las hermanas del César, las reinas doña María y doña Leonor, no solo le acompañaron á Zuitburgo, que se embarcaron tambien y con él vinieron á España, en la cual habian nacido y casi desde su niñez no la habian visto, destinadas como habian sido á ser reina de Hungría la primera, de Francia la segunda.

Cuéntase, y es por cierto bien creible, que al pasar el emperador por cerca de Gante, se detuvo un momento y considerando en silencio la ciudad, derramó sentido llanto. En ella habia nacido, y en ella tenia los más gratos recuerdos de su vida: los de la infancia, puros como la edad que los hace apreciables y exentos de pasiones, de esperanzas frustradas, ni de ingratas memorias. Y la rápida comparacion que se hace al contemplar el sitio en donde se viera la primera luz, entre lo pasado y lo presente, rara vez menos amargo esto que aquello, nos hace sentir un amargo placer y una melancólica alegría, porque se entrecocan y mezclan en la consideracion el placer pasado con la presente pena; y así como en la imaginacion están unidos los contrarios afectos, así tambien inseparables asoman al rostro. Si á esto en la ocasion de que venimos hablando se reunia tambien la probabilidad, seguridad más bien, que el César tenia de jamás volver á mirar aquella para él mágica ciudad, ¿cuál no seria su pena, mezclada con su justo placer?

El dia 28 de Setiembre llegó el César al puerto de Laredo, y al tomar tierra pronunció aquellas palabras célebres en los labios de un hombre poco antes tan poderoso, y que con tanta facilidad y tan voluntariamente se habia desprendido de su poder.

Arrodillóse el emperador, besó el suelo y dijo: *Yo te saludo, madre comun de los hombres: desnudo salí del vientre de mi madre; desnudo volveré á entrar en tu seno.*

Descansó en Laredo algunos dias, tan pobre, que bien mostró no tener de avaro nada, que le fué forzoso detenerse por no haber llegado la remesa de 4,000 ducados que debían remitirle para el resto del viaje y para su sustento y el de los que le seguian.

El dia 6 de Octubre se dirigió á Medina del Campo, de don-

de tomó la vuelta de Búrgos; y sin detenerse en la ciudad de Fernan Gonzalez más de tres dias, que llegó casi al finar el 13 y continuó su marcha el 16, el 25 llegó á Valladolid, en donde seguia establecida la córte.

Entonces fué cuando observó brevemente á su nieto el príncipe D. Cárlos, y quedó muy poco satisfecho del resultado de sus observaciones, conociendo con su perspicacia y experiencia el mal natural de aquel desgraciado príncipe.

Permaneció el César veinte dias en Valladolid, ya pasando largos ratos con su familia, siempre observando á su nieto, ya arreglando y determinando los regalos y mercedes que habia de hacer á los que le habian servido hasta entonces, los sueldos de los que iba á conservar consigo, y los gastos de su nueva y reducida casa, sin consentir se le hablase de negocios políticos, ni de asuntos del Estado.

Anhelando verse aislado en su retiro, salió de la córte el 4 de Noviembre, á pesar de que le aconsejaban no lo hiciese, por lo muy lluvioso, frio é incómodo del tiempo.

Entre Tornavacas y Jarandilla hizose inaccesible el camino al emperador. No era posible que pasase el áspero puerto que á ambos pueblos separa, sin riesgo de que se despeñasen las mulas que llevaban la litera, ni era menos imposible el que pasase Cárlos I el puerto á caballo, porque la gota no lo permitia: no sufría tanto entonces como en otras ocasiones; empero estaba probado que el movimiento del caballo exacerbaba tan cruel padecimiento.

En tal conflicto, se adoptó el medio de trasportar á S. M. Cesárea en hombros de unos aldeanos, que al efecto se buscaron, y no abandonando el lado del emperador su fiel amigo, que tales podian llamarse aquel y su señor, D. Luis Quijada, señor de Villagarcía.

En Jarandilla, á donde llegó D. Cárlos el dia 14 de Noviembre, descansó muy á placer; porque se alojó en casa del conde de Oropesa, que le preparó magnífica morada, con todas las comodidades que pudiera apetecer, y aun más de las necesarias.

Dirigíase el emperador á Yuste, como término de su viaje; mas como estaba aquel tan complacido en Jarandilla, y como además, los que de mala voluntad iban á encerrarse en aquel retiro comenzaron á hacer circular la voz de que era Yuste tan malo en el invierno por los frios y lluvias, como en el estío por el ardiente sol que le abrasaba, detúvose muchos dias en el palacio del conde de Oropesa, respirando en los dias templados el gratisimo aroma de los limoneros y naranjos, y de las delicadas

flores de que los pensiles de aquella rica morada estaban poblados.

Quiso el César ver por sí mismo lo que había de verdad en cuanto se decía, y una mañana dirigióse á Yuste, y lejos de volver disgustado como todos esperaban, regresó contento y asegurando que en Yuste acabaría sus días. Sin embargo, ya llevaba casi dos meses en Jarandilla, y aun terminó el año, sin que pasase al monasterio de PP. Gerónimos en que tenía dispuesta su morada.

Respecto de Italia no ocurrió en este año (1556) más cosa notable que la entrada de un ejército francés de veinte mil hombres, que llevaba por caudillo al valeroso y entendido duque de Guisa, el cual se dirigió á Turin cuando estaba ya espirando el año.

Y clamaba el rey Felipe desde Flandes por que se le mandasen socorros de dinero, que tan necesario le era, que en efecto gran falta le hacia, especialmente para atender á la amenazada Italia, y su hermana, la gobernadora, la infanta doña Juana, acudia al consejo, el que se veía tan apurado como el rey y la gobernadora, porque estaba exhausto el tesoro, y la nación sin recursos. Tales y tantas eran las cargas que había sostenido el reino, y los atrasos ocasionados por tan continuadas guerras.

Esta pobreza, notablemente contrastaba con la aparente opulencia de aquella fuerte monarquía, cuyo jefe supremo, aun después de cedido el *imperio de Austria* nada menos, aun poseía á Castilla, Leon, Aragon, Valencia, Navarra, Cataluña, las Baleares, Nápoles, Milan, Sicilia, Cerdeña, Córcega, el Rosellon, el Franco-Condado, las Canarias, Cuba, la Española, los imperios de Méjico y del Perú, Chile y otras infinitas islas, Flandes, Brabante, Tirol, y dominaba además en Cabo-Verde, Orán y Túnez, siendo difícil tarea la de no olvidar alguno de los infinitos dominios del rey de España, en el siglo XVI, al enumerarlos.

Sin embargo de todo esto, tal era la situación interior del reino en 1556, y tales y tantos los apuros del rey y de la gobernadora, que transmitidos al consejo de Hacienda, este, deseando arbitrar recursos para atajar el mal y acudir al remedio, ideó los siguientes arbitrios:

«Que se vendieran hasta mil hidalguías á personas de todas clases, «sin excepcion ni defecto de linajes ni otras máculas;» «sacando de pronto al mercado solamente ciento cincuenta á precio de 5,000 ducados cada una para que fuese más pronto y «seguro su despacho, reservando las demás para ir las enagendando sucesivamente, á fin de que la abundancia repentina no

» rebajara su valor, y debiendo venderse á un cuento cada una.
 » —La venta de jurisdicciones perpétuas, de lo cual se proponia
 » el consejo sacar una buena suma.—La de los terrenos baldios
 » de los pueblos, dejando á estos los puramente necesarios.—El
 » acrecentamiento de oficios de regimientos, juradurías y escri-
 » banías en los pueblos principales, «de que se piensa, decia el
 » consejo, sacar tambien buen golpe de dinero.»—Lo que de la
 » cuarta de las iglesias habia dejado de cobrarse en los dos años
 » pasados.—Pedir empréstitos forzosos á prelados y particulares,
 » á pagar en juro ó vasallos; y tan *forzosos*, que tratándose del
 » obispo de Córdoba á quien se pedian 200,000 ducados, decia
 » el rey: «dándole á entender, que no haciéndolo de su voluntad,
 » será forzado aprovecharse de ello; si todavía se excusase, se use
 » de rigor para tomárselo por la mejor orden que se pudiera ha-
 » cer.»—Obligar al arzobispo de Toledo á que dé la mayor can-
 » tidad posible.—Al arzobispo de Sevilla 150,000 ducados.—A
 » los priores y cónsules de Sevilla y de Búrgos, 70,000.—Al
 » arzobispo de Zaragoza 60,000.—Vender las villas de Estepa y
 » Montemolin á los condes de Ureña y de la Puebla.—Deshacer
 » el contrato de los alumbres que se tenia con el Papa, y ven-
 » derlos á mercaderes al precio que pareciere mejor.—Pedir á
 » los pueblos las ganancias que tuvieren de los encabezamien-
 » tos de los diez años pasados, librándoselo en las nuevas con-
 » signaciones que se habrán de hacer.—Suspender los pagos
 » á los acreedores, para librarlo en dichas nuevas consignacio-
 » nes, con intereses crecidos.—Beneficiar las minas de Guadal-
 » canal.

» Ya se habia prohibido, bajo pena de la vida y perdimiento
 » de bienes á los legos, bajo la de secuestro de sus rentas y tem-
 » poralidades y extrañamiento de los reinos á los eclesiásticos, la
 » extraccion de dinero á Roma, ni en metálico, ni en cédulas, por
 » cualquier motivo que fuese.»—(Laf., T. XIII, P. III, lib. II,
 cap. II, pág. 47.)

Hé aquí una interesante nota, tambien del mismo autor, que
 demuestra las rentas y gastos en la época de que venimos ocu-
 pándonos:

«Tenemos á la vista, sacada del archivo de Simancas, una
Relacion (que hoy nombraríamos *Presupuesto*) de las rentas y
 gastos del reino en el año 1557.

Segun esta relacion, «monta el cargo de las
 rentas del reino deste año de 1557, así

encabezadas como arrendadas.	349.800,000 mrs.
Monta el situado, é prometidos é suspen- siones.	129.408,000

De manera, que queda en el reino para librar.	220.392,000 mrs.
De esto importaba ya lo librado hasta 18 de Marzo (el documento expresa todas las partidas al pormenor).	195.568,000
Lo que se necesitaba todavía para los gastos ordinarios del resto del año (con expresion de cada partida) era.	197.182,000
Gastos ordinarios desde 18 de Marzo.	393.750,000
Sesto de las rentas ordinarias para cubrirlos.	220.392,000
Déficit para los gastos ordinarios.	<u>173.358,000</u>

(Laf., T. XIII, P. III, lib. II.)

AÑO 1557.

Cuando comenzó el año se agitaba la cuestion de ir ó no á Yuste el emperador á terminar sus dias; porque intrigaban cuanto podian los que, obligados á seguir al emperador, no podian llevar con paciencia el sepultarse en vida.

Tanto dijeron de Yuste, que la misma reina de Hungría trató de convencer á su hermano el César, instándole para que eligiese otro retiro; pero este, que por sí mismo le habia examinado, la hizo ver que procedia engañada, y se mantuvo firme en su primitiva resolucion.

Estaba Yuste situado en un terreno despoblado, si se quiere, empero ameno y pintoresco, fértil y bien surtido de aguas, cerca de un pobre pueblo llamado Cuacos, en la Vera de Plasencia.

Aunque el emperador estaba muy contento y cómodo en Jarandilla, su pensamiento permanecia fijo en su retiro, y ya deseaba pasar á él; mas á sus deseos se oponia la falta de dinero. Remediada esta con la llegada de una suma que habia pedido á Sevilla y que recibió en 16 de Enero, abonó sus pagas á los servidores que no habian de ir con él, arregló sus cuentas con los que habian de seguirle, y partió por fin para Yuste, á cuyo monasterio de Gerónimos llegó felizmente el dia 3 de Febrero.

Salió á recibir al César la comunidad, presidida por el reverendo prior, con cruz y ciriales, y llevado á la iglesia se entonó un solemne *Te Deum*, terminado el cual los religiosos le besa-



ron la mano, despues de arengarle brevemente el prior: por cierto que tan azorado estaba, ó tan ignorante de los usos de córte, que dió al emperador el tratamiento de *paternidad*, hasta que advertido por un religioso, trocó aquel por el de magestad.

Debemos desmentir, apoyados en irrecusables datos, y de acuerdo con respetables historiadores, cuanto se ha dicho por personas al parecer muy autorizadas, acerca de la vida que el gran emperador observaba en su retiro.

No estuvo el César en Yuste completamente abstraído y separado de los públicos negocios; antes bien desde su reducida morada sostenia con su hijo el rey una muy frecuente correspondencia, así como con su hija doña Juana, gobernadora de Castilla, para disminuir al primero las dificultades de regir tan vasta monarquía cuando apenas habia empuñado el cetro, y auxiliar á la segunda en su difícil tarea de gobernar á España. Del mismo modo sostenia el César correspondencia con embajadores y ministros y con todos los altos dignatarios, que era su dictámen tan respetado como el de un hombre de su experiencia en los árduos asuntos del Estado, de su no comun inteligencia y de su talento político. Y aun cuando el mismo retirado de Yuste hubiera deseado, como quizá en un principio determinó, vivir alejado de los asuntos políticos, no le hubiera sido posible el realizar su deseo. El rey D. Felipe, su hijo, desde Flandes en donde permanecia, cuando aun el César no se habia trasladado á Yuste, ya comenzó á pedirle dictámen, á suplicarle le aconsejase, y á pedirle que como monarca reinante decidiera y auxiliase su natural inexperiencia.

Existen muchos documentos y muy respetables que desmienten cuanto de la vida interior de Carlos I han dicho autores antiguos, pintándole absolutamente dedicado á la vida contemplativa, abstraído completamente de los negocios políticos y del mundo, y haciendo, por distraccion y en los ratos de ocio, relojes de bolsillo.

Hé aquí un curioso documento que existe en el rico archivo de Simancas, y que prueba lo contrario de cuanto algunos autores han dicho á este propósito, que no es el único de este género que pudiéramos presentar, y que presentaríamos si no fuese por la necesidad en que estamos de abreviar lo posible y de no referir sino lo puramente necesario.

Trátase en el siguiente documento de la negociacion á la sazón entablada entre el rey D. Felipe II y el duque de Vendôme, sobre la incorporacion á España de la Navarra francesa, cambiándola por el ducado de Milan.

CARTA DEL EMPERADOR

ESCRITA EN 29 DE ABRIL, DESDE SU RETIRO DE YUSTE, Á SU HIJA
LA PRINCESA DE PORTUGAL.

«Serenísima princesa.—En esotra carta que va con esta res-
»pondo á dos que me habeis escrito á los 21 de este mes. Lo que
»demás de aquello hay que decir es que el de *Ezcurra* llegó
»aquí anteayer, y por ser tarde no le vi luego, pero hícelo ayer,
»y habiéndome dicho como despues que partió de Jarandilla ha-
»lló, llegado que hobo á Navarra, que la respuesta del rey mi
»hijo era venida, y que fue luego con ella adonde estaba Van-
»doma, el cual diz que quiso que se le diese en presencia de un
»su médico y secretario y lo que sobre ella pasó, y demás de
»esto oí á la letra la respuesta que le dió por escrito, y tambien
»la copia que truxo firmada de la carta que el duque de Albur-
»querque escribió sobre ello al rey, que es en la misma sustan-
»cia de lo que me ha dicho, y de como habia venido ahí, con lo
»demás que ha pasado, conforme á lo que me escribísteis; y ha-
»biéndolo todo entendido, le dije que si Vandoma estaba en es-
»te negocio con tan buen fin como siempre habia dado á enten-
»der, y se debía esperar de él siendo quien es, que verdadera-
»mente recibia grande engaño en pedir que se le entregue pri-
»mero el estado de Milan que no el reino de Navarra y las otras
»fuerzas, porque como quiera que las del uno y las del otro es-
»tán tan apartadas que no podria hacerse la entrega de ellas á
»vista de ojos, ni á un mesmo tiempo, ni en ninguna manera lo
»que él pide sin ser descubierto el negocio, por ser de la calidad
»que es; está claro que en tal caso el rey de Francia le ocuparia
»y tomaria luego todo su estado, y que demás de esto le ven-
»drian á faltar los mas de sus amigos y otras personas en quien
»pueda tener mas esperanza, como se ha visto y ve cada dia
»por esperiencia; porque en cuanto toca á la confianza que se
»puede hacer de su persona, no solo la haria yo del estado de Mi-
»lan, pero de Navarra y Castilla, pues no se ha de creer que él ha
»de hacer cosa que no deba. Hame parecido escribiros esto para
»que se mire asi en ello como en los medios que Vandoma y el
»marqués de Mondejar dicen que declara, y los que mas ocur-
»riesen.... Y si todavía sin embargo de lo sobredicho persistie-
»se en lo que dijo el de Ezcurra, me parece que no tiene la ga-
»na que dá á entender de concertarse, pues se ve tan á la clara

» que lo que pide es para su perdicion, antes se podria sospechar lo contrario; y para en cualquier caso no puede dejar de aprovechar el entretener y continuar la plática, en especial si Vandoma hubiese fin de intentar algo este año por Navarra, estando el rey mi hijo embarazado como sabeis; y avisarme há de la última resolución que se tomará, para que vista aquella pueda avisar de lo que sobre ello me ocurre, y mire que haya en este negocio secreto, que se ponga en Navarra todo el buen recaudo que conviene.—Serenísima princesa, etc.»

Otros documentos tenemos á la vista que arrojan igual luz, y prueban que el alma del gobierno era el retirado de Yuste, si bien lo era más por necesidad que por deseo; que así convenia para acabar de adiestrar al nuevo rey. Y solamente un Felipe II, educado desde sus más tiernos años por su padre para reinar; dotado de excelentes disposiciones para el caso; profundo en pensamientos y observador por naturaleza, y auxiliado en los primeros momentos por un padre tal como el César, no se hubiera rendido, abrumado por la insoportable pesadumbre de las multiplicadas atenciones y vastos cuidados de que se veia á toda hora rodeado, desde que era soberano de dos mundos.

ITALIA.

Al comenzar el año, y á pesar de lo muy cruel que el invierno se mostraba, el ejército del duque de Guisa acabó de franquear los Alpes, siendo su marcha un continuo triunfo en cuanto á posesionarse de fuertes, de plazas y de posiciones, porque nadie se le oponia. El ejército del rey de España era escaso, y sus caudillos, al saber la entrada del de Guisa, prudentemente determinaron replegarse hasta concentrar sus fuerzas en las fronteras napolitanas, á fin de defender este reino en caso necesario.

Llegó el francés á Roma y fué recibido casi triunfalmente y muy agasajado por Paulo IV, y su aparicion se miró como certeza de completa victoria.

Pocos dias habian trascurrido cuando el de Guisa comenzó á mirar las cosas bajo muy distinto punto de vista del que hasta entonces le habia ilusionado; porque vió claramente que los aliados no tenian ni las fuerzas ni la decision que se le habia asegurado, tal como en Francia quiso pintarle uno y otro dia el intrigante é inquieto Caraffa.

De Roma pasó el de Guisa á poner sitio á Civitella del Tronto,

en las fronteras de Nápoles. Fué heroica la resistencia de la guarnición española, contra la que se estrelló la impetuosa acometida de los franceses; mas pasó el primer ímpetu, y al mismo tiempo apareció el duque de Alba con tropas, en virtud de lo cual el de Guisa tuvo por conveniente y oportuno el levantar el sitio.

Picóle el general español la retaguardia, y le ocasionó pérdidas al vadear el Tronto; mas no quiso escuchar á los que le inclinaban á presentar la batalla, porque hombre de cálculo y de madura experiencia, comprendió perfectamente que iban á dar por él la batalla las enfermedades, como así sucedió en efecto.

Guisa, que veía desaparecer sus soldados y se encontraba aislado y sin recursos, se quejó á Paulo IV y le pidió reconviniese severamente á su sobrino Carlo Caraffa por haberle engañado y comprometido con pomposas ofertas é importantes alianzas que no se habian verificado.

Nada empero se cumplia, y el duque francés pedía encarecidamente á Enrique II le mandase regresar á Francia, ó le enviase los necesarios elementos de gente y de dinero para continuar la campaña sin necesidad de aliados y sin exponerse al descrédito y á la ruina.

Indignado Felipe II, que en Flandes continuaba, al saber aquella injustificada invasion de los franceses, y deseoso de demostrar que la desaparicion del César su padre no habia menguado el poder y la fuerza de España, y que el sucesor de aquel tenia suficiente inteligencia, teson y energía para hacer respetar la inmensa monarquía cuyo jefe supremo era, dió inmediatamente las necesarias disposiciones para hacer frente al francés y ponerle á raya.

Difundióse la noticia muy pronto, con gran sorpresa de Roma y de Francia, que habian supuesto á Felipe II más político que guerrero, y en efecto lo fué; pero Paulo IV llegó á temer segun las disposiciones que Felipe adoptaba; y si no propuso la paz, fué por efecto de las intrigas de sus sobrinos, que no la querian, porque medraban á la sombra de las maquinaciones y revueltas.

Habia puesto Felipe II todo su empeño y conato en aquella primera campaña, á fin de señalar el comienzo de su mando con algun hecho notable; y desde luego dispuso hacer levayas y reclutas en España, Alemania, Flandes, Bohemia y Hungría; mandó á Ruy Gomez de Silva, capitán de las guardias, pasar á España en busca de recursos materiales, y él mismo se trasladó á Inglaterra, para procurar obtener de su esposa la reina doña María los necesarios auxilios.

Unido el profundo afecto que la reina de Inglaterra profesaba

á su esposo, á la manera de persuadir de que hizo uso Felipe, el cual dominaba á la reina, es lo cierto que al regresar á Flandes el rey de España contaba con el auxilio de un cuerpo de ocho mil ingleses escogidos, al mando del conde de Pembroke, á pesar de que el Parlamento no estuvo muy conforme con aquella concesion.

Todos los dias se recibian noticias de nuevas reclutas hechas y nuevos elementos acumulados, para el logro del proyecto que por completo ocupaba la imaginacion del rey: deseaba enfrenar la arrogancia francesa, y darla una severa y conveniente leccion.

Ya de vuelta en Flandes dió el cargo de general en jefe del ejército beligerante á su primo el príncipe de Saboya, Filiberto Manuel, que ya por sus hazañas era considerado como general activo, inteligente y bizarro.

Reunióse despues el consejo de guerra, que acordó poner sitio á San Quintin; proposicion nacida de los jefes españoles, apoyada por el virey de Sicilia D. Fernando de Gonzaga, cuya opinion era muy respetada, por las circunstancias que adornaban á aquel general, tan buen militar como buen político; mas al mismo tiempo creyó conveniente y aun necesario amenazar á una parte y descargar sobre otra el golpe.

Así acordado, se figuró atacar á Marienburg, ciudad flaménca guarnecida por franceses; y tan pronto como se comprendió por estos el intento de sus enemigos, toda la atencion y esfuerzos de aquellos se dirigieron á socorrer y defender á Marienburg. Hacia esta plaza se dirigió el de Saboya en 13 de Julio, figuró poner el sitio, y algunos dias despues, cuando acabó de salir el sol, vieron los atónitos franceses que habia con la noche desaparecido el ejército español, y que Marienburg estaba libre: en cambio se hallaba, como por magia, sitiada San Quintin.

CÉLEBRE BATALLA DE SAN QUINTIN.

Antes de haberse cumplido las veinticuatro horas de haber sitiado la plaza el duque de Saboya, ya eran de los españoles los arrabales, que tendrian unas cien casas, poco más ó menos, á pesar de tener sus defensas y foso con agua. Los arrabales fueron tomados por los maestros de campo D. Julian Romeró y Navarrete, el primero de los cuales figurará despues en la primer campaña contra los rebeldes flamencos.

Estaba la plaza para rendirse, porque su guarnicion era escasa como que aquella habia sido sitiada por sorpresa cuando, en

virtud del amago, todas las fuerzas francesas cargaron sobre Marienburg; pero el almirante Coligny, célebre por su desgraciada y traidora muerte en la *matanza de San Bartolomé*, comprendiendo que era preciso dar un golpe de arrojo temerario para evitar la rendicion, se introdujo en San Quintin, seguido de alguna tropa, cuya mayor parte quedó sin vida al tratar de penetrar en la plaza. Dentro de ella, reanimó Coligny á los que vacilaban, y al mismo tiempo no desperdiciaba ocasion de avisar al condestable de Francia Montmorency, que era su tio, á fin de que acudiese con el grueso del ejército á librar á San Quintin.

Hallábase á la sazón el rey Felipe II entre Valenciennes y Cambray, activando personalmente las operaciones y los preparativos, cuando su esposa, en cumplimiento de su promesa, mandó al conde de Pembroke con la division de ocho mil ingleses.

No tardó mucho en aparecer Montmorency á vista de San Quintin, desde La-Fère, en donde se hallaba, seguido de diez y ocho mil hombres escogidos, con tres baterías.

Con firme vista y ojo investigador seguia el jóven duque de Saboya los movimientos de Montmorency, cuando un hermano de Coligny, llamado Dandelot, inesperadamente con su division gana terreno á la carrera, rompe líneas y obstáculos y penetra en San Quintin; pero dejando muertos en el corto trayecto muchos de los suyos, porque solo entraron con él unos quinientos, y el resto de la brigada huyendo de los golpes de los españoles se mezcló con el resto del ejército francés, y le desordenó.

Entonces el de Saboya manda salir á la carrera al desventurado conde de Egmont con toda la caballería y le ordena que cargue á los franceses; al mismo tiempo él con la infantería cambia de flanco para recibir á pié firme á los cuerpos de enemigos que huyan del choque de la caballería: por manera que no pudiendo los franceses rehacerse por ninguno de ambos flancos, se declararon en fuga, en la cual fueron perseguidos y destrozados. Las armas de Felipe II, por la primera vez que en su reinado se daba una formal batalla, ganaron una victoria completa, y de las más notables que en la española historia se registran.

Hé aquí los nombres de los notables personajes que cayeron prisioneros en la batalla de San Quintin:

El condestable de Francia.

Su hijo primogénito.

El duque de Montpensier.

El duque de Longueville.

El mariscal de Saint-André.

El Rhingrave.

El principe de Mántua.

La Roche du Mayne.

Rochefort.

El vizconde Tournay.

El baron Curtou.

M. de Enghien (muerto).

El conde de Ville (muerto).

«Cuéntase que un soldado de caballería llamado Sedano, natural de Abia, tierra del marqués de Aguilar, fué el que prendió al condestable, y á quien este entregó el estoque; pero la fé, como entonces se decia, no se la dió sino al capitán Valenzuela, y se repartió entre los dos el premio de la captura. Diez mil ducados era lo que se daba por la prision de un general.»

Tambien quedaron prisioneros seiscientos distinguidos nobles franceses. De clase de tropa cuatro mil hombres quedaron fuera de combate, y en poder de Filiberto de Saboya toda la artillería francesa, menos dos piezas únicas que pudieron salvarse; se tomaron veinte banderas francesas y treinta de alemanes, y en total fueron tomadas cincuenta banderas. Como la batalla fué breve, y larga la fuga, sábase *positivamente* que del ejército de Felipe solo murieron ochenta hombres.

Esta gran victoria la obtuvo España el día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1537.

Tan pronto como el rey supo la grata nueva, que fué al momento, tomó la vuelta de San Quintín. Apenas habia llegado, cuando su primo el duque de Saboya le hizo presente lo conveniente que seria abandonar el sitio y marchar sobre Paris. Y no andaba, en verdad, desacertado; que así se lo temian en la corte de Francia, en donde la consternación y el luto eran generales.

El prudente Felipe no se determinó á aceptar el consejo; no porque le pareciese mal, sino porque comprendia que aun los franceses sacarían fuerzas de flaqueza, y porque miraba siempre, y con razon, como empresa mucho más fácil el posesionarse de San Quintín, que el tomar á Paris.

El día 13 de Agosto llegó el rey á las líneas de San Quintín, y el 14 mandó intimar á la plaza la rendición. Coligny se negó á entregarla enérgicamente, y Felipe II mandó romper el fuego contra San Quintín, media hora despues de la negativa.

La defensa hecha por Coligny fué brillante y digna de su nombre; empero los proyectiles y las minas facilitaron en lo posible el asalto, que se dió el día 27 de Agosto, y en el mismo quedó en poder de España la plaza de San Quintín.

Graves desórdenes, y no pocas crueldades se ejecutaron en la

entrada por los vencedores; pero debe advertirse que en aquel ejército iban cuerpos de tudescos, ingleses, húngaros y de otras diversas naciones. Debe esto tenerse muy presente, á fin de que no se achaque á los españoles la culpa que no cometieron. En el saqueo, que duró veinticuatro horas, si tomaron parte; en las crueldades y desmanes, no.

Un soldado español, llamado Francisco Diaz, que era natural de Toro, hizo prisionero al almirante Coligny, defensor de la plaza. Tambien quedaron prisioneros el hermano de aquel, Dandelot, y el hijo segundo del condestable Montmorency.

El dia de San Agustin, 28 de Agosto, entró triunfalmente en San Quintin Felipe II, viendo con sentimiento el destrozo hecho en la ciudad, que una no pequeña parte de ella fué incendiada por los alemanes; así como los de los asesinatos y destrozos fueron los alemanes é ingleses. De este modo lo refiere un testigo presencial.

De los dos tercios de españoles que asistieron á aquella gloriosa jornada, murieron en el asalto cien hombres del tercio de Romero, y poco más de cincuenta del de Navarrete.

La presencia del rey restituyó el orden é hizo que cesasen los destrozos y desmanes. En seguida mandó Felipe á varios de los generales en distintas direcciones á posesionarse de algunas ciudades, y él se trasladó á Bruselas, para donde habia convocado los estados de Flandes.

Como es obra de justicia la de legar á la posteridad los nombres de los ilustres y valerosos varones que dieron gloria á aquellos y á la patria que tuvieron por madre, insertaremos la exacta relacion de los principales personajes que tomaron parte en la gloriosa batalla y rendicion de San Quintin:

Filiberto Manuel, duque de Saboya, primo del rey.

El conde de Feria, del consejo.

El duque de Siesa (Sessa).

El marqués de Aguilar.

D. Bernardino de Mendoza, del consejo (este murió allí el 9 de Setiembre).

D. Antonio de Toledo, del consejo.

D. Antonio de Aguilar, hermano del conde de Feria, de la cámara.

D. Fernando de Gonzaga, del consejo.

D. César de Gonzaga, su hijo mayor.

D. Inigo de Mendoza, hijo del duque del Infantado, de la Boca.

El conde de Olivares, mayordomo.

El conde de Fuensalida.

El conde de Ribagorza.

- El conde de Aremberg.
 El marqués de Montemayor.
 El príncipe de Ascoli.
 El conde de Chinchon.
 El marqués del Valle.
 El marqués de Cortés, de la cámara.
 El príncipe de Salmona, italiano.
 D. Fadrique Enriquez, hermano del almirante de Castilla, de la Boca.
 D. Juan Manrique de Lara, hermano del duque de Nájera, del consejo.
 El obispo de Arrás, del consejo.
 D. Juan, y D. Pedro, y D. Alfonso de Ulloa.
 D. Pedro Manuel, de la Boca.
 D. Alfonso de Córdoba.
 D. Diego de Córdoba, teniente de caballerizo mayor.
 D. Juan de Mendoza, capitán general de las galeras de España.
 D. Luis Enriquez, hermano del marqués de Alcañices, de la Boca.
 D. Francisco Manrique, hermano del conde de Paredes, de la Boca.
 D. Juan de Quiñones, hermano del conde de Luna.
 D. Bernardino de Granada.
 D. Juan Pimentel, hermano del conde de Benavente, de la cámara.
 D. Luis Mendez de Haro, de la Boca, hermano del señor del Carpio.
 D. Alvaro de Mendoza, castellano de Castilnuevo de Nápoles.
 D. Juan de Avalos, hermano del marqués de Pescara, de la Boca.
 D. Felipe Manrique, tío del duque de Nájera.
 El barón de la Laguna.
 D. Luis de Ayala, hermano del conde de Fuensalida, de la Boca.
 El conde del Castellar.
 D. Gonzalo Chacon, de la Boca.
 El conde de Mandsfeldt.
 Romero y Navarrete, maestros de campo españoles.
 El conde de Egmont.
 El vizconde de Ebola.
 D. Manuel de Córdoba, hermano del conde de Bailen, de la Boca.
 D. Juan Pacheco, hermano del marqués de Villena.

D. Francisco de Tovar, que fué general de la Goleta.

D. Luis Vique.

D. Gerónimo de Cavanillas.

D. Francisco de Mendoza, hijo del marqués de Mondejar.

D. Pedro de Córdoba, mayordomo.

D. Juan Mansiño.

D. Francisco de Alba.

D. Alonso Osorio.

D. Diego de Guzman.

El marqués de Irache, italiano.

D. Juan y D. Diego de Cecario.

De todos estos caballeros, y otros muchos, alemanes, flamencos, borgoñones é italianos, que acompañaban al rey muy costosamente vestidos, se formó un lucido escuadron, que se llamaba el escuadron de S. M.

Quedó de gobernador por el rey en San Quintin el conde de Abresfem, aleman, con cuatro mil de estos y siete compañías de españoles; y antes de que el monarca llegase á Bruselas, ya el conde de AreMBERG, flamenco, á quien despues veremos figurar en las guerras de Flandes, se habia posesionado de Chatelet, que era una importante fortaleza, y el mismo Filiberto de Saboya era dueño de la ciudad de Ham y de su castillo, en donde hizo prisioneros á toda la guarnición y cerca de quinientos caballeros franceses.

No dieron tranquilidad ni reposo á Felipe II las gloriosas jornadas de San Quintin: Enrique II de Francia, lleno de ira y rojo de vergüenza al saber que sus banderas habian quedado en poder de su enemigo; al pensar en la formidable rota que habian sus armas sufrido, y al considerar que habia sido la accion de San Quintin tan semejante á la de Pavia, que á haberse él encontrado en la batalla, como su padre en la de Italia, quizá como su padre tambien hubiera quedado prisionero, del mismo modo que prisioneros quedaron Montmorency, Coligny, Dandelot y los principales caudillos, dispuso rápidamente los medios de que su afrenta fuese vengada.

Lo primero que hizo fué excitar el patriotismo y la emulacion francesa, á fin de que la juventud tomase las armas; mandó llamar á de Brissac, para que fuese á Flandes con su ejército del Piamonte; al duque de Nevers encomendó la formacion del ejército en Picardía; mandó igualmente al de Guisa que acudiese tambien con todo su ejército de Italia; *pidió auxilio al gran turco*, y aprovechando la perpétua rivalidad y fuerte encono de la Escocia contra la Inglaterra, intrigó de palabra, y con dinero sedujo de obra á la primera para que hiciese una invasion en la

segunda, á fin de que no pudiese la reina doña Maria dar nuevos auxilios á su esposo D. Felipe.

Dió este en aquella ocasion una gran prueba de nobleza; porque Paulo IV, que se vió abandonado por el de Guisa y amenazado por el de Alba, pidió la paz á Felipe. Ninguna ocasion mejor pudo encontrar el rey de España para vengar los muchos insultos é injurias que inmerecidamente habia recibido, que la que le ofrecia el aislamiento de Paulo IV; mas sin embargo, sintiendo siempre, como en efecto habia sentido, tener que empuñar las armas contra Roma, lejos de aprovecharse de la inesperada ventaja, no desechó la ocasion de cesar en la guerra y aceptar la paz. A este fin se reunieron en Cavé el duque de Alba, en representacion de Felipe II, y en la de Paulo IV el intrigante Carlo Caraffa.

Y no solamente fué noble el rey de España en aceptar la paz, cuando pudo vengar sus injurias y las persecuciones sufridas, si que tambien lo fué en aceptar sin sacar las ventajas que en su buena posicion pudo obtener; antes por el contrario, se firmó un tratado más ventajoso para Paulo que para el rey Felipe.

Las condiciones firmadas en el tratado de Cavé fueron las siguientes:

«Su Santidad renunciaba á la liga con el rey de Francia, y se comprometia á mantenerse estrictamente neutral entre los dos soberanos.—El duque de Alba, á nombre del rey Felipe, habia de impetrar perdon de Su Beatitud por la ofensa de haber invadido los dominios eclesiásticos, con cuyo acto seria reconocido Felipe como hijo de la Iglesia y participante de sus gracias lo mismo que los otros principes cristianos.—El rey católico restituiria á Su Santidad las plazas que le hubiere tomado durante la guerra.—De una parte y de otra se perdonarian los agravios, y se devolverian mutuamente los honores, gracias, dignidades ó jurisdicciones de que se hubiera privado á sus respectivos súbditos.»

Tambien se redactaron y firmaron otros artículos reservados ó secretos, pero relativos al ducado de Paliano, perteneciente á los Colonnas, y á otros dominios de estos perseguidos nobles, ambicionados por el inquieto Caraffa.

Corria ya el último tercio del año cuando Felipe II cedió al duque de Toscana, Cosme de Médicis, el protegido del César, la ciudad de Siena, en pago de las cantidades que el duque habia anticipado á Carlos I para la guerra. Esto se verificó á consecuencia de reclamaciones é intrigas de Médicis, que olvidó los beneficios de su protector, impulsado por la ambicion y el deseo de acrecentar sus dominios.

El dia 19 de Setiembre, con arreglo á una de las condiciones

del tratado de Cavé, entró el duque de Alba en Roma, y fué recibido con la mayor pompa y con toda solemnidad, besó el pié al Sumo Pontífice, y fué muy obsequiado por este y por el sacro colegio.

Tranquilo ya Paulo IV vió salir de Italia sin temor ni disgusto al duque de Guisa, el cual se trasladó á Francia, llamado por Enrique II. Al terminar el año se formaba un fuerte ejército francés en Compiegne, bajo la direccion del ya citado duque.

AÑO 1558.

Continuaba el emperador tranquilo y contento en Yuste, si bien ya algo entrado el año comenzó á sufrir mucho de sus habituales padecimientos.

Dedicábase á ejercicios de piedad y de devocion; conversaba muy á menudo y muy á su gusto con su confesor, que lo era Fr. Juan de Regla; y tuvo tambien algunas conferencias con el P. Francisco de Borja (hoy San Francisco), el que fué caballero mayor y trocó sus títulos, su grandeza y sus elevados cargos por la soledad y el retiro del claustro. Las horas que destinaba al recreo S. M. las pasaba casi siempre con Joannello (Juanillo) Turriano, célebre mecánico que hacia primorosas máquinas, muchas de ellas diminutas, con figuras de movimiento, cuya construccion y el verlas despues funcionar, alegraba y distraía mucho á S. M. Algunas de estas máquinas eran de muy buen efecto, como un reloj de pared que hizo con figuras de movimiento, y al dar la hora se veía un venado acosado por los perros y por los cazadores, moviéndose todos con mucha propiedad. De aquí sin duda tomaron ocasion de decir que el César *en su retiro hacia relojes*. Tan falso es esto, como el que hiciese celebrar sus funerales en vida, por más que muchos lo aseguren. Cierta es que se abusa de la historia de una manera escandalosa, por ignorancia unas veces y por malicia otras.

Nosotros hemos leído un escrito, *célebre* por la exactitud de sus noticias históricas, obra de un autor francés. Este tal, pocos dias antes de celebrar sus exequias el César, reúne en Yuste á Carlos I, á Miguel de Cervantes y á Bartolomé Estéban Murillo: el emperador encarga á este último la pintura de los escudos de armas, por cuarteles separados, para el túmulo, y al primero la composicion de varias estrofas que se habian de colocar tambien en el catafalco. Y como si el despropósito fuera pequeño, le corona el escritor haciendo que *Carlos I dé á Murillo*

una carta de recomendacion para Diego Velazquez (pintor de cámara de Felipe IV), á fin de que le admita en su estudio.

De esta manera es muchas veces maltratada y desfigurada la historia, y así se hace que las personas que no la conocen sino por folletines y novelas sostengan y defiendan verdaderos despropósitos como verdades inconcusas. El precitado autor francés hace nacer á *Murillo* y *Velazquez* un siglo antes del en que nacieron, y á *Cervantes* le hace volver de la guerra, fijándole una edad casi madura, cuando este célebre español quizá ni hablar sabria, ni podria andar solo.

Era el mes de Mayo ya llegado cuando el emperador, como si previese su próximo fin, quiso desprenderse de todo cuanto pudiese recordar su antigua grandeza y poder, para dedicarse exclusivamente á la devocion y al cuidado de su alma. Mandó que en lo sucesivo no se le diera el tratamiento de Césarea Magestad, ni se le tratase de otro modo que como á un simple particular. Encargó le llevasen sellos sencillos para la correspondencia y para cuanto hubiera de sellar, sin coronas ni águilas reales; y, en una palabra, aunque contra los deseos y ruegos de su hijo el rey, se empeñó en despojarse hasta de la sombra de su antigua y grandisima autoridad.

MUERTE DEL EMPERADOR.

Probada como hoy está la falsedad de la especie afirmada por antiguos autores de gran cuenta, respecto de haber resuelto y verificado D. Carlos I la ejecucion de sus propios funerales, no hay para qué detenerse á desmentir otra especie tan falsa como aquella; puesto que naciendo de ella no podia ser verdadera. Hablamos de lo que los historiadores á que nos hemos referido aseguran, acerca de haberse anticipado la muerte el emperador á consecuencia de la impresion que en su grande ánimo hiciera la ejecucion de sus propios funerales.

Cierto es que uno de los que refieren como verídica la realizacion del *entierro en vida*, es el respetable Famiano de Strada, al cual nos proponemos seguir casi exclusivamente cuando nos ocupemos de las guerras de Flandes, así porque alcanzó los sucesos que refiere, como porque para escribir sus *Décadas* de las expresadas guerras pusieron á su disposicion las correspondencias más reservadas del rey con sus generales, las actas públicas y secretas de los consejos real y de guerra, del de los *Doce*, denominado por el vulgo *de la sangre*, la del senado secreto, y en

fin, cuantos documentos existian á propósito para que su obra fuese completa, y tan verdadera y exacta como debe serlo todo escrito histórico.

Strada, sin embargo, refiere como cierto el alejamiento de los negocios, la construccion de relojes y la vida cenobitica que al emperador se atribuyen en Yuste; pero debe tenerse muy presente que este autor escribió á muchos centenares de leguas de España; y como los datos y documentos que se le facilitaron fueron solamente los que tenian relacion con las guerras de Flandes, que comenzaron despues de muerto el emperador, de todo lo ocurrido anteriormente ni habló sino como incidencia, ni pudo atenerse á otra cosa que á aquello que por más cierto se tenia. Además, debió *quererse* por aquel tiempo el que se creyera al César separado de todos los asuntos políticos y solo dedicado á la vida devota y contemplativa; porque es fama que su hija, la gobernadora, hizo escribir la vida de D. Carlos en Yuste, en donde contaban todas esas falsedades; documento que ha servido para llenar de aquellas todas las historias que posteriormente de aquel soberano se han escrito.

Strada y otros han incurrido en el mismo error, quizá basándose en el papel á que acabamos de referirnos; empero el erudito Lafuente ha hecho un verdadero servicio á la historia, probando hasta la evidencia cuán falso es todo lo que se ha dicho á propósito del punto de que venimos ocupándonos, y destruyendo tales errores con copia abundantísima de datos tomados de la correspondencia de las personas de más valía de las que al emperador rodearon hasta el fin de sus dias, en cuya correspondencia se prueba lo contrario de lo que se ha dicho, y en la cual nada se habla de los renombrados funerales; y á fé que, en efecto, los que refieren hasta lo que el emperador comia y cuanto hacia hora por hora y minuto por minuto, no hubieran omitido el referir un hecho tan notable como el de *hacerse enterrar en vida*. Más adelante, y considerando cuán importante es en la historia la documentacion, insertaremos nuevas pruebas de la verdad, á fin de coadyuvar por nuestra parte y con nuestras limitadas fuerzas á destruir los errores históricos.

Estaba siempre achacoso el César; la gota le amargaba los momentos en que de algun placer ó descanso queria disfrutar, y su vida marcial, inquieta y de campamento, tan desemejante á la de otros soberanos, habia sido muy poco á propósito para atenuar aquel cruel y doloroso padecimiento.

Vivia, por consecuencia, delicado siempre; y un dia, era el 30 de Agosto, con un sol canicular y con un calor que al sol no será un exceso el creer que en tal dia y á las tres de la tarde pasaria

el calor de los 40 grados, se empeñó en que le pusiesen la mesa para comer en una azotea bañada completamente por el abrasador planeta. Quisieron disuadirle de tal resolución sus allegados; mas ni lo consiguieron ni se determinaron á insistir, porque al fin era el emperador, aunque quisiera ser tratado como particular.

Cuando acabó D. Carlos de comer se quejó de dolor de cabeza, al cual siguió bastante frio, que pasó pronto; pero aquella noche estuvo intranquilo, desasosegado y apenas pudo dormir. Declaróse, pues, la calentura bastante fuerte para que al siguiente dia quisiese el emperador hacer testamento, mandando que enviasen á su secretario Gaztelú el título de notario para legalizar aquel documento.

Continuó la calentura haciéndose más larga cada dia; y el 2 de Setiembre se llamó á un médico que tenia por nombre Cornelius, á fin de que auxiliase á Mathisio, que era el médico que habia estado siempre en Yuste al lado del emperador, y por acuerdo de ambos, el dia 3 se hicieron á aquel dos copiosas sangrias y se le administraron los Santos Sacramentos. Y tal era la fibra de aquel hombre valeroso y fuerte, que aun resistió cerca de veinte dias: cierto es que aun su edad no era avanzada; empero el cruel achaque de la gota le tenia siempre casi postrado y aviejado notablemente; mas ganando terreno la enfermedad, y debilitada la naturaleza con la fiebre, la dieta y las evacuaciones de sangre, que eran tres enfermedades reunidas para quitarle los medios de resistencia, el dia de San Mateo, 21 de Setiembre, á las dos de la madrugada, dejó de latir aquel animoso corazon y quedó yerta la fuerte diestra que empuñó el cetro más grande y glorioso, aunque más todavía manejó la temida lanza, corriendo los peligros y sufriendo los trabajos de un simple soldado. Carlos I, el GRANDE, que mejor mereció ser designado con este epíteto que otros soberanos, como su bisabuelo Juan II de Aragon, á quienes la historia se le ha confirmado, si no se le ha concedido, falleció con el ánimo propio de su gran corazon y con la religion consiguiente á su sincera piedad.

Oigamos á su fiel servidor y amigo que no se separó del César y que le vió morir: hablamos de D. Luis Quijada, señor de Villagarcía, que á las cuatro de la misma mañana escribia al secretario Juan Vazquez de Molina lo siguiente:

«Ilustre señor.—A las dos despues de media noche fué Nuestro Señor servido llevar para sí á S. M., tan como cristiano como siempre lo fué: jamás perdió la habla ni el conocer, ni el sentido, hasta que dió el alma á Dios, y conhortádose con lo que él era servido hacer, y esto diciéndolo á todos y poniendo

»las manos y escuchando á los frailes que le hablaban las cosas
 »que en tal tiempo se suele hacer, y pidiendo: «Decidme tal sal-
 »mo, y tal oracion, y tal letanía;» y cuando quiso espirar lo co-
 »noció, y tomó el crucifijo en la mano, y se abrazó con él hasta
 »llegallo á la boca, y pidió tambien que le tuviesen allí candelas
 »benditas, y que las encendiesen, y estaba tan en sí que se to-
 »maba el pulso, y meneaba la cabeza, como á manera de decir:
 »no hay remedio.»

El mismo señor de Villagarcía, algunos días despues, dió cuenta al rey Felipe II del fallecimiento de su padre el gran emperador, extendiéndose en dar más pormenores que el lector conocerá con gusto, como cuanto pertenece á uno de los más famosos soberanos de cuantos han ceñido la corona de Castilla. Está escrita la carta á 30 de Setiembre, y dice así:

«S. C. R. M.—A los 21 de este al amanecer avisé á V. M. del
 »fallecimiento de S. M. que está en el cielo, y pocos dias antes
 »habia enviado la relacion de lo sucedido hasta los 17 del mis-
 »mo solo en sustancia, remitiéndome á la que los doctores Cor-
 »nelius y Mathisio enviaban; ansi no tendré que decir mas en el
 »discurso de su enfermedad, salvo que el mal de S. M. siempre
 »fué creciendo desde el primer dia, y á mi parecer hasta que la
 »terciana se le dobló nunca temió; desde allí adelante sí, porque
 »casi vino á entender que nunca quedaba limpio de calentura.
 »El mal llegó tan adelante que los médicos le quisieron dar la
 »Uncion el lunes al medio dia, y pareciéndome que aun no era
 »tiempo por tener gran sujeto y que no se alterase, no consentí
 »que por entonces se la diesén, hasta que á las nueve de la no-
 »che casi me lo protestaron, y á aquella hora se le dió, y se le
 »llevó su confesor, la cual rescibió con el juicio y entendimiento
 »que siempre tuvo y con muy gran devocion. Desde aquella hora
 »siempre estuvieron con él su confesor y Fr. Francisco de Vi-
 »llalba, predicador de esta casa, á quien S. M. oia de buena vo-
 »luntad, los cuales le hablaban como se suele en semejantes
 »tiempos y rezando oraciones y salmos y S. M. les pedia: *de-
 »cidme tal salmo, ó tal oracion*, en las que mas devocion tenia,
 »las cuales se le rezaban y declaraban cuando llegaba á cosa
 »que venia á aquel propósito, y tambien se le leia la Pasion de-
 »clarándole en ella los pasos que convenian, á lo cual estaba
 »S. M. con gran devocion y contriccion, poniendo las manos jun-
 »tas y mirando al cielo y á un crucifijo que allí tenia, y una imá-
 »gen de Nuestra Señora, que eran las con que la emperatriz
 »nuestra señora murió; el cual me habia mostrado y mandado
 »que las queria tener cuando en aquel paso se viesé; ansi se es-

»tuvo toda la noche con grandísima devocion. El dia adelante
 »volvió á reconciliarse y á recibir el Santísimo Sacramento, y
 »advirtiéndole que mirase que no podria pasallo, me respondió
 »que sí haria, y pareciendo tambien á S. M. que podria ser tar-
 »dar la misa para recibillo en ella, mandó que se le trujesen de
 »la custodia, y ansi lo rescibió y se vió en trabajo al pasallo;
 »pero estaba con tan buen juicio, que él mismo abria la boca
 »para que se mirase si quedaba alguna cosa por pasar, y des-
 »pues oyó misa con grandísima devocion, hiriendo los pechos
 »cuando decian los *Agnus*. De esta manera pasó aquel dia como
 »cristianísimo príncipe. Despues de esto el mismo dia á las doce
 »llegó el arzobispo de Toledo y le habló como convenia para el
 »tiempo en que estaba, y él oyendo á los unos y á los otros con
 »grandísima devocion y con tanto juicio, que poco antes que
 »anoheciese me pidió si tenia allí alguna candela bendita; yo le
 »respondí que sí, y aunque algunas veces cerraba los ojos, ha-
 »blándole en Dios los volvia á abrir, y estaba muy atento á lo
 »que se le decia, y paresciéndome que iba muy al cabo, envié á
 »llamar al arzobispo de Toledo que estaba en su cámara, el cual
 »vino y le volvió á hablar, y S. M. á entender lo que decia, y de
 »esta manera se estuvo hasta las dos de la noche que se le puso
 »la candela en la mano derecha, la cual yo le tenia, y con la iz-
 »quierda estendió el brazo para tomar el crucifijo diciendo: «ya
 »es tiempo;» y diciendo Jesus, dió el alma á Dios, sin hacer mas
 »que dar dos ó tres bocadas, de lo cual S. M. debe dar muchas
 »gracias á Dios; que cierto es de creer que jamás se vió persona
 »morir con mas juicio ni con mayor devocion y contricion y ar-
 »repentimiento. Creo como cristiano que se fué derecho al cie-
 »lo. Yo vi morir á la reina de Francia, que acabó muy cristia-
 »namente, mas S. M. le hizo ventaja en todo, porque jamás le
 »vi temer la muerte ni hacer caso della aunque algunas veces se
 »le decia.

»El martes antes que recibiese el Santísimo Sacramento me
 »llamó, y mandó salir fuera á su confesor y á los demás, y hin-
 »cádome de rodillas me dijo: «Luis Quijada, yo veo que me voy
 »acabando muy poco á poco, de que doy muchas gracias á Dios,
 »pues es su voluntad. Direis al rey mi hijo, que yo le pido ten-
 »ga cuenta con estos criados generalmente los que aqui me han
 »servido hasta la muerte, y que se sirva de Gila Cosme Barbe-
 »ro en lo que le paresciere, y que mande que en esta casa no se
 »deje entrar huéspedes;» y en lo que sobre mí mandó decir no
 »quiero hablar por ser parte. Tambien me mandó que dijese
 »á V. M. otras cosas, las cuales diré cuando Dios trujere con
 »bien á V. M. Plega á Dios sea con la felicidad que todos desea-

»mos: lo demás que toca al entierro y depósito y como se hizo, »envio á Eraso para que de ello dé razon á V. M.»

Una de las cosas que aquí indica Luis Quijada le encargó el emperador, y que él dice reservar para el regreso á España del rey, fué relativa á D. Juan de Austria, hijo natural del César, y que bien mereció ser legitimo y obtener la corona, como despues veremos.

Los inanimados restos de aquel grande varon fueron encerrados en una caja de plomo, la cual fué colocada dentro de otra hecha de madera de castaño y forrada de terciopelo negro.

Tres dias consecutivos se celebraron solemnes exequias, siendo celebrante el arzobispo de Toledo, Fr. Bartolomé Carranza, y ministros asistentes Fr. Juan de Regla, confesor del César, y Fr. Martin de Angulo, á la sazón prior de Yuste, con asistencia de toda la comunidad. Fueron encargados de la oración fúnebre, en las honras del primer dia Fr. Francisco de Villalba; en las del segundo el prior de Granada; y el de Santa Engracia, en Zaragoza, en las del tercero.

El corregidor de Plasencia tuvo la peregrina ocurrencia de pasar á Yuste, para reclamar el cuerpo del emperador, como muerto en el rádio de su jurisdiccion, dos dias despues de haberse dado sepultura al cadáver.

En vano se trató de convencerle para que cediese de lo que él llamaba su derecho: lo único que pudo lograrse á fuerza de ruegos y de súplicas fué que consintiese en dejar al difunto emperador en poder del prior, en calidad de depósito.

Ocasionó además el tal corregidor no pequeña mala obra; porque el César, en una de las cláusulas de su testamento mandaba se le enterrase debajo del altar mayor, con el pecho y cabeza hácia fuera, á fin de que todo sacerdote que celebrase la misa en dicho altar pusiese los piés sobre los imperiales restos.

Como no era posible colocar el cadáver en los términos que el testamento prevenia, por ser el sitio en él señalado destinado por la Iglesia á los ya canonizados como santos, fué preciso hacer bastante obra para quitar de su sitio, ó mejor dicho, derribar el altar mayor y situarle más adelante á fin de cumplir, en lo posible, lo dispuesto por el moribundo César.

Dos dias despues de terminada la obra fué cuando el celoso corregidor de Plasencia se presentó en Yuste; y aunque por fin se convino en dejar allí como en depósito el cuerpo de Carlos I, exigió el que se identificase la persona de dicho soberano, y fué forzoso deshacer casi por completo la obra hecha, sacar las cajas, abrirlas y volver á dejar todo como antes estaba. Allí permanecieron los restos mortales de aquel insigne varon, hasta que fue-

ron trasladados por orden del rey, su hijo, al magnífico panteon del Escorial.

Dejó el emperador tres hijos legítimos, que fueron el rey don Felipe II; doña Maria, esposa del archiduque Maximiliano de Austria; y doña Juana, regente de España. Sus hijos naturales fueron doña Margarita de Austria, esposa en primeras nupcias del duque Alejandro de Médicis, y en segundas de Octavio Farnesio, duque de Parma y de Placencia; D. JUAN DE AUSTRIA, cuya madre, segun opinion general, con la que no nos conformamos por las razones que más adelante expondremos, fué Bárbara Blomberg; y doña Tadea de la Peña, hija de Ursolina de la Peña, célebre por su hermosura, y natural de Perugia.

Antes de ocuparnos de los sucesos ocurridos en el siglo XVIII y de empezar á tratar de la dinastía de Borbon, insertaremos un breve juicio de todos y cada uno de los reyes pertenecientes á la casa de Austria, incluso el emperador.

GUERRA CON FRANCIA.

Al comenzar el año tomó el duque de Guisa á Calais, que á la sazón era de los ingleses, y estaba gobernada por lord Wentwort.

Procedió con tanta rapidez el duque, que no dió tiempo á que la plaza fuese socorrida, y la obligó á rendirse á los ocho dias de puesto el sitio. Con la misma velocidad rindió á Guines, defendida por lord Grey, y tomó despues el castillo de Ham, que encontró sin guarnicion, porque esta le habia desamparado.

Estos triunfos del francés enojaron mucho á los ingleses con Felipe II, puesto que achacaban aquella guerra á la proteccion que á dicho soberano se habia dado contra Francia.

En tanto Enrique II no descansaba, ocupado como estaba con la mayor asiduidad en buscar los medios de molestar al rey de España. No logró mover á Escocia contra Inglaterra; pero sí el enlace del delfin con la bella, jóven y desventurada reina de la primera de ambas naciones, la hermosa y desgraciada Maria Stuard, hija de Enrique VIII, como la reina Maria de Inglaterra, y tambien, como esta, hermana de padre de la ilegítima Isabel, que fué despues su verdugo.

No podia por entonces Felipe II oponer un ejército fuerte al victorioso que el de Guisa acaudillaba. A la sazón estaba tan sin recursos, que á toda hora clamaba para que de España se le re-

mitiese; y la gobernadora y el consejo de Hacienda sin descanso procuraban realizar los arbitrios que ya habían propuesto, según en otro lugar hemos dicho.

Pasados los rigores del invierno, salió el duque de Guisa de cuarteles, pasó el Luxemburgo y sitió la fuerte plaza de Thionville. La defensa fué heroica: pero era difícil resistir al numeroso ejército sitiador, el cual al cabo de tres semanas se posesionó de Thionville, aunque á costa de la vida de Pietro di Strozzi, segundo de Guisa, y tan renombrado é inteligente general, que el mismo rey vistió luto por su muerte y ordenó que le vistiese la corte toda.

No tardó mucho en caer también en poder de Guisa el puerto y plaza de Dunkerque, que siendo considerada como una de las llaves de Flandes, puso tal suceso en gran cuidado y causó inmenso disgusto á Felipe II.

Ardiendo en ira el duque de Saboya y pesando sobre su alma los triunfos del francés, juntó como de rebato quince mil infantes y tres mil ginetes, que encomendó al bizarro Lamoral, conde de Egmont, el cual dió vista al ejército francés en las inmediaciones de Gravelines (Gravelingas). Iba el precitado ejército mandado por el general Termes, que era el que había tomado á Dunkerque, y esperó á pié firme. Egmont, que era valerosísimo, cargó con un ímpetu arrollador; y siendo el ejército enemigo más numeroso y estando enorgullecido con las reiteradas y recientes victorias, se sostenía bien, aunque el ejército de Felipe atacaba con un denuedo inexplicable.

Flaqueaban ya los de Termes, aunque la victoria no estaba decidida todavía por Egmont, cuando acudió á las detonaciones de la artillería y de los arcabuces una armada de Inglaterra que corría la costa. Ganosos como estaban los ingleses de vengar los desastres sufridos, y aliados como estaban con España, dirigen certeramente sus cañones contra una de las alas del ejército francés, la rompen y destruyen; reanima Egmont á los suyos, renueva y repite las arrolladoras cargas, y destroza y deshace y aniquila al ejército enemigo.

Profundo dolor causa el lastimoso fin que tuvo el valeroso Egmont, primer actor en la formidable rota de Gravelines, que es con razón llamada *segunda parte de la rota de San Quintín*. De más de quince mil franceses que entraron en acción, apenas se salvaron *por los piés*, como los antiguos decían, unos *trescientos*: todos los demás fueron muertos ó quedaron prisioneros, entre estos el mismo general Termes, que mandó la batalla. Jefe é individuo de la nobleza, también en gran número quedaron prisioneros (13 de Julio).

Inútil sería el querer explicar cuánto subiría de punto el enojo y el furor del de Guisa al saber el desastre sufrido por los suyos en Gravelines, desastre que él solo amargaba las dulzuras de todos los anteriores triunfos.

De rebato, como poco tiempo antes el duque de Saboya, reunió más de cuarenta mil hombres y con ellos se dirigió á la frontera de Picardía. Filiberto de Saboya reunió no menor número, que siguió el mismo camino que el de Guisa, y ambos establecieron los respectivos campamentos no distantes el uno del otro; el de Guisa sentó el suyo junto á Pierre-Pont, y el duque Filiberto junto á Durlens.

Crítica era la situación y por demás comprometida: la derrota debía dejar al vencido á merced de su enemigo, porque el resultado de la terrible lucha que se preparaba debía ser decisivo. Esta consideración fué sin duda la que obligó á ambos caudillos á permanecer inmóviles, y á dejar que transcurriese el tiempo sin decidirse unos ni otros á tomar la ofensiva.

Se cree, y es probable, que Enrique y su caudillo tenían menos deseo de que se diese la decisiva batalla; porque el ejército de Felipe era temible en el campo. Los triunfos de los franceses habian sido contra ciudades poco menos que desguarnecidas: en campo abierto, lo mismo en San Quintin que en Gravelines, se habia repetido la misma escena que se ejecutara en otro tiempo en Pavia, y era muy aventurado el exponerse á una nueva derrota, cuyas consecuencias, como decisivas, habian de ser de necesidad muy funestas y trascendentales. Pero proponer la paz era demasiado bochornoso para que un militar de honor descendiese hasta pedirla, y no era posible retirarse sin descrédito.

Felipe II, por su parte, comprendia cuán ventajoso seria para él el asegurar una paz duradera, para poder regresar á España, en donde tanta falta hacia y en donde estaba su centro; porque quizá no ha existido un soberano español más cordialmente afecto á su patria y á sus compatriotas; mas tampoco era para él decoroso el solicitar la paz, si bien estaba en mejor posición colocado que su rival para pedirla, puesto que acababa de ser vencedor.

No sabemos el tiempo que hubiera transcurrido sin que ambos ejércitos hubiesen hecho otra cosa que mirarse en silencio, ni qué giro se hubiera dado á quella guerra, si una casualidad, ó más bien una disposición providencial, no hubiese desatado tan enredado nudo.

En la corte de Francia trató de vengar una ofensa personal la condesa de Valentinois contra el cardenal de Lorena, hermano mayor del de Guisa. Estaban estos hermanos muy en favor con

Enrique II; y la primer venganza que trató de tomar la condesa, á lo cortesano, fué la de derribar á sus contrarios del puesto en que el favor del rey los tenia colocados, sustituyendo á Guisa con Montmorency.

Para comenzar la obra, forzoso era quitar al duque el cargo que tan dignamente ocupaba al frente del ejército; y como esto no era fácil, porque no habia motivo para ello, la de Valentinois, que era muy escuchada por Enrique, le aconsejó que entablase tratos de paz con Felipe. A fin de que no se diese golpe en vago y de evitar un desaire, la hábil condesa, que deseaba elevar á Montmorency, indicó tambien á Enrique que aquel, siendo como aun era prisionero de Felipe, podia sondear la voluntad de este, sin manifestar que para ello estaba autorizado; y segun el resultado que sus indicaciones tuviesen, proceder á entablar ó suspender las negociaciones.

Aprobado este plan por Enrique II, se comunicó reservadamente el aviso al prisionero condestable, y este inmediatamente dió principio á su negociacion con el duque de Saboya. Como el rey de España deseaba lo mismo que el de Francia, las indicaciones de Montmorency fueron perfectamente escuchadas, y este magnate francés obtuvo permiso de Felipe II para que, á pesar de estar prisionero, pudiera pasar á Francia á tratar personalmente el importante asunto con Enrique.

Poco despues estaba ya designada la abadía de Cercamp para celebrar las pacíficas conferencias, y nombrados plenipotenciarios por parte de España el duque de Alba, el príncipe de Orange, el obispo de Arrás (Granvella), Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, y el presidente del consejo de Estado de Bruselas; y por la de Francia, el cardenal de Lorena, el prisionero condestable Montmorency, el mariscal de Saint André, el obispo de Orange y M. d'Aubespine, secretario de Estado.

Dos graves acontecimientos ocurrieron, con menos de un mes de diferencia, que hicieron más necesario á Felipe II el establecimiento de una paz definitiva y sólida. La muerte del César fué el primero, y el segundo la de la reina doña Maria de Inglaterra, esposa de Felipe II.

ESPAÑA.

Continuaban en España los mismos angustiosos apuros que en el año anterior. Por todas partes se buscaba y de todas se queria sacar dinero, yendo comisionados de alta posicion social á las

provincias con el encargo de obtener donativos, creyendo que cuanto más elevados fuesen los comisionados, mejor se obtendría el objeto propuesto. También se echó mano de otro arbitrio, que pudo ocasionar un conflicto con Roma.

Recordará el lector que á Carlos I le fué concedida una bula para que pudiese tomar y hacer uso de la mitad de las rentas del clero, destinándolas á la guerra contra los protestantes de Alemania. Esta concesion, hecha temporalmente, fué despues revocada; mas en el extremo apuro en que á la sazón se encontraba el reino, mandó reunir el rey una junta de teólogos para que examinasen y decidiesen si podría hacerse uso de este arbitrio á pesar de la revocacion; y los teólogos decidieron de comun acuerdo *que despues de confirmada por el reino la bula, no podia el Sumo Pontífice revocarla, y que por ende estaba S. M. en el derecho de cobrar la mitad de los bienes de las iglesias, y así lo mandaba.*

Continuaba también la venta de los títulos de honor, oficios, baldíos, etc., á pesar de que los mismos que habían aconsejado y dispuesto esta medida, todos los días tocaban los inconvenientes y perjuicios que la misma ocasionaba; y sin embargo, no se suspendía y aun se apelaba á otras que notablemente dañaban á las buenas costumbres, tales como las de legitimar por dinero los hijos de algunas personas ligadas por el solemne voto de castidad.

Y era también uno de los mayores daños que las medidas propuestas debían algún día acarrear, el que si bien se remediaban de pronto y no completamente los males del momento, pasado este debía el remedio ser mucho peor que el mal; porque á los comerciantes y gente especuladora y adinerada se les brindaba con ganancias é intereses sin medida, ofreciéndoles tanto cuanto pudiera excitar su codicia, y *dándoles juro á razon de veinte mil al millar.*

En medio de tan apurada situación, continuaban llegando las flotas de Indias como siempre; y en el mismo año 1558 arribó una á Sanlúcar de Barrameda, que traía inmensa riqueza del Perú, Nueva-España y Honduras.

Asegúrase que era costumbre el que tomase el soberano del dinero de estas flotas lo que quería para sí, aun de aquella parte que pertenecía á los particulares, sin embargo de que esta verdadera arbitrariedad ocasionaba gran disgusto, muy graves perjuicios, y era muy murmurada.

En 1558 llegó la flota sin que se hubiesen recibido órdenes del rey relativas al destino que había de darse á los caudales de que aquella se componía; y aprovechando en España esta cir-

cunstancia, solo se mandó retener una parte de lo que á particulares venia destinado, y despues de pensar lo que más conveniente se creyó, escribió al rey su hermana la gobernadora lo siguiente:

«Cerca de lo que se habia de hacer del oro y plata que en esta armada viene para los mercaderes y particulares, se ha acá tractado, así por los del consejo de la Hacienda como por los del consejo de Estado, y por todos juntos, despues de lo haber mucho tractado y conferido, teniendo consideracion á los grandes inconvenientes que de tomar ni detener estos dineros resultan, que se han diversás veces á V. M. representado, y el agravio y gravísimo daño que se les hace, el cual seria en lo presente muy mayor *por venir sobre haberseles tomado tantas veces y tan gran suma, y estar los mercaderes tan quebrados y las personas y vecinos de las Indias tan escandalizados, y en término que seria totalmente acabarlos de destruir*, principalmente no habiendo, como en efecto no hay, cómo salisfacerles y darles juros, por no los haber en ninguna manera, *y que assi seria tomarles su hacienda sin esperanza de la poder cobrar*; y que assi mismo, habiendo venido para V. M. en esta armada cantidad de dinero, que aunque, segun sus grandes necesidades, no baste para su socorro, todavia injustifica acerca de las gentes, y hace de mas mal nombre el tomarse, y presupuesto que de V. M. no habia mandato ni órden que se tomase ni detuviese, y que teniendo entendido que se esperaba esta armada, y proveyéndose cerca de lo que se habia de hacer del dinero que para V. M. en ella viniese, en lo de los mercaderes y particulares no manda tomar ni detener, y por otras muchas consideraciones que tocan al servicio de V. M. y descargo de su real cõciencia y concernientes al beneficio público, de que han particularmente tractado, se han resuelto en que tan solamente se detuviese desto de los mercaderes y particulares hasta quinientos mil ducados, y lo restante se les entregase luego; en el cual parecer yo he convenido, y porque siendo esto assi justo y conveniente, el esperar á consular á V. M. y que viniese la respuesta no era necesario, pues se presupone V. M. mandaria lo mismo, y la dilacion les era de tan gran perjuicio, se ha assi proveido y mandado ejecutar.

«Carta descifrada de la serenísima princesa á S. M., á 17 de Diciembre de 1558.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 130.» —(Laf., T. XIII, P. III, l. II, c. II, pág. 52.)

Esta parte de carta, prueba el antedicho abuso y la arbitrariedad con que se procedia, y tal arbitrariedad fué entonces mi-

rada y se considera hoy como una de las causas más poderosas del decaimiento del comercio en España; y cierto que no se comprende en qué estaba basado aquel despojo, que tal puede llamarse, y que solo hubiera podido ser tolerado en los principios de la edad media, cuando el capricho y el arbitrio del poderoso eran la ley, porque solo se reconocia el derecho de la fuerza, y aun quedaban muy grandes rezagos de la barbarie de los tiempos primitivos.

Celebráronse en el año de que venimos ocupándonos Cortes en Valladolid; y la primer petición de los procuradores fué para reclamar el regreso del rey á España, y en seguida se indicó la conveniència de que S. M. procurase asegurar la sucesion al trono por medio de un nuevo casamiento; porque su único hijo el príncipe no mostraba tener la buena y firme salud que á la edad de catorce años escasos que tenia debía de disfrutar; pidieron fuese jurado D. Carlos como príncipe de Asturias, y se pensara en hacer que tambien contrajese matrimonio; y últimamente pidieron las Cortes se pusiese casa á S. A. el príncipe, pero á la española y no á estilo de Borgoña; que aun no habian olvidado el disgusto que ocasionó el César al poner cuarto á su hijo á *la borgoñona, casa mal mirada por extranjera y por dispendiosa.*

Pidieron asimismo aquellas Cortes que se prorogara por veinte años el encabezamiento general de las rentas, solicitud hecha por las Cortes de 1552; que fuesen revocadas las cédulas y provisiones reales relativas á la venta de oficios, hidalguías, cotos, villas, lugares, etc., y cuantos arbitrios habia propuesto el consejo de Hacienda para remediar los apremiantes apuros del tesoro, por lo perjudiciales que eran á las clases ínfimas de la sociedad, y por el detrimento que al comercio, á las clases industriales y aun al mismo patrimonio del rey se seguia; y entre otras peticiones menos notables, pidieron tambien que se acabara la recopilacion de leyes que lentamente y con suspensiones continuas se venia haciendo, y que se aumentaran los sueldos á los consejeros, oidores de chancillerías y alcaldes de la casa y corte; porque deseaban los diputados, por el bien de la nacion, que esta estuviera regida por buenas y claras leyes, y que los administradores de la pública justicia no estuviesen dotados de una manera tan mezquina que hasta indecorosa pudiera llamarse.

Tambien clamaron los representantes de las ciudades contra la arbitrariedad con que se disponia de los caudales venidos de las Indias y pertenecientes á comerciantes y particulares, y clamaron con toda energia pidiendo decididamente que se abstuvie-

ra el rey de continuar haciendo aquello mismo en adelante; y terminaron las peticiones con otras relativas á la igualacion de pesos y medidas, subsidio del clero, conservacion de montes, etc.

Pocas, ó ninguna, de todas las muchas peticiones hechas por las Córtes de 1558, fueron en el momento, como su utilidad exigia, concedidas. Casi todas fueron aplazadas por medio de un decreto que decía: *Mandaremos ver y platicar sobre esto*. Otras se detuvieron con el siguiente: *Mandaremos á los del nuestro consejo que platiquen sobre lo que concerná proveer y nos lo consulten*. Otras se negaban con apariencias de concesion, diciendo: *Ternemos cuidado se haga al tiempo y segun más convenga*; y otras fueron rotundamente negadas, aunque con estas moderadas palabras: *Por agora non conviene que se haga en esto novedad*.

AÑO 1558.

PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

La muerte de María de Inglaterra vino á aumentar los cuidados del rey, que veia deslizarse de su mano el indirecto, pero seguro, dominio que sobre los ingleses tenia, y que tan ventajoso le era en sus cuestiones con Francia, perpétua rival de aquella nacion, como esta lo fué siempre de la francesa.

Habia sucedido á María la hija ilegítima de Enrique VIII, que representaba otros principios, otra política, y aun otra religion que la difunta reina. Isabel que, en nuestro concepto, nada fué en religion, no podia menos de ser aparentemente protestante; porque por esta secta únicamente estaba legitimado el nulo matrimonio de sus padres, y si al protestantismo no apelaba, el matrimonio no existia, su ilegitimidad quedaba patente, y con ella establecida la perpétua inhabilitacion para reinar, que era lo más sensible para una mujer tan ambiciosa como ella. Hé aquí el por qué si algunos dudaban de las ideas religiosas de la nueva reina, debieron comprender que habia de ser forzosamente protestante.

Habian comenzado las conferencias en Cercamp; y como los plenipotenciarios de España y de Francia estaban cumplidamente autorizados para desempeñar su árdua mision, libres ambos soberanos de aquel cuidado por entonces, se dedicaron á congraciarse con la nueva reina de Inglaterra, hermosa, discreta



y muy poco parecida, física y moralmente, á la difunta María. Dícese que Felipe II llegó hasta á ofrecerla su mano; pero que Isabel, despues conocida por la *reina doncella*, en razon á que vivió y murió soltera, sin rechazar la proposicion, dió una respuesta *agradable*, pero evasiva.

Y en tanto, los reunidos en Cercamp encontraban no pocos inconvenientes ni pequeñas dificultades para conciliar los extremos y arreglar las voluntades, y en su laboriosa tarea se ocupaban, cuando fueron las conferencias trasladadas de Cercamp á Cateau-Cambresis.

Comenzóse por tratar de la parte correspondiente á Inglaterra, cuya nacion tenia en las conferencias tambien sus representantes, y se concertó que la plaza de Calais no se devolveria en el término de ocho años, pasado cuyo plazo seria la expresada plaza devuelta á los ingleses, comprometiéndose solemnemente la Francia, si pasados los ocho años no cumpliese lo pactado, á pagar á la Inglaterra *quinientas mil coronas*, dejando íntegro y á salvo el derecho de esta última nacion á ocupar á Calais por fuerza de armas, para cuyo cumplimiento se habian de entregar rehenes, etc.

El día 3 de Abril, en virtud de muy activas gestiones hechas por el condestable Montmorency, á quien más que á otro alguno interesaba el que la paz se ajustase, se terminó la redaccion de las bases del tratado de paz, las cuales, aprobadas por los plenipotenciarios de una y otra parte, despues de un maduro exámen y de una muy ámplia discusion, quedaron redactadas sustancialmente como sigue:

«Estableciase buena y perpétua amistad (como siempre) entre
 » los dos monarcas, sus sucesores y súbditos; mútua libertad de
 » tráfico en ambos reinos, y reposicion á cada uno en sus privile-
 » gios y bienes.—Confirmacion de los antiguos tratados y confe-
 » deraciones, en cuanto fueran compatibles con el presente.—
 » Compromiso reciproco de defender la santa Iglesia romana y la
 » jurisdiccion del concilio general.—Que el rey de España devol-
 » veria la ciudad de San Quintin, Ham y Chatelet, y el de Fran-
 » cia restituiria á Thionville, Mariemburg y otras plazas que ha-
 » bian pertenecido al español, en el estado en que se hallasen y
 » sacando cada uno su artilleria.—Hesdin y su territorio se rein-
 » corporarian al antiguo patrimonio del rey de España, y se de-
 » volveria al mismo el condado del Charolais.—Que lo que uno
 » y otro poseian en el marquesado de Montferrato se devolveria
 » al duque de Mantua; Córcega á los genoveses, y Valenza de
 » Milan al rey de España.—Que Felipe II casaria con la princesa
 » Isabel, hija de Enrique II de Francia, no obstante haberse

»tratado el matrimonio de esta princesa con el príncipe Cárlos,
 »hijo de Felipe.—Que el duque de Saboya tomara por esposa á
 »Margarita, hermana del rey Enrique.—Que el francés volvería
 »al de Saboya todo lo que le habia ocupado en su país, á excep-
 »cion de algunas ciudades que se designaron, hasta que se ar-
 »reglaran ciertas diferencias.—Que la misma paz con todos sus
 »artículos serviría para el delfin de Francia y para el príncipe
 »D. Cárlos de España.—Que serian comprendidos en ella todos
 »los amigos de ambos soberanos contratantes.—Que el prínci-
 »pe de Orange habia de ser precisamente repuesto en su prin-
 »cipado.»

El anterior tratado, que fué mirado por los franceses como una nueva edicion de los de Madrid, Cambray, etc., perjudicó tanto á la opinion que de Enrique II en su reino tenian, que se murmuraba de él en los más públicos parajes de Paris, y sin rebuzo se decia que no tenia honor *el soberano que habia suscrito una paz tan miserable y vergonzosa.*

Cierto es que Felipe II, en cambio de San Quintin, Chatelet, y Ham, recibia por el tratado de Cateau-Cambresis *cerca de doscientas ciudades* en Italia y en los Países-Bajos; mas sin que neguemos que esta paz fué para España ventajosa, no olviden los que se maravillan de que tantas ciudades fuesen devueltas á Felipe, que si no hubiera tenido muy buen derecho á ellas, ni por el tratado de Cateau-Cambresis ni por otro ninguno le hubiesen sido devueltas.

Bien distante estaba Enrique II del pensar que aquella paz tan universalmente celebrada por todas las naciones á las que favorecia, le habia de ser á él mismo muy costosa; y que las murmuraciones lanzadas contra él por sus súbditos, únicos descontentos con la paz, se cambiarían muy pronto en compasion y sentimiento.

En efecto, alegre el rey Enrique con el acuerdo pacífico, quiso celebrarle; y aprovechando la oportuna ocasion de las bodas de la princesa Margarita, su hermana, con Filiberto Manuel, duque de Saboya, dispuso suntuosas fiestas y torneos. Habia un triple motivo para regocijarse, á saber: la paz establecida, la boda del de Saboya, y la llegada á Paris del duque de Alba, en calidad de embajador extraordinario del rey católico, con la mision de pedir solemnemente la mano de la hija del rey para el soberano de dos mundos; y como esta boda fué hija del tratado de Cateau-Cambresis, la princesa de Francia y futura reina de España adquirió el nombre histórico de doña Isabel de la Paz (Isabel de Valois).

Llegado el dia del torneo, que presenció toda la córte y los

más apuestos caballeros con las más hermosas damas, quiso el mismo rey demostrar su regocijo inscribiendo su nombre entre los *mantenedores*.

Justó diversas veces, rompió dos lanzas como un buen caballero, y hubiera gozado con los muchos aplausos que recibió, unidos al placer de que en aquel día disfrutaba, si satisfecho con el lauro obtenido, se hubiera retirado de la liza.

Una ciega fatalidad parece que impulsa á las veces á los hombres, y los arrastra á buscar su propia ruina. Enrique II, más alegre que jamás lo habia estado, que tan ciegos son los mortales, creyendo que no podia ya ser más feliz, invitó al capitan de guardias, conde de Montgomery, á justar con él en combate parcial.

Montgomery resistió el aceptar, como si previese que así convenia, ó quizá por lo expuesto que es, piérdase ó gánese, el luchar con el soberano; este, empero, insistió en su invitacion, como insisten los reyes: piden con las palabras y mandan con la autoridad; y Montgomery cedió.

Al primer choque, la fuerte lanza del capitan de guardias penetrando por los huecos de la visera del yelmo del rey, le atravesó por un ojo hasta llegar al cerebro. Moribundo y sin sentido fué Enrique II llevado de la liza al lecho, dejando de existir de tan desgraciada é imprevista manera casi en el mismo dia de regocijo y de bodas, el 10 de Agosto, segundo aniversario de la rota de San Quintin.

Treinta y nueve dias despues falleció Paulo IV; y es notable, como oportunamente manifiestan otros historiadores, lo fatal y terrible que fué el fin del año 1558 y la mitad del 1559, para muchos elevados personajes. Desde el 21 de Setiembre del primero de aquellos al 18 de Agosto del segundo, en cuyo dia falleció Paulo IV, dejaron de existir el emperador Carlos (V de Alemania, I de España); las reinas viudas de Francia y de Hungría, sus hermanas (doña Leonor y doña María); Cristian y Cristiano, reyes ambos de Dinamarca; la reina María de Inglaterra, esposa de Felipe II; Enrique II de Francia; el Pontífice Paulo IV; el dux de Venecia; el duque de Ferrara, y algunos otros príncipes y electores del imperio germánico.

A Enrique II sucedió en el trono de Francia el delfin, su hijo, llamado Francisco, que fué el segundo de su nombre, y de quien poco podia esperar la Francia: era de muy limitado talento y de muy delicada naturaleza; contaba de edad diez y seis años cuando subió al trono.

REGRESO Á ESPAÑA DE FELIPE II.

El rey de España, tranquilo con el afianzamiento de la paz y anhelando regresar á su amada España, trató de disponer la partida. Comenzó por nombrar diez y siete gobernadores para igual número de provincias flamencas; encomendando, de las principales, el Luxemburgo al veterano y valeroso Pedro Ernesto, conde de Mandfeldt, guerrero de los tiempos del famoso emperador; el condado de Flandes y el Artois, le entregó al valeroso y desventurado conde de Egmont; al señor de Montigny, Juan de Montmorency, dió la Flandes francesa; á Ligny, conde de Aremberg, al cual su pundonor costó la vida, encomendó la Frisia; y á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que tal vez meditaba ya en su negra traicion, dió el gobierno de Holanda, Zelanda y Utrecht. Hasta allí, empero, no solamente habia sido muy fiel Guillermo al rey, si que tambien le habia prestado eminentes servicios; que era entendido, activo, valeroso, y muchas y muy buenas circunstancias le adornaban.

Organizados el gobierno civil y militar, pensó el rey en ordenar el religioso. Al efecto erigió en sedes episcopales las diez y siete provincias, nombrando trece obispos, para que completasen el número de diez y siete con los cuatro que ya existían.

Los sacerdotes electos para ascender al rango de príncipes de la Iglesia, fueron escogidos entre aquellos conocidos por la pureza de su ideas y doctrinas en materias de fé, cosa que desagradó infinito á los flamencos, no menos que el aumento de las diócesis; porque aquellos estaban ya de antiguo muy contaminados de las herejías de Lutero y Calvino.

Del príncipe de Orange cuenta un acreditado y antiguo historiador que, hablando con cierto personaje un dia sobre asuntos de religion y de política, se quitó el sombrero, y mostrando la cabeza despoblada de cabellos, le dijo: *¿Veis mi cabeza? Pues no tengo el corazon MENOS CALVO que ella;* aludiendo á la secta de Calvino, que era la que él seguía.

Trató despues el rey de proveer el más espinoso, grave y difícil cargo: el de gobernador general y regente de los estados flamencos; y Orange esperaba ser el nombrado, y probablemente de la pluma del rey pendía en aquel momento la lealtad ó la traicion de aquel hombre ambicioso, aunque, por otra parte, benemérito y eminente.

Si el rey procedía á gusto del de Orange, desairaba al famoso

vencedor de Gravelines, á quien el rey de España debía grandes servicios, que era, como Orange, caballero del Toison de Oro, príncipe de Gavre y conde de Egmont. Así lo conocía el mismo Guillermo de Nassau, y por esto desistió de pensar en sí propio, y dirigió sus intrigas á que fuese nombrada regente y gobernadora de Flandes la duquesa de Lorena, prima del rey de España, con cuya hija pensaba el de Orange contraer matrimonio. Esta intriga que hábilmente, aunque sin éxito, manejó el príncipe, es bueno tenerla muy presente para cuando tratemos del origen de la rebelion de los estados flamencos, rebelion que hubiera sucumbido apenas nacida sin el apoyo de los poderosos y magnates, para quienes entonces, como ahora y como siempre, la ambicion de mando y de honores fué el decantado amor á la libertad de su patria. Esta bandera es y será siempre seguida y defendida; por esto los ambiciosos la tremolan siempre, cubriendo con su velo las interesadas miras que impulsan su decision.

Felipe II, al oír la propuesta, presentada de muy conveniente manera, casi dió esperanza de aceptarla, porque le agradó: la duquesa de Lorena era una de las que habian tomado activa parte en la realizacion de la *Paz de las Damas* (tratado de Cambray), y por esto mismo la querian mucho los flamencos.

El rey, empero, cauto y prudente, jamás decidía de plano: pensó maduramente sobre el árduo negocio, y comprendió que tal nombramiento era muy aventurado y expuesto. La duquesa de Lorena estaba muy ligada á la casa francesa, con la que tenia deudo de parentesco; y como debía tener muy presente lo que valen los pactos más solemnes entre soberanos cuando conviene destruirlos, temió, desechó la propuesta, y para quitar de una vez toda esperanza y ahuyentar pretensiones, nombró regente y gobernadora general de los Países-Bajos á su hermana doña Margarita de Austria, hija natural del César, esposa de Octavio Farnesio, duque de Parma, que luego lo fué tambien de Placencia, por cuya razon así le hemos denominado antes de ahora.

No concurrían en esta señora desfavorables circunstancias; porque habia nacido en Flandes, principal recomendacion para los flamencos, los cuales, además, conservaban en mucho aprecio la memoria del gran emperador, de quien Margarita era hija; en cuanto al rey, tenia plena y completa confianza en su hermana. Otras razones tuvo en cuenta Felipe, fuera del cariño fraternal, para esperar que su hermana corresponderia á la confianza que en ella depositaba. Los estados de Parma, que constituían el ducado de Margarita, necesitaban de la proteccion moral y material de España, y estaban rodeados de dominios españoles; y el príncipe Alejandro Farnesio, hijo de dicha princesa y sobrino

del rey, habia sido traído á España *para que se educase con el príncipe de Asturias*; empero al mismo tiempo y disimuladamente, podia servir como de rehenes.

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que vió todas sus esperanzas destruidas, puesto que no podia casarse con la duquesa de Parma, como podia y pensaba hacerlo con la hija de la duquesa de Lorena, comenzó á preparar su traicion, como, siguiéndole paso á paso, podremos fácilmente observar.

Reuniéronse, pues, en audiencia de despedida y por órden del rey los estados generales de Flandes en la ciudad de Gante, cuando ya caminaba á su término el mes de Agosto. Ante ellos dió á reconocer á su hermana como regente y gobernadora de aquellos dominios, señalándola de sueldo la cantidad de 36,000 ducados de oro anuales. Dejó vigentes los consejos de Estado, de Justicia y de Hacienda, y creó uno nuevo bajo la denominacion de *consejo privado*, cuya presidencia dió á Antonio Perrenot de Granvella (Granvela), obispo de Arrás, personaje muy odiado por los flamencos, que compensó, ó destruyó, mejor dicho, el placer causado por la eleccion de Margarita.

A esta señora encomendó Felipe muy en particular el cuidado acerca de los asuntos religiosos, y la más exquisita vigilancia sobre los luteranos, calvinistas y demás sectarios. Estas instrucciones diólas el rey á su hermana en secreto. En la sesion de despedida, contestó al rey, por los estados todos, *Baulutio*, diputado por Gante, asegurando al rey la obediencia y fidelidad de los estados á su real persona y á la regente, su representante; pero le suplicó muy respetuosamente sacase de Flandes las milicias extranjeras, y que en los consejos no diese cabida sino á los naturales de aquellos paises, á lo que Felipe contestó que sí haria, dentro de algun tiempo.

De Gante se dirigió el rey á Zelanda, y el dia 20 de Agosto se embarcó en Flesinga, con rumbo á España, adonde llegó felizmente, tomando tierra en Laredo, el dia de la Natividad de Nuestra Señora (8 de Setiembre).

ESPAÑA.

Desagradable, en verdad, es la tarea que en este momento vamos á desempeñar, y por demás enojosa y triste. Del mismo modo que en un rostro bellissimo disgusta el observar una mancha que por indeleble es imposible el borrar y que afea la general hermosura, así en la historia española, tan gloriosa en su mayor parte, contrista el tener indispensablemente que fijar la vista

en los pocos lunares que empañan la general belleza. El lector, por fin, si no quiere enterarse de algunos detalles históricos, tiene á la mano el arbitrio de saltar algunas páginas; no así nosotros, que tenemos la imprescindible y forzosa necesidad de estudiarlo todo y referirlo todo, mal que nos pese y por mucho que nos disguste y aflija. Vamos á ocuparnos de los castigos impuestos á los herejes y sospechosos de herejía, en 1559.

Cierto es que en una nacion eminentemente católica, no debia consentirse que la fatídica herejía alzase la inmunda cabeza; empero, aunque católicos somos y muy cordialmente, no comprendemos que el rigor atrajese ó acercase al convencimiento, ni menos el que un Dios de paz y de misericordia pudiese aprobar el castigo feroz que á ciertos herejes se imponia. El rigor podia producir el temor, no la conviccion; y el que por conviccion no acepta el catolicismo, por medio del terror podrá ser públicamente hipócrita, no otra cosa; y el hipócrita es el más dañoso ser que en el mundo existir puede.

Convendremos, sin duda, en que era útil y aun preciso extrañar á los herejes, ó incapacitarlos, de una manera infalible y segura, de poder difundir sus perniciosos errores entre los jóvenes y los incautos, que son por cierto los herejes excesivamente afectos á hacer prosélitos; y fuera de la verdadera religion, la experiencia ha acreditado que la inmoralidad y el desórden están muy cerca.

Habiase, por cierto, introducido en España la herejía, aprovechando la ausencia del rey, y á favor de la regencia de una mujer, no escasa de talento ni de buenas dotes de gobierno, pero que al fin era mujer, y no podia prescindir de la debilidad propia y peculiar de su sexo, y de cierta imprevision que perjudica muchas veces aun á los hombres constituidos en altas dignidades y encargados de importantes mandos.

Carlos I habia recomendado uno y otro dia, y hasta en su testamento recomendó á su hijo el castigo de los herejes. Habíase preso ya á varias personas, de valia algunas de ellas; y el tribunal de la inquisicion activaba las respectivas causas, bajo la presidencia del arzobispo de Sevilla, D. Fernando Valdés, inquisidor general.

En aquella época se vieron encausados por el santo oficio el *arzobispo de Toledo*, Fr. Bartolomé Carranza, confesor del rey; el de *Granada* y el de *Santiago*; los obispos de *Lugo*, *Almería* y *Leon*, con un gran número de teólogos, títulos, abades, magistrados, y otra porcion de individuos pertenecientes á todas las clases de la sociedad, sin excepcion; desde la más humilde, hasta la más elevada.

Celebráronse, pues, dos autos de fé en Valladolid, siendo muy notable que excitaron la ira de los alemanes estos castigos, y sobre ellos se escribió mucho en Alemania, y con pluma mojada en hiel y veneno; mas para que se vea y pruebe lo que son los protestantes, la misma nacion que tan irritada se mostró por los castigos impuestos á los luteranos, que luteranos fueron todos los castigados, no tuvo una sola palabra de compasion hácia los judíos y moros, en otro tiempo y por causa análoga castigados.

Cuando se celebró el primer auto de fé, no se hallaba en España Felipe II, y en su ausencia le presidió su hijo el principe D. Cárlos; el que luego quiso ser protector de los herejes. Asistieron á aquella terrible solemnidad todos los consejos, prelados, grandes del reino, tribunales, etc., y todo el público que cupo en el recinto destinado al funesto y repugnante espectáculo.

El día elegido fué el domingo 21 de Mayo, en que se celebraba la fiesta de la Santísima Trinidad; y el lugar, la plaza Mayor de Valladolid, en la cual se levantaron tribunas, galerías y todos los necesarios departamentos; y para que pudiese ser visto el acto por un gran número de personas, se levantaron los tejados de las casas y sobre los techos se construyeron tablados.

Treinta y uno fueron los reos condenados: de ellos catorce lo fueron á muerte; diez y seis á ser reconciliados con penitencia; y uno, que ya no existía, condenado á sufrir en estátua la pena.

El más notable de todos fué el Dr. D. Agustín Cazalla, que era canónigo de Salamanca y predicador del rey Felipe, como tambien lo habia sido del emperador, el cual sufrió la pena de garrote, y la de fuego despues de muerto. Fué condenado por *hereje luterano dogmatizador*; y para que entiendan la verdad los que se lamentan de estos castigos y se duelen de la *inocencia* de los condenados, que si bien nosotros tampoco estamos conformes con la crueldad de los castigos en cuanto á la *inocencia* de los condenados como reos es muy diferente, diremos pocas palabras.

Algunos novelistas se han ocupado muchas veces de esta clase de víctimas, con notable perjuicio de la historia, haciendo un tráfico, permítasenos la frase, cuya calificacion omitimos. La generalidad, especialmente ciertas clases del pueblo, odia á la inquisicion sin saber en realidad lo que fué; y por esto muchas veces se ha escrito para halagar la popular creencia, acrecentando el odio; y adulando la popular manía se aumenta la expencion de los ejemplares, ventaja para los editores, y se adquiere *gloria* y se consigue disfrutar del *aura popular*. Para

lograr uno y otro, siempre aparecen, en cierta clase de novelas, víctimas inocentes y santificadas; inquisidores aviesos, crueles, *seductores*, etc., etc.

Sin que nosotros neguemos que entre los inquisidores los pudo haber menos buenos de lo que debian ser, y aun si se quiere decididamente malos, que al fin eran hombres, los hubo de notable virtud y de muy morigerada vida. Pudieron obrar extraviados por un celo excesivo, mal entendido en alguna ocasion; pero no por espíritu de venganza y por sevicia y crueldad de corazón, como algunos sientan como cosa probada. Pudieron cometer abusos, que tal es la condicion humana; mas fallaron infinitas veces en justicia; y si los castigos eran crueles y á las veces repugnantes, cúpese á las leyes con arreglo á las cuales juzgaban, y no á ellos que no las hicieron; y sobre todo, no se haga creer al pueblo, *porque no es verdad*, que *inquisidor* y *hombre infame*, eran una misma cosa; que *inquisicion* y silo de *maldades y de crímenes*, eran una cosa igual; y que *condenado* y *victima inocente* eran sinónimos. Podrán ciertos autores, exceptuando á los que debemos respetar y en efecto respetamos, cuya *gloria* ni queremos ni envidiamos, torturar la historia y calumniar en masa á los inquisidores: nosotros estamos en el deber de escribir la verdad, guste ó disguste, y es nuestra obligacion destruir los errores históricos de que están plagadas ciertas novelas, con muy grave responsabilidad de los respectivos autores, los cuales podian inventar cuanto quisiesen sin intrusarse en el terreno de la sagrada verdad, ó estudiar concienzudamente para no faltar á ella. Nosotros mismos hemos lamentado el rigor de los castigos; no negamos que pudo haber abuso, porque no era divina la ley, ni eran ángeles los jueces; pero la herejia de los condenados estaba probada hasta la evidencia.

El mismo desventurado Dr. Cazalla, condenado como antes dijimos por luterano *dogmatizador*, confesó su delito y de él se arrepintió públicamente. Murió de una manera edificante, y exhortando con grande uncion y vehemencia á sus compañeros de suplicio y todos los circunstantes á mantenerse firmes en la observancia de la religion católica: dejó de existir *retractándose* y confesando su *arrepentimiento*; la historia así lo asegura, y el que no es reo, ni se *retracta* ni se *arrepiente*; por el contrario, proclama su inocencia hasta en el momento de espirar en el patíbulo. El licenciado Herreruelo hizo un triste y notable contraste con el sábio Cazalla; respondia aquel á las exhortaciones de este con impiedades y blasfemias, por lo que fué condenado al fuego por impenitente, y hubo necesidad de ponerle mordaza; empero lampoco *negaba* su crimen religioso, se mantenía firme

en él, al revés que Cazalla, que espiró, ya lo hemos dicho, de una manera edificante y sumamente cristiana.

Fueron además condenados á muerte en este auto D. Juan Ponce de Leon, hijo del conde de Bailén; D. Juan Gonzalez, presbítero; Fr. Cristóbal de Arellano, Fr. García de Arias, Fr. Juan de Leon; doña María de Virués, doña María Cornel, doña María Bohorques y doña Isabel de Baena, cuyas casas fueron arrasadas, todas damas de la primera nobleza, con otras tres personas vulgares, y el difunto castigado en estatua.

Los diez y seis que con vida quedaron presenciaron el auto con sambenito, coraza, etc., pasando despues á sufrir las penas temporales de cárcel ó destierro, segun la respectiva criminalidad, confiscacion de bienes, y aun algunos cárcel perpétua.

Tambien en Zaragoza se verificó un auto de fé en 17 de Abril del mismo año.

El segundo celebrado en Valladolid fué en presencia del rey D. Felipe, y tuvo lugar en 8 de Octubre. Dicese por algun autor que se dispuso este famoso auto para celebrar el regreso del rey á España. Pudo muy bien esperarse su venida, como el expresado notable autor supone, por cierto espiritu de adulacion, comprendiendo las ideas del rey, tan decididamente contrarias á los herejes; pero de esto á celebrarse el auto para solemnizar el regreso del monarca, como pudiera decirse de un espectáculo teatral, segun el mismo respetable autor indica, hay un abismo de distancia. Hubiera sido tal determinacion una sangrienta crueldad de esas que apenas se conciben y que no pueden caber en corazones de hombres, sean católicos ó herejes; celebrar un motivo de regocijo con muertes y desastres, aunque estuviesen basados en justicia y apoyados en leyes, seria llevar tan al extremo la infamia y la crueldad, que rotundamente negaremos la certeza de este hecho, *que no encontramos comprobado en ninguna parte, mientras no se pruebe con irrecusables datos.*

Al auto de fé celebrado en 8 de Octubre asistieron el rey, el príncipe D. Carlos su hijo, la princesa doña Juana, su hermana, y Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, su sobrino, y con ellos la grandeza del reino, todo lo principal de la córte y un pueblo inmenso.

Los condenados eran treinta, catorce á muerte y diez y seis á la reconciliacion por medio de la penitencia. Hé aquí sus nombres y las penas que les fueron impuestas:

D. Carlos de Sesso, quemado.

Doña Catalina de Reinoso, id.

Doña Margarita de Santistéban, id.

Doña María de Miranda, id. (Las tres, monjas de Belen.)

- Doña Eufrasia de Mendoza, monja de Santa Clara, quemada.
 Pedro de Sotelo, id.
 Francisco de Almarza, id.
 Gaspar Blanco, id.
 Juana Sanchez, beata, difunta, quemados sus huesos y su efigie.
 Fr. Domingo de Rojas, en cadáver.
 El licenciado Diego Sanchez, en id.
 D. Pedro Cazalla, en id. (Hermano del doctor, condenado en el auto anterior.)
 Juan Sanchez, vivo.
 Doña María de Guevara, en cadáver.

Reconciliados con penitencia.

- Doña Felipa de Heredia.
 Doña Catalina de Alcaráz.
 Doña María de Reinoso. (Todas tres monjas de Belen.)
 Doña Isabel de Castilla.
 Doña Catalina de Castilla.
 Doña Teresa de Ospa.
 Ana de Mendoza.
 Magdalena Gutierrez.
 Leonor de Toro.
 Ana de Calvo, beata.
 Francisco de Coca.
 Gerónimo Lopez.
 Isabel de Pedrosa.
 Catalina Becerra.
 Anton Gonzalez.
 Pedro de Aguilar. —(Condenados estos á varias penas.)

Cuéntase con referencia á *Cabrera*, historiador de Felipe II, que el desgraciado D. Carlos de Sessa, caballero natural de Verona, principal dogmatizador y hereje impenitente que, segun la historia, *habia difundido las doctrinas luteranas por los pueblos de Castilla*, al sufrir el horrible suplicio, dijo dirigiéndose al rey: *¿Conque así me dejais quemar?* Y que Felipe contestó: *Y aun si mi hijo fuera hereje como vos, yo mismo traeria la leña para quemarle.*

Ni negamos, ni concedemos el hecho; pero como quiera que tales palabras pueden haber sido dictadas por el deseo de dar más *realce* al funesto y repugnante espectáculo, y al carácter de un rey muy calumniado, aunque no disimularemos nosotros después sus verdaderos defectos, suspendemos el juicio y no presentamos como cierto el hecho, mientras no esté más probado

que hoy lo está. Las palabras puestas en boca del rey están muy repetidas; pero esto ha sido muy modernamente y por el empeño de convertir á Felipe II en un tirano, sanguinario, cruel y repugnante déspota, sin cualidad ni sentimiento buenos; y esto no fué verdad y debemos demostrarlo. En algunas historias, debiendo de ser todas iguales, FELIPE II es la *segunda parte* de D. PEDRO DE CASTILLA, y casi siempre con igual *justicia*.

Esclavós nosotros, porque así lo prescribe severamente nuestro deber, de la verdad histórica, no disculparemos á este rey al tratar de la pragmática que expidió en Aranjuez á 22 de Noviembre, á cuyo sitio se dirigió despues de celebrado el auto y de haber estado en Madrid; decreto despótico, perjudicial á la ilustracion de los españoles, y como dirigido á encadenar el pensamiento y á matar las ideas.

El objeto fué el de impedir que se propagase en España la herejía, para lo cual trató de aislar la nacion, impidiéndola el comercio científico y literario con las demás de Europa.

Por la expresada pragmática prohibió rigorosamente á todos sus súbditos de todas clases y condiciones el trasladarse á estudiar á los colegios y universidades de las naciones extranjeras. Hé aquí unos fragmentos de la expresada pragmática:

«Los dichos nuestros súbditos que salen fuera destos reinos á estudiar, allende del trabajo, costas y peligros, con la comunicacion de los extranjeros y de otras naciones se divierten y distraen, y vienen en otros inconvenientes.

» Por lo cual mandamos que de aquí en adelante ninguno de los nuestros súbditos y naturales, de cualquier estado, condicion y calidad que sean, eclesiásticos ó seglares, frailes ni clérigos, ni otros algunos, no puedan ir ni salir destos reinos á estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni á estar ni residir en universidades, ni estudios ni colegios fuera destos reinos; y que los que hasta agora y al presente estuvieren y residieren en las tales universidades, estudios ó colegios, se salgan y no esten mas en ellos dentro de quatro meses despues de la data y publicacion desta nuestra carta; y que las personas que contra lo contenido y mandado en esta nuestra carta fueren y salieren á estudiar y aprender, enseñar, leer, residir, ó estar en las dichas universidades, estudios ó colegios fuera de estos reinos; á los que estando ya en ellos, y no se salieren y fueren y partieren dentro del dicho tiempo, sin tornar ni volver á ellos, siendo eclesiásticos, frailes ó clérigos, de cualquiera estado, dignidad y condicion que sean, sean habidos por extraños y agenos destos reinos, y pierdan y

» les sean tomadas las temporalidades que en ellos tuvieren; y
 » los legos cayan y incurran en pena de perdimiento de todos sus
 » bienes, y destierro perpetuo destes reinos..... etc.»

Es innegable que la pragmática en cuestion era muy oportuna y á propósito para evitar el que se difundiese la herejía en España, tan generalizada en el extranjero; pero de tal medida habrían forzosamente de resentirse todos los ramos del saber humano; y como la ignorancia es el peor de los males que en lo humano pueda afligir á una nacion, hubiera sido harto mejor, en nuestro concepto, no haber publicado la dicha pragmática; haber dejado á cada uno seguir en puntos de religion la senda que quisiese, en uso del libre albedrío que el mismo Dios concedió al hombre para no salvarle ni condenarle por fuerza, permítasenos la expresion, y haber puesto todo el empeño y conato en conservar la unidad católica no consintiendo en que los que del extranjero regresasen pudiesen difundir sus ideas, si volvian contaminados de la herejía, ni permitir predicaciones ni culto público á luteranos ni calvinistas, ni á otro hereje alguno.

AÑO 1560.

LLEGADA Á ESPAÑA DE DOÑA ISABEL DE LA PAZ.

BODAS REALES.

Cuando estaba para terminar el año anterior, salió de la corte D. Francisco de Mendoza, obispo de Búrgos, con el duque del Infantado, comisionados por el rey para recibir en la raya de Francia á su futura esposa doña Isabel de Valois, llamada *de la Paz*, que habia de llegar acompañada del cardenal de Borbon, del duque de Vendôme y de una lucida comitiva de caballeros franceses.

El dia 3 de Enero llegó doña Isabel á San Juan de Pié-de-Puerto, y el dia 4 fué entregada con toda solemnidad y etiqueta á los representantes de Felipe II, en el famoso Roncesvalles.

De acuerdo con las instrucciones dadas por el rey, fué la princesa llevada á Guadalajara, á cuyo punto pasó Felipe desde Toledo, en donde á la sazón residia. En la primera de ambas ciudades se desposaron los régios consortes, y el dia de la Purificacion de Nuestra Señora (2 de Febrero) se velaron, oficiando de pontifical el obispo de Búrgos, siendo madrina la infanta doña Juana, hermana del rey, y padrino su hijo el príncipe D. Carlos; que hubiera tenido notable pesar, á ser cierto el error que destruiremos despues.

Trasladáronse los reyes á Toledo, en donde fué recibida de muy satisfactoria manera doña Isabel de la PAZ. Hé aquí los públicos regocijos y fiestas que, segun un moderno autor, se celebraron en la imperial Toledo, con motivo de las reales bodas:

«Simulacros de batalla en la Vega por numerosos cuerpos de infantería y caballería, lujosamente vestidos, unos á la morisca, á la húngara otros; danzas de doncellas de La Sagra; otras de gitanas y de moriscas; comparsas de gremios con sus estandartes; diferentes y muy vistosas mascaradas; músicas y coros de concertadas voces; arcos triunfales desde la entrada hasta la iglesia mayor y el alcázar; los oficiales del Santo Oficio á caballo, con su estandarte morado; los doctores todos de la universidad; el cabildo en pleno, de toda ceremonia; consejos, tribunales, grandeza de España; monumentos con inscripciones alegóricas; torneos, juegos de cañas y otros espectáculos, nada se omitió en aquellos dias para festejar á la princesa extranjera que venia á sentarse en el trono de Castilla.»

Las fiestas fueron suspendidas por haber enfermado la real esposa, de viruelas.

Esta señora tenia cuando llegó á España más de diez y ocho años de edad, casi diez y nueve; era de corta estatura, pero de bien formado cuerpo, pequeña cintura, pié diminuto; de rostro gracioso, moreno claro, ovalado, con ojos negros, y negros tambien los cabellos; el carácter muy dulce y afable. El rey tenia á la sazón poco más de treinta y tres años; esta circunstancia debe tenerse muy presente, y á su tiempo diremos por qué.

Restablecida doña Isabel hubo Córtes en Toledo, en las cuales fué jurado príncipe de Asturias D. Cárlos de Austria, jurando él despues guardar los fueros, privilegios, etc., de Castilla.

Los diputados del reino presentaron al rey 111 peticiones, de las cuales fueron las siguientes las más importantes:

«Que visitara y recorriera el rey todas las ciudades del reino, para que pudiera conocer á las personas de quienes se podría servir;—Que se reformara *el lujo en los trages*, dando S. M. el primero el ejemplo;—Que se suspendiera la venta de los lugares pertenecientes á la corona;—Que se terminara sin levantar mano la Recopilacion de las leyes;—Que no se permitiera sacar carnes ni cereales de Castilla á los reinos de Portugal, Aragon y Valencia;—Que se moderaran los intereses de las deudas del rey;—Que no se permitiera sacar dinero del reino;—Que continuara el rey no tomando para sí el dinero que venia de las Indias para particulares;—Que se suprimieran las aduanas entre Castilla y Portugal;—Que no se dorara ni plateara cosa alguna sino para las iglesias;—Que se nombra-

» ran jueces para conocer en qué grado habian de ir las causas á Roma, para evitar costas y dilaciones;—Que las justicias ordinarias pudieran castigar los soldados delincuentes en delitos contra paisanos, no valiéndoles el fuero militar;—Que los que tuvieran empleo ú oficio real no pudieran tratar en mercaderías;—Que los moriscos de Granada no pudieran comprar esclavos negros;—Que se persiguiera á los vagabundos;—Que se marcara á los ladrones en el brazo;—Que los grandes no tuvieran muchos lacayos, pues por el aliciente de la librea dejaban muchos las labores de la agricultura;—Que se fortificarán las ciudades de la costa, etc.»

El día 19 de Setiembre terminaron las sesiones, y el rey determinó trasladarse á Madrid, y hacer á esta poblacion *córté y capital de España*. Créese que adoptó esta determinacion, así porque le agradaba mucho, el por qué, si consideramos lo que Madrid era en aquella época, lo ignoramos, como por su situacion céntrica y á propósito para ser como *el corazon de España*.

En el año 1560 se celebró un auto de fé, el domingo de Carnaval.

Ya tranquilo en la nueva córté Felipe II, se dedicó á hacer activar las gestiones para remediar las quiebras del erario.

Llegó en este año una flota de las Indias, como decian entonces y aun mucho despues, trayendo á la península 144 millones de maravedís, distribuidos del modo que presenta la adjunta curiosa relacion:

Relacion del dinero que ha venido para S. M. de Indias en la flota del cargo de Pedro de las Roelas, y en otras naos que despues han llegado de Sevilla hasta los 4 de Julio presente, conforme á lo que han scripto los oficiales y relaciones que han enviado. Y esta es fecha en Toledo á 10 del dicho mes de Julio, 1560.

En las primeras naos vinieron para S. M.	81.373,000 mrs.
En otras vinieron.	21.154,840
En otras.	34.327,921

NOTA. Demás desto han venido en esta nao ciertas piedras, esmèraldas, perlas y aljofar, que por no estar tasadas, no van cargadas aqui.

En otra nao de Honduras.	4.400,000
En otra.	2.409,400
En otra llegada de San Juan de Puerto-Rico.	156,100

Monta todo lo venido. 143.902,360

(Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 139.)

Y para que el lector pueda conocer lo que en cada año, uno con otro, producian los dominios ultramarinos, insertaremos la siguiente nota que, como la anterior, hemos tomado del Sr. Lafuente:

«Montan lo que pueden rentar y al presente rentan á S. M. »todas las Indias en un año de las rentas que al presente tiene »en ellas, que son quintos del oro y plata que se funde, y tribu- »tos de los pueblos que están en su real corona, y derechos de »almojarifazgo que se cobran en los puertos y derechos de fun- »didor y marcador mayor, y penas que se aplican á su real cá- »mara, 1.002,694 pesos, 5 tomines y 11 granos, que contados »á 450 mrs. cada peso, valen 451.212,031 mrs., que montan, »reducidos á ducados de 375 mrs. cada uno, 1.203,233 ducados, »y 256 mrs. La cual cuenta, como aqui se contiene, saqué yo el »dicho Antonio de Villegas por mandado de los señores del Con- »sejo de Indias en Toledo á 11 dias del mes de Junio de 1560 »años, y va escrita en nueve pliegos de papel horadados, con »este en que va esta resolucion, que todos van señalados de mi »señal. Esto es sin reducir á dinero los marcos de perlas ni la »cera que van puestos en esta cuenta.—Antonio de Villegas.»— Archivo de Simancas, Estado, leg. 139.

«Las provincias de Indias en que S. M. tenia hacienda, eran »las siguientes: Nueva España.—Nueva Galicia.—Yucatan y »Cozumél.—Guatemala.—Honduras.—Nicaragua.—Tierra Fir- »me, llamada Castilla de Oro.—Cartagena.—Santa Marta y »nuevo reino de Granada.—Popayan.—Rio de la Plata.—San »Francisco y Sancti Spiritus del Brasil.—Venezuela.—Pesque- »ría de las Perlas.—Provincia del Perú lo que toca á la Nueva »Castilla.—Nuevo reino de Toledo en el Perú.—Chile.—Isla Es- »pañola.—Isla de Cuba.—Isla de San Juan de Puerto-Rico.— »Isla de la Margarita.»—(Archivo de Simancas, *ibid.*)—Lafuente, T. XIII, P. III, lib. II, cap. V, pág. 116.

Sin embargo de esto, la nacion estaba empobrecida, y el tesoro agotado. Criticase al rey Felipe de que no moderaba los gastos de su casa, y cierto que debió hacerlo; pero no lo es menos que el gran déficit del público erario y la pobreza de los pueblos procedian del reinado anterior, de tantas, tan dilatadas y continuas guerras, y de sostener, por decirlo así, dos córtes: una en España y otra en el punto en que el emperador residia.

Esclavos de la verdad diremos, empero, que en algunos puntos el rey, lejos de hacer economías, á la sazón tan necesarias, aumentó algunos gastos, como en otro lugar veremos.

ÁFRICA.

Dragut, el famoso corsario á quien el lector ya conoce, continuaba enseñoreado del Mediterráneo haciendo cada vez más temible su nombre, y siendo el terror de cuantos tenían necesidad de surcar aquellas aguas, ó de habitar en aquellas costas.

En el año anterior (1559) se trató de reconquistar á Tripoli, cuya empresa encomendó el rey al duque de Medinaceli, virrey de Sicilia. Este anduvo tan poco avisado ó tan remiso, que en vez de aprovechar la oportunidad de haber pasado Dragut á hacer la guerra en lo interior del Africa á uno de los reyezuelos de Berbería, dió tiempo á que supiese el pirata el peligro que Tripoli corria, y á que acudiese á conjurarle introduciendo en la plaza refuerzos y preparándola para resistir.

Además de la lentitud con que el duque ejecutó todas las operaciones preparatorias, en Siracusa tuvo necesidad de detenerse, á consecuencia de los recios temporales; y allí fué diezmada la gente de desembarco que llevaba, á impulso de las enfermedades, desarrolladas por efecto de los alimentos nocivos que en la armada iban; tal era el estado en que aquellos se hallaban, fuese por una mal entendida y perjudicial economía, ó por engaño de los contratistas.

Remediáronse en lo posible los daños, y la armada tomó rumbo al Africa y se acercó, antes de marchar contra Tripoli, á la malhadada isla de los Gelbes. Renováronse allí las enfermedades y los trabajos, y solo ocurrieron algunos combates en los cuales sin gloria, puede decirse, perecieron varios bizarros guerreros.

Por fin lograron los españoles apoderarse del castillo y hacer que el jeque, ó gobernador, reconociera á Felipe II y le jurara como tributario; y hecho esto, el duque de Medinaceli, contra el parecer de todos los capitanes, se obstinó en fortificar el rendido castillo.

La opinion general estaba por que se demoliere aquella fortaleza y en seguida pasar á sitiar á Tripoli. Solo se apartó de este parecer el célebre y veterano D. Alvaro de Sande, á quien el lector debe recordar, que estuvo de acuerdo con Medinaceli, y ambos se engañaron.

Dragut habia tenido buen cuidado de pedir socorro á Soliman, y la escuadra turca, mandada por el temible Pialy, apareció en las inmediaciones de los Gelbes, cuando nadie podia esperarla.

Desde que se avistó la armada, todo fué confusion y desorden;

todos querian reembarcarse, y todo consistia en que ninguna confianza tenian en el supremo caudillo de la expedicion, que era más valiente que hábil y perito en asuntos de guerra.

La falta de serenidad en las críticas y extremas circunstancias, lleva consigo los desastres y las calamidades; y esto que siempre y en todas ocasiones sucede, tampoco falló en aquella. Al tomar las naves precipitadamente, unas encallaron, otras se estrellaron, y á las que fueron menos fáciles de mover, por su porte y natural pesadez, las abordaron los turcos, haciendo cerca de cinco mil cautivos, sin contar como mil guerreros que en la lucha perecieron. Solo lograron salvarse los de Malta, que fueron más serenos ó más practicos, y el duque, que protegido por Juan Andrea d'Oria, sobrino del célebre principe de Melfi, con algunos oficiales pudo salir libre, aprovechando las sombras de la noche.

El duque de Medinaceli se salvó; pero dejó fuertemente comprometido al pundonoroso y valiente D. Alvaro de Sande. Este habia recibido de aquel el encargo de defender el castillo, asegurándole que le mandaria socorro; pero solo cuidó el supremo caudillo de ponerse en salvo.

Doce mil turcos cargaron sobre la fortaleza, y D. Alvaro, con un puñado de valientes, hizo una resistencia fabulosa, sin arrendarse por el refuerzo de siete mil moros de la isla, que reforzaron á los doce mil soldados de Pialy.

MES Y MEDIO, que asombra, resistió la exigua y valerosa guarnicion del castillo, luchando con el hambre y con cuantas calamidades son inherentes á un sitio dilatado y á la defensa de un castillo aislado, sin recursos, y en medio de enemigos.

Y á pesar de tan desastrosa posicion, hacian sus bizarras salidas los sitiados, y causaban no pequeño estrago en la morisma, encerrándose inmediatamente en el castillo.

Lastimados Dragut y Pialy, que ambos estaban en el sitio, de los trabajos que aquellos valientes soportaban con alma heroica, y admirados de tanto valor, aconsejaron á D. Alvaro se rindiese, asegurándole la vida, así como á los demás que le acompañaban. D. Alvaro empuñó el estandarte y contestó que abrazado con aquella honrosa enseña moriria antes que rendirse, peleando como honrado por su Dios, por su patria y por su rey.

Aquella misma noche hizo el bizarro D. Alvaro una impetuosa salida, seguido de dos oficiales, y abriéndose camino con la punta de la espada, ganó la playa y la cubierta de un navio que estaba en la costa varado.

En seguida entraron los turcos en el castillo, y despues de degollar á algunos de los defensores, llevaron á los demás cauti-

vos, entre otros al primogénito del duque de Medinaceli, don Gaston de la Cerda, D. Sancho Martinez de Leiva, D. Juan de Córdoba, D. Berenguer de Requesens y Galeazzo Farnesio.

Al salir el sol fué un espectáculo imponente, por lo inusitado, el que presentaba la cubierta del navío en que estaba el valeroso D. Alvaro. Rodeado de centenares de turcos, con el escudo embrazado y empuñada la espada, pronto á combatir, pero sin que ninguno de cuantos le rodeaban se atreviese á acometerle: tal es el influjo que ejerce el valor, cuando excede de lo que puede admitir la capacidad humana.

Al fin comprendiendo la inutilidad de resistir más, y la conveniencia de reservar al rey y á la patria aquel gran corazon y aquella espada, á la sazón sin rival, se entregó prisionero, á instancias repetidas de un renegado genovés. Ya en Constantinopla, fué destinado por Soliman á la torre del Perro, situada en el mar Negro, con otros cautivos, entre los cuales se contó al hijo de Medinaceli, que allí falleció.

Tales eran los desmanes de los turcos y moros, especialmente de aquellos, que las Córtes en este mismo año, y entre sus numerosas peticiones, se dirigieron al rey con la siguiente:

«Otrosí decimos, que aunque V. M. ha tenido siempre relación de los daños que los turcos y moros han hecho y hacen andando en corso con tantas bandas de galeras y galeotas por el mar Mediterráneo, pero no ha sido V. M. informado tan particularmente de lo que en esto pasa, porque segun es grande y lastimero el negocio, no es de creer sino que si V. M. lo supiese, lo habria mandado remediar: porque siendo como era la mayor contratación del mundo la del mar Mediterráneo, que por él se contrataba lo de Flandes y Francia con Italia y venecianos, sicilianos, napolitanos y con toda la Grecia, y aun Constantinopla, y la Morea y toda Turquía, y todos ellos con España, y España con todos, todo esto ha cesado, porque andan tan señores de la mar los dichos turcos y moros corsarios, que no pasa navío de Levante á Poniente, ni de Poniente á Levante, que no caiga en sus manos: y son tan grandes las presas que han hecho, asi de christianos cautivos como de haciendas y mercancías, que es sin comparacion y número la riqueza que los dichos turcos y moros han avido, y la gran destruicion y assolacion que han hecho en la costa de España: porque dende Perpiñan, hasta la costa de Portugal, las tierras marítimas se están incultas, bravas, y por labrar y cultivar; porque á cuatro ó cinco leguas del agua no osan las gentes estar; y asi se han perdido y pierden las heredades que solian labrarse en las dichas tierras, y todo el pasto y aprovechamiento de las dichas

»tierras marítimas, y las rentas reales de V. M. por esto tambien
 »se disminuyen, y es grandísima inominia para estos reinos que
 »una frontera sola como Argel pueda hacer y haga tan gran daño
 »y ofensa á toda España: y pues V. M. paga en cada un año
 »tanta suma de dinero de sueldo de galeras, y tiene tan principa-
 »les armadas en estos reinos, podriase esto remediar mucho,
 »mandando que las dichas galeras anduviesen siempre guardan-
 »do y defendiendo las costas de España sin ocuparse en otra
 »cosa alguna. Suplicamos á V. M. mande ver y considerar to-
 »do lo susodicho; y pues tanto va en ello, mande establecer y
 »ordenar de manera, que á lo menos el armada de galeras de
 »España no salga de la demarcacion della, y guarde y defienda
 »las costas del dicho mar Mediterráneo dende Perpiñan hasta el
 »estrecho de Gibraltar, é hasta el rio de Sevilla; y V. M. mande
 »señalarles tiempo preciso que sean obligados á andar en corso
 »y en la dicha guardia, sin que dello ose exceder: porque en
 »esto hará V. M. servicio muy señalado á Nuestro Señor, y gran
 »bien y merced á estos reinos.»

La solicitud con que los procuradores del reino instaban al rey para que acudiese al remedio de los males que el turco ocasionaba, prueba hasta la evidencia la gravedad de aquellos. El rey la tomó en consideracion; mas en aquel año todo se redujo á consulta y cálculos, porque tampoco fué posible improvisar un remedio tal como le exigía el daño, si habia de ser aquel radical. En 1560 solo se llevó á cabo la malhadada expedicion á Tripoli, que sufrió el desastre en los Gelbes, á cuya isla no sabemos cómo se acercaba ningun caudillo español, despues de haberlo hecho Pedro Navarro.

En este año, cargado de méritos y relevantes servicios, falleció el célebre almirante Andrea d'Oria, principe de Melfi, á la edad de noventa y tres años.

DECENIO SÉTIMO.

AÑO 1561.

Este año fué muy poco fecundo en acontecimientos. Respecto de Africa, nada se hizo sino celebrar consejos y formular disposiciones que se aprobaban alternativamente segun convenia, despues de oido el parecer de las personas más aptas y entendidas.

Al mismo tiempo, la situación económica del reino daba no poco que hacer al rey y á los consejos. Tratábase de hacer un verdadero presupuesto para el año siguiente, y no solo no era posible acercarse á poner á nivel con los gastos los ingresos, si que tampoco se podian los consejeros acercar á disminuir el enorme déficit que habia.

En medio de las dificultades que por todas partes surgian para hacer más penosa y difícil la laboriosa tarea de los consejeros; cuando solo de economías se trataba y de remediar las quiebras enormes y amenazadoras de la pública Hacienda, llamada entonces real, se propuso y se aprobó para el año inmediato el aumento en la consignacion de la reina, que ascendia á 60,000 ducados y pasó á ser de 80,000; así como la del príncipe se aumentó en 18,000 ducados, poniéndola en 50,000 de 32,000 que señalados tenia D. Carlos.

Estas medidas cuando de hacer economías se trataba, no podian ser gratas á los pueblos; y mucho menos cuando tan reciente estaba la petición de las Cortes de Castilla respecto de la reduccion de gastos, reduccion que aquellas pedian comenzase, como era justo, por los gastos de la casa real. Por manera que en 1561, nada se decidió en lo tocante á la apremiante cuestion de Africa, ni se hizo cosa en el punto, no menos importante, de economías, fuera de los aumentos en las consignaciones del príncipe y de la reina, ni se pasó de reuniones, consultas é informes: de palabras, mucho; de hechos, absolutamente nada.

AÑO 1562.

Comenzó el siguiente año afirmándose los consejeros de Hacienda en la imprescindible necesidad que habia de acudir á los remedios y arbitrios extraordinarios, tales como los que en otro lugar hemos manifestado; y en una exposicion que hicieron al rey en contestacion á diversas consultas, entre otras cosas decian:

«Ya vió S. M. la relacion del dinero que es menester para
 »cumplir y proveer los gastos de este año de 1562, y cuán for-
 »zosos son, y las consignaciones que hay para ello: presupuesto
 »esto, y que las cosas del crédito están de manera que sobre él
 »no hay que hacer fundamento cierto que se pueda hallar nin-
 »gun dinero, ni aun sobre las consignaciones que hay, por ser
 »pocas, y algunas de ellas inciertas, y que en cualquier caso ha
 »de salir á V. M. muy caro negociar con mercaderes, y que los

»intereses consumirían mucho, ya que quisiesen proveerle, lo
 »cual depende de muchas incertidumbres; se ha mirado y plati-
 »cado en la forma y traza que se podría tener para el remedio
 »de esto, y parece que conviene mirar y prevenir con tiempo,
 »antes que apriete mas la necesidad, de dónde y cómo se ha de
 »buscar y proveer lo que falta; y el medio que se halla mas con-
 »veniente y menos dañoso para la hacienda de V. M. es que se
 »vendan algunos vasallos con su jurisdiccion, alcabalas y rentas,
 »y que para facilitar las ventas y atraer á ellas á los comprado-
 »res con mas brevedad, se hiciese alguna moderacion y baja en
 »el precio de esto de vasallos; porque de otra manera se duda
 »que haya quien quiera comprar, especialmente habiendo de go-
 »zar los pueblos que se vendieren del encabezamiento por los
 »quince años de esta prorogacion, que en todos ellos no pueden
 »los compradores tener ni esperar ningun crecimiento en las al-
 »cabalas; que esta esperanza es la que hace comprar á muchos;
 »y demás de esto hay juros de á 10 y á 14 y otros precios que
 »vender, y los que lo tienen hacen comodidades á los comprado-
 »res. Por todas estas causas, y para poder haber con brevedad
 »el dinero, se tenia por conveniente esto de la moderacion, y de
 »la manera que se ha platicado y parece se podría hacer es la
 »siguiente hasta en cantidad de 700,000 ducados.»

ESCORIAL.

Hacia tiempo ya que el rey acariciaba en su mente la idea de erigir un suntuoso templo que excediese en magnificencia y grandeza á todos los de España, y si era posible, á los del extranjero.

Nació la idea á consecuencia del memorable triunfo obtenido en San Quintín, y fué el objeto de la proyectada fundacion el construir un monumento que perpetuase el recuerdo de aquella gloriosa jornada.

Créese comunmente, y así lo dice un respetable manuscrito que á la vista tenemos, que sin dejar de ser cierto lo antedicho, la idea del rey tuvo otro origen, al concebirla.

Cuéntase que despues de la gran batalla, y cuando se estrechaba el sitio de la plaza, dieron parte al rey los principales caudillos de la necesidad que habia de derribar una ermita, que acaso en el des poblado, pero cerca de la plaza, estaba, para colocar una batería. El rey, que miraba como una grave falta el consentir en la destruccion de un edificio que, si bien pequeño, es-

taba dedicado al culto de una imagen de Nuestra Señora, negó su consentimiento para el derribo. Insistieron los generales, haciéndole ver que de la colocacion de aquella bateria dependia quizá la pronta rendicion de la plaza, y el considerable ahorro de tiempo, de gastos y, lo más importante, de sangre. En consideracion á todo esto, el rey consintió al fin, diciendo: *Derribese, pues, si es preciso: yo haré construir, tiempo adelante, un templo para Dios, y una choza para mí.* Y, en efecto, tiempo adelante el templo fué el hoy llamado OCTAVA MARAVILLA, y la choza el palacio que al primero está unido.

Tenemos motivos muy fuertes, que no estamos en el caso ni en la necesidad de exponer, para dar entera fé al manuscrito á que nos referimos, que está, por otra parte, conforme con la opinion de algunos antiguos historiadores. El erudito Lafuente niega que tal sea el origen de la fundacion, basando su juicio, principalmente, en la *carta de fundacion*, documento en el cual el rey se refiere á los *beneficios que de Dios habia recibido y cada dia recibia, y cuánto se habia servido encaminar y guiar los hechos del rey*, etc., y nada habla del derribo de la ermita.

Nosotros debemos decir que no habiendo sido un voto, más ó menos solemne, el que formuló el rey, sino una simple contestacion que dió á los generales que le instaban para que accediese al derribo de la ermita, no hubo para qué lo hiciese constar en la carta de fundacion, ni aun nos parece que hubiera sido oportuno y pertinente el colocar aquel hecho particular en un documento de tal naturaleza y tan oficial y solemne. Por otra parte, el hecho en cuestion es de tan escasa importancia, que no hay para qué detenerse á probar su certeza, ni á refutarle.

Lo que está fuera de toda duda es que Felipe II quiso, al fundar el suntuoso monasterio del Escorial, perpétuar el glorioso recuerdo de la batalla y toma de la plaza de San Quintin. Por esto dedicó el templo al mártir español San Lorenzo, en cuyo dia se obtuvo la memorable victoria, *segunda parte de la de PAVIA*, y por esto tambien existe la bellísima pintura que representa la expresada batalla, en la que se ve á Felipe II, y ante cuya obra de arte y de genio se detiene todo extranjero con placer y admiracion, cuando visita la OCTAVA MARAVILLA.

Al regresar de Flandes el rey, comenzó á pensar en la eleccion de sitio para la edificacion del monasterio, y fijó sus miras en las laderas del Guadarrama, terreno no muy distante de la corte, y excelente por su salubridad y por sus generales condiciones para la construccion.

Para proceder con acierto, nombró una comision de arquitectos, médicos y geólogos, los cuales de comun acuerdo eligieron el

terreno que hoy ocupa aquella magnífica fábrica, en un sitio inmediato al Escorial y á la Alberquilla, cerca de la dehesa de la Herrería, á casi ocho leguas Norte de Madrid. Fué preferido el expresado sitio por su frescura y fertilidad, por lo saludable de sus aires, por la abundancia y excelente calidad de sus aguas, que difícilmente se encontrarán mejores, y últimamente, por las inmensas canteras de granito y abundantísimos pinares, circunstancias tan indispensables para una obra como la que se proyectaba, y cuya proximidad tanto tiempo, coste y fatiga podían economizar.

El rey, después de haber oído el dictámen de la comision, pasó á examinar por sí mismo el sitio elegido, y quedó muy complacido con la precitada eleccion. Tétrico, más que alegre, como Felipe era desde sus más tiernos años, concibió en aquel momento la idea de pasar en aquel frondoso, pero melancólico, sitio la mayor parte de su vida, y comprendió que era aquel tambien muy á propósito para morada de monjes que rindiesen diariamente y á toda hora adoracion y culto al Dios de los ejércitos, que habia guiado sus armas y permitido que inaugurase su reinado con una de las más grandes victorias que en la historia se registran.

Pensando en la órden religiosa que habia después de ocupar el proyectado monasterio, se decidió por la de San Gerónimo, más que por otra razon, en memoria de su padre el emperador, que siempre fué Felipe muy buen hijo, cuyo soberano acabó sus dias en un convento de la expresada órden, á la cual siempre prefirió y distinguió.

Determinado así, propuso al capítulo general de San Gerónimo, reunido en San Bartolomé de Lupiana, el nombramiento de prior y demás monjes que habian de pasar á poblar el nuevo monasterio de la órden; y en virtud de la propuesta del rey, fué nombrado primer prior el R. P. Fr. Juan de Huete, á la sazón prior de la casa de Zamora, y vicario el P. Fr. Juan del Colmenar, vicario entonces de la casa de Guisando.

Hecho todo esto, se pasó á desbrozar y preparar el inmenso terreno, y en el año 1562, terminado el desmonte, se trasladó al elegido y preparado sitio el rey con toda la córte, y el arquitecto mayor de S. M., Juan Baulista de Toledo, ante la córte y el mismo soberano tiró las líneas, y con estacas y cuerdas demarcó el vasto perímetro en que habia de construirse la magnífica y colosal mole, con arreglo al plano que habia hecho el precitado célebre arquitecto.



AFRICA.

En este año, Hassen, virey de Argel, é hijo del funestamente célebre pirata Haradin Barbaroja, dispuso sacar al mar una armada que, tomando rumbo á las costas de Valencia, se ocupase en sublevar á los moriscos de aquel reino.

Sabida esta noticia, mandó el rey desarmar á todos los moriscos valencianos; y tan acertadamente se tomaron las medidas, que se practicó la operacion tranquila y felizmente.

Hassen, viendo que su proyecto habia fracasado, determinó formar un fuerte ejército con el objeto de reconquistar á Orán y á Mazalquivir.

Tan importante noticia hizo que los consejeros saliesen del letargo, y que el rey por sí mismo y sin agena excitacion mandase tomar rápidamente algunas providencias para impedir que el virey de Argel consumase su proyecto.

Desde aquel momento todo fué actividad y diligencia. Instantáneamente y por orden del rey Felipe, se construyeron veinticuatro galeras en Barcelona, que despues se armaron y equiparon, viniendo para ellas de Nápoles los remos, de Flandes los palos; y asimismo se construyeron en Vizcaya excelentes picas y muy buenos arcabuces.

Dió S. M. el mando de la armada á D. Juan de Mendoza, agregando á su ejército los tercios veteranos que habian pasado á España desde Flandes, y que componian unos cuatro mil hombres, concluyendo el año cuando todo estaba ya á punto y preparado para oponer al feroz Hassen la posible resistencia, á fin de que no se perdiese la memorable conquista del gran cardenal Cisneros, que asimismo recordaba al inolvidable Fernando V, el Católico.

AÑO 1563.

AFRICA.

Levó anclas la armada del puerto de Málaga, y no mucho despues sufrió aquella el más terrible temporal que imaginarse puede. Baste decir que unas naves se sumergieron, otras se estrellaron, y con las anegadas se fueron á fondo y perecieron cuantos las tripulaban, incluso el caudillo D. Juan de Mendoza.

28. Cierta que podría creerse en la existencia de una mano fatal que impedía los progresos de las armas españolas en Africa, puesto que rara expedición se hizo sin experimentar averías; y esta última fué una verdadera y luctuosa catástrofe.

29. Hassen, el virey de Argel, comprendió cuán necesaria era la actividad en las operaciones, puesto que la armada cristiana había sido por completo destruida. Hizo en seguida que sus mensajeros pidiesen auxilio y refuerzos á otros príncipes sus correligionarios, y al llegar la primavera se puso frente á Mazalquivir con *cien mil* hombres y treinta naves.

30. Era gobernador de la amenazada plaza D. Martin de Córdova, hermano del conde de Alcaudete, gobernador general de aquellas posesiones africanas; y el conde por su parte, así como su hermano por la suya, hacían bizarras acometidas, causando siempre pérdidas á los ismaelitas.

Estos dieron *once asaltos* á la plaza por las brechas que su artillería había abierto, y aun llegaron á clavar el estandarte de Mahoma en alguna de aquellas, teniendo que arrancarle para que no cayese en poder de los valerosos cristianos; y en tanto se sostenían admirablemente los dos heróicos hermanos, el rey activaba las operaciones, é instaba para que se reuniesen y mandasen socorros á los héroes de Mazalquivir, cuyo fabuloso valor é increíble resistencia contra tantos y tan decididos enemigos, de derecho exigía un pronto socorro, prescindiendo de la necesidad de conservar la plaza,

Llegado el mes de Mayo logró el rey, y nada perdonó para lograrlo, que se reuniesen en el puerto de Barcelona las naves que mandó venir de Italia, provistas de cuanto fué necesario, incluso tropas de desembarco, aumentadas con las levás que se hicieron en Andalucía.

Entregó el soberano el mando de la armada á D. Francisco de Mendoza, que fué más afortunado que su predecesor, quien también tenía el mismo apellido, como el lector recordará todavía, así como su desgraciado y desastroso fin.

Dió vista á Mazalquivir la escuadra española, y sin detenerse un punto acometió á la enemiga, destruyéndola en muy poco tiempo y apresando nueve naves.

Los sitiados, que estando aislados tan valerosos se habían mostrado, no hay para qué decir si redoblarían su ánimo al verse apoyados. Salieron impetuosamente de la plaza, y cargando sobre las tropas de Hassen, este levantó el sitio y huyó como un cobarde, con más de noventa mil hombres que aun tenía, y á pesar de que los españoles, entre los de la armada y los de la plaza, no llegaban á siete mil.

El bizarro Mendoza surtió á Mazalquivir y á Orán de víveres y municiones, reforzó las guarniciones de ambas plazas y regreso á España, entrando triunfalmente en la córte y siendo victoreado y muy aplaudido.

El rey le remuneró largamente, así como á D. Martin de Córdova, glorioso defensor de Mazalquivir, y á los que más se habian distinguido en aquel hecho de armas, incluso los soldados: al conde de Alcaudete le nombró virey de Navarra. Fué loado el comportamiento de Felipe II en aquella ocasion; porque espontáneamente atendió con liberal mano á las viudas y huérfanos de los que habian gloriosamente perecido en el sitio y combate de Mazalquivir.

Manteniáse en poder de los agarenos el Peñon de la Gomera, desde 1522 en que se apoderaron de él. Convertido el Peñon en un silo de piratas, era un terrible padrastro para las costas de Andalucía; y considerándolo así D. Pedro de Venegas, que era á la sazón gobernador de Melilla, indicó al rey la conveniencia de reconquistar el Peñon.

Aceptó Felipe la indicacion; la armada estaba pronta y reunida; los soldados enorgullecidos con la reciente victoria de Mazalquivir, y todas las circunstancias eran oportunas y á propósito para intentar la bélica empresa.

Para llevarla á cabo fué nombrado el intrépido Mendoza; mas por desgracia falleció en Málaga antes de darse á la vela la expedicion.

En su reemplazo fué nombrado D. Sancho Martínez de Leiva, general experimentado y hábil, dando el encargo de mandar la vanguardia, compuesta de ocho galeones, al célebre marino é intrépido caudillo D. Alvaro de Bazan.

Llegó la escuadra á dar vista al Peñon y desembarcó la tropa, y sostuvo con valor algunos encuentros parciales con los moros. Tuvo, sin embargo, D. Sancho que mandar reembarcar á los suyos, porque comprendió que para tomar el Peñon eran menester más fuerzas y otras circunstancias de las que en la expedicion se contaban.

El dia 6 de Agosto arribó á Málaga de regreso la armada; empero el rey, aunque aprobó la determinacion de Martínez de Leiva, determinó con más empeño que antes realizar la reconquista.

El gobernador del Peñon era un sanguinario y feroz pirata, llamado Cará-Mustafá, el cual tenia á su Peñon por inexpugnable; y cierto, no le faltaba motivo para creerlo. Estaba la fortaleza colocada sobre una elevada y escarpadísima roca, entre el continente y el mar; y además de tan buenas defensas naturales,

tenia gruesas murallas, bastiones y baterías de fuegos cruzados, con mucha artillería *mayor*.

A pesar de todas estas ventajas, Mustafá, suponiendo que los españoles de nuevo aparecerian delante del Peñon, pidió socorro al rey de Fez, redobló las defensas y aprovisionó la plaza, surtiéndola de víveres para un año.

Al terminar el 1563 se ocupaba Felipe II de apresurar la reunion de una nueva armada, la cual llegó á componerse de *noventa y tres* galeras y *sesenta* buques de diversos portes: el ejército constaba de cerca de catorce mil soldados, seis mil españoles y el resto italianos, alemanes y flamencos.

El mando en jefe de esta poderosa armada le concedió el rey á D. Garcia de Toledo, marqués de Villafranca y duque de Fernandina, que era gobernador de Cataluña; dándole tambien el cargo de almirante del Mediterráneo. Uno de los segundos que llevó D. Garcia fué D. Sancho Martinez de Leiva.

ESPAÑA.

Celebráronse Córtes en este año. Trataron los diputados con predileccion del acumulamiento de bienes en las manos llamadas *muertras*, á lo que atribuian el decaimiento de los pueblos y la disminucion de las rentas del Estado.

Fieles intérpretes los diputados de la opinion de las poblaciones que por ellos eran representadas, dijeron al rey:

«
 » Y porque se veé notablemente los muchos bienes que han
 » entrado y cada dia entran en las yglesias y monesterios, ansi por
 » donaciones y compras, como por herencias y subcessiones; y
 » los pechos y servicios que sobre los dichos bienes se repartian,
 » se han de cargar forzosamente á los otros que tienen por veci-
 » nos pecheros vuestros súbditos naturales, los cuales ya non
 » pueden comportar y sufrir tanta carga, si por V. M. non se re-
 » media: Pedimos y suplicamos á lo menos esto se mande effetuar
 » con brevedad en cuanto á las iglesias cathedrales y colegiales y
 » monesterios de frailes, mandando á los del vuestro consejo que
 » entretanto que de Roma se trae la confirmacion dello, den pro-
 » visiones mandando á las dichas iglesias cathedrales y colegiales
 » y monesterios de frailes que no compren bienes raices; y si en
 » alguna manera los tuviesen, los vendan dentro de un año; y si
 » no lo hicieren, que luego las justicias tassén los tales bienes, y
 » les hagan dar y pagar el prescío; y los concejos se encarguen

»de vender los dichos bienes en las personas que quisieren comprarlos.»

El decreto ó contestacion del rey se redujo á decir: *A esto vos respondo, que non conviene que por agora se haga novedad.*

No estaban en otros puntos tan desacordes las Cortés y el rey, como en el de la desamortizacion eclesiástica. Esto se vió muy claramente en diversas materias sobre las cuales tomaron una decidida iniciativa las Cortés, especialmente acerca de la necesidad de poner coto á los immoderados gastos que los aristócratas hacian para vestir y para comer, hallándose absolutamente conformes el monarca y las Cortés en todo lo relativo á las leyes llamadas *suntuarias*.

Propúsose por las Cortés al rey que en ninguna mesa, fuese de magnate ó de particular acaudalado, pudiese haber más de *dos frutas de principio y dos de fin, y cuatro platos cada uno de su manjar*; pero que de esto no excediese.

En Monzon, dirigiéndose el rey á celebrar Cortés aragonesas, expidió la pragmática relativa á la represion del excesivo y escandaloso lujo.

Hemos oido murmurar mucho de esta medida, y decir que el adoptarla fué un acto de odioso é insoportable despotismo; porque ni el rey ni nadie tiene derecho á que cada persona vista del modo que le parezca.

Sin que tratemos de entrar en esta delicada cuestion de lleno, porque ni podemos extendernos lo que quisiéramos ni hace á nuestro propósito el hacerlo, diremos, empero, que el excesivo lujo introducido hasta en las clases que no pueden soportarle, fué entonces, como es hoy y como será siempre, el más cruel y encarnizado enemigo de la moralidad y de las buenas costumbres. Para sostenerle por no ser menos que otros que no están en más elevada posicion social, pero que tienen mayores bienes de fortuna, han faltado á sus más sagrados deberes no pocas personas; y la corrupcion se ha introducido en el hogar doméstico, más que por otra causa, como consecuencia inmediata del immoderado lujo.

De este modo lo comprendieron las Cortés castellanas y el rey de España en 1563, y aquellas y este con la más sana y más loable intencion, quisieron poner coto al desmoralizador abuso. El rey expidió la murmurada pragmática, y puede asegurarse que no procedió por instinto ó por hábito despótico; quiso remediar el mal, y le aplicó el remedio, con más ó menos oportunidad, con menos ó más acierto y buen resultado. Ello es cierto que si por una ley estuviere prefijado el modo de vestir de cada uno, con arreglo á su clase, ninguno se destruiria á sí propio ni se ocupa-

ria de buscar aquello de que carece, para no ser menos que otro cuyas rentas ó posicion particular puedan soportar el excesivo gasto. Lo que hemos referido sucedia hace hoy justamente tres siglos; ¿hay quién distinga hoy, fuera de ciertas circunstancias, que ninguno pierde por mucho tiempo que trascurra, al artesano, del hombre acomodado, ni á este del poderoso? ¿Hay quién pueda distinguir al jefe del subalterno? Y ¿qué podrá hacerse, cuando lo que mundo se llama es tan exigente que obliga á que se presente en público lo mismo el que disfruta una renta de sesenta mil reales que quien solo dispone de ocho ó diez mil? Esto solo puede conducir á empeños y compromisos, mucho más en un siglo en que la ropa decide del hombre, y en que del fondo se juzga en todo, por todo y para todo, por la corteza; y los compromisos y los empeños, derechamente guian á la inmoralidad y á la ruina.

El evitar esto fué precisamente el móvil que impulsó muy loable y no despóticamente á Felipe II, que si por esto de despota se le moteja, la *representacion nacional* despótica fué con el monarca. Hé aquí una parte de la pragmática en cuestion, que nos parece bastante curiosa:

«Primeramente mandamos que ninguna persona, hombre ni
 »mujer, de cualquier calidad, condicion y preeminencia que sea,
 »no pueda traer ni vestir ningun género de brocado, ni de tela
 »de oro, ni de tela de plata, ni en ropa suelta, ni en aforro, ni
 »en jubon, ni en calzas, ni en gualdrapa, ni en guarnicion de
 »mula ni de caballo, ni en otra manera; y que esto se entienda
 »assi mismo en telas y telillas de oro y plata falsas, y en telas y
 »telillas barreadas y tejidas en que haya oro ó plata, aunque
 »sea falso.

«Assi mismo mandamos que ninguna persona..... no pueda
 »traer ni traya en ropa ni en vestido, ni en calzas ni jubon.....
 »ningun género de bordado, ni recamado, ni gandujado, ni en-
 »torchado, ni chaperia de oro ni de plata, ni de oro de cañulillo,
 »ni de martillo, ni ningun género de trenza, ni cordon, ni cor-
 »dencillo, ni franja, ni pasamano, ni respunte, ni perfil de oro,
 »ni plata, ni seda, ni otra cosa, aunque el dicho oro y plata sean
 »falsos, etc.»

En las Cortes de Aragon se concedió al rey un arbitrio de 254,000 libras jaquesas. Se trató en ellas de diversos puntos interesantes á aquella corona, y con especialidad se trató de cortar el abuso que se iba introduciendo por los inquisidores, los cuales se entrometian en negocios civiles y en causas que ningun punto de contacto tenian con asuntos religiosos, ni mucho menos con herejes.

En este año, despues de haber ocupado muchos meses y muchísimos brazos en labrar piedra y acopiar y preparar materiales, se colocó la primera piedra del *real monasterio de San Lorenzo del Escorial*, el día 23 de Abril.

La piedra, que era cuadrangular, tenia en la parte superior y en las dos laterales grabadas tres inscripciones: la de encima estaba dedicada á invocar el auxilio divino; la de la derecha perpetuaba el nombre del régio fundador, y la de la izquierda el del arquitecto que habia de dirigir la grande obra.

Celebróse la ceremonia con gran solemnidad; empero la ostentacion se reservó para cuatro meses despues. El día 20 de Agosto fué la colocacion de la primera piedra del templo que habia de llegar á ser admiracion de propios y de extraños.

El obispo de Cuenca revestido de pontifical bendijo la piedra, la cual fué llevada por todos los maestros, oficiales y peones procesionalmente, acompañando los monjes, que ya residian en el pueblo del Escorial, cantando las preces de la Iglesia, y al último toda la corte con el rey, el cual por su misma mano colocó la piedra en el sitio que ocupar debia.

AÑO 1564.

ÁFRICA.

Llegó la expedicion española al Peñon y desembarcó felizmente. Ofreciase, empero, una dificultad no pequeña para llegar á la inmediacion de la fortaleza; porque habia forzosamente que atravesar alguna distancia por el pié de una fragosa sierra, en cuya cima aparecieron los moros montaraces para impedir el paso, tan pronto como los cristianos tomaron tierra.

Despreciada aquella dificultad, llegaron los cristianos á la necesaria distancia para dar comienzo á las operaciones de sitio; mas en aquel momento se dividieron los pareceres, opinando muchos que se debia renunciar á aquella irrealizable empresa: tanto impusieron á los que de tal modo pensaban las respetables defensas naturales y artificiales que el Peñon tenia.

Afortunadamente, en aquel no se hallaba Cará-Mustafá: vencido de que era su Peñon inexpugnable, antes de que llegara el ejército cristiano habia salido á correr las costas de Levante para no perder ocasion de hacer sus presas y acrecentar sus tesoros, fruto de la rapiña y de los crímenes.

Quedó supliéndole en el gobierno de la fortaleza un renegado llamado Ferret, que perdió muy pronto el ánimo al ver el poder y la fuerza de la escuadra su enemiga. Para evitar su ruina, aprovechando la ocasión que buscó, y viendo que la artillería española, perfectamente situada y dirigida, había abierto varias brechas en las murallas y desmontado algunos de sus cañones, huyó á tierra con casi toda la guarnicion, quedando dentro de la fortaleza otro renegado natural de Albania, el cual hizo sus proposiciones á Juan Andrea d'Oria; y aceptadas por este, se acercó con algunos soldados y le fueron franqueadas las puertas del Peñon, en donde entró el ejército cristiano el dia 5 de Setiembre. Allí encontraron los víveres que para un año acababa Mustafá de encerrar en la fortaleza, gran cantidad de municiones y veinticinco piezas de artillería.

D. García de Toledo reconoció y arregló las defensas de la fortaleza, la guarneció de gente escogida, y despues de despedir á las escuadras auxiliares de Portugal y de Malta que se le habían agregado, reembarcó sus tropas para regresar á España.

Al hacer el reembarque apareció en socorro de Mustafá y del Peñon el xerife de Fez con su gente; y esto hizo que los cristianos tuvieran necesidad de embarcarse batiéndose. Fueron, sin embargo, destrozados y ahuyentados los moros, que eran en su mayor parte montaraces é indisciplinados, y la armada española arribó de regreso felizmente á Málaga, en donde fué acogida con tanto placer como verdadero entusiasmo.

Fué premiado D. García de Toledo por el rey con el vireinato de Sicilia, el cual para trasladarse á su nuevo destino, pagó y licenció sus tropas, distribuyó á los caudillos con algunas banderas y cornetas (estandartes), y él se embarcó para la isla ó reino de que había sido nombrado virey.

La pérdida del Peñon hizo á los moros temer, y al viejo Soliman II idear una venganza que fuese *digna de su nombre* para aterrorizar á los cristianos, según muy pronto veremos.

CONCILIO DE TRENTO.

Felipe II, que procuró cumplir puntualmente todos los encargos de su padre el gran Carlos I, recordó cuánto este soberano había trabajado para la realizacion del concilio, y su expreso encargo de que no se abandonase el cuidado de la feliz terminacion de aquel, como á la cristiandad convenia.

Había sucedido en la silla de San Pedro Pio IV á Paulo IV, el

cual comenzó á reinar muy á gusto de los italianos; porque apenas ascendido al pontificado, mandó formar causa á los célebres Caraffas, sobrinos del anterior Pontífice, cuyos hechos é iniquidades fueron muchas, y de algunos de aquellos aun tendrá memoria el lector.

El consejo, probados los delitos de los procesados, condenó á los Caraffas á la última pena, que se ejecutó en Roma, con verdadero alborozo del pueblo romano: tanto y tan cordialmente los odiaba, que ni en tan terrible trance se movió á compasion, ni entibió su mortal odio el verlos desaparecer del número de los vivientes.

Hizo Felipe II, así por escrito como por medio de sus embajadores, vivas gestiones cerca de Pio IV para que el concilio tridentino continuase y tuviese término.

El Pontífice accedió á los deseos del rey de España; pero en la bula que al efecto expidió, no se marcaba de explicita manera si la reunion de prelados en Trento iba á ser continuacion del antiguo concilio, ó concilio nuevo.

Como de ser un nuevo concilio el convocado, quedaba destruido todo lo hecho por el anterior que no habia tenido término, y esto favorecia infinito á los reformados, oponiase tenazmente Felipe II, y queria que Pio IV decidiese segun sus deseos.

A este fin marchó á Roma D. Juan de Ayala, en calidad de embajador extraordinario; pero ni él ni otros embajadores, ni el mismo rey, lograron lo que este deseaba; y la apertura del concilio se verificó, sin que se supiese si era aquel nuevo, ó si continuaba el antiguo. (Fué la apertura el dia 18 de Enero de 1562.) Luego, por fin, fueron cumplidos los deseos del rey de España.

Dedicóse el primer dia á formular la expresa declaracion del objeto del concilio, dirigido á procurar la terminacion de las cuestiones religiosas, la reforma de las costumbres y el restablecimiento y la paz de la Iglesia católica; empero ocurrió al escribir la fórmula del decreto una cuestion, que dió margen á unas serias contestaciones que se prolongaron demasiado.

Consistió la cuestion en las palabras *proponentibus legatis* (á propuesta de los legados), intercaladas en el texto del decreto, contra las cuales protestaron todos enérgicamente, y con especialidad los prelados y embajadores españoles, siendo los primeros que clamaron contra ellas y pidieron fuesen borradas; como que tendian á restringir las facultades del concilio, el arzobispo de Granada y los obispos de Orense, Leon y Almería.

Continuaba el concilio y no terminaba la cuestion suscitada por la intercalacion de las antedichas palabras, ni Felipe II, que tambien clamaba contra ellas, lograba otra cosa del Pontífice que

explicaciones satisfactorias para deshacer la mala impresion que el *proponentibus legatis* habia causado, mas no alcanzaba que se borrasen.

No sucedió lo mismo al tratarse de expedir el salvoconducto á los prelados, principes y teólogos protestantes: en este delicado punto hubo completa unanimidad para expedir el expresado documento tan ámplio y tan sin trabas, que se extendió para cuantos estuviesen separados de la comunión católica, de cualquier reino, nacion, provincia ó ciudad que fuesen, *donde se enseñara ó creyera lo contrario á lo que enseña y cree la santa Iglesia romana.*

El cardenal de Lorena, cuyo desgraciado fin decretado por Enrique III de Francia, de funesta memoria, veremos más adelante, compuso y presentó al concilio una fórmula para terminar las sesiones, que fué aprobada, á imitacion de la usada en los primitivos concilios.

Quando se declararon terminados los trabajos de aquella venerable asamblea, en nombre de la misma dió el cardenal las gracias y bendiciones á Pio IV, á los reyes y principes, legados, etc., y para terminar exclamó con voz firme y sonora:

El cardenal. — El concilio Tridentino es sacrosanto y ecuménico; confesemos siempre su fé; guardemos siempre sus decretos.

Los PP. del concilio. — Confesémosla siempre; observémoslos siempre.

El cardenal. — Todos lo creemos así; todos sentimos lo mismo, y consintiéndolo todos, lo abrazamos y suscribimos. Esta es la fé de San Pedro y de los apóstoles; esta es la fé de los padres; esta es la fé de los católicos.

Los PP. — Así lo creemos; así lo sentimos; así lo afirmamos.

El cardenal. — ¡Anatema á todos los herejes!

Los PP. — ¡Anatema, anatema!

Así terminado el imponente acto, mandaron los legados y presidentes que todos y cada uno de los padres firmasen de su mano los decretos del concilio, bajo pena de excomunion.

Inmenso fué el júbilo de la cristiandad toda al saber la terminacion del concilio, que se celebró con públicos y grandes regocijos y con fiestas religiosas de acciones de gracias.

El Sumo Pontífice confirmó solemnemente todos los canones ó decretos del concilio Tridentino el dia 26 de Enero de 1564. Asistieron á aquel *cuatro* legados, *dos* cardenales, *tres* patriarcas, *veinticinco* arzobispos, *ciento sesenta y ocho* obispos, *siete* abades, *treinta y nueve* procuradores en representacion de los ausentes con sus poderes correspondientes y legitimos, y *siete*

generales de órdenes religiosas. Total, doscientos cincuenta y cinco padres.

Entre éstos se contaron los eminentes españoles en ciencia y virtud, *Fr. Bartolomé de Carranza*, arzobispo de Toledo, *Alfonso Salmeron*, *Fr. Domingo de Soto*, *Fr. Pedro de Soto*, *Fr. Alfonso de Castro*, el eminente teólogo *Fr. Melchor Cano*, *D. Diego Covarrubias*, *D. Antonio Covarrubias*, *Benito de Arias Montano* y *D. Antonio Agustín*, con otros célebres varones españoles cuyo nombre y memoria, conocidos por sus profundos escritos que hoy son tan admirados como entonces, serán tan eternos cuanto sea duradero el mundo.

Con gran placer recibió Felipe II la grata nueva de la feliz terminacion del concilio, para cuya realizacion tanto habia trabajado su gran padre el César, no más que él mismo para la terminacion.

Inmediatamente le aceptó y mandó guardar, cumplir y ejecutar en todos sus reinos y señoríos de España, Flandes, Nápoles, etc., á 12 de Julio de 1564.

Excusado es decir que los protestantes le rechazaron; que los ministros de la confesion de Augsburgo *volvieron á protestar*, y ni aun oír hablar de él querian. El emperador, tío de Felipe II, le aceptó y mandó cumplir en sus estados particulares, y toda la parte católica de Alemania le aceptó despues.

Hé aquí lo que acerca de este memorable concilio dice el erudito Lafuente:

«Sabidas son, y conocidas de todos los medianamente versados en la historia eclesiástica, las sabias, luminosas é importantes declaraciones, decretos y disposiciones del sacrosanto y ecuménico concilio Tridentino en esta postrera congregacion, así en lo relativo al dogma y á la disciplina eclesiástica, como en los puntos referentes á la reforma de las costumbres, señaladamente de los eclesiásticos y de las órdenes religiosas de ambos sexos. La prudencia, la discrecion, la sensatez y la cor- dura más recomendables reinaron en sus discusiones y deliberaciones; el orden y la sabiduria presidieron en aquella asamblea congregada á nombre del Espiritu Santo; fijóse con admirable precision y claridad la verdadera doctrina de la fé católica; se condenaron con dignidad las herejias que infestaban el mundo cristiano; se dieron reglas seguras para saber lo que habia de creerse en los puntos más esenciales de la religion; se establecieron utilísimas reformas; y el concilio de Trento, el último general que ha celebrado la Iglesia, fué la obra más provechosa y más grande del siglo XVI.»

FLANDES.

Apenas Felipe II habia salido del puerto de Flesinga con rumbo á España en 1559, cuando sus estados de Flandes comenzaron á dejar entrever su descontento de tal manera que anunciaba una rebelion latente, y una conmocion comprimida por el temor y el recelo de que no se generalizase, más que por la falta de voluntad de demostrarla ostensiblemente.

Ya dijimos en otro lugar que el rey Felipe era casi antipático á los flamencos, por una razon análoga á la que produjo el primitivo disgusto de los españoles con Carlos I, padre de Felipe. Aquel terminó, empero, y se convirtió en puro cariño; porque la amabilidad y prendas del César, unidas al afecto que despues profesó á los españoles, hicieron que estos completamente cambiasen; al paso que la austera severidad de Felipe y su profunda aversion á quanto español no era, fueron bastante para que la antipatia, lejos de disminuir, se aumentase.

No hubiera, sin embargo, ocurrido por el pronto ningun público trastorno, si el llamado pueblo hubiera procedido por la propia inspiracion y sin excitaciones ajenas; porque el gobierno, asi como la persona y carácter de Margarita de Austria, eran muy gratos á los flamencos. Era aquella señora, sin ser débil, conciliadora y humana, y muy afecta á Flandes su patria; mas los magnates ambiciosos, y entre todos ellos el principe de Orange que se veia desairado en sus pretensiones al gobierno de aquellos estados, no querian ni podian querer que el pueblo se tranquilizase: por el contrario, entraba en sus miras el avivar el odio de los pueblos contra el rey; aquellos, por desgracia, estaban demasiado contaminados de la fatidica herejia; el rey Felipe era mortal y declarado enemigo de los herejes, y todos perfectamente conocemos el partido que pueden sacar, y han sacado del pueblo los ambiciosos, cuando de cuestiones de religion y de independencia se trata.

Ausente de Flandes el rey, hizose circular la alarmante voz de que iba aquel á establecer la inquisicion en aquellos paises; habiendo en ellos tantos herejes y viendo lo que pasaba en España con los de su clase, júzuese del efecto que tal voz produciria.

Por otra parte, el rey parecia proponerse que el desafecto de aquellos naturales hácia él se aumentase de dia en dia; porque comenzó á cercenar sus antiguos privilegios y á quebrantarlos,

cosa muy ocasionada á disturbios y que siempre irrita y trastorna á los pueblos, por apáticos é indolentes que sean ó parezcan.

Como si todo lo antedicho fuese poco, ó no bastase para añadir leña al oculto fuego, el rey se empeñó obstinadamente en mantener en Flandes, con una autoridad casi igual á la de la gobernadora, á Granvela, personaje á quien los flamencos profesaban un odio profundo é inveterado, así por su carácter, como porque por opresor le tenían, y por el desprecio con que los trataba; que todos conocian aquellas palabras que Granvela solia usar hablando de los flamencos, y que eran un verdadero insulto, puesto que decir solia: *ese protervo animal, llamado pueblo*. Estas palabras consignadas por primera vez en una carta dirigida por Granvela al rey se hicieron públicas, como llega á hacerse siempre público hasta lo más reservado de lo que en los palacios pasa.

El peor enemigo de cuantos en Flandes tenia Felipe II, era Guillermo de Nassau, principe de Orange. Valeroso, diestro, infatigable, entendido, afable y simpático, reunia prendas muy á propósito para adquirir gran partido y posesionarse de las agenas voluntades, sin que olvidemos su ilustre alcurnia, su poder y sus riquezas; ni menos debe omitirse el decir que sabia usar la cortesana intriga y era perito en los maquiavélicos manejos, como pocos hombres.

Comenzó el pueblo por mostrar su disgusto hácia la permanencia de las tropas extranjeras en Flandes; y la prudente Margarita de Austria, antes de que la murmuracion pasase á ser exigencia, en cuyo caso el decoro del mando no permitiria ceder y se provocaria facilmente un conflicto, dispuso que aquellas marchasen á Flesinga, puerto de Zelanda.

De poco sirvieron la prudencia y el carácter conciliador de la gobernadora. Cuando se disponia la partida de las tropas, llegó de España la orden para que los tercios no se moviesen, hasta nueva disposicion.

Esto produjo tal indignacion, que el pueblo manifestó ya más á las claras su disgusto, y Margarita tuvo que escribir á su hermano Felipe con más decidida energia de la que acostumbraba y se podia usar con el rey; que era apurado el caso y extremado el conflicto, puesto que se negaban todos á dar *ni un florin* para las milicias extranjeras; y añadian que mientras estas no saliesen de Flandes tampoco le darian para las tropas del país: así lo manifestó el pueblo sin rebozo.

El rey, en vista de las razones expuestas por su hermana la gobernadora, dió orden para que las tropas pasasen de Flandes

á Italia, y el pueblo mostró su regocijo por aquella determinacion que tanto deseaba.

Por aquel tiempo recibió Granvela el capelo de cardenal, con cuyo motivo Felipe le felicitó y acreditó una vez más el alto aprecio en que le tenia, acrecentando con estas distinciones el odio que los flamencos profesaban al nuevo purpurado. Por esto el príncipe de Orange, que no queria manifestarse abiertamente rebelde hasta estar plenamente convencido de que la ocasion oportuna habia llegado, unido al conde de Egmont, escribió al rey, quejándose en términos respetuosos «de que á pesar de su »promesa, hecha al partir de Flandes y al nombrarlos gobernadores de provincias y consejeros de estado, de que todos los »asuntos se resolverian en consejo, esto no se hacia; y como, por »otra parte, el nuevo cardenal habia dicho que todos los consejeros serian en un dia responsables de los acontecimientos que »pudieran sobrevenir, se veian colocados en el caso de rogar »á S. M. admitiese las dimisiones que de los respectivos cargos hacian, ó que dispusiera si no que en adelante, segun su »real promesa, se tratasen y resolviesen todos los asuntos en »consejo.»

Contestó el rey dando á ambos próceres gracias por su celo, y asegurándoles que el conde de Horn, á la sazón en España, partiria pronto para Flandes con la respuesta á todos los extremos que la carta abrazaba.

Cumplió Felipe su palabra, y Horn llevó á Flandes la respuesta, á gusto de Orange y de Egmont; mas aquel no la vió, porque á la sazón estaba ausente celebrando su matrimonio con una hija del difunto Mauricio de Sajonia, la cual, como su padre, era cordialmente luterana. El príncipe al despedirse de la gobernadora la aseguró repetidas veces *que su enlace no le haria variar de religion, ni aun entibiaria su catolicismo*. Creemos no aventurar un juicio temerario al decir que no faltó á la verdad al pronunciar la primera parte de las palabras dirigidas á la gobernadora. Aseguró que *su enlace no le haria variar de religion*, y así seria en verdad, porque antes de casarse era *calvinista*, y no pensaba en dejar de serlo.

Nuevos motivos de disgusto sobrevinieron en seguida. El rey continuaba distinguiendo á Granvela, el cual, sobre el capelo, obtuvo el arzobispado de Malinas, con visible disgusto del pueblo; y poco despues Felipe mandó orden á Margarita para que hiciese marchar á Francia toda la caballeria flamenca, en socorro de los católicos que sostenian sus sangrientas cuestiones, de que más adelante nos ocuparemos, con los *hugonotes*.

La nobleza de Flandes á una voz se opuso á la salida de la ca-

ballería flamenca: el pretexto fué el temor de que socorriendo los flamencos á los católicos franceses, los protestantes alemanes harían una invasión en Flandes; la razon, que el momento de sublevarse era vivamente deseado, y no se quería desaprovechar ocasion ninguna para preparar el golpe que se meditaba.

La gobernadora, luchando entre las órdenes del rey y las exigencias de los nobles, discurrió un arbitrio muy propio de su talento y prudencia. Reunió una fuerte suma de dinero, y la remitió á la reina viuda de Francia, Catalina de Médicis, que era el alma de todos los disturbios, so pretexto de que se sirviera de él para atender á las urgencias del tesoro, casi exhausto á consecuencia de las cuestiones con los herejes. Y como lo que á Catalina más en el mundo agradaba era el dinero, recibió con más gusto este que el pedido refuerzo de tropas, y no le volvió á solicitar por entonces.

Pero ya era inevitable la revolución; y los revolucionarios son los mismos en todas partes; están educados en la misma escuela, y sus tendencias, sus pensamientos y sus obras son en todas las naciones iguales. Cuando se les escapa de la mano un pretexto buscan otro, y si no le hallan suficiente, torturan las palabras, desfiguran los hechos, y con razon ó sin ella, justifican y aun santifican, si se les oye y cree, la revolución.

Se evitó la marcha de la caballería flamenca, merced á la prudencia de Margarita, y entonces se echó mano de la provision de los nuevos obispos, nombrados por el rey al regresar á España; porque se les llamaba públicamente precursores de la inquisicion.

El odio contra Granvela crecia, porque le suponian autor de cuanto al pueblo disgustaba; y Granvela escribia casi diariamente al rey dándole quejas y refiriéndole cuanto en Flandes pasaba, y se irritaba el rey, y por consejo de Granvela, del de Alba y de otros, se afirmaba cada dia en la necesidad de adoptar medidas represivas y fuertes.

Sin embargo, las meditaba, pero no las tomaba; y á decir verdad, hasta entonces habia cuidado mucho más de España que de Flandes; y la gobernadora y el cardenal rogaban encarecidamente á Felipe pasase á aquellos dominios, puesto que su presencia era el único remedio para conjurar la tormenta que aterradoramente rujía, y cuyos estragos eran tan infalibles como inminentes. El rey respondía que iría, pero no tan pronto, porque el estado del tesoro no lo consentia por entonces; y desacertado como pocas veces en su vida lo estuvo, cuando más tenia que agradecer á su hermana y cuando más de ella necesitaba, la negó los dominios de Placencia, que le habia pedido para su esposo Oc-

tavio Farnesio, que ya los habia poseido; cosa que causó tal disgusto á la gobernadora, que la puso muy cerca de abandonar su gobierno, verdadera puñalada de gracia en aquellos momentos; y si no lo hizo, se debió á algunos magnates flamencos que fueron siempre fieles al rey. Entre ellos se contaba al veterano y valeroso conde de Mandfeldt, al de Arschot, al de Meghem y al de Berlaymont, al señor de Beauvoir, al de Noirquermes y al de la Cressonniere.

Ya por aquel tiempo la rebelion estaba manifiesta, y los nobles que la habian fomentado se reunian formando una confederacion, importante por la clase de personas que la componian, que eran moral y materialmente poderosas; mas la confederacion ó liga aun no era pública.

Todo eran escisiones parciales, que aunque meros chispazos, revelaban un gran fuego, por entonces oculto; todos los dias se veian pasquines fijados en las esquinas, contra Granvela, contra la inquisicion y contra los malos ministros del rey.

El príncipe de Orange, que representaba muy hábilmente dos papeles, uno con los rebeldes, y con Felipe II y la gobernadora otro, no queria partir de ligero, y esperaba al regreso de uno de los próceres, Montigny, que habia pasado á España para informar al rey de cuanto ocurría y el origen de los males que tan amenazadores se presentaban.

Regresó Montigny á Flandes en 1562, llevando consigo la respuesta del rey á los tres puntos que el noble flamenco le presentó como únicas causas de cuanto en aquellos paises ocurría. Los expresados puntos fueron: Primero. *La eleccion de nuevos obispos, sin consejo ni intervencion de los naturales del pais.* Contestó el rey: *Que la creacion de obispados y nombramiento de obispos, no tenia otro objeto que el de proveer ó acudir á las necesidades religiosas de aquellas provincias.*—Segundo. *El rumor que se habia esparcido relativo á la intencion que el rey tenia de establecer en Flandes la inquisicion.* A eso contestó Felipe: *Que no habia pensado nunca en establecer en Flandes la inquisicion de España.*—Tercero. *El odio general de nobles y plebeyos de que era objeto Granvela, odio capaz por sí solo de producir una terrible sublevacion.* Dijo á esto el rey: *Que era el odio á Granvela tan injusto como inmerecido, puesto que ninguna parte habia tenido en las determinaciones tomadas respecto de aquellos dominios.*

Ninguna de estas respuestas satisfizo á los flamencos, especialmente á los que tenian decidida intencion de rebelarse. La liga de los nobles era á la sazón más pública, y en ella entraban tambien el vencedor de Gravelines, Egmont, el conde de Horn,

el marqués de Berghes, Montigny, el conde de Bossue, el de Holák y otros muchos grandes. Lamentábanse de que se aplicase la pena de muerte por delitos contra la religion, pena que se habia impuesto á los herejes de Tournay y de Valenciennes, omitiendo el decir que dogmatizaban con arma en mano y causando trastornos y cometiendo desmanes.

El cardenal que vió cuán amenazadora se presentaba contra él la nube, trató de pasar á España; y la gobernadora decidió renunciar un cargo que tantos sinsabores la proporcionaba, viéndose tan mal auxiliada por su hermano Felipe; y era que el rey creía exagerado cuanto de Flandes se le decia, y estaba muy distante de creer la verdad.

Suspendieron su determinacion la gobernadora y Granvela: porque bien fuese por hábiles intrigas de este, ó por efecto de particulares reyertas habidas entre los nobles conjurados, es lo cierto que se separaron de ellos algunos magnates, con el conde de Aremberg á la cabeza.

El principe de Orange, suspicaz y calculador como era, no quiso romper abiertamente con el rey, y menos despues de ver la defeccion de Aremberg y de algunos otros. Se propuso que si el caso llegaba, como llegaria, pudiesen todos decir que habia agotado todos los medios de conciliacion, y procedido obligado por las circunstancias y por el mal comportamiento de Felipe.

Fingiéndose siempre leal determinó escribir al rey, y quiso que Egmont y Horn le escribiesen tambien con él: hé aquí la parte principal de aquella importante carta:

«Cuando los hombres principales y los más prudentes consideran la administracion de Flandes, claramente afirman que en el cardenal Granvela consiste la ruina de todo el gobierno; por lo cual se sienten tan altamente traspasados los ánimos de los flamencos, y con tan firme persuasion, que será imposible arrancarla de ellos, mientras él viviese entre nosotros. Pedimos, pues, humildes, por aquella lealtad que siempre habeis experimentado en nosotros..... que os sirvais de poner en consideracion cuánto importa atender al comun dolor y quejas de los pueblos. Porque una y otra vez rogamos á V. M. sea servido de persuadirse á que jamás tendrán feliz suceso los negocios de las provincias, si advierten los súbditos que el árbitro de ellos es un hombre á quien aborrecen..... Este ha sido el motivo por que los más de los señores y gobernadores de estos estados, y de otros no pocos, han querido significaros estas cosas, para que se pueda obviar á tiempo la ruina que amenaza. Obviaréisla sin duda, señor, como esperamos; y ciertamente podrán más con V. M. tantos méritos de vuestros flamencos y

»tantos ruegos por el bien público, que no la atención á un particular, para que querais por solo él despreciar á tantos obedientísimos criados de V. M. Y más cuando no solo no puede quejarse nadie de la prudencia de la gobernadora (y en esto »decian lo que sentian), pero aun os deberemos dar todos inmortales gracias por su gobierno. »

La última parte de la carta se reducía á pedir al rey les dispensase de asistir al consejo, mientras en él estuviere Granvela.

Esta carta fué escrita y dirigida en Marzo de 1563, y el rey no contestó á ella hasta Junio del mismo año, diciendo sería muy conveniente que uno de los tres se trasladase á España, para tratar de palabra con S. M. lo más conveniente. No se limitó á esto: escribió particularmente al conde de Egmont, para decirle que viniese él mismo: dicese que deseaba la venida de este, porque le conceptuaba «más fácil de ganar con mercedes y con buenas razones.»

Egmont, como habia observado una conducta ambigua, y se rozaba más con los rebeldes que con los leales, no se determinó á venir. Orange estaba tan distante como el cielo de la tierra de querer entregarse en manos de Felipe II, y al conde de Horn le sucedía lo mismo.

Limitáronse los encubiertos conjurados á dejar de asistir al consejo, sin dar otra señal ostensible de sus designios, y continuaron sosteniendo activa correspondencia con los protestantes de Francia y con los de Alemania: respecto de los herejes flamencos, no hay para qué decir si se entenderian bien y se comunicarian diariamente.

La princesa gobernadora mandó venir á Madrid á Thomás Armenteros, su secretario, con instrucciones relativas al estado de Flandes y al remedio único que habia para los males que á aquel país aquejaban.

El rey tardó dos meses en contestar á Margarita, lo que pasado dicho tiempo verificó, para solo ocuparse de darla gracias, aplaudir su celo, y asegurarla que la contestaría con Armenteros, el cual estuvo en España desde Agosto de 1563 hasta Enero de 1564, en cuya época le despachó el rey.

Contestó por fin á todos los extremos que abrazaba la carta de su hermana, traída á la corte por Armenteros, «manifestando »querer que los herejes fueran castigados; que excusara cuanto le »fuese posible la reunion de los estados generales, y en el caso »de verse hostigada, se remitiera á él; que debia trabajar por »que el de Orange y demás nobles disidentes volvieran al conse-

»jo de estado; que en cuanto á Granvela, se reservaba deliberar,
 »y le haria conocer su determinacion; que conocia los buenos
 »efectos que su presencia podria producir en las Países-Bajos,
 »pero que eran tantos los negocios que tenia que arreglar en Es-
 »paña, que no sabia cuándo podria efectuar su viaje; que en-
 »tretanto le recomendaba la mayor solicitud por la religion,
 »y que fuera entreteniendo las esperanzas de los señores fla-
 »mencos.»

En el mes de Marzo de 1564, salió por fin Granvela de Flan-
 des, con direccion á Borgoña; porque él mismo se hallaba ya
 disgustado y violento, al ver que era objeto de tan profundo é
 irreconciliable odio, y que era muy fácil se cometiese con él un
 atropello.

Los nobles celebraron como el más fausto acontecimiento
 aquella marcha, y desde el mismo dia comenzaron á asistir al
 consejo de estado. Muy pronto, empero, circuló la voz, proba-
 blemente esparcida con mala intencion por algun revolucionario,
 de que iba á regresar el cardenal, por orden del rey. A conse-
 cuencia de esto el conde de Egmont y otros nobles representaron
 á la duquesa de Parma, la cual, aunque era muy mirada y cir-
 cunspecta, escribió apresuradamente á su hermano el rey dicién-
 dole respecto á la vuelta del cardenal lo siguiente:

«Diró á V. M. che se il cardinale ritorna qui, ridurrá le cose in peggior termine che fossero mai, secondo quello che molto apertamente mi hanno significato sempre la maggior parte di questi signori, i quali di nuovo mi dicono chiaramente che se il cardinale torna qui, senza fallo alcuno vi sarà ansazzat, senza che nessun di loro sia parte per poterlo rimediare, come hanno fatto per il passato, di chi veramente risultaria la perdita della religione in questi paesi, et per consequentia qualche grande emozione.»

Que equivale á decir: «Diré á V. M. que si regresa el cardenal, colocará las cosas en peor disposicion que jamás estuvie-
 »ron, segun lo que francamente me han manifestado la mayor
 »parte de estos señores, los cuales nuevamente me dicen con
 »toda claridad que si vuelve el cardenal será asesinado, sin que
 »ninguno de ellos pueda evitarlo, como han podido hacer por lo
 »pasado, de lo que verdaderamente resultaria la pérdida de
 »la religion en estos paises, y por consecuencia una gran con-
 »mocion.»

»
 No volvió Granvela, ni el rey pensó en que volviese, ni él en volver; pero comenzó por orden de aquel una activa persecu-

cion contra los protestantes de Flandes. Decía el pueblo á voces que era muy grande crueldad la de castigar á los hombres por asuntos de conciencia, cuando ni se tumultuaban ni eran reos de rebelion.

Todo, empero, estaba reducido á voces, hasta que en Amberes al tiempo de prender fuego á la hoguera en que debía sufrir su suplicio un cierto Cristóbal Fabricio, el pueblo se amotinó y comenzó á tirar sendas piedras al verdugo, el cual viéndose tan apurado y en peligro de muerte, maló al reo con su puñal para poder escapar al momento, como al fin lo logró en aquella confusión y general desórden.

Este desagradable suceso fué preliminar de otros parecidos, y cada momento la agitacion crecia y el estado del país era más alarmante y amenazador. No se repitieron los castigos de la hoguera, ni habian sido frecuentes hasta allí; pero ni aun consentia el pueblo el encarcelamiento por materias de religion, y cada hora crecian los compromisos de la duquesa gobernadora, fluctuando entre sus naturales buenos instintos, y las órdenes que de España recibia.

Habíanse calmado un tanto los ánimos con la disminucion de los castigos, cuando el rey mandó recibir y aceptar en Flandes el concilio de Trento; y con este motivo muchos magnates tuvieron que manifestarse involuntariamente protestantes, al decir que no se podian recibir y aceptar las disposiciones del concilio, si bien añadieron «que esto era porque algunos de sus capitulos »se oponian á los privilegios de varias de aquellas provincias.» Comenzó una nueva y obstinada lucha entre Flandes y el rey, en la que, á decir verdad, estaba la razon de parte de Felipe II, puesto que no la habia para que el concilio no se recibiese y aceptase en todos sus dominios, máxime en los que se denominaban católicos; y además de esto, decia el rey que menoscababa su autoridad el que se le opusiesen reparos ni condiciones en ninguno de sus señoríos, dando, por otra parte, un muy pernicioso ejemplo á la Francia, lindante con Flandes, en donde, bajo especiosos pretextos, tampoco habia sido á aquella hora recibido y aceptado el santo concilio Tridentino.

El consejo privado apoyaba á la duquesa gobernadora para realizar las órdenes del rey en este punto, mas se oponia el consejo general, llamado *Senado*.

Tal era el estado de Flandes al terminar el año 1564.

AÑO 1565.

MALTA.

En este año apenas ocurrió acontecimiento alguno digno de mencionarse, porque la atención de Europa, y aun la del mundo entero, estaba fija en la isla de Malta.

Dijimos al ocuparnos de la reconquista del Peñon de Velez de la Gomera, que irritado el viejo Soliman II con aquel triunfo de los cristianos, había decidido tomar de ellos una sangrienta venganza.

Vacilaba el infiel acerca del punto que elegiría para acudir á vengarse, entre marchar contra Sicilia ó contra Malta, y después de algunos días de indecisión y de duda, fué esta última isla la preferida para experimentar las iras del feroz Soliman.

Y tenía razón en verdad para querer ensañarse contra Malta. Ella era el verdadero baluarte de la cristiandad en Oriente, y en ella se albergaba una reunión de hombres valerosos, caballeros por su cuna, por la orden á que pertenecían y por sus nunca desmentidas loables acciones. Habíalos de todas las naciones de Europa, empero ellos no tenían patria, porque pertenecían á todas, siendo cristianas; y con tal de esgrimir el fuerte acero contra los infieles hijos de Ismael, el nombre de la nación en cuyo auxilio acudían era para los caballeros de Malta lo de menos: lo de más era defender la santa Cruz del Redentor del mundo, contra la media luna del pseudo-profeta de Medina.

Tal era su honoroso y loable instituto, al cual jamás faltaron; y cumpliéndole habían prestado á la cristiandad servicios continuados y tan eminentes, que Dios pudo remunerarlos con su equidad é infalible justicia, pero no la cristiandad; que hay servicios que solo pueden ser pagados por el árbitro de todas las cosas.

No hay para qué decir si el turco odiaría á los caballeros de Malta, ni si desearía su destrucción; y no es por cierto extraño que al decidirse por la venganza, se acordase de Malta antes que de otro punto alguno del universo.

Algun otro motivo particular avivó el odio de Soliman contra los malteses; mas no debemos ocuparnos de él, porque poco ó nada significa al lado del verdadero y grande, que es el que apuntado dejamos.

Decidido Soliman II á dar el proyectado golpe, mandó armar todas sus galeras y buques, y dió orden á Hassen, virey de Argel, y á Dragut, que lo era de Trípoli, á fin de que reuniesen sus

feroces soldados, y se unieran á la armada, que habia de tomar rumbo bajo el mando del almirante Pialy, en las aguas de Malta.

Era á la sazón gran maestre de la órden el noble y anciano Juan Parissot de La Valette, el cual tan pronto como supo los preparativos é intenciones de Soliman, pidió auxilio á Felipe II; y mientras el auxilio llegaba ó no, él se dispuso como bueno á la defensa, preparando al mismo tiempo á sus caballeros y á su isla.

Acogió el rey Felipe la peticion justisima con toda la benignidad que debia, pues era deudor de grandes servicios á los caballeros de Malta; y desde el momento dió apremiantes órdenes para aprestar una fuerte armada, y mandó á sus vireyes en Italia preparasen inmediatamente hasta veinte mil hombres escogidos de desembarco.

En tanto el gran maestre, veterano guerrero que contaba innumerables campañas y estaba lleno de relevantes méritos, dedicóse á aumentar las defensas y esperó tranquilamente la aparicion del enemigo, el cual poco tardó en aparecer. Era el mes de Mayo cuando la armada turca pobló las aguas de Malta.

Contábanse naves enemigas *doscientas*, aunque ni Dragut ni Hassen se habian incorporado aun á la armada; esta encerraba en su seno cerca de cincuenta mil hombres de desembarco, y de ellos más de la mitad eran genizaros, tropa en todas partes temible y la mejor que entre turcos se conocia.

El desembarco de aquellos descreidos fué semejante á la aparicion de la langosta en los campos cuando las mieses ya están doradas, ó á la proximidad del huracan desencadenado que arroлла y rompe y arranca de cuajo cuanto en su paso encuentra. El ejército de Soliman se anunció asesinando, talando é incendian-do cuanto encontraba por los campos de la isla.

Salió espontáneamente á detener á aquella desalmada gente uno de los comendadores de Malta, llamado Copier; hombre tan valeroso é inteligente como, por punto general, lo eran todos ellos, y acometiendo á los turcos los puso en fuga, matádoles más de mil quinientos, y perdiendo él ochenta hombres. Esta pérdida, aunque tan inferior á la del enemigo, disgustó al gran maestre; porque no disponia de grandes fuerzas militares. Habia armado algunas compañías, formadas por los paisanos de la isla capaces de llevar armas, y habia tambien llamado á todos los caballeros ausentes, los cuales sin demora acudieron; pero la revista que La Valette pasó al llegar el turco á Malta, no dió más resultado que *setecientos* comendadores y caballeros de la órden, algunos mas de ocho mil soldados, incluso dos mil españoles mandados por D. García de Toledo, virey de Sicilia, y las mal

armadas compañías de paisanos, sin inteligencia en asuntos de guerra, que solo podían hacer cierta clase de servicio. Y el turco en cambio tenía más de cuarenta y tres mil hombres, perdidos los mil quinientos que le quitó Cópier, y esperaba á Dragut y Hassen. Por esto el gran maestre sintió doblemente la pérdida de los ochenta, llamó al comendador Cópier, y prohibió el que ninguno se moviese del puesto que él á cada uno había señalado.

— Dirigió el turco todo su empeño hácia el fuerte de San Telmo, contra el cual comenzó á lanzar proyectiles, obligando al gobernador maltés á que dijera al maestre por medio del caballero La Cerda, *que solo y á duras penas podría San Telmo resistir y defenderse una semana.*

El gran maestre, cuyas palabras durante el sitio fueron tan notables que no debemos omitirlas, dijo tranquilamente á La Cerda: *¿Pues qué pérdida habeis sufrido, que así desesperais?* A lo que respondió La Cerda: *El castillo está en el triste caso de un enfermo que solo puede alargar la vida con muchos remedios y recibiendo continuos socorros. — Pues yo seré el médico y llevaré otros conmigo que si no pueden curaros del temor, podrán al menos impedir que esos infieles se apoderen de la fortaleza.* Así respondió el heroico La Valette.

No consintieron los comendadores en que su gran maestre acudiese al sitio del mayor peligro, cuando la salvacion de la isla y la de la orden estribaba en la vida de aquel hombre benemérito y valeroso. Costó no pequeño trabajo ni poco tiempo el convencerle; pero al fin cedió, y mandó en su lugar al comendador Medrano, uno de los más valerosos, inteligentes y circunspectos de todos los de su clase.

Y no tardó mucho el enemigo en adivinar que en San Telmo se habia cambiado de gobernador, así por la energía y vigor de la defensa, como por las grandes pérdidas que sufría.

En esto llegaron Dragut y Hassen, el primero con trece galeas, y con veintiocho el segundo, llevando ambos consigo refuerzos de tropas, víveres y municiones, y teniendo Dragut á su lado, como segundo, á un terrible pirata llamado Uluch-Ali.

Pocos dias despues ocurrió una verdadera desgracia, á consecuencia de una sorpresa. Los defensores de San Telmo, que al fin eran hombres, aunque tan valerosos y sufridos, no pudiendo resistir más, y aprovechando unos momentos en que las hostilidades habian cesado, se entregaron al descanso, para reponer algun tanto las agotadas fuerzas.

Aprovechó el oportuno momento el enemigo, y asesinando de un solo certero golpe á los únicos centinelas que velaban sobre

el rebellin, degolló á los primeros que en las fortificaciones estaban. Dióse, empero, por los demás el toque de alarma, acudió la guarnicion, y despues de un sangriento combate de más de ocho horas, los turcos buyeron á sus lineas, con pérdida de dos mil ochocientos de los suyos, la mayor parte de los temibles genizaros. Los cristianos solo perdieron tres caballeros de Malta y cerca de cien soldados.

Mandaba el ejército de tierra Mustafá-Bajá, valiente y hábil y muy experimentado, asi como la armada la mandaba Pialy, no menos valeroso é inteligente y práctico que Mustafá; y ambos acordaron insistir en el sitio de San Telmo, reforzando los atrinchamientos con las mejores tropas, puesto que era imposible resistiesen ya mucho tiempo los sitiados.

No dejaba el gran maestro de enviar refuerzos al castillo; pero ni bastaban, ni era ya posible resistir á la fatiga y á los trabajos de tan penoso sitio. Tales eran estos y aquella, que el mismo comendador y gobernador de San Telmo, Medrano, pasó á ver á La Valette, y le manifestó francamente que solo algunos dias podia sostenerse el castillo, y esto probablemente á costa de las vidas de cuantos le guarnecian.

El maestro, para quien ni el valor, ni la fidelidad ni la inteligencia de Medrano eran sospechosas; que sabia cuánta era su prudencia y su esfuerzo, comprendió que mucho y muy extremado debia ser el apuro, cuando en tales términos se expresaba el comendador Medrano. Sin embargo, sofocando en su pecho la piedad que por aquellos defensores sentia, y comprendiendo que la salvacion de la órden y de la isla consistia en la resistencia y en la prolongacion del sitio, contestó á Medrano estas memorables plabras: *Decid á los caballeros, que se acuerden de los votos que han hecho; de que han ofrecido sacrificar su vida en defensa de la religion. Yo les enviaré socorros, y aun iré yo mismo á morir con ellos, antes que consentir en que se entregue á los infieles el castillo.*

Y sin embargo, tuvo este hombre valeroso el sentimiento de volver á recibir un aviso por el que se le decia que en vista de lo que habia respondido, algunos caballeros habian jurado resistir hasta perecer bajo las ruinas de San Telmo; pero una gran parte de los defensores le mandaban decir «que si no se les mandaban barcos para salir de la fortaleza, probarian á abrirse camino con las armas, para evitar la ignominiosa muerte que les esperaba.»

El gran maestro, bajo el pretexto de examinar el estado del castillo y de sus defensas, pensó pasar en persona á San Telmo; empero nuevamente aconsejado para que no expusiese allí su

persona, envió al fuerte tres comisionados para examinarle, de los cuales dos opinaron que era imposible sostenerle por más tiempo; mas un tercer comisionado, que lo fué Constantino Castriotto, príncipe griego, manifestó á La Valette que no era la situación de la fortaleza tan desesperada como se pintaba, en prueba de lo cual, él estaba pronto á encerrarse en aquella y á defenderla con los que quisieran seguirle.

El sin par ánimo de Castriotto entusiasmó á muchos, que se ofrecieron á seguirle y defender el castillo. Entonces el gran maestre mandó un aviso en respuesta al último mensaje de los sitiados, en el cual se les daba una severa reprension, disfrazada con muy dulces palabras: *Queridos hermanos míos*, decia La Valette, *volved aquí: así estareis más seguros, y yo más tranquilo.*

Hablaba aquel digno hombre á gentes de honor, y esto es siempre, y en tales casos principalmente, muy ventajoso. Avergonzados por su insistencia, é interpretando el verdadero sentido de las palabras de su gran maestre, le rogaron les permitiese continuar defendiendo el castillo hasta salvarle ó perecer con honra, como buenos caballeros. Y sin embargo de esto, para que La Valette accediese á la noble petición, fué necesario que los abochornados y arrepentidos caballeros buscasen poderosos intercesores; que la primer respuesta del maestre fué: *Decidles que prefiero un cuerpo de tropas nuevas, á otro de veteranos que no estén sometidos á la disciplina militar.*

El dia en que se celebraba la festividad de Nuestra Señora del Cármen (16 de Julio), despues de más de dos meses de rigoroso sitio y de haber arrasado Mustafá con sus baterías las murallas del fuerte, dióse el asalto general por las tropas del caudillo moro, que ya estaba abochornado al ver cómo de él se burlaba un puñado de héroes, al mismo tiempo que Pialy se acercaba con su armada á protegerle.

Despues de seis horas de terrible é inexplicable combate, tuvo Mustafá que retirarse, *sin haber logrado adelantar un paso;* y airado aquel celebró consejo, del cual, á propuesta de Dragut, resultó el dividir la atención del enemigo, atacando simultáneamente á San Telmo, San Miguel y Santángelo, castillos que una vez tomados, quitaban á la isla su principal defensa.

Signióse el dictámen de Dragut; y cierto que debió pesarle el haberle dado y el que se aceptase. El feroz pirata recibió una herida en el ataque, á consecuencia de la cual tres dias despues perdió la vida, que solo habia empleado en hacer daño.

Sintió Mustafá la muerte de Dragut, que era muy hábil y experimentado; y redoblando su ira y su enojo, dió hasta

cuatro asaltos *en un solo día*, y *cuatro veces fué rechazado*, con un valor que rayó en lo fabuloso y que hizo eterno el nombre de aquellos caballeros, é imperecedera la memoria de aquella ilustre orden y de aquel memorable sitio (21 de Julio).

San Telmo ya no podía sostenerse; y aunque La Valette quiso socorrer á sus bravos defensores, las barcas en que mandó los socorros no pudieron abrirse paso por entre la armada de Piali, que tenia bloqueado aquel fuerte.

Perdida aquella última esperanza, los caballeros, comprendiendo que su glorioso fin se aproximaba, tranquilos y serenos pidieron y recibieron los Santos Sacramentos, se abrazaron y despidieron hasta la eternidad, despues de lo cual se dirigieron animosos á las brechas, siendo muy de notar el que *hasta los mismos enfermos se hicieron llevar á las brechas*, ganosos de recibir el martirio. Y en efecto le recibieron, despues de sostenerse durante cuatro mortales horas, sin que se salvaran más que tres, que á nado pudieron pasar y presentarse al gran maestro.

Logró Mustafá su decidido empeño; mas solo encontró en San Telmo cadáveres y ruinas. Asegurase que asombrado el caudillo turco al poner el pié sobre aquellos derruidos restos, se quedó inmóvil y dijo, mirando en su derredor, estas notables palabras: *¿Qué no hará el PADRE, cuando el HIJO nos ha costado nuestros más bravos guerreros!!*

Cambiada despues la natural admiracion en su connatural ferocidad é inexplicable barbarie, lejos de respetar los restos mortales de aquellos héroes que sobre los gloriosos escombros yacian, mandó que á todos los *arrancasen el corazon*, y que los pusiesen en cruz, para escarnecer de este modo el emblema de la orden de caballería y el sagrado signo de la redencion del humano linaje.

Quando aquel acto de bárbara ferocidad llegó á noticia del venerable gran maestro se indignó de tal modo y hasta tal punto perdió su natural benignidad, que hizo degollar á los prisioneros, y cargar con las cabezas de aquellos los cañones de su artillería gruesa; y mandando hacer una descarga general, arrojó aquella nueva y terrible metralla al campo de los turcos, diciendo: *Que aprenda el bárbaro bajá á hacer con menos ferocidad la guerra.*

Tal fué el fin del obstinado sitio del castillo de San Telmo, y tal y tan heroica su memorable defensa. SESENTA MIL balas de cañon recibió en sus murallas aquel fuerte, durante el sitio.

Continuó el feroz Mustafá batiendo el castillo de San Miguel y el Burgo; y comprendiendo la apurada situacion de los sitiados.



mandó un mensajero al gran maestre, para intimarle la rendición. La Valette oyó con desden la arrogante propuesta, y señalando al foso, en cuyo borde estaba colocado, dijo al mensajero: *¿Veis ese espacio? Pues es el único que pensamos ceder á Mustafá, para que á él y á sus genizaros sirva de sepultura.*

A todo esto el gran maestre, cuyas palabras por ser tan dignas y llenas de valor no queremos omitir, no hacía más que acudir á todas partes y subir á las atalayas para ver si el anhelado socorro llegaba de España, que por cierto tardaba ya demasiado. Y como la respuesta dada por aquel hombre heroico á la proposición de Mustafá llenase á este de ira y de despecho, los ataques se redoblaron con el mayor vigor y decisión, uniendo las fuerzas de mar contra la ciudad, y las de tierra contra el castillo de San Miguel. Siempre, empero, eran rechazados los turcos, lo mismo que los africanos sus auxiliares; que en todas partes á un tiempo se hallaban el gran maestre y sus comendadores, y hubo ataque en el que perdieron de cuatro mil mahometanos, tres mil quinientos; y el resto ó fué prisionero, ó heridos los que se libraron y pudieron escapar á las iras de los defensores.

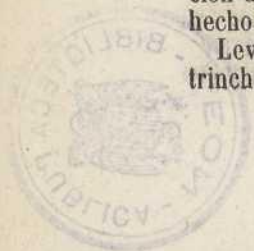
Pialy había logrado destruir las obras exteriores de la ciudad, hallándose defendiéndolas el mismo gran maestre, lo que le obligó á reunir en consejo á los hermanos de la orden; y la opinion general se decidió por abandonar la ciudad y encerrarse en el castillo de Santángelo, llevando consigo procesionalmente las reliquias de los santos.

Negóse el gran maestre á aprobar tal determinacion, visto lo cual y sabiendo cuán firme era en sus resoluciones, le suplicaron que no se obstinase al menos en poner su persona siempre en el mayor peligro, puesto que su vida era más interesante y necesaria que la de ningun caballero de la orden; que si se retiraba, ellos empeñarían su palabra de honor de defender la ciudad hasta perecer todos.

No, queridos hermanos míos, dijo tranquilo La Valette, aquí debemos vencer ó morir todos. ¿Podría yo á la edad de SETENTA Y UN AÑOS que tengo, acabar más gloriosamente mi vida que al lado de mis hermanos y amigos, en defensa de nuestra santa religion?

Tanta heroicidad asombra seguramente; y no es que el gran maestre hablase de tal suerte solo por animar á los suyos; porque disolvió el consejo en el acto, y comenzó á activar la ejecución de los reparos y defensas exteriores, para remediar el daño hecho por las balas de Pialy.

Levantados durante la noche no pocos parapetos y excelentes trincheras, al rayar el alba hicieron los caballeros una vigorosa



é inesperada salida, poniendo en fuga aquellos con sus aceros á la gran guardia avanzada de genizaros. Esta no podia suponer tanto ánimo en aquel puñado de caballeros, y creyó que algun refuerzo milagrosamente introducido en la isla les habia dado aquel ánimo é inspirado tal resolucion.

Pero á medida que el tiempo trascurria, los recursos se agotaban, se gastaban las fuerzas, disminuian las esperanzas. Cierito que fuera doloroso término á tanto valor y tanta gloria y tanta resistencia el sucumbir ante los feroces hijos de Mahoma por falta del socorro de España. El lector, que acaso tanto y tan malo habrá leído de Felipe II, especialmente si han llegado á sus manos algunas novelas malamente llamadas históricas, en las cuales ni se le concede cualidad buena ni se le niega ninguna mala, dirá á esta hora que está dicho rey bien y fielmente retratado en aquellas, y maldecirá de su egoismo. Le aconsejamos, empero, que de ligero no parta; porque es muy diverso hablar desde seguro, á encontrarse en el centro del peligro.

Han motejado á este rey más de lo justo por este y por otros hechos, muy en particular algunos escritores extranjeros, que aborrecen hasta la memoria de Felipe; y hacen por cierto muy bien; están muy en su derecho en no querer capitular con un rey tan verdaderamente español y que tan á raya tuvo á los que no lo eran. Por esto, y por otras causas que no son de este lugar, le denominaron y denominan el *demonio del Mediodia*; y los denuestos de este género honran y favorecen mucho más que los elogios, cuando de ciertos labios y de ciertas plumas proceden.

Felipe II, que sabia cuanto en Europa pasaba como si en todas partes á un tiempo estuviese, estaba muy al cabo del estado de Malta, de las fuerzas del turco, de las naves que en el sitio tenia, y de todos los recursos de que podia disponer. Mandar socorros ineficaces por acudir con premura, hubiera sido mil veces peor que no mandarlos; porque ni se hubiese evitado la ruina de Malta y de sus ilustres caballeros, ni alcanzado otra cosa que dar mayor importancia al enemigo comun del cristianismo, y perder el merecido renombre de que el invicto pendon de Castilla gozaba.

El rey Felipe se distinguió mucho por su prudencia y prevision; y activando como personalmente activó la reunion de elementos para auxiliar á Malta, no quiso ni exponer á la deshonra el pendon español, ni dar mayor importancia al turco de la que en los mares tenia, ni perderlo todo sin salvar á Malta ni á sus caballeros.

Sabia dia por dia el estado de aquella cruda guerra y los medios de resistencia con que aun contaban los caballeros; pero los

recursos y elementos que debian formar el socorro se reunian por la penuria del tesoro muy lentamente; y cuando supo que Malta no podria apenas resistir quince dias, sin esperar á reunir aquellos, hizo salir á toda vela el socorro en el mismo estado en que á la sazón se hallaba. Sirva esto de contestacion, porque es la exacta verdad; á los murmuradores de oficio.

o) Salió, como hemos dicho, precipitadamente la armada española de socorro, mandada por el intrépido veterano D. Alvaro de Sande, ya rescatado de manos de los infieles; el glorioso héroe de los Gelbes, del cual no se habrá aun olvidado el lector. Iban como sus segundos Vincenzo Vitelli y Ascanio de la Corgne, llevando consigo *seis mil* veteranos españoles tan valientes y escogidos, que no será mucho calcularlos en *diez y ocho mil*; tres mil valerosos italianos, y menos de dos mil aventureros, voluntarios por consiguiente, entre españoles é italianos. Y como las intenciones del rey eran de mandar hasta veinte mil lo menos, para evitar de pronto la pérdida de la isla y la ruina de los caballeros, hizo salir aquellas fuerzas militares, sin perjuicio de continuar reuniendo más de aquellas, á fin de hacerlas marchar inmediatamente á Malta. Por esto D. Garcia de Toledo, luego que dejó embarcado el primer socorro, regresó apresuradamente á Sicilia, para hacer que á bordo pasasen los demás soldados que ya tendria su segundo reunidos.

Anuncióse la armada española con algunos cañonazos, para advertir á la sitiada Malta que habia llegado á sus aguas; y aquellas detonaciones hicieron fijar la atencion desde las atalayas, y poco despues el vuelo de las campanas, los gritos de inefable alegría, las fragorosas y festivas salvas que dentro de la heroica Malta resonaban, hicieron fijar la atencion de los descreidos hijos de Agar y de Ismael. El poderoso é invicto pendon castellano, cuyos extremos lamian las tranquilas aguas de Malta, erguíase enhiesto y amenazador, clavado sobre la proa de la capitana.

o) No fué menester más: la aterradora vista del pendon castellano; de aquel pendon tremolado en *Albelda*, en *Calatañazor*, y en las *Navas*, y en el *Salado*, produjo tal efecto en los feroces mahometanos, que sin esperar un solo momento levantaron el sitio. El mismo Mustafá tan apresuradamente corria para llegar pronto al sitio en que habia de embarcarse, *que su caballo cayó dos veces en tierra*.

o) Desembarcaron los cristianos é hicieron horrible y merecida carnicería en los bárbaros que habian arrancado los corazones á los difuntos caballeros á quienes vivos no habian podido vencer; y para que mayores fuesen la vergüenza y pesar de Mustafá y de Pialy, antes de lograr el completo embarque de los suyos,

vieron con tanta ira como desesperacion á los españoles arrancar sus estandartes del derruido castillo de San Telmo, y clavar en su puesto el pendon de Castilla y el de Malta.

La derrota y el desprestigio de las armas de Soliman II fueron completos. *Cuarenta y cinco mil* turcos, la mayor parte genízaros, sin contar los soldados de Trípoli y Argel, pusieron el sitio á Malta; *CATORCE MIL* solamente regresaron de aquella memorable expedicion, casi todos heridos ó contusos, ó enfermos. Toda la artillería turca quedó en poder de los cristianos. Dragut, el feroz y temido corsario, quedó sepultado ante los muros de Malta, de donde volvieron las armas y los mejores soldados de Soliman II sin honra y perdido el prestigio de que gozaban.

La gloria del vencimiento se debió en primer término al anciano y valeroso gran maestre de Malta, Juan Parissot de La Valette; despues á sus bizarros caballeros, al rey de España Felipe II y á sus soldados, los mejores del orbe, lo mismo hace tres siglos que lo son hoy, y, si no nos equivocamos que no lo tememos, que lo serán siempre.

Este notable suceso se celebró por toda la cristiandad del modo que merecia; y Felipe II, además de caberle la gloria, que no es por cierto pequeña, de haber salvado á la cristiandad toda, representada en tan gloriosa y memorable ocasion por aquella estéril isla, por el sin par maestre, cuyo nombre se hizo eterno, y por un puñado de héroes, y de haber disminuido y enfrenado el gran poder del turco feroz, quiso mostrar lo complacido que estaba y en cuánto apreciaba los esfuerzos de los inolvidables héroes de Malta. Al efecto regaló al gran maestre una magnífica espada y un alfanje damasquino con puño de oro macizo incrustado de ricos diamantes y preciosas perlas: hizo otros regalos de menos valor á los comendadores, y espontáneamente se obligó á pagar una suma anual, que estableció ó fijó de acuerdo con el gran maestre, para reparar las fortificaciones destruidas por los turcos.

AÑO 1566.

FLANDES.

El estado de los dominios flamencos era cada dia más alarmante y violento. Ya en 1565 se determinó el conde de Egmont á pasar á España, instado por la gobernadora, á fin de que en su

representacion hiciese al rey una exacta pintura del mal estado de aquellas provincias, indicándole al mismo tiempo las necesidades que tenian, los males que las aquejaban, y el remedio de aquellas y de estos.

Recibió el rey muy bien á Egmont y le escuchó muy atentamente. En vista de la relacion hecha por el prócer flamenco, mandó el rey convocar y reunir una junta de teólogos, para que decidiese si le seria lícito el permitir en Flandes la libertad de conciencia.

Examinaron muy detenidamente los teólogos el árduo punto que á su deliberación se sometia, y unánimemente opinaron que «atendido el estado de las provincias de Flandes, y considerando cuántos males podian seguirse á la Iglesia católica de provocar una revolucion, eran de parecer que S. M. podia muy bien dejar á aquellos naturales el libre culto, sin ofensa de Dios ni cargo para su real conciencia.»

Preciso es que el rey tuviese muy á su inmediacion y concediese más confianza de la que debia á alguna persona necia ó mal intencionada. En el hecho de haber mandado reunir la junta de teólogos, demostró tácitamente su deseo de acceder á los que mostraban los flamencos, si su conciencia lo permitia; los teólogos le facilitaron el camino de mantener en paz y en su obediencia aquellos ricos é importantes dominios; y sin embargo, el rey se tomó algunas horas para decidir, y decidió contra el dictamen de los teólogos. Dijo que «preferiria mil veces perder la vida, antes que consentir en que se quebrantase en un punto la unidad religiosa.» Quizá creyó servir así á su conciencia, y supuso que los teólogos habian decidido de un modo erróneo: por manera que al regresar Egmont con la respuesta del rey para la gobernadora de Flandes, fué contentísimo, porque el rey le colmó de mercedes y favores, y porque la contestacion estaba escrita en sentido muy conciliador y que daba esperanza de un definitivo arreglo, á pesar de no haberse conformado Felipe con el dictámen de los teólogos.

La carta contentó mucho á Margarita, y más aun al ver que el de Egmont la llevaba la alhaja que la duquesa de Parma en más estima tenia: á su hijo Alejandro, que habia sido educado en el palacio de Felipe II, y que acababa de casarse con la infanta doña Maria de Portugal, nieta del rey D. Manuel.

Poco tiempo despues recibió la gobernadora órdenes contrarias á las templadas que le habia trasmitido el conde de Egmont. Segun despachos expedidos en Valladolid, se la mandaba proceder con todo rigor contra los luteranos, calvinistas y anabaptistas; publicar el concilio de Trento; reorganizar el consejo

de estado y prohibir usasen las magnates una nueva librea, con otras pretensiones análogas y todas muy á propósito para disgustar á los flamencos.

Forzosamente, lo repetimos, el rey tenía algun mal consejero de toda su confianza, que estaba ganado por Orange y por los magnates interesados en la emancipacion de aquellas provincias: porque á no ser así, no hubiera andado tan desacertado en este punto un rey tan prudente y avisado en todos los demás. Hácenos afirmar en esta idea el ver que al hablar el rey con Montigny y con Egmont, opinaba y procedía de una manera diametralmente opuesta á cuanto decía en su cámara, solo al parecer, y manifestaba despues en su decision.

En cuanto á las libreas prohibidas, diremos para conocimiento del lector, que antes de comenzar los disgustos y las excisiones se puso en moda un bordado, hecho á aguja, que se llevaba como guarnicion y que representaba una serie de cabezas con caperuzas ó capirotos con cascabeles, á la manera de los que usaban los juglares ó bufones. Dió la gente en decir que aquellas cabezas representaban á las de los partidarios de Granvela, llamados *cardenalistas*, y que los capirotos ó capuchas simbolizaban el *capello* (capelo), para significar la alusion. De aquí el dar aquella librea tanto que decir, y la prohibicion de que hemos hecho mencion poco hace.

La gobernadora obedeció al rey y cumplió sus órdenes, no sin representarle cuánto aventuraba con proceder de aquel modo. Egmont manifestó públicamente su disgusto, al ver que el rey procedía en abierta oposicion con lo que á él verbalmente y por escrito le habia dicho, diciendo sin rebozo *que tenía intenciones de separarse del servicio de Felipe II*; téngase esto presente. En tanto, el pueblo se agrupaba, formaba conciliábulos, y no esperaba á más que á encontrar una cabeza que le rigiese y guiase.

Hé aquí lo que la gobernadora escribía á su hermano el rey (en 1566), luchando como estaba á toda hora para cumplir con su penoso encargo, haciendo uso de todo su talento y prudencia, que no eran escasos:

«La resolución de V. M. sobre la inquisicion y la observancia de los edictos empeora esto de dia en dia: deploro la determinacion, y creo que V. M. ha sido mal aconsejado: la inquisicion se hace insoportable á estas gentes: en Amberes y en Bruselas se publican carteles y circulan libelos que provocan á la rebellion, y el presidente Viglió y los más afectos á V. M. me aconsejan que no dé apoyo á los inquisidores para castigar estos delitos, por temor á los gravísimos inconvenientes que se po-

»drian seguir: los gobernadores y magistrados de las provincias
 »me dicen sin rebozo que no quieren ayudarme y contribuir á
 »que sean quemadas cincuenta ó sesenta mil personas. La esca-
 »sez y carestía de las subsistencias, los atrasos en las pagas de
 »las tropas y la poca confianza que me inspiran, aumentan mis
 »temores y me hacen temblar: os suplico humildemente que lo
 »mediteis bien y deis alguna satisfaccion á los señores del país:
 »es imposible hacer más de lo que yo estoy haciendo, y lo único
 »que deseo y me resta es poderme retirar.»

Por entonces se formó el llamado *Compromiso de Breda*. Diósele este nombre, porque en la ciudad de Breda se formó una confederacion de gente jóven é ilustre, que mantenía frecuente correspondencia con los protestantes alemanes y con los ingleses, así como con los hugonotes.

Obligáronse bajo juramento á no admitir la inquisicion y á resistir las órdenes reales hasta con las armas si preciso fuese, protestando al mismo tiempo que esto lo harian por convenir así al mejor servicio de Dios y del rey. Por el juramento denominaron *Compromiso* á la confederacion, y le añadieron el nombre de la ciudad en que se habia verificado.

Aquellos magnates, entre los cuales la mayor parte solo miraban á su propio provecho y querian medrar á la sombra de la revolucion sin ser católicos ni protestantes, se propusieron sublevar repentinamente y en un dia y hora dados á Holanda, Frisia, Güeldres y Utrecht, y últimamente, dado el primer golpe, pasar con igual designio al ducado de Brabante.

Ya conoce el lector los nombres de los magnates que eran fieles á la gobernadora, y por consecuencia, al rey. La lista de los contrarios seria muy larga, si bien pocos de la gente principal podriamos en este momento designar; porque casi todos los verdaderamente principales, estaban decididos, pero no creian llegado aun el momento de demostrarle. Por esta razon ni en el *Compromiso de Breda*, ni en los primeros acontecimientos tomaron parte el príncipe de Orange, el conde de Egmont, el de Horn, el de Meghem, el de Hooghstraeten, ni los marqueses de Berghes y de Montigny. Todos estos, con especialidad el artero príncipe, esperaban á ver cómo salian los primeros conjurados de su arrojada empresa.

La bondadosa Margarita se dirigia á estos próceres y consejeros antes que á otros para consultarlos, y ellos la protestaban su fidelidad y la aseguraban que el peligro quedaria conjurado sin mas que abolir la inquisicion, y moderar el rigor contra los protestantes. Y la buena señora escribia al rey, y el rey contestaba de tarde en tarde, y siempre mal aconsejado.

Pero llegó el día 2 de Abril y á deshora, inesperadamente aparecieron en Bruselas el conde Luis de Nassau, *hermano del príncipe de Orange*, acompañado del conde Brederode y seguidos de doscientos caballos. Luis y Brederode se alojaron en el palacio del príncipe, hermano del primero de ambos. Veinticuatro horas despues aparecieron el conde de Calembourg y el de Vauden-Berghen, con ciento cincuenta ginetes, y otros que durante el día y la noche habian ido entrando sueltos y por diversas puertas.

Al siguiente dia los cuatro condes presentaron á la gobernadora una peticion, apoyada en los *méritos de quinientos ginetes con espada y dos pistolas al arzon*.

La gobernadora contestó con dignidad que para pedir se acercasen á ella desarmados; y al dia siguiente se presentaron muchos, presididos por el conde de Brederode, todos con unos sencillísimos trages de color gris, sin armas ni insignia alguna. La gobernadora les dió buenas esperanzas y aseguró que interpondria toda su influencia con el rey su hermano para que se revocasen los edictos y para alcanzar un perdon general.

Aquella misma tarde se lamentaba la prudente Margarita y manifestaba sus temores por la ocurrencia de aquel dia á varios magnates, entre los cuales estaba el general conde Berlaymont, que fué, como toda su familia, fiel siempre al rey.

Berlaymont, para tranquilizarla, y aludiendo al excesivamente modesto traje de los conjurados, dijo en tono despreciativo: *Madame, ce ne sont que de gueux* (Señora, no son más que unos mendigos). Esto fué suficiente para que los conjurados, que al momento supieron la ocurrencia de Berlaymont, adoptasen por divisa el vestido gris, y á sí propios se denominasen mendigos; y sobre el tosco traje llevaban una alforja, una medalla al pecho y una pequeña hortera de palo, colgada de un cinturon de cuero. En la medalla llevaban una efigie de Felipe II, con el lema *En todo fieles al rey*, y en el reverso una alforja sostenida por dos manos, y orlada por las palabras: *Hasta llevar la alforja*.

Públicamente vestian de esta manera, solo que cansados los principales de la conjura de vestir humildemente, se hicieron los trages de *ordenanza*, pero con las horteras de oro, las alforjas de finísima tela y de lo mismo la túnica; y públicamente hacian tambien alarde de pertenecer á los mendigos.

La gobernadora, cada dia más alarmada, determinó mandar á España al marqués de Berghes y al de Montigny con despachos para el rey, á fin de que sus palabras, de acuerdo con los escritos, moviesen al soberano á cambiar de conducta respecto de los dominios flamencos. Y cuando los marqueses se dirigian á Es-

paña, uno primero que el otro, se cruzaron en el camino con los correos (ó *volantes*, como entonces decian), que llevaban órdenes á la gobernadora, contrarias á los deseos de esta y á los de aquel país.

Margarita de Austria, á pesar y despecho de su veracidad, cuando recibia correo de España y los magnates la rodeaban con curioso afan para saber lo que esperar podian, decia unas cosas, callaba otras, y á veces daba esperanzas que seguramente no tenia, con la intencion de sostener las ilusiones de los principales conjurados para ganar tiempo, y ver si en tanto su hermano se convenia y mudaba de conducta respecto de Flandes.

Lo mismo adelantaron Montigny y Berghes que habia adelantado Egmont en otro tiempo: fueron ambos muy obsequiados, y los dias, las semanas y los meses trascurrian, no solamente sin resolver, pero sin hablar palabra de Flandes, como ellos no promovieran la conversacion.

A la mitad del año ya hacia un tristísimo papel en Flandes la duquesa Margarita; su autoridad era desobedecida, aunque ella respetada, porque era muy querida; públicamente y á toda hora predicaban los herejes de diversas sectas alarmanes sermones, que conmovian á las ignorantes masas, y las preparaban para ser movidas en el sentido que se les quisiera impulsar; se hacian tambien públicamente ridiculas procesiones entonando los magníficos salmos del rey-profeta, comentados por el catedrático de Witemberg, el desdichado Lutero; y todo era *meetings*, como hoy se dice, y ya el escándalo no podia ser mayor.

Dicho se está que la gobernadora enviaria á España diariamente un correo, para dar parte al rey de cuanto ocurría; empero Felipe la mandaba atenerse á sus anteriores órdenes, y muy especialmente que de ningun modo consintiese en convocar los estados generales, como los conjurados pedian, si bien la prohibian manifestar que tenia este expreso encargo, antes por el contrario, la mandaba dar esperanzas de que los deseos de los conjurados se realizarian.

Lo único en que satisfizo el rey el anhelo de la gobernadora, fué en autorizarle para publicar un perdon general, aunque, segun respetables datos, hizo el rey una especie de protesta ante el notario Pedro de Hoyos, sirviendo de testigos el duque de Alba, el Dr. Martin de Velasco y el licenciado Francisco de Menchaca, manifestando en ella que habia autorizado el perdon obligado por las circunstancias, y no de su libre y espontánea voluntad, reservándose el derecho de castigar á todos los que resultasen culpables.

Cierto que para los políticos la conducta del rey fué vituperada.

ble, y es un borron en la vida de Felipe II. Para los fervorosos católicos es, sin género de duda, uno de los más grandes lauros de este rey su teson y firmeza en el punto en cuestion; porque no careciendo, como no carecia, de ambicion, y no reconociendo freno ni dique los ambiciosos, el rey Felipe tenia su ambicion supeditada á su catolicismo, en tales términos, que ya en el último tercio del año 1566 escribia al comendador mayor de Castilla, D. Luis de Requesens, su embajador cerca de la Santa Sede, entre otras cosas, lo que sigue:

«Y así podreis certificar á Su Santidad que antes que sufrir la
» menor quiebra del mundo en lo de la religion y del servicio de
» Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviese, por-
» que yo ni pienso ni quiero ser señor de herejes..... y si no se
» puede remediar todo como yo deseo sin venir á las armas, es-
» toy determinado de tomallas, y ir yo mismo en persona á ha-
» llarme en la execucion de todo, sin que me lo pueda estorbar
» ni peligro, *ni la ruina de todos aquellos paises, ni la de todos*
» *los demás que me quedan*, á que no haga lo que un príncipe
» cristiano y temeroso de Dios debe hacer en servicio suyo.....»

Tarde, empero, llegó el perdon á Flandes, y los revolucionarios dieron bien claro á entender que eran verdaderos revolucionarios y no otra cosa, ignorando como ignoraban la protesta del rey; que todo lo querian menos lo justo y equitativo; que los grandes deseaban medrar, y los pequeños hacer suyo lo ageno.

Casi en un mismo dia y á una misma hora estalló la revolucion en Saint-Omer, en Amberes, en Iprés y en otras principales ciudades, á pesar del perdon del rey, cuya protesta, ya lo hemos dicho, no podian conocer en aquel momento, dando á entender claramente que *se queria la revolucion*, y que por lo tanto, hubiera estallado de todos modos. Prueba es de esta verdad que el perdon del rey precipitó la excision, como si se temjese que entrando el soberano en vias de un arreglo pacífico, de transaccion y de concesiones, no fuese posible continuar caminando por la pendiente revolucionaria, y hubiesen de quedar frustrados tantos deseos y tantos magníficos proyectos.

La conjuracion se anunció de una manera terrible, y puso de manifiesto la índole y tendencias de los conjurados. No hubo desman que estos no cometiesen, ni crimen, ni atropello que no consumasen. Los templos fueron destruidos; rotas en mil pedazos las sagradas imágenes, sin respetar ni aun la de la Santísima Madre del Redentor del mundo; arrancados los altares; quemados los ornamentos y los libros; *robados*, no quemados, los sagrados vasos y todo cuanto era de metales preciosos; corridos por las calles á pedradas los religiosos y los ministros de Dios, y corri-

das y perseguidas por las calles tambien las inocentes virgenes del Señor. De este modo se anunció la revolucion de los Paisés-Bajos; de este modo hizo ver al mundo toda la negra infamia de los principales conjurados que tal permitieron; y en disculpa de la conducta de Felipe II, unas veces ambigua y otras decididamente mala, á primera vista, ellos mismos hicieron cuanto pudieron, porque mostraron al mundo tambien que eran indignos de perdon, y que no habia más camino que el de abandonarlos á su propio desbordamiento y desdichada suerte, ó enfreñarlos á fuego y á sangre.

Cuatrocientos pueblos sufrieron instantáneamente la misma suerte; y la historia consigna que las autoridades dejaron obrar á los hijos de la revolucion, mostrándose, ó cobardes, ó cómplices; y cesaron las violencias y los robos y los desmanes de todo género cuando los que los ejecutaban se hallaban ya sin fuerzas, en cuyo caso sus jefes ó directores, despues de muchos dias de robar, destruir y maltratar á inermes personas, les mandaron suspender el rigor; pero habian ya hecho bastante.

En algunos puntos los herejes pagaron con la vida su infame proceder; porque armáronse los católicos en la propia defensa, y se sostuvieron formales luchas hasta dentro de los mismos templos.

La gobernadora, que se encontró sin fuerzas suficientes para enfreñar la revolucion, y que tan desbordada la vió, quiso huir de Bruselas á Mons; pero estorbáronlo Orange, Egmont y Horn. Dícese qué fué con la loable intencion de evitar que los desórdenes creciesen en vista de la fuga de la suprema autoridad. De todos modos, note el lector, para que en lo sucesivo le sirva de gobierno, que siempre se encuentra á Egmont al lado de Orange é identificado con sus ideas. Conviene tenerlo presente, y sirva de aviso á los que han querido presentarle como un inocente mártir: acerca de su proceso no omitiremos el dar las necesarias noticias cuando el caso llegue.

En tanto, Margarita distribuyó las pocas fuerzas militares que tenia, para ver de cortar el molin; y mientras Orange, Egmont, Horn, Meghem, Hooghstraeten y otros grandes, sin manifestarse abiertamente revolucionarios, se presentaban juntos y unidos é identificados, y se notaba la influencia que sobre las masas revolucionarias tenian, otros grandes, como el conde de Aremberg, Arschot, Mandfeldt, Berlaymont y Noirquermes, ofrecian á la gobernadora sus espadas y sus vidas. ¿Y cómo era esto, si, como algunos sientan, la revolucion flamenca fué solamente hija del amor á la independenciam y de la opresion en que un rey déspota los tenia? Siendo flamencos todos los grandes, ¿cómo se en-

contraron tan divergentes? Porque los unos eran ambiciosos y los otros tenían su ambición satisfecha: no hubo más independencia, ni más opresión, ni más catolicismo, ni más luteranismo. El tiempo nos irá guiando como por la mano á convencernos de la verdad que apuntada dejamos: veremos pasar al servicio del rey á muchos de los grandes flamencos más *entusiastas por su patria*, y veremos también á no pocos de aquellos pasar alternativamente del servicio del rey al de los estados generales, y del de estos al de aquel, según que las ventajas que deseaban obtener les parecían mayores y más seguras. ¿Y por qué extrañarlo? La revolución de Flandes fué una revolución lo mismo que otra cualquiera, y vaciada en el molde de las que la precedieron y sucedieron; por consecuencia, forzosamente había de tener todas las circunstancias y condiciones de *revolución*. La bandera fué buena para adquirir secuaces; pero ninguna revolución elige mala bandera.

Reunido el Senado, los leales aconsejaron á la gobernadora enfrenase á los luteranos y calvinistas, considerándolos como causa eficiente de la desbordada revolución: los traidores y los dudosos manifestaron que lo primero era cuidar del Estado, y después se podría atender á la religión; entre estos estaban Egmont y Horn.

El primer edicto expedido por Margarita de Austria, después de estallar la revolución, y de acuerdo con el Senado, fué para ofrecer á los amotinados que no impediría el culto reformado, siempre que los protestantes volviesen al orden, abandonasen las armas, y no molestasen á los católicos, en tanto que el rey, de acuerdo con los estados generales, no dispusiese cosa en contrario.

Hé aquí el texto del edicto:

«*Moyennant* les choses contenues en lettres d'assurance, et »consideré la force et nécessité inevitable, presentement reg- »naut, son Altesse sera contenté que les seigneurs traitans l'ac- »cord avec ses gentilzhomes leur dient que en mettan aux les »armes bas au peuple, es lieux ou de fait se font les presches, et »se contentans sans faire aucun scandale ou desordre lon n'usera »de force ni de voye de faite condre eux en dictz lieux, ni en »alant, ni en venant, tant que par S. M. á l'advis de Estatz gé- »neraulx sera autrement ordonné, avec telle condition quilz »n'empescheront aucunement en quelque manière que se soit la »religion catholique,» etc. Que equivale sustancialmente á decir que «mediante lo contenido en las *cartas de seguridad*, y »consideradas la fuerza y necesidad inevitable de las circuns- »tancias, S. A. quedaria contenta con que se abandonasen las

» armas por el pueblo en los puntos rebelados, y no se ocasiona-
 » sen escandalos, ni se cometiesen desórdenes, en cuyo caso el
 » gobierno no usaria de la fuerza ni de vias de hecho contra los
 » revolucionarios en los expresados puntos ó lugares, en tanto
 » que S. M., de acuerdo con los estados generales, no ordenase
 » cosa en contrario, y bajo la condicion de que no impedirian de
 » ninguna manera el libre ejercicio de la religion católica.»

Clamaba en tanto Margarita, pidiendo al rey su consentimien-
 to para reunir los estados generales, y para suplicarle pasase
 personalmente á Flandes, diciéndole francamente que todo se
 perderia si antes *de dos meses* no habia resuelto en tal sentido.
 Esta prudentísima señora, humana, conciliadora y condescen-
 diente en algunas ocasiones hasta con exceso, llegó á escribir al
 rey (Setiembre) «que el príncipe de Orange seguia mostrándo-
 » se católico y fiel; pero que *habia sido aclamado en Amberes*, y
 » que habia concedido tres templos á los protestantes en lo inte-
 » rior de la ciudad, para ejercer libremente su culto; *que con el*
 » *conde de Horn habia sucedido lo mismo en Tournay*, y que
 » *tampoco el de Egmont le inspiraba ya confianza* (téngase todo
 » esto muy presente), concluyendo por noticiar á su hermano el
 » recelo que abrigaba de poner en manos de aquellos próceres
 » las pocas fuerzas militares con que contaba, y avisándole que
 » la constaba que á la sazón se reclutaban tropas en Alemania, en
 » Sajonia, en Hesse, en Inglaterra y en Francia, para formar
 » ejército contra los católicos y en defensa de los protestantes.»

En 1.º de Octubre contestó el rey á la apremiante carta de la
 princesa su hermana, dándola gracias por su loable comporta-
 miento, autorizándola para levantar tropas de todas armas, aña-
 diendo otras prevenciones dirigidas á cortar un fuego que habia
 tomado demasiado incremento.

Uno de los más temibles apoyos con que contaban los herejes
 flamencos era el poderoso y numerosísimo partido de los hugo-
 notes de Francia, en donde los públicos asuntos no llevaban me-
 jor camino que en Flandes; Margarita, empero, podia contar con
 Carlos IX, que no hacia sino lo que determinaba Catalina de
 Médicis, su madre, y esta era contraria á los hugonotes; Maxi-
 miliano, el que vimos regente de España, y despues rey de Bo-
 hemia, primo y cuñado de Felipe II, habia sucedido á su padre
 D. Fernando, el noble hermano del César, en el trono imperial,
 y estaba decidido por el rey su primo, como era natural, si bien
 estaba más inclinado á las negociaciones que á las armas. Este
 emperador expidió un edicto prohibiendo rigorosamente que
 ninguno de sus súbditos tomase parte en las huestes contrarias
 á Felipe II. En cuanto á los príncipes de la confederacion ger-

mánica, se mostraron divididos; los de Sajonia, Hesse, Witemberg y los demás, menos importantes, pero luteranos, se decidieron á favorecer á los herejes flamencos, y por Felipe II los de Baviera, Brunswick y los demás que eran católicos.

La revolucion tomaba cada dia más alarmantes proporciones, y el rey cada dia tambien escribia á la gobernadora dándola esperanzas de que pasaria á Flandes, aunque al cardenal Granvela decia en carta autógrafa que de ningun modo iria hasta que se reuniesen las Córtes de Castilla, que estaban convocadas para los primeros dias de Diciembre.

Dentro de palacio, segun veremos muy pronto, tenian los revolucionarios de Flandes un protector y un espía de muy elevada esfera, y que estaba á la sazón en todos los secretos de Estado; por lo tanto, pronto supieron que se preparaba ejército para someterlos, y que tal vez el rey en persona iria, pasado un mes (Noviembre).

Con esta noticia se reunieron en junta los jefes de la conjuracion en Termonde; y tan azorados estaban con aquellas noticias, que la idea de acogerse á la clemencia del rey tuvo algunos votos, porque se puso á discusion el hacerlo ó el resistir hasta el último trance. Tuvo tambien votos el parecer que otros emitieron de proclamar señor de Flandes al hijo de D. Fernando, al emperador Maximiliano; empero nada se adoptó en definitiva, y la reunion se disolvió.

Como las alarmantes noticias continuaban, volvieron á reunirse en Amsterdam; y despues de prolongados debates, acordaron: 1.º Pedir al emperador interpusiese su mediacion con su primo el rey católico, para que no fuese á Flandes con ejército.—2.º Si el rey no concedia esta petición, se resistiria con las armas y se rechazaria la fuerza con la fuerza, empezando por cortar el camino por Saboya.—3.º Hacer alianza con la plebe.—4.º Dirigirse á los electores del imperio para que, en el caso de no querer el emperador interceder con el rey, aquellos negasen á Maximiliano todo socorro contra el turco.—5.º Existiendo entre los rebeldes muchos luteranos, calvinistas y anabaptistas, todos prescindirian de las diferencias que entre dichas sectas existian, redactando un simbolo parecido á la confesion de Augsburgo, al que todos habrian de atenerse.

Admira seguramente la firmeza de la gobernadora, que, á pesar de su carácter bondadoso y templado, demostró todo el tesón y firmeza que podia y debia esperarse de una hija del gran Carlos I. Decidida á cumplir con todos los deberes que su espinoso cargo le imponia, aumentó la poca tropa de que podia disponer con algunas levas; expidió varios edictos contra los predicadores

herejes, y acabó, según se dice, de exasperar á los rebelados, si bien nosotros estamos convencidos de que el plan estaba muy de antemano formado, y decidido el llevarle de todos modos á cabo.

Como cada día la conducta de los próceres, al parecer indecisos, iba siendo más á las claras conforme con la de los rebeldes, Felipe II determinó resueltamente mandar un ejército á Flandes, y dió el cargo de general supremo de aquel á D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba de Tormes, que era uno de los consejeros del rey más decidido por el rigor y la fuerza.

El último día del año escribió el rey Felipe á su hermana la resolución que había adoptado; pero la ejecución se aplazó para la inmediata primavera, diciéndola además, como siempre, que sin embargo de ir el duque con tropas, él mismo iría después.

AÑO 1567.

FLANDES.

No es fácil comprender, y por consecuencia es muy difícil de explicar, la conducta de Felipe II respecto de los asuntos de Flandes. El desacierto presidía siempre á todas sus determinaciones, y no parecía sino que se había propuesto perder aquellos dominios, y que por lo tanto, estudiaba noche y día la manera de que la pérdida se realizase cuanto antes. Ni carecía de talento político, ni de prevision, ni de energía, y sin embargo, cuando de Flandes se trataba, se mostraba absolutamente impolítico, imprevisor y apático.

Un año hacía que sin cesar le presentaban todos los que eran leales la necesidad de que pasase á Flandes; la gobernadora, su hermana, los nobles flamencos que se mantenían firmes en la lealtad; los dos Perez (Gonzalo y Antonio), padre é hijo, ministros ambos sucesivamente del rey; el Pontífice Pío V (había fallecido el cuarto del mismo nombre); el mismo cardenal Granvela, todos, en una palabra, le aconsejaban lo mismo y le aseguraban que el mal no tenía otro humano remedio. Le presentaban el recuerdo de lo que hiciera el César cuando la sublevación de Gante, estando la nación y su tesoro no menos exhaustos que á la sazón, y haciéndole á la memoria que si por una sola ciudad rebelada, con tanta actividad procedió el emperador, que por abreviar su viaje no omitió ni el ponerse en manos de su jurado é irreconciliable enemigo Francisco I de Fran-

cia, que no debería hacer él cuando no una ciudad, sino todas aquellas provincias, estaban en abierta y manifiesta rebelion. El rey, sin embargo, aunque se mostraba convencido, decia *iré*; pero jamás iba.

No le murmuraremos nosotros por el nombramiento del duque de Alba; porque si bien reconocemos en él un carácter excesivamente severo, y tanto que rayaba en cruel, las circunstancias no estaban ya para adoptar términos medios, ni para buscar conciliacion: esto hubiera sido muy bueno para haberlo hecho algunos años antes. En 1567 no habia camino que adoptar entre abandonar los dominios flamencos á su suerte, ó sujetarlos por fuerza de armas, si era posible.

Cierto es que en este año, y en el anterior tambien, Felipe II estuvo colocado en una posicion aflictiva, tal que le era casi imposible el abandonar el Estado á merced de un enemigo doméstico que tenia; y el llevarle consigo, en el caso de marchar á Flandes, era tan aventurado como el dejarle en España.

Este recuerdo nos mueve á truncar el asunto de que venimos tratando, porque lo conceptuamos necesario, para ocuparnos de dos personajes que comenzarán á figurar muy en breve: el uno de ellos de tan rápida vida como triste memoria; el otro figurará más tiempo, y su conocimiento será muy grato al lector. Los dos personajes expresados forman un terrible contraste: son el anverso y el reverso de un cuadro; la luz y las tinieblas; el espíritu del bien y el del mal. Delinearemos primero la figura más desagradable.

EL PRÍNCIPE DON CÁRLOS.

No tratamos de recargar de sombríos colores el triste cuadro que nos vemos obligados á bosquejar. Ningun sentimiento de amor ni de odio puede animarnos en favor ni en contra de un personaje, bastante desgraciado por cierto para que su nombre se recuerde siempre con melancólica compasion, y que hace casi tres siglos no existe.

Imparciales siempre, como hemos tambien siempre demostrado y como debe serlo todo el que de asuntos históricos se ocupá, vamos á decir la verdad, probada de incuestionable manera. Vamos á oponernos al torrente de la opinion general, fundada en escritos que debieran seguramente estar quemados; no porque tengan mejores ó peores tendencias políticas y religiosas, que el historiador para referir los hechos que sucedieron y para formar su juicio sobre los personajes que en ellos tomaron parte, debe

olvidar la religion y la opinion política que profesa, sino porque todo el que siembra la historia, que debe ser la más inmaculada verdad, de falsedades y absurdos, hace infinitos daños de muy grande consideracion, que despues no puede remediar ni subsanar de ninguna manera. Entiéndanse allá y fragüen é inventen todos los argumentos ideales que quisieren; mas respeten la historia y no la adulteren, ó si de ella se ocupan en sus novelas, procuren averiguar la verdad y jamás se sopenen de ella. Dicho se está, y no es esta la primer vez que lo consignamos en nuestras páginas, que exceptuamos á los autores de novelas históricas, bien contados por cierto y por desgracia, que justamente merecen nuestra consideracion y respeto.

Veá el lector las siguientes notabilísimas palabras de una autoridad en todos conceptos irrecusable. Habla el Sr. Lafuente (tomo XIII, pág. 292), al ocuparse del príncipe D. Carlos:

» Todo ofreció ocasion oportuna á escritores apasionados, y á for-
 » jadores de drámas y novelas, para dar suelta á su imaginacion
 » y desfigurar á su placer el carácter y las acciones de D. Carlos,
 » y los motivos y circunstancias de su prision y muerte. Y cuan-
 » do los poetas y novelistas han tomado por su cuenta á un perso-
 » naje histórico, dejan siempre por herencia al historiador la in-
 » grata, difícil y pesada tarea de segregar la parte verdadera y
 » cierta, por lo comun seca y árida, del oropel y de los adornos
 » con que la fábula los haya engalanado.

Se ha formado un decidido empeño por cierta clase de gentes, y ya lo hemos dicho tambien antes de ahora, en presentar á Felipe II como un nuevo D. Pedro, el malamente llamado CRUEL segun en nuestro tomo IV hemos probado; y era preciso para lograr este loable propósito, hacerle, sobre cruel, déspota, sanguinario, fanático é ignorante, padre desnaturalizado.

El mismo y no menos decidido empeño se ha formado en presentar á su hijo D. Carlos como un modelo de jóvenes desgraciados, caballerosos, nobles, perseguidos y traídoramente asesinados. Y esto es muy lógico; para que el padre fuese desnaturalizado, opresor y tiránico, forzoso era que el hijo fuese dócil, sumiso y obediente. Estuvo muy distante el desgraciado príncipe de ser así: nosotros vamos á referir la verdad, séguenos de que nadie pueda probar lo contrario de lo que diremos.

Al anunciarse al mundo D. Carlos de Austria, ya causó un vivísimo pesar á su padre; el nacimiento de aquel costó la vida á la reina, á quien Felipe mucho amaba; y aun cuando esto no fué seguramente culpa del recién nacido príncipe, no parece sino que una providencial casualidad quiso predecir con aquel in-

fausto acontecimiento, que el hijo que al rey en aquel instante le nacia, le habia de ocasionar pesadumbres desde el momento de su nacimiento, hasta el supremo instante de su muerte.

Desde sus primeros años se anunció su natural avieso, feroz y sanguinario; porque gozaba en que le entregasen vivos los pájaros y gazapillos que con redes cogian, para matarlos por su mano, y observar complacido los sufrimientos que pasaban hasta espirar. Esta crueldad que un escritor moderno malamente atribuye á un rey moderno tambien, la ejecutaba el principe don Carlos como un recreo; y en referir esto están conformes todos los más autorizados escritores.

Refiere Strada que el embajador de Venecia, al observar la cruel diversion del tierno principe, pronosticó lo que con el tiempo seria y comunicó al Senado su pronóstico, del mismo modo que los eminentes miembros del areópago de Atenas formaron idéntico juicio de un niño cuyo entretenimiento era sacar los ojos á las codornices.

Ausente Carlos I y ausente el principe Felipe, abuelo y padre de Carlos, ni uno ni otro pudieron cuidar de la educacion del mal inclinado niño; y los archiduques Maximiliano y Maria, cuñado y hermana de Felipe, á la sazón regentes de España, solo cuidaban, más que de corregirle, de complacerle, lo mismo que hizo despues la princesa doña Juana, hermana de Felipe, tambien regente de España.

Creemos, sin embargo, que el principe era uno de esos desdichados jóvenes de tan fatal naturaleza que el rigor los exaspera y hace peores, y la blandura les da alas para hacerse incorregibles. Y tanto es esto así, que Felipe II, severo naturalmente, tenia muy encargado á los preceptores de su hijo le tratasen como á particular, no obstante lo cual los preceptores poco ó nada conseguian. En prueba de esta verdad, véase lo que escribia á Felipe, hallándose en Flandes, el hermano del duque de Alba, D. García de Toledo, ayo del principe, respecto de la educacion de este:

«En lo demás del estudio y ejercicios no va tan adelante como yo querria, no embargante que de todo ello y de las cosas que S. A. debe saber, no entiendo que pueda haber mayor cuidado ni diligencia de lo que aquí se tiene. Deseo mucho que V. M. fuese servido que el principe diese una vuelta por allá para verle, porque *entendidos los impedimentos que en su edad tiene*, mandase V. M. lo que fuere de su orden.

«Como veo que con tenerme S. A. el mayor respeto y temor

» que se puede pensar no hacen mis palabras *ni la disciplina,*
 » *aunque le escuece mucho, el efecto que deberian,* parésceme
 » muy necesario que V. M. lo viese de más cerca en alguna tem-
 » porada, sin que fuese de muchos dias; porque quán diferente-
 » mente pueden informar á V. M. del príncipe los que no le mi-
 » ran del lugar y con el cuidado que yo le miro, etc.»

Esto decía el ayo: véase ahora lo que escribia al rey el maes-
 tro de D. Cárlos, llamado Honorato Juan:

«S. A. está bueno, bendito Dios, y yo hago en sus estudios lo
 que puedo, y harto mas de lo que otros maestros quizá hicieran
 y con harto mas trabajo. Pésame que no aproveche tanto esto
 como yo deseo: *la causa de donde yo pienso que esto procede*
entenderá por ventura V. M. de S. A. algun dia, placiendo á
Dios, y lo que con todas estas dificultades, que no han sido po-
 cas ni de poco momento, me he esforzado siempre á servir
 á V. M. y á S. A. Pésame en el alma que el aprovechamiento
 de S. A. no sea al respeto de como comenzó y fué los primeros
 años, que fué el que aqui vieron todos, y allá entendió V. M.,
 especialmente habiéndolo hecho los dias pasados, y teniendo
 por cierto que estas y otras muchas cosas no se pueden bien
 remediar hasta la venida de V. M. y hasta que V. M. mismo
 vea lo que conviene que se haga para el buen asiento de todo
 ello; y suplico á V. M. me perdone este atrevimiento, y sea
 servido mandar romper esta, porque mi intencion es que so-
 lo V. M. la lea.»

La manera de expresarse en estos importantes documentos,
 así el ayo como el maestro, claramente manifiesta lo que en el
 príncipe pasaba. Sabido es que en los palacios más bien se adula
 que se hace justicia al talento, capacidad, carácter y aplicacion
 de las reales personas: y siendo esto así, como en realidad es,
 muy aburridos debian de estar D. García de Toledo y D. Ho-
 norato de Juan, cuando de tal modo hablaban al padre y al rey.

Es inútil molestar la atencion del lector con la referencia de
 hechos que no añadirían valor á lo ya dicho, para probar que el
 príncipe D. Cárlos era mal inclinado, indócil y poco estudioso;
 y á medida que el tiempo avanzaba se hacia discolo, irascible
 y, como vulgarmente se dice, pendenciero.

Debemos, empero, borrar la mancha con que han calumnia-
 do á doña Isabel de Valois algunos autores, quienes á trueque de
 dar mayor y más vivo interés al drama ó á la novela que inven-
 tan, no reparan en una reputacion de más ó de menos.

Ha servido de base á todas las invenciones, el hecho de ha-
 berse destinado en un principio á doña Isabel para esposa del
 príncipe; y la que debió llegar á ser esposa del hijo, pasó á

serlo del padre por efecto del tratado de Cateau-Cambresis. Sin embargo, en el proyectado enlace de Isabel y Carlos no intervino más deseo ni cariño del que por punto general interviene siempre en las bodas de los príncipes; ni uno ni otro se conocían, ni aun por retrato; lo primero se sabe positivamente, y en cuanto á la existencia de retratos, ninguna historia consigna que hubiesen mediado; el príncipe tenía *trece años*, y *doce* la princesa cuando esta llegó á España, edad que es muy poco á propósito para engendrar grandes pasiones: si la razón de estado la hacia esposa, su naturaleza la inclinaria á jugar como niña que era, y lo mismo, poco más ó menos, sucederia al príncipe; el exterior de este estaba tan distante de ser lo que los inventores de fábulas dicen, que lejos de ser á propósito para agradar á primera vista, porque nada tenia de bello, era de un hombro más bajo que del otro, y la pierna izquierda era más larga que la derecha, lo que le obligaba á andar de una manera fea y descompuesta; falso es tambien que la nueva reina se enamorase del príncipe comparando al hijo, *jóven y gallardo mancebo*, con el padre, *viejo y raro*; porque el hijo era un niño todavía, feo y casi contrahecho, y el padre era muy parecido á Carlos I (cuyo retrato exacto, copiado de Ticiano, hemos dado en el tomo anterior), y tenia á la sazón TREINTA Y TRES AÑOS de edad.

Falso es tambien, y está desmentido por documentos de autenticidad irrecusable, por autores coetáneos y por modernos, que Isabel y Carlos estuviesen en Yuste ni una sola vez; y por consecuencia es falso cuanto sobre este particular dicen los forjadores de fábulas.

Pudo andando el tiempo irritarse D. Carlos con la idea de que su padre poseía á la misma persona que estuvo destinada para él; mas no porque existiese el supuesto cariño, que segun todo lo hace creer, el príncipe no era capaz de amar á nadie, sino porque de su padre se trataba.

Era tal la aversion con que D. Carlos miraba al autor de sus dias, que bastaba concediese este su favor á una persona, para que el príncipe la odiase y persiguiese; y todo el que estaba en desgracia de su padre, por mucho que la mereciese, tenia un seguro y decidido protector en el príncipe.

Entre los papeles que se le ocuparon en la noche de su prision, se encontró uno *que hemos visto* y que pasa por original, el cual, procedente de cierto reservado archivo, se nos facilitó, ó mejor dicho, se nos dejó ver y examinar. Es un paralelo, escrito de puño y letra de D. Carlos, entre su padre y su abuelo, para ridiculizar al primero y ensalzar al segundo, en esta forma: *Carlos V* (que así le denominaban siempre, aunque fué el pri-

mero de España), *de Madrid á Tñez; Felipe II, de Madrid al Escorial. Carlos V, de Tñez á Italia; Felipe II, del Escorial á Madrid. Carlos V, de Madrid á Gante; Felipe II, de Madrid á Aranjuez, etc.*

Por lo demás, y para concluir con los supuestos amores, diremos que doña Isabel de Valois durante su corta vida tuvo una fama tan intachable, que la historia la califica de honesta, virtuosa y recatada; presentándola como ejemplo de virtud, honestidad y recato; que si hubiera sido posible que el príncipe hubiese tenido cariño á su madrastra, su casi antipática figura, su genio discolo, envidioso é irascible, su torvo ceño, su escaso talento y todas sus particulares circunstancias, fueron muy poco á propósito para que una señora virtuosa, honesta y recatada, acogiera ni un minuto en su pensamiento la idea de faltar á sus deberes; que Felipe II, cuya fama fué y es de suspicaz y receloso, que nada ignoraba de cuanto fuera y dentro de su casa ocurría, estuvo tan distante de sospechar lo que los poetas han querido fingir, que no consintió en que se casase su hijo con doña Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano, primo y cuñado del rey, á causa de la mala salud de D. Carlos, que tambien estaba enfermo para que nada le faltase, siendo así que á tener el menor recelo, hubiera casado al príncipe y le hubiera mandado á Alemania; y no basta decir que anduvo el rey poco previsór ó ciego en el punto en cuestion, porque tenia cerca de él personas que le avisasen de lo que él no viése, como de veras le avisaron segun despues veremos.

Falso y calumnioso es el infame supuesto de que Felipe II envenenó á su esposa, despues de muerto el príncipe: otros se han limitado á decir que la reina murió acabada por el profundo sentimiento que la ocasionara la muerte del príncipe. Falso, absolutamente falso, es uno y otro supuesto; y la falsedad hasta la evidencia está probada.

La salud de doña Isabel estuvo siempre muy quebrantada; su constitucion era débil, y probablemente acabaria de perjudicarla el haber contraido matrimonio cuando solo contaba doce años de edad. En 1561 estuvo desauiciada de los médicos, teniendo trece años de edad, ya casada con Felipe; y en 1567 dió á luz su segunda hija, quedando tan destruida y debilitada á consecuencia del parto, que se creyó iba á sucumbir en la convalecencia. Hallóse en cinta nuevamente, y tal fué el tiempo de su embarazo, que los médicos, todos sin excepcion, desconfiaron de la salvacion de su vida.

Dicho se está si faltaria á la reina la más asidua y constante asistencia de facultativos, y si careceria de cuantos recursos pue-

de facilitar la ciencia, sin embargo de lo cual el día 3 de Octubre tuvo un aborto laborioso y difícil, dando á luz una niña de cuatro meses y medio, que despues de recibir el agua sagrada del bautismo falleció, siguiéndola su madre á consecuencia del aborto (3 Octubre 1568).

El sentimiento del rey fué tan profundo que vivió muchos dias retirado en el monasterio de San Gerónimo, sin dejarse ver de nadie: la reina tuvo una muerte tan cristiana y ejemplar como habia sido su vida. Estuvo casada diez años; murió de veintidos, llorada de cuantos la conocian.

El desmentir las calumniosas suposiciones nos ha llevado á narrar todo lo sucedido hasta la muerte de doña Isabel de la Paz, ocurrida en 1568, á pesar de que por ahora no debiamos pasar del 1567.

Anudando el quebrado hilo de nuestra narración, diremos una especie que solo ha sido consignada por el erudito Lafuente, quien la presenta apoyada en irrecusables documentos, á pesar de que ningun historiador ha dado antes de ahora noticia de ella. Es la siguiente:

En 1561 quiso ya Felipe alejar á su hijo de la corte; y para lograrlo se valió del pretexto de la falta de salud del príncipe, que padecia unas tenaces y obstinadas cuartanas, y de la necesidad de que cambiase de clima y de temperatura, para ver si lograba restablecerse. Al efecto, dícese que Felipe escribió á los corregidores de Murcia, Gibraltar y Málaga, pidiéndoles informe de las cualidades y circunstancias de aquellas ciudades, para realizar su propósito, y decidirse por la que más conviniese.

Por entonces fué cuando Felipe detuvo la realizacion del matrimonio de su hijo (1561), con doña Ana de Austria, en atencion á hallarse aquel con la naturaleza debilitada á consecuencia de las cuartanas.

Debió el rey suspender el proyectado viaje del príncipe, que indica el Sr. Lafuente, pues no se volvió á hablar ni de Murcia ni de otra ciudad alguna; mas como el príncipe estuviere cada dia más demacrado y estenuado completamente, dispuso Felipe que pasase á Alcalá de Henares acompañado de D. Juan de Austria, de quien muy en breve nos ocuparemos, y de Alejandro Farnesio, tío el primero y primo el segundo del príncipe. Eran los tres casi de la misma edad, y se habian educado juntos.

Quiso el rey Felipe, tan motejado por su absolutismo, que su hijo, ya algun tanto restablecido, cursase como un simple particular en la célebre universidad Complutense, cosa que no han hecho los modernos monarcas menos absolutos, con el objeto de que se perfeccionase en el latin, si era posible, puesto que poco

habian podido hacerle adelantar en tal estudio los maestros particulares.

Tuvo poco tiempo despues el príncipe la desgracia de rodar una escalera: si es cierto el motivo que se supone ocasionó aquella terrible caída, seria una prueba más de la incontinencia y de la irascibilidad de D. Cárlos; empero como no tenemos datos suficientes para asegurar la especie, la omitimos.

Fué de tan graves consecuencias la caída, que se llegó á desconfiar de salvar la vida del príncipe, el cual tuvo que sufrir repetidas, dolorosas y muy delicadas operaciones quirúrgicas en el cráneo.

El rey se trasladó inmediatamente á Alcalá, y cuando vió que los recursos humanos eran ineficaces é insuficientes para salvar á su hijo, ordenó que se hiciesen públicas rogativas, y que se llevase á la alcoba del paciente el cuerpo del beato Fr. Diego, lego del orden de San Francisco; y como al momento comenzase el príncipe á mejorar visiblemente, desauiciado de todos los médicos, se atribuyó la salvacion del príncipe á la intercesion del beato Diego, y el rey promovió su canonizacion.

Es fama, y parece muy probable, que desde entonces el cerebro del príncipe no quedó sano, y que esto se notaba muy frecuentemente en el trastorno de sus ideas. Por manera que esto, unido á su carácter discolo, caprichoso, irascible y tal como le hemos descrito, hizo de D. Cárlos un jóven intolerable é insufrible. A este propósito dice con mucha oportunidad el Sr. Lafuente: *Todos son datos para poder juzgar si era verosímil en tal estado captarse el apasionado amor de una señora discreta y virtuosa.* Porque el desórden de las ideas del príncipe á menudo se mostraba lo mismo en sus palabras que en sus acciones y en sus escritos.

Dos años despues (1564) enfermó nuevamente y otorgó su testamento ante Domingo de Zabala, escribano de cámara, en los siguientes términos:

1.º Que se entierre con el hábito de San Francisco, en el convento de San Juan de los Reyes (en Toledo), sin que se le haga sepulcro de bulto, y poniendo una lápida de jaspe, sin escultura.

2.º Que no se haga túmulo ni otro gasto supérfluo, y que solo se pongan para todo veinticuatro hachas y cuarenta y ocho velas en los dias de su entierro y cabo de año, y en los demás cuatro hachas á los ángulos de su sepultura.

3.º Que se le digan diez mil misas, y mil anuales perpétuas; señalando para las primeras 1,000 ducados, y 100 para las segundas.

4.º Que se destinen 10,000 ducados para rescate de cautivos.

5.º A Mariana Garcetas, doncella que al presente se halla en el monasterio de San Juan de la Penitencia, le den, sobre los mil ducados que S. M. habia hecho merced de mandarle librar, otros dos mil más si entrare en religion; y si se casare, otros tres mil más.

16.º Dispone por esta cláusula la creación de una renta perpétua de tres mil ducados para D. Martín de Córdoba, hermano del conde de Alcaudete, en premio de la brillante defensa de Mazalquivir, hecha en 1563, diciendo: *Por la voluntad que siempre he tenido de hacer bien y merced á los que aventajadamente sirven.*

20.º Ordena por esta S. A. que de las rentas que vacaren de las establecidas para pagar sus criados, se funde un colegio de frailes franciscanos observantes, dotado de los correspondientes catedráticos, *que han de hacer informacion de ser cristianos viejos, libres de toda raza de judío, señalando á cada religioso para su alimento dos libras de pan diarias y una libra de carnero para comer y media gallina para cenar, no permaneciendo los colegiales allí más de diez años.*

28.º Declara en esta cláusula no tener bienes con los que cumplir el testamento; pero le hace, esperando que su señor padre le mandará cumplir, y concluye nombrando testamentarios al arzobispo de Sevilla, D. Fernando Valdés, inquisidor general; á D. Honorato Juan, su antiguo preceptor; á Fr. Diego de Chaves, su confesor; al obispo de Córdoba, D. Cristóbal de Rojas; al obispo de Plasencia, D. Pedro Ponce de Leon; al obispo de Sigüenza, D. Pedro Gasca; á D. Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli y sumiller de corps del rey y camarero mayor del príncipe; al regente Figueroa, presidente de órdenes; á D. Luis de Quijada, caballero del príncipe; á Francisco de Eraso, secretario del rey; á los licenciados Vaca de Castro y Otalora, el primero consejero real y el segundo lo habia sido y dejado de ser voluntariamente, y al Dr. D. Hernan Suarez de Toledo, alcalde de la real casa y córte.

Despues de hecho el testamento, le añadió algunas cláusulas; y el ilustrado Sr. Lafuente, que ha visto este curioso documento, dice en una nota lo que sigue:

«Archivo de Simancas, Testamentos y codicilos reales, legajo n.º 2.— El testamento tiene diez hojas de vitela, tamaño de



» pliego, la primera en blanco, y las nueve restantes útiles. Todas las páginas llevan abajo la firma del príncipe, que escribía muy mal, y las letras son, valiéndonos de una comparación vulgar, como garbanzos. Después de firmado añadió hasta otras siete disposiciones, entre las cuales fué la primera agregar al número de los testamentarios al obispo de Badajoz, D. Diego Covarrubias y Leiva.

» Hay también de notable en dicho testamento que al recomendar que se procurara la canonización del beato Fr. Diego de Alcalá, á cuyo contacto había debido su mejoría en 1562, dice estas palabras: «Porque estando en la dicha enfermedad desahuciado de los médicos y *dejado del rey mi padre*, fué traído el cuerpo de dicho padre llamado Santo Fr. Diego, etc.» La frase y *dejado del rey mi padre* no sabemos qué puede significar, cuando afirman todos los historiadores que el rey D. Felipe marchó á Alcalá tan pronto como supo el peligro en que se hallaba la vida de su hijo.

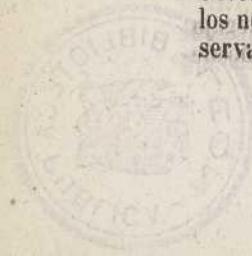
» Se equivocan los que dicen que el príncipe hizo su testamento en la prisión poco antes de morir.»

A juzgar por el carácter y costumbres del príncipe, según lo que pudo observarse antes y después de su enfermedad, todos convienen en que el precitado testamento no pudo ser obra suya, sino de su confesor Fr. Diego de Chaves, y que D. Carlos, agobiado por la fuerza de la enfermedad, le firmaría como pudiera haber firmado lo contrario, si se lo hubieran presentado á la firma.

La historia asegura que el príncipe, después de verse restablecido, observó una vida peor aun que antes de enfermar, mostrando un carácter más desalentado que nunca, y cometiendo excesos y desmanes sin cuento. D. García de Toledo, su ayo, tuvo que renunciar el cargo, porque le quiso el príncipe maltratar de obra, que de palabra lo hizo más de una vez; y al presidente del consejo de Castilla, dignidad entonces tan respetable y elevada como lo es hoy la de presidente del Congreso de diputados, le quiso matar con un puñal, porque había desterrado á un cómico llamado Cisneros, cuando se preparaba á representar una comedia en el cuarto de D. Carlos.

Mostróse siempre afecto el príncipe á los revolucionarios flamencos, desde que se anunciaron, sin haber comenzado, las escisiones en los Países-Bajos.

Estaba el rey tan distante de querer desheredar á su hijo ni de aborrecerle, como algunos gratuitamente han supuesto, que deseoso el primero de que el segundo se habituase al manejo de los negocios, determinó asistiese al despacho diario; y nada reservaba del príncipe.



Cuando la duquesa Margarita, gobernadora de Flandes, se quejaba al rey su hermano de que todo cuanto se trataba en Madrid respecto de los magnates flamencos revolucionarios llegaba á noticia de estos, y que las cartas que ella dirigia á Felipe hablando contra ellos las recibian estos despues en Flandes (Strada, *Déc.*, T. I, P. II, l. VII), era, segun se aseguró entonces, el príncipe, quien valiéndose de su asistencia al despacho y de la franqueza de su padre que nada le reservaba, ponía en noticia de los flamencos cuanto era conveniente á sus planes revolucionarios. Entre los papeles ocupados al príncipe se halló su correspondencia con los condes de Egmont, Horn, el marqués de Montigny, etc.

No contentándose D. Carlos con lo que hacia en favor de los flamencos, determinó pasar á auxiliarlos personalmente. D. Honorato de Juan su antiguo maestro, ya obispo de Osmá, que aprendió á penetrar todos los designios de su discípulo, no cesaba de darle los más excelentes y sanos consejos. El príncipe, sin embargo, tenaz y firme en sus decisiones como era, resolvió poner por obra su propósito, valiéndose del pretexto de asistir al famoso sitio de Malta (en 1565), en defensa de la cristiandad.

Erale muy difícil hacer el largo camino de Madrid á Flandes sin encontrar obstáculo, y sin que diesen parte á Felipe II y le detuviesen. Para evitarlo discurrió ir acompañado de su camarero mayor el príncipe de Eboli, persona de la íntima confianza del rey; puesto que viéndole en su compañía, todos creerian que su padre le habia autorizado para hacer aquel viaje.

Comunicó su pensamiento á Gomez de Silva, y este, veterano palaciego y hombre de buen ingenio, no trató de disuadirle; se limitó á hacerle algunas reflexiones para que las meditase, y dió parte al rey sin perder un momento. Desde entonces Felipe dispuso se vigilasen todos los pasos y movimientos de su hijo.

Llegado el año 1567, Carlos, no pudiendo sufrirse á sí mismo, tal era su irascibilidad, cuando nada le faltaba de cuanto podia apetecer un príncipe de Asturias, heredero de tantas y tan magníficas coronas, determinó decididamente marchar á Flandes, para ponerse al frente de los sublevados contra su padre y contra su religion.

Entonces fué cuando el rey, segun no há mucho dijimos, determinó mandar á Flandes un ejército bajo las órdenes del duque de Alba. Este pasó á palacio á despedirse del rey y tomar sus órdenes, despues de lo cual se dirigió á las habitaciones del príncipe para despedirse tambien de él. Es de advertir que el afecto que el rey profesaba al duque, era causa de que el príncipe aborreciese á este. Además, en 1560, cuando fué jurado don

Cárlos príncipe de Asturias, el duque fué el encargado de dirigir toda la parte de etiqueta y ceremonial de aquel solemne acto. Ocupada la imaginacion de aquel prócer y dividida en tantas atenciones, se olvidó de besar la mano al príncipe; y este le trató tan áspera y duramente por aquella involuntaria falta, que el rey obligó á su hijo á que diese una satisfaccion al duque; mas aquel no se reconcilió con este sino con los labios.

Agregábase á todo esto el que D. Cárlos, conociendo como conocia el carácter firme y enérgico del duque, sentia el que fuese á Flandes, y creia que su marcha derribaba en un momento todos los proyectos que él habia formado.

Presentóse el duque en el cuarto del príncipe, y este le recibió ceñudo y sombrío; y al querer el primero besarle la mano, le dijo el segundo que el cargo que el de Alba iba á desempeñar en Flandes, le correspondia á él mismo de derecho. Respondió el duque que S. M. quizá lo estimaria así; pero que querria mandarle á él primero para correr los riesgos de apaciguar los disturbios, á fin de no exponer la excelsa persona del príncipe en aquellos momentos en que tan sangrienta se mostraba la guerra civil.

Esta prudente y oportuna respuesta irritó más al irritable príncipe, el cual lirando de la daga, dijo al duque: *No ireis, pues, ó de no con esta daga os atravesaré el corazon para impedir vuestra marcha.* El duque, que era hombre de valor y de fuerza, no tuvo otro remedio para evitar el golpe, que abrazarse estrechamente con el príncipe y *luchar formalmente con él*, hasta que el ruido de la lucha hizo que acudiesen apresurados los que en la antecámara estaban de servicio. Al verlos el príncipe, avergonzado de verse descubierto, suelto ya de los nervudos brazos del viejo veterano, dió á correr y se ocultó en el último de los cuartos de su habitacion.

Pensó despues D. Cárlos en marchar á Alemania sin noticia de su padre, para casarse con su prima la archiduquesa de Austria; empero desde el lance ocurrido con el de Alba la vigilancia se habia duplicado, y fué igualmente frustrado su nuevo proyecto.

La catástrofe que dió fin á todos ellos y á la vida del desventurado príncipe, ocurrió en 1568, y cuando de este año tratemos nos ocuparemos de ella.

DON JUAN DE AUSTRIA.

Este es el segundo personaje á quien incidentalmente hemos tenido que nombrar y de quien ofrecimos no há mucho ocupar-

nos. Este es el mismo de quien dijimos, poco más ó menos, que comparado con su sobrino D. Carlos, era la luz al lado de las tinieblas; el genio del bien junto al genio del mal.

Nació D. Juan de Austria el 24 de Febrero del año 1547, en Ratisbona. Fué hijo natural del gran César Carlos I. y segun la generalidad, de una hermosa jóven de Ratisbona tambien, llamada Bárbara Blomberg. Hallabase viudo á la sazón D. Carlos, de la hermosa emperatriz doña Isabel, muerta ocho años antes de nacer D. Juan.

Parece que agobiado el César por una terrible melancolia, entre los medios de que hicieron uso para distraerle y alegrarle fué uno el de hacer que Bárbara cantase en su presencia, que acompañada de un laud lo hacia, como decíase en aquel tiempo, por el cabo. Surtió el efecto la medicina del ánimo; se redoblaron las visitas; comenzó la intimidad, y de esta nació una pasión, cuyo fruto fué el héroe de las Alpujarras, de Lepanto y de Flandes.

En cuanto á la madre de D. Juan, y á pesar de que los principales historiadores, incluso Lafuente, están contestes en que lo fué Bárbara Blomberg, no debemos ni queremos omitir lo que á nuestra noticia ha llegado.

Famian di Strada (Estrada), autor de las *Decadas de las guerras de Flandes*, escritor coetáneo, á quien para escribir su obra se le facilitaron todos los más reservados documentos, y que por su posición y circunstancias trató con muy elevados personajes de la corte, dice lo siguiente: «Aunque no dexaré de referir á mi Letor, lo que á cerca de la madre de Juan, me descubrió cierto Cortesano muy principal. Que el Austriaco no habia nacido de Bárbara Blomberga, como hasta entonces se pensó, sino de otra mas ilustre, y verdaderamente de esfera principal; y que mirando por el crédito de esta el César Carlos, habia supuesto otra, y hecho que la Blomberga representasse el papel de madre, cargándose ella no de mala gana del especioso título del desliz: y tratándola como á tal el Rey Philipo, que tambien concurría á esta farsa. Que el mismo Philipo lo habia declarado ansí á su hija Isabela, á quien franqueava todos sus secretos; y esta lo habia contado en familiar conversacion, al personaje que dixe.» —(T. I, P. II, *Déc. I*, lib. X, pág. 1105.)

Estas líneas de Strada están absolutamente de acuerdo con lo que refiere un documento inédito que en uno de nuestros viajes, no sin dificultad ni sacrificio, vino á nuestras manos. Está escrito en italiano, y se comprende que es un gran fragmento de una obra voluminosa.

En la cuarta hoja termina una parte en la que debe haberse

ocupado exclusivamente de Enrique VIII de Inglaterra, y en la quinta comienza á tratar del emperador. El título y pié dicen: *Raccolt. scelt. di pezzi storici, Firenze, 1559.* (Colección de trozos históricos elegidos, Florencia, 1559.) Siete hojas antes de concluir el cuaderno de que hablamos, comienza á ocuparse de Francisco II de Francia.

Al llegar al nacimiento de D. Juan de Austria dice: «Nacqui »D. Giovanni á Ratisbona, nello stesso nel giorno che quarant- »tasette anni inanzi nacqui il suo genitore l'immortale césare. »Tutti credeano che la genitrice d'il regal bimbo fú la bella »donna Barbara Blomberg: ma ciò non fú cosi. Fú la madre di »Giovanni una illustrissima, ma veramente illustrissima donna, »il cui nome non fú mai conosciuto dal volgo, anzi da pochi per- »sonaggi fú saputo. Affinché mai si giungese á sapere chi fosse »stata madre di Giovanni, fú cercata una donna che essendo be- »lla potessi (hay una rotura)..... del figlio del césare. Ella fú »troppo compiaciuta d'essere creduta madre d'un figlio da im- »peratore, ed amante riamata d'un uomo tal quale il grande cé- »saré Carlo. D'altronde questo faceva lei portare una vita agia- »la, e piena di tranquillita e (rotura).»

»D. Gio. mori nella credenza d'essere sua madre la bella Bar- »bara; ma allorché questa donna fú ammessa col liuto alla cam- »mera del césare, era digiá nato il regal bimbo.»

TRADECCION. — «Nació D. Juan en Ratisbona, el mismo dia en »que cuarenta y siete años antes habia nacido su padre el in- »mortal césar. Todos creian que la madre del real niño habia »sido la bella Bárbara Blomberg; pero esto no fué así. Fué la »madre de D. Juan una ilustrísima, pero verdaderamente ilus- »trísima señora, cuyo nombre jamás fué conocido del vulgo, y »aun de pocos personajes fué sabido. A fin de que nunca se llega- »se á saber quién habia sido la madre de D. Juan, se buscó una »dama que siendo bella, pudiese (en la rotura quizá diria, *pu- »diese pasar por madre*) del hijo del césar. Ella (Bárbara) que- »dó muy satisfecha con que se la tuviese por madre de un hijo »de emperador, y por amante correspondida de un hombre tal »como el gran césar Carlos. Esto, por otra parte, la proporcio- »naba una vida cómoda y llena de tranquilidad (rotura).»

»D. Juan murió en la creencia de que la bella Bárbara era su »madre; pero cuando esta dama fué admitida con el laud en la »cámara del césar, ya habia nacido el real niño, etc.»

Al referir nosotros lo que sabemos, estamos muy distantes de presentarlo como indudable. Algun motivo de duda, por lo menos, debió de haber cuando con la madre de D. Juan sucedió lo que no ha sucedido con otras que en diversos reinados han es-

tado en idéntico caso; esto es, han tenido relaciones ilícitas con varios soberanos. Tampoco, aunque fuese cierto lo dicho por el cortesano á quien Strada se refiere, y lo que el manuscrito italiano consigna, resulta de lo expuesto que el origen de D. Juan fuese *más criminal y feo*, como algunos dicen; que bien pudo ser la madre de aquel héroe una mujer libre, pero de tal alcurnia y esfera que no se quisiese publicar su flaqueza.

De un modo ó de otro, pasó D. Juan de Austria los primeros años de su vida en Ratisbona sin saber quién era su padre, teniendo por tal á D. Luis de Quijada, señor de Villagarcía, mayordomo y fiel amigo del emperador, y depositario de todos sus secretos.

Ambos acordaron que el tierno niño pasase á España, y trájole D. Luis, y le dejó en Leganés al cuidado de un clérigo y de otra persona de la confianza del mayordomo, á quien la historia no nombra.

Ibase haciendo un verdadero aldeano el que por la Providencia estaba destinado á dar tanta gloria á España y hacer tanto bien á la cristiandad, si bien tenía un aire y maneras naturalmente distinguidas, que le diferenciaban de los demás naturales de su edad.

Afortunadamente para D. Juan, llegó á saber el emperador el descuido con que su hijo era tratado, y determinó que D. Luis le trasladase á su señorío de Villagarcía, para que se criase al lado y bajo la direccion de doña Magdalena de Ulloa, esposa de D. Luis de Quijada, señora de tan ilustre alcurnia como su esposo, hermana del marqués de la Mota, y á quien la historia califica de honesta, discreta y virtuosa señora.

El fiel Quijada habia recibido la orden de no revelar á nadie el origen del niño, y ni aun á su propia esposa se lo dijo: tanto, que esta señora tuvo en un principio no escasos celos, suponiendo á D. Juan hijo de D. Luis.

Cierta noche, hallándose aquel en Villagarcía, se prendió casualmente fuego á las accesorias de la casa de D. Luis. En el momento que este lo supo, saltó del lecho sin vestirse, acudió á salvar á D. Juan, y despues de haberle puesto en salvo, volvió á salvar á su esposa. Entonces fué cuando esta señora comprendió todo el misterio: ya sospechaba alguna cosa al ver que su esposo abandonaba muy á menudo el servicio del emperador por atender al niño; y como en la noche del fuego, segura como estaba de lo mucho que la amaba su esposo, acudió á salvar al niño antes que á ella, ya no dudó del régio origen del tierno huésped que en su casa se albergaba; mas ni ella habló palabra, ni su esposo aclaró por completo, ni aun por mitad, sus dudas.

Retirado el emperador á Yuste, veia muy á menudo á D. Juan, porque Quijada le llevaba consigo en el número de sus pajes; y el amable emperador le acariciaba como á otros pajeillos, al mismo tiempo que gozaba con ver la donosura y gentileza del tierno mancebo.

Autores respetables afirman que una de las pocas personas que sabian el origen de D. Juan, era su hermano D. Felipe II; otros, segun ya hemos dicho, creen que esta revelacion fué hecha por D. Luis de Quijada en la carta que escribió al rey tan luego como falleció el emperador. Sin embargo, Lafuente es uno de los que afirman lo primero, y refiriéndose á las palabras escritas al rey por Luis Quijada, dice:

«Hallo ya tan público aquí (escribia Luis Quijada á Felipe II en 12 de Diciembre de 1538) lo que toca á aquella persona que V. M. sabe está á mi cargo, que me ha espantado y espántame mucho más las particularidades que sobre ello oyo...» — (Archivo de Simancas, estado, leg. 120.)

«La prueba de ello es que en 12 de Octubre (1538) le habia escrito Luis Quijada diciéndole, entre otras cosas, que la vispera de morir su padre, habia mandado entregar 600 escudos de oro, á fin de que con ellos se formase una renta de 500 florines para cierta persona que S. M. sabia. Y al respaldó de esta carta se halla puesto de mano de Felipe II: «Eraso, esta carta guardad, y me acordad de lo que en ella se dice, que creo que aquello mandó S. M. dar á la madre de aquel gentilhombre; y acuérdeseos de lo que os dije, que supiesedes de su marido, y acordádmelo todo.»

Tiénese por cierto y está bien averiguado que el emperador determinó que no se hiciese público el elevado origen de don Juan hasta que Felipe II regresase de Flandes á España; y falleció sin haber podido abrazar públicamente á su hijo, limitándose á acariciarle como á un niño cualquiera cuando se presentaba en Yuste, como paje de D. Luis.

Tan cierto y positivo es que D. Juan tenia por su verdadero padre al señor de Villagarcía, que no se cercioró de lo contrario hasta el dia de su público reconocimiento, que se verificó del modo que ahora diremos.

Ya los que de más cerca observaban, reparaban que el tierno D. Juan, apenas habia cumplido á la sazón trece años, era tratado con mucha consideracion por doña Magdalena de Ulloa, aunque en realidad solo sospechaba la verdad, sin tener por seguro lo que creia. El mismo D. Juan, aunque el de Villagarcía, con arreglo á las órdenes que habia recibido, le hacia prepararse para seguir el estado eclesiástico, indicaba su elevado origen,

aunque en verdad lo ignoraba, queriendo ser siempre superior en los infantiles juegos á los demás niños que con él jugaban; y como el espíritu marcial le tenia encarnado y en la sangre le llevaba, y como además habia nacido predestinado para ser, en su corta vida, el primer general de su época, siempre eran sus juegos marciales, y siempre habia de ser él el supremo caudillo de aquel infantil ejército. Y era muy de notar que los demás niños jamás cuestionaban con él, como suele acontecer con los de su edad, por mandar alguna vez: á todo accedian y le profesaban un involuntario respeto; tal era el ascendiente natural que don Juan sobre todos sus camaradas tenia, y tales el noble talante é imperioso aunque afable mandar de aquel jóven.

Apenas habia llegado Felipe II á España, cuando en cumplimiento de las últimas órdenes de su padre el César, dispuso el reconocimiento de su hermano. Quiso conocerle primero, y mandó al de Villagarcía le llevase á Valladolid, con ocasion de celebrarse el auto de fé de que en su lugar hemos dado cuenta.

Fué en efecto D. Juan á la corte, acompañado de doña Magdalena de Ulloa á quien por madre tenia y queria como á tal, y fué el tierno hijo del César tratado por Felipe de una manera que no pasó desapercibida á los ojos de los cortesanos; pero estos creyeron lo que ciertamente no era, excepto alguno, muy raro, como el príncipe de Eboli, que estaba en el secreto; doña Magdalena acabó de creer lo que ya casi creia; D. Juan nada comprendió.

Pocos dias despues dió orden Felipe II para que se preparase la corte á acompañarle en una visita que pensaba hacer al famoso monasterio de la Espina; y al mismo tiempo mandó á D. Luis de Quijada fuese á encontrarle en el camino con D. Juan, vestido del modo que diariamente solia.

D. Luis mandó preparar á D. Juan, le hizo montar en el caballo que le tenia destinado y seguirle. Chocó mucho á D. Juan, segun él mismo dijo despues, el haber observado que entre los criados que á D. Luis seguian, uno llevaba del diestro un magnífico palafren, ricamente ensillado y embroidado, cuya silla iba vacía; mas lo observó sin preguntar nada, y siguió en silencio á D. Luis.

De pronto aparece como de tramoya, dice Strada, el rey Felipe, y D. Luis manda á D. Juan echar pié á tierra para saludar á S. M., lo cual ejecutó prontamente el jóven. Hizo lo mismo el rey y se dirigió á encontrar á D. Juan, el cual hincó en tierra la derecha rodilla y pidió á S. M. la mano para besarla. El rey le alzó del suelo, le dió un estrecho abrazo y le dijo: *Levantaos y tened buen ánimo, niño mio; que sois hijo de un nobilísimo va-*

ron: *el emperador Carlos V, que en el cielo vive, fué mi padre*
 Y EL VUESTRO.

En seguida mandó el rey á todos los individuos de su córte hiciesen á D. Juan el debido acalamiento; D. Juan sorprendido, pero no sobrecogido con aquel impensado cambio de posicion y de fortuna, subió sobre el caballo que tanto le chocara al salir de su casa; Felipe le hizo colocar á su izquierda, y departiendo con él alegremente regresó á Valladolid. Habia mandado disponer los monteros por sí á la ida ó á la vuelta queria cazar, lo que no hizo; mas al entrar en palacio dijo á los cortesanos risueño y festivo, contra lo ordinario: *Jamás hice caza más de mi gusto.*

El rey tenia nombrada ya y llevaba consigo la servidumbre señalada para D. Juan. Componíase aquella del *conde de Priego*, mayordomo mayor; un hermano del conde de Santistéban, llamado D. Rodrigo de Benavides, sumiller de corps; D. Luis de Córdoba, caballero mayor; capitán de la guardia de don Juan, D. Luis Carrillo, primogénito del conde de Priego; don Juan de Quiroga, secretario, y varios gentiles-hombres destinados á la cámara de D. Juan. El señor de Villagarcía, á quien aquel queria con exceso y le tenia, casi desde que nació, en lugar de padre, quedó en la nueva servidumbre como ayo del hermano del rey, sin dejar por esto de ser caballero mayor del príncipe D. Carlos.

En el momento señaló el rey Felipe á su hermano para morada las casas del conde de Rivadavia; despues pasó á vivir á palacio, para acompañar al príncipe, lo mismo que Alejandro Farnesio, sobrino de D. Juan, como hijo de doña Margarita de Austria, hermana natural de D. Juan y del rey.

Este dispuso se diese á su hermano el tratamiento de *Excellencia*, no de *Alteza*, aunque sin embargo de aquel tratamiento que parecia excluirle por entonces del seno de la familia real, algunos meses despues de su reconocimiento asistió con aquella y como individuo de la misma á las Córtes de Toledo, y en ellas juró á su sobrino D. Carlos como príncipe de Asturias.

Rectificaremos aquí, para conocimiento del lector, el error en que han incurrido algunos historiadores, al consignar que don Juan tomó al príncipe juramento de guardar y hacer guardar las leyes, etc.

Habiendo D. Juan nacido el día 24 de Febrero de 1547, tenia á la sazón *trece años cumplidos*, mas no llegaba á los catorce; por consecuencia, no solamente estaba legalmente incapacitado para tomar á su sobrino el predicho juramento, si que tambien para prestarle él fué preciso que las Córtes pidiesen al rey la dispensa de edad, diciendo por boca del secretario Francisco de

Eraso: *que ya sabia (el rey) cómo el ilustrísimo D. Juan de Austria no tenia la edad cumplida de los catorce años; mas se conocia que tenia discrecion, habilidad y entendimiento..... que S. M. podia suplir aquel defecto para que, si fuese necesario, pudiese jurar D. Juan y hacer pleito-homenaje al principe.* El rey respondió en el acto: *que así era su voluntad, no embargante las leyes destos reinos.*

Poco tiempo tardó el rey en disgustarse con D. Juan, viendo que este no mostraba la necesaria vocacion al estado eclesiástico, al cual, por la voluntad del rey y encargo del difunto emperador, estaba destinado.

D. Juan no solamente se mostró firme en no querer ser clérigo, sino que incomodado al ver el tenaz empeño de su hermano, y deseoso siempre de seguir la gloriosa carrera de las armas, en 1565, al regresar con su sobrino el principe, de Alcalá de Henares, dirigiéndose al Escorial llegó á Galapagar, y desde allí con dos oficiales de su casa, sin decir nada á D. Carlos, se dirigió á Madrid y tomó la vuelta de Barcelona, decidido á pasar al famoso sitio de Malta, en calidad de aventurero.

Tan pronto como Felipe II supó la determinacion de su hermano, despachó correos en todas direcciones; pero desgraciadamente el fugitivo de la corte enfermó cerca de Zaragoza, y no pudo continuar su camino.

Firme, sin embargo, en su resolucion, llegó hasta Montserrat en cuanto pudo abandonar el lecho; empero no pasó á Barcelona porque le alcanzó un correo que le entregó una carta de su hermano, en la cual le mandaba regresar á la corte, so pena de incurrir en su desgracia.

No se determinó D. Juan á desafiar el enojo de su hermano, que al fin era rey, y aunque con no pequeño sentimiento, retrocedió inmediatamente á Madrid, desarmando su obediencia y prontitud el enojo de Felipe II, quien le recibió con agrado y cariño, limitándose á reprenderle blandamente por la fuga.

No fué perdida aquella arriesgada intentona para el precoz guerrero de instinto, que, ciertamente, como muy bien dice un elegante historiador moderno, *sentia hervir en sus venas la sangre de Carlos V;* porque convencido su hermano de que era inútil el dedicarle al estado eclesiástico, que era su pasion dominante la de las armas, y que tenia capacidad para poder encargarle los más árdulos negocios, le dió el nombramiento de *capitan general de la mar,* con el mando de todas las galeras de España, y por su segundo ó lugarteniente al comendador mayor de Castilla, D. Luis de Requesens.

Hemos llegado al año 1568, y debemos volver la vista á

Flandes y continuar nuestra narracion, interrumpida para que el lector tuviese noticia de dos importantes personajes á quienes necesitaba conocer, y de quienes solo conocia los nombres.

GUERRA DE FLANDES.

(Continúa el año 1567.)

Cuando supo la gobernadora doña Margarita de Austria que su hermano Felipe II habia dicho en las Córtes, poco más ó menos, que su presencia era necesaria en Flandes para sosegar las turbulencias suscitadas en aquellos dominios y que habia determinado partir muy en breve á aquel pais, respiró gozosa y creyó que su hermano iba á pasar á Flandes. Sin embargo, no lo verificó, y nosotros creemos que fué la conducta de su hijo la que lo impidió.

Dice algun respetable historiador que esta causa, á ser cierta, «no es disculpa bastante para dejar de aplicar el remedio tan universalmente aconsejado, á un mal que iba tan directamente »contra la religion, etc.» Pero es el caso que á la sazón se comenzó á temer una sublevacion de los moriscos en España, que no se hizo esperar mucho, y que iba tan contra la religion como la revolucion flamenca; y como quiera que al príncipe, con tal de dañar á su padre y dar rienda suelta á su mal carácter, eso se le daba el ponerse al frente de herejes como de moros ó judíos, débese considerar la posicion critica y espinosa en que Felipe II se hallaba colocado, para no culparle absolutamente. En nuestro sentir, si lo ya dicho no disculpa bastante al rey, atenúa, por lo menos, su falta en muchos grados.

En tanto las sublevaciones continuaban en Flandes, y el gobierno de Felipe estaba derrocado en Valenciennes, Tournay, Amberes, Maestrick y Bois-le-Duc (Strada y otros le llaman *Bolduque*), Utrecht, Amsterdam y Groninga. Por manera que el contagio habia tocado á todas partes; á Henao, al cual pertenecian las dos primeras ciudades de las precitadas; á Brabante, las tres siguientes; las otras dos á Holanda, y á la Frisia la última.

Tomóse en esta ciudad por pretexto la revocacion que la gobernadora, obedeciendo al rey, publicó del edicto por el que se permitia á los herejes la libre predicacion, siempre que lo verificasen sin escándalo ni desórdenes, etc.

Así las cosas, uno de los caudillos de la revolucion, Enrique

de Brederode, señor de Vianen, redactó á nombre de los confederados una exposicion que quiso presentar á la gobernadora. Tomó para verificarlo la vuelta de Bruselas; mas le alcanzó en el camino una órden de Margarita, prohibiéndole entrar en la ciudad.

Entonces fué cuando el artero é insidioso príncipe de Orange arrojó la careta, declarándose abiertamente revolucionario, y entonces fué tambien cuando la gobernadora se convenció de que era forzoso tomar la iniciativa; porque era Orange temible por su prestigio, talento, valor, y por todas sus circunstancias.

Reunió la gobernadora su consejo, y de acuerdo con él dispuso levantar gente de guerrá, porque estaba casi sin tropas, aunque no faltaron consejeros que trataron de disuadirla, temiendo irritar más á los revolucionarios, quienes por entonces eran los más poderosos. Acordóse, empero, Margarita de que era hija del emperador, y sin escuchar á nadie, que habian ya los revoltosos agolado su paciencia y su prudencia, alzó banderas en ambas Alemanias, alta y baja, y juntó algun ejército.

Hecho esto, se volvió á reunir el consejo y se decidió mandar las tropas contra Tournay primero, contra Valenciennes despues, y dióse el mando de la expedicion á Noirquermes, general flamenco intrépido y entendido, y siempre fiel á la causa del rey.

Salió de Bruselas Noirquermes seguido de ocho banderas de walones y de trescientos ginetes de caballería *pesada* (hombres de armas), y comenzó de brillante manera la campaña.

Supo que en Lille estaban reunidos cuatro mil revolucionarios para dirigirse á Valenciennes, y cargando sobre ellos los deshiizo, y degolló cerca de la mitad. Acto continuo pasó á Tournay, tomó el castillo, estrechó la ciudad y se posesionó de ella.

Noirquermes, valeroso y activo, puso presos en Tournay á los jefes de la rebelion, desarmó al pueblo, nombró gobernador al conde de Roeux, y se dirigió sobre Valenciennes, á la cual, por ser fuerte y estar bien prevenida, tuvo necesidad de sitiaria en toda regla.

Sin temor al sitio, los rebelados cometieron nuevos desmanes, incendiando, despues de robar, los monasterios. Margarita, que sabia bien cuánta era la popularidad de Egmont, le comisionó para que exhortase á los de Valenciennes á rendirse; pero como era tan problemática la fidelidad de Egmont, le dió por adjunto al duque de Arschót, de cuya lealtad no se podía dudar.

Fueron desoidas las exhortaciones de ambos próceres, en vista de lo cual Noirquermes comenzó á batir la plaza con su arti-

llería. Al cabo de tres mil disparos, los rebeldes, viendo hechos pedazos los muros y defensas, se rindieron á discrecion.

Entró Noirquermes en Valenciennes triunfalmente el domingo de Ramos, y en el momento, lo mismo que en Tournay, redujo á prision á los jefes sediciosos, restituyó el culto católico, y gratificó á sus tropas con los bienes confiscados á aquellos, y sin detenerse más que á dejar guarnecida la ciudad, se dirigió contra Maestrick.

Apenas tienen un solo elogio la mayor parte de los historiadores para el valeroso Noirquermes, que en su breve campaña probó tanta inteligencia y valor como lealtad, actividad y decision. Auxiliado por el conde de Meghem, que se ocupaba en someter la Holanda y la Frisia mientras él sometia á Henao y Brabant, en muy poco tiempo volvieron á la obediencia de la gobernadora Valenciennes, Tournay, Leyden, Delft, Harlem, Middelburg y Amsterdam, la más difícil de tomar, porque en ella estaba el conde de Brederode, llamado *el más contumaz* de los rebeldes, y de un carácter tal que el frenesí ocasionado por la desesperacion de haber sido vencido, le privó de la vida tiempo adelante.

Entonces, cuando no quedó en Flandes una sola aldea que no reconociese á su legítimo soberano, fué cuando Felipe II cometió el mayor de todos sus errores, relativos á aquellos dominios, que no fueron pocos ni pequeños. Si en vista del éxito de la breve y brillante campaña de Meghem y Noirquermes detiene la marcha del duque de Alba, quizá los dominios flamencos no se hubiesen perdido. Los nobles y los plebeyos querian á Margarita y no la achacaban culpa alguna de los disgustos sufridos: unos y otros sabian muy bien que obraba por efecto de ageno impulso, y que no hacia todo lo que la mandaban, siempre que podía excusar el cumplimiento de alguna orden.

Viendo esta señora que en tan poquisimo tiempo se habia sofocado completamente una insurreccion tan general, para comprometer más á los magnates les exigió juramento de que ayudarian al rey contra quien quiera que le ofendiese ó quisiese perjudicarle. Los leales como Mandsfeldt, Meghem, Berlaymont, Noirquermes, Arschôt, Aremberg, etc., juraron sin dificultad; Egmont juró tambien, pero no así Brederode, que aun existia, ni Horn, ni Hoogstrát. Del principe de Orange, que se habia ya manifestado decidido por los rebeldes, no hay para qué decir si juraria, á pesar de que Margarita le habló particular y privadamente, á fin de convencerle; pero nada adelantó. Se supuso entonces que tuvo mucha parte en su negativa el odio que profesaba al duque de Alba, el cual se acercaba á Flandes.

Sea de esto lo que quiera, habiéndose ya puesto Orange en evidencia, creyó prudente colocarse fuera del alcance de los ministros del rey, y determinó marchar con su familia á Alemania, á sus estados de Nassau.

Despidióse de sus amigos, é instó mucho á Egmont para que se fuese con él. Egmont le dijo, poco más ó menos, que él tenia buenos servicios y el rey era clemente. Orange entonces repuso: *Esa clemencia que engrandeceis, Egmont, os perderá; y os juro que me pronostica el ánima, ojalá sea falso, que vos seréis la puente que pisarán los españoles para entrar en Flandes.*

Abrazó estrechamente y no sin lágrimas á Egmont, que le quería mucho, como si en efecto tuviese la seguridad de no verle más; y luego, este hombre diabólico, que marchaba decididamente á ponerse á la cabeza de la revolución, tuvo valor de escribir á la gobernadora, en carta de despedida, el siguiente párrafo:

Las cosas que acabo de hacer y los trabajos que varias veces he padecido, assi en paz como en guerra, por el útil y dignidad del rey, V. A., como intérprete benigna, los hará á la memoria de S. M., asegurándole que en cualquier parte donde me halle, seré siempre y perpétuamente muy servidor y adicto á S. M. y á V. A.

Cuando la gobernadora recibió la carta, ya estaba Orange con su familia caminando á Breda, que era ciudad suya. Dejó, empero, en Lovaina á su primogénito, estudiando en aquella célebre universidad.

La retirada de Orange y la de Luis, su hermano, y el juramento prestado por Egmont, que estaba indudablemente con los confederados, y por esto al juramento le llaman algunos defecion, intimidó mucho á los comprometidos en la rebelion, de los cuales la mayor parte se fugó; Horn y Hoogstrat suplicaron á la gobernadora admitiese el juramento que deseaban hacer. Brederode, que era tenaz é impetuoso como él mismo, se mantuvo firme, á guisa de quien desafia á la gobernadora y al rey.

Después de esto fué cuando Meghem y Noirquermes dieron felice cima á la breve campaña; entonces tambien se rindió Bois-le-Duc y se entregó Amberes al conde ó señor de Beauvoir, cuya rendicion fué la más celebrada por Margarita.

Luego que en la plaza Mayor de Amberes dejó de existir el jefe de la faccion protestante y revolucionaria, el conde de Tolosa, y arreglados los asuntos del culto, entró en la magnífica ciudad la gobernadora, después de haber tomado primero posesion por ella el veterano conde de Mandfeldt, hombre de su íntima confianza.

La entrada de Margarita en Amberes fué imponente, y rodeada de pompa y de esplendor. La circundaban los magistrados, los consejeros de Estado y de guerra, y los caballeros del Toison de Oro, de los cuales habia catorce en Flandes, á saber: el conde de *Egmont*, el de *Mandsfeldt*, el de *Aremberg*, el de *Arschót*, el de *Berlaymont*, el de *Horn*, el de *Meghem*, el príncipe de *Orange* (ausente), el marqués de *Berghes* (en España), el marqués de *Montigny* (idem), el conde de *Hoogstrat*, el de *Ligne*, el de *Ostfrise*, y el señor *D'Archourt*.

Hallándose en Amberes la gobernadora, se la presentaron los emisarios de los protestantes de Sajonia, Wilttemberg, Baden, Brandemburgo y Hesse, para suplicarla *no aboliese el libre ejercicio del culto reformado*, y dejase en libertad de seguir sin obstáculo su religion á los que profesaban la confesion de Augsburgo.

La duquesa de Parma, contra su ordinaria templanza y habitual bondad, contestó duramente á los embajadores alemanes. Dijoles entre otras cosas: *Dejad, pues, que el rey gobierne sus reinos, y no fomenteis disturbios en provincias ajenas, haciéndolos abogados de malsines y de hombres turbulentos.*

Con los reiterados triunfos de Noirquermes y de Meghem, y con la pacificacion general que siguió á aquellos, el nombre de la gobernadora ganó inmenso prestigio.

Deseosa dicha señora de conservar lo adquirido, guarneció las ciudades que se habian rebelado, castigándolas con hacerlas mantener las respectivas guarniciones; renovó, compuso y proyectó nuevas defensas y fortalezas; hizo perseguir á los promovedores de los motines y á los iconoclastas; hizo reedificar los templos destruidos por los luteranos; cuanto pudo, en fin, y en su mano estuvo por conciliar los extremos, sin dejar de mostrarse fuerte y enérgica con los revolucionarios.

Escribía al mismo tiempo á su hermano, dándole buenos consejos, contrarios siempre á mandar allí un ejército ni un caudillo riguroso, cuando afortunadamente habia logrado pacificar aquellos dominios, que habian estado todos absolutamente rebeldes; y sobre todo, instaba por que el rey se trasladase á Flandes, como el único y seguro medio de dar la última mano á la difícil obra de la pacificacion.

Cuando llegó á tratar de la ida del severo duque de Alba, habló á su hermano con toda franqueza, presentándole todos los inconvenientes y peligros que consigo llevaba aquella determinacion; pero concluía manifestando que si S. M. lo decidia irrevocablemente, se sirviese permitirle regresar á Italia al lado de su esposo el duque de Parma; «porque la autoridad que allí iba á

«ejercer el duque, redundaría en mengua de su repulacion y «crédito, y era bien que si tal sucedia, se retirase á descansar, «abandonando aquellos paises, que aunque suyos por el naci- «miento, y por lo tanto muy queridos de ella, la habian costado «muchos quebrantos y sinsabores, y en ellos habia perdido su «paz y su salud.»

En idénticos términos escribieron al rey, respecto de la ida del de Alba, el fiel conde de Mandfeldt, que habia sido uno de los principales caudillos del gran emperador, y Viglio, presidente del Senado, ambos firmes campeones del catolicismo y nada dudosos en punto á lealtad. El rey, empero, habia decidido irrevocablemente; y el duque se habia hecho á la vela en Cartagena el día 10 de Mayo, en las galeras de Juan Andrea d'Oria, con rumbo á Italia, pasando por los ducados de Saboya, Borgoña y Lorena. Tal fué el itinerario, á consecuencia de no haber concedido Carlos IX de Francia el paso por su reino á los españoles, bajo el pretexto de los disturbios de su reino, á consecuencia de las luchas con los hugonotes. El duque tuvo que detenerse enfermo en su camino, hasta que totalmente restablecido pudo continuarle.

Llevaba consigo el siguiente ejército:

INFANTERÍA ESPAÑOLA.

Esta era toda veterana y escogida así en soldados y sargentos, que la clase de cabos no se conocia á la sazón, como en los capitanes.

D. Sancho de Londoño, por maestro del tercio de Lombardia, con diez compañías, que ternian pocos mas ó menos 2,000 hombres.	2,000
El maestro de campo D. Alonso de Ulloa, con el tercio de Nápoles, que tenia diez y nueve banderas, y en ellas 3,500 hombres, pocos mas ó menos.	3,500
D. Gonzalo de Bracamonte, con el tercio de Cerdeña, en que habia diez banderas que ternian pocos mas ó menos.	1,800
El maestro de campo Julian Romero, con el tercio de Sicilia, con otras diez banderas en que habrá.	1,500
	<hr/>
	8,800

La caballería ligera y arcabuceros de á caballo que llevó el duque de Alba de Italia á Flandes:

D. Lope Zapata, con.	100 lanzas.
D. Juan Velez de Guevara.	100
D. Rafael Manrique.	100
D. César Dávalos.	100
Nicolao Basta.	100
D. Ruy Lopez Dávalos.	100
Conde de Novelara.	100
Conde Curcio Martinengo.	100
Conde de Sant Segundo.	100
Montero, cien arcabuceros.	100
Pedro Montanes.	100
Sancho Dávila, capitán de las guardias del duque, con cien lanzas y cincuenta arcabuceros:	150
	<hr/>
	1,250
	<hr/>
De manera que, entre caballería é infantería, fueron 10,050.	10,050

Iba el ejército dividido en cuatro tercios, al mando, como se ha visto ya, de los valerosos y entendidos maestros de campo Sancho *Londoño*, Alonso de *Ulloa*, Julian *Romero* y Gonzalo de *Bracamonte*. Iba de maestre general del campo *Chiappino Vitellio*, célebre táctico de aquellos tiempos, autor de los *tornos en caracol*, maniobra de la caballería, y práctico y afamado también en la fortificación y tormentaria; de jefe de artillería iba Gabriel *Cerbelloni* (algunos le denominan *Cerbellon*), y mandaba la caballería D. Fernando de Toledo, prior del orden de San Juan, é hijo natural del duque de Alba, quien iba, como el lector ya sabe, de general en jefe.

En Thionville encontró el de Alba al conde de *Noirquermes* y al de *Berlaymont*, que se habian adelantado á cumplimentarle en nombre de la gobernadora. Tal y tan falsa y repugnante es la cortesana etiqueta: Margarita, que reprobaba la ida del duque y que le miraba casi como á enemigo, le cumplimentó á su llegada; y *Noirquermes*, el vencedor de *Valenciennes* y de otras muchas ciudades rebeladas, le cumplimentaba también, aunque debía mirarle como á un rival ó como á un enemigo; como á rival, si venia á conservar lo que *Noirquermes* habia logrado á fuerza de valor, de riesgos y de inteligencia; como á enemigo, si venia á destruir la obra que le habia costado arrostrar peligros, osten-

tar su valor y demostrar su inteligencia. Sin embargo, la cortésana etiqueta prescribía los falsos cumplidos, y se cumplimentaron las órdenes de aquella: también el duque de Alba mandó á su secretario á cumplimentar á la gobernadora.

El día 22 de Agosto entró en Bruselas el duque de Alba, y se presentó oponiéndose ya á los deseos de la gobernadora: esta le pidió librase á la ciudad de la carga de alojamientos de tropas, sin embargo de lo cual el de Alba destinó el tercio de Sicilia á Bruselas, otro fué mandado á Gante, y los otros dos los hizo distribuir entre varias ciudades de Brabante.

Ya al llegar el duque se pudo comprender cuán antipático era, pues los mismos próceres leales al rey le recibieron de mala voluntad, y algunos, como Mandfeldt y Arschôt, ni aun salieron á recibirle. De Egmont nada diremos, porque, como vulgarmente se dice, ni verle podía, como si presagiase que habia de ser su verdugo. Y no solamente ocurrió esto, si que también estuvo en muy poco el que costase sangre, no poca, y provocase un muy sério y trascendental conflicto, la llegada del de Alba.

Cuando fué este á hacer su visita de etiqueta y de presentación á la gobernadora, la guardia de esta negó el paso á los alabarderos que precedían al duque, no queriendo consentir en que penetrasen armados dentro del palacio de la princesa; y ya estaban unos y otros para hacer uso de las armas, cuando la prudencia y serenidad del capitán de la guardia de Margarita cortó discretamente el lance, contentando á todos.

La primera entrevista fué seria y fria: ambos cumplían con un deber de etiqueta y nada más. Despues, despedida la comitiva, ya solos princesa y duque con los respectivos secretarios, el de Alba presentó sus credenciales á la gobernadora, protestando que él, fiel y simple ejecutor de las órdenes de S. M., reconocía en la duquesa de Parma á la representante del rey en aquellos países, y que nada haría, á pesar de su autorización, sino en cumplimiento de las órdenes del rey y obedeciéndola como á representante de S. M.

La duquesa Margarita, sin embargo de esta aparente sumisión, quedó vivamente disgustada; porque vió que el duque, según los poderes con que iba autorizado, facultado estaba para entender en todo lo relativo á la rebelion; para renovar magistrados y autoridades; para prender, confiscar, sentenciar á muerte, etc. Así que en el momento escribió á su hermano la relevancia del mando de aquellas provincias, llevando con demasiada violencia el tiempo que forzosamente habia de mediar hasta recibir contestacion de la corte.

El duque, diciendo siempre á Margarita que nada haría sin su

aprobacion y sin consultarla, comenzó, cuando el país, en apariencia al menos, estaba pacificado, por crear un nuevo consejo llamado de los *Doce*, porque se componia de igual número de individuos; siete jueces, y cinco más entre fiscales y procuradores. Estaba destinado á entender en causas de rebelion, y en el país fué denominado desde su creacion *Conseil des Troubles* (Consejo de los Tumultos), y poco despues *Consejo de la Sangre* (5 de Setiembre).

Vivamente resentida la duquesa, así por la desatencion del de Alba, que procedió sin darla cuenta, como por lo desacertado é impolítico de la medida, volvió á escribir al rey para representarle todos sus méritos y padecimientos, los desaires que á la sazón sufría, y la necesidad imprescindible de que la diese su real licencia para cesar en un gobierno por el cual tanto se habia desvelado y en el que sufría lo que no debía tolerar quien era hija de un emperador y hermana de un rey tan poderoso.

Por este tiempo creyó el duque conveniente apresurar la realizacion del plan que formado tenia, y dió orden para que asistiesen á una junta todos los magnates flamencos; para tratar de las fortificaciones de Thionville y Luxemburgo.

Halláronse en la junta ó consejo los condes de Mandfeldt, Arembeg, Egmont, Horn, Arschôt, Noirquermes, Chiappino Vitelli, Francisco de Ibarra, etc.

Tratóse en efecto de las fortificaciones; y al dar el duque por terminada la sesion, Sancho Dávila, capitan de la guardia del duque, segun unos, segun otros el mismo duque de Alba, detuvo á Egmont, y en nombre del rey le mandó darse á prision y entregar la espada. El conde, sorprendido, vaciló un momento; pero entregó el acero, diciendo: *Tomadle; pero con él, por desgracia, defendí muchas veces la causa del rey*. Créese que no hubiera sido tan dócil para rendirse, si no hubiese visto á varios capitanes españoles en el fondo de la sala, gente escogida, que preparados estaban. Al mismo tiempo el capitan Francisco de Salinas segun algunos, y segun otros D. Fernando de Toledo, hijo del duque, hizo lo mismo con el conde de Horn. Tambien debió ser preso en aquel día el conde de Hoogstrat; más una casualidad providencial le impidió asistir á la junta, contra su voluntad, y le salvó.

Acriminase al de Alba por la manera *traidora* con que procedió: no la aprobaremos nosotros seguramente; pero estos años en cierta clase de traiciones son en política culpas veniales. Además, ó era necesario prender aquellos próceres, ó no: si lo era, no habia otro arbitrio para verificarlo que el que puso en juego el duque, fuese más ó menos leal; porque á haber proce-

dido á cara descubierta, ninguno de los condes se hubiera presentado, antes bien hubieran apelado á la fuga; y si se hubiese tratado de prenderlos públicamente y por fuerza, la popularidad de los reos, especialmente la de Egmont, hubiera ocasionado un motin y un grave conflicto. En cuanto á si habia ó no motivo para proceder de tan fuerte manera, diremos, sin aprobarla por esto, que en el hecho de estar allí presentes todos los principales magnates flamencos y de no haber procedido sino contra determinadas personas, se prueba que no fué aquel un acto de arbitrariedad en odio á los magnates flamencos, ó un alarde de poder para aturdir á la multitud, sino que se procedió contra los que debían ser procesados y no contra los que estaban exentos de culpa. En el mismo dia y á la misma hora fueron presos Backerseele, secretario de Egmont, el conde Straelen, y otros que no habian sido llamados á la junta, porque no les correspondia asistir á ella (9 de Setiembre).

Dicho se está si el pueblo flamenco se indignaria al saber la prision de los nobles, y especialmente con la de su ídolo el conde de Egmont. La duquesa misma tuvo un gran sentimiento, viendo que el de Alba iba á hacer que todos sus trabajos y afanes se perdiesen; y decidió vivir alejada de todo público asunto, como si tal gobiernó no tuviese, en tanto que recibia contestacion de la córte, la cual llegó el 5 de Octubre. El rey admitia la renuncia á su hermana la duquesa de Parma, señalándola, como de *cesantia*, 14,000 ducados anuales, y dándola gracias, como en tales casos se acostumbra.

Antes de marchar escribió á su hermano Felipe II, dándole tambien gracias y muy buenos, pero probablemente inútiles, consejos.

Tambien en la pública despedida que hizo al entregar á su severo sucesor el gobierno, le recomendó mucho la blandura mezclada con el rigor, la necesidad de un indulto general, y la conveniencia de convocar los estados generales.

Al salir de Bruselas la ilustre señora, el pueblo en masa, la gente de órden, católicos y herejes, obstruia el camino y con lágrimas la despedia: unos y otros sabian que se ausentaba con Margarita toda esperanza de paz, y todos recordaban lo dulce y grato de su mando, puesto que todos confesaban y decian de ella que si alguna vez se mostró más que de ordinario severa, fué cuando habia agotado su bondad y paciencia, que no eran pequeñas.

El duque la escoltó hasta Brabante; los magnates flamencos no quisieron abandonarla hasta que la dejaron en Alemania, de donde pasó á Italia y se reunió á su esposo el duque de Parma

Los próceres desamparados de Margarita, y viéndose bajo el imperio absoluto de un hombre que no era su compatriota y que tenía fama de cruel y sanguinario, acudieron al rey para aconsejarle lo mismo que le había escrito Margarita, inclinándole á la clemencia, no al rigor. En este sentido escribieron á Felipe II Mandsfeldt, Berlaymont y Noirquermes, hombres de una fidelidad á todas luces probada, y el mismo cardenal Granvella desde Roma aconsejó al rey lo mismo. Aquel, muy seguro de que poco ó nada se adelantaría con lo hecho por el de Alba, al noticiarle la prision de algunos nobles, preguntó con reposo: *¿Y han cogido al TACITURNO?* (así llamaba á Orange); y cuando le dijeron que este se hallaba en salvo, añadió: *Pues si no le han cogido, decid al de Alba que no ha cazado cosa.*

Libre y sin rémora el duque, dispuso que el tribunal ó consejo de los *Doce* comenzase á actuar: eran los siete jueces (que componian los doce individuos con los fiscales y procuradores) el presidente de Flandes, el canciller de Güeldres, el presidente de Artois, los doctores Luis del Rio y Juan de Vargas, un consejero de Malinas, llamado Blaser, y otro de Flandes, llamado Hesse.

El nuevo consejo comenzó á entender en las causas de los nobles arrestados, y emplazó por públicos edictos al príncipe de Orange, á su hermano Luis de Nassau, al conde de Hoogstrat, al de Culemburg, al de Brederode, etc.

No presentándose, como era harto natural, el príncipe, el de Alba hizo que el primogénito de aquel, que tenía á la sazón trece años y se hallaba en la universidad de Lovaina segun en su lugar dijimos, pasase á Madrid, para educarse en el palacio real y en la religion católica. Este hecho dió márgen á que el padre prorumpiese en amargas quejas, no debiendo quejarse sino de sí propio que no se llevó á su hijo cuando pudo, como se llevó el resto de su familia.

Continuaban en tanto los procesos, y los procesados recusaron al consejo de los Doce como incompetente para juzgarlos, por ser ellos caballeros del Toison de Oro. El tribunal único que podia juzgar y sentenciar á aquellos, era uno reunido *ad hoc* y compuesto de cierto número de caballeros de la órden, presididos por el rey. Este, empero, cortó el nudo reiterando la habilitacion hecha en favor del duque de Alba para proceder contra los reos, aunque perteneciesen á la expresada órden. Y en consultas, reclamaciones y aclaraciones, trascurrió el tiempo que faltaba para espirar el año.

En él murió en España, de enfermedad, el conde de Berghes, á donde había venido, como el lector sabe, con Montigny, por

encargo de la antigua gobernadora, y en donde permanecía sin lograr que se le despachase para regresar á Flandes.

ESPAÑA.

En 1567 se celebraron Cortés en Madrid, y se ocuparon, entre otros puntos, de la reforma de las órdenes religiosas.

Ya en el año anterior habia el rey fijado su atencion sobre esta importante cuestion; y á fin de poner coto á la perjudicial relajacion que se observaba, impetró del Sumo Pontífice un breve, para restablecer en todo su vigor la disciplina religiosa.

El rey, severo para si mismo, celoso del principio de autoridad, y enemigo mortal del desórden y de la indisciplina, propuso á Pio V los medios que, en su concepto, debian adoptarse para restituir á su primitiva pureza la moralidad claustral.

Las Cortés de 1567 instaron á Felipe II para que no retrocediese en el empeño de reformar las órdenes religiosas; y como los diputados y el soberano estaban en el punto en cuestion perfectamente de acuerdo, se determinó activar las gestiones para lograr el fin propuesto.

No estuvieron tan uniformes en deseos respecto al que las Cortés tenian de prohibir á las *manos muertas* la adquisicion de bienes raices; por esto, al contestar el monarca á esta última peticion, usó de la misma fórmula que en otras Cortés anteriores: *Cerca de lo contenido en vuestra peticion, decia el rey, non conviene por agora hacer novedad ni otra declaracion.*

Nos reservamos el tratar de otros sucesos, tales como los que dieron por resultado la guerra contra los *moriscos*, para más adelante.

AÑO 1568.

ESPAÑA.

Comenzó el año de bien triste manera. El desatentado príncipe decidió irrevocablemente partir á Flandes, y comenzó á buscar los medios de realizar su descabellado y criminal propósito. Algunos dicen que su intencion era la de dirigirse á Alemania para apresurar su enlace con la princesa Ana, viendo que Felipe

de dia en dia le dilataba; pero tenemos fundamento sobrado para creer que su objeto era dirigirse á Flandes.

En prueba de que no estaba sano su cerebro, diremos que escribió á todos los grandes del reino, pidiéndoles *le auxiliasen en una empresa que á la sazón meditaba*, como si no debiera temer que entre tantos, alguno diese cuenta al rey de lo que ocurría. Varios de los invitados eludieron el dar contestacion; y los que respondieron, lo hicieron con distintas palabras, pero sustancialmente diciendo todos: *Que si harian, siempre que la empresa no fuese contra el rey su padre*. Esta contestacion dice bastante para comprender lo que podia esperarse de aquel príncipe, y el *afecto* que á su padre tenia; de no haber sido así, no hubieran los grandes tan unánimemente contestado lo mismo.

No contento D. Carlos con haber cometido el primer desacierto, quizá fiado en el espíritu belicoso de su tío D. Juan, y recordando su fuga (en 1563), cometió el segundo confiándole su proyecto, instándole á que le acompañase. Para hacer que se decidiese, le hizo magníficos ofrecimientos, hasta donde podia hacerlos un hombre de carácter vivo y vehemente, y un hombre que era príncipe. D. Juan le representó con exacta verdad todo lo vituperable y arriesgado de su proyecto, y dió inmediatamente cuenta á su hermano el rey.

Aunque podia tacharse esta accion de D. Juan, debe tenerse en cuenta que Felipe II, que tantos motivos tenia ya para espiar á su hijo, sabia cuanto en el cuarto del príncipe pasaba; y si su hermano no le hubiera dado aviso, le hubiera seguramente hecho un cargo por su silencio.

Entonces el rey pidió parecer á varios teólogos y jurisconsultos, á fin de que decidiesen *si podria en conciencia seguir afectando ignorancia hasta que su hijo realizara su proyecto*.

Famian de Strada dice que vió el parecer dado por el célebre doctor Martin de Azpilcueta, natural de Navarra, el cual decia *que sin grave culpa non podria el Rey despreciar la salud del Reyno; y que esta se despreciava si Su Magestad permitia la jornada al Príncipe: el cual alexado, y assi con mas audacia y menos dissimulo, enagenado de su padre, dividiria en facciones el Reyno*. De este mismo dictámen fueron todos aquellos á quienes el rey consultó.

Casi al mismo tiempo llegó á la córte Garci Alvarez Osorio, guardajoyas del príncipe, que de órden de este habia ido á hacer una cuestacion en Andalucía. El fruto de su viaje habia sido la suma de 100,000 escudos, procedentes de diversos donativos, hijos del temor de malquistarse con el príncipe.

Creyéndose dueño D. Carlos de un gran tesoro, no quiso dife-

rir un momento su viaje, y al siguiente día, sábado 17 de Enero, escribió á D. Raimundo de Tassis (D. Ramon de Tarsis, segun algunos), correo mayor de España (director de correos y postas), mandándole preparar caballos para la inmediata noche.

Tarsis, que conocia al príncipe y sabia cuanto un dia y otro de boca en boca circulaba, para no acceder ni negar, contestó que estaban todos los caballos sirviendo á la sazón en diversas carreras. El príncipe, altivo y enemigo de que se le contrariase, mandó á Tarsis un emisario con apremiantes órdenes, ya como hombre que amenaza y no pide. Entonces Tarsis se manifestó dispuesto á procurar caballos, con cuya razon despachó al mensajero; hizo en seguida sacar de Madrid los de posta que estaban de descanso, y dió parte al rey de lo que ocurría.

El rey en el mismo dia se trasladó del Pardo á Madrid: pasó la noche inquieto y vigilante, sin manifestar resolucion ninguna, y al siguiente dia (domingo 18) salió en público á misa con su hijo y con los príncipes Rodolfo y Ernesto, hijos del emperador Maximiliano y nietos de D. Fernando, el hermano del César, que habian venido á visitar á su cercano deudo el rey de España.

De regreso estuvo Felipe largo rato hablando á solas con su hermano D. Juan, despues de lo cual este pasó á ver á D. Carlos; y como este notase que su tio estaba bastante triste, le preguntó qué tenia: D. Juan respondió de una manera evasiva: entonces el príncipe cerró la puerta de su cuarto, y exigió de su tio le dijese qué habia estado hablando con su padre.

Difícilmente un hombre como el austriaco revelaria lo ocurrido en una conversacion tenida con su hermano el rey, y menos aun la que probablemente habian sostenido, de tal carácter que habia entristecido á D. Juan. Este, deseando evitar el lance que preveia, respondió que habian tratado de las galeras que á la sazón se estaban aparejando, y que le habia consultado el rey como á general de la mar que era.

Insistió el príncipe en sus demandas, y D. Juan se mantuvo firme en sus respuestas, hasta que exasperado el irascible príncipe se puso en pié y con aire de amenaza empuñó la espada. Su tio, que era hombre del valor que despues veremos, púsose tambien de pié y empuñó el acero, decidido á no dejar que el príncipe le atropellase; y al empuñar dijo con firme voz: *Téngase V. A.*

Los que estaban de servicio en la antecámara, que tenian órdenes severas del rey para espiar cuanto ocurriese en el cuarto de su hijo, al oír á D. Juan, aparecieron en la puerta de la cámara. D. Juan hizo una cortesía al príncipe y se retiró.

Este último, confiado en las esperanzas que Tarsis le habia

dado, dispuso su marcha para el amanecer del lunes; al anoche-
cer del domingo dijo que se sentia indispuerto y se acostó; pre-
bablemente querria descansar para estar dispuesto al rayar el
alba.

No queremos dejar de insertar una nota que tomamos del se-
ñor Lafuente (T. XIII, P. III, l. II, cap. IX, pág. 313), porque
nos parece muy interesante. Héla aqui:

«Relacion de un ugiar de la cámara del príncipe, en la cual
» dice que aquella noche estaba él de guardia, y cenó en palacio.
» Llorente la insertó en el art. 3.º del capítulo de su Historia an-
» tes citada.

«Segun la relacion de este ugiar, el príncipe la noche antes ha-
» bia ido á San Gerónimo á confesarse para ganar el jubileo, como
» era piadosa costumbre de la familia real: que habiendo dicho en
» la confesion que tenia intencion de matar un hombre, el con-
» fesor no le quiso absolver; que fué á otro y le sucedió lo mis-
» mo; que envió á buscar algunos frailes de Atocha y al agustinia-
» no Alyarado, y aun á otros, y con todos disputó por la abso-
» lucion, no obstante que insistía en que habia de matar á un
» hombre. Viendo que ninguno le absolvía, se limitó á pedir que
» al menos para disimular fingieran darle la comunion con una
» hostia no consagrada. Alborotáronse todos y se escandalizaron
» al oír esto; pero el prior de Atocha llamó aparte al príncipe, y
» mañosamente y so pretexto de que convenia dijera de qué ca-
» lidad era aquel hombre, para ver si habia medio de poderle dis-
» pensar, consiguió que declarara que el hombre á quien queria
» matar era el rey su padre. El prior procuró entretenerle con
» algunos pretextos, y sin dar la absolucion al príncipe, lo puso
» todo en conocimiento del rey.—Esta especie no la hemos visto
» en ninguna otra parte.»

Serian poco más de las once de la noche del domingo 18 de
Enero, cuando apareció en la cámara del príncipe el mismo Fe-
lipe II en persona, seguido de Ruy Gomez de Silva, príncipe de
Eboli, del duque de Feria, de D. Antonio de Toledo, prior de
San Juan, y de D. Luis de Quijada, señor de Villagarcía. De-
trás seguian cuatro ayudas de cámara con martillos y clavos.

Estaba abierta la puerta de la cámara, porque así lo habia
prevenido el rey al conde de Lerma y á D. Rodrigo de Mendo-
za, gentiles-hombres que estaban de servicio en el cuarto del
príncipe.

El rey por su mano quitó la espada que el príncipe tenia des-
nuda junto á la cama, y una pistola que estaba debajo de las al-
mohadas. El príncipe despertó, se arrojó del lecho, y sorpren-
dido al ver á su padre, se repuso luego y dijo con cierta altivez:

¿Qué quiere V. M.? ¿Qué hora es esta! ¿Quiéreme V. M. prender ó matar?—Ni uno ni otro, príncipe, respondió Felipe, *antes por vuestro bien quiero poner orden en vuestra vida y costumbres.*

En seguida hizo una señal á los ayudas de cámara, los cuales inmediatamente clavaron las puertas y ventanas; y en tanto, el rey intimó al príncipe que no saliese de aquel cuarto, hasta que él dispusiese lo contrario.

Entonces D. Carlos viéndose desarmado, corrió á arrojarle en la chimenea, en la cual ardía un monte de leña. Detuviéronle los grandes que al rey acompañaban, y el prisionero se arrojó como furioso á los piés de su padre gritando: *Máteme V. M. y no me prenda, ó yo mismo me quitaré la vida.*—*Sosegaos, príncipe,* dijo el rey impasible, levantando á su hijo; *volvéos al lecho: os digo que lo que se hace es para evitar que os perdáis y para vuestro bien y remedio.* Volviéndose despues al duque de Lerma, á D. Rodrigo de Mendoza y á D. Luis de Quijada, les encomendó la guarda y custodia del príncipe, les mandó no obedecer á aquel sin darle antes parte, so pena de incurrir en caso de traicion, y se retiró despues de haber mandado al de Lerma recoger las llaves, á los criados que sacaran el fuego, y de haber por su misma mano recogido todos los papeles que el príncipe tenía en su escritorio. Entre ellos se encontró la correspondencia del príncipe con Egmont, Horn y otros magnates flamencos, que acabaron de comprometer á estos.

Quedó repartido el servicio para guardar al príncipe entre el duque de Feria, el de Lerma y el príncipe de Eboli, que alternarian de veinticuatro en veinticuatro horas con el prior de San Juan, D. Antonio de Toledo, D. Luis de Quijada, señor de Villagarcía y D. Juan de Velasco; y en la única salida que habia quedado libre, por la parte exterior quedaron de guardia cuatro monteros de Espinosa y cuatro alabarderos.

Servian al príncipe la comida trinchada, y dispuesta de forma que el ilustre preso no tuviese necesidad de cuchillo ni de instrumento cortante; uno de los seis caballeros habia de permanecer siempre sin perderle de vista, y los seis se obligaron, bajo juramento que tomó el secretario Pedro del Hoyo, á cumplir exactamente las órdenes del rey.

Al dia siguiente, 19 de Enero, reunió el rey el consejo para consultarle, despues de participarle oficialmente la prision del príncipe de Asturias. Hemos visto un antiguo documento, de cuya autenticidad no respondemos, si bien procede de muy buen origen, en el cual está consignado que al hacer el rey personalmente una minuciosa relacion de todos los motivos que le habian



obligado á asegurar la persona del príncipe, consultando despues sobre lo que deberia hacer en tan triste y aflictivo caso, un consejero *de muchos años y servicios buenos*, llamado.... (copiamos exactamente las palabras del manuscrito) *dijo con gran desenfado al rey: SEÑOR, á pájaros de la clase del que está enjaulado, ó se les tuerce el cuello, ó se les abre la puerta de la jaula para que á su placer vuelen.*

No hay ni aun remota sospecha de que abreviasen de violenta manera los días del desgraciado príncipe. Hemos visto una obrita, que impresa circula, de las que debieran estar quemadas, no por otra razon que por estar en ella adulterada la historia y llena de verdaderas patrañas, con las cuales se comete la verdadera y muy punible infamia de calumniar á los que ya no pueden defenderse, y se hace el daño de engañar al lector, llenando de errores su cabeza.

En la obra en cuestion se dice que se hizo circular la voz de que el príncipe estaba endemoniado; y que valiéndose de este pretexto, le hicieron beber gran cantidad de *agua bendita envenenada*, que le administró el cardenal Espinosa. Y como la clase de veneno le excitaba más la sed, más agua bendita le daban y más le acortaban la vida, que iba perdiendo entre acerbos dolores.

El que esto haya leído, crea como cosa positiva, que todo lo antedicho es un tejido de mal urdidas falsedades, cuya invencion, con la responsabilidad que consigo lleva, seguramente no envidiamos. Estamos en el deber de desmentir ese tejido de calumnias; y otros más autorizados nos han precedido en el cumplimiento de esta honrosa obligacion del historiador; que honra en efecto resulta de decir la verdad, en un mundo en que, por desgracia, tan rara se va aquella haciendo.

El rey escribió al Santo Padre y otros soberanos dándoles cuenta del desgraciado suceso. Al emperador Maximiliano, su primo y cuñado, entre otras cosas, le decia hablando de la prision del príncipe: *Ni depende de culpa contra mi cometida, ni de que la haya en lo de la fé..... ni tampoco se tomó por medio de su reformation, pues siendo las causas tan naturales y tan confirmadas, DESTO NO SE TENIA ESPERANZA; según lo cual lo que se ha hecho NO ES TEMPORAL, ni para que en ello adelante haya de haber mudanza alguna.*

Segun el precedente párrafo escrito por el rey al emperador de Austria, la prision del príncipe no era por delito contra su padre, ni por delito de religion, ni para corregir su conducta, porque de esto no habia esperanza. Entonces la prision, ¿qué fundamento tuvo? Y á pesar de esto, lo hecho *no era temporal*,

ni en adelante se haria en ello mudanza alguna; ¡luego la prision del príncipe tenia el triste carácter de perpetuidad! Esto no se comprende fácilmente.

Y al duque de Alba tambien decia Felipe: «Solo ha parecido advertiros, que porque fácilmente los dañados en lo de la religion, por dar autoridad á su opinion y esforzar su parte, quisiesen atribuir lo que se ha hecho en el príncipe á sospecha semejante, desto habeis de procurar desengañar á todos..... y el mismo fin habeis de llevar con los que atribuyeran esta demostracion á *trato ó rebelion, la cual ni especie alguna dello no ha intervenido*, ni conviene por muchos respetos que tal estimacion se tenga; y con esto no parece que de presente en esta materia hay mas que advertiros.....»

Esta carta aclara hasta cierto punto el contenido de la anterior, sin lo cual seria la primera un verdadero logogrifo; mas por la dirigida al duque de Alba se ve que el rey, al disculpar á su hijo, trataba de quitar fuerza á la rebelion, puesto que indudablemente, si hubiese circulado la voz, autorizada, de que el príncipe de Asturias estaba preso por ser *protestante*, ó por haberse declarado en favor de estos, hubieran ganado los mismos inmensa fuerza moral.

No comprendemos nosotros, como otros comprenden, que en la prision del príncipe fuese ya virtualmente decretada su muerte, porque aquella no tuviese el carácter, ni de temporal, ni de correccional: deducimos únicamente de esto que el rey, por más doloroso que le fuera, convencido, como él mismo dice al emperador, de que su hijo era incapaz de enmienda, determinó tenerle asegurado; pero jamás, ni por sentencia de tribunal constituido *ad hoc*, ni por determinacion suya, acortar los dias de su hijo.

El erudito y juicioso Lafuente, con quien, respetando su autoridad, no estamos de acuerdo en algunas cosas, como en la especie que recientemente hemos apuntado, relativa á si iba ó no decretada virtualmente en la prision del príncipe su muerte, dice al tratar del triste suceso de que ocupándonos estamos, lo siguiente: «Que el príncipe, con su *desarreglada conducta*, con sus *desórdenes* y *atentados*, con sus *excesos* y *desmanes*, con su *genio soberbio é incorregible*, se habia hecho digno de castigo, es tambien para nosotros indudable.»

Creemos, por efecto de una larga série de deducciones hijas de un detenido exámen de documentos curiosos y autorizados, y de las obras históricas de los autores coetáneos y más respetables, que el príncipe abrigó en su mente con más ó menos detenimiento y con más ó menos firme resolucion la idea de atentar á la

vida de su padre. La especie consignada por el ugher de cámara, de que ya dimos cuenta al lector, pudo tener mayor ó menor fundamento; empero era demasiado grave para que la creamos una mera fábula ó invencion de aquel empleado. Por otra parte, hemos visto, y el lector tambien, la manera que el príncipe preferia para resolver las cuestiones, puesto que si no asesinó al duque de Alba, fué porque este hombre valeroso y firme lo impidió, y asimismo hemos visto que el valeroso y firme D. Juan de Austria tuvo que empuñar el acero para imponer á su sobrino el príncipe cuando contra él, como contra el de Alba, quiso sacar la espada. Y que la terrible especie de que el príncipe quiso atentar contra la vida de su padre el rey circuló más de lo conveniente, está tan fuera de duda, que autores coetáneos y modernos refieren que se le aplicó al desventurado D. Cárlos el siguiente célebre verso de la *Metamórfosis de Ovidio*:

FILIVs ante DIeM patriOs InqVIrIt In annos:

Filius ante diem patrios inquirit in annos, en cuyo verso latino, que fué, segun dicen, publicado por Opmer, sumando las letras mayúsculas, como números romanos, resulta que *el príncipe atentaria á la vida de su padre en el año 1568*. Hé aquí el resultado que dan las mayúsculas incluidas en el precitado verso, despues de reunidas: MDLVVIIIHHH.

Para concluir, diremos, ó nos afirmaremos más bien, en que Felipe II quiso desorientar al vulgo acerca de la verdadera causa de la prision de su hijo; que le fue dolorosísima, porque le profesaba, á pesar de su notoria ingratitud, todo el afecto que era natural, como lo demostró en todas ocasiones, hasta que el sufrimiento y la condescendencia no pudieron ir más allá. El rey Felipe dió en aquella solemne ocasion una clara prueba de que todo afecto, aun aquellos más fuertes y exigentes, estaban en él subordinados al imperio de la razon. *Tiene este negocio, decia el rey, otro principio y raiz, y que es de mayor importancia y consideracion para satisfacer yo á la dicha obligacion que tengo á Dios y á los dichos mis reinos*. Este mismo rey dijo en otra ocasion: *Yo he querido hacer en esta parte sacrificio á Dios de mi propia carne y sangre*.

Seria completamente inútil el detenernos más en investigaciones, deducciones y cálculos, respecto de un desgraciado suceso que ha quedado envuelto en el más impenetrable misterio, misterio que dificilmente será aclarado por el transcurso de los tiempos: si existió algun documento que por completo levantase el tupido velo, seria inutilizado á debido tiempo. Sea de esto lo que

quiera, separándonos del incómodo y peligroso camino de las dudas, pasaremos á referir la desgraciada catástrofe que dió fin al luctuoso drama que es objeto de estas páginas.

El violento é irascible príncipe D. Carlos se mantenía en un lastimoso estado de desesperacion, viéndose sin armas y sin medios de cortar su existencia. Para abreviarla del modo que le era posible, hacia regar su habitacion con agua de nieve, y se acostaba desnudo sobre el húmedo suelo; otras veces empapaba, tambien de agua helada, su lecho y se acostaba en seguida; guardaba rigorosa abstinencia durante veinticuatro y más horas, pasadas las cuales comía y bebía destempladamente frulas verdes, manjares indigestos y agua, siempre helada. Y como tales excesos se hacian con un estómago debilitado y con una naturaleza estenuada, que jamás habia sido fuerte, y con un cuerpo enfermizo, contrajo D. Carlos una fiebre lenta en sus principios, que despues tomó un carácter de alarmante gravedad.

Cuando el rey se apercibió de lo que ocurría, mudó la servidumbre que asistía á su hijo, y prohibió á la nueva el que le obedeciese. Diremos, sin embargo, en prueba de imparcialidad, que nos parece un poco difícil el que tanto tardase el rey en saber los excesos de su hijo: quizá se los ocultaron de propósito en un principio para que *sucediese lo que sucedió*, ó tal vez él mismo afectó, por idéntica causa, en un principio completa ignorancia sobre el punto en cuestion. Esto no pasa de ser una mera suposicion nuestra; porque en efecto, es raro y peregrino el que los asistentes al lado del príncipe, que tan encargada tenían la vigilancia, y bajo juramento se habian obligado á no obedecer al ilustre preso sin dar cuenta á S. M., guardasen silencio acerca de los perjudiciales desaciertos que aquel cometía. Hay más: habíase formado proceso, y por lo que de los autos resultaba, no podia dejar de ser condenado el príncipe á la última pena, *con arreglo á las leyes generales del reino*. El proceso seguramente seria despues destruido; empero consta que se formó, así como lo que de sí arrojaban los autos.

Una vez sentenciado á muerte el desgraciado príncipe, el rey tenía que optar entre dos caminos: ó dejar que la justicia pusiese en ejecucion el fallo de la ley, ó usar de la envidiable prerogativa que los monarcas tienen en tales casos, trátase del crimen que se trate.

Felipe II pudo ser suspicaz, ingrato en alguna ocasion, fanático, segun *algunos* lo creen, mas era severo en cumplir sus deberes: como rey, no queria perdonar un crimen, ó quizá más de uno, aborrazable y de muy funesto ejemplo, segun debe inferirse; y como padre, difícilmente podria resignarse á firmar la sen-

tencia de muerte contra su hijo, cosa que afortunadamente no llegó á suceder, ni mucho menos á dejarla ejecutar, pudiendo impedirlo.

Consultado el rey por el consejo real de Castilla, asegúrase declaró *que aunque el amor de padre le inclinaba á la indulgencia, y á pesar del costoso sacrificio que le costaba el ver sufrir á su hijo el rigor de la pena á que sus culpas le condenaban, su conciencia le impedía el dejar de cumplir con los deberes de soberano.*

No llegó el caso, repetimos, de firmar la terrible sentencia; mas ¿no pudo muy bien ser que Felipe II, severo consigo propio, y que en más de una crítica ocasion, como luego veremos, demostró una impasibilidad muy semejante al estoicismo, no quisiera verse en el caso de *perdonar* ni de mandar que la ley se cumpliese? ¿Y cómo podía lograrse esto, sino dejando que una causa natural supliese á las leyes humanas?

Repetimos una vez más que esta es una sencilla idea nuestra, hija de la extrañeza que nos causa el que los gentiles-hombres que al príncipe asistian le dejasen cometer unos desaciertos, muy parecidos al que impidieron cuando aquel desventurado quiso arrojar al fuego.

En cuanto á la idea del envenenamiento, está absolutamente rechazada y completamente desmentida. Llorente ha dado margen á esta errónea creencia, si no hablando materialmente de veneno, refiriéndose á una *purga inoportuna y nociva*, propinada por el protomédico Olivares, y, se supone, por orden del rey.

Dicen autores de nota el fundamento que Llorente tuvo para sentar una proposicion tan peligrosa, que mancha doblémente el nombre de Felipe II, como rey y como padre, y no menos el de un médico á quien supuso capaz de cometer un crimen, quizá el mayor de los que pueden cometer los de su profesion, y que afortunadamente no es frecuente, ó más bien, es raro el que alguno le cometa.

Llorente, pues, fundó su fatal suposicion en las palabras de los escritores Cabrera y Vander Hamen, de los cuales, tratando de la enfermedad del príncipe D. Carlos, dice el uno: *Purgóle sin buen efecto, mas no sin orden y licencia, y pareció luego mortal el mal.*

Todas las palabras son susceptibles de interpretacion, más ó menos torcida y violenta; pero de las que anteceden, si se atiende á su genuino sentido, solo se desprende que el médico erró, que no tuvo responsabilidad porque pidió la venia, que se le concederia como único juez en lo que era conveniente ó inconveniente para el enfermo, y que la enfermedad se agravó por

haber hecho uso de un medicamento quizá contrario al mal. No torciendo el sentido de las palabras, no puede deducirse otra cosa. El otro dice: *Purgado sin buen efecto, porque pareció mortal la dolencia*. Digásenos si de estas palabras, menos aun que de las otras, puede inferirse lo que Llorente supone.

Lo cierto y averiguado es que la fiebre que llevó al príncipe al sepulcro, tuvo su origen y principio en los excesos hechos por aquel, según hemos ya referido; y en lo único que puede haber sospecha es en la morosidad de los que al príncipe asistían, en dar parte de los referidos excesos.

Era el día 21 de Julio cuando el Dr. Olivares hizo comprender al príncipe que su curación estaba ya fuera de los alcances de la ciencia. El príncipe de Eboli y D. Luis de Quijada le indicaron la necesidad de reconciliarse con Dios, cuando tan próximo estaba á abandonar el mundo. Y fué notable que habiéndose don Carlos mostrado durante su prisión y su enfermedad tan descompuerto y poco edificante en sus palabras, cambió de pronto; aprobó la idea de los fieles servidores; mandó llamar á Fr. Diego de Chaves, su confesor, y quiso pedir perdón á su padre, así como también al rey.

Fueron á impetrar el perdón en nombre de D. Carlos algunos individuos de su cámara, perdón que fué inmediatamente concedido; y después el rey, deseando abrazar á su hijo, consultó á sus allegados. La opinión general fué contraria á los deseos de Felipe, creyendo que aquella entrevista en tales momentos podía afectar demasiado á padre é hijo; sin resultar de ella ventaja para ninguno de ambos. Comprendió el rey que esto era verdad; pero no queriendo que su hijo único parlase de este mundo sin recibir su paternal bendición y sin verle una vez al menos, bajó al cuarto de D. Carlos para lograr su deseo sin ser visto de su hijo.

Los prevaricadores de la historia; en su constante afán de deprimir á Felipe y ensalzar á su hijo, dicen que no bajó por efecto de cariño paternal, sino para tener seguridad completa de que su hijo había muerto. Faltan escandalosamente á la verdad los que así dicen: el rey Felipe no vió ni quiso ver morir á su hijo. Este estaba ya casi en la agonía (tres de la tarde del 23 de Julio); el rey, á la espalda de la cabecera de la cama, sofocando malamente los sollozos, extendió el brazo por entre los hombros de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli y de D. Antonio de Toledo, prior de San Juan, bendijo á su moribundo hijo y se retiró llorando, y oyendo al príncipe que de nuevo encargaba á los que rodeaban su lecho pidiesen perdón á su padre por los extravíos con que le había afligido.

A las cuatro de la mañana del día 24 de Julio, vigilia del patron de las Españas, dejó de existir D. Carlos de Austria y de Portugal, príncipe de Asturias, de una manera verdaderamente edificante y ejemplar. El rey vió por última vez á su hijo á las tres de la tarde del 23 de Julio, y el príncipe falleció á las cuatro de la mañana del 24: esto es, pasaron *treinta y siete* horas entre la bendicion y la muerte. Sirva esto de aviso á los que adulteran la historia, aunque de poco servirá aquel á los que de intento y no por ignorancia la adulteran.

Tres dias despues dirigió el rey cartas á varios personajes, embajadores, vireyes, etc. De dichas cartas puede servir de modelo la que sigue:

«Marqués de Villafranca, pariente: Sábado que se contaron 24
 » deste mes de Julio antes del día, fué Nuestro Señor servido de
 » llevar para sí al serenísimo príncipe D. Carlos, mi muy caro y
 » muy amado hijo; habiendo recibido tres dias antes los Santos
 » Sacramentos con gran devocion. Su fin fué tan cristiano y de
 » tan católico príncipe, que me ha sido de mucho consuelo para
 » el dolor y sentimiento que de su muerte tengo, pues se debe
 » con razon esperar en Dios y en su misericordia le ha llevado
 » para gozar de él perpétuamente, de que he querido advertiros,
 » como es justo, para que por vuestra parte se haga en esto la
 » demostracion de sentimiento que se acostumbra, y de vos como
 » de tan fiel vasallo y servidor se espera. De Madrid, etc.—Yo
 » el Rey.»

Todo cuanto hemos referido está basado en lo que de sí arrojan los documentos inéditos, *de muy buena procedencia*, que se nos han facilitado, comparados con los escritos del autor antiguo que más motivos tuvo de saber la verdad (Strada), y con lo que presenta como cierto un autor moderno no menos competente y autorizado (Lafuente).

Cuanto se ve y vea impreso que se separe de lo que hemos referido, es falso y calumnioso; así lo *del agua bendita*, como la especie de que el proceso del desventurado primogénito de Felipe II fué formado y fallado por la inquisicion, la cual nada tuvo que ver con aquel funesto suceso, y si el consejo real de Castilla.

El rey dispuso se celebrasen régias y solemnes exequias por el alma de su hijo, como correspondia á la dignidad de un príncipe de Asturias, el cual fué sepultado en la bóveda del convento de Santo Domingo el Real de Madrid, de donde fué despues trasladado al panteon del Escorial, para reposar al lado de sus progenitores.

FLANDES.

En los Países-Bajos circuló la noticia de la muerte del príncipe de Asturias mucho antes de haberse verificado; y con los comentarios que en tales casos se hacen, se esparció un pánico universal. Y como unos decían que el desventurado joven (tenía á la sazón veintitres años y seis dias) habia sido estrangulado; otros que habian sepultado su cadáver con la cabeza separada del tronco, otros que un tósigo mortal habia abreviado sus dias, nadie dudó de la suerte que á los presos magnates cabria, cuando tal habia sido la del príncipe de Asturias y heredero del poderoso cetro español.

Prescindiendo de que la suerte de los próceres presos en Flandes hubiera sido la misma aunque el príncipe D. Carlos no hubiese fallecido, diremos, empero, que para los presos fué una verdadera calamidad la prision del infortunado D. Carlos; porque la correspondencia que se le ocupó, notablemente los perjudicaba; por lo demás las causas que apresuraron la muerte de los próceres flamencos en su lugar las verá el lector; y no pudo ocasionarla la del príncipe, que falleció treinta y dos dias después que los condes.

Refiriéndonos á los infelices Egmont y Horn, que tambien especialmente el primero ha sido presentado como una víctima inocente sacrificada á la implacable ira del duque de Alba, diremos la verdad como hemos hecho respecto del príncipe de Asturias.

Los principales cargos presentados por el fiscal del rey contra Egmont y Horn, que era casi una misma la causa de ambos, eran: 1.º Haber querido, en union con el príncipe de Orange, quitar al rey los dominios de Flandes, y dividir entre sí las provincias que formaban aquellos. — 2.º Haber formado empeño en expulsar de Flandes á Granvella, porque se oponia al logro de su propósito, que desde un principio habia conocido. — 3.º Que habian usado la divisa de los *capuces y saetas*, hasta que lograron la expulsion de Granvella. — 4.º Que no solo tenían noticia de la conjuracion, sino que Egmont, sabiendo que su secretario habia dado su nombre á la *confederacion*, no solamente no le despidió de su servicio, antes bien continuó sirviéndose de él para todo y dándole como siempre su confianza. — 5.º Que el conde de Horn, debiendo por su cargo de gobernador haber favorecido al enviado de la duquesa gobernadora para expulsar de Tournay á los

conjurados, concertó con el magistrado de dicha ciudad echar de ella al enviado de la gobernadora. — 6.º Que ambos condes se habian hecho patronos ó protectores de los *confederados consistoriales*, y de los mercaderes, prometiendo ayudarles hasta con su propia vida. — 7.º Que hallándose en Termonde (Terramunda dice Strada) habian ambos tratado con el príncipe de Orange, su hermano Luis de Nassau, el conde de Hoogstrat y otros conjurados, de impedir la entrada del rey en Flandes. — 8.º Que habian concurrido muchas veces á las juntas celebradas por los rebeldes. — 9.º Que Egmont no habia impedido la destruccion de los templos ni la profanacion de las santas imágenes, en las provincias de que era gobernador. — 10. Que Horn á los presos por dichos delitos y al jefe de los incendiarios les habia permitido salir de la cárcel. — 11. Que ni uno ni otro dieron auxilio á los magistrados de las ciudades de que eran ambos condes respectivamente gobernadores, cuando les pidieron contra los profanadores de los templos, etc. — 12. Que habian interpretado las órdenes de la gobernadora expedidas contra los herejes, en favor de estos, haciendo la interpretacion á ellos mismos. — 13. Que habian concedido á los dichos herejes los templos para celebrar sus juntas. (Strad., *Guer. de Fland.*, T. I, D. I, lib. VII.)

A estos cargos se agregaban otros muchos relativos á faltas cometidas por ellos, doblemente criminales por haberlas perpetrado hombres como ellos, que abusaban de la confianza del rey y de la duquesa su representante, como gobernadores de provincia, consejeros íntimos, caballeros del Toison y súbditos de Felipe II; y posteriormente se aumentó tambien lo que resultaba de la correspondencia encontrada en el escritorio del difunto príncipe de Asturias. «Por todo lo cual (concluia el fiscal del rey), opuesto y probado de derecho, se debe pronunciar sentencia de muerte y confiscacion de bienes contra el conde de Egmont y el conde de Horn, como contra reos de lesa magestad.» (Strada.)

Los acusados protestaron que al contestar á los cargos presentados por el fiscal de S. M., obligados por la fuerza, ni atacaban ni renunciaban á los derechos y privilegios de los caballeros del Toison, á cuya orden pertenecian, y que, como tales, solo reconocian por juez legítimo al rey con la junta de caballeros de la misma insigne orden.

En cuanto á la contestacion de ambos magnates, se redujo á negar muchos cargos, interpretar otros y conceder algunos; pero tergiversándolos en su favor. Negaron, y el de Horn se mostró agraviado, el cargo de haber querido mudar de soberano; confesaron, Egmont especialmente, que Luis de Nassau en la junta de

conjurados propuso que no se consintiese la entrada en Flandes de los españoles, y por consecuencia confesó su asistencia á la junta; ni uno ni otro dejó de confesar que habian tenido trato y relaciones con los conjurados, si bien pusieron uno y otro cierto limite que les favorecia; que habian permitido algunas cosas á los herejes, tales como la destruccion de templos, incendios, etc., *por creer que aquellas concesiones eran favorables á los católicos*, mediante á que satisfecha la ira de los herejes, no se opondrian, como no se opusieron, á que se devolviesen á los católicos los templos que no habian sido destruidos: á este cargo contestó el de Horn, respecto de su provincia, lo mismo que Egmont, con distintas palabras; que habian conspirado contra el cardenal, por ser este perjudicial á la paz de Flandes; que Egmont no habia despedido á su secretario, porque este habia abandonado el partido de los herejes; y de este modo fueron contestando á todos los cargos, incluso el que resultaba por la correspondencia sostenida con el príncipe, en todo *lo cual tendian á la paz de Flandes*.

No dijeron verdad en todas las contestaciones. En ellas se ve que ningun cargo grave está desmentido, sino confesado, y torcurado su sentido para que parezca loable lo que se presentaba como delito. Además, la duquesa de Parma, que no puede ser sospechosa como el duque de Alba, porque fué siempre humana, conciliadora y condescendiente, formuló en sus cartas al rey muchos de los cargos contra ambos condes, de los que el fiscal incluyó en su acusacion.

En cuanto al gravísimo cargo, que rotundamente negaron, del despojo que habia de hacerse al rey de aquellas provincias, para repartírselas entre los principales conjurados, estaba probado; porque la duquesa habia avisado de ello al rey hacia mucho tiempo; á consecuencia de haberla dado noticia de aquel punible intento un obispo de Westfalia. Este prelado lo sabia por boca de un deudo cercano del príncipe de Orange y por otros, que hablaron más de lo conveniente al fin de una cena en que habian sido menos temperantes de lo que es justo.

No hay para que decir si el pueblo flamenco se irritaria al saber los cargos que se formulaban contra ambos condes, proclamándolos inocentes y cargando toda la odiosidad sobre el duque de Alba. Entre las verdaderas necesidades que la historia consigna, para rechazarlas, refiere que el duque queria vengarse del conde de Egmont, porque tiempo antes *le habia ganado una fuerte cantidad de dinero en el juego*: otros decian que estaba resentido el duque con el conde, porque en una apuesta hecha para probar quién de ambos era mejor tirador de arcabuz, ganó

Egmont, y los aplausos del pueblo, que tanto le quería, habían irritado al vengativo duque; y por este orden discurrían, si puede llamarse discurrir á desvariarse de tal suerte.

No merece en esta parte el de Alba cargar con tanta odiosidad como sobre él han querido acumular. Consta que despues de terminada la causa *dilató mucho tiempo la ejecucion*; que fué inslado de la córte; que escribió al rey *haciéndole presente las consecuencias que podían tener aquellos suplicios*, y que se le contestó mandando cumplir la sentencia.

A pesar de esta órden, que procedía, más que del rey, de algunos consejeros, *el duque dió largas á la ejecucion*, hasta que una verdadera fatalidad apareció para que la tragedia tuviese funesto término.

Ya la causa, que estaba, puede decirse, muerta, se habia activado á consecuencia de una derrota sufrida por los españoles, hija de la excesiva impaciencia de estos.

Habíanse roto las hostilidades, por parte de los flamencos, en el Artois y en el Mosa, siendo aquellos derrotados por el valeroso Sancho Dávila, capitán de las guardias del duque, al cual auxilió con tropas Carlos IX de Francia, quien, por un verdadero milagro, mostró de este modo su agradecimiento por el auxilio que el de Alba le diera contra los hugonotes. Mas en la Frisia habia comenzado la campaña de muy diversa manera.

Era gobernador de aquel territorio el conde de Aremberg, valeroso y entendido general, fiel siempre á Felipe II. Entraron con tropas en la Frisia Luis y Adolfo de Nassau, hermanos del príncipe de Orange; y el duque de Alba mandó en su persecucion al maestro de campo Gonzalo de Bracamonte.

Tomó el mando el de Aremberg, como gobernador que era de la Frisia, y los soldados llevaron pesadamente el ver que el tiempo pasaba y no se buscaba al enemigo. Hacíase el ignorante el conde, y decía á Bracamonte y á los capitanes que era forzoso dejar al enemigo que se molestase, que creyese que los del rey le temían, para cogerle confiado, desprevenido y cansado, único medio de vencer teniendo los del rey mucha menos fuerza numeraria que los rebeldes.

Los soldados, entre los cuales se hacían circular las oportunas reflexiones del de Aremberg, no entendían de otra cosa que de buscar al enemigo y darle la batalla. Imprudentes hasta el exceso, dieron en decir si la prudencia del caudillo seria temor, ó si tal vez estaria de acuerdo con los traidores, que eran, como él, flamencos.

Herido en lo vivo el pundonoroso Aremberg, no quiso que se pudiera sospechar ni de su lealtad ni de su ánimo, y buscó al

enemigo y le atacó denodadamente, sin tomar en cuenta ninguna de sus desventajas.

El desconsiderado tercio español, ignorante del terreno que pisaba, dió en unos pantanos casi ciegos, de los cuales tuvo no pequeña dificultad para salir, sirviendo en tanto de inermes blanco á los arcabuces enemigos; y de los pantanos fué á dar en una emboscada, en donde se consumó la derrota, que fué completa.

El valeroso Aremberg quedó sin vida sobre el campo, víctima de su honor, vilmente atacado por algunos imprudentes, pero dejando un funesto recuerdo á los flamencos, para que no obtuviesen la victoria de balde, y especialmente á Orange. Luchando cuerpo á cuerpo con Adolfo de Nassau, hermano del príncipe citado, atravesó Aremberg con su lanza á Adolfo, y este á aquel despues de herido: los dos cayeron de los caballos al suelo, y los dos espiraron, uno al lado del otro, casi al mismo tiempo. Entre los españoles que perecieron, se contaron cinco capitanes y siete alféreces; se perdieron los bajages, la caja de fondos y seis cañones que llevaba Bracamonte, de los cuales cada uno tenia por nombre uno de los seis signos de los siete musicales. Llamábanse *ut, re, mi, fa, sol, la*.

Tales fueron las consecuencias de las imprudentes habladurías del vulgo del ejército. El rey y el de Alba sintieron extremadamente la desgraciada muerte del conde de Aremberg, por su no comun inteligencia, por su notable valor y por su fidelidad á toda prueba.

Esta completa derrota precipitó la muerte de los condes encausados y de otros nobles. El mismo duque que, á riesgo de indisponerse con la corte, detuvo el curso de la causa cuanto pudo, comprendió que lo ocurrido en la Frisia iba á redoblar el ánimo de los rebeldes, y que era indispensable intimidarlos. Comprendió asimismo que era necesaria su presencia en la Frisia, pero que no podia alejarse sin dejar hecha la ejecucion de los encausados, puesto que en su ausencia seria tan fácil como probable el que por medio de un motin popular fuesen puestos en salvo, en cuyo caso su responsabilidad seria inmensa. En vista de estas reflexiones, dispuso se activasen los procedimientos.

El dia 28 de Mayo se publicó la sentencia del príncipe de Orange: este magnate fué condenado á destierro perpétuo de los estados de Flandes, privacion de honores, confiscacion de bienes, rentas, etc. El 1.º de Junio fueron decapitados diez y ochos nobles en Bruselas, que se hallaban presos en el castillo de Vilvorde; el dia 2 fueron degollados otros dos.

En cuanto á Egmont y Horn, fueron sentenciados tambien á la última pena y ejecutados igualmente en Bruselas en la plaza

llamada de la Arena, rodeando el cadalso el tercio de Julian Romero. Asistióles en sus últimos momentos el obispo de Iprés, y murieron como buenos católicos y como valerosos y nobles caballeros. Las cabezas de ambos fueron colocadas á la vista del público en escarpas, y el pueblo demostró tanto el cariño que los tenia, especialmente á Egmont, que sin temor á la tropa que rodeaba el tablado, corrió en tropel á besar los piés al desventurado prócer, y algunos empapaban pañuelos en su sangre, para guardarlos como una reliquia. Murió Egmont en la temprana edad de cuarenta y seis años; Horn tenia á la sazón cincuenta; ambos eran de muy ilustre linaje.

Lamoral de Egmont, llamado siempre conde de este título, aunque el principal de los suyos era príncipe de Gaver, punto situado en las inmediaciones de Gante, orillas de Escalda; era caballero del Toison, y gobernador de Flandes por Felipe II. Noble, valeroso, afable, cumplido caballero, simpático y bondadoso, era querido de todos. Sus antecesores poseyeron á Güeldres como duques soberanos, y llevaba el apellido de Egmont, que era un lugar de la costa occidental de Holanda.

El conde de Horn, era de no menos ilustre alcurnia, del linaje de los Montmorency, de Francia, también caballero del Toison y gobernador del Artois. Tenia no escasos méritos, y habia comenzado su brillante carrera bajo los victoriosos y temidos estandartes del gran Carlos I; empero Egmont tenia los siguientes méritos:

«Habia acompañado al emperador á Africa, y reemplazado en el mando del ejército al príncipe de Orange, muerto en Saint-Dizier; socorrió á Carlos contra los protestantes de Alemania; y le acompañó á la Dieta de Augsburgo; negoció el matrimonio de Felipe con la reina María de Inglaterra; se le debió en gran parte el triunfo de San Quintin y del todo la victoria de Gravelines; ajustó la paz con Francia y concluyó el segundo matrimonio de Felipe con Isabel, hija de Enrique II, el rey, á su salida de Flandes, le dejó de gobernador del Artois; en el principio de las turbulencias vino á España, comisionado por la princesa Margarita, y Felipe II le honró y colmó de mercedes.»

El embajador francés escribió á su rey que habia visto caer en la plaza de Bruselas la cabeza que dos veces *hizo estremecer á la Francia*. Aludiendo á las derrotas sufridas por los franceses en Gravelines y en San Quintin, de las cuales en esta tuvo Egmont la principal parte, y en aquella absolutamente todo el triunfo fué suyo, pues él dió la batalla y á él se debió la victoria. Ambos condes dejaron de existir de una manera tan desgraciada, é inesperada para ellos, el *sábado cinco de Julio de mil*

quinientos sesenta y ocho, al medio dia, que fué vigilia de la Pascua de Pentecostés.

Con este funesto motivo, el duque de Alba escribió al rey la siguiente carta:

«S. C. R. M.—..... Los procesos de los señores ausentes y presentes se han acabado, y no se ha hecho poco segun los letrados deste pais son tardios; de cuyas sentencias envio copias á V. M.: á mí me duele en el alma que siendo personas tan principales, y habiéndoles V. M. hecho la merced y regalo que todo el mundo sabe, hayan sabido tan mal gobernarse que haya sido necesario llegar con ellos á tal punto. El martes 1.º de este se degollaron en la plaza de Sablon (del Arena) diez y ocho nobles de los que se hallaban presos en Vilvorde. El dia siguiente tres, que fueron cogidos con las armas en la mano junto á Valem. El sábado 5, se degollaron en la plaza de la Villa los condes de Horn y de Agamont (Egmont) como S. M. verá mas particularmente por la copia de las sentencias: yo hé grandisima compasion á la condesa de Agamont y á tanta gente pobre como deja. Suplico á V. M. se apiade de ellos, y les haga merced con que puedan sustentarse, porque en el dote de la condesa no tienen para comer un año; y V. M. me perdone el adelantarme á darle parecer antes que me lo mande. La condesa tienen aqui por una santa mujer, y es cierto que despues que está su marido preso han sido pocas noches las que ella y sus hijas no han salido cubiertas, descalzas, á andar cuantas estaciones tienen por devotas en este lugar, y antes de agora tiene muy buena opinion, y V. M. no puede en ninguna manera del mundo, segun su virtud y su piedad, dejar de dar de comer á ella y á sus hijos, y sería, á mi parecer, el mejor término para dárselo, que V. M. enviase á mandar que ella se fuese en España con sus hijos todos, que V. M. queria hacerles merced y entreternerlos, y á ella en algun lugar ó monesterio, si le quisiese, dalle con que pueda vivir, y sus hijas meterlas monjas, ó tenerlas consigo, si allá no les saliese algun casamiento que V. M. viesse para ellas. A los muchachos hacellos estudiar, y saliendo para ello, darles V. M. de comer por la Iglesia, porque tan desamparada casa como esta queda yo creo que no la hay en la tierra, que yo prometo á V. M. que no sé de dónde tengan para cenar esta noche, y yo creo que llevar allá toda esta familia, que demás de la obra tan virtuosa, para quitar muchos inconvenientes, sería de gran fruto; y llevarlos por otra via que por esta, parece que aunque haya causa, la justicia no alcanza á que se pueda hacer. Cosa de grande admiracion ha sido en estos estados el castigo hecho en Agamont, y cuando es la ma-

»yor admiracion, será de mas fruto á lo que se pretende el
»ejemplo.....»

El desastroso fin de estos próceres irritó, no asustó á los rebeldes. Ciertó que la gente de orden quedó intimidada; porque ni creyó que tal caso llegaria tratándose de hombres de tal importancia y magnitud, ni olvidaba lo que del príncipe de Asturias se decia; mas en cuanto á los rebeldes y gente de armas, aquellas muertes, por ellos juzgadas como infames é irremediables atropellos, y como mártires las victimas, no fueron otra cosa que el toque de alarma y el acicate para apresurar todos los proyectos revolucionarios. Es, en nuestro concepto, un error el suponer que las revoluciones se ahogan en sangre, si bien es conveniente demostrar firmeza con ellas; hacer algun ejemplar que imponga respeto, si para hacerle hay méritos, y despues ostentar clemencia, sin perjuicio de proceder como las circunstancias exijan y como los revolucionarios procedan.

Las provincias de Flandes estaban en un caso excepcional; allí no habia medios ni de clemencia ni de rigor que pudiesen extinguir y sofocar la revolucion, mientras los ambiciosos nobles fugitivos pudiesen avivar el fuego de la discordia, de la que esperaban la realizacion de sus proyectos.

El rey no procedió con la premura que el triste caso en que quedaba Sabina de Baviera, viuda de Egmont, exigia; esta virtuosa señora se encontró sin esposo, sin bienes y *con once hijos*, tres varones y ocho hembras; mas despues la atendió, y uno de los hijos llegó á ser un distinguido general de Felipe II, siempre fiel al rey. Este fué el tercero de los varones; el primogénito, que tiempo adelante fué repuesto en los títulos del padre, tambien sirvió á Felipe II, siendo un verdadero trasunto de su padre Lamoral, en bella figura, dulce carácter y buenas prendas; el segundo odió perpétuamente al rey y á los españoles, teniendo siempre vivo el recuerdo de su padre.

Compasión verdaderamente causa el desgraciado fin de estos magnates; mas no por esto estaremos de acuerdo con los que se ensañan contra Felipe II y contra su delegado el duque de Alba. Que no estaban los condes exentos de culpa, es evidente: ellos mismos confesaron algunos cargos, tales como el de los incendios, destruccion de templos, etc., y aunque los tergiversaron completamente, no por esto lograron disminuir su gravedad. El cargo relativo al proyectado despojo, estaba probado por declaraciones de otros acusados; y algunos más se probaron por la correspondencia del príncipe. De un modo ó de otro, no deben llamar tirano y cruel á Felipe II, ni cruel y sanguinario al duque de Alba. Nosotros creemos que procedia el haber sentenciamos

do á muerte á los reos, puesto que las leyes vigentes así lo exigian; y el monarca, después de sentenciados, hubiera hecho bien en otorgarles el perdón, con lo cual hubiera probablemente ganado más que con dejar que la justicia se ejecutase.

Sabido es, y nadie debe olvidarlo, lo que de sí dan las contiendas religiosas y políticas; ciegan á los hombres, los roban la razón y el criterio, los cambian el corazón y los hacen insufriblemente intolerantes: esto es de todos los países y de todas las épocas. Sin que hagamos más que un ligero recuerdo, oportuno en nuestro concepto, por haberlo ya consignado en nuestro tomo IV, diremos que en el presente siglo en que no hay *fanatismo* y sí civilización y progreso, se han olvidado méritos relevantes y distinguidísimos, que eran iguales respectivamente, si no mayores, á los contraídos por los infelices condes cuya catástrofe motiva estas líneas; y por una falta incomparablemente más leve que las cometidas por aquellos, perdieron la vida á manos de los mismos soldados á quienes mil veces condujeran á la victoria. Y no ha sido un hecho solo: han sido muchos, llegando el caso de casi extinguir una entera familia. Por esto debemos limitarnos á lamentar las consecuencias de las cuestiones religiosas y políticas, y procurar huir de ellas como de una de las mayores calamidades que pueden pesar sobre los hombres; empero limitémonos á esto, y no llamemos déspota y cruel á Felipe II y cruel y sanguinario al duque de Alba, ó llamemos igualmente déspotas y crueles y sanguinarios á todos los soberanos y á todos sus delegados, antiguos y modernos.

En prueba de que el duque de Alba no estaba por castigar demasiado, y que los castigos nacían de los consejeros de la corte, insertaremos otra carta del de Alba al rey; por ella se ve que era un fiel ministro y un buen soldado, que cumplía lo que se le mandaba, sin dejar por esto de reflexionar sobre ello. No tratamos de probar que no fué muy severo, que esto sería una verdadera necedad, y no tardaremos en ver que lo fué hasta con su primogénito; mas sí procuraremos demostrar que estuvo muy lejos de ser lo que generalmente se dice. Hé aquí la carta:

« Ahora parece que conviene levantar el cuchillo, y ver si con esto se podrán traer algunos particulares á composición, para sacar algún golpe de dinero..... Ahora que se ha acabado lo de los procesos de los presos, meteré la mano de veras en ello, aunque no dejan de serme contrarios, y todos aborrecen el alcabala..... Acabadas todas estas cosas, entraré luego al castigo de las villas..... la que viere que no camina de buen pié, comenzaré luego por ella..... luego daré tras de las tres villas Amberes,

»Boulogne y Bruselas, y privarlas hé de voto, de manera que
 »quede solo Lovaina con los prelados y nobles, y despues pasa-
 »ré al castigo que se les ha de dar, la justicia cómo se ha de ha-
 »cer en ellos, la hacienda cómo se ha de aplicar..... En ninguna
 »manera se puede excusar ni diferir mas el tratar desta materia
 »(el perdon), y desde luego meter la mano á los particulares pa-
 »ra ver si se podrá sacar algun dinero, aunque yo estoy muy
 »desconfiado; pero principalmente conviene para que los súbdit-
 »os vean que comienza á abrirse la puerta á la clemencia, y
 »vayan aquietando los ánimos que ahora tienen desasosegadisí-
 »mos, y tengan paciencia para esperar al general, porque están
 »con tan gran miedo, y hanles puesto tan gran terror las justi-
 »cias que se han hecho, que piensan que ya perpétuamente no
 »ha de ser otro gobierno que por sangre, y mientras tienen
 »esta opinion, no pueden en ninguna manera del mundo amar
 »á V. M..... y el comercio de los naturales comienza á enflaque-
 »cerse un poco, porque los extrangeros no osan fiarles nada,
 »pensando cada día que les pueden tomar sus haciendas, y ellos
 »tambien entre sí no osan fiarse el hermano del hermano, ni el
 »padre del hijo, etc.»

Poco despues de ejecutado el suplicio de los nobles flamencos, el duque de Alba hizo celebrar ostentosos funerales al desgraciado y valeroso conde de Aremberg, despues de lo cual pasó muestra á diez mil infantes y tres mil caballos, unos y otros escogidos.

Acto continuo tomó la vuelta de Frisia para hacer personalmente la guerra, puesto que solo le habian detenido en Bruselas las causas que pendientes estaban contra los próceres flamencos.

El día 15 de Julio entró en Groninga; y sin echar pié á tierra se dirigió con sus ayudantes y los directores de la artillería y los ingenieros á examinar el campo enemigo.

Hallábase este situado como unas tres millas distantes de Groninga. Encontró el campamento de Luis de Nassau, que mandaba el ejército enemigo, atrincherado y rodeado de doble foso lleno de agua. Infantes tenia casi el mismo número que el de Alba, poco más ó menos; caballos, algunos menos.

Levantó el campo el de Nassau cuando vió la llegada del de Alba, retirándose algunas millas más atrás. El español, sin detenerse un punto, acometió briosamente á los rebeldes y los desordenó en terminos que estos prendieron fuego á los pabellones y se pusieron en fuga. Fué la pérdida de hombres grandísima; porque los que fueron perdonados por el plomo y acero enemigos, cayeron y se ahogaron en los fosos y en unos pantanos, comple-

tando la derrota D. César Dávalos, hermano de Pescara, y Curcio Martinengo, que mandaba la caballería del rey.

La derrota de AreMBERG quedó vengada; y como el éxito alcanzado en Groninga animó al duque de Alba, el 21 de Julio ya se hallaba en la Frisia oriental, en donde estaba el enemigo acuartelado, en un espacio situado entre el rio Ems y la ensenada de Dullart. Estaban los orangistas fortificados en Geming, cuya situacion ya hemos indicado.

Al volver los batidores de reconocer el terreno con la noticia de que el enemigo se hallaba en Geming, los soldados los recibieron con risa, preguntándoles *si habian visto á la novia*. Este fué un adagio militar, que duró todo el tiempo de aquellas dilatadas guerras. Tuvo su origen en un reconocimiento que se hizo (así lo refiere Strada) antes de dirigirse el de Alba á la Frisia. Salieron los batidores, y poco despues regresaron apresuradamente, diciendo que el enemigo se acercaba con banderas desplegadas.

Preparóse el ejército á recibir á los orangistas; pero poco despues aparecieron varios labradores con banderas, precediendo á un carro lleno de arcos de flores y verdura, con otros labradores á caballo: en el carro era llevada una novia que iba poco despues á ser esposa. Desde entonces, siempre que los batidores volvian apresurados á dar algun aviso, sus camaradas les preguntaban *si habian visto á la novia*.

El terreno en que se hallaba el ejército, era por el extremo peligroso: estaba lleno de lagunas, casi al nivel del camino; pero no por esto se arredraron los españoles, á los cuales favoreció un tumulto que ocurrió entre los enemigos, suscitado por los alemanes, que reclamaban, como siempre, las pagas.

Era necesario abrir el camino al grueso del ejército, y para verificarlo fué elegido el valerosísimo maestre de campo D. Lope de Figueroa que mandaba el tercio denominado *Tercio viejo de Milan*, en el cual cada soldado era un fulminante rayo, y llevaba nombre extranjero no porque los que le componian no fuesen todos españoles, sino porque habia estado casi siempre destinado á guarnecer la plaza cuyo nombre llevaba, perteneciente á la sazón á la española corona. Figueroa fué militar desde la edad de diez y ocho años hasta la de *ochenta* muy cerca en que dejó las armas, porque le abandonó la vida. Estuvo en Italia, en Lepanto, en Africa, en las islas Terceras, en Portugal, y en tantas partes en cuantas hubo guerra.

El bizarro D. Lope, no limitándose á abrir el camino, puso en fuga al cuerpo avanzado y le quitó los cañones; por consecuencia cuando llegó el resto del ejército, la derrota del enemigo fué

completa. Más de tres mil enemigos perecieron á plomo y acero, y mas de otros tantos, ciegos con el terror en su fuga, cayeron en las aguas, y el peso de las armaduras los llevó á fondo. De los alemanes perecieron tantos en el agua, que la superficie de esta quedó poblada de los sombreros, especie de chambergos, que usaban: baste decir que la noticia de lo grande de la derrota la esparcieron los mercaderes que navegaban por el Dullart, calculándola por la incalculable multitud de sombreros que sobre las aguas habian visto.

La victoria de Geming completó la venganza de la rota de Aremberg; y para que la primera fuese más completa, cayeron en poder de los españoles *veinte banderas, diez piezas* de grueso calibre, y los seis cañones *ut, re, mi, fa, sol, la*, tomados por Nassau en la rota antes citada.

El de Alba llegó á creer que Luis Nassau habia seguido á la eternidad á su hermano Adolfo, porque le presentaron las armas y sobreveste con que entró en batalla; pero fué porque se quitó uno y otro, dejándolo en la orilla, para salvarse á nado: prueba indudable de la importancia de la derrota, cuando el supremo caudillo tan expuesto estuvo y con tanto riesgo se salvó.

Concurrió á esta funcion de armas el tercio de Cerdeña, que fué el que tanto padeció, por efecto de su propia imprudencia, en la rota de Aremberg. Al pasar por el sitio en que la sangrienta accion se verificó, los soldados recordaron la derrota y la crueldad de los aldeanos con ellos al verlos vencidos. Indignáronse con la vista del lugar y con el recuerdo del fatal suceso, y como impulsados por una misma idea, se desbandaron y prendieron fuego á todas las alquerías, casas y barracas, viéndose solamente una extensísima llama en cuanto podia alcanzar la vista.

El duque de Alba, que era severo con los suyos lo mismo que con los extraños, y que no siendo, como no fué, cruel, desaprobaba cuanto no era justo, hizo que se procurase cortar y apagar el incendio; formó proceso verbal sobre el campo, en averiguacion de los promovedores de aquel punible exceso; hizo ahorcar allí mismo á aquellos, *disolvió* completamente al benemérito tercio, y degradó á su maestro el valeroso y veterano Gonzalo de Bracamonte. Este rasgo de entereza y justicia fué muy propio y digno de tan célebre general é impuso mucho al ejército. El maestro, que era tambien muy benemérito y que ninguna parte tuvo en aquella bárbara y desgraciada ocurrencia, fué algun tiempo despues repuesto en su empleo.

Nombró en seguida el duque gobernador de la Frisia al conde de Meghen, en reemplazo del difunto Aremberg; se dirigió en

seguida á Groninga, hizo algunas fortificaciones y regresó á Bruselas. Allí encontró á su primogénito, D. Fadrique Alvarez de Toledo, duque de Huesca y comendador mayor de Calatrava. Habia llegado de España, seguido de dos mil quinientos infantes y llevando una conducta de dinero.

Como una nueva prueba de la connivencia que existia entre los flamencos rebeldes y el príncipe D. Carlos, diremos que la muerte de este irritó al príncipe de Orange de inexplicable manera contra Felipe II, porque, segun algunos suponen, y no sin razon, aquel desgraciado suceso trastornó sus proyectos.

Contra el duque de Alba desahogó su enojo en un libro, verdadero libelo, que escribió, dándole el título *Contra la tiranía del duque de Alba*. Aumentada su desesperacion con la muerte de su hermano Adolfo y con las dos derrotas seguidas que los suyos en poco tiempo habian sufrido, determinó salir personalmente á campaña.

Disponia de veintiocho mil hombres, sin contar con las infinitas bandas de malhechores de que estaba infestado el país, que jamás faltan en las guerras civiles, y que siempre enarbolan la bandera peor; porque bajo ella pueden saciar su codicia y eludir las pesquisas judiciales de que son objeto.

De pronto circuló la noticia de haber atravesado el Rhin el rebelde príncipe, y de haber acampado junto al Mosa. El mayor terror se difundió con la inesperada noticia, reforzado aquel con la de haber firmado Orange una estrecha alianza con varios potentados, especialmente con los soberanos de Francia é Inglaterra.

El de Alba, á quien trataron de inspirar el mismo terror que á todos oprimia, contestó con una impasibilidad muy propia del monarca á quien servia: *¿Y temeis por eso? Más número de aliados y más poderosos son los que cuenta Felipe II. Si Orange se alió con Francia é Inglaterra y con cuatro príncipes pobres, la liga con el rey de España la forman los soberanos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milán, Borgoña, Flandes, Perú, Méjico y Filipinas. Y aun hay la ventaja de que esa liga de que hablais, como compuesta de gente de muchas naciones, púedese fácilmente disolver: la de Felipe será en cambio eterna, porque todos los aliados obedecen á la voluntad de uno.*

Así contestó el duque, aludiendo á todos los dominios que Felipe II poseia; mas débese creer que semejante tranquilidad tenia su principal origen en que Orange estaba del lado de allá del caudaloso Mosa, y el duque creia imposible el que pudiera atravesarle.

Para prepararse á todo evento, se puso el de Alba junto á

Maestrick con algunas banderas de diversas naciones, especialmente de españoles. Su ejército era bastante menor que el de Orange; llevaba diez y seis mil infantes y cinco mil quinientos caballos, entre hombres de armas, mosqueteros y volantes; y aunque Carlos IX le ofreció dos mil caballos de refuerzo, fuese por la noticia de que el francés se había aliado con Orange, fuese por infundada suspicacia, es lo cierto que el duque dió las gracias al rey de Francia, diciéndole que empleara los dos mil caballos en la persecucion de sus súbditos hugonotes, que trataban de pasar á Flandes para unirse á los rebeldes flamencos.

Confiaba el de Alba en la dificultad que el Mosa presentaba para que Orange pudiera avanzar: estaban en el otoño; este se había declarado lluvioso, y el Mosa, caudaloso de suyo, había triplicado su caudal de aguas.

Sin embargo de lo dicho, apenas llegó el duque á las inmediaciones de Maestrick, le dieron parte de que el enemigo, después de haber atravesado el Mosa, avanzaba (7 de Octubre). El de Alba sonriendo dijo al mensajero, que era el conde de Berlaymont: *¿Pero pensais acaso que sea el enemigo algun escuadron de aves para haber pasado á vuelo el Mosa?* Y aunque no eran aves, cierto es que habían vencido la dificultad que á su paso se oponía, imitando Orange á Julio César y á Carlos I, en el Segre aquel y este en el Elba (el Albis). Buscó Orange un vado, que sin embargo de serlo, casi no lo era en aquella noche, en razon á la crecida del poderoso rio. A la luz de la luna hizo acercar los carrós para improvisar un puente que sirviese para dar paso á su infantería; y con el objeto de quebrar y disminuir la corriente, hizo colocar á toda la caballería muy apiñada, pero tendida, de una á otra orilla. Los piés reunidos de tantos caballos servian, en efecto, de obstáculo al agua y disminuyeron momentáneamente el caudal de aquel rio, siempre grande y poderoso.

No tardó mucho el duque de Alba en ver que Orange, sin mandar escuadrones de aves, había logrado pasar el Mosa, porque aquel en persona le presentó la batalla. No la aceptó, empero, el de Alba; la eludió sin que pudiese motejarse de cobarde; Orange tenia doce mil hombres más que él, y era muy aventurado y peligroso el ponerlo todo á un golpe de dado.

Su principal cuidado se dedicó á no fijarse en ningun punto, á fin de impedir que Orange se apoderase de alguna de las plazas de Brabante, en donde pudiera hacerse fuerte y establecer un centro de operaciones, y por decirlo así, su córte.

Seguia Orange el mismo camino que el de Alba, y todos los dias había escaramuzas de campo á campo; porque el primero

no quería dejar de provocar al segundo; y no bastando esto, hacia el príncipe prender fuego á algunas aldeas, á fin de hacer perder la paciencia á su contrario. El de Alba, que habia sido hasta allí vencedor, y que comprendia muy bien sus desventajas, no quería ser vencido; y habia decidido dejar correr el tiempo para que las inclemencias del cielo, las enfermedades y la falta de pagas peleasen por él y disminuyesen el ejército protestante. Y sin embargo de la prudente y calculada conducta del general español, todos los dias habia provocaciones y escaramuzas en que, en lanceS parciales, brillaba el valor de los guerreros de Felipe II.

11 Cuéntase que un capitán de aquellos, una mañana, despues de haberse mostrado bizarro y valeroso en una escaramuza, viendo que la batalla no se generalizaba por culpa del de Alba, arrojó con ira un pistolete que tenia en la mano, exclamando con desesperacion: *¡El duque de Alba no quiere batirse!* El motejado general, que tenia formado su plan y habia resuelto no separarse de él en un ápice, rió muy á su placer cuando le enteraron de la desesperacion y palabras del capitán, que era el baron de Chevreu.

12 Habia ocurrido un choque en el camino, en el cual el maestre de campo general Chiappino Vitelli habia dado en una emboscada, en la que perdió alguna gente y á él le hirieron de gravedad la yegua que montaba en los casos peligrosos, porque era veloz como el viento. La estimaba en mucho el maestre general del campo español, porque en ella confiaba y le habia sacado de muchos riesgos; y en la noche de aquel dia juró, ante los que le acompañaban á cenar, que habia de costar caro al enemigo la herida de su yegua.

13 Al amanecer del siguiente dia, observó Chiappino que el grueso del ejército orangista habia avanzado tanto, cuanto se habia atrasado la retaguardia; y cargó á esta denodadamente, y en un choque tan momentáneo como bizarro le hizo perder (muertos) cuatrocientos hombres sin perder él más que quince, y se replegó en el acto con cincuenta caballos que habia quitado al enemigo. Al presentarse al duque de Alba para darle cuenta de aquel suceso, que habia sido un verdadero relámpago, le dijo gozoso, enseñándole los cincuenta caballos: *Mirad, mirad cuántos caballos me ha parido mi yegua en un momento.*

14 Cuando Orange supo este desagradable suceso, se detuvo para esperar y provocar á una batalla general á su contrario. El duque, empero, era hombre muy firme en sus decisiones, y no aceptó el reto. Conocia la inferioridad numérica de su ejército, y esperaba á que el tiempo y el cansancio y la falta de pagas

vinieran á auxiliarle; porque los rebeldes no podian contar con recursos para sostener mucho tiempo tan grande ejército.

El tiempo hizo ver que la experiencia del duque no se habia engañado. Habia trascurrido un mes desde que Orange verificó el ingenioso y atrevido paso del Mosa, mes que habia empleado en provocar inútilmente al duque y en procurar, inútilmente tambien, apoderarse de una plaza fuerte, cuando todo su campo se puso en combustion, á consecuencia de un motin, créese que por falta de pagas; y fué tan fuerte aquel, que en él perecieron algunos capitanes protestantes, estando á punto de perecer tambien el mismo principe, contra el cual dispararon un arcabuz, cuyo tiro, afortunadamente para él, fué á dar en el pomo de la espada, que se hizo mil pedazos.

Este disgusto fué compensado con el aviso que Orange recibió de que el principe de Condé mandaba en su auxilio al señor de Genlis, con tres mil quinientos infantes y quinientos caballos, franceses unos y otros. Para reunirse con ellos se dirigió á Tirlémont; y el de Alba, á guisa de quien da escolta, movió su campo y siguió el camino que llevaba el enemigo.

Al amanecer del siguiente dia, y cuando se preparaba el ejército protestante á pasar el rio Gette, acometió denodadamente Vitelli á un cuerpo enemigo que habia permanecido en la orilla del rio para proteger el paso del ejército, mandado por el coronel Loverval. (Los extranjeros llamaban ya entonces regimientos á los tercios, y coroneles á los maestros de campo.)

Tenia el referido cuerpo de Loverval menos de tres mil hombres, y en un instante fué deshecho por el maestro general Vitelli, auxiliado por el duque de Huesca (D. Fadrique de Toledo), hijo del duque de Alba.

Pasado el Gette, Vitelli, que era hombre de prontas resoluciones y de carácter vivisimo, envió al caballero Barberini, uno de sus ayudantes, á decir al de Alba, que iba en la retaguardia, que el enemigo estaba en posicion de ser deshecho y derrotado á muy poca costa.

El duque, firme siempre en su primer propósito, prohibió que se pelease hasta tener más seguridad de lo que podia y debia hacerse. Un general en jefe, de cuya resolucion pende la vida de muchos hombres, de un ejército, y á veces de una nacion entera, no debe ser menos prudente que valeroso y entendido. Si el desgraciado conde de Aremberg hubiese tenido el carácter del duque de Alba, á quien su propio ejército motejó entonces de cobarde, no hubiera perecido, y con él gran número de españoles, dando fuerza y prestigio al enemigo.

Preparábase este á pasar el rio cuando Barberini dió á Vite-

lli la respuesta del duque. Aquel, airado al ver que se le iba de entre las manos la victoria, dispuso atacar con su cuerpo de ejército á otro del enemigo, que estaba distante del resto de los suyos, al mismo tiempo que Loverval escaramuzaba para entretener á los españoles y dejar que los flamencos practicasen la operacion de vadear.

Fué Barberini al duque y le dió parte de lo que iba á hacer Vitelli, á lo que aquel no se opuso, y créese que no se opuso porque el impaciente maestre habia comenzado la operacion ya, antes de que Barberini volviera á darle la respuesta del duque; no porqué le agradase la idea de Vitelli. No queriendo abandonar en la empresa al comprometido maestre, se volvió á su hijo D. Fadrique y le dijo: *¿Veis aquella colina ocupada de caballos enemigos? Pues allá habeis de avanzar. Llevad, que ya se puede, desde esta altura opuesta seis piezas de campaña; y tomando algunas compañías de infantes españoles y una vánda de caballos, desalojad y echad del puesto al enemigo.*

El bizarro D. Fadrique, seguido de escogidos españoles, echó del puesto, como su padre habia mandado, á los enemigos; y apoyando á Vitelli con su artillería, oportunamente usada, contribuyó mucho al buen éxito de aquella victoria.

Estuvo la desventaja de parte de los protestantes, porque aquella improvisada accion, que se debió en un principio á la decision de Vitelli, les cogió en el paso del rio. Aquel, disgustado siempre con no derrotar por completo á los de Orange, mandó de nuevo al caballero Barberini, quien dijo al duque de parte de Vitelli que si se esguazaba el rio y se procuraba dar alcance al enemigo antes de que recibiese, ó se reuniese, el socorro francés, se daría en un solo punto fin á aquella campaña.

El de Alba, que tenia bien calculado su plan de operaciones, que era poco sufrido, y que ya habia recibido tres mensajes, perdió la paciencia, y volviéndose á Barberini profundamente enojado, le dijo: *¿Será posible que no me dejeis gobernar la guerra segun lo que yo juzgo? Idos al punto de aqui, y mandad en mi nombre á Vitelli que detenga la gente en la ribera, y que de aqui adelante ahorre el aconsejarme la batalla; porque os juro por el rey que si otra vez ó vos ni otro cualquiera de vosotros viniéreis á importunarme con semejantes mensajes, os ha de costar la vida.*

No era fácil que ninguno volviese, porque sabian todos muy bien que el de Alba era hombre muy á propósito para no faltar á las palabras que diera, ni á un juramento hecho; y que él era esclavo de la disciplina y queria que todos sus subordinados igualmente lo fuesen.

Vitelli y Fadrique, obedeciendo la órden del general en jefe, detuvieron las tropas en la orilla del Gette; mas como si hubiese sido para dar gusto, sin saberlo, al maestre general español, que deseaba formalizar la batalla, el rebelde conde de Hoogstrat renovó con los suyos la pelea; y Orange, para no abandonarle, envió refuerzos al coronel Loverval, verificando una impetuosa acometida contra los de Vitelli, deshaciendo á los que á vanguardia estaban. Vitelli entonces se dirige personalmente contra Loverval, le hiere gravemente, y haciendo lo mismo con el alférez que al lado llevaba, le arranca de la diestra el estandarte, y comienza á tremolarle corriendo á galope por entre los suyos y pronosticándoles la victoria; y en efecto, se obtuvo completa; empero algunos minutos antes, el duque, que atendia á todas partes, exclamó con fuerte voz: *¡Ahora si es tiempo; á ellos!*

Murieron sobre el campo más de dos mil orangistas; entre los millares de prisioneros lo fué tambien el coronel Loverval con tres heridas, de las cuales curó y fué despues ajusticiado en Bruselas. La derrota costó, además, á Orange la pérdida del valiente conde de Hoogstrat, que murió poco despues de resultas de una herida de bala, aunque se gastó muy poca pólvora; porque de los dos mil muertos, según cuenta la historia, casi todos lo fueron *al filo de espada*.

Al morir Hoogstrat se retractó públicamente de sus errores, y quiso morir como católico, con gran pesadumbre de Orange, á quien disgustó mucho aquella retractacion, por los efectos que en su ejército podia producir el arrepentimiento de aquel magnate, cuyo prestigio é importancia eran muy grandes.

Al presentarse Vitelli al duque y entregarle el estandarte que habia quitado al enemigo, observó el segundo que en la mencionada enseña habia una orla rodeando á una columna, en donde estaba escrito este mote: *No sabe caer el valor, si el valor no le derriba*. El duque leyó el mote y dijo en voz alta: *En efecto, valiente estuvo el enemigo; pero vuestro valor, Vitelli, ha derribado hoy al mismo valor*.

Se sabe á punto fijo que del ejército del rey solo murieron ochenta, y quedaron heridos mil y quinientos, pocos de gravedad. Aunque el duque de Alba fué en un principio motejado de cobarde, despues comprendió el ejército cuán prudente era y cuánta inteligencia tenia.

En aquella funcion de guerra se refugiaron cincuenta alemanes en una alqueria, y para rendirlos hubo necesidad de sitiarlos formalmente. No admitiendo ningun género de proposicion, armaron los del de Alba un carro de heno á la casa, y le prendieron fuego para incendiar aquella. Destrozada la casa, salieron

aquellos valientes entre los escombros y perecieron batiéndose como héroes. Cierto es que su obstinada tenacidad debió irritar á sus contrarios; empero nosotros creemos que el duque no procedió bien en no salvarlos la vida, como su valor merecía.

Al fin logró Orange con su destrozado ejército reunirse al señor de Genlis con el refuerzo de franceses hugonotes; pero este remedio fué mucho peor que el mal. Exhausto de recursos, el llevarle más gente era acrecer la necesidad de dinero y de víveres. Por otra parte, la provincia de Brabante le habia prometido levantarse en masa en su favor, tan pronto como pisase con tropas aquel territorio; mas lejos de hacerlo así, al acercarse á la primera ciudad, el príncipe de Lieja rechazó al de Orange á cañonazos. A esto se agregó un nuevo motin, en los que siempre y por el mismo motivo tomaban los alemanes la iniciativa, que fue forzoso sosegar vendiendo el de Orange una parte de su recámara y empeñando el resto. Este recurso no podia hacer frente más que á los apuros del momento, para caer en las mismas y en nuevas y más apremiantes necesidades.

Esta crítica posición le tenia hostigado, y más que nada le abrumaba, sobre sus diarios y graves compromisos, el no poder sosegar en ninguna parte; porque en el poco tiempo que de campaña llevaba, habia tenido que mudar de campo veintinueve veces, en razón á que el duque le seguia y tenia siempre á la vista, con la misma asiduidad que la sombra sigue al cuerpo.

En tal estado, siguiendo el consejo de los hugonotes franceses, determinó internarse en Francia, en donde de nuevo ardía la guerra civil en virtud de los eficaces esfuerzos del hugonote príncipe de Condé.

Tomó la dirección de Francia, y siempre tras él iban de escolta las tropas del de Alba, sin dejar reposar á la retaguardia de Orange; y al llegar á Quesnoy, no pudiendo resistir más á la persecucion, volvió de repente é impensadamente cara con tanto ímpetu, que arrolló el primer tercio de la vanguardia del de Alba. Sancho Dávila, jefe de la infantería, y César Dávalos, de la caballería de vanguardia, fueron heridos, por desatender sus personas y dedicarse á contener la trepidacion de los suyos, pero no de gravedad. Aquel último desesperado esfuerzo de Orange no tuvo más consecuencias: él no entró al fin en Francia, porque Carlos IX le negó la entrada. Entonces licenció casi todas sus tropas y se internó en Alemania, melancólico con el éxito de su primera campaña, pero decidido á prepararse para la segunda.

El duque regresó á Bruselas, en donde se le recibió triunfalmente; porque fué para él, en efecto, muy gloriosa aquella cam-

paña, como el lector ha visto, siempre en ella vencedor; nunca vencido.

Cargado de años y cansado de guerras, que pasaba de los setenta de edad y llevaba más de cincuenta de servicio, decidió pedir al rey le relevase, para regresar á España y tomar el descanso de que tanto necesitaba. Tal pensamiento no fué de entonces: dos meses antes habia ya escrito la siguiente carta, llamada, con razon, notable, por el erudito Lafuente:

CARTA DEL DUQUE DE ALBA, MARQUÉS DE CORIA,
Á ZAYAS, SECRETARIO DE S. M.

«Muy magnífico señor: Por la que escribo á S. M. entenderá
» vuestra merced el recibo de sus cartas, y todo lo que el tiempo
» me da lugar hasta la partida de Mos de Selles. Albornoz me
» mostró un capítulo de la carta que vuestra merced le escribió
» *cerca de mi ida*, y si os he de decir verdad, *hame derribado*
» *mucho los brazos ver que procuren algunos que están cabe Su*
» *Magestad hacerme saltar por la ventana, como en efecto sal-*
» *taré si no se me envia sucesor, porque es fuerte cosa á un*
» *hombre de mi edad tenerle por fuerza en una provincia tan*
» *contraria á mi salud, si ya no es quererme acabar la vida, que*
» *no se puede hallar mejor camino que este; y pues yo no pido*
» *licencia sino para despues de hecho todo lo que hay que hacer*
» *aquí, como lo he escrito muchas veces, creed, señor, que se me*
» *acaba la paciencia de ver entrar el invierno, y que por mucha*
» *prisa que se den ya no puede partir de allá el que hubiere de*
» *venir hasta el verano; y hay otra cosa que os quiero confesar,*
» *que no estoy ya para poder sufrir tanto trabajo, y que forzosa-*
» *mente habrá de padecer el servicio de S. M.: que un apreton*
» *hèle corrido como caballo viejo, y si me hallara mas atrás,*
» *vuestra merced sea cierto que es cargo este para holgar mu-*
» *cho con él: todo esto he querido decir á vuestra merced como á*
» *persona á quien yo tengo en tal lugar para guardarlo en vues-*
» *tro pecho, y encaminar este negocio conforme á la necesidad en*
» *que me hallo, que os vuelvo á jurar que es mayor de la que me*
» *podria decir. N. S. la muy magnífica persona de vuestra merced*
» *guarde y acreciente. De Bolduque (Bois-le-Duc) á 22 de Agus-*
» *to, 1568.—A lo que vuestra merced mandare.—El duque de*
» *Alba.»*

Esta carta prueba hasta la evidencia lo disgustado que el duque se hallaba, y que lejos de agradarle el tener que ejercer el rigor, deseaba verse tranquilo en su casa.

Y volviendo á donde interrumpimos la narracion para insertar la precedente importante carta, diremos que de regreso en Bruselas, y á pesar de que se observaba en medio de los festejos el disgusto de los flamencos, especialmente en los que eran protestantes, tuvo el duque de Alba la debilidad de mandar hacer una estatua que le representaba, con el bronce de los cañones ganados en la derrota que sufrió Luis de Nassau, hermano del principe de Orange. Este fué un rasgo de orgullo é inmodestia que ningun vencedor tuvo hasta entonces, y que disgustó profundamente á los flamencos; porque la estatua que representaba al duque señalaba con un brazo á la ciudad, al mismo tiempo que hollaba otras dos rodeadas de emblemas y atributos, en los que los flamencos creyeron ver simbolizados á la nobleza y al pueblo.

Hé aquí una curiosa explicacion de la precitada estatua, remitida á S. M. por *Diego Gonzalez Gante*:

Declaracion de la estatua del duque de Alba, que se puso en el castillo de Anveres.

«El brazo que tiene la pelicion ó requesta en la mano, significa la nobleza que presentó la requesta á madama de Parma.

El brazo del martillo, el rompimiento de las iglesias.

El brazo de la hacha de cortar leña, el rompimiento de las imágenes.

El de la maza de armas significa los que tomaron las armas contra S. M.

El brazo de la hacha alumbrada, el fuego que pusieron á los templos y al país.

El brazo de la bolsa, la gran suma de dineros que presentaron por haber la confesion augustana.

Las dos cabezas de un cuerpo significan la herejia. La que tiene el bonetillo, el comun, y la de las calabacillas y escudillas de palo, la nobleza.

Las dos máscaras significan que las llevaban los que presentaron la requesta, y siéndoles quitadas, fueron conocidos.

Las bicaças (alforjas) con las calabacillas y escudillas de palo á las orejas significan el nombre de *Gües* (Gueux) que tomaron.

Los libros y serpientes que salen de las bicaças, la mala doctrina y el veneno que sembraron.

Las heridas del brazo y del muslo, significan que la herejia va de rota, mal herida.

El estar el duque del todo armado, sino del brazo derecho, significa la parte armada, cómo venció y echó del país á los ma-

los; y el brazo desarmado y tendido, llama á los buenos á paz y concordia.

Acabó de llenarse de orgullo el vencedor de Orange con los festejos que en Roma se hicieron por sus victorias, y por haberle el Santo Padre remitido con una carta laudatoria el estoque y el sombrero benditos que los Sumos Pontífices regalaban siempre á los que prestaban grandes servicios á la Iglesia, y que de derecho pertenecian en aquella ocasion al de Alba, por haber vencido y derrotado á los herejes. El estoque, además de tener una magnífica hoja, tenia el pomo y guarnicion de oro puro incrustado de perlas y pedrería; el sombrero era de finísimo veludillo tejido con preciosas margaritas, y con un cintillo, tambien de perlas y de pedrería, que sujetaba un airon de blanquísimas plumas.

En cuanto al efecto que produjo en la córte la verdadera debilidad del duque, no hay para qué decir que disgustó al mismo rey. El príncipe de Eboli, muy querido de Felipe II, y que era émulo y enemigo del de Alba muchos años hacia, sacó gran partido de aquel rasgo de orgullo de su rival. Para ridiculizar más á este decía con oportunidad: *Mientras el de Alba se erige á sí propio estatuas, el rey no ha consentido que se pongan su busto y sus armas en las puertas de las ciudades de Milan.*

Tambien se burlaba públicamente de haberse llamado el duque á sí propio *fidelísimo ministro*. Hé aquí la inscripcion que al pié tenia la estatua:

FERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO

DUQUE DE ALBA, GOBERNADOR

DE FLANDES

por

PHILIPPO SEGUNDO, REY DE LAS ESPAÑAS,

fidelísimo Ministro del muy buen rey,

erigido porque extinguió la sedicion, expelió á los rebeldes, cuidó de la Religion, adelantó la Justicia, y desta suerte aseguró la paz de las Provincias.

Obra de Junglin; del bronce prisionero.

En efecto, como el príncipe de Eboli dijo, contrastó el orgullo del duque con la modestia del soberano, quien, al ofrecerle un célebre escultor italiano modelar su busto y sus armas para co-

locarlas del modo que antes hemos dicho, contestó al artista: *Os doy gracias; pero más quisiera encontrar un artífice que á cualquier costa mia, colocase mi estatua en el cielo.*

AÑO 1569.

El vencedor del de Orange, á pesar de haber notado el disgusto con que los flamencos veían en la estatua el símbolo de su ignominia y vencimiento, quiso coronar la obra con imponer una nueva contribucion para allegar recursos, llamada *impuesto de la décima*. Consistía este impuesto en la obligacion de dar la décima parte de todos los bienes muebles que se vendiesen, la vigésima por la venta de inmuebles, y una centésima por una vez y por todo.

Este onerosísimo tributo era por demás gravoso, y su imposición se recibió con imponderable disgusto. A ella apeló el de Alba, porque ni recibía fondos de España, ni tenía de donde sacarlos para atender á las obligaciones del Estado; pero estaban muy malas las circunstancias para imponer nuevas contribuciones, y menos aun siendo tan sumamente gravosas como era la décima.

La fuga de Orange y la terminacion de la campaña, permitió al duque el desmembrar de su ejército algunas fuerzas militares en socorro de Carlos IX de Francia, cuyo reino ardía en guerras civiles. Al efecto tomó la vuelta de dicho reino el veterano conde Pedro Ernesto de Mandsfeldt, fiel guerrero servidor de Carlos V y uno de los héroes de Pavia, con tres mil infantes y dos mil ginetes.

Mandaba las tropas de los hugonotes el hermano del príncipe de Orange, Ludovico de Nassau, el derrotado por el duque de Alba; y las de los católicos, así francesas como españolas, el conde de Mandsfeldt.

Dióse la batalla cerca de Moncontour y fué la victoria de Mandsfeldt, aunque á costa de un balazo que recibió en el brazo derecho. Quedóle imperfecto el brazo; pero ni le perdió, ni tuvo que dejar por aquel desgraciado accidente el servicio de las armas.

Por aquel tiempo, sin justicia ni derecho y usando de costumbres de piratas, apresaron los ingleses unas naves en que iba buena suma de dinero de España para el ejército de Flandes. Unos dicen que ascendía la suma á 200,000 escudos de oro, otros la duplicaban, y algunos la hacían llegar á 800,000.

La reina *doncella* mandó aplicar aquella cantidad al fisco, pretextando las apremiantes necesidades de su tesoro. En vano reclamaron el embajador de España en Lóndres, el duque de Alba, á quien la suma iba consignada, y Estéban de Sierra, á cuyo cargo iban los navios.

El de Alba, celoso de la honra de su nacion y viendo la inutilidad de las reclamaciones, embargó en un solo dia todos los navios y bienes de los mercaderes ingleses, residentes en Flandes estos, y aquellos anclados en sus puertos.

Hizose lo mismo en Inglaterra con los españoles; y la reina se negó á recibir á un mensajero del duque de Alba, diciendo que solo trataria con el mismo Felipe II. Estaba tan animosa la hija de Ana Bolena, por las circunstancias en que España se hallaba, segun más adelante veremos.

Aquel estado de cosas no podia ser duradero; porque los comercios de España, Flandes é Inglaterra, con el embargo de bienes y de buques, sufrían lo que puede calcularse. Como á pesar de todo siempre era temible España, se logró que Isabel reconociese como deuda la cantidad que en un principio fué realmente robada, fijando plazos para devolverla, é intereses por el uso que de ella se hacia.

Con motivo de aquel despojo vióse el de Alba en grave apuro; y no sabiendo de dónde sacar recursos, apeló nuevamente al fatal arbitrio de la décima. Negábanse en algunas partes á abonarle; y tan adelante pasaron en la manera de negarse, que el duque castigó á algunas ciudades con suspenderlas de sus privilegios; en otras puso guarniciones y mostró la severidad acostumbrada, sin dar castigos violentos.

Casi todas las provincias admitieron solamente la centésima, y algunas redimieron la décima y la vigésima con un donativo por una sola vez, y otras nombraron representantes que pasasen á España, para apelar de la providencia del duque ante el mismo rey.

Temiendo Alba á sus enemigos, que no tenia pocos en la córte, determinó contentar al pueblo flamenco, publicando el perdon general, que tiempo antes habia recibido de España, para hacerle público en ocasion oportuna y conveniente. Creyó el duque que aquella habia llegado, viendo el aspecto de las provincias, algunas de las cuales habian mostrado tal resistencia á la órden, que le habian resueltamente contestado que si él, imitando á Temistocles, llevaba consigo para sacar dinero á las diosas *Persuasion* y *Violencia*, ellos opondrian á estas, otras dos no menos poderosas: *Pobreza* é *Imposibilidad*. El de Alba quiso preparar la manera de publicar el perdon de un modo

solemne é imponente; mas acabó el año sin que se llegase á publicar.

AÑO 1570.

REBELION DE MORISCOS.

Hacia ya algunos años que el estado de los moriscos de Granada comenzó á ser alarmante y á inspirar recelos al gobierno. Acostumbrados aquellos á disfrutar de las concesiones que les fueron hechas en tiempo de los Reyes Católicos, llevaron pesadamente ciertas disposiciones adoptadas por Felipe II, tales como la de prohibir que se sirviesen de esclavos negros, contra cuya prohibicion clamaban los moriscos, porque perjudicaba, según decian, á los trabajos de la agricultura privándoles de aquellos brazos, y porque era un ataque á la propiedad, puesto que habian comprado con su dinero aquellos esclavos. Debemos decir que este tan debatido punto no le determinó el rey por sí mismo: véase la página 166 de este tomo, y en ella se encontrará que las Córtes de 1560 pidieron al rey se prohibiese á los moriscos la compra de esclavos negros.

Todos los autores ó confiesan, ó indican ó, los que menos, no niegan que el deseo de conservar y aumentar la unidad católica, fué el primer cuidado de Felipe II, y el sello que marcó todas sus disposiciones; podrán algunos murmurar de él por lo que llaman su fanatismo, que todas las cualidades de los hombres las aprecian los demás según las ideas que les animan; empero negar lo que acabamos de apuntar, ninguno puede.

Sabíase que los moros, raro de ellos convertido sinceramente al cristianismo, hacian venir estos esclavos de América en tierna edad, así para habituarlos á su manera de trabajar, como para inculcarles sus propias ideas y hacer que aceptasen sus costumbres; y como los jóvenes indios venian con los ojos cerrados en materia de religion, sus *amos* los instruian en el mahometismo, y aunque súbditos de España y de un monarca católico como toda la nacion, se hacian cordialmente mahometanos. Esta fué la razon que dictó la medida adoptada por el rey.

Reclamaron directamente los moriscos que se preciaban de ser verdaderamente cristianos, de que se les confundiese con los que no lo eran, y se dijo á estos que no hablaba con ellos la reciente disposicion; mas como esta respuesta no les pareciese suficiente,

se dirigieron al conde de Tendilla, D. Íñigo Lopez de Mendoza, á la sazón capitán general de Granada, á fin de que interpusiese sus ruegos con su padre el marqués de Mondéjar, entonces presidente del consejo de Castilla, en favor de los suplicantes.

El conde nada hizo; y los moriscos reclamantes acudieron á la chancillería, poder judicial, émulo siempre del poder militar, la cual revocó una merced concedida por el rey Felipe al de Tendilla; y este, comprendiendo el origen de aquella medida, á su vez renovó la prohibición de llevar armas los moriscos, comenzando desde entonces á presentarse en abierta pugna el poder militar y el judicial, haciendo cada uno de ellos cuanto podía para sobreponerse y disgustar al otro.

Fué tan adelante el asunto, con el notable mal ejemplo que resulta de la rivalidad de dos autoridades que desoyendo lo justo y lo recto y olvidadas de sus deberes públicamente se persiguen, que el rey tuvo que mediar en la cuestión, inclinándose, porque la razón le asistía, al capitán general. Quedó, por consecuencia, vigente la prohibición del uso de armas; se mandó á todos los moriscos presentarlas acompañadas de las respectivas licencias, so pena de seis años de bogar en las galeras, y quedó el capitán general facultado para castigar con pena arbitraria á los que falsificasen el sello que se estampaba en las armas y licencia.

A esta providencia se siguió inmediatamente la ocultación de armas que muchos hicieron, lo's castigos impuestos á algunos que fueron descubiertos, el disgusto de los que se llamaban perseguidos, y por ende comenzó la intranquilidad y el malestar, que es mil veces peor y más irresistible que el mal que decididamente acomete y que puede ser atacado con todo vigor, porque se le ve y se le conoce. Esto ocurrió en 1563.

Huyendo de lo que llamaban persecución, se refugiaban los moriscos en los templos y tierras señoriales: mas se publicó una orden aboliendo la inmunidad de los segundos y limitando á tres días la de los primeros. Entonces los refugiados fuéronse á las montañas, convirtiéndose en bandas de verdaderos malhechores, que salteaban á cuantos por las inmediaciones de sus guaridas pasaban.

La chancillería, que siempre procuraba mostrarse enemiga de la autoridad militar, comenzó á dispensar una protección indirecta y tácita á los malhechores, oponiéndose á las medidas del capitán general, aunque solo por cuestiones de jurisdicción; como si los piques de este género no estuviesen muy por debajo de bien público; y vino á poner el sello á esta perjudicial situación el rey Felipe, no decidiéndose por ninguno de ambos poderes,

quizá creyendo quien tal aconsejó que de esta manera se ostentaba verdadera imparcialidad, distribuyendo el poder más de lo que estaba, y lo que fué peor aun y más monstruoso y anómalo, permitiendo al poder judicial inmiscuirse en las atribuciones del militar, puesto que autorizó al presidente de la chancillería y á los oidores ó alcaldes para levantar ó formar pelotones de soldados y *para mandarlos* ellos mismos. Al capitán general dejó el rey la inspeccion de la costa (1564).

De esta desacertada medida resultó un aumento notable de bandidos; porque tambien comenzaron á serlo los que formaban las escuadras de *tropas judiciales*; y como estos persiguiesen sin tregua á los moriscos, que el dinero es tan bueno ó apetecible procediendo de católicos como de mahometanos, estos huian á bandadas y pasaban á engrosar las fuerzas de los *moriscos montañeses*.

Habiendo llegado á ser tan precario, expuesto y angustioso el estado de los hombres de orden y honrados, porque los bandidos llamados insurrectos los afligian y perseguian por una parte, y por otra, los que debian contener y perseguir á estos, en el concilio provincial de Granada se trató de poner un término á aquellas alteraciones, y aquel, bajo la presidencia de D. Pedro Guerrero, metropolitano de aquel reino, propuso á la aprobacion del rey las medidas que juzgó más oportunas para lograr el fin propuesto.

Trasladó Felipe II al consejo las proposiciones del concilio provincial de Granada. El consejo, presidido por el obispo de Sigüenza, D. Diego de Espinosa, y compuesto del duque de Alba (1566), de D. Antonio de Toledo, prior de San Juan; de don Bernardo de Bolea, vicescanciller de Aragon; del maestro Gallo; obispo de Orihuela; de D. Pedro de Deza, inquisidor; del doctor Velasco y del licenciado Menchaca, examinó lo propuesto por el concilio y acordó reproducir una pragmática expedida por Carlos I en 1526, determinando además las siguientes medidas:

«Prohibicion absoluta á los moriscos de hablar y escribir la lengua arábica, ni en público ni en secreto; obligacion de hablar castellano y entregar todos sus libros arábigos al presidente de la audiencia; renuncia completa de los ritos, trages, nombres y costumbres moriscas; destruccion de sus baños medicinales y de asco; mandamiento de tener abiertas sus casas y de andar las mujeres con los rostros descubiertos,» etc.

Puesto que se decian cristianos, debian vivir como tales.

La opinion general de los consejeros se decidió por que los artículos incluidos en la pragmática no se publicasen de una vez,

sino poco á poco y progresivamente; mas el presidente Espinosa formó empeño en lo contrario, dando al inquisidor D. Pedro de Deza el cargo de presidente de aquella chancillería, con el de publicar y hacer cumplir la pragmática.

Hecha imprimir de secreto la pragmática, el inquisidor Deza determinó su publicación para el día 1.º de Enero de 1567, vigilia de la festividad todos los años celebrada en conmemoracion de haber quitado á los moros en tal día la ciudad.

Publicóse el acuerdo á voz de pregon, precediendo y siguiendo las llamadas de atabales, trompetas, timbales, clarines y dulzainas, con grande indignacion de los moriscos, que determinaron engrosar las bandas de los *montañeses*.

Los refugiados en la Alpujarra, y otros de los puntos inmediatos, enviaron sus emisarios disfrazados con el objeto de saber qué pensaban sus hermanos, especialmente los del Albaicin, respecto de la publicada pragmática, y les encontraron no menos airados de lo que estaban ellos; mas como gente de buena posicion, no les hallaron muy dispuestos á la insurreccion; que son muy pocos los que teniendo que perder desean revueltas, excepto en el caso de ser ambiciosos y de esperar de la revuelta el logro de sus deseos. Por esto los moriscos acaudalados de Granada se mostraron irritados; pero determinaron acudir á las gestiones pacíficas, antes de apelar á las medidas violentas, por si con aquellas podian salvar su caudal, que tan expuesto quedaria en el caso de acudir á las segundas.

Reunidos todos ellos, determinaron que pasase á Madrid Jorge de Baeza, en calidad de procurador general, para pedir la revocacion de la pragmática. Al mismo tiempo encargaron á un morisco llamado Francisco Nuñez Muley, anciano y tenido por hombre inteligente y experimentado, se presentase al arzobispo y le suplicase á nombre y en favor de todos.

El ilustrado Lafuente inserta una parte del discurso pronunciado por Nuñez Muley ante el arzobispo, que trasladamos por juzgarle muy digno de ser conocido:

«Cuando los naturales deste reino (empieza) se convirtieron á la fé de Jesucristo, ninguna condicion hubo que los obligase á dejar el hábito ni la lengua, ni las otras costumbres que tenian para regocijarse con sus fiestas, zambras y recreaciones; y para decir verdad, la conversion fué por fuerza, contra lo capitulado por los señores Reyes Católicos cuando el rey Abdilehi (nuestro *Boabdil*) les entregó esta ciudad, y mientras sus Altezas vivieron, no hallo yo con todos mis años que se tratase de quitárselo. Despues, reinando la reina doña Juana, su hija.....»

«—Va haciendo la historia de las provisiones que en diferentes

«tiempos se habian dado contra ellos, y de la contradiccion que
 «siempre habian hallado, hasta venir á los capitulos de la pre-
 «sente pragmática, y dice: «Quien mirare las nuevas premáticas
 «por de fuera, pareceránle cosa fácil de cumplir; mas las dificul-
 «tades que traen consigo son muy grandes, las cuales diré á
 «vuestra señoría por extenso, para que compadeciéndose deste
 «miserable pueblo, se apiade del con amor y caridad, y le favo-
 «rezca con S. M., como lo han hecho siempre los presidentes pa-
 «sados. Nuestro hábito cuanto á las mujeres no es de moros; es
 «trage de provincia, como en Castilla y en otras partes se usa
 «diferenciarse las gentes en tocados, en sayas y en calzados. El
 «vestido de los moros y turcos ¿quién negará sino que es muy
 «diferente del que ellos traen? Y aun entre ellos mismos se di-
 «ferencian..... Si la seta de Mahoma tuviera trage propio, en
 «todas partes habia de ser uno: pero el hábito no hace al monje.
 «Vemos venir los cristianos, clérigos y legos de Suria y de Egip-
 «to vestidos á la turquesca..... hablan arábigo y turquesco, no
 «saben latin ni romance, y con todo eso son cristianos. Acuér-
 «dome, y habrá muchos de mi tiempo que se acordarán, que en
 «este reino se ha mudado el hábito diferente de lo que solia ser,
 «buscando las gentes trage limpio, corto, liviano y de poca cos-
 «ta, tiñendo el lienzo y vistiéndose dello. Hay mujer que con un
 «ducado anda vestida, y guardan las ropas de las bodas y place-
 «res para tales dias, heredándolas en tres y cuatro herencias.
 «Siendo, pues, esto así, ¿qué provecho puede venir á nadie de
 «quitarnos nuestro hábito, que, bien considerado, tenemos com-
 «prado por mucho número de ducados con que hemos servido en
 «las necesidades de los reyes pasados? ¿Por qué nos quieren ha-
 «cer perder más de tres millones de oro que tenemos empleado
 «en él, y destruir á los mercaderes, á los tratantes, á los plate-
 «ros y á otros oficiales que viven y se sustentan con hacer ves-
 «tidos, calzado y joyas á la morisca? Si doscientas mil mujeres
 «que hay en este reino, ó más, se han de vestir de nuevo de piés
 «á cabeza, ¿qué dinero les bastará?... Los hombres todos anda-
 «mos á la castellana, aunque por la mayor parte en hábito po-
 «bre: si el trage hiciera seta, cierto es que los varones habian de
 «tener más cuenta con ello que las mujeres.....»

«Tratando de la variacion de lengua, decia: «Pues vamos á la
 «lengua arábiga, que es el mayor inconveniente de todos. ¿Cómo
 «se ha de quitar á las gentes su lengua natural, con que nacie-
 «ron y se criaron? Los egipcios, surianos, malteses y otras gen-
 «tes cristianas, en arábigo hablan, leen y escriben, y son cristia-
 «nos como nosotros; y aun no se hallará que en este reino se
 «haya hecho escritura, contrato ni testamento en letra arábiga

» desde que se convirtió. Deprender la lengua castellana todos lo
 » deseamos, mas no es en manos de gentes. ¿Cuántas personas
 » habrá en las villas y lugares fuera desta ciudad y dentro della,
 » que aun su lengua árabe no la aciertan á hablar sino muy di-
 » ferente unos de otros, formando acentos tan contrarios que en
 » solo oír hablar á un hombre alpujarreño se conoce de qué taha
 » es? Nacieron y criáronse en lugares pequeños donde jamás se
 » ha hablado el aljamía ni hay quien la entienda, sino el cura, el
 » beneficiado ó el sacristan, y estos hablan siempre en arábigo:
 » dificultoso será y casi imposible que los viejos la aprendan en
 » lo que les queda de vida, cuanto más en tan breve tiempo co-
 » mo son tres años, aunque no hiciesen otra cosa sino ir y venir
 » á la escuela. Claro está ser este un artículo inventado para
 » nuestra destruicion, pues no habiendo quien enseñe la lengua
 » aljamía, quieren que la deprendan por la fuerza, y que dejen
 » la que tienen tan sabida, y dar ocasion á penas y achaques, y á
 » que viendo los naturales que no pueden llevar tanto gravámen,
 » de miedo de las penas dejen la tierra, y se vayan perdidos á
 » otras partes y se hagan *monfies* (salteadores). Quien esto orde-
 » nó, con fin de aprovechar, y para remedio y salvacion de las al-
 » mas, entienda que no puede dejar de redundar en gravísimo da-
 » ño, y que es para mayor condenacion. Considérese el primero
 » mandamiento, y amando al prójimo, no quiera nadie para otro
 » lo que no quiera para sí; que si una sola cosa de tantas como á
 » nosotros se nos ponen por premática se dijese á los cristianos
 » de Castilla ó del Andalucía, morirían de pesar, y no sé lo que
 » harian.

Ni Nuñez Muley ni Jorge de Baeza adelantaron nada con sus
 gestiones: quizá el gobierno no quiso revocar la pragmática, por
 no desprestigiarse y dar mayor ánimo á los moriscos, el des-
 acierto estuvo en háberla publicado, y este mal, mal remedio te-
 nia ya.

Acercábase el plazo prefijado para que las moriscas abando-
 nasen sus acostumbrados trages, y para que se cumpliese cuan-
 to la pragmática ordenaba y prevenia, y de nuevo los moris-
 cos reclamaron, y aun vino á Madrid D. Juan Enriquez de Ba-
 za, á interceder por ellos; pero en vano instó al presidente del
 Consejo.

Viendo los moriscos la inutilidad de las gestiones, trataron de
 apelar á la fuerza; y como gente dada á los augurios y profecias,
 hicieron circular entre ellos algunas de aquellas que en sus li-
 bros estaban escritas, y eran llamadas por ellos *jofores*, á fin de
 animar al pueblo á la rebelion, y dando á entender con esto que
 no se habian desprendido de sus creencias ni de sus hábitos.

Por la siguiente muestra puede el lector juzgar de las predichas profecías:

«En el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Léese en las divinas historias que el mensajero de Dios estaba un día asentado, pasada la hora de la oracion que se hace al medio dia, hablando con sus discípulos, que están todos aceptos en gracia, y á la sazón sobrevino el hijo de Abi-Talid y Fátima Alzaha, que están asimesmo aceptos en gracia, y asentándose par dél, le dijeron: ¡Oh mensajero de Dios! Haznos saber cómo ha de quedar el mundo á tu familia al fin del tiempo, y cómo se ha de acabar. Y contestó el mensajero: El mundo ha de acabar cuando hubiese la gente más perversa y mala, etc.»—Vese, pues, que el profeta no aventuraba mucho su reputacion de adivino.

Sabiendo el gobierno el estado en que Granada se hallaba, hizo partir al conde de Tendilla, ya marqués de Mondéjar por muerte de su padre, que á la sazón en Madrid estaba.

En aquella ocasion, como en todas las análogas, los granadinos ricos querian se expusiesen los pobres y miserables solamente, y enviaban secretos mensajeros á la Alpujarra para excitar á los *monfies* á la rebelion, y para procurar que estós á costa de sus vidas les diesen el asunto consumado, sin exponer ellos nada.

Algunos, empero, muy pocos de los de Granada, quisieron tomar parte en la rebelion. Hízose cabeza de todos un descendiente de los antiguos y valerosos abencerrages, llamado Farax Aben-Farax, el cual, unido á Diego Lopez Aben-Aboó, á Miguel de Rojas Aben-Thear y á Fernando Muley de Valor, con algunos más, decidió que estallase la sublevacion el dia de jueves Santo, 15 de Abril de 1568, en el momento en que los cristianos estuviesen en los templos asistiendo á los divinos officios.

No se hizo nada, sin embargo, el jueves Santo; mas el sábado de la misma Semana Mayor, á deshora de la noche el centinela de la torre de la Alhambra, al ver subir por el cerro del Albaicin á varios soldados, comenzó á tocar á rebato y á advertir á los que subian, dando grandes voces, que en aquella noche iban los cristianos á ser degollados.

El rebato fué bastante para que las mujeres corriesen desaladas á los templos y se armasen los hombres. Las autoridades hicieron tomar inmediatamente con tropa las avenidas del Albaicin, y todo fué susto y confusion y falsa alarma.

El 17 de Abril (domingo de Pascua) llegó el capitan general, marqués de Mondéjar, al cual se presentó una comision de los moriscos, y aquella autoridad admitió una representacion

contra las injusticias y agravios que se inferían á los moriscos. Con ella se trasladó á la corte *D. Alonso de Granada Venegas*, ilustre morisco descendiente del famoso príncipe Cid Hiaya, á quien el lector recordará todavía. Tampoco dió resultado aquella representacion; pero los moros granadinos se habian aquietado, al parecer al menos, porque el capitán general los atendía, consideraba y transigia con ellos hasta donde su deber lo permitía.

Por desgracia, y á pesar de las medidas y del carácter conciliador que adoptó el de Mondéjar, él mismo, recorriendo la costa con su hijo, encontró en el suelo unos papeles que, segun despues se supo, se habian caido á un morisco que con otros trataba de darse á la vela para Africa. En ellos se leía, entre otras cosas, una carta de Aben-Daud dirigida á Berbería, en la cual suplicaba á los berberiscos viniesen á ayudar á los moros á romper el yugo de los cristianos. Esto hizo comprender al marqués de Mondéjar la inutilidad de ser condescendiente y tolerante con los moriscos, y desde entonces comenzó á tomar precauciones.

Observaron aquellos algun cambio en la conducta del marqués, y resolvieron reunirse los del Albaicin en una casa inmediata á la misma inquisicion, y en aquella junta se acordó que el movimiento se verificaria el primer dia del año (1569), dentro de la ciudad, previniendo á los *montañeses* para que no se movieran hasta que de la ciudad se les diera aviso. Eligieron el primer dia del año, porque en sus profecías estaba escrito que habian de reconquistar á Granada en uno de los aniversarios de su pérdida.

Con el mayor sigilo y presteza empadronaron hasta ocho mil hombres en la Vega y valle de Lecrin, y alistaron otros dos mil de los montañeses. Estos últimos habian de aguardar prevenidos y vestidos de turcos, para hacer creer que era un socorro que mandaban aquellos, y bajar inmediatamente que se les hiciese desde el pico de Santa Elena una señal convenida.

Dividieronse los moriscos de la ciudad en tres cuerpos; cada uno llevaba su caudillo y su estandarte de distinto color, para que no pudiesen confundirse, y á cada cuerpo se le designó el punto que habia de atacar. Inútil es advertir que la consigna comenzaba por matar cada uno todos los cristianos que pudiese, premiando como al más benemérito al que matase al arzobispo *D. Pedro Guerrero* y al inquisidor *D. Pedro de Deza*; con esto y con soltar todos los presos de la inquisicion y cárcel, se daría principio á la insurreccion, acudiendo primero á la plaza de *Bibarrambla*, en donde los de la ciudad se reunirían á los ocho mil hombres que filiados y prontos estaban.

A pesar de tenerlo todo así concertado, Farax Aben-Farax, impaciente y poco subordinado, se desentendió de las órdenes expedidas en la ciudad, y á la cabeza de los alpujarreños salió dando furiosos gritos y asesinó á varios dependientes de la chancillería, que habia protegido á los moriscos contra el capitán general, los cuales por su mal habian ido á pasar las vacaciones de Pascua á los pueblos de la montaña.

Sabida la desgraciada novedad por las autoridades de Granada, la dieron poca importancia; porque supusieron que, como otras veces sucediera, algunos berberiscos habrian desembarcado en auxilio de los moriscos para apoderarse de alguna aldea, robar y retirarse. Tan imprevisoras anduvieron las autoridades, que ni aun se hicieron rondas aquella noche, haciéndose todas, porque nevaba y llovía copiosamente.

El activo Farax se curó poco de la lluvia y de la nieve. Disfrizó á los suyos de turcos, como estaba convenido; y para animar á todos, á los montañeses dijo que iban á hacer la señal los de la ciudad, y á estos los pasó aviso de que le seguirian los ocho mil hombres que esperaban.

En medio del deshecho temporal apareció Farax en los muros de Granada, taladró con los instrumentos que prevenidos llevaba la muralla, sin que los temerosos del agua y de la nieve que dormían muy tranquilos se apercibiesen, y penetró osadamente en Granada.

Ya dentro de la ciudad robó algunas casas, y despues se dirigió al Albaicin y dió á los moriscos la señal de alarma; empero aquellos le mandaron retirar diciéndole que le seguian muy pocos para consumir tan grande empresa, y que no era tampoco la ocasion oportuna.

Desalentóse Farax con la inesperada repulsa; y como ya se hubiese esparcido el alarma y tocasen á rebato las campanas, el atrevido moro se limitó á decir algunos denuestos á sus cobardes correligionarios, y se retiró por el mismo camino que al venir siguiera, ileso y tranquilo. Tampoco aparecieron los moros de la sierra; empero se disculparon con él diciendo que la nieve habia obstruido completamente todos los pasos.

Cuando las tropas del capitán general reconocieron el Albaicin, Farax estaba fuera de Granada y los moriscos muy tranquilos, cada uno en su cama. Mandó entonces el marqués de Mondéjar á uno de sus escuderos para que viese la direccion que Farax y los suyos habian tomado, y en cuanto regresó aquel salió el mismo marqués con su hijo primogénito y cuantos ginetes pudo juntar, sin aguardar á que se reuniese la infantería; pero dejando encargo al corregidor de que la mandara en su

seguimiento, en direccion de Dilar, por la falda de Sierra-Ne-
vada.

El marqués sufrió el horrible temporal en vano: Farax y los suyos supieron esconderse en los laberintos de la sierra y entre la nieve, de tal suerte que estuvo Mondéjar varias veces junto á ellos sin saberlo, y rendido y calado regresó á Granada.

ABEN-HUMEYA,

Poco despues de este suceso, apareció en la Alpujarra un jóven morisco, llamado D. Fernando de Córdoba y Valor, de muy ilustre alcurnia, como descendiente que era de los Beni-Omeyas, antiguos califas, ó soberanos de los musulimes.

Este jóven, muy considerado por las autoridades en atencion á su ilustre estirpe, observaba una conducta muy desarreglada y era un tanto frívolo y ligero. Su carácter y conducta le hicieron destruir los bienes que poseia, llegando á tal extremo que habiendo sido caballero veinticuatro (regidor perpétuo) de la ciudad de Granada, no sabiendo ya de dónde sacar recursos para continuar en sus vicios y prodigalidades, vendió la veinticuatria; y tales y de tal condicion eran sus infinitas deudas, que fué reducido á prision, de la cual se fugó en las altas horas de la noche, vispera de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

Presentóse inesperadamente en la Alpujarra, sin más compañía que una mujer á quien mucho amaba; y en cuanto se supo su llegada se reunieron sus parientes y amigos en Beznar, que allí se alojó, y aquellos con los rebelados de Orgiva, creyeron muy conveniente elegir un rey y salieron proclamando á voces al fugitivo preso, que era por los moros muy respetado como descendiente de reyes, cambiándole el nombre de D. Fernando de Córdoba y Valor por Muley Mahomet Aben-Humeya.

En virtud de aquella original proclamacion, quedó Aben-Humeya elegido *rey de Granada y de Andalucía*, al cual despues coronaron, juraron y tomaron juramento con toda solemnidad y observando todas las fórmulas musulmicas, despues de lo cual, moro por moro besó al nuevo rey la mano.

Quando regresó Farax alegre con haber librado sano y salvo del riesgo que corriera, se mostró visiblemente disgustado por encontrarse con un rey, cuando él aspiraba precisamente á serlo; que los moros, lo mismo que los cristianos que se insurreccionan y corren el riesgo de ser cabezas de motin, en tanto quieren y desean la libertad y el bien de su patria y de los suyos,

en cuanto sea conveniente á sus ambiciosos fines. Preparóse, pues, á disputar la ilusoria corona á su rival, asegurando que no era su linaje inferior al de Aben-Humeva, puesto que descendía de los nobles abencerrages. Vió, sin embargo, que todos estaban por el pseudo-rey ya coronado, y este le contentó con darle el cargo de alguacil mayor, que era entre aquella gente el más elevado puesto cerca del emir.

El sanguinario é infame Farax, ya investido de su nuevo cargo, salió con trescientos de los suyos á acabar de sublevar á los alpujarreños. Quisiéramos poder evitar la referencia de los inauditos horrores cometidos por aquellos verdaderos vándalos, que dejaron atrás, no á las hordas de Atila; á los mismos seres infernales abortados por el Averno hubieran hecho buenos, porque estos no hubiesen discurrido ni inventado más ingeniosamente las diversas maneras de martirizar á los cristianos. Ya que no nos es posible eludir nuestro triste compromiso, procuraremos ser laconicos.

Alzaronse en sublevacion general todas las *tahas* (distritos) del Alpujarra; y completa ya ó generalizada la insurreccion, el cruel Farax, degenerado seguramente de la noble y caballerosa estirpe de los abencerrages, ordenó el martirio, que tal puede llamarse, de los desamparados cristianos.

Comenzaron por saquear y robar cuanto aquellos tenían; destruyeron casas y templos; pisotearon las sagradas formas; hicieron pedazos las imágenes y las reliquias de los santos, destinando los ornamentos y vasos sagrados á los usos más profanos é indecorosos. Despues prendieron á sacerdotes, mujeres, hombres, niños; á algunos de los primeros, ridiculamente vestidos, los pasearon por las calles sirviendo de ludibrio á todo el mundo; á otros los pasearon tambien, pero completamente desnudos, despues de lo cual los martirizaron. Pero no queremos decir que fueron *mártires* porque les quitaron la vida; lo decimos porque enterraron vivos á unos; á otros, los asaetearon la cabeza, despues de enterrados hasta el cuello; á otros los fueron mutilando miembro por miembro, despues de lo cual las mujeres los picaban con agujas gruesas todo el cuerpo; á otros los frieron en aceite; á los hombres de todas clases y condiciones los atormentaron cortándoles pedazos de carne, y dándoles muchas estocadas poco hondas á fin de que no muriesen, para que llegasen vivos á las hogueras en que los quemaron de cuatro en cuatro; hubo moro que sacó el corazon á un cristiano y le devoró como pudiera haberlo hecho un tigre del desierto; y en fin, á un sacerdote le abrieron de alto á bajo, le rellenaron de pólvora, le cosieron y le prendieron fuego, estallando y volando deshecho

por los aires con horrísono estruendo. Basta: no nos faltarían más bárbaros, inhumanos é inauditos excesos que referir; empero la pluma se resiste á escribir otros, y el lector se dará por contento de no saber más de los que hemos referido. Sirva esto de aviso á los que hoy se lamentan de la expulsion, mucho despues verificada, de los moriscos, que al ser vencidos en la rebelion de que venimos tratando fueron tratados mucho mejor de lo que merecian, puesto que debieron ser todos pasados á cuchillo; y aun fuera humanidad el no haberlos martirizado como ellos martirizaron á los cristianos.

Por fin el llamado rey se indignó con Farax, á consecuencia de los horrores que habia ejecutado; pero se indignó despues de seis dias de horrores y de haber sacrificado algunos millares de cristianos.

Horrorizado Aben-Humeya, segun la historia refiere, de no ver otra cosa que cadáveres y destrozos, mandó no quitar la vida á las mujeres ni á los niños, y que los hombres fuesen ejecutados prévia formacion de proceso.

Grande fué el dolor que causó á Aben-Humeya la muerte de algunos de sus amigos, sacrificados por el bárbaro Farax. Mandó comparecer á este, le hizo rendir cuentas de todos sus robos y le destituyó, nombrando alguacil mayor en su reemplazo á Aben-Jahuar el Zaguer, que era tio de Aben-Humeya, el cual hizo muy poco en no castigar al infame Farax con la última pena.

Despues el reyezuelo nombró un cadí ó alcalde para cada taha, que eran doce, á saber: Orgiva, Poqueira, Ferreira, Jubiles, Ujijar, Andarax, Luchar, Marchena, Las Ceheles, Adra, Berja y Dalías.

En tanto esto sucedia, las autoridades estaban en Granada llenas de perplejidad, sin saber qué resolver. Algunas tropas, en corto numero, se habian acercado á la sierra, y las avanzadas de aquellas habian sido rechazadas.

Por fin un individuo de la chancillería, el licenciado Nuñez de Bohorques, propuso la salida de los moriscos del Albaicin y de la Vega á distancia de treinta leguas tierra adentro, á fin de que no pudieran aconsejar ni socorrer á los de la sierra ni comunicarse con ellos. Agradó la medida, pero no se adoptó; porque eran por demás críticas las circunstancias para ponerla por obra.

El capitán general, Mondéjar, pasó orden á todos los señores andaluces para que le acudiesen inmediatamente con tropas de los respectivos vasallos; pero la insurreccion por momentos tomaba cuerpo y crecia. Se habia extendido ya hasta Murcia, en virtud del mandato del rey de Granada, que ordenó la subleva-

cion general en todos sus dominios; pero prohibiendo el asesinato y el robo. En cuanto á los moriscos del Albaicin, se conoció que estaban agenos de lo que á la sazón pasaba en la sierra, por estar interpuestas las tropas reales; porque se presentó una comision de ellos á D. Pedro de Deza, para protestar que eran extraños á los desmanes de los montañeses, y que estaban dispuestos á cumplir puntualmente la debatida pragmática.

Continuaban las acciones parciales fuera de la ciudad en las Guájaras y Tablate, en Orgiva y Salobreña, y se veia la ciudad de Almeria amenazada por los insurrectos. Aben-Humeya tambien se preparaba á la resistencia y fortificaba su cuartel general en la taha de Poqueira, situada en el terreno más áspero, quebrado é inaccesible de la sierra.

Reunidas por el capitan general las tropas de Antequera, Loja, Baza, Alcalá la Real, Jaen y Alhama, entregó el mando militar de Granada á su primogénito el conde de Tendilla, y él se dirigió contra los insurrectos. Solo llevaba consigo dos mil trescientos hombres, y por caudillos á su hijo segundo D. Francisco de Mendoza, á D. Alonso de Cárdenas, D. Luis de Górdova, D. Juan de Villaroel, D. Alonso de Granada Venegas, morisco descendiente del príncipe Cid Hiaya, y varios renombrados capitanes que deseaban tomar parte como voluntarios con una lanza, como simples soldados.

Llegó Mondéjar al Padul; y el primero que salió á recibir su pequeña hueste fué Miguel de Granada el Jabá, con doble gente de la que el marqués llevaba. Este caudillo morisco, osado y decidido, sorprendió por la noche á la vanguardia del marqués, hiriendo de un flechazo á Lorenzo Dávila, jefe de aquella. Y eran temibles las heridas de flecha, porque muchas de ellas estaban envenenadas.

El de Mondéjar habia dejado á su hijo el conde de Tendilla el encargo de mandarle subsistencias y refuerzos, á medida que los fuese reuniendo; y los primeros que inmediatamente llegaron fueron los de las tropas de Baeza, Porcuna, Ubeda, Linares y otras villas de Andalucía.

Cuando creyó el capitan general haber reunido fuerzas suficientes, se encaminó á la Alpujarra, y á esperarle salió el mismo Aben-Humeya con tres mil quinientos moriscos. No habia otro camino para llegar al término, que atravesar el puente de Tablate que los de Aben-Humeya habian cortado; mas como aquel paso era el único, estaban sobre el puente atravesados unos maderos casi del todo podridos, algunos de los cuales malamente podrian soportar el peso de un hombre. Esta circunstancia inspiraba confianza al reyezuelo; y en efecto, los cristianos estaban

indecisos, hasta que Fr. Cristóbal de Molina, religioso franciscano, tomando un crucifijo, impávido atraviesa el puente, horrorizándose los mismos moriscos de oír cómo crujían y se cimbreaban los maderos.

El aspecto impávido y tranquilo del religioso y su decidida confianza en Dios, abochornaron á los soldados, que comenzaron á pasar en el momento, en tanto que la artillería de Mondéjar contenía á los moriscos para que en aquel crítico momento no avansasen. Algunos soldados fueron á hacerse pedazos en el abismo que bajo el destruido puente estaba; mas tan insigne ejemplo de valor impuso al reyezuelo y á los suyos, los cuales se retiraron á la montaña, no sin pérdida bastante, porque fueron perseguidos por el marqués. Este hizo rehabilitar el puente, reforzó la guarnición de Orgiva, y se dirigió á la taha de Poqueira, cuartel general de Aben-Humeya; y á pesar de estar recientemente fortificado, se apoderó de él el de Mondéjar, derrotando además á cuatro mil insurrectos, que defendían el paso de Alfajaralí. En este encuentro salió herido de piedra D. Francisco de Mendoza, hijo segundo del capitán general, marqués de Mondéjar.

La guarnición que este dejó en el puente de Tablate, que era una compañía, fué sorprendida por los moriscos; y de ella casi una tercera parte fué degollada; otra, poco más ó menos, quemada dentro de la iglesia; el resto retrocedió á Granada.

Con estas pérdidas llegó al de Mondéjar la noticia de que el alguacil mayor de Aben-Humeya, Fernando el Zaguer, había resuelto entregársele con los suyos, sin embargo de lo cual el marqués continuó su camino á Jubiles, en donde se hallaba mayor número de los enemigos.

Los moriscos que en Jubiles residían, aterrados con el recuerdo de lo sucedido en Poqueira, cuyo punto tenían por inexpugnable, para aplacarle dieron libertad á todos los cautivos que tenían, incluso muchos niños.

Salieron también á recibir á Mondéjar diez y ocho cadís con banderas blancas, pidiendo perdon: el marqués no permitió que se les insultase ni hiciese daño, cuya consideración fué muy murmurada, recordando las atrocidades cometidas por Farax.

Entregado Jubiles, envió el general á Granada los enfermos y heridos, así como los cautivos rescatados, y dió salvoconducto á los diez y ocho cadís ó alcaldes. Hecho esto, trasladóse el marqués á Cádiar y Ujjar: en el camino se le presentó con deseos de someterse Diego Lopez Aben-Aboó, uno de los primeros del Albaicín que se confederaron con Farax, que era primo de Aben-Humeya.

Viendo este falso rey que toda su familia comenzaba á dejarle, y sabiendo que su suegro estaba ya en secretos trates con el capitán general de Granada, le hizo pasar á su casa bajo el pretexto de consultarle acerca de la guerra. Fué muy tranquilo el suegro á casa de su yerno, en donde le asesinaron cruel y traídoramente.

Continuaba Mondéjar su triunfal marcha camino de Paterna, en busca de Aben-Humeya, que estaba allí atrincherado con seis mil hombres. Dirigióse á él por medio de una carta, y por encargo del marqués, D. Alonso de Granada Venegas, para aconsejarle que desistiese de su loco empeño si quería evitar su completa ruina; asegurándole que si se acogía á la clemencia del rey, el mismo marqués interpondría su mediación para alcanzarle el indulto.

Contestó Aben-Humeya que si lo haría; pero que se le concediese tiempo para someter por bien á los sublevados. El marqués, tan enérgico como condescendiente, concedió el tiempo pedido; mas no por esto suspendió las operaciones de guerra. Quizá el plausible propósito de Mondéjar se hubiera realizado, á no haberse interpuesto una fatal casualidad.

Cruzábanse cartas de una y otra parte, y leyendo una del marqués estaba Aben-Humeya, en el momento en que, sin que se sepa cómo, el ala izquierda del ejército del rey, casi á vista de Paterna, en la cuesta de Iniza, chocó con un cuerpo de moriscos que fué dispersado con bastante pérdida. Este suceso enojó mucho al rey de Andalucía; arrojó al suelo la carta, y vomitando injurias huyó y se desbandaron todos los suyos, siendo acuchillados por los cristianos, quienes llegaron á Paterna, é hicieron gran botín y no pocos cautivos.

De Paterna pasó Mondéjar á Andarax, en donde dió seguro y dejó volver libres é indemnes á cuantos se sometieron, y entregó dos mil moras á sus padres, esposos y hermanos, bajo la condicion de que les serian devueltas cuando fuesen reclamadas. Y es notable que tal condicion, que irrealizable parecería á los mismos que la imponían y aceptaban, llegado el caso de realizarse, sin dificultad se realizó.

Determinó el marqués pasar de Andarax á las Guájaras, en donde estaba refugiado gran número de moriscos que eran unos verdaderos malhechores. Es de advertir que los más inútiles de los palaciegos, siempre envidiosos de los que para algo valen, porque temen les quiten el favor real que no merecen, hacían cerca del rey una guerra á muerte al marqués de Mondéjar, tomando por pretexto su conducta benévola con los moros que se sometían, sin considerar que no era así cuando peleaba y que en

casi un mes habia dispersado á los moriscos y pacificado, puede decirse, la Alpujarra. A la sazón los bandidos de las Guájaras hacian sus correrías de verdaderos bandoleros, y esto sirvió de pretexto á los émulos del marqués, para ensañarse contra este: por esto aquel salió de Ujijar para Orgiva, y pasando por Velez de Benabdalla, sentó sus reales en las Guájaras. Allí recibió un refuerzo de tropas mandado por su hijo el conde de Tendilla, y con aquel dos caudillos; el valeroso D. Alfonso de Portocarrero y el conde de Santistéban. Conviene que el lector se entere de la posicion y circunstancias de la temible fortaleza que el marqués intrépidamente se disponia á acometer.

Hé aquí la descripción que hace Mármol:

«Este es monte redondo, exento y muy alto, fuerte en la cumbre de un sitio cercado de todas partes de una peña tajada, y tiene una sola vereda angosta y muy fragosa, que va la cuesta arriba á dar á un peñoncete bajo; y de allí sube por una ladera yerta, hasta dar en unas peñas altas, cuya aspereza concede la entrada en un llano capaz de cuatro mil hombres, que no tiene otra subida á la parte de Levante. A la de Poniente está una cordillera ó cuchillo de sierra, que procede de otra mayor, y hace una silla algo bonda, por la cual con igual dificultad se sube á entrar en el llano por entre otras piedras, que no parece sino que fueron puestas á mano para defender la entrada, si humanos brazos fueran poderosos para hacerlo,» etc.

De este modo hace Mármol la descripción.

La imprudencia, mal llamada valor, del animoso D. Juan de Villaroel, le empeñó en acometer la desacertada empresa de hacer una acometida á las naturales defensas de aquella fortaleza que inexpugnable parecia, cuya loca intentona costó la vida á muchos cristianos, recibiendo el mismo Villaroel, que debió conocer que la arriesgada empresa exigia más gente de la que él llevaba, muchas heridas. El marqués dió el cargo que Villaroel desempeñaba, á su hijo segundo.

Llegó el marqués á tiempo de salvar á algunos españoles, é irritado por las consecuencias de aquel desastre, resolvió asaltar la fortaleza. Dividió las tropas, dió minuciosamente sus órdenes é instrucciones á los capitanes, y con un valor que rayó en lo fabuloso comenzaron intrépidamente á subir á la eminencia los españoles, á pesar de las flechas y piedras que hasta las mujeres lanzaban contra los cristianos.

Sin embargo de haber comenzado la lucha en las primeras horas de la mañana, la noche fué la que separó á los combatientes; mas solo momentáneamente y para esperar á la aparición del astro del dia. No se renovó, empero, la pelea; porque el caudillo

moro, el Zamar, aprovechando las sombras de la noche, por unos derrumbaderos y por riscos por donde á la vista solo pájaros pudieran pasar, se dirigió á las Albuñuelas, dejando solamente á la gente débil, como los ancianos y algunas mujeres menos atrevidas que sus compañeras.

El Zamar tuvo desgracia en su arriesgada intentona, puesto que fué cogido, en union con su hija, por los soldados de Mondéjar, el cual en aquella ocasion fué poco digno de alabanza; porque hizo pasar á cuchillo á toda la gente inerme y débil que encontró en el fuerte, siendo como era tan conciliador y generoso. Dícese que procedió de tal manera para desmentir á los que en la corte le motejaban de parcial y condescendiente con los moros, por cuya razon le hacian cerca del rey una guerra sin tregua y sangrienta; pero esta no es una razon para que un hombre honrado abandone sus costumbres de tal, ni para que se ensañe con gente indefensa y rendida. El Zamar fué ajusticiado en Granada, por orden del conde de Tendilla, hijo del marqués de Mondéjar.

Realizado el terrible desastre, se destruyó el fuerte, y los soldados recogieron abundante botin: despues fueron llevados á Motril los heridos y enfermós, y el ejército se preparó á continuar sus operaciones hasta someter á toda la Alpujarra.

A pesar de la crueldad que, contra su costumbre, acababa de demostrar el de Mondéjar, continuó recibiendo bondadosamente á todos los moros que se acogian á él, y esto hacia que las sumisiones se multiplicasen: por manera que casi podia darse por terminada la guerra, sin embargo de lo cual, Aben-Humeya continuaba llamándose rey de la Alpujarra y de Andalucía. Era forzoso someterle, ó mejor dicho encontrarle y prenderle; porque andaba fugitivo y errante.

Solia recogerse de noche en casa de Aben-Aboó, despues de haber pasado el dia por breñas y cuevas, huyendo unas veces de la activa persecucion que sufría, y otras por temor de ser visto y de que avisasen al marqués del sitio en que se hallaba.

Súpose en donde Aben-Humeya se ocultaba de noche, y Mondéjar comisionó á dos capitanes, llamados Alvaro Flores y Gaspar Maldonado, para que con las respectivas compañías se dirigiese cada uno á un punto distinto: uno á donde se creia que pasaba la noche el perseguido; otro al lugar en que se le habia visto, recientemente, de dia. El primero comenzó su reconocimiento, en tanto el segundo se dirigia á Medina, en Sierra Nevada, residencia de Aben-Aboó.

Un arcabucero, ni se sabe si traidor ó imprudente, al llegar á

la casa disparó su arcabuz. Era de noche, y hallábanse los habitantes durmiendo; mas la intempestiva detonacion puso en alarma á los que ya dormian, por el temor desasosegados, y el Zaguer (Aben-Jaguar), con algunos otros, se arrojó por una ventana y pudo ganar la montaña: Aben-Humeya permanecia dentro de la casa, cuando Maldonado estaba haciendo forzar la puerta.

Con una sangre fria y un valor muy dignos de elogio, el *rey de Granada* se colocó detrás de la puerta; y cuando fué esta abierta con violencia, los soldados entraron presurosos y en tropel: entonces Aben-Humeya ganó la puerta y se fugó.

Preso Aben-Aboó, fué atormentado para procurar arrancarle la confesion de dónde Aben-Humeya se hallaba. El moro negóse á hablar valerosamente, y le dejaron por muerto; fué robada su casa y presos algunos moros, á quienes dió libertad el de Mondéjar, esclavo de su palabra, porque eran de los sometidos que tenian seguro suyo.

Aquella expuesta aventura que Aben-Humeya habia corrido, y el trato que diéran á Aben-Aboó, hicieron al primero que determinase renovar la guerra, si le era posible. Auxiliaronle poderosamente en su proyecto los soldados que se dedicaban desbandados, cuando estaban como licenciados por haberse dado por terminada la guerra, á cometer desmanes. Los moros, robados y perseguidos por ellos, comenzaron de nuevo á huir á la montaña, y no necesitó más el *rey de Andalucia*.

Aquellos desmanes no eran culpa del marqués, como más adelante veremos: aquel habia terminado la guerra, puede decirse, de una manera gloriosa y economizando todo lo posible, en cuanto estuvo de su parte, la sangre de amigos y enemigos, y los desmanes de todo género; porque fuera de lo ocurrido en las Guájaras, siempre le hemos encontrado humano y conciliador. Hacianle, empero, tal guerra los cortesanos, y, lo que era peor para él, el presidente de la audiencia, ó chancillería, que siendo como era casi testigo de las operaciones de campaña, su voto en la córte tenia gran peso, que el ilustre, entendido y valeroso Mondéjar era tenido casi por un traidor ó, al menos, por muy parcial. Todos estaban por el rigor, sin considerar que el rigor exasperaba.

Raro dia dejaban de venir á la córte desde Granada serias quejas contra el capitan general, que procedian de la audiencia; su antigua é irreconciliable enemiga; y Mondéjar que lo sabia envió al rey un mensaje por medio de D. Diego de Mendoza y de D. Alonso de Granada Venegas, de origen morisco; por consiguiente era su voto más imparcial que el de ninguno.

Los mensajeros del general hicieron entender al rey la verdad, demostrándole que no se habian cometido las infracciones que la audiencia falsamente decia, y manifestando que la guerra estaba acabada merced á la actividad, energia y política del marqués, y el monarca en aptitud de expulsar, internar ó esparcir á los moriscos en la forma que quisiera.

La audiencia, sin embargo, no cesaba en su propósito de arruinar al de Mondéjar; y para lograrlo le habia dado un rival en el marqués de los Velez, D. Luis de Fajardo, hombre poderoso en el reino de Murcia, al cual el presidente de la chancillería, árbitro del gobierno de aquel reino en aquella ocasion, habia comisionado para que socorriese á las ciudades de Baza, Almería y Guadix, so pretexto de no poder el otro marqués atender más que á la Alpujarra.

Aprobó el rey la determinacion de D. Pedro de Deza, y envió á Fajardo la patente real (real despacho); y desde aquel momento el reino de Granada se encontró con dos capitanes generales.

El primer hecho de armas del de los Velez, demostró, seguramente, su pericia y su valor. Llegó á Huécija en donde se hallaba Fernando el Gorri con nueve ó diez mil moros, que habian sembrado de obstáculos el camino y soldado las aguas por el campo. Todas las dificultades y peligros fueron vencidos y alejados por el de los Velez y los suyos; y los moros vencidos huyeron, á Andarax una parte, otra á Filix, por la sierra de Gador.

Vencidos los infieles, los soldados del marqués se desbandaron, é hicieron mil atropellos y robos, como gente allegadiza y que tomaba parte siempre en cualquier revuelta y guerra, porque de otro modo no podian subsistir.

Encontróse el marqués de los Velez sin soldados, puede decirse, porque los desbandados huyeron con sus robos. Por desgracia; pronto se ocuparon los puestos que los desertores dejaron desocupados; y decimos por desgracia, porque se presentaron atraídos por el buen éxito obtenido despues de la lucha por los ya desertores: por manera que los *reemplazantes* tenian el mismo ánimo que los *reemplazados*.

Dióse una accion en Filix, que fué tan reñidísima como sangrienta; murieron cerca de siete mil moros, y dos de sus caudillos; y despues de acabada la accion, se desbandaron los soldados y robaron del mismo modo que los que anteriormente desertaron, y despues de robar cuanto pudieron desertaron tambien. Era esto inevitable: el marqués quiso restablecer el orden y al efecto hizo prender á un soldado á quien se cogió *infraganti*.



ti; mas no fué posible, porque se amotinaron los demás, amenazando al marqués, y fué forzoso dar libertad al preso.

En esta guerra el episodio más notable fué la toma de la sierra de Inox, verificada por D. Francisco de Córdoba, en donde habia un inmenso peñon en lo alto de la predicha sierra, que era guarida de millares de moriscos. En suma y para no molestar la atención del lector diremos que, segun muy oportunamente dice un moderno historiador, la guerra por aquella parte fué una especie de ojeo, cuyo resultado era la caza de centenares unas veces, y millares alguna, de moriscos; y en tal estado estaba cuando el marqués de Mondéjar terminó sus operaciones, y cuando tuvo que enviar á D. Diego de Mendoza y á D. Alonso de Granada Venegas á la córte, á fin de sincerarse de faltas que no habia cometido.

Venegas, el noble morisco, trató de persuadir al rey de cuán conveniente seria para la completa pacificacion de Granada que el mismo soberano visitase aquel reino; mas el cardenal Espinosa era contrario al viaje, y sucedió con él lo que con el mil veces decidido y otras tantas aplazado, que debió Felipe hacer á Flandes. El consejo, que estuvo, casi por unanimidad, de acuerdo con Espinosa, propuso que fuese á Granada el hermano natural del rey, D. Juan de Austria.

Esta propuesta fué aceptada por el rey, y acto continuo se expidió la correspondiente real provision en favor de D. Juan como generalísimo de la expedicion, y otra para D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y embajador de España en Roma, nombrándole teniente general del mar, ó sea segundo del capitan general D. Juan de Austria.

Habia de formarse un consejo que en Granada pudiera ser consultado por el jóven D. Juan en los casos árduos, y mandó el rey al marqués de Mondéjar que entregando el cuidado de la Alpujarra á uno de tres caudillos que se le designaron, con suficiente fuerza, se trasladase á Granada para formar parte del consejo de D. Juan; á D. Luis de Requesens se le mandó venir con las galeras y las tropas de Italia, en union con D. Sancho de Leiva, para que cruzando las aguas inmediatas al teatro de la guerra, impidiese el acercarse á ningun socorro de Berbería, si apareciese en favor de los insurrectos. Tambien se propuso á Mondéjar permaneciese en Orgiva para cumplimentar las órdenes que de D. Juan recibiese, si no queria trasladarse al consejo; pero el marqués prefirió trasladarse á Granada y asistir al consejo.

Todo esto sucedia despues de haber el ilustre Mondéjar pacificado la Alpujarra, á costa de trabajo, valor, sufrimiento, talento y prudencia; mas el haber dado golpe en vago al querer





C. MUGICA, dib^o y lit^o

Lit. de J. DONON Madrid.

D. Juan de Austria.



apoderarse de Aben-Humeya; los robos y desmanes de los soldados ya licenciados, y el rigor con que se hacia la guerra por la parte de Murcia, eran suficientes motivos para que volbiesen los moriscos á sublevarse, y procurasen salvar la vida para ir á engrosar las bandas de Aben-Humeya.

Componíase el consejo del jóven D. Juan de Austria: del marqués de Mondéjar, capitan general del reino, que dejó á D. Juan de Mendoza el ejército de la Alpujarra; del duque de Sessa, nieto del inolvidable GRAN-CAPITAN; de D. Luis de Quijada, señor de Villagarcía y presidente de Indias; del arzobispo de aquella metrópoli y el presidente de la audiencia. Dividióse el mando militar del reino, dando á Mondéjar la parte que no dieron al marqués de los Velez, al cual se encomendó la de Almería, Guadix, Baza, sierra de Filabres y el rio Almanzora.

A todo esto, cada dia se reunian á Aben-Humeya más fugitivos, y la insurreccion se presentaba más amenazadora. Mondéjar hizo observar al conséjo los buenos resultados que su conducta conciliadora habia dado, pero fué desoído y preparáronse todos al rigor. Los que eran de este partidarios se aferraron más y más en su parecer, porque se supo que Aben-Humeya se habia puesto de acuerdo con los del Albaicin para insurreccionarse, al mismo tiempo que él con sus bandas se acercara á la ciudad. Entre los conjurados del Albaicin estaban el padre y el hermano del mismo Aben-Humeya, llamados D. Antonio y D. Francisco de Valor.

El dia 17 de Marzo de 1569, prevenidas como estaban las autoridades desde que se denunció la conspiracion, á deshora de la noche se vieron grandes fogatas hácia Sierra-Nevada; el vigía de la torre de la Vela tocó á rebato, los cristianos armados acometieron á los moriscos, comenzando por los encarcelados, que á pesar de estarlo no estaban inermes y se defendieron. Los presos, empero, fueron bárbaramente degollados; salváronse el padre y hermano de Aben-Humeya, porque fueron protegidos.

Este suceso hizo que D. Juan apresurase su marcha, y despues de despedirse del rey su hermano que á la sazón se hallaba en Aranjuez, tomó la vuelta de Granada, en compañía del fiel servidor á quien como á padre queria y respetaba; de don Luis de Quijada.

Fué recibido en Granada con ostentacion y con verdadero regocijo el jóven hijo del gran Carlos I, cuya figura atraia las voluntades, investido de tan gran autoridad como la que llevaba, cuando apenas habia cumplido veintitres años.

No habia echado pié á tierra, cuando se le presentó una comision compuesta de los principales moriscos, para protestar su

fidelidad y su adhesion, y presentarle sus quejas respecto de las vejaciones y perjuicios que se les hacian injustamente, pidiéndole la proteccion contra sus opresores, y ofreciéndole en cambio sus *vidas y haciendas*.

Recibió D. Juan afablemente á la comision, y contestóla que los moriscos fieles á Dios y al rey, podian contar con toda su proteccion, así como los infieles serian infaliblemente castigados; respecto de las quejas que tenian, les pidió memoriales para hacerse cargo de ellas.

Reunido el consejo, encontráronse de frente el marqués de Mondéjar y el presidente de la audiencia; el primero humano, conciliador; el segundo más rigoroso de lo que su carácter y estado pedian. Como la divergencia de pareceres fué grande, se extendió y llegó á hacerse general hasta el punto de dividirse el consejo, y de tener D. Juan necesidad de consultar al rey; porque no sabia qué decidir estando tan diametralmente encontrados los pareceres. Al mismo tiempo el de Mondéjar, que veia su autoridad tan coartada y la guerra que abiertamente se le hacia; mandó á su hijo segundo, D. Iñigo, para que consultase también con S. M.

El primer cuidado de D. Juan fué el de restablecer la disciplina y poner coto á la desenfrenada licencia de los soldados; despues cuidó de ordenar los asuntos de Hacienda para que no faltasen recursos cuando comenzase la guerra.

Mientras se disputaba en el consejo, Aben-Humeya, como absoluto dueño de sus acciones, desentendiéndose de consejos y de pareceres, tomó con actividad sus medidas, y llegó á reunir más de cinco mil hombres; y los organizó de suerte que derrotó al marqués de los Velez, el cual, queriendo acreditarse despues de la llegada de D. Juan de Austria, se dirigió á la Alpujarra. Habia ganado tanto terreno Aben-Humeya, que sublevados los de la sierra de Bentoniz se habian fortificado en el formidable peñon de Frigiliana; una parte de Aben-Humeya acometia á las huertes cristianas y atacaban los puntos fortificados, y la otra, con su *rey* á la cabeza, atacaba en Verja al marqués de los Velez.

Dirigióse D. Luis de Requesens á tomar el temible peñon de Frigiliana; y aunque le seguian los veteranos tercios que desde Italia habian con él venido á España, era tan impracticable, no siendo para cabras, la subida, que ni auxiliando con las manos á los piés podian ganar terreno los cristianos, á quienes hostigaban los moros, lanzando flechas y cuanto proyectil, incluidas piedras, hallaban á la mano.

Ya perdida la esperanza y contándose vencido Requesens, llegaron las bizarras tropas de Málaga y de Velez, la cuales mila-

grosamente llegaron hasta las primeras fortificaciones en la cima del peñon. Aquellos valerosísimos soldados, desentendiéndose de las flechas, piedras, balas y de cuanto proyectil lanzaban los moros, tomaron animosamente el peñon y pasaron á cuchillo á los enemigos que no se despeñaron huyendo de la muerte, no sin costar muchas vidas de soldados cristianos.

Encendiase de tal manera la guerra y multiplicábanse los insurrectos en tales términos, que Almería estaba amenazada; el fuerte de Seron tuvo que rendirse á los moriscos, despues de una resistencia heróica y larga, y todos los cristianos mayores de doce años fueron degollados. Los moriscos triunfaban, y los cristianos casi no disponian de más terreno que de aquel que ocupaban: esto se debia á las continuas reyertas de los consejeros, que dieron motivo á que D. Diego Hurtado de Mendoza escribiese al príncipe de Eboli la siguiente lacónica y original carta:

Ilustrísimo señor: Verdad en Granada, no pasa; el señor D. Juan, escucha; el duque (de Sessa), bulle: el marqués, discurre; Luis Quijada, gruñe; Muñatones, apaña; mi sobrino allí está, y acá no hace falta.

El rey de Andalucía, dueño de todos los fuertes que guarnecian el rio Almanzora, como tratando de potencia á potencia, pidió á D. Juan la libertad de su padre y su hermano, ofreciendo dar por ellos ochenta cautivos cristianos. El consejo acordó no contestarle, y hacer que D. Antonio Valor, padre de Aben-Humeya, escribiese á su hijo manifestando á este lo bien tratado que era, y aconsejándole la sumision.

Por aquel tiempo el marqués de los Velez, reforzado su cuerpo con los tercios llegados de Italia, recibió orden de pasar á la Alpujarra, y en Valor derrotó á Aben-Humeya; mas este recibió refuerzos de los argelinos y turcos, así como armas y municiones.

Al escribir Aben-Humeya á D. Juan, dirigió una carta al alcaide de Guéjar, y la carta cayó en manos de un hombre poco reservado, si no traidor, segun demostró ser el ya citado alcaide. Tratábase en aquel escrito de la propuesta sumision del pseudorey, y el alcaide enseñó la carta á los enemigos de aquel.

No era extraño el que Aben-Humeya vacilase; porque por mandado de la córte se publicó la orden de sacar del reino á todos los moriscos que hubiesen cumplido diez años, hasta la edad de sesenta. D. Juan mandó que todos ellos fuesen recogidos en las parroquias, lo que se verificó con tanto aparato como temor de los moriscos, que al ver tanta fuerza desplegada, temieron perder la vida violentamente. D. Juan empeñó su palabra para

tranquilizarlos, de que no recibirían daño alguno; y así lo cumplió, limitándose á hacerlos salir bajo partida de registro.

En Octubre de 1369 se pregonaron dos bandos, á consecuencia del incremento que habia tomado la insurreccion y de las multiplicadas victorias obtenidas por los insurrectos: el uno disponiendo saliesen del reino los moriscos que se habian librado en la primera proscripcion, y el otro publicando la guerra á *sangre y fuego*.

Por esto y por ver Aben-Humeya que en Granada ningun auxiliar iban á dejarle, comenzó á vacilar entre someterse ó no. Escribió al alcaide de Guéjar; este manifestó la carta del reyezuelo, segun ya hemos dicho, y los que la vieron juraron vengarse del que se preparaba á abandonarlos, despues de comprometidos. Quizá la primera irritacion se hubiera mitigado, si no hubiese mediado una mujer; que, por punto general, rara vez las desgracias dejan de tener origen en aquellas, ó por lo menos, han de intervenir en las desgracias.

Existía en Albacete un cierto Diego Alguacil, que relacionado intimamente con una prima suya, tuvo el imponderable disgusto de ver que aquella se marchaba con Aben-Humeya, sin que él pudiera impedirlo por carecer de fuerza material para hacerlo.

Guardaba siempre Diego en su pecho los deseos de venganza; la prima, que sin duda no queria desentenderse por completo de aquel por si Aben-Humeya le faltaba, continuaba comunicándose con su primo, y se prestó á servir á este en la villana traicion que á Aben-Humeya se preparaba.

Ganaron los traidores al secretario del reyezuelo, y aquel falsificó la firma de este al pié de una carta en la que se manifestaba completamente decidido á separarse de los insurrectos y acogerse á la clemencia del rey de España.

Circuló la carta muy de propósito; y generalizada la conjuracion, en la que hicieron entrar al mismo Diego Lopez, Aben-Abó, que por salvar á Aben-Humeya sufrió heroicamente un horroroso tormento, pasaron algunos conjurados á Laujar, en donde á la sazón residia Aben-Humeya, el cual fué sorprendido inopinadamente.

A la cabeza de los conjurados iban Diego Aben-Abó y el mismo Diego Alguacil, el rival del falso rey, quienes no quisieron escuchar las protestas de Aben-Humeya, que juraba ser falsificada aquella carta, y juraba verdad: Aben-Abó no lo sabia; pero el infame Alguacil habia sido el autor de toda aquella negra intriga. Poco despues ambos Diegos, sin querer fiar á nadie la infame empresa, estrangularon á Aben-Humeya.

Fué elegido en su lugar Aben-Abó, aunque como interino,

en tanto llegaba la aprobacion del virey de Argel, que era de quien recibian los socorros y á quien reconocian como superior, considerando al *rey de Andalucía* como su feudatario.

Confirmó la eleccion el virey, y el nuevo rey de los moriscos españoles se tituló *Muley Abdallah Aben-Abóo, rey de los andaluces*; y en el estandarte *real* hizo poner una orla que decia: *No pude desear más, ni contentarme con menos*; lema que dice mucho, para probar la ambicion del asesino de Aben-Humeya.

El *nuevo rey* de los andaluces nombró á Gerónimo el Malech general de los rios de Almería, Almanzora, Alboladuey, de la sierra de Baza, de la de Filabres y del marquesado del Cenele; y al Xoaybi, alcaide de Guéjar, encargó el cuidado de todo el territorio de Sierra-Nevada, Alpujarra y Velez, con la Vega de Granada. Hecho esto, formuló una exposicion para el gran turco y otra para el virey de Argel, que acompañó con dos buenos presentes, y despachó sus mensajeros en demanda de tropas, municiones y armas.

Salió un cuerpo de ejército en direccion de la Alpujarra, mandado por el duque de Sessa, y otro hácia el rio Almanzora, á cargo del marqués de los Velez; y al terminar el año 1569, no siempre habian contado buena fortuna dichos caudillos, al paso que los cuerpos de ejército, si tal podia llamarse, de los moriscos, se componian ya de diez y algunos de doce mil hombres, y eran dueños aquellos de no pocos fuertes y poblaciones.

Comprendió D. Juan de Austria, cuyo genio fué verdaderamente militar, que era tiempo de pelear y no de consultar al consejo, y se llegó á cansar de estar ocho meses sin moverse, no por culpa suya, sino del consejo y de la corte. Decidido á no perder ni un momento, escribió á Felipe II, su hermano, para manifestarle la tibieza que notaba en las resoluciones, el peligro que habia de ver generalizada la insurreccion á los reinos de Murcia y Valencia, y la necesidad de que él personalmente dirigiese las operaciones de campaña.

Enterado el rey de la carta de su hermano, ordenó la formacion de dos ejércitos, mandado el primero por D. Juan, y el otro al cargo del duque de Sessa. El primero operaria hácia el rio Almanzora, y el segundo en la Alpujarra.

La noticia de que D. Juan iba á tomar personalmente á su cargo la guerra, fué recibida con la mayor alegría; porque tenían todos en el precoz general la más grande confianza. Solo el marqués de los Velez estaba disgustado, porque el de Austria iba á relevarle.

En las fiestas de Navidad emprendió D. Juan las operaciones:

salió de Granada, limpió de moriscos la fragosa sierra en que se halla Guéjar situada, y el dia 29 de Diciembre tomó la vuelta de Guadix, reuniéndose en Baza con el comendador Requesens, que entonces regresaba de Cartagena, á donde habia ido por artillería y municiones.

En Huéscar se le presentó el marqués de los Velez, el cual, despues de hacer al príncipe el debido acatamiento, guardando en su pecho, como buen cortesano, el disgusto que le atormentaba, dió parte á D. Juan del estado de la guerra, y despidiéndose despues, sin detenerse un momento, se dirigió á Velez el Blanco, villa de su propiedad.

La primera operacion formal practicada por el nuevo é ilustre general, fué para rendir á Galera; pero los que la defendian presentaron tan obstinada resistencia, que fué preciso establecer un formal sitio, sin embargo de lo cual se prolongó aquel mucho y costó no poca sangre cristiana, pereciendo tambien algunos capitanes y gente de valía. Llegó á estar tan irritado D. Juan á consecuencia de las pérdidas sufridas y de la obstinacion de los moros, que en su boca le ponen las siguientes palabras: *Yo hundiré á Galera y la asolaré y sembraré toda de sal; y por el filo de la espada pasarán chicos y grandes, cuantos están dentro, en castigo de su pertinacia y en venganza de la sangre que han derramado.*

Dispuesto el príncipe á cumplir su palabra, hizo preparar varias minas, y al mismo tiempo que sin interrupcion hacia fuego la artillería de batir, el dia 10 de Febrero de 1570 volaron á un tiempo todas las preparadas minas, y se deshizo el castillo, parte de la montaña, una no pequeña de la ciudad, y con esta y con aquel volaron por el espacio los defensores. En aquel momento ordenó D. Juan el asalto, y en breve quedó el terreno por los españoles. En la plaza de armas del derruido castillo fueron pasados á cuchillo cerca de dos mil quinientos hombres, y el príncipe no olvidó su amenaza, en virtud de la cual fué asolada la villa, arada y sembrada de sal. El historiador Juan del Mármol fué á quien D. Juan encargó el cumplir tan terrible mision y duro castigo.

En Serón experimentó un fuerte revés, ocasionado por la imprudencia de algunos soldados que, sin conocer el terreno, avanzaron más de lo que debian, y fueron sorprendidos *por algunos millares* de moros. Acudió el bizarro príncipe á defender á los suyos, y tan cerca del peligro estuvo, que una bala le abolló la bomba del yelmo; y no le deshizo la cabeza, merced al excelente temple de la armadura: tambien quedó herido D. Luis Quijada, á quien una bala pasó el brazo derecho, y en un muslo fué

herido igualmente el célebre maestre de campo D. Lope de Figueroa (19 de Febrero).

Pocos dias despues, y á consecuencia de la herida, falleció en Canilles el veterano y benemérito D. Luis de Quijada, señor de Villagarcía, amigo íntimo del gran César Carlos I, su mayordomo mayor y confidente. El desconsuelo de D. Juan fué grandísimo; porque aquel honrado caballero que, como bueno, habia perecido victima de su valor, le habia servido de padre durante su niñez y le amaba muy sinceramente.

De nuevo y con más brio y empeño cargó el príncipe sobre Seron, reforzado su ejército y con tal aparato, que unido lo imponente de aquel al temor de que se repitiese lo sucedido en Galera, los moros, despues de prender fuego á la villa y su castillo, huyeron en número de siete mil á la montaña.

Lo mismo, poco más ó menos, sucedió en Tijola, que al acercarse D. Juan fué desamparada de su guarnicion. Tambien se encontraron desiertas las fortalezas de Purchena, Tahali y otras, que fueron ocupadas por guarniciones españolas, y en muy poco tiempo todos los castillos del rio Almanzora pasaron á poder de D. Juan, y sus defensores se reconcentraron todos en la Alpujarra.

Los que ignoraban lo que significaba aquel proceder igual en todos los alcaides de los fuertes, y observaban la reconcentracion de fuerzas en la Alpujarra, creian ver un plan preconcebido, que habia de dar por resultado una nueva y más terrible insurreccion. La plebe murmuraba de que no se tomase providencia ninguna; empero D. Juan permanecía tranquilo, que estaba muy al cabo de lo que la alarmante operacion significaba.

Habiase tratado entre el capitán cristiano Francisco de Molina y Fernando el Habaquí, caudillo de los moriscos, que este volveria al servicio del rey, puesto que si podian aquellos prolongar más ó menos la lucha, el resultado siempre habia de ser la sumision por fuerza de armas. Concertóse, pues, que por el pronto el Habaquí haria que fuesen quedando abandonados los fuertes, y recogida la gente en la Alpujarra, el caudillo morisco veria la manera de dar la última mano á la obra de la sumision. Cumplió el Habaquí el primer extremo del convenio, y pasó á tratar con el rey Aben-Abó del resto.

En este estado las cosas, D. Juan de Austria, previa autorizacion del rey, publicó é hizo pregonar un bando, cuyas principales circunstancias ó artículos eran los siguientes:

«Todos los moriscos, hombres y mujeres, de cualquier calidad y condicion que fuesen, que en el término de veinte dias pusieran sus personas en manos de S. M. ó de D. Juan de Aus-

»tria, tendrian merced de la vida, y se mandaria oir en justicia á los que probaran las violencias y opresiones que los habian provocado á levantarse.—Todos los de quince á cincuenta años que en dicho plazo se rindiesen, y trajesen además una escopeta ó ballesta, harian libres á dos de sus parientes más allegados.—Los que quisieran reducirse, podian acudir al campo de D. Juan de Austria ó del duque de Sessa en los lugares que más cerca estuviesen.—Para ser conocidos desde lejos, llevarian cosida á la manga izquierda del vestido una cruz grande de paño ó lienzo de color.—Los que en dicho plazo no se redujesen, sufririan el rigor de la muerte sin piedad ni misericordia.»

Además de haber pregonado este bando, se sacaron de él varios ejemplares y se hicieron circular por todo el reino.

Estaban bastante descorazonados los caudillos moriscos; porque D. Juan no hacia la guerra sino con toda la energia de su edad juvenil; con toda su natural inteligencia, que nada escasa era; con todo el afan de renombre y de gloria que su cuna, sus particulares circunstancias y su edad de entusiasmo y de ilusiones exigian; y si á esto agregamos las muchas fuerzas militares y completo material de guerra que allí se habian acumulado, veremos que el temor y desánimo de los rebeldes estaban muy justificados.

El pseudo-rey Aben-Aboó, por otra parte, habia enviado sus instancias y regalos al turco y al argelino completamente en vano; no en cuanto á esperanzas, que ambos le habian dado muchas y muy lisonjeras; mas de realidades, ninguna se habia visto.

Habia un cuidado más grave, que llamaba la atencion de Selim II, sucesor del feroz Soliman, que ya habia fallecido. Interesábale infinitamente más que la suerte de los moriscos de España, el prepararse para resistir á la terrible tempestad que ya contra él se formaba.

Felipe II, que aun conservaba el poderoso cetro de su padre, es decir, le conservaba sin debilitarle ni desprestigiarle como hicieron sus sucesores, cuando se trataba de una confederacion de las potencias cristianas contra el enemigo jurado é irreconciliable de la Santa Cruz, debia prepararse á representar el más importante y principal papel en la liga: necesitaria quizás á su hermano, y cuando no, si necesitaria verse libre de todo cuidado, á fin de no tener necesidad de distraer de la principal y más importante empresa ni caudillos, ni soldados, ni buques, ni dinero.

Los moriscos, encerrados en cierto espacio de terreno, no es-

taban ni podían estar al alcance de lo que en Europa ocurría; é ignorándolo, solo sabían, porque lo estaban viendo, las grandes fuerzas militares y el aparato de guerra que les amenazaba; y como habían visto el modo que tenía el príncipe de hacer la guerra, que era sumamente humano con el vencido, pero con el soberbio y tenaz se mostraba enérgico, severo y aun excesivamente duro, esperaban más de la sumisión que de la resistencia. Por manera, que el rey de España y los moriscos deseaban igualmente el término de la guerra, y ni el turco ni el argelino podían favorecer á los segundos. Al cabo del tiempo, este vino á hacer bueno el murmurado y combatido plan del entendido marqués de Mondéjar, plan de campaña que le valió el caer casi en desgracia del soberano; porque mientras se negociaba continuaba la guerra, copiando fielmente el plan de campaña del de Mondéjar.

La negociación comenzó por entenderse los capitanes cristianos, de origen moriscos, que conservaban aun amistad con capitanes moriscos, sus antiguos camaradas, compañeros y convencinos. Entre los primeros figuraron mucho D. Alfonso de Granada Venegas, morisco noble y caballeroso, valiente y fiel á España, y D. Fernando de Barradas.

Las negociaciones estaban en muy buen camino; más los consejeros del rey, no sabemos con qué intención, puesto que solo siendo absolutamente estúpidos pudieran aconsejar por error, hicieron que Felipe II expidiese una orden imprudente, y la menos á propósito para realizar lo que tan conveniente y deseado era. Ni sabemos cómo el rey tan desacertadamente obró, y cómo no vió más claro que sus consejeros.

Dióse, pues, la orden de extrañar del reino á los moros denominados *de paz* porque ni se habían sublevado ni faltado en nada á la jurada fidelidad. Realizóse la medida de sacar del reino de Granada é internar en otros puntos de Andalucía á todos los moros de paz de la Vega, Almería, Ronda, etc.; so pretexto de que servían de espías y daban aviso á los sublevados de cuanto ocurría y se trataba.

No por esto se suspendieron las negociaciones, ni el príncipe suspendió la guerra, casi siempre con ventajas; y hallándose en Verja llamó al duque de Sessa para conferenciar con él, lo que verificó en el cortijo de Leandro, y despues en los Padules.

Llegaron por aquel tiempo las negociaciones á tan buen estado que se aceptó por ambas partes la realización de una conferencia, á la que habían de asistir los principales caudillos, incluso el titulado rey Muley Abdallah Aben-Abóó, que al fin no asistió á aquella.

Verificóse la entrevista en el Fondon de Andarax, el día 13 de Mayo (1570). Hé aquí del modo que un ilustrado autor moderno refiere lo ocurrido en la precitada conferencia:

«
 » Expuso en tono arrogante el Habaquí
 » que no era posible guardar las pragmáticas reales ni tolerar
 » las injusticias que los habian provocado á la rebelion; que nose
 » habia cumplido con ellos nada de lo que se les ofreció cuando
 » se redujeron al marqués de Mondéjar; que si con los moros de
 » paz se hacia la injusticia de llevarlos á Castilla, habiendo sido
 » leales, ¿qué podian esperar los rebeldes? Finalmente, que don
 » Juan de Austria nombrara personas de quienes pudieran fiarse
 » que ampararan á los que fueran á reducirse, y que los asegu-
 » raran de no recibir daño; que volvieran los internados de Cas-
 » tilla y se les permitiera rescatar sus mujeres é hijos; que se los
 » dejara vivir en el reino de Granada; que se les guardaran las
 » antiguas provisiones; que hubiera un perdon general; que bajo
 » estas condiciones ellos se someterian todos y entregarian los
 » cristianos cautivos que tenian en su poder.»

El príncipe remitió al rey las proposiciones del Habaquí, y por acuerdo del consejo se pidió á D. Juan el poder de Aben-Aboó á favor de los que en su nombre trataban de ajustar la paz, cuyo poder habian de acompañar con una súplica, en cuyo memorial solicitarian lo que deseaban les fuese otorgado.

El día 19 de Mayo entregó el Habaquí los poderes de Aben-Aboó con la súplica, que se le habia dado escrita y redactada por Juan de Soto, secretario de D. Juan de Austria. Hé aquí la terminacion definitiva de aquellas negociaciones:

« Que el Habaquí, á nombre de Aben-Aboó y de todos los capitanes moriscos, se echaria á los piés de D. Juan de Austria, rindiendo las armas y bandera y pidiéndole perdon; y que su Alteza (que así le trataban á D. Juan) los recibiria en nombre de S. M., y les daria seguro para que no fuesen molestados ni robados, y se les permitiria vivir con sus mujeres é hijos en el reino, excepto en la Alpujarra.»

Aceptado y firmado el preinserto convenio, los comisionados de ambas partes se trasladaron á los Padules, en donde el príncipe estaba alojado.

Acercóse el valeroso Habaquí á D. Juan, echó pie á tierra y dijo: *Otórguenos V. A., á nombre de S. M., perdon de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves. Esta bandera y estas armas (añadió, poniendo su damasquina á los piés del príncipe) rindo á S. M. en nombre de Aben-Aboó y de todos los alzados, cuyos poderes tengo. — Levantaos y tomad esa arma,* respondió

D. Juan con dignidad verdaderamente de príncipe, y *guardadla para servir con ella á S. M.* Mas á pesar de todo esto, Aben-Abóó no procedía de buena fé, y fijaba su mirada de águila en la Serranía de Ronda, en donde las medidas rigurosas adoptadas hasta con los moros de paz, habian producido un levantamiento muy parecido al de la Alpujarra. El Habaquí se mostró honrado y escrupulosamente puntual en el cumplimiento de sus ofertas.

Llegó ya el caso de que se conociese el falso carácter de Aben-Abóó, y lo poco en que estimaba su palabra y su firma. El enérgico Habaquí, cuya honradez se rebeló contra la nueva infamia del titulado rey de Andalucía, se presentó al príncipe; y despues de manifestarle su profundo enojo por la villanía de Abóó, se ofreció á marchar á verle, á obligarle á someterse, ó de no, á traerle á poder de D. Juan.

Decidido á cumplir su promesa, partió con poca tropa; pero tuvo aviso el reyezuelo del propósito de su antiguo general, y mandó en su busca bastante fuerza armada, que logró sorprender al Habaquí en una casa del pueblo de Berchul; pudo aquel escaparse; pero fué encontrado, y el villano Aben-Abóó le hizo ahogar. No mereció, seguramente, el desgraciado fin que tuvo, y menos el morir á manos de un infame como el que rey se titulaba, el cual llevó más allá su cinica infamia.

Escribió á Venegas y Barradas pidiéndole se avistasen con él, para concluir la paz; que no habia querido concluirla con un hombre como el Habaquí, que habia engañado á todos. Hubo más: preguntáronle qué habia hecho del Habaquí, y tuvo bastante serenidad para contestar «que le tenia preso por unos dias, » para castigar su infidelidad, pero que pronto le pondria en » libertad, y que en tanto podian asegurar á sus hijos que es- » taba el Habaquí bueno, bien tratado, y que muy pronto le sol- » taria.» Cuando esto escribia Aben-Abóó, el cadáver del desgraciado Habaquí estaba en un muladar, á donde le dejó durante un mes.

Todos cuantos pasos se dieron para dar felice cima al tratado de paz, fueron inútiles: Aben-Abóó no hacia otra cosa que dar esperanzas y solicitar entrevistas para ganar tiempo, é instar á Selim y al virey de Argel para que le auxiliasen con gente y con dinero.

Su intencion verdadera se descubrió por una carta que le fué interceptada, y entonces el príncipe, dando de mano á toda consideracion, decidió exterminar á sangre y fuego á los insurrectos. Logró su propósito muy pronto, auxiliado por D. Luis de Requesens, y llegaron á pacificar la Alpujarra y la Serranía de

Ronda, cuya guerra estuvo encomendada al duque de Arcos; pero aquello no fué guerra, sino caza de fieras. Con esto y con haberse dado y ampliado la órden de internar en Castilla á todos los moriscos sometidos y á los de paz, se dió por terminada la guerra; y D. Juan, con el comendador mayor y con el duque de Sessa regresaron á Granada, en donde se recibió con grande entusiasmo al jóven y valeroso pacificador.

Al espirar el año, solo quedaba sin someter un peloton de moros que por breñas y riscos seguian á *su rey*, el cual tuvo el desgraciado fin que merecia, segun veremos al tratar del año siguiente.

FLANDES.

Bien porque los flamencos sensatos comprendiesen que el de Alba era mandado, bien porque supiesen que de él ningun partido sacarian, aquellos nombraron comisiones que pasasen á España para pedir al rey relevase á las respectivas provincias del impuesto de la décima.

El emperador, hijo de D. Fernando y sobrino del César, instaba continuamente á su primo y cuñado Felipe II, para que fuese menos severo y rigoroso con los protestantes flamencos, al mismo tiempo que practicaba igual diligencia, por medio de enviados, cerca del duque de Alba. Pretendia el emperador que se entablase, entre otras cosas, la reconciliacion con el de Orange; y para facilitar la realizacion de tan difícil empresa, hizo venir á España á su hermano el archiduque Carlos.

Cumplió el archiduque su mision haciendo presente al rey que nada pedia su hermano el emperador que fuese contra Dios, contra la religion, ni contra la autoridad real, antes bien se encaminaba todo al mejor servicio de S. M.: Felipe II, empero, se mantenía inaccesible y decia que habiase usado de mayor clemencia de la que merecian los que habian comenzado por asesinar, quemar, destruir templos, hacer mil horribles profanaciones, robar á monasterios y particulares, cometiendo desmanes horrorosos de verdaderos malhechores y bandidos, y que, además, ningun humano respeto ni consideracion de Estado, ni »todo lo que en este mundo se le podia representar ni aventurar, »le desviaria ni apartaria jamás en un solo punto del camino que »en esta materia de religion, y en el proceder en ella en sus reinos y estados, habia tenido y entendia tener y conservar per-

»pétuamente, y con tanta firmeza y constancia, que no solo no admitiría consejo ni persuasion que á esto contradijese, pero ni lo podia en manera alguna oír, ni tener á bien que en tal caso se le aconsejase.»

El archiduque hizo al rey mil reflexiones acerca del carácter de los flamencos, de lo que se aventuraba con el rigor y lo que podria lograrse con la moderacion y templanza, y concluyó por proponer á su tío Felipe II, en nombre del emperador su hermano, el matrimonio con la princesa doña Ana de Austria (la que estuvo destinada para el infelice príncipe D. Cárlos).

Esta última proposicion la recibió el rey con agrado, y pocos dias despues la aceptó resueltamente, sin que en el punto de moderar el rigor con los flamencos se adelanlase cosa.

Que los magnates fueron muy ambiciosos é ingratos, está fuera de toda duda; porque no solamente cuando se sublevaron disponian de todo su poder moral que el rey les habia conservado con sus títulos y dominios, si que tambien estaban honrados con la mayor condecoracion de todas las españolas; tenian importantes mandos en las provincias flamencas, y en cuanto á bienes, se puede ver si estaban en posicion de sublevarse por necesidad, examinando la siguiente nota, que consta en el archivo de Simancas:

- »El príncipe de Orange tenia 152,785 florines de renta.
- »La renta del conde de Egmont era 62,944 florines, y tenia casas en Bruselas, Malinas, Gante, Arrás y La Haya.
- »El conde Hooghstraeten, tenia de renta 16,827 florines.
- »El de Culembour, 31,603 florines.
- »El de Horns, 8,475 florines.
- »El de Vanden Berghem, 16,166 florines.
- »El de Brederode, 8,140 florines.
- »El marqués de Berghes, 50,872 florines.
- »El señor de Montigny, 11,250 florines.»

Cierto es que todas estas rentas fueron confiscadas; pero no lo es menos que no lo hubieran sido, si hubiesen los que la poseian permanecido leales, tranquilos y contentos con lo que tenían, sin buscar más.

Los desventurados condes de Egmont y de Horn, con otros títulos y nobles, habian sido decapitados; el marqués de Berghes habia muerto en España, de muerte natural; Floris de Montmorency, conde de Montigny, que habia como Berghes venido á España en calidad de enviado de los rebeldes aristócratas, fué detenido en Madrid, hasta que repentinamente llevado al alcázar de Segovia, fué encerrado en él y procesado.

Trataron sus protectores de romper las cadenas que á Montigny oprimian, y para que se preparase, le remitieron una carla, al llevarle la comida, dentro del pan. Entre los medios dispuestos para verificar la evasion, uno era el encargarle pidiese permiso para que entrasen en su prision unos músicos que cantasen y lañesen segun el uso de Flandes, para que distrajesen la tristeza del prisionero. Concedida que fuese tan sencilla y natural peticion, los músicos dejarian en la habitacion del preso los laudes y guitarras para volver otro dia, y dentro de las respectivas cajas las cuerdas á favor de la cuales habia de descolgarse Montigny; mas desgraciadamente el plan fué descubierto.

Siguióse el proceso secretamente, y secretamente tambien se mandó decapitar al reo. Motéjase muchísimo á Felipe II por este hecho, y cierto nosotros no trataremos de disculparle. No estaremos, empero, conformes con la inocencia del desventurado Montigny: vendremos en que los pormenores de la ejecucion del infelice prócer flamenco están dispuestos y especificados con una calculada minuciosidad que repugna; mas, lo repetimos, no creemos inocente al sentenciado, como tampoco á los que le precedieron en su desgracia, por los desagradables asuntos de Flandes. Si el rey hubiera decidido aniquilar á los próceres flamencos por ser sanguinario, no hubiera dejado ir libre á Egmont, tantas veces como en España estuvo; y no solamente libre, sino cargado de mercedes y de regalos; si el odio hubiese sido infundado y general, no se hubiera perseguido, encausado y sentenciado á unos, y premiado y conservado en importantes mandos á otros; y últimamente, si se mandó que el de Montigny fuese ejecutado dentro de la cárcel y figurando habia naturalmente fallecido, habria para ello fundamento, más ó menos sólido, pero alguno habria. Las circunstancias de este proceso y del procesado no se conocen lo bastante para ocuparse de ellas, sin exponerse á tocar en la injusticia.

Durante la prision, se encontraron papeles, varias veces ya en latin, ya en castellano, siempre tratando de la fuga y de proyectos que acababan de empeorar la situacion del prisionero, el cual fué, al fin, decapitado, despues de hacer una protestacion de fé, y de manifestar en sus últimos momentos su catolicismo.

En este año publicó en Flandes el duque de Alba el perdon general, dando á aquel acto toda la imponente pompa que le fué posible.

En la plaza Mayor de Bruselas se erigió un alto tablado adornado de tapices, reposteros y colgaduras de veludo carmesí y oro, sobre el cual subió el duque á la hora prefijada, y se sentó, en representacion del rey, bajo un sólio: tenia puesto el rico

sombrero y ceñido el magnífico estoque que le habia regalado el Sumo Pontífice.

No solamente estaba todo Bruselas presente á la lectura del perdón general; todos cuantos de los lugares circunvecinos pudieron ir, asistieron tambien. El duque mandó leer el perdón á un pregonero, el cual dió lectura á la real cédula de *perdon general y olvido de todo lo pasado*, primero en flamenco y despues en francés. Por desgracia el pregonero estaba ronco, y no se entendió palabra de lo que dijo: suponen algunos que el catarro del pregonero fué pagado con no poco dinero, porque no querian les principales flamencos la pacificacion de Flandes, y menos aun el que se entendiesen los términos benévolos en que el perdón estaba concebido, y especialmente el presunto soberano, el príncipe de Orange.

En aquel año llegó á Flandes desde Spira la princesa doña Ana de Austria, futura reina de España, desposada ya por poderes y á nombre del rey con D. Luis Venegas de Figueroa. Dícese, con razon, que parecia Felipe estar destinado para casarse con las que debian de haber sido esposas de su hijo; pero la razon de esta que parece extraña casualidad es, segun creemos, tan clara como sencilla. El rey Felipe era á la sazón, aun sin ser emperador, el monarca más poderoso de Europa; el príncipe, aunque jóven el rey, prometia por su edad más larga vida que su padre, y era natural que se buscasse y anhelase la alianza con el futuro soberano hijo del poderoso monarca; mas muerto ya el príncipe, y no teniendo otro hijo varón el rey, era preciso que, tratando de estrechar los vínculos entre España y Austria, se concertase el matrimonio con el mismo Felipe. Respecto de doña Isabel de la Paz, pudo muy bien cambiar de parecer el rey de Francia en virtud de la mala salud y del peor carácter de D. Carlos.

El duque de Alba solicitó regresar á España, cosa que tanto deseaba, bajo el pretexto de acompañar á la nueva reina. El rey no disintió, y nombró sucesor del duque de Alba al de Medinaceli; pero dió orden al primero de permanecer en Flandes hasta la llegada del segundo: por manera que fué negar disimuladamente la pretension; porque Medinaceli no llegaba, la reina tuvo que embarcarse, y el duque no pudo moverse, con arreglo á las órdenes del rey, por lo que vino escoltando á doña Ana don Fernando de Toledo, prior de Castilla, hijo del de Alba.

En Santander desembarcó dicha señora el dia 3 de Octubre; recibió con sumo gusto en Santovenia á sus dos hermanos los archiduques Ernesto y Rodulfo, y en Segovia fué solemne y suntuosamente recibida por el rey, acompañado de su hermana do-

ña Juana de Portugal, y de toda la corte. En dicha ciudad se celebró el matrimonio el día 12 de Noviembre. Solo tenía Felipe cuarenta y tres años de edad, y era ya tres veces viudo. La nueva reina, sobrina del rey como hija de su primo hermano Maximiliano de Austria, ya emperador, era española y castellana: había nacido en Cigales en 1545, estando su padre Maximiliano encargado de la regencia de España en ausencia de su primo Felipe y de su tío el gran emperador.

DECENIO OCTAVO.

AÑO 1571.

FIN DE LA GUERRA DE LOS MORISCOS.

Ya ha visto el lector la gloriosa manera con que dió fin á la guerra de los moriscos el Sr. D. Juan de Austria; y aunque hemos dado por concluida, y en efecto terminó en 1570, la precitada guerra, conviene dar cuenta del fin que tuvo el llamado rey de los andaluces, Aben-Aboó, sucesor de Aben-Humeya.

Hemos ya dicho que, destruidas todas la fuerzas rebeldes, Aben-Aboó se refugió en la montaña, con tres ó cuatrocientos moros que le siguieron. La vida que llevaba era insoportable, pues habitaba en diversas cuevas, sin fijarse en ninguna, y huyendo siempre de la luz del sol.

Los únicos que lo sabían todo, así su paradero como cuanto pensaba y se proponía, eran un muy su amigo llamado Gonzalo el Xeniz, y el secretario que aun conservaba, conocido por Bernardino Abu-Amer.

Existía por entonces un platero en Granada, que concibió el pensamiento de apoderarse de Aben-Aboó, para evitar el que se rebiciese y encendiese de nuevo la guerra.

Francisco Barredo, que así el platero se llamaba, dió parte de su proyecto al duque de Arcos, y comenzó á ponerle por obra, mas con infeliz éxito. Una carta que llevaba un confidente, dirigida por el presidente del consejo de Granada al amigo del reyezuelo, á Gonzalo el Xeniz, cayó en poder de los soldados que á Aben-Aboó seguían.

A aquella hora ya estaban ganados el *secretario* Abu-Amer y el confidente el Xeniz; mas este, viéndose en el conflicto de

haber sido descubierto el plan, dió parte de cuanto habia ocurrido, fingiéndose leal, y manifestando haberse prestado á todo para hacerse dueño del secreto.

Aben-Aboó le mandó seguir fingiéndose contrario suyo; se rodeó de algunos de sus más peritos y diestros tiradores, y determinó apoderarse de Gonzalo el Xeniz, á quien no se habia mostrado francamente enemigo para darle seguridad é inspirarle confianza.

En aquella misma noche salió de su retiro Aben-Aboó con los espingarderos, y se dirigió á la cueva de Huzum, entre Bérchul y Mecina de Bombaron; pero ignoraba, al llegar á la cueva fatal, que el Xeniz no estaba desprevenido.

Sorprendióse al pronto el Xeniz al ver imprevistamente en la cueva á *su rey* Aben-Aboó: este le echó en cara su traicion, le manifestó las positivas pruebas que de aquella tenia, y le manifestó estar dispuesto á castigarle con la severidad que habia merecido.

Acompañaba á Aben-Aboó su secretario Abu-Amer, el cual, ganado tambien por el platero de Granada, pero no descubierta su traicion por el reyezuelo, habia avisado al Xeniz de la visita que iba á recibir en aquella noche. El Xeniz contestó á su señor humilde y respetuosamente, segun costumbre de los suyos, asegurando que todo cuanto le habian dicho contra él era una infame y miserable calumnia; mas Aben-Aboó no se dió por satisfecho, y salió á buscar á los que le habian acompañado, para que se apoderasen del Xeniz.

Salió, en efecto, y cuando hubo andado algunos pasos, cerráronsele varios hombres armados, y el Xeniz por su mano le dió un fuerte golpe en la cabeza, á consecuencia del cual cayó en tierra, y entonces le acabaron la vida, entre todos, de una manera tan innoble como villana. Algunos de los que seguian al desdichado Aben-Aboó se dispersaron: la mayor parte se pusieron á las órdenes del Xeniz para presentarse con él á solicitar el indulto. Este suceso ocurrió en el mes de Marzo.

En seguida se determinó trasladar el cadáver de Aben-Aboó á Granada, lo que se verificó de una manera extraña. Rellenáronle de sal, para evitar la putrefaccion, y sostenido por unas delgadas tablas, que iban cubiertas con los vestidos, pusieron al asesinado reyezuelo á caballo, derecho y atado, y en esta forma le presentaron en Granada, yendo á su derecha Barredo, el platero director de la trama, al lado contrario el Xeniz, y detrás todos los moros que solicitaban el indulto.

Presentáronse al duque de Arcos, que los recibió muy bien; el pueblo se apoderó de los inanimados restos del infeliz Aben-

Aboó, cosa que no sabemos cómo se permitió, y aquellos fueron arrastrados por toda la ciudad, hechos cuartos despues, y por último, la cabeza, colocada en una jaula de hierro, fué puesta sobre la puerta del Rastro, camino de la Alpujarra. Debajo se leia la siguiente inscripcion:

ESTA ES LA CABEZA
DEL TRAIIDOR ABENABÓ.
NADIE LA QUITE
SO PENA DE MUERTE.

De este modo se extinguieron los últimos restos de la sublevacion de los moriscos, sublevacion que fué ahogada en sangre y deshecha por el fuego. Dígase, empero, que si se hizo la guerra con excesiva dureza en algunas ocasiones, la ferocidad con que la comenzaron y siguieron los moros disculpa y aun justifica el rigor con que fueron tratados, y aun recordará el lector la horrible, sanguinaria y cruel manera con que comenzó la guerra el feroz Farax.

La responsabilidad de todas las desgracias ocurridas fué de los consejeros del rey, que si no provocaron la rebelion, porque los moriscos estaban siempre predispuestos á las rebeliones, casi la justificaron en algunas ocasiones con el intempestivo rigor y las desacertadas medidas.

En cuanto al bizarro D. Juan de Austria, que aun no contaba veinticuatro años de edad, nada podriamos decir en su elogio que no fuese mucho menos de lo que su buena y grata memoria merece. Aquel terrible y comprometido *ensayo* le dió á conocer como hombre de gran talento natural, de esfuerzo, de arrojo, de energía y de carácter, mostrándose á la Europa en aquel jóven, apenas salido de la infancia, y sin nombre como guerrero, un nuevo general de los primeros de su siglo, tan fecundo en buenos generales.

LEPANTO.

¡LEPANTO! ¿Podrá explicarnos el lector lo que al oír pronunciar ó al leer esta palabra, hoy mágica, siente el corazon de todo buen español? Ciertamente que en solo aquel nombre están recopiladas y como en compendio encerradas las glorias de una nacion, de una generacion de héroes, en general hablando, y miles de glorias particulares adquiridas por caudillos supremos, por cau-

dillos inferiores, por jefes, por capitanes, por soldados, por todos, en fin, cuantos tomaron parte en aquella gran batalla naval, cuya fama llenó el orbe y recorrió instantáneamente todos los ámbitos del mundo; que aseguró el imperio de la religion católica, oprimiendo y derribando el semi-omnipotente poder del turco feroz, y haciendo estremecer hasta en sus cimientos el poderoso trono de la media luna. Tantas glorias y tantos acontecimientos importantes se encierran en la palabra LEPANTO; y como creemos complacer al lector deteniéndonos al narrar los hechos importantes y gloriosos, pasando en cambio velozmente por los que han de ocasionar disgustos, aunque sin omitir cosa alguna que deba saberse, nos detendremos todo lo necesario para presentar y desarrollar el grande y glorioso hecho de que vamos á ocuparnos, indemnizando el exceso con la concision de que habremos forzosamente de hacer uso en otros reinados.

Daremos cuenta al lector primeramente de los antecedentes que debe conocer, para que pueda dar su justo valor al grande é importante acontecimiento que hemos de narrar despues.

Era en 1570 jefe supremo del imperio turco Selim II, que habia sucedido al feroz Soliman, protector de los no menos feroces piratas Barbaroja y Dragut. Selim, que seguia fielmente las huellas de su predecesor, trataba de imperar en el mundo y de aniquilar á la cristiandad entera.

Ocupábase exclusivamente de la conquista de la hermosa isla de Chipre, y habíase propuesto cumplir los encargos de su padre Soliman II, muerto en la guerra de Hungría en el año 1566.

Pertenecía á la sazón la isla de Chipre á la república veneciana, á quien la habia cedido la viuda del rey Jacobo, llamada Catalina Cornaro. Es verdaderamente vergonzoso el principal motivo que impulsaba á Selim, para que prefiriese la conquista de Chipre á toda otra conquista. Cuéntase que aun en vida de su padre tenia fija en la imaginacion la precitada isla, y era su posesion la cosa por él más anhelada; porque producía el delicioso vino que lleva el nombre de la isla. Selim, sobre ser muy avaro, fué tan afecto al vino, que era conocido primero por el *bebedor*, y despues por el *ébrio*.

Habia entre los consejeros algunos que trataban de disuadirle de su idea favorita, instándole para que favoreciese á los moriscos españoles; mas Mustafá, su visir, le aconsejaba en favor de sus deseos, y él con este apoyo dió de mano á todo pensamiento, para realizar el de su conquista predilecta.

En poco tiempo se posesionó Selim casi de todas las plazas de Chipre, casi todas tomadas por asalto, á excepcion de Famagusta, que opusó una tenaz y decidida resistencia. Era dicha plaza

capital de la fértil y deliciosa isla: esta circunstancia hizo que Selim formase un empeño formal en apoderarse de Famagusta, lo que logró su visir Mustafá, dejando eterna memoria á los venecianos por la bárbara y feroz crueldad que desplegó después de su triunfo, como después veremos.

La conquista de Chipre puso á Venecia en el caso de implorar los auxilios de las naciones cristianas; porque aislada y entregada á sus propios recursos, no los tenia suficientes para resistir al coloso que acababa de arrebatársela una de sus más ricas y preciadas joyas.

La república de San Marcos, que demandaba socorros, habia sido en más de una ocasión artera y simulada; y casi siempre ó falsa, ó poco firme en sus amistades, y nada cumplidora de sus pactos y compromisos. Jamás como cuando están necesitados de amparo sienten los falsos y poco nobles en sus acciones el grave peso de sus pasadas faltas, que les han hecho indignos del socorro que necesitan é imploran.

Con inexplicable angustia esperaba la en otro tiempo orgullosa Venecia el resultado de sus activas gestiones, y su angustia crecía al recordar sus pasadas faltas que la hacían prever un mal resultado.

De Francia nada obtuvo; quizá aquella no quiso auxiliársela, pero el pretexto en que fundó su negativa pareció razon y muy poderosa. El partido hugonote, formidable y amenazador, sostenía una sangrienta guerra civil: claro es que una nación que se encuentra en tan fatales circunstancias, no puede, ó no debe, gastar los recursos con que cuenta, cuando todos y más aun necesita para hacerse superior á las calamidades que sobre ella pesan y que son inherentes á una guerra civil. Los soberanos de los pequeños estados de Italia hicieron algo en favor de Venecia; ipero podían tan poco! De la herética Inglaterra ¿qué podía esperarse, cuando eran los católicos en lucha con los mahometanos los que pedían auxilio? Por manera que solamente dos potencias importantes, por su poder moral una de ellas y por el moral y material la otra, eran las que podían socorrer á la atribulada Venecia: Roma y España. Ni aquella ni esta tenían, á la verdad, motivos para estar agradecidas á la falaz república: se trataba, empero, de la sagrada causa de la religion combatida por el jefe de los mahometanos, y esta razon era más que suficiente para que el recto Pio V., que á la sazón gobernaba la nave de San Pedro, y el religioso Felipe II., no *hipócrita*, como un moderno autor extranjero le llama, diesen al olvido todo motivo de enojo.

Pio V., como más inmediato, fué el primero que recibió la petición de Venecia, y en el acto mandó á esta doce buenas gale-

ras á las órdenes del duque de Tagliacozzo, Marco Antonio Colonna. En seguida comisionó á un sacerdote de su cámara, virtuoso y entendido, monseñor Luis de Torres, para que viniese á España y negociase con Felipe II los eficaces auxilios que Venecia demandaba. El rey Felipe era, sin duda, el monarca más poderoso de Europa; pero tenia su poder que cuidar á un tiempo de muchas partes, no siendo Flandes la que menos llamaba su atención.

Ningun esfuerzo tuvo necesidad de hacer monseñor Torres para decidir al rey católico: pidió tiempo, empero, porque como prudente quiso meditar los términos en que podria y debería formar parte de la liga por el Santo Padre proyectada; mas por de pronto, y para no dejar sin auxilio á los que oprimidos estaban por el común enemigo de los cristianos, dió orden á su almirante de Sicilia, Juan Andrea d'Oria, para que con sus galeras se dirigiese á Corfú, y se incorporase á las armadas de Roma y Venecia.

El dia 30 de Abril (1570) sucedió lo que de narrar acabamos, y á la mitad de Mayo mandó el rey de España á Roma en calidad de sus embajadores extraordinarios á los cardenales Granvela y Pacheco; para que en unión del embajador permanente que cerca de Pio V estaba, que lo era á la sazón Don Juan de Zúñiga, conferenciaran y estipularan las condiciones de la liga, con los representantes del Pontífice y de Venecia. El Santo Padre dió sus plenos poderes á cinco cardenales, y Luis Mocénigo, dux de Venecia, los dió igualmente á los nobles Giovanni Soranzo y Michele Suriano.

Reuniéronse, pues, todos los comisionados para acordar las bases de una liga formada por España, Roma y Venecia, contra el turco y contra cualquier otro que apareciese enemigo del cristianismo.

Surgieron al principio no pequeñas dificultades; porque la altanera y despótica Venecia, olvidada de que pedia socorro, queria imperar y hacerse superior á Roma y á España; y además, egoista tambien, para que nada le faltase, exigia que la liga se concretase á libertar á Chipre, que era lo que á la despótica república interesaba, y se disolviese despues. Los representantes de Felipe II se negaban á la exigencia de los venecianos, diciendo que no se trataba de libertar á Chipre, sino de oprimir al opresor del cristianismo, ni la duración de la liga debía tener un tiempo limitado, ni menos debía concretarse á una empresa dada. Estaba Roma de acuerdo con España, como no podia menos de ser, y Venecia, en la disyuntiva de acceder ó de renunciar al poderoso socorro, optó por lo primero, como era muy natural.

Zanjada esta dificultad, se presentó otra no menos grande: la eleccion de caudillo supremo.

Alegaba Roma la dignidad de la Iglesia, para nombrar el jefe de la liga; Venecia, el ser ella quien habia tomado la iniciativa, si bien callaba que si la tomó fué por el inminente peligro de que se veia amenazada; y España manifestaba que siendo ella la que, como más poderosa, habia de contribuir con más naves, dinero y soldados, la correspondia de derecho la eleccion del caudillo supremo de la liga.

Pio V trabajó de muy loable manera para hacer que los representantes llegasen á un definitivo acuerdo, en virtud del cual se pactaron las condiciones que habian de servir de fundamento á la *Santa Liga*, así denominada por su sagrado objeto, y la eleccion del supremo jefe tocó, como era natural y justo, á España. Las bases de la liga las verá el lector en el *Apéndice*: respecto del caudillo de aquella, tocando á España la eleccion, dicho se está que seria el elegido el bizarro héroe de las Alpujarras, el jóven D. Juan de Austria, hermano del rey, cuyos laureles tan frescos y recientes estaban.

En tanto Selim II continuaba en su empeño de acabar de someter á Chipre, en cuyas aguas tenia á la sazón reunidas más de trescientas naves de todas clases y portes, y cincuenta mil hombres de desembarco, que iban á reforzar á los que ya en Chipre estaban.

Como Felipe II habia dispuesto que acudiese en defensa de Venecia su armada de Sicilia, en tanto se estipulaban las condiciones de la liga, Juan Andrea d'Oria, despues de haber dejado resguardada la costa africana y provista la Goleta, se incorporó á las escuadras de Venecia y de Roma. Los caudillos de estas dos potencias querian dirigirse sin dilacion á Chipre; mas el previsor Juan Andrea d'Oria, digno sucesor de su inolvidable tio el príncipe de Melfi, no quiso acceder si antes no se examinaba minuciosamente el estado de las naves y el número de soldados con que se iba á acometer una empresa difícil, en la que iba la muerte ó la vida y la reputacion de tres estados.

El resultado del exámen no fué muy lisonjero; mas se remedió en lo posible, y el dia 17 de Setiembre tomaron rumbo las tres escuadras reunidas por el canal de Rodas.

Hé aquí el órden de marcha que llevaba, y la fuerza naval que constituía la armada cristiana de la expedicion de Chipre:

» Marcos Querini, veneciano, iba de vanguardia con doce galeras.

» Marco Antonio Colonna, general de Su Santidad, con otras doce.

» Juan Andrea Doria, capitán general de S. M. C., con diez y seis.

» D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz y virey de Nápoles, español, con diez y nueve.

» D. Juan de Cardona, virey de Sicilia, español, con diez.

» Gerónimo Zanne, general de los venecianos, con treinta.

» Sforza Pallavicino, veneciano, capitán general de tierra, con veinticinco.

» Jacobo Celsi, proveedor de la armada veneciana, con veinte.

» Antonio Canale, id., con diez y nueve.

» Santos Trono, veneciano, en la retaguardia, con diez y seis.

» Francisco Duodo, id., con doce.

» Pedro Trono, id., con catorce naves y galeoncillos.

» Total de bajeles venecianos. 148

» De España. 45

» De Su Santidad. 12

» Total general de buques. 205

» En esta relacion no se cuentan los barcos de transporte. El número de la gente de guerra no pasaba de quince mil hombres: de ellos más de ocho mil eran venecianos: Doria llevaba tres mil españoles y dos mil italianos; los del Pontífice no eran más de cuatro mil. Hay que añadir los nobles y aventureros que iban voluntariamente.»

Declaróseles contrario el viento, y fuéles forzoso acogerse al puerto Vati, en donde recibieron la infausta nueva de la pérdida de Nicosia, y de las bárbaras crueldades cometidas por los feroces turcos.

D'Oria en seguida provocó un consejo de guerra, disgustadísimo como estaba por el desorden que veía y por la disparidad que en todos los pareceres notaba. Y tampoco hubo conformidad en el consejo, que unos querían dirigirse á la Morea, otros á Negroponto, y los dias deslizábanse perdidos para la causa que se trataba de defender.

Las discordias se aumentaron; creció el disgusto del general del rey Felipe, y anunció resueltamente su determinacion de retirarse, puesto que bacia falta en Sicilia. Haciéndole cargos, repuso que solo se habia comprometido á permanecer en aquellas aguas por término de un mes, y que este ya habia transcurrido.

Marco Antonio Colonna, sin saber por qué, preguntó muy eruido y ceñudo á d'Oria, si permanecería allí en el caso de man-



dárselo él, á lo que el almirante español respondió con dignidad: «Solo os obedecería si me demostráseis que teniais para mandarme bastante autoridad.» Agrióse mucho la cuestion, porque Colonna prosiguió hablando con su altivez connatural; César Dávalos, que era mal sufrido, contestó muy duramente, y no es fácil calcular qué hubiera sido del presuntuoso Colonna, si el prudente d'Oria no se hubiera llevado consigo casi por fuerza al valeroso Dávalos.

Pocos dias despues, indispuestos entre sí Colonna y Zanne, almirante romano el primero y veneciano el segundo, se dividieron y retiraron, tomando distinto rumbo y dejando solo á d'Oria: este tomó la direccion de Sicilia, á cuya isla llegó felizmente. No tuvo tan buena suerte Colonna que llegase á Roma sin experimentar en su viaje grandes averías: en cuanto á Zanne, poco despues fué depuesto, porque la república estaba de él poco satisfecha; y para reemplazarle fué nombrado Sebastiano Veniero, y como segundo de este Agostino Barbarigo.

Despues de divididas las escuadras aliadas, Venecia, de la cual hubiera sido muy digno dux Francisco I de Francia, firmado ya su compromiso de la Santa Liga, estableció tratos de paz con el gran turco, su feroz enemigo. Al efecto mandó á Constantinopla á Giácomo Razzagoni; mas el orgulloso Selim, que ya consideraba á su enemigo como vencido y deshecho; que hacia tan bárbara y cruelmente la guerra, que para intimar la rendicion á Famagusta, en vez de mandar un pliego *envió la cabeza del veneciano Nicolo Dandolo*, oyó con marcado desprecio la proposicion de paz, y amenazó con sus iras á los humillados venecianos.

Tanta bajeza hubiera sido motivo suficiente para que España y Roma hubiesen dado por rota toda negociacion; mas la santa causa de la cristiandad estaba interesada muy intimamente en que la confederacion no se rompiese, y el mismo Pio V hizo marchar al almirante Colonna á Venecia, para que dando en rostro á la república con su mal proceder, la exigiese el puntual cumplimiento de lo estipulado.

Sin embargo, todas las gestiones hubieran sido ineficaces é inútiles sin el marcado desprecio con que trató Selim á Razzagoni; porque la república tenia, entre sus muchos defectos, un refinado egoismo, que fué el que la obligó á pedir socorro; no fué la causa de la cristiandad amenazada.

Ya había espirado el primer tercio del año 1571; cuando Pio V, que fué realmente el alma de la Santa Liga, á su presencia y ante todo el sacro colegio hizo comparecer á sus representantes y á los de España y Venecia, firmantes del tratado de con-

federacion, y despues de jurar él mismo solemnemente cumplir con toda puntualidad las condiciones de la liga, hizo jurar á los representantes ante un crucifijo, y con la diestra sobre los santos evangelios.

Casi dos semanas antes habia llegado á Madrid el cardenal Alejandrino, sobrino del Sumo Pontifice, que trajo á Felipe II la apostólica concesion del Exensado y de la Cruzada, con la confirmacion del subsidio.

La primer escuadra que estuvo pronta y dispuesta fué la veneciana, la cual tomó rumbo á Chipre, yendo primero á reunirse con la que estaba esperando desde que se separó de la siciliana y romana.

Tambien Selim II preparó una formidable escuadra y un poderoso ejército. Depuso al bajá Piali, en castigo de no haber destruido la armada de Venecia en la anterior campaña, y despues de dar el mando de mar á Ali-Bajá, y el del ejército á Pertew-Bajá, tomaron ambos la vuelta de Chipre. En el viaje se les unieron las escuadras del bey de Negropono, la del virey de Alejandria, la del de Argel, y Hassen, el hijo de Barbaroja, de funesta memoria, que tambien quiso contribuir á la destruccion de los cristianos, y se reunió con sus galeras al almirante turco. Acercábase á trescientas el número de naves que hicieron rumbo á Candia.

En tanto, la armada de Selim, que estaba desde el principio de la guerra en las aguas de Chipre, habia tenido diversos choques con la veneciana, con varia fortuna, pero obteniendo bastantes triunfos parciales.

Uluch-Ali, cuyos principios no habian sido otros que los de Dragut y Barbaroja, convertido de pirata en general, llevó su osadia hasta internarse en el golfo de Venecia, y puso en zozobra á la república y llenó de terror á los venecianos. Sin embargo, no hubo otra cosa que amenaza y susto; porque ni llevaba fuerzas materiales para atacar á la capital, en la cual, pasado el primer sobresalto, todos se prepararon á hacer una resistencia desesperada, ni podia menos de dirigirse á buscar á Ali-Bajá, para tomar rumbo á Corfú y recibir órdenes de Constantinopla y noticias de la armada de la Santa Liga.

Famagusta, la capital de Chipre, resistia heroicamente hacia cerca de tres meses, con solos siete mil soldados italianos y griegos, contra ochenta mil turcos que en el asedio se contaban.

Todo cuanto quisiéramos decir en elogio de los sitiados, seria siempre muy poco: habian rechazado á los turcos en seis asaltos; luchaban con el hambre asoladora, con el sueño, con el quebranto del cuerpo, hijo de una incesante fatiga, y sin embargo,

en los fosos de Famagusta yacían los cadáveres de más de cincuenta mil turcos.

Era jefe supremo de los sitiados el veneciano Astor Baglioni, y con acuerdo de los jefes subalternos, por él reunidos en consejo, determinó aceptar la capitulación que Mustafá proponía, bajo las siguientes bases:

«Los sitiados saldrían libremente con seguro de sus vidas y haciendas, y se haría la honra á los tres principales jefes de dejarles cinco cañones y quince caballos: los chipriotas serían embarcados y llevados á Candía en bajeles turcos.»

La capitulación se firmó el 2 de Agosto (1571).

Aceptada la capitulación, se invirtieron los días 3, 4 y 5 de Agosto en evacuar la plaza, y en este último día recibió Mustafá las llaves.

Ahora, contra nuestro deseo, nos vemos obligados á consignar un hecho que es la suma de la barbárie; es la recopilación de todas las más feroces crueldades que puede discurrir y cometer un hombre degenerado en fiera; y si la pluma se resiste y el ánimo se angustia y acongoja al escribirla y recordarla, ni podemos omitirla, ni sería bien pasarla en silencio, aunque solo fuese porque ella sola justifica el pensamiento de la Santa Liga, y demuestra palpablemente la necesidad que hubo de enfrenar al bárbaro turco, baldon y oprobio de la especie humana.

Quiso Mustafá, al menos así lo expresó, conocer personalmente á los animosos caudillos que habían tan heroicamente defendido á Famagusta; y para complacerle, pasaron á la tienda del feroz mahometano los cuatro principales jefes venecianos, es á saber: *Marco Antonio Bragadino*, gobernador de la plaza y de su ciudadela; *Astor Baglioni*, general de las armas; *Giovanni Martinengo*, director de la artillería, y *Curcio Querini*, de las fortificaciones y defensas.

Al aparecer aquellos cuatro héroes ante Mustafá, por asemejarse este más perfecta y exactamente al tigre traidor, recibió á los ilustres venecianos con sonrisa y cariño. De pronto, quizá con el propósito de buscar un pretexto para mostrarse tan cruel y feroz como era, exigió se le entregasen rehenes, señalando entre ellos al jóven y bizarro Querini.

Bragadino manifestó con entereza que tal demanda infringía la solemne capitulación, en la cual nada se hablaba de rehenes; Mustafá respondió con injurias, insultos y ofensas tan graves, que Bragadino no pudo sufrir en silencio, y entonces el vil turco, que sin duda había encontrado lo que con afán buscaba, hizo degollar en el acto á Baglioni, Querini y Martinengo: á Bragadino no; era muy poco para la bárbara é inaudita sevicia de

aquella fiera el privar de la vida al valeroso veneciano contra todo derecho; era preciso hacerle sufrir, y hacerle padecer de una manera inusitada y apenas concebible.

Ante la tienda de Mustafá, por órden de este y en su presencia, mutilaron á Bragadino las orejas y narices, despues de lo cual fué encerrado y aherrojado. Algunos dias despues le hizo atar á un palo de la capitana del bey de Rodas, y pendiente de una cuerda le hizo zambullir en el agua infinitas veces; todos los dias le hacia acarrear arena en dos espueñas grandes para las obras de fortificacion, y tantas veces cuantas pasaba por delante de Mustafá, habia de saludarle humillándose hasta besar la tierra, y cuando se cansó el feroz turco de ver tanta humillacion y sufrimiento..... ¡horrorícese el lector! hizo amarrar al noble y valeroso Bragadino al deshonoroso poste en que eran azotados los esclavos, y allí *le desollaron vivo!!* Y aquel hombre de ánimo esforzado y de espíritu eminentemente religioso, al comenzar el horrible martirio empezó á recitar con voz entera y sonora el salmo *Miserere mei Deus*, sin faltarle ni el ánimo, ni la voz, hasta que exhaló el postrimer aliento. Dígasenos ahora si el exterminar á aquella raza de criminales y feroces descreidos no debia considerarse como una obra meritoria, y si no era un deber en los hijos de la santa Cruz, el coligarse para hundir en el polvo á la media luna.

Ni aun viendo Mustafá á Bragadino sin vida quedó su bárbara ferocidad satisfecha: mandó, por lo tanto, ya que no le era posible hacerle sufrir más, que le descuartizasen y clavasen los cuartos en cuatro grandes baterías; la cabeza, *puesta en sal*, la hizo clavar á la entena de una galera, y la piel rellena de paja y cosida, fué paseada por el campamento y por Famagusta, con la púrpura que vestia el desventurado general cuando se presentó á aquel monstruo abortado por el abismo. Despues hizo desclavar la cabeza, y unida á las de Querini, Baglioni y Martinengo, las mandó de presente á Selim II, que aprobó cuanto su digno general habia ejecutado.

Corrió velozmente por Europa toda la noticia de aquel triste suceso, sin ejemplo hasta entonces, y fué suficiente motivo su realizacion para apresurar las operaciones de la Santa Liga. Asómbranos, y cierto no sin razon bastante, que el emperador Maximiliano de Austria, cuyo padre D. Fernando tanto sufrió en Hungría, siempre devastada y oprimida por Soliman, padre de Selim, no quisiese tomar parte en la santa cruzada, siquiera solo fuese por vengar las antiguas injurias recibidas del turco feroz; empero quedaron solas España, Roma y Venecia, si bien era á la sazón lo importante y necesario que el voto decisivo de Es-

paña, estuyese en favor de la Santa Liga. Ni aun D. Sebastian de Portugal admitió la invitacion de Pio V, siendo así que á haberla admitido, hubiera ganado abundante gloria, y quizá no hubiese perdido con la vida, la fama y el trono en los llanos de Alcazarquivir.

El jóven y valeroso D. Juan de Austria, siempre ganoso de gloria y digno hijo del belicoso Carlos I, lleno de ilusiones y de placer al verse nombrado supremo caudillo de la Santa Liga, hallábase ya en Madrid; y despues de haberse reunido á sus sobrinos, los archiduques Rodulfo y Ernesto, hijos del emperador Maximiliano, á quienes iba á acompañar hasta Italia, desde donde ellos se dirigirian á Austria, recibió las instrucciones de su hermano Felipe II y tomó la vuelta de Barcelona, en donde con los principes austriacos debia darse á la vela.

La entrada de D. Juan de Austria en la capital de Cataluña fué verdaderamente triunfal; el entusiasmo de los barceloneses rayó en frenesi, y no se causaban de mirar y admirar y victorear á aquel jóven de veinticuatro años que habia hecho ya célebre su nombre en la cruda y difícil guerra de la Alpujarra.

Era simpático á todos el principe, por su figura y por su carácter; su valor, su teson é inteligencia eran de todos conocidos; y el saber que iba á colocarse al frente de la Santa Liga era, para todos tambien, la garantía, seguridad más bien, del triunfo de las armas cristianas.

Reuniéronse á D. Juan en Barcelona su teniente general don Luis de Requesens, su secretario D. Juan de Soto, D. Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz, almirante de Nápoles, con su escuadra, y con la suya el almirante de España, D. Sancho de Leiva.

En los primeros dias de Julio se embarcó el hermano de Felipe II, y con él los bizarros tercios de infantería española, sin rival en el mundo, y con ellos los maestros de campo D. Lope de Figueroa, uno de los más valerosos y entendidos caudillos españoles, y D. Miguel de Moncada.

Partió Leiva delante con algunas galeras y con el encargo de despejar de piratas las aguas: el dia 20 de Julio dióse á la vela la armada, y el dia de Santa Ana, 26, desembarcó felizmente D. Juan en Génova. En esta ciudad recibió la felicitacion y los obsequios del dux y del Senado, y allí tambien acudieron á ofrecérsele todos los principales soberanos de los pequeños estados de Italia.

Al siguiente dia despachó avisos D. Juan á Pio V y al dux de Venecia, advirtiéndoles de su llegada; dió orden á Bazan para que se trasladase á Nápoles y en aquel reino se proveyese de

cuanto pudiera necesitar la grande armada, y ordenó quanto creyó necesario al buen éxito de la santa empresa, con una prolijidad y una prevision muy superiores á sus cortos años, y dignas de un consumado y veterano general. Al despedir á sus sobrinos los archiduques que iban á tomar la vuelta de Milan para dirigirse al Austria, recibió con el mayor placer á su sobrino y compañero de infancia, Alejandro Farnesio, su sucesor despues, y uno de los más célebres generales de cuantos figuran en la gloriosa historia española. Quería infinito D. Juan á su sobrino Alejandro, y celebraba el llevarle á sus órdenes porque conocia su valor: eran casi de una edad, pero ambos muy maduros en la inteligencia y en el valor. Octavio Farnesio y Margarita de Austria, hermana de D. Juan y de Felipe II, adictos siempre al Pontífice y á España, determinaron que su primogénito y heredero tomase personalmente parte en la santa cruzada que contra el turco se estaba preparando.

El día 3 de Agosto salió D. Juan de Génova, y el 9 llegó á Nápoles, en donde fué recibido de la misma satisfactoria manera que en Barcelona y en Génova. El cardenal Granvela, legado de Pio V, le entregó en la antigua Parténope el sagrado estandarte de la Santa Liga: era de damasco azul, con un crucifijo pintado en el centro; debajo estaban bordadas las armas del Pontífice, en el centro las de España, y en el otro costado las de Venecia, y debajo las de D. Juan, como *generalísimo* de la Santa Liga: las pontificias, venecianas y españolas estaban unidas por medio de una cadena, símbolo de la confederación.

Fué forzoso al generalísimo, contra sus deseos y á pesar y despecho de su bélica impaciencia, el detenerse en Nápoles algunos dias; porque los más hábiles y peritos marinos le aseguraban que el tiempo que hacia y el viento que á la sazón reinaba eran muy poco á propósito para darse á la vela. El día 21, con gran regocijo pudo embarcarse D. Juan, saludándole el pueblo hasta que se le perdió de vista; y el día 23 llegó felizmente á Messina, punto previamente designado para la reunion de las fuerzas marítimas de los confederados.

Los messineses no fueron menos espléndidos al recibir á don Juan, que los barceloneses, genoveses y napolitanos; y era tal el afecto que todos le profesaban, que no tememos equivocarnos si decimos que los súbditos todos de Felipe II hubieran admitido de muy buena voluntad y con grande alegría por rey á don Juan de Austria.

Quando arribó á Messina el héroe de la Alpujarra y entró en la ciudad en medio del general regocijo, que rayaba en frenesí, esperábanle ya en aquel puerto las armadas de Roma y de Ve-

necia, la primera al mando de Colonna, y regida la segunda por Veniero. La llegada de D. Juan fué el día 21 de Agosto: el 5 de Setiembre ya habia arribado el resto de las naves venecianas, las de Juan Andrea d'Oria, las de D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, las genovesas, las saboyanas, etc.

Trescientas y trece naves de diversos portes se hallaban reunidas, que parecia aquel mar poblado y habitado; y cerca de cien mil hombres, contando los marineros que hacian el servicio de los buques. De los trescientos trece buques, eran de España ciento sesenta y cuatro, los mejores de entre todos, asi como la gente que encerraban era la mejor y más temible. D. Juan de Austria llegó á disgustarse del desórden que alli reinaba, especialmente entre los venecianos, y así lo manifestó á varias personas de su confianza, entre ellas á D. García de Toledo, á quien en carta autógrafa decia con fecha 30 de Agosto:

«Quiero añadir el mal recado en que vienen venecianos; otro peor, que es no traer ningun género de órden, antes cada galera tira por do le parece. Vea vuestra merced qué gentil cosa para su solicitud en que combatamos.»

Pasó el príncipe muestra al brillante ejército que acaudillaba, y como previsor, intercaló entre los versátiles venecianos algunas compañías de españoles; y cuando estaba para darse á la vela, apareció monseñor Odescalco (ú Odescalchi), legado de Su Santidad, el cual en nombre del Pontífice entregó á D. Juan los breves relativos á las gracias de Cruzada, *con las mismas indulgencias y circunstancias que en remotos tiempos se habia concedido á los antiguos conquistadores*; aquellos tomando la roja cruz se habian dirigido á Palestina; estos se proponian derrotar al orgulloso y potente enemigo de la cristiandad entera.

Antes de darse á la vela, todos los individuos de aquel valeroso ejército, desde el mismo D. Juan hasta el último soldado, confesaron y comulgaron: esto fué el día 13 de Setiembre; mas hasta el 16 no fué posible marchar, por darse contrario el viento. El día 16 zarpó, por fin, de Messina, y diez dias despues se hallaban en Corfú; el 28 tomaron rumbo á Cefalonia, en donde el jóven y bizarro D. Juan recibió noticia de hallarse la poderosa armada turca en el golfo de LEPANTO.

Cierto que era espectáculo inusitado el ver una escuadra que así imponia por lo numerosísima, como por la diversidad de formas, enseñas, adornos, magnitud y tripulaciones de los buques. Distinguianse los venecianos por su impaciencia, muy propia de su veleidad caprichosa; mas esto era á la primera vista; que bien pronto pasaba la consideracion á fijarse en los españoles. Graves, ganosos de triunfos, empero sin salir de su marcial

aparato y belicoso continente; con vista fija y clavada hácia la vanguardia, anhelando el momento de divisar á la media luna para humillarla de un modo decisivo; armados y adornados de un modo que no desdecia ni se separaba de su connatural gravedad, más llenos de profuso lujo, que siempre fueron magníficos; y cuando habian de presentarse unidos á extranjeros, siempre tambien querian sobresalir y sobrepujarlos, hasta en el decoro y adorno de sus personas, y siempre igualmente lo lograron.

Al llegar á Cefalonia, detúvose la armada un momento: todos ignoraban que les esperaba una gloria inmensa y verdaderamente inmarcesible; que en aquel dia se iban á eclipsar, ó disminuir al menos, muchas y muy grandes y antiguas glorias. Era el *domingo siete de Octubre, dia de NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO*, cuando llegó al golfo la armada y D. Juan dió un momento de reposo.

Dejémosla reposar en el famoso golfo, y tomar aliento á los guerreros para acometer la grande y memorable empresa á que animosos se aprestan, y tomémosle tambien nosotros para referir uno de los más asombrosos hechos que se registran en las antiguas y modernas historias, así nacionales como extranjeras.

FIN DEL TOMO VIII.

APÉNDICE.

COPIA

DE UNA CARTA ORIGINAL DEL SECRETARIO ESTÉBAN PRATS, SOBRE
LOS MEDIOS DE QUE S. M. DEBERIA VALERSE PARA ATAJAR LA RE-
BELION DE LOS PAISES-BAJOS.

S. C. R. M.

Como quizá por otras mis cartas y relaciones que de cuatro meses á esta parte entre otras he embiado, asi al Consejero Hoperus como al Secretario Zayas, V. M. habrá podido entender por menudo las ocurrencias y miserable estado de los negocios públicos de este su pobre pais, el cual va cada dia en mayor ruina y perdicion por las causas y razones por mí estensamente deducidas á las dichas relaciones, á las cuales me refiero por haber tocado en ellas, á mi parecer, todo lo que entonces se ofrecia y podia representar á V. M., asi para la inteligencia del dicho estado como para el remedio de la calamidad presente: Todavía por la natural obligacion que tengo á su Real Servicio, y por continuar en mi oficio que he hecho desde mi mocedad, señaladamente de lo de acá y Alemania, siguiendo la córte y ejércitos del Emperador nuestro Señor que Santa gloria haya, siendo aun V. M. Principe, y habiendo quedado por Gobernador general en esos sus reynos, y esto por la relacion que siempre le hizo de mis cartas el Secretario Gonzalo Perez (que Dios perdóne), so humildísima correccion de V. M. diré aquí, que ningun otro remedio veo ni se juzga haber para atajar la rebelion, revueltas é incendio de este su pobre pais, sino sola la Real Clemencia de V. M., usando de ella como Principe Clementísimo con todo el pueblo, generalmente así por las ofensas y revueltas de los años

pasados, como por la última rebelion, ó por mejor decir insania de este año, esceptuando empero de la gracia de V. M., como se hizo en el perdon de Nápoles y Gante, todos los autores y principales promotores de las dichas revueltas y rebeliones, y con la cláusula espresa que de aqui adelante todos vivan católicamente y en conformidad de los placartes y ordenanzas de V. M. También hay algunos caballeros que firmaron la requesta de los confederados, los cuales se retiraron luego de su compañía, protestando no haberla firmado en perjuicio ni ofensa de la Religion Católica ni de V. M., y se han estado hasta hoy quietamente en Lieja y otras partes católicas fuera de la jurisdiccion de V. M. por obediencia, y han sufrido y sufren con mucha paciencia, gran pobreza y calamidad con sus mugeres é hijos, teniendo esperanza que un dia V. M. por su inmensa clemencia les ha de perdonar; á estos tales por ser personas de qualidad, respeto y servicio, no habiendo tomado jamás las armas ni adherido á los reveldes, siendo de ello V. M. servido, se podría impartir la dicha gracia con mandarlos restituir las haciendas, y lo mismo á la generalidad desterrada, asegurándome yo que la mayor parte de ellos se quietarian y serian adelante muy buenos y leales vasallos como lo era antes; y en lo que toca á la religion, si no se conformasen con los placartes, se podrian mandar castigar rigurosamente conforme á ellos; y quanto á la restitucion de las haciendas en general, es cierto que las mas de ellas estan cargadas ó deben lo que valen ó poco menos, y hay un mundo de acreedores y sobre ellos los cuales han padescido y padescen, aguardando ser despachados, y con todo esto lo que agora el fisco goza y se aprovecha es poco ó nada, descontados los salarios y otras costas que se hacen con los recibidores.

Pensar que por otra via se podrá llegar al cabo de quietar y sossegar este pueblo, y principalmente los rebeldes y levantados en tan gran número y poder por mar y por tierra en deservicio de Dios y V. M. y ruina del pais, no se ha de creer ni V. M. se lo deje persuadir, asi por la mala vecindad que hay de todas partes como por la multitud de navios armados que tienen los dichos rebeldes, con toda la artillería, municiones, pilotos y marineros de la mar, los cuales faltan para las armadas de V. M. señaladamente para la navegacion de estos bancos y riveras.

Y aunque se cobren todos los lugares que al presente ellos tienen ocupados, como lo espero en breve, mediante el ayuda de Dios, no por eso será acabado el negocio, ni estaremos acá en paz; mas siempre quedaremos en sospecha, y de hecho seremos continuamente trabajados y robados por mar y por tierra, mientras vivieren los desesperados y rebeldes, quedando ellos siem-

pre señores y superiores en fuerza por la mar, como lo son hoy, y por tierras no les faltarán medios y fabores de vellacos vecinos que los ayudarán como hasta agora para robarnos el país; otramente V. M. será forzado á mantener muy grandes armadas por la mar y un grueso ejército por tierra, el cual será necesario tener repartido por las fronteras y donde hay bosques, para impedir que no entren los enemigos y evitar los daños y males que hacen aun hoy infinidad de Sicarios y Vellacos que andan por todo el país, sin haber quien les persiga como combiene y se solia hacer por lo pasado en todas estas provincias.

Por otra parte á causa de la guerra civil no se cobra hoy acá ni por V. M. ni por particular algun tributo, gabela, censo ni renta, y así no se pueden pagar los salarios á los oficiales, y los unos y los otros en general mueren de hambre, y es aparente, faltando la Real Clemencia de V. M. y no usando de ella como dicho es, la tierra se despoblará sin falta y V. M. será forzado á proveer de dinero de los otros sus reinos y señoríos, no solamente para la paga de los salarios de los dichos oficiales, pero tambien para el entretenimiento de la armada y ejército que necesaria y perpetuamente han de quedar para la guarda y defensa del país, el cual hasta agora ha seido comido enteramente por la gente ordinaria de guerra, allende de los robos, contribuciones, agravios, concusiones, estorsiones, violencias, raptos y otras maldades y vellaquerias que han hecho en todas partes, las cuales han dado principal ocasion, y no la heregia, como algunos lo quieren atribuir, á que el pueblo en general y particular haya venido en desesperacion.

En los tiempos pasados la gente de guerra solia estar repartida y alojada en las fronteras, y nunca S. M. Cesárca, que está en gloria, ni tampoco la Reyna de Ungria, el Duque de Saboya ni la Duquesa de Parma la quisieron alojar dentro del país, por no gastarle, ni querer que por razon de los alojamientos se escusasen los estados de pagar los servicios ni ayudas, ni se perturbase la negociacion y trato en que consistia la bondad de ellos. Y estando así alojada la gente de guerra en las fronteras, pagando lo que comiesen y vistiesen, guardarian la entrada á los enemigos, los cuales otramente podrian entrar en el país y hacer otro tanto como las otras veces. Empero seria necesario, para evitar todas ocasiones de hacer mal ni agravio á nadie, que se proveyese de ordinario para la paga del sueldo de la dicha gente de guerra, á lo menos de tres en tres meses, sin que en ello hubiera falta alguna, y de esta suerte se podrian castigar los malhechores y desordenados, lo cual hasta agora no se ha podido hacer ni se hará mientras se les debieren tantas pagas.

Estas, muy fácil y seguramente se pudieran sacar de los de Malinas por la pena de la ofensa (1), si no se saqueara y arruinara por los soldados, como se ha hecho tres ó cuatro dias arreo, al contrario de Italia y en tierras de enemigos que nunca se saquearon mas de veinte y cuatro horas, y acá no se ha tenido miramiento ni respeto á eclesiásticos, seculares ni religiosos, ni á los del gran Consejo, Casa Real, Consistorio, Grefia ni Secretarías de S. M., y menos á la casa del Cardenal de Granvela, ni de sus ministros y oficiales; sola la casa de la condesa de Hochstrate fué reservada; en fin, ello pasó igualmente como si fueran todos bárbaros, y que la villa, ó por mejor decir ciudad Metropolitana del pais, fuera del Turco; tan limpia y asolada la han dejado, que á manera de decir, y no mentiria, no han dejado clavo en pared, y robado todas las aldeas y ganado hasta casi las puertas de este lugar, como si fuera hacienda de los de Malinas, y so tal título y color corrian la campaña, y se lo llevaban todo al campo por otra parte á vender sin contradiccion ni impedimento alguno, y aun hoy dia dura el saco y rebusca que se hace por algunos Comisarios, y á proyecho particular de las granjas y caserías, que no se deja nada á la pobre gente que las tenian alquiladas de los Malineses; y lo que peor fué de todo, los tormentos que dieron en Malinas á muy muchas pobres mugeres casadas, mozos y mozas, para sacar por aquella via el dinero, oro y plata que se habia escondido, hasta acabarlos de matar, y sobre ello hicieron los soldados otras cient mil crueldades y vellaquerias, que por acatamiento de V. M. no se sufren escribir aqui; mas podianlo testiguar mejor los que lo vieron, y una infinidad de mugeres casadas, y doncellas que no se pudieron salvar de sus manos, cuyos maridos y padres, con una multitud de otra buena gente que por miedo se han absentado, y lo mismo de Terramonde, y antes de la villa de Mons, y no menos número se habrá agora retirado de Zutphen y de los otros lugares que se han cobrado en Güeldres, y se absentarán muchos mas de los que se cobrarán en Holanda, placiendo á Dios, pues nos da tan buen tiempo para ellos, los cuales andarán desesperados, y se juntarán con los otros rebeldes y vagabundos, y procurarán juntamente por todas las vias que podrán mientras viviesen de repatriar y volver á sus casas; y para ello se ayudarán de todas las ocasiones y amistades que se les ofreciese, cuando vieren

(1) Al margen de este párrafo dice:
 «Muy pocos hombres ó ninguno quedó en Malinas; las mugeres por la mayor parte van mendigando.»

que V. M. no les quiere perdonar ni usar con ellos de su Real Clemencia, como dicho es.

Para lo cual se ha de considerar que en Malinas, Mons, Terramonde y en los otros lugares habia muy muchos, digo infinitos Católicos y buenos cristianos, y una infinidad de gente eclesiástica, religiosos y beguinas, y los hay tambien en Holanda y Zelanda, los cuales por la mayor parte de pusilánimes han desamparado y desamparan sus casas, y no osarán volver á ellas de miedo, y lo mismo ha sido en las revueltas pasadas, y á causa de las modernas, si se procediere en ellas como en las otras, y segun se haya comenzado muy mucho mas gente se absentará, y al último faltando la negociacion y comercio, como ya falta, el pais se despoblará poco á poco, no solamente de los naturales, que algo podrán, pero ningun estrangero quedará en él, como lo vemos ya claramente por la esperiencia.

Los males y daños que han hecho los enemigos quando vino el malvado de Oranges con su gente para socorrer á Mons, y despues á la vuelta, no se pueden creer; tantos y tan execrables fueron; y al último se llevaron mas de tres mil carros cargados de los robos sin que nadie lo impidiese, empero no fué nada el respecto de las insolencias, sacrilegios, latrocinios y maldades que han hecho los caballeros del duque Adolf de Holstain, y conddado de Xamburg, no solamente á la pobre gente, mas aun han tratado peor á los eclesiásticos é iglesias, no dejando cosa entera en ellas, y despojándolas enteramente de todas cosas, y abusando bestialmente del Santísimo Sacramento del altar, de las fuentes del bautismo y otros ministerios, y á la fin sin haber servido ni un solo dia se han llevado un tesoro de su sueldo, y un mundo de carros cargados y ganado robado, y se ha tenido todo por bien con solo haberlos despedido y sacado del pais; tan diabólicos y mala gente era. Como quiera que la que queda no es santa, ni deja de hacer todo el mal que puede segun la perversa costumbre de los Reytres; quien se pudiese escusar de ellos y aun de la infanteria Tudesca haria muy acertadamente, porque los unos y los otros son muy costosos, mas que todas las naciones, y sirven de muy poco ó nada como lo he visto en todas las jornadas de mi tiempo, despojando al pais del dinero sin gastar en él una tarja, allende de lo que se llevan robado, segun su mala costumbre; y V. M. tiene en estos sus estados mucha y muy buena gente de guerra de sus propios vasallos Walones, asi de á caballo como infanteria, la cual en todo tiempo, señaladamente, como V. M. lo pude haber entendido en particular. Otrsi, considerado que ninguno se fia mas en lo que se les dice y pro-

mete por no guardárseles la palabra, según ellos dicen, y entre otros los de Olesinghes, los cuales quizá se habrían ya rendido ó se rendirían otramente; todavia se podría remediar lo uno y lo otro con la real persona de V. M., si los negocios públicos de la cristiandad y de los otros sus reynos y estados diesen lugar á ello por algun tiempo, ó con mandarle resolver brevemente sobre el gobierno se juzga que se podría esperar preso algun remedio en todo, por ser esto deseado de todos en general, *mayormente si se alzase ya la mano del rigor*, habiendo seido hasta agora grande, *por haberse justiciado en cinco años y tres meses pasadas de tres mil personas, y desterradas por sentencia otras nueve mil personas*. Todo lo cual, por el gran celo y obligacion que tengo al real servicio de V. M., me he atrevido á se lo representar por esta, suplicándole muy humildemente sea servido de atribuirlo á mi sana intencion y lo mande tomar á buena parte, haciéndome merced de mandarme perdonar si en algo me hubiese descuidado, alargado ó pasado los limites y terminos de mi profesion. Nuestro Señor la Real persona de V. M. guarde por muchos años, y en mayores reynos é imperio prospere y acreciente con la felicidad que sus humildes criados y vasallos deseamos y toda la cristiandad ha menester. De Bruselas, último de Noviembre de mil quinientos sesenta y dos. —S. C. R. M. —Besa los Reales piés y manos de V. M. su muy humilde criado y vasallo, —Prats.

POSTDATA. Va aqui junto un librito nuevamente impreso en Amberes con licencia, por el cual se ve un singular ejemplo de clemencia del Emperador Thodosio, que me ha parecido digno que V. M. le mande visitar para el caso presente.

SEGUNDOS ADVERTIMIENTOS SOBRE COSAS DE FLANDES,

DADOS POR DON FRANCÉS DE ÁLAVA (1).

Por obedecer y hacer lo que V. M. me manda en lo de los advertimientos, con la humildad debida y la puridad y sinceridad con que se debe hablar en materia que tanto importa al servicio

(1) Los primeros están en el mismo sentido que los de Estéban Prats: de los segundos tomamos los párrafos que aquí se insertan. (Nota del Sr. Lafuente.)

de Dios y de V. M., diré lo que en ella siento; habiéndome de alargar harto mas de lo que yo lo hiciera, pareciendome atrevimiento si V. M. no me lo mandara. Las cosas de los Países Bajos están algo mas apreladas y trabajadas de lo que en la relacion que ayer embié á Zayas lo significo, y si yo no me engaño mucho, débentlo estar la hora de ahora mucho mas, si han entendido en ellos como se dilata y difiere la pasada del duque de Medina, tan deseada del Duque de Alva y de los dichos estados, entre otras cosas, porque con la llegada del de Medina acabarán entrambos de salir con el deceno, ó desengañarse del; de manera que vinieran á abrazarse con otros espedientes que aquellos estados ofrecen para servir á V. M. con dinero, *de suerte que la gente de guerra fuese pagada de lo mucho que se les debe*, con alguna orden razonable para lo venidero; el pueblo aliviado de la molestia y daño grande que les viene de mantener la gente de guerra en tanto tiempo sin que les den un ducado, y repararse y proveerse con la brevedad que requieren los presidios y poner en Amberes una pella de dinero que la viesen los enemigos de Dios y de V. M. que están devalados en desear, solicitar y procurar por todas vias el incombeniente é impedimento de aquel santo establecimiento, que asi lo puede nombrar V. M. La nobleza y pueblo, que estremadamente tiene deseado al duque de Medina por enviarsele V. M. y por las buenas cualidades que concurren en su persona, y por el aborrecimiento grande que tienen del Duque de Alva por el yugo que en servicio de Dios y de V. M. *les ha puesto con tanta severidad*, se alegrará y contentará mucho; los mercaderes que con sus haciendas se han ido á otras provincias desdeñados del deceno, volvieren y asentarán y pusierase el tráfico en su puesto, que cierto va demasiadamente enflaqueciendo.

Ya que esto no puede ser, acuerdo á V. M. otra vez que *el Duque de Alva tiene muy quebrantada la reputacion de Lugarteniente de V. M.*, y como sale de aquellos países, todo el pueblo esta en Vaya, Vaya, soplado de particulares como arriba he dicho, que tienen el mismo deseo; y esto y el no tener crédito ninguno de dinero, ya V. M. puede considerar de cuánto trabajo é inconveniente seria, si de apretar demasiado el deceno, naciese alguna desvergüenza en alguna villa de aquellas; y aunque no dudo en parte en lo que el Duque y D. Fadrique me dijeron, de que nacia todo este incombeniente de los particulares financieros de aquella academia vieja, que siempre quisieron que pasase el dinero de V. M. por sus manos, y estos dichos financieros quedaban en seco en lo del dinero para lo venidero, con menos autoridad y utilidad que solia. Todavía he apretado la materia con

personas desapasionadas, y ninguna de ellas no da en esto, y todos en que el negocio es dificultoso y peligroso, y que ninguno de los particulares de aquellos países huelga de asistir cabe la persona del Duque á ellos, aun Noirquermes, que está disculpado con la enfermedad que tiene, muestra bien que cuando estuviera libre de ella, aunque el duque se lo pidiera, buscara desvios de hallarse en Bruselas en esta ocasion.

Hacerlo el duque solo sin estos instrumentos y sin calentar V. M. á los otros, y particularmente á Vilius y Tiznach, ténzolo por dificultoso, ni aun sin ellos tomar ningun otro expediente que satisfaciese á V. M. Cierta parece que combendria que V. M. alegrase y diese calor al Duque, mandando por escripto nuevamente á los dichos financieros y otras personas que pueden ayudar á este servicio de V. M. que le asistan, y aun si V. M. fuese servida embiar despues alguna persona de juicio y plática al efecto, llegaria á gran sazón, alegrando aquel pueblo con la nueva del nacimiento de S. A. especialmente que el dicho pueblo tiene esta máxima no buena asentada en todas las historias de Francia y aquellos países, que dicen que han sido siempre enemigos de los Señores, y querido y adorado los principes; y habiendoselo dado Nuestro Señor tal como se lo pueden pedir buenos, quizá podría obrar algo en ellos; y la dicha persona habia de ser buen algebrista que concertase la division que hay entre todos los particulares.

Entre los consejeros españoles que alli residen de V. M. entiendo que hay mucha desconformidad; segun me dicen no ayuda nada al servicio de V. M., ni aun al descargo de su Real conciencia en el consejo de los troubles que llaman. El Duque Brousvich, como V. M. lo debe tener entendido, está del todo apartado del servicio de V. M. con la liviandad que suele, y con ella solicitando siempre á franceses para que se sirvan dél. El Conde de Mansfelt, de quien yo no he dudado nunca, quejosísimo de que V. M. no manda que se resuelvan con él, y le declaren la merced que V. M. le ha hecho, particularmente descontento del Duque de Alva, y sé que su hijo el Conde Charles, que está ahora en Francia, ha dicho á una dama con quien él alli pretende casarse en gran secreto, que su padre anda justificándose con V. M. y con los principes del imperio del agravio que V. M. le hace, para despues tomar su partido mejor, y que le desea tomar antes que el Duque de Alva salga de aquellos estados; y aunque yo me espantaria que él hiciese cosa que nooviese, todavia es punto que tiene algo que considerar. Diciendo yo al duque de Alva que si hubiese alguna novedad que de don-

de pensaba proveerse de reyres, dijo que acudirian al dinero de V. M. cuantos se quisiesen. Dije que los de Branzvich estaban muy cerca y á la mano, y tenian nombre de buenos soldados. Dijome D. Fadrique el asiento que se habia tomado con el Arzobispo de Colonia para siempre que fuese menester acudir con tres mil reyres al servicio de V. M. Con el debido acalamiento Suplico á V. M. perdone el atrevimiento de estenderme á hablar en las cosas de Inglaterra. El duque de Alva tiene por cierto que se acomodará aquello. Ya V. M. entiende mejor que nadie lo que cumple á la conservacion de aquellos estados de Flandes, aunque es público y notorio sin poderse disimular, que han tocado en la autoridad y reputacion de V. M. y en su hacienda, y parece que las pláticas que se deben haber traído con los católicos están atrasadas y desbaratadas; y ve claramente la Reyna de Inglaterra, y aun hoy fuera de aquel reyno, que V. M. tiene flechado el arco de la dicha Reyna; mientras esto asi durare, no solo no menguará la guerra y daño que se hace á los Países Bajos y á los otros vasallos de V. M. por la mar, pero aun las pláticas que trae la dicha Reyna con franceses y otras naciones iran creciendo, de manera que podrian llegar á parar en alguna liga ó trama que diese á V. M. mas desasosiego; alojando V. M. el dicho arco en alguna manera, la que menos perjudicase á la reputacion y nombre de V. M., podria ser que viniese á no estar tan deseosa de abrazarse con franceses como ahora lo anda, por el temor que de V. M. tiene, y los piratas de los Países Bajos es cierto que cesarian, los cuales hacen hartó daño y podrian con el tiempo venir á hacer alguno mayor.

Tan particularmente quanto mi juicio ha podido alcanzar, he avisado á V. M. siempre de las cosas de Francia, y el estado en que las deixo: tengo por cierto que franceses sospecharán mas que yo he de hablar á V. M. y persuadirle en que les haga V. M. guerra, que no advertirle del estado en que están las cosas de Flandes, para que las mande concertar y poner en órden; de manera que á ellos se les quite la ocasion de poderlas romper con V. M., particularmente toda la parte católica que tiene puesta toda su esperanza (después de Dios) en V. M., se dará á entender que yo vengo á acordar á V. M. lo que les toca y ellos muestran desear, que es todo tomar V. M. las armas para que ellos la puedan tomar en servicio de Dios, y V. M. contra los heréticos de aquel Reyno. Como lo he significado diversas veces á V. M., no hay cosa en el mundo que tanto ofenda á los franceses como la reputacion y grandeza de V. M., y dias y noches están labrando en ello con su rey, poniéndole todos los miedos y temores que pueden de que crece demasiado la monarquia

de V. M., para indignarle, encareciéndole lo que crece la dicha monarquía de V. M., y por el consiguiente lo que disminuye la suya del dicho Rey en reputacion y fuerza, y que es menester ir á la mano á la de V. M.; y creo bien que esta plática y ruin ánimo habrá crecido despues que Nuestro Señor fué servido dar á V. M. aquella tan gloriosa victoria contra el Turco; y esto y su liviandad y inquietud natural, y tener por remedio de la calamidad en que viven y fuego que tienen en casa, hacer la guerra á V. M., me hace temer que abriéndoseles grande ocasion en los Países Bajos, como en efecto se va haciendo si V. M. no lo manda remediar con tiempo, sin mas consideracion, en allándola sin acordarse que dejan ardiendo sus casas, no quieran ir á pegar fuego á las ajenas; y aunque están en la necesidad de dinero que he escrito á V. M., todavía aquel reyno es tan opulento y substancial, que aunque no cree que se podría al presente sacar dinero para hacer á V. M. guerra fundada, para un golpe asi impetuoso que ellos tanto desean, en que tanto hablan, por remedio de su mal sacarlo hian sin echar mas cuenta en los que les podría suceder, y que sabe hombre si el Turco tambien podría atizarles á ellas, y aun darles dinero para el efecto..... etc.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA EDUCACION FISICA Y LITERARIA

DEL PRÍNCIPE D. FELIPE.

Escribe D. Juan de Zuñiga, comendador mayor de Castilla, al emperador Carlos V de Alemania, primer rey de este nombre en España.

Carta escrita en Madrid á 17 de Enero de 1540:

«S. A. está muy bueno y crece en todo; sigue su estudio como cuando V. M. aqui estaba, y despues que vino la caza de V. M., sale dos veces al campo cada semana y otra los sábados á Nuestra Señora de Atocha, y aun entonces, si hay nueva de fiebre echada, la va á tirar.»

En otra de 15 de Febrero:

«Su Alteza está muy bueno, y la semana pasada fué al Pardo y tiró dos saetas, á un razonable ciervo la una, y á una manada de ciervas la otra: errólas entrambas; la primera fué en lazo. Fué y vino en litera, pero anduvo en el monte á caballo

» bien seis horas, que á él no se le hicieron dos, y á mí mas de
 » doce..... Mañana irá á caza con los halcones y á tirar alguna
 » liebre echada.»

En 19 de Marzo:

«A liebres echadas y á perdices con podencos de muestra ha
 » hecho S. A. señalados tiros los dias que ha salido á caza con
 » los halcones.»

En 19 de Mayo (y suprimimos todas las cartas intermedias):

«S. A. estuvo allí (Aranjuez) cuatro ó cinco dias, y volvió
 » aquí para Pascua: holgóse mucho, porque en los dos dias que
 » estuvo hubo oxeo de conejos y mató mas de veinte, y dos ó tres
 » liebres. Asimismo otro dia mató dos gamos, de que estaba la
 » mas contenta persona que nunca se vió. A mí me hizo cierta
 » burla de una liebre que me tenia puesta muerta para que la ti-
 » rase, y con haberla yo acertado, aunque estaba muerta, me
 » contenté.»

Por lo que hace á la educacion literaria, pasados cuatro años
 de haberle dedicado al estudio del latin, escribia el maestro Si-
 liceo al emperador, de Madrid á 19 de Marzo de 1540:

«En lo que toca á la enseñanza del Príncipe digo que en latin
 » va mucho adelantado, y antes de medio año, como creo, podrá
 » pasar por sí todos los historiadores que han escrito, por dificul-
 » tosos que sean, á lo menos con poca ayuda de maestro: en el
 » hablar latin ha arto aprovechado, porque no se habla otra len-
 » gua en todo el tiempo del estudio, y el uso le hará doto en el
 » hablar tanto y mas que la leccion. El escribir en latin se ha co-
 » menzado; tengo esperanza que le sucederá mucho bien. Los
 » dias pasados estuvo S. A. en Alcalá y visitó á todos los leto-
 » res, y oyó lo que leian, y puede creer V. M. que á todos los
 » entendió, sino fué al que leia Hebrayco, y holgó tanto en los oír
 » y entender lo que decian que ningún trabajo le fué todo el tiem-
 » po que los oyó, que serian mas de tres horas. De salud está
 » muy bueno, bendito Dios, y muy alegre, porque goza de los
 » dias de caça que V. M. mandó se le diesen. Puede creer V. M.
 » que da muestra y esperanza á todos los que le conversamos
 » que será tan siervo de Dios y sabio rey qual el reino há me-
 » nester y V. M. desea.—Nuestro Señor guarde, etc.»

Carta de 22 de Junio, relativa al mismo objeto:

«Pues es justo, siempre que se ofrece correo, dar parte á V. M.
 » del estudio del Príncipe nuestro Señor, en esta solo diré que co-

» mo de cada un dia crece en saber, asi parece crecerle la vo-
 » luntad á las letras, y prometo á V. M. que aunque la caça es
 » al presente la cosa á que demuestra mas voluntad, no por eso
 » afloja en lo del estudio un punto, y hase de tener á mucho que
 » en esta edad de catorce años, en la cual naturaleza comienza á
 » sentir flaquezas, haya Dios dado al Principe tanta voluntad á la
 » caça, que en ella y en su estudio la mayor parte del tiempo se
 » ocupe, las cuales dos cosas, tomadas templadamente, dan salud
 » al cuerpo y aumentan las virtudes del ánima. Está ya tan cre-
 » cido, que parece mucho otro del que V. M. dejó.—Nuestro
 » Señor, etc.»

(Julio de 1541.)

«S. A. está muy bueno y crece..... y aun de dos meses á
 » esta parte tengo mas esperanzas que solía que ha de gustar mas
 » del latin de lo que yo pensaba, de que yo holgaria mucho, por-
 » que lo tengo por parte muy principal en un príncipe ser buen
 » latino, asi para saberse regir á sí como á otros, y especialmen-
 » te quien espera tener debajo de sí tanta diferencia de lenguas,
 » es bien saber una general, por no se obligar á saberlas todas.
 »

CONFEDERACION PERPÉTUA

FORMADA ENTRE DON FELIPE II DE ESPAÑA, LA SANTA SEDE Y LA
 SEÑORÍA DE VENECIA, CONTRA LOS TURCOS, Y LOS MOROS DE
 ARGEL, TÚNEZ Y TRÍPOLI.

Las fuerzas de los coligados se han de componer de doscien-
 tas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes, españoles, ita-
 lianos y tudescos, cuatro mil quinientos caballos ligeros, con la
 correspondiente artillería y provisiones.

Esta armada y ejército han de estar aparejados y en orden en
 Levante para Marzo, ó lo más tarde Abril del siguiente de 1571,
 y de la misma manera en los años consecutivos.

Su Santidad contribuirá con doce galeras bien provistas, y
 con tres mil infantes y doscientos setenta caballos ligeros.

El rey católico subvendrá con tres partes de seis á los gastos
 de la guerra, con dos el dux y senado de Venecia, y aun supli-

rán en la misma proporcion la parte que resta al Pontífice, si no le fuese posible satisfacerla.

Cada nacion aprontará los artículos y productos que más en abundancia tuviere, indemnizándose del exceso con otros en equivalencia.

Si el rey católico fuese acometido de turcos ó moros en tiempo en que no estuviera reunido el ejército de la liga, el dux y la señoría de Venecia se obligaban á socorrerle con cincuenta galeras bien provistas y armadas, de la misma manera que ha auxiliado á Venecia en este año de 1570 con otras tantas. Lo mismo se estipula reciprocamente para todos los casos en que cualquiera de los estados de la confederacion fuese invadido, y muy especialmente para las tierras del dominio de Su Santidad.

La administracion de la guerra se hará con parecer y deliberacion de los tres capitanes generales de la liga, dándose por bueno lo que dos de ellos aprobaren.

El general en gefe de las fuerzas de la liga será el Sr. D. Juan de Austria, y en su ausencia ó imposibilidad el que mande las galeras del Pontífice.

Se reserva un lugar, por si quisiesen entrar en la confederacion, al emperador Maximiliano de Alemania y á los reyes de Francia y Portugal, debiendo el Santo Padre amonestar y exhortar á ello al emperador, al rey de Polonia y á otros reyes y príncipes cristianos.

La particion de todo lo que se conquistare, se hará conforme á lo capitulado en la liga de 1537.

Todas las diferencias que pudieran suscitarse entre los confederados, se remitirán al juicio de Su Santidad y de sus sucesores.

Ninguna de las partes ni por sí ni por otro podrá tratar paces, treguas ni otra concordia con el turco sin conocimiento y anuencia de los demás.

Si alguno faltase á este pacto, incurrirá en pena de excomunion mayor *late sententia*, y en entredicho eclesiástico sus vasallos, tierras y señoríos, absolviendo el Papa á sus súbditos del juramento de obediencia y fidelidad.

Aunque en las precedentes bases solo se habla del turco, se hizo extensiva la confederacion, segun ponemos en el epígrafe de este documento, contra los demás mahometanos.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL REY,

RELATIVA Á LAS JUSTICIAS HECHAS CON LOS REBELDES DE FLANDES.

.....

El sentenciar los presos, aunque se pudiera hacer antes de Pascua, no parece que en Semana Santa, no habiendo inconveniente en la dilacion, era tiempo para hacerse, no embargante que yo mismo he prevenido la parte, y por tres veces dichole que entienda que en cualquier estado que esté el proceso, se ha de sentenciar antes de Pascua; pero todo esto no ha bastado para que hasta agora hayan presentado ningun testigo, ni un papel, ni la menor defensa de cuantas se podian imaginar en el mundo. Pero pasada la Pascua, ya no aguardaré mas, porque sé que si diez años estuviese dando término, al cabo dellos dirian que se hacia la justicia de Peralvillo; y por hacerlo todo junto en un dia, guardo para entonces declarar las sentencias contra los ausentes.

Tras los quebrantadores de iglesias, ministros consistoriales y los que han tomado las armas contra V. M. se va procediendo á prenderlos, como en la relacion podrá V. M. ver: *el dia de la Ceniza se prendieron cerca de quinientos*, que fué el dia señalado que di para que en todas partes se tomasen; pero asi para esto como para todas las otras cosas, no tengo hombre sino Juan de Vargas, como abajo diré. *He mandado justiciar todos estos*, y no basta habello mandado por dos y tres mandatos, que cada dia me quiebran la cabeza con dudar que si el que delinquirió desta manera meresce la muerte, ó si el que delinquirió desta otra meresce destierro, que no me dejan vivir, y no basta con ellos. Mandado he espresamente de palabra que se juzgue conforme á los placartes (edictos), y últimamente he mandado que se les escriba á todos que de los delinquentes que están espresados en los placartes todos los ejecuten al pié de la letra; y si hubiese alguno que no esté comprendido, esté me consulten y no otro. Tengo comisarios por todas partes para inquirir culpados: hacen tan poco, que yo no sé como no soy ahogado de congoja. Acabado este castigo, començaré á prender algunos particulares de los mas culpados y mas ricos, para moverlos á que vengan á composicion, porque todos los que han pecado contra Dios y contra V. M., seria imposible justiciarlos: que á la cuenta que tengo echada, en este castigo que agora se hace y en el que vendrá despues de Pascua tengo que pasará de ochocientas cabezas, que

siendo esto así, me parece que ya es tiempo de castigar á los otros en hacienda, y que destos tales se saque todo el golpe de dinero que sea posible antes que llegue el perdon general. En estas tales composiciones no se admitirán los hombres que cualificadamente hayan errado. Juntamente con esto comenzaré á proceder contra las villas que han delinquido, y hacerles poner las demandas, y procederé hasta la definitiva con toda la prisá que en el mando me será posible, y no será negocio de mucha dilacion, porque sus culpas son públicas, y los comisarios que tienen de algunos dias acá orden mia particular para proceder contra los magistrados, tendrán hechas las informaciones, aunque mal hechas, segun yo lo espero dellos, y con esto el negocio tendrá mucha brevedad.

.....
 Para tratar estas cosas yo no tengo hombre ninguno de quien poderme valer, porque estos con quien agora lo platico, que era de los que me habia de ayudar, los hallo tan dificultosos como V. M. vee por lo que tengo dicho.

En los negocios de rebeldes y hereges tengo solo á Juan de Vargas, porque el tribunal todo que hice para estas cosas no solamente no me ayuda, pero estórbame tanto, que tengo mas que hacer con ellos que con los delincuentes; y los comisarios que he enviado á descubrir ningun otro efecto hacen que procurar encubrirlos de manera que no puedan venir á mi noticia. El robo que yo tengo por cierto que hay en las condenaciones, en las haciendas de los culpados, me le imagino tan grade, que temo no venga á ser mayor la espesa de los delitos, que el útil que dello se sacará. V. M. entienda que han tomado por nacion el defender estas bellaquerías y encubrirlas, para que yo no las pueda saber, como si á cada uno particularmente les fuese la hacienda, vida, honra y alma.

MEMORIAL

DIRIGIDO Á FELIPE II POR LA CONDESA DE ÉGMONT, SUPPLICANDO
 EN FAVOR DE SU ESPOSO.

Sabina Palatina, duquesa de Baviera, desdichada princesa de Gavre, condesa de Egmont, muy humildemente representa á V. M. como á los 9 del presente mes de Setiembre el príncipe de

dicho Gavre, conde de Egmont, caballero de la órden del Toison de Oro, su buen señor y marido, despues de haber estado en el Consejo de V. M. en la casa del duque de Alba, su capitan general en estos Países Bajos, fué detenido en prision por órden del dicho señor duque, y á los 22 del mismo fué enviado al vuestro castillo de Gante con muy estrecha guardia, sin habérsele hasta agora declarado la causa de su prision, ni (segun parece) tenídose respecto á los estatutos y ordenanzas de la institucion de la dicha órden y del derecho escripto. Suplica muy humildemente á V. M. que conforme á los estatutos y privilegios de la dicha órden, contenidos en los 14, 15, 16 y 19 capitulos de las adiciones hechas por la pasada memoria del emperador Cárlos vuestro señor y padre, que Dios perdone, y confirmados en el año de 1556 por V. M., sea servido mandar que el susodicho príncipe su marido sea sin dilacion remitido y puesto en la guarda del colegio y amigable compañía de la dicha órden, para que despues en ausencia de V. M. conozcan de su prision el caballero de la dicha órden á quien V. M. lo ha cometido y los demas caballeros sus cohermanos, y que se tome informacion á cargo y descargo de todos los del Consejo de estado de V. M. y los gobernadores, capitanes, lugartenientes y oficiales que han estado debajo de su cargo, y á cualesquier otros. Suplicándole allende de esto no quiera poner en olvido los largos, continuos, señalados y leales servicios que el dicho señor su marido ha hecho desde su edad de diez y ocho años á esta parte, asi en Berbería en el viage de Argel, en Inglaterra para el casamiento de V. M., como en todas las guerras que del año de 1544 á esta parte la magestad Imperial y V. M. han tenido, asi contra los de Güeldres y franceses, como especialmente en las victorias tan importantes de San Quintin y Gravelines, habiendo tantas veces en ellas pospuesto su persona por mantener estos Países Bajos á vuestra corona, sin olvidar los viages que ha hecho en Francia por lo del jurar la paz, y despues con grandes fatigas y trabajos, asi de cuerpo como de espíritu, en estas últimas turbaciones contra los hereges y rebeldes: suplicando de nuevo muy humildemente á V. M. no permita que el dicho vuestro muy humilde servidor, y yo vuestra humilde parienta y nuestros once hijos seamos para siempre miserables testigos de nuestras tan grandes infelicidades y de la inestabilidad mundana, mas como rey benignísimo quiera echar aparte su indignacion con las razones susodichas, y acordarse que los grandes reyes no tienen cosa mas agradable á Dios que la mansedumbre, clemencia y blandura.

CARTA

DEL CONDE DE EGMONT, DESPUES DE SENTENCIADO, Á FELIPE II.

Señor.—Pues os ha parecido que sea condeñado á muerte un humilde y fiel súbdito y criado vuestro, que jamás enderezó á otra cosa su ánimo y sus fuerzas, sino á vuestro obsequio, por el qual como testifica lo passado, en ningun tiempo perdoné á mis trabaxos y á mi hazienda, antes expuse á mil peligros mi vida: la cual vida yo nunca estimé tanto, que si acaso en la cosa menor pudiera ser de embarazo á vuestra grandeza, no la huviera trocado cien veces de buena gana con la muerte. Por lo qual no dudo sino que, despues de haveros enterado bien de lo que aqui se ha hecho, reconocereis con quanto agravio se ha procedido conmigo, quando os hicieron creer de mí lo que ni he pensado. De que llamo á Dios por testigo, y le pido que si en algo he faltado á las obligaciones que creí tener al Rey y á las Provincias, castigue á esta alma que oy será presentada á su tribunal. Y assi os suplico, Señor, no os haviendo de suplicar ya mas, que en retorno de mis trabaxos y servicios, tengais alguna compasion de mi muger y de mis onze hijos y criados que dexo encomendados á algunos pocos amigos. Teniendo por cierto que por vuestra natural clemencia hareis esto, voy á padecer la muerte que recivo muy de grado: cierto de que con este mi fin, se satisfará á muchos.—En Bruselas á 5 de Junio las dos horas de la noche, año 1568. De V. Mgestad muy humilde y fiel y obediente súbdito y criado aparejado para morir,—Lamoral, conde de Egmont.

(ESTRADA, *Guer. de Fland.*, T. 1, P. II, Dec. I, l. VII, pág. 688.)

CARTA DIRIGIDA AL DOCTOR VELASCO, DEL CONSEJO DE S. M.,
RELATIVA Á LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DEL MARQUÉS DE MONTIGNY,
POR SU CONFESOR FRAY HERNÁNDO DEL CASTILLO.

Ilustre señor.—El negocio que S. M. cometi6 al Sr. D. Alonso de Arellano se acab6 de concluir hoy lunes á las dos horas de la mañana de los 16 deste, y en 6l se procedi6 por el 6rden 6



instruccion que de vmd. traia. El sábado pasado, cerca de las diez de la noche se notificó la sentencia al reo, que vivia della tan descuidado como cierto de la venida de la reina nuestra señora, y confiado de su inocencia; y así mostró alguna alteracion á los principios, que fué por horas creciendo. D. Alonso acabó de leer papeles y yo comencé á hacer mi oficio, y aquella persona á oírle con sosiego y mucha moderacion en las palabras y gran paciencia en el semblante exterior; y con la misma procedió en todo hasta el postrer punto. Estaba lastimado de don Eugenio por la novedad que en su reclusion habia usado estos dias, y quedó satisfecho de entender que venia de otro superior dispuesta y ordenada. Procuróse de darle en su trabajo el gusto que se sufriese, y acabó de persuadirse que era merced la que S. M. le hacia en guiar su negocio por estos términos. Desde la hora que digo hasta las dos del domingo de mañana gasté en satisfacerme, así de la fee que tenia, como de las cosas necesarias para tan larga jornada, y quedé satisfecho y mucho por entonces; y él ordenó un memorial escrito de su mano, que va con esta, por donde yo me guiase en sus descargos, siendo S. M. servido de acomodarle para ellos. Y por estar como estaba obligado en conciencia á satisfacer en público á la ruin sospecha que dél se tenia en las cosas de la religion, me dió ese testimonio y confesion que vmd. verá, y no la recibí escrita de mi mano, porque si acaso pareciese á S. M. mandarla salir á plaza algun dia, no se pudiese decir que la habia firmado enfermo sin ver ni leer lo que contenia. El memorial va en estilo de quien pide limosna, y de suyo advirtió él que debajo de aquella sentencia no era señor de un real para disponer dél de otra suerte. . . .

Yo haria mal mi oficio sino suplicase á vmd. con la instancia que puedo por el buen despacho de lo que aquí va, y por la brevedad (que es lo mas importante) para cerrar las puertas á discurso de extranjeros y naturales, y para acertar yo á responder á quien me preguntare si hizo este hombre memoria de su alma y quién y cómo la cumple. En lo mas principal ha estado tan bueno que puede dejar envidia á los que quedamos. Comenzóse á confesar ayer á las siete horas, y á las diez le dije misa y le administré el Santísimo Sacramento. En lo uno y en lo otro tuvo las demostraciones de católico y buen cristiano que yo deseo para mí; gastó el resto del dia y toda la noche siguiente en oracion y en actos de penitencia y leccion de algunas cosas de Fr. Luis de Granada, á quien en esta prision se habia mucho aficionado. Fuéle creciendo por horas el desengaño de la vida, la paciencia, el sufrimiento y la conformidad con la voluntad de Dios y de su

rey, cuya sentenciá siempre alabó por justa, mas siempre protestando de su inocencia en los artículos del príncipe de Orange y rebelion, etc., en los cuales no queria ser de Dios perdonado si tenia culpa á su rey, mas confesaba le hacian la guerra sus enemigos, que en ausencia habian tenido lugar de vengarse dél á su salvo, y esto dijo sin cólera ni impaciencia exterior, mas que si hablara en las cosas impertinentes de un estraño, perdonándolos á todos con mucho ánimo y demostraciones de cristiano predestinado por este camino.

Deja en mi confianza una cadenilla delgada de oro, de poca sustancia, colgada de ella una sortija de oro, sello de sus armas, y otra sortija con una turquesa: el sello y cadenilla para que lo envíe á su muger, y la otra sortija á su suegra, por ser prendas que dice que ellas le dieron de recién casado; y que la escriba como Dios le ha llevado de esta vida en tiempo que no pudo tener libertad de servilla y honrilla, y que la envíe aquel juguete por ser el que traía consigo y para su memoria: que la suplica se acuerde de la sangre que viene, y sea tan católica como sus pasados, y no deje llevarse de opiniones ni setas nuevas, sino permanezca en la fee y religion que la iglesia católica romana enseña, y el emperador Carlos V nuestro señor defendió por sus leyes, siempre y en devocion y servicio del rey nuestro señor, como della lo confia, y otro tanto á su madre. Esta es ya mas larga de lo que querria quien desea tan poco como yo ser pesado; mas llevè vmd. la pena de la culpa que no hice para que vmd. me quisiese por testigo de trabajos. Nuestro Señor la ilustre persona de vmd. guarde con el acrecentamiento que desea en Simancas diez y seis de Octubre. — B. L. M. á vmd. su servidor — Fr. Hernando de Castilla. — Al ilustre señor mi señor el doctor Velasco, del Consejo de S. M.

CARTA

ESCRITA POR UN ITALIANO FAMILIAR DE RUY GOMEZ DE SILVA, RELATIVA Á LA PRISION DEL PRÍNCIPE DON CARLOS, CUYA TRADUCCION HEMOS HECHO Y PONEMOS AL PIE DEL ORIGINAL QUE ENCONTRAMOS SIN TRADUCIR, EN UN MANUSCRITO QUE TENEMOS Á LA VISTA.

Domenica che fu all' XVIII poco inanzi á mezza notte facendo S. M. per quanto si crede fatto comandar alli doi camerieri del

Principe, Conte di Lerma et D. Rodrigo de Mendoza che tenessero aperta la porta delle stanze di S. A. finche l'avisasse, scesse dalle sue stanze à quelle del Principe senza lume, senza spada et senza guardia, accompagnato pero da quatro del Consesso di Stato, cioè é Duca di Feria, Ruy Gomez, il prior D. Antonio di Toledo, Luis Quijada, non più, et doi ajutanti di camera, quali portavano martelli e chiodi per inchiodar le fenestre, et aperta la porta del retroto con la chiave ordinaria di Ruy Gomez tronate l'altre porte aperte, entrarono senza essere sentiti del Principe nella propia stanza dove stava *colcato* (1) ragionando con gli detti camerieri et con le spalle volte alla porta no prima s'avide che fusse il Rè che già S. M. l'havea preso la spada et consignatala ad uno de gli ajutanti, similmente toglioli un archibugietto che teneva à capo del letto: Il Principe turbato di vedersi à quell'hora il Rè intorno, si rizzò in piede sull'letto dicendo: *¿Qué quiere V. M.? ¿Qué hora es esta? ¿Quiéreme V. M. matar ó prender?—Ni lo uno, ni lo otro, Principe,* replicò il Rè col maggior riposo del mondo, et comandò che le fenestre s'inchiodassero; quando il Principe vidde questo, lanciatosi dall'letto corse al fuoco, dicono per getarvesi dentro, ma fù ritenuto dal prior don Antonio. Poi corse al candeliere per farsi male, similmente fù ritenuto, onde voltatosi al padre segli gittò in ginocchio supplicandole che l'uccidese, *si no que se mataria él mismo*; replicò il Rè con la sua ordinaria flemma: *Sosegaos, Principe, entrad en la cama, porque lo que se hace es por vuestro bien y remedio*; et in tanto, fatte pigliar tutte le scritture, si voltò agli sudetti quatro et racordandogli con breve parole l'obbligo che come cavalieri et per il giuramento che tenevano d'ubidir fedelmente al suo Rè gli consegnò il Principe per preso et che tenessero buona custodia eseguendo in ciò l'ordine datogli, et che di mano in mano se andria dandogli, et principalmente l'incargò al Duca di Feria come à capitano della sua guardia, et se ne tornò alle sue stanze quietamente come se il fatto non fusse stato il suo. Il di seguente S. M. fe chiamar tutti le consigli et à ciascheduno separatamente con poche parole disse: che urgentissime cause l'haveano forzato à far l'essecutione che haveano inteso contra suo figliolo, et per quiete di suoi Regni, le quali à suo tempo le iria declarando, dicono che nel esprimere queste parole s'intenerit tanto che de lagrime l'uscirno, pero non interrompe el filo del parlare soggiunpendo à signorii che ne dessero

(1) Esta palabra, dudosa por estar roto el papel, suponemos deberá decir *coricato*, que equivale á acostado.

auviso alle prouintie. Agli Ambascadori et al Nuntio ha fatto darne conto chi dal presidente chi da Ruy Gomez. Mi scordauo di dire che gli leuorno il fuoco et gli lumi per quella prima notte gli sudetti quatro con gli doi camareri l'han guardato sin ahieri l'altra sera che furono li XXV: poi S. M. si ha dato la total custodia et deputatogli sei cauallieri che doi d'essi lo guardino, et seruino. Lo rinchiudono in una stanza última delle molte che teneua che si chiama la stanza della torre, perche e d'una torre del palazzo; concludere tutte le fenestre, solamente lasciano fenestrini alti per la luce senza camino ne altro ristoro da passeggiare. Nelle sue stanze principali il Ré ha comandato á Ruy Gomez che iui si passi per che lo possa piu sicura et commodamente guardare: l'hanno disfata la casa cassando tutti gli servitori, et dicono che quando Ruy Gomez ando á significarglielo d'ordine de S. M. non replicò altro salvo: «y D. Rodrigo de Mendoza, mi amigo, ¿tambien me lo quita S. M.? Si señor,» rispose Ruy Gomez; all'ora fattoselo chiamar et gittatogli le braccia al collo, gli disse: «D. Rodrigo, pésame de no haberos podido mostrar por obra la voluntad que os tenia y tendré; plega á Dios que me halle en disposicion para mostrárosla como lo haré;» et con lagrime infinite stringendolo non potevno distaccarglielo quel pouero caualliero spasimava; dicono questi che un gentilissimo giouane fillo del Duca dell'Infanzaggo che non erano piú di quatro mesi che S. M. glielo hauea dato per uno della camara, ualoroso, garbato, et di molto intelletto.

Due cose notabili ho ponderato in questo accidente, l'una l'hauer uisto con quanto poco rumor anzi nessuno si sia fatta una essecutione tanto grande, che gli prometo che non s'e uista una minima alteratione non solo nelle ministri et del palazzo ma nel propio Ré, che non ha traslaciato mai un puntino del suo ordinario, così nel negoziare come nel magnare di parlar con quelle grandi che per ordinario si trouano al suo magnare come se non fuse seguito nulla.

L'altro, che essendo pur questo pouero Principe giouane et senza vitii, amator della giustitia á suo modo, pero et in oppenioni di liberale che non ne sa male á persona, et questo per la poca oppenion del suo intelletto et anco per il saggio che daua della sua irregolata terribilitá, et per contro il Ré e tanto amato per la sua mansuetudine et infinita bontá et prudenza sua che non e chi se ne curi se non per la compassione che si ha all'isteso Ré di uederlo in questo stato che gli sia conuenuto di por mano nel propio et unico figliuolo.

Traducción literal.

Domingo que fué á los 18 poco antes de media noche habiendo S. M. por quanto se cree hecho mandar á los dos camareros del príncipe, conde de Lerma y D. Rodrigo de Mendoza, que tuviesen abierta la puerta de las habitaciones de S. M. hasta que les avisase, salió de su estancia sin luz, sin espada y sin guardia, acompañado, empero, de cuatro del Consejo de Estado, esto es, del duque de Feria, de Ruiz Gomez, del prior D. Antonio de Toledo, de Luis Quijada, no más, y dos ayudas de cámara, los cuales llevaban martillos y clavos para clavar las ventanas; y abierta la puerta del retrete con la llave ordinaria de Ruiz Gomez, abiertas las otras puertas, entraron sin ser sentidos del príncipe en su propia estancia donde estaba acostado, razonando con los dichos camareros, y con las espaldas vueltas á la puerta no se apercibió tan pronto de que era el rey como ya S. M. le habia tomado la espada y entregádola á uno de los ayudantes, igualmente le quitó una pistola que tenia á la cabecera de la cama. El príncipe turbado de verse á aquella hora al rey á su lado, se puso de pié sobre el lecho diciendo: «¿Qué quiere V. M.? ¿Qué hora es esta? ¿Quiéreme V. M. matar, ó prender?—Ni lo uno ni lo otro, príncipe,» replicó el rey con el mayor reposo del mundo, y mandó que las ventanas se clavasen; cuando vió esto el príncipe se lanzó del lecho y corrió al fuego, dicen que para arrojarle dentro, pero fué detenido por el prior D. Antonio. Después corrió al candelero (ó candelabro) para hacerse mal, igualmente fué detenido, y volviéndose á su padre se arrojó de rodillas suplicándole que le matase, si no que se mataria él mismo, replicó el rey con su ordinaria calma: «Sosegaos, príncipe; entrad en la cama, porque lo que se hace es por vuestro bien y remedio;» y en tanto, hechos tomar todos los escritos, se volvió á los susodichos cuatro y recordándoles con breves palabras la obligacion como caballeros y por el juramento que tenían de obedecer fielmente á su rey, los entregó al príncipe como preso, y que tuviesen buena custodia, ejecutando en esto el orden que se les habia dado, y que de mano en mano se les iria dando, y principalmente le encargó al duque de Feria como á capitán de guardia, y se volvió á su estancia tranquilamente como si el suceso no fuese cosa suya. Al dia siguiente, S. M. hizo llamar todos los consejeros, y á cada uno separadamente con pocas palabras dijo: que urgentísimas causas le habian obligado á ejecutar lo

que habrían oído contra su hijo, y por la quietud de sus reinos, las cuales á su tiempo iría declarando; dicen que al pronunciar estas palabras se enterneció tanto que se le saltaron las lágrimas, mas no interrumpió el hilo del hablar, añadiendo á los señores que diesen aviso á las provincias. A los embajadores y al nuncio ha hecho dar cuenta, á uno por el presidente; á otro por Ruy Gomez. Me olvidaba de decir que le quitaron el fuego y las luces por aquella primera noche; los susodichos cuatro con los dos camareros le han guardado hasta ayer noche que fueron los 25 (1); despues S. M. ha dado la total custodia á seis caballeros que dos de ellos lo guarden y sirvan. Lo encierran en una estancia última de las muchas que tenia, que se llama la estancia de la torre, porque es de una torre de palacio; condenadas todas las ventanas, solamente dejan ventanillas altas para la luz sin camino (2) ni otro desahogo para pasear. En las habitaciones principales el rey ha mandado á Ruz Gomez esté allí, para que pueda mas cómoda y seguramente guardarle: le ha deshecho la casa (3) echando á todos sus servidores, y dicen que cuando Ruy Gomez se lo significó de orden de S. M. no replicó otra cosa sino — «Y D. Rodrigo de Mendoza, mi amigo, también me lo quitó S. M.? — Sí, señor.» respondió Ruy Gomez: entonces le hizo llamar, y echándole los brazos al cuello, le dijo: «D. Rodrigo, pésame de no haberos podido mostrar por obra la voluntad que os tenía y tendré; plegue á Dios que me halle en disposicion para mostrárosla como lo haré;» y con infinitas lágrimas, abrazándole no le podian separar de aquel pobre caballero: dicen que es un gentilísimo jóven hijo del duque del Infantado, que sólo hacia cuatro meses que S. M. se le habia dado como uno de su cámara, valeroso, noble y de mucho talento.

✓ Dos cosas notables he encontrado en este suceso: la una el haber visto con qué poco rumor, más bien ninguno se ha ejecutado cosa tan grande, que aseguro no se ha notado la más mínima alteracion no solo en los ministros y en el palacio, mas ni en el mismo rey, que no ha salido ni un ápice de su ordinario, así en el negociar como en la manera de hablar con aquellos grandes que de ordinario se encuentran en su compañía, como si nada hubiese sucedido.

La otra, que siendo este pobre principe jóven y sin vicios,

(1) Se supone el dia 25.

(2) Supónese querrá decir *camino*, y no *chimenea*, como pudiera querer decir, por las palabras subsiguientes.

(3) Querrá decir «quitado la servidumbre.»

amador de la justicia á su modo, en la opinion general (1) no sabe mal á nadie (2), y esto por la poca opinion de su inteligencia y aun por la muestra que daba de su desarreglada terribilidad; y por el contrario el rey es tan amado por su mansedumbre é infinita bondad y prudencia que no hay quien se cure sino por la compasion que se tiene al mismo rey de verle en este estado que le haya convenido poner la mano en el propio y único hijo.

La ortografía y la puntuacion del original hace su redaccion tan confusa, que no solo es casi ininteligible para traducirse, si que tambien es difícil de entender.

CARTA

ESCRITA POR FELIPE II Á LA REINA DE PORTUGAL, DÁNDOLA CUENTA DE LA PRISION DEL PRÍNCIPE.

Aunque de muchos dias antes del discurso de vida y modo de proceder del príncipe mi hijo y de muchos argumentos y testimonios que para esto concurren, sobre qué há dias respondí á lo que V. A. me escribió lo que habrá visto; y entendida la necesidad precisa que habia de poner en su persona remedio, el amor de padre y la consideracion y justificacion que para venir á semejante término debe preceder, me he detenido buscando y usando de todos los otros medios y remedios y caminos que para no llegar á este punto me han parecido necesarios. Las cosas del Príncipe han pasado tan adelante y venido á tal estado, que para cumplir con la obligacion que tengo á Dios como príncipe cristiano y á los reynos y estados que ha sido servido de poner á mi cargo, no he podido escusar de hacer mudanza de su persona, y recogerle y encerralle. El sentimiento y dolor con que esto habré hecho, V. A. lo podrá juzgar por el que yo sé que tendrá de tal cosa como madre y señora de todos; mas en fin yo

(1) Ignoramos si dice *generale*, segun hemos puesto, ó si es otra la palabra que está borrada.

(2) Suponemos habla de la prision del príncipe.

he querido hacer en esta parte sacrificio á Dios de mi propia carne y sangre, y preferir su servicio y el bien y beneficio público á las otras consideraciones humanas: las causas, así antiguas como las que de nuevo han sobrevenido, que me han conserfrenido á tomar esta resolucíon son tales y de tal calidad, que ni yo las podria referir ni V. A. oír sin renovar el dolor y lástima; demás que á su tiempo las entenderá V. A. Solo me ha parescido agora advertir que el fundamento de esta mi determinación no depende de culpa, ni inobediencia ni desacato, ni es enderezada á castigo, que aunque para esto habia suficiente materia, pudiera tener su tiempo y su término; ni tampoco lo he tomado por medio, teniendo esperanza que por este camino se reformarían sus exesos y desórdenes. Tiene este negocio otro principio y raiz, cuyo remedio no consiste en tiempo ni en medios, y que es de mayor importancia y consideracion para satisfacer yo á la dicha obligacion que tengo á Dios y á los dichos mis reynos; y porque del progreso que este negocio tuviere y de lo que en él hubiere de que dar á V. A. parte y razon, se le dará continuamente; en esta no tengo más que decir de suplicar á V. A. como á madre y señora de todos, y á quien tanta parte cabe de todo, nos encomiende á Dios, el cual guarde á V. A. como yo deseo. De Madrid, á 20 de Enero, 1568.—Besa las manos de V. A. su hijo.—El Rey.

CARTA

DIRIGIDA AL SUMO PONTIFICE POR EL REY, SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Muy Santo Padre: por la obligacion común que los Principes cristianos tienen, y la mia particular, por ser tan devoto y obediente hijo de Vuestra Santidad y de esa Santa Sede, de darle razon como á padre de todos, de mis hechos y acciones, especialmente en las cosas notables y señaladas, me ha parescido advertir á Vuestra Santidad de la resolucíon que he tomado en el encerrar la persona del Serenísimo Principe D. Carlos, mi primogénito hijo; y como quiera que para satisfaccion de Vuestra Santidad, y para que de esto haga el buen juicio que yo deseo, bastaria ser yo padre, y á quien tanto va y tanto toca el

honor, estimacion y bien del dicho príncipe, juntándose con esto mi natural condicion, que como Vuestra Santidad y todo el mundo tiene conocido y entendido, les tan agena de hacer agravio, ni proceder en negocios tan arduos sin gran consideracion y fundamento; más con esto asimismo es bien que Vuestra Santidad entienda que en la institucion y crianza del dicho Príncipe desde su niñez, y en el servicio, compañía y consejo, y en la direccion de su vida y costumbres se ha tenido el cuidado y atencion que para crianza é institucion de príncipe y hijo primogénito y heredero de tantos reynos y estados se debia tener, y que habiéndose usado de todos los medios que para reformatar y reprimir algunos excesos que procedian de su naturaleza y particular condicion eran convenientes, y héchose de todo esperiencia en tanto tiempo hasta la edad presente que tiene, y no haber todo ello bastado, y procediendo tan adelante y viniéndose á tal estado, que no parecia haber otro ningún remedio para cumplir con la obligacion que al servicio de Dios y beneficio público de mis reynos y estados tenia, con el dolor y sentimiento que Vuestra Santidad puede juzgar, siendo mi hijo primogénito y solo: me he determinado, no lo pudiendo en ninguna manera escusar, hacer de su persona esta mudanza, y tomar tal resolucion sobre tal fundamento, y tan grandes y justas causas, que asi acerca de Vuestra Santidad, á quien yo deseo y pretendo en todo satisfacer como en cualquiera otra parte del mundo tengo por cierto será tenida mi determinacion por tan justa y necesaria, y tan enderezada á servicio de Dios y beneficio público, quanto ella verdaderamente lo es; y porque del progreso que este negocio tuviere, y de lo que en él hubiere de que dar parte á Vuestra Santidad se le dará cuando será necesario, en esta no tengo mas que decir de suplicar muy humildemente á Vuestra Santidad que, pues todo lo que á mi toca debe tener por tan propio como de su verdadero hijo, con su santo celo lo encomiende á Dios Nuestro Señor, para que él enderece y ayude á que en todo hagamos y cumplamos con su santa voluntad: el cual guarde la muy santa persona de Vuestra Santidad, y sus dias acreciente el bueno y próspero regimiento de su universal Iglesia. De Madrid, á 20 de Enero, 1568.—De Vuestra Santidad muy humilde y devoto hijo D. Felipe, por la gracia de Dios Rey de España, de las Dos Sicilias, de Hierusalem, que sus muy santos pies y manos besa.—El Rey.

advertir a Vuestra Santidad de la resolucion que he tomado de encerrar la persona del Serenissimo Principe D. Carlos, mi primogénito hijo; y como quisiera que para satisfaccion de Vuestra Santidad y para que de este modo el buen estado que yo deseo bastara para el bien de la corona y para el estado de los

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO VIII.

	Páginas.
INSTITUCION DE LOS JESUITAS.	
IGNACIO DE LOYOLA.—Es herido en el sitio de Pamplona.	7
Abandona la carrera militar.—Proyecta la creacion de una milicia religiosa en oposicion á los luteranos.—Va en peregrinacion á Palestina.—Trabajos que sufre en España.	8
Primeros jesuitas.—Auméntase la <i>Compañía</i>	9
Presenta el fundador el reglamento del nuevo instituto religioso á Paulo III, y no es aprobado.—Logra, por fin, la aprobacion.—Expídese la bula <i>Regimini militantis Ecclesie</i> .—Reglamento, en resumen, de la <i>Compañía de Jesus</i>	10

GUERRA CON FRANCISCO I.

Año 1542.	
Reclama Francisco I del emperador, el castigo de los supuestos asesinos de Rincon y Fregoso.—Prepárase la guerra.	
Año 1543.	
Disgusto de Carlos I con el Sumo Pontífice.	13
Aliase Enrique VIII de Inglaterra con Carlos I de España, contra Francisco I de Francia.—El emperador nombra á su hijo, el príncipe D. Felipe, su lugarteniente y gobernador de España.—Es nombrado capitán general de Castilla y Aragon el duque de Alba.—Empréstito sobre la conquista de las Molucas.—Desembarca el emperador en Génova.—Consejo.	14
Entrevista del César y el Pontífice en Bujeto.—Proposicion del segundo.—No es aceptada.—Llega el emperador á Spira.—Pónese al frente del ejército en Bouce.—Dirigese al	

ducado de Cleves.—Retírase el duque de aquel título.—Aumentase el ejército imperial con otro de los Países-Bajos.—Audacia de los sitiados en Duren.—Asaltan los imperiales.—Saqueo y degüello.—Valor de los españoles.	15
Preséntase el duque de Cleves al emperador.—Recíbele severamente y despues le perdona y le trata con afabilidad.—Concédele la mano de la princesa María, sobrina del emperador é hija del infante D. Fernando, rey de romanos.—El duque de Orleans se apodera del Luxemburgo.—El emperador penetra en territorio francés y sitia á Landreçy.	16
Arenga del emperador á sus soldados, digna de un héroe.—Huyen los franceses sin combatir.— <i>Hazaña</i> de aquellos.—Disgusto del emperador por la fuga del enemigo: palabras de aquel.	17
Pormenores de la campaña.—Reúnese la escuadra turca á la armada francesa.—Dirigense contra Niza.—Levantán el sitio al aproximarse el marqués del Vasto.—Barbarie de Haradin Barbaroja.	18
D. García de Toledo y Antonio d'Oría.—Conciértase el matrimonio del príncipe D. Felipe con doña María de Portugal, su prima.—Bodas reales.	19
Etiquetas de los portugueses.—Originales palabras de algunos <i>fidalgos</i> .—Conducta misteriosa del príncipe, para conocer á su futura esposa.	20
Entrada pública de D. Felipe en Salamanca.—Visitan los desposados en Tordesillas á la desventurada reina doña Juana.—Ostentoso recibimiento hecho á los príncipes en Simancas.	

Año 1544.

DIETA DE SPIRA.—GUERRA CON FRANCISCO I.

Preparativos de guerra.	21
D. Alvaro de Bazan.—Afirmase la alianza entre Inglaterra y el emperador.—Alianza con Dinamarca.—Dieta de Spira.—Brillantez é importancia de aquella ilustre asamblea.—Política del emperador.	22
Entra en el Piamonte el duque de Enghien y sitia á Carignan.—Preséntale el marqués del Vasto la batalla.—Batalla de Cerisoles.—Es herido el del Vasto.—Pierde este la batalla.—Toman los imperiales á Luxemburgo.—Sale el emperador de Spira.—Acércase el ejército inglés, aliado de España, á Montreuil.—Sitia el emperador á Saint-Dizier.	23
Perece en el sitio el valeroso príncipe de Orange.—Perece igualmente el general Lalande, francés, defensor de la plaza.—Ardid de los imperiales.—Entrégase Saint-Dizier.—Intérnase el emperador por la Champaña.—Valor y constancia del emperador.—Toma á Chateau-Tierry, á dos jornadas solamente de Paris.—Horrores ocasionados por la guerra.	24
Terror de los franceses y de su rey al ver á Carlos I en Chateau-Tierry.—Manda Francisco I al delfín pasar á Paris	

- con ocho mil hombres, guarnece á Meaux y se pone al frente del ejército, entre Paris y el campo cesariano.—Manda el francés al emperador mensajeros de paz.—No quiere oírlos el emperador.—Acéptanse por fin proposiciones.—Estipúlase la paz en Crespy. 25
- Bases del tratado.—La paz disgusta al turco con el francés, y al inglés con el César.—Regresa este á Flandes.—Licencia en Bruselas el ejército, excepto el tercio de D. Alvaro de Sande, que pasa á Hungría. 26
- Continúa la guerra entre Inglaterra y Francia.—Dolencia del emperador.

Año 1545.

- Carta del emperador á su hijo, el príncipe regente.—Fallece el duque de Orleans, hijo de Francisco I. 27
- Muere el feroz pirata Haradin Barbaroja.—Fallecimiento de algunos personajes.—Apertura del célebre y famoso concilio de Trento.

Año 1546.

CONCILIO DE TRENTO.

- Continúa doliente el César. 28
- Peticion de los protestantes.—Niégala el emperador.—Disgusto de Carlos y del Pontífice. 29
- Dieta imperial en Worms.—Convócase la Dieta para Ratisbona.—Intrigas de los protestantes para entorpecer las sesiones del concilio. 30
- Protesta de los luteranos.—Estos celebran una reunion en Francfort.—Fallece Lutero en Eysleben.—Circunstancia notable que coincidió con la muerte del apóstata.—Juicio del mismo. 31
- Decisiones del concilio ecuménico. 33
- Dieta de Ratisbona.—Resultado de aquella.—Alianza entre Paulo III y Carlos I.—Bases de aquella. 34
- Reúnense los protestantes en Ulm.—Prepáranse para acudir á las armas.—Manda el emperador reunir sus tercios de España, Italia, Alemania y Flandes.—El Pontífice manda doce mil soldados, al mando de su nieto Octavio Farnesio. 35
- Jefes protestantes.

GUERRA DE RELIGION.

- Errores cometidos por los protestantes.—Promulga el emperador un edicto de destierro, por motivos puramente políticos, contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse.—Rompen las hostilidades los protestantes.—Dirigese Schertel contra Inspruck. 36

Trasládase el valeroso emperador á Baviera.—Establece su campo junto á Ingolstadt, á la izquierda del Danubio.—Fuerza numérica (ochenta mil hombres, ciento treinta cañones) de los protestantes: sus enseñas, etc.—Valor y afabilidad del emperador.	37
Bando.—Temor de los protestantes.—Palabras del landgrave y oportuna contestacion de Schertel.—Levantán abochornados los luteranos el campo.—Notable hecho y valor de Martín Alonso de Tamayo, soldado español.	38
Llega al campo imperial el conde de Buren con diez mil flamencos.—El emperador se apodera de Nordlinga, Newbourg, Donawert y Dillingen.—Mauricio duque de Sajonia.	39
Este se decide por el emperador, aunque protestante.	40
Proposiciones de paz hechas al César por el marqués de Brandemburgo.—No las admite Carlos I.—Este se apodera de Rottemberg, Nordlingen y Halle.—Ríndese Ulm.—Voluntaria y servil humillacion de los de Ulm.—Entréganse Francfort y Strasburgo.	

Año 1547.

Redúcese la guerra al electorado de Sajonia.	41
Multas impuestas á las ciudades rebeladas.—Severidad del César con el conde de Wittemberg.—Retira el Pontífice sus soldados.—Conspiracion genovesa.—Asesinato de Joannetin d'Oria.	42
Marcha el conde de Brandemburgo en auxilio de Mauricio, con tres mil hombres.—Los pierde y queda prisionero.—Dirigese el César contra el elector.—Fallece Enrique VIII de Inglaterra.—Juicio que de él ha formado la historia.	43
Continúan las sesiones del concilio de Trento.—Son por este anatematizadas las doctrinas de Lutero y Calvino.—Infame conducta de Francisco I de Francia.	44
Estado de relaciones entre Carlos I y el Pontífice.—Determina este trasladar á Bolonia el concilio de Trento.—Opónense los prelados españoles.—Sublevacion en Nápoles.—Su origen.—D. Pedro de Toledo.	45
Continúa la sublevacion.—Desacato á la autoridad.	46
Trasládase el virey de Puzzol á Nápoles.—Terrible castigo.—Auméntase el desórden.—Horroroso estado en que se halla la ciudad.—Pasa una comision del virey y otra de los ciudadanos á ver al emperador.	47
Sublévase tambien la Tierra de Labor.—Horrorosos incendios.—Regresan á Nápoles las comisiones.—Entréganse al virey los refugiados en un castillo.—Castigo y multa.—Es sofocada la sublevacion.—Fallece Francisco I de Francia.	48
Juicio de este monarca, hecho por AUTORES FRANCESES.	49
Circunstancias de Europa al fallecer el rey Francisco.—Dirigese el César Carlos contra el elector de Sajonia.—Reúñese á su hermano D. Fernando, rey de romanos.—Llegan al rio Elba.—El elector corta el puente de Meissen y lleva sus tropas hácia Wittemberg.—Detiénese el elector en Muhl-	

- berg.—Un aldeano indica un vado á los imperiales. 50
- Valor de los españoles.—Inaudito ánimo de los mismos.—El emperador muéstrase tan valeroso como sus soldados.—Vadean con singular peligro el Elba, y Cárlos pasa muestra al ejército. 51
- Atemorizados los protestantes por la osadía de los españoles, se repliegan á Wittemberg.—Arrojase Cárlos I contra los enemigos, lanza en ristre y á la cabeza de sus tropas, en las landas de Lochau.—Es completamente derrotado el ejército del elector.—Queda el suelo lleno de cadáveres de protestantes, desde Kossdorf á Falkembourg.—Es herido y prisionero el elector.—Breve y significativo diálogo entre el César y el prisionero.—Dirigese el ejército imperial contra Wittemberg, capital de Sajonia.—Defiende á Wittemberg Sibila de Cleves, esposa del elector.—Circunstancias de la plaza. 52
- Juzga al elector un consejo de guerra.—Es sentenciado á muerte.—Serenos valor del sentenciado.—Perdónale el emperador la vida.—Condiciones del perdón. 53
- Entrégase Wittemberg.—Visita el emperador el sepulcro de Lutero.—Notables palabras de aquel.—Dirigese despues contra el landgrave de Hesse.—Preséntase el landgrave á Cárlos I. 54
- El perdón de aquel no es completo.—Entran los españoles en Augsburgo.—Dieta de Augsburgo.—Proyecto del emperador respecto á la corona del imperio.—Ayúdale su hermana la reina doña Maria la VALEROSA, gobernadora de Flandes.—No accede el rey D. Fernando. 55
- Pedro Luis Farnesio es asesinado en su ducado de Placencia.—Origen de la conspiracion.—El emperador es proclamado en Placencia.—Disgusto de Paulo III.—La Dieta de Augsburgo reconoce la autoridad del concilio de Trento. 56
- Pide con este motivo el César la traslacion del concilio, que á la sazón se hallaba en Bolonia.—No accede el Pontífice.

ESPAÑA.

- Fallece el secretario Francisco de los Cobos.—Córtes en Aragón.—Objeto de la convocacion.—Resultado.—Peticiónes de las Córtes. 57
- Acuerdo importante tomado por el príncipe regente á instancia de los diputados.—Fallece el gran Hernan Cortés, conquistador de Méjico.—Disgustos que sufrió aquel célebre y valeroso varón.—Injusticia con que fué tratado. 58
- Año 1548.**
- Enfermo el César, determina que pase á Flandes el príncipe su hijo.—Célebres instrucciones mandadas por el emperador al príncipe. 59
- Córtes de Castilla (en Valladolid).—Despidese el príncipe don

- Felipe.—Dirigese este á Flandes. 63
 Su comitiva.—Llega el príncipe á Zaragoza.—Visita en Cataluña á Nuestra Señora de Monserrat.—Hácese en Rosas á la vela.—Festejos y obsequios que recibe.—Generosidad del príncipe en Milan. 64

CONTINUACION DE LA CUESTION RELIGIOSA.

- Medida que adopta el César para zanjar la cuestion religiosa.—El *Interim*.—Disgústase Roma.—Manda el emperador cumplir el *Interim*.—Sublévanse Strasburgo, Constanza, Magdemburgo, Bremen, Augsburgo, Ulm, Spira, Maguncia y Colonia. 65
 El valeroso César parte con su ejército y somete, una por una, todas las ciudades.—El Pontífice suspende las sesiones del concilio de Bolonia.—El César manda á los prelados súbditos suyos permanecer siempre en Trento.

Año 1549.

MUERTE DEL PONTÍFICE.

- Agrega Paulo III á los dominios de la Santa Sede el ducado de Placencia.—Disgusto de Octavio Farnesio, hijo del asesinado Pedro Luis.—Dirigese aquel á su suegro el emperador.—Fallece el Pontífice. 66
 Reunion del cónclave.—Dividese en bandos.

LLEGADA DEL PRÍNCIPE Á FLANDES.

- Es recibido el príncipe en Bruselas con ostentacion y alegría.—Escena de familia.—El César convoca á todos los estados de Flandes.—Es reconocido y jurado heredero el príncipe D. Felipe.—Fiestas y torneos. 67
 Disgústanse los flamencos con el príncipe, por la predileccion que demuestra por los españoles.

Año 1550.

- Sufrimientos del César, á consecuencia de los dolorosos ataques de gota.—Festéjase el aniversario de Carlos I. 68
 Grave peligro que corre el príncipe.—Mejora el César y se dirige con su hijo á la Dieta de Augsburgo.—Vuelve á insistir el César en su idea relativa á la corona imperial.—Tienen el mismo mal resultado sus gestiones. 69
 Preséntase en la Dieta el sobrino del César, Maximiliano de Austria, hijo del rey de romanos.—Es proclamado rey de Bohemia.—Es elegido Juan María del Monte para suceder

- á Paulo III.—Adopta el nombre de Julio III.—Rectitud del nuevo Pontífice.—Hambre en Roma.—Caridad de Julio III.—Restituye á Trento el concilio.—Mauricio de Sajonia. 70
Infernales intrigas de Mauricio. 71

DECENIO SEXTO.

Año 1551.

- El landgrave de Hesse.—Reapertura del concilio de Trento.—Enrique II de Francia. 72
Brillantez material del concilio.—Parten al concilio el duque de Alba y el arcediano de Liege, como embajadores del César.—Este fija su residencia en Inspruck.—Ríndese Magdeburgo.—Queda prisionero el duque de Mecklemburgo, cesariano.—Condiciones con que se rindió Magdeburgo al emperador. 73
Continúan las feas y alevosas intrigas de Mauricio de Sajonia. 74
Manda sus embajadores á Trento.—Presentan estos al concilio una *profesión de fé*.—Notician al ministro Granvella (del emperador) la traicion de Mauricio.—No la da crédito el ministro. 75
Tratos secretos del de Sajonia con Enrique II de Francia, contra el emperador.—Condiciones de la proyectada alianza.—Deseoso de romper con el emperador á quien tanto debia, pide Mauricio la libertad del landgrave de Hesse.—Niega el César la peticion. 76
Finge Mauricio querer trasladarse á Inspruck, para vivir cerca del emperador.—Regresa á España el príncipe de Asturias, investido de todas las facultades de soberano, en calidad de *alter ego* del emperador, su padre.—Desembarca el príncipe en Barcelona.—Pasa á Navarra y es jurado en Tudela.—Cásase la infanta doña Juana, hija del emperador, con el príncipe de Portugal.

Año 1552.

- Agrávase de la gota, Carlos I.—Nueva y más negra infamia de Mauricio de Sajonia.—Dirigese este á Inspruck, y se detiene en el camino fingiéndose enfermo. 77
Avisa de su *enfermedad* á su bienhechor Carlos I.—Parte en el acto para la Turinghia, y se pone al frente del ejército enemigo, que le estaba esperando.—Sentimiento del César al saber la negra ingratitud de su protegido.—Descúbrese la alianza del sajón con el francés.—Fatales circunstancias en que se hallaba el César.—Avanza Mauricio hácia Augsburgo.—Dirigese Carlos I á su hermano D. Fernando, para que entable negociaciones con el rebelde. 78
Aviéndose Mauricio á tratar con el rey de romanos (D. Fernando) en Lentz.—Acuérdase una segunda entrevista en Passau.

- Sale de Lentz Mauricio y se apodera de Ehremsberg.—
Pasa al Tirol el ingrato sajón, decidido á prender á su bien-
hechor Carlos I.—Dirigese aquel á Inspruck.—Sublévase
su tropa en el camino.—En tanto el enfermo emperador sale
de Inspruck en una litera.—Siete horas despues aparece en
Inspruck el villano traidor. 79
- Llega el César á Villach (en Illiria).—El condestable Montmo-
rency, caudillo de Francia, gana á Toul, Metz y Verdun.—
En Metz entran los franceses por un miserable engaño.—
Suspéndense las sesiones del concilio de Trento, por temor
á Mauricio.—Dignidad y valor de los preladados españoles.—
Sus dignisimas palabras.—Mauricio permite á sus tropas en
Inspruck el saqueo. 80
- Dirigese el sajón á Passau, para celebrar la segunda confe-
rencia con el rey de romanos.—No accede este á las propo-
siciones del primero, y pasa á Villach, á consultar con su
hermano el César.—Conferencian ambos.—Circunstancias
generales que hacen necesaria la transaccion con el rebelde. 81
- Este trata de ganar á D. Fernando con promesa de auxilios
para la guerra de Hungria.—Conserva el emperador su de-
coro al revisar las proposiciones.—Abandona el traidor á
Passau y sitia á Francfort-sur-le-Mein.—Llama D. Fernan-
do á Mauricio.—Regresa este á Passau.—Ajustase la trans-
saccion.—Condiciones de esta. 82
- Recobran su libertad el landgrave de Hesse y el elector de Sa-
jonia.—Reúnese el ejército imperial y con él sale el César
de Villach. 83
- Aproximase á Metz.—Sitia á esta plaza.—Aparece Alberto de
Brandemburg con un fuertísimo ejército.—No se decide por
los sitiados ni por los sitiadores.—Unos y otros procuran
atraerle.—Decidese por el César.—Fuerzas materiales del
ejército imperial. 84
- Los rigores del invierno exacerban los padecimientos de Car-
los I.—Enfermedades en el campo imperial.—TANTA MU-
BAJAS en un mes de sitio.—Memorables palabras del César.
—Levántase el sitio. 85
- Noble comportamiento del duque de Guisa, supremo caudillo
francés. 86

ESPAÑA.

- Córtes aragonesas en Monzon.—Objeto de aquellas.—Acuer-
dos de las mismas.—Acudese á particulares donativos para
remediar las quebras del tesoro. 87

Año 1553.

- El emperador propone al príncipe el enlace con la reina Ma-
ría de Inglaterra.—Acepta el príncipe la idea.—Recibela
placenteramente también la futura esposa. 88 A
- Razones en favor del proyectado enlace.—Guerra entre Al-

- berto de Brandemburgo y los príncipes alemanes.—Es caudillo del ejército de estos el traidor Mauricio de Sajonia.—Batalla de Liverhausen.—Es derrotado Alberto. 89
- Muere el infame Mauricio duque de Sajonia, de un pistoletazo.—Desgraciado fin de Alberto de Brandemburgo.—Rebelion de Siena.—El duque de Florencia, protegido del emperador, manda refuerzos en favor de este, con el marqués de Marignano.—Refuerza también el ejército del César don Juan Manrique de Lara. 90
- Son vencidos los franceses por los imperiales, cerca de Siena.—Esta capitula.—Condiciones de la capitulacion.—Celebre suceso: valor y fidelidad de tres españoles. 91
- Sitúa el emperador á Tèrvere, plaza francesa.—Tómanla gloriosamente los españoles por asalto.—Toman también por asalto á Herdin.—Queda prisionero Roberto de la Marca, general francés.—Queda vengado el desastre de Metz. 92

Año 1554.

- Refuerza el francés su ejército de Flandes.—Llega el general Saint-André á Mariemburgo.—La entrega el traidor Martigni.—Fin desastrado de este desleal. 93
- Desmanes del ejército francés.—Enfermo el emperador, pónese al frente del ejército su sobrino Filiberto Manuel, duque de Saboya.—Energía, valor y fuerza de alma del emperador.—Pasa al campamento en una litera.—Haciéndose superior á sus dolorosos padecimientos, dirige la accion.—Batalla.—Triunfo del emperador.—Retíranse los franceses hasta Compiegne.—El César regresa á Brusélas. 94

CASAMIENTO DE D. FELIPE, PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

- Pide el emperador para su hijo la mano de la reina María de Inglaterra.—Contrato matrimonial.—Disgusto disimulado de los ingleses. 95
- Intrigas de un pretendiente á la corona inglesa.—Conspiracion.—Es sofocada.—Suplicio de Juana Grey y de sir Thomás Wyat.—Queda sujeta á una estrecha vigilancia la princesa Isabel, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena.—Prepara el príncipe de Asturias su viaje á Inglaterra.—Precauciones que toma D. Felipe.—Cartas á todas las ciudades de voto en Córtes, dando parte del casamiento del príncipe.—Toma la regencia de España la infanta doña Juana, princesa de Portugal, hija del emperador y hermana del príncipe.—Dirigese este de Valladolid á la Coruña. 96
- Magnífica y poderosa armada en que toma rumbo el príncipe.—Personajes que le acompañan.—Es recibido en Londres con gran ostentacion.—Cede el emperador en favor de

- su hijo el reino de Nápoles y el de Sicilia.—Diálogo de los futuros esposos.—Celebranse los régios desposorios en la catedral de Winchester. 97
- Original obsequio que reciben los ilustres desposados.—El canciller de Inglaterra proclama á D. Felipe y doña María reyes de Inglaterra, de Escocia, de Nápoles, príncipes de Asturias, etc. 98
- Año 1555.**
- DRAGUT.**
- Quién era Dragut. 98
- Sale en su persecucion el célebre Andrea d'Oria.—Le hace prisionero.—Rescátale el famoso pirata Haradin Barbaroja.—Este nombra á aquel *general* de todos los corsarios moros y turcos.—Hácese jefe supremo de una armada de piratas.—Sus astucias.—Roba 20,000 ducados en una sola vez.—Retírase á los Gelbes.—Dirigese contra la ciudad llamada Africa (*Turris Annibalis*)—Quitase á los moros. 99
- Dispónese el príncipe de Melfi (d'Oria) á salir en persecucion del célebre pirata.—Sitia el ejército imperial á la ciudad de Africa.—Asaltos infructuosos.—El emperador, hallándose en la Dieta de Augsburgo, adopta disposiciones para auxiliar á los suyos en Africa.—Preséntase el feroz Dragut en socorro de su ciudad. 100
- Aparece Dragut el día de la festividad de Santiago MATAMOROS (asi le llamaban los soldados).—Van los españoles en busca del pirata.—Comienza la lucha sobre la montaña.—Perece heroicamente D. Luis Perez de Vargas, gobernador de la Goleta.—Horrible lucha cuerpo á cuerpo. 101
- Andrónico Espinosa (ó Spinola).—Obras importantes que aquel realiza.—Baterías flotantes. 102
- Asalto.—Lucha dentro de la ciudad.—Es tomada la plaza de Africa.—Queda de gobernador D. Alvaro de Vera, primogénito de D. Juan, que dirigió el asalto.—Huye Dragut á los Gelbes.—Es arrasada la ciudad de Africa.—Pasa Dragut al servicio de Soliman II.—Propone á este aquel una empresa contra la isla de Malta. 103
- Acuden los caballeros á defender su isla.—Desembarcan cinco mil turcos para probar fortuna.—Carnicería hecha en los ismaelitas por los comendadores de Malta.—Levantán los turcos el sitio.—Tripoli cae en poder de Sinan, por *traicion de un francés*.—Castigo de los malos defensores de Tripoli.—Piérdese Bujía. 104
- Atacan á esta plaza cuarenta mil hombres; defiéndenla quinientos.—Entrégase la plaza.—Es juzgado, sentenciado, degradado y decapitado en Valladolid el gobernador de Bujía. 105

GUERRAS DE ITALIA.

- Continúa la guerra en Toscana y en el Piamonte.—Encárgase del mando del ejército imperial el duque de Alba.—Conspiración contra Francia y en favor de España, inventada y dirigida por un franciscano.—Véndele un traidor, y aquella es descubierta.—Castigos.—Dieta de Augsburgo.—Presidela por el doliente emperador su hermano D. Fernando, rey de romanos. 106
- Procede el real presidente á gusto de la generalidad.—Fallece el Sumo Pontífice Julio III.—Es elegido para sucederle Marcelo Cervino (Marcelo II).—Fallece poco después, con general sentimiento, por sus virtudes.—Elige el conclave al cardenal Caraffa (Paulo IV), á la edad de más de ochenta años.—Su extraña conducta.—No es afecto el nuevo Pontífice al emperador. 107
- Proyecto de alianza entre Francia y Roma.—Pasa á la ciudad eterna el cardenal de Lorena, como representante de Enrique II.—Intrigas de los sobrinos de Paulo IV.—En tanto que el rey francés trataba de aliarse con Paulo contra el emperador, estaba con este en tratos secretos para ajustar una tregua de cinco años.—Pasa á Roma Garci Laso de la Vega, como embajador de España. 108
- Carácter del embajador.—Es arrestado.—Recobra su libertad, y deja memoria en la antigua ciudad de los césares de su valor y firmeza.

ABDICACION DE CARLOS I.

- Reflexiones acerca de la grandeza de alma del emperador. 109
- Causas que, *segun algunos*, motivaron la inesperada resolución de abdicar.—Fallece en Tordesillas la desventurada reina doña Juana, llamada la Loca.—Llama el César á su hijo el príncipe de Asturias y rey de Inglaterra.—Convoca Carlos I, para reunirse en Bruselas, á los estados de Flandes.—Prepárase el salon del trono.—Capítulo de la insigne orden del Toison de Oro.—Renuncia el emperador en su hijo el maestrazgo de la referida orden. 110
- Abdica Carlos I en Felipe II la soberanía de los estados de Flandes.—Discurso que pronuncia su sobrino, el duque de Saboya, presidente del consejo de Flandes. 111
- Discurso del emperador.—Sus notables palabras.—Su tierna y sentida despedida.—Sentimiento y llanto generales. 112
- Palabras del nuevo rey.—Habla despues por él el obispo de Arrás (Granvella).—Jura el nuevo soberano las leyes, fueros, privilegios, etc.—Juran al rey los representantes de Flandes, Limburgo, Luxemburgo, Güeldres, etc.

Año 1556.

- Abdica el emperador la refulgente corona de Castilla, León, etc.—Es proclamado Felipe II en Valladolid. 115

- Tregua de cinco años entre España y Francia.—Disgusto de Paulo IV.—Intrigas de los Caraffas, sobrinos del Pontífice.—Escandalosa é injustificada medida tomada en Roma contra Felipe II.—Templanza y moderacion de este.—Reune el rey una asamblea de teólogos, para proceder con acierto en la cuestion romana. 116
- Dictamen de los teólogos.—Dura y fuertísima carta dirigida por el duque de Alba, virey de Nápoles, al Sumo Pontífice. 117
- Penetra el duque-virey en los estados romanos con su ejército.—Apodérase de varias plazas, en nombre del colegio apostólico de cardenales.—Propone Paulo IV al de Alba un armisticio.—Tregua de cuarenta dias.—Impide el francés la realizacion de la paz.—El emperador se prepara para trasladarse á España.—Despréndese tambien de la corona del imperio. 120
- Embarcase el César en Zuitburgo (Zelanda), con sus dos hermanas, las reinas doña María y doña Leonor.—Placer y sentimiento de D. Carlos I al pasar por Gante, ciudad en donde habia nacido.—Desembarca en Laredo.—Célebres palabras del emperador.—Dirigese á Medina del Campo. 121
- Toma la yuclta de Búrgos.—Llega á la corte (Valladolid).—Disgústase al observar el carácter é inclinaciones de su nieto el príncipe D. Carlos.—Parte para Yuste, lugar de su retiro.—Dificultades que se ofrecen en el camino.—Es transportado en hombros el César.—Descansa en Jarandilla, en el magnifico palacio del conde de Oropesa 122
- Pasa el César á examinar su retiro.—Vuelve á Jarandilla muy satisfecho.—Ejército francés mandado por el duque de Guisa, que penetra en Italia.—El rey D. Felipe pide desde Flandes auxilios pecuniarios.—Incomprensible escasez del tesoro.—Arbitrios que propone el consejo de Hacienda 123
- Rentas y gastos en 1557. 124
- Año 1557.**
- Intrigas que ponen en juego los que han de acompañar al emperador, para que este no pase á Yuste.—Situacion y circunstancias de este pueblo.—Recibe dinero D. Carlos, y se dirige á su retiro. 125
- Desmientese lo que algunos autores aseguran respecto de la vida que en el retiro observaba el emperador. 126
- Carta del emperador á su hija la princesa regente de España. 127
- ITALIA.**
- Llega á Roma el duque de Guisa.—Recibenle triunfalmente y es muy agasajado por Paulo IV.—Desengánase el de Guisa, engañado hasta entonces por Carlo Caraffa.—Pone sitio el caudillo francés á Civitella dell' Tronto (Nápoles). 128
- Presentase el duque de Alba, y el de Guisa levanta apresuradamente el sitio.—Pica la retaguardia del enemigo el de

Alba, y al vadear el Tronto le ocasiona pérdidas. — Disgrú-
tase Guisa y quédase á Paulo IV. — Toma providencias Felipe
II para enfrenar la osadía francesa y rechazar la injusti-
ficada invasión. — Hácense levas y reclutas en España,
Alemania, Flandes, Bohemia y Hungría. 129

Concédese á Felipe II, rey á la sazón tambien de Inglaterra,
el auxilio de un cuerpo de ocho mil ingleses mandados por
el conde de Pembroke. — Nombra el rey á su primo el duque
de Saboya, general en jefe del ejército beligerante. — Acuer-
da el consejo poner sitio á San Quintín. — Figúrase un ata-
que á Marienburg. — Cambiase repentinamente y queda si-
tuada San Quintín.

CÉLEBRE BATALLA DE SAN QUINTIN.

Quedan los arrabales en poder de los españoles, á las veinti-
cuatro horas de haber puesto el sitio. — Vacilan los defen-
sores. 130

Valor del almirante Coligny. — Activa Felipe II, personalmen-
te, las operaciones y preparativos de guerra. — Da vista á
San Quintín el condestable Montmorency. — Penetra bizar-
ramente en la sitiada plaza un hermano de Coligny, á costa
de la vida de muchos de los suyos. — Carga con la caballería
el bizarro conde de Egmont á los franceses. — Pronta inte-
ligencia del duque de Saboya. — Completa derrota de los
franceses. — Nombres de los notables personajes prisioneros
en San Quintín. 131

Quién fué el que hizo prisionero al condestable Montmorency
— Quitáanse á los franceses toda la artillería, CINCUENTA BAN-
DERAS, é infinitos despojos. — Quiere seguir hasta París el
duque de Saboya. — No se determina el rey á seguir el con-
sejo. — Llega el rey á las líneas de San Quintín. — Intima á
la plaza la rendición. — Niégase Coligny. — Valerosa defen-
sa. — Heroico ataque. — Ríndese San Quintín el 27 de Agosto
(1554). — Desórdenes cometidos por los vencedores, no es-
pañoles. 132

Un soldado (Francisco Diaz) hace prisionero al almirante Co-
ligny. — Quedan igualmente prisioneros con este, y con
Montmorency, el hermano del almirante y un hijo del con-
destable. — Entra triunfalmente en San Quintín Felipe II. —
Destrozos hechos por ingleses y por alemanes. — Pérdidas de
españoles durante el asalto. — Dirígese el rey á Bruselas. —
Nombres de los célebres españoles que tomaron parte en la
famosa batalla, asalto y toma de San Quintín. 133

Queda en la rendida plaza de gobernador por Felipe II el con-
de de Abresfem. — El conde de AreMBERG, general español,
toma á Chatelet. — El duque de Saboya se apodera de Ham. —
Enojo de Enrique II de Francia. — Pide auxilio al gran turco. 135

Paulo IV solicita de Felipe II la paz. — Tratado de Cavé. —
Condiciones del tratado de paz. — Artículos reservados. — Ce-
de el rey de España á Cosme de Médici, duque de Toscana,
la ciudad de Siena. 136

Entra en Roma el duque de Alba.—Recíbele el Pontífice con magnificencia.—Formase un grande ejército francés en Compiègne, al mando del duque de Guisa.

Año 1558.

Cárlas I, el emperador, en Yuste.—Deshácese los errores de que están plagadas algunas historias, relativos á la vida observada en el monasterio por *el retirado de Yuste*. 137

Empieza Carlos I á desprenderse de los últimos restos de su pasada grandeza, mandando se le trate como á un simple particular,

MUERTE DEL EMPERADOR.

Desmiéntese la especie de que dispuso el César sus funerales en vida. 138

Desierto cometido por el emperador. 139

Siéntese enfermo á consecuencia de aquel.—Dispone su testamento.—Llámasse un nuevo médico (Cornelius).—Fallece el gran Carlos I con el mismo ánimo que tuvo durante su gloriosa vida.—Carta de D. Luis de Quijada al secretario Juan Vazquez de Molina. 140

Carta de dicho Quijada al rey Felipe II. 141

Es enterrado el emperador bajo el altar mayor de Yuste, según su última disposición, y despues trasladado al Escorial.—Solemnes honras.—Ridículas exigencias del corregidor palentino.—Cede de aquellas, con ciertas condiciones. 143

Hijos de Carlos I.

GUERRA CON FRANCIA.

Toma el duque de Guisa á Calais, á la sazón posesion inglesa.—Rinde á Guines.—Intrigas de Enrique II para perjudicar al rey Felipe. 144

Sitia el de Guisa á Thionville.—Toma á Thionville á costa de la vida de Pietro di Strozzi, general francés.—Sentimiento de Enrique II, que manda vistá la corte de luto.—Junta como de rebato quince mil hombres el duque de Saboya, siguiendo Egmont con tres mil caballos, y encuentran al ejército francés junto á Gravelines (Gravelingas).—Batalla de Gravelines.—Mucho valor de una y otra parte.—Decide la cuestion una armada inglesa, que acaso pasaba por aquella costa.—Completa derrota de los franceses.—Queda prisionero Termes, general francés que mandó la batalla.—La rota de San Quintin fué llamada *segunda parte de la rota de Pavia, y la de Gravelines segunda parte de la rota de San Quintin*. 145

Reune cuarenta mil hombres el de Guisa, y va en busca del de Saboya.—Fija sus cuarteles en Pierre-Pont, y el duque de

- Saboya en Durlens.—Razones por las que unos y otros desean la paz.—Intrigas de la condesa de Valentinois. 146
 Encarga el rey de Francia las negociaciones de paz al prisionero condestable Montmorency.—Casualidad que aparece para contribuir á la realizacion de la paz.—Permite el rey de España á Montmorency abandonar la prision, para tratar de la paz con Enrique II.—Señalase la abadía de Cercamp para las conferencias.—Comisionados que por una y otra parte se reúnen en Cercamp.—Fallece la reina de Inglaterra, esposa del rey Felipe II.

ESPAÑA.

- Continúan los apuros de dinero. 147
 Siguen las ventas de títulos de honor, etc.—Daños ocasionados por las medidas adoptadas para hacer dinero.—Flota llegada de Indias. 148
 Carta de la gobernadora, respecto de la flota, á Felipe II. 149
 Cortes en Valladolid.—Peticiones de aquellas. 150
 Resultado de las peticiones.

Año 1558.

PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

- Sube al trono inglés la hija adulterina de Enrique VIII y Ana Bolena, la llamada infanta Isabel.—Conferencias en Cercamp. 151
 Ofrece el rey Felipe su mano á la nueva reina de Inglaterra.—Ajustase la paz entre España y Francia en Cercamp.—Condiciones del tratado. 152
 Disgusto de los franceses, por considerar el predicho tratado humillante para Francia.—Cásase la hermana del rey Enrique II con el valeroso Filiberto Manuel, duque de Saboya.—Festejos por este enlace y por la publicacion de la paz.—Llega á Francia el duque de Alba, con la mision de pedir para el rey de España la mano de la hermana del de Francia, Enrique II, llamada Isabel de Valois, y despues Isabel de la Paz. 153
 Desgraciada é imprevista muerte de Enrique II de Francia.—Fallece Paulo IV.—Personajes muertos en muy poco tiempo. 154

REGRESO A ESPAÑA DE FELIPE II.

- Nombra diez y siete gobernadores, para igual número de provincias flamencas.—Erige en sedes episcopales las diez y siete provincias.—Palabras del príncipe de Orange.—Trata

- el rey de proveer el empleo de gobernador general ó regente de aquellos estados.—Esperanzas de Orange. 155
- El rey no las destruye.—Proyectos del príncipe.—Nombra el rey á su hermana Margarita de Austria.—Circunstancias de la nueva gobernadora.—Circunstancias del ducado de Parma. 156
- Comienza Orange á preparar su traicion.—Toma Felipe II todas las medidas que le parecen necesarias, y se apresta á partir.—Sesion de despedida.—Dirigese el rey á Zelanda, y se embarca en Flesinga.—Desembarca en Laredo.

ESPAÑA.

- Reflexiones acerca de los castigos impuestos por la Inquisicion. 157
- Personajes encausados. 158
- Autos de fé.—Circunstancias y sucesos ocurridos en el auto de fé celebrado en Valladolid.—El Dr. Cazalla. 159
- El licenciado Herreruero. 160
- Nombres de los demás procesados y condenados. 161
- Palabras, tal vez falsas, que se ponen en boca de Felipe II. 162
- Pragmática perjudicial, expedida en Aranjuez. 163
- Reflexiones hechas sobre la expresada pragmática.

Años 1559 y 1560.

LLEGADA Á ESPAÑA DE DOÑA ISABEL DE LA PAZ.

BODAS REALES.

- Llega la reina á San Juan de Pié de Puerto.—Trasládase á Guadalajara.—Pasa el rey á dicha ciudad.—Desposorios. 164
- Trasládanse los reyes á Toledo.—Breve explicacion de los festejos reales.—Enferma la reina.—Se restablece.—Cortes en Toledo.—Jura del príncipe de Asturias.—Petitionen presentadas al rey por los diputados. 165
- Elige el rey para capital del reino y corte de las Españas la villa de Madrid.—Flota de Indias; relacion del dinero que llegó á España. 166
- Productos de los dominios ultramarinos.—Pobreza de la nacion. 167

ÁFRICA.

- Trátase de reconquistar á Trípoli.—Impericia del duque de Medinaceli.—El temporal le detiene en Siracusa.—Llega á los Gelbes.—Toman los españoles el castillo.—Obstinacion del duque de Medinaceli.—Aparece la escuadra turca mandada por Piali.—Desórden en el campo del duque. 168
- Desgracias producidas por la precipitacion.—Sálvase el duque.—Cargan doce mil turcos sobre la fortaleza.—Valor fa-

- buloso de los españoles.—Dragut y Pialy admirados, instan para que se entreguen ofreciéndoles la vida.—Heróico comportamiento de D. Alvaro de Sande.—Entran en el castillo los turcos. 169
- Espectáculo imponente.—D. Alvaro con otros capitanes, incluso el primogénito de Medinaceli, es llevado cautivo á Constantinopla.—Muere el último de aquellos en el cautiverio.—Petición de las Córtes, relativa á la necesidad de hacer una guerra formal al turco. 170
- Muere el celeberrimo Andrea d'Oria, almirante de España y príncipe de Melfi.

DECENIO SÉTIMO.

Año 1561.

- Consejos para determinar lo que conviene acerca de la última petición de las Córtes. 171
- Penuria del estado: trátase de formar presupuestos, y de hacer economías.—Aumentanse mucho las consignaciones del príncipe y de la reina.

Año 1562.

- Exposicion del consejo de Hacienda al rey. 172

ESCORIAL.

- Origen de esta fundacion.—Cítase como cierto, al tratar de la fundacion expresada, lo que algunos autores, sin bastante fundamento, niegan. 173
- Palabras del rey.—Trátase de probar el verdadero origen de la creacion del monasterio de *San Lorenzo*.—Piensa el rey en la eleccion de sitio para la edificacion.—Fijase en las laderas del Guadarrama.—Comision de arquitectos, médicos y geólogos que pasa á examinar y elegir el terreno. 174
- Es elegido aquel cerca del Escorial y de la Alberquilla, junto á la dehesa de la Herrería, á ocho leguas próximamente Norte de Madrid.—Circunstancias ventajosas del terreno.—Pasa el rey á ver el sitio elegido y queda de él muy contento y satisfecho.—Es preferida la órden de San Gerónimo para poblar el nuevo monasterio.—El capítulo reunido en San Bartolomé de Lupiana, elige prior y vicario para San Lorenzo del Escorial.—El célebre arquitecto Juan Bautista de Toledo, ante el rey y la córte, tira las líneas y demarca y acota el vastísimo perímetro del colosal edificio. 175

AFRICA.

- Una armada mandada por el virey de Argel, hijo de Barbaroja, se dirige á las costas de Valencia.—A consecuencia de

esto, son desarmados los moriscos valencianos.—Desiste Hassem, el virey de Argel, y proyecta la reconquista de Oran y de Mazalquivir.—Instantáneas providencias tomadas contra el turco en España.—Gran armada, al mando de D. Juan de Mendoza.—Brillantes tercios de veteranos españoles.

Año 1563.

ÁFRICA.

- Leva anclas la armada en Málaga.—Es aquella deshecha por un furioso temporal.—Sumérgense unas naves, otras se estrellan.—Perece D. Juan de Mendoza. 176
- Animado Hassem á consecuencia del horrible desastre, aumenta su ejército.—Pónese al frente de Mazalquivir con *cien mil* hombres.—Heróico valor del conde de Alcaudete y de D. Martín de Córdoba su hermano.—Once veces asaltan los islamitas, y otras tantas son rechazados por los españoles, á pesar de estar destrozadas por la artillería enemiga las fortificaciones.—Nueva armada española.—Pónese al frente de ella D. Francisco de Mendoza.—Zarpa la armada del puerto de Barcelona.—Da vista á Mazalquivir, acomete á la escuadra enemiga y la derrota y deshace en pocos momentos.—Impetuosa salida de los sitiados.—Huye Hassem, como un cobarde, con *noventa mil* hombres.—Los soldados españoles entre los de la armada y los sitiados no llegaban á *SIETE MIL* 177
- Surte el bizarro Mendoza de víveres y municiones á Mazalquivir y Oran y regresa á España.—Entra triunfalmente en la corte.—El rey le remunera largamente y á todos cuantos tomaron parte en aquel gloriosísimo hecho de armas, incluso los soldados, haciendo extensiva la munificencia á las viudas y huérfanos de los que sucumbieron.—Trátase en España de reconquistar el Peñon de la Gomera.—Nombraba el rey jefe de la expedición al bizarro Mendoza.—Fallece este, antes de darse á la vela.—Es nombrado para reemplazarle D. Sancho Martínez de Leiva: la vanguardia va á cargo de D. Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz.—Comprende Leiva, al examinar el Peñon, que no cuenta con los elementos necesarios para la reconquista.—Regresa á Málaga.—Cará-Mustafá, pirata, gobernador del Peñon.—Defensas naturales y artificiales de la fortaleza. 178
- Pide Mustafá socorro al rey de Fez, temiendo la vuelta de los españoles.—Armada española, compuesta de *noventa y tres galeras* y *sesenta* buques de diversos portes.—Tropas: *seis mil* españoles y *ocho mil* italianos, alemanes y flamencos.—Toma el mando de la armada D. García de Toledo, marqués de Villafranca y duque de Fernandina, gobernador de Cataluña.—D. Sancho Martínez de Leiva va de lugarteniente.

ESPAÑA.

- Córtés de Castilla.—Objeto de estas.—Petición acerca de la desamortización de bienes del clero regular y secular. 179
 Decreto del rey.—Petición acerca de la reforma de trages.—Reflexiones relativas á este punto. 180
 Párrafos copiados de la pragmática expedida acerca del expresado asunto.—Concesion hecha al rey por las Cortes de Aragon.—Resultado de estas Cortes. 181
 Es colocada la primera piedra del magnifico templo de San Lorenzo del Escorial.—Pormenores de esta ceremonia.

Año 1564.

ÁFRICA.

- Llega la expedicion española al Peñon de la Gomera.—Sitio. 182
 Destrozo hecho por la artillería española.—Entrégase el Peñon.—Choque con los moros auxiliares de Fez.—Son estos destrozados.—Nombra el rey virey de Sicilia á D. Garcia de Toledo, vencedor en el Peñon. 183

CONCILIO DE TRENTO.

- Son condenados y decapitados los Carraffas, por sentencia del Consejo romano.—Gestiones de Felipe II cerca de Pio IV para la continuacion del concilio.—Accede el Sumo Pontifice.—Desea el rey de España que la nueva reunion de prelados sea para continuar el concilio y no para celebrar uno nuevo.—Dirigese á Roma D. Juan de Ayala, en calidad de embajador extraordinario, con el objeto de que se determine el punto en cuestion.—Queda sin decidir.—Apertura del concilio.—Logra el rey sus deseos, y el Santo Padre decide que continúe el primitivo concilio.—Cuestion sobre las palabras *proponentibus legatis*. 184
 Salvoconducto expedido por el concilio á favor de los protestantes y demás sectarios.—Terminacion del concilio.—El cardenal de Lorena.—Confirma el Sumo Pontifice todos los cánones del concilio Tridentino.—Prelados que asistieron á tan memorable é interesante asamblea. 185
 Españoles célebres que tomaron parte en el concilio.—Acepta Felipe II y manda aceptar y cumplir los decretos del concilio en España, Flandes, Nápoles, etc.—Opinion favorableísima del erudito Lafuente acerca de este concilio ecuménico. 186

FLANDES.

- Estado alarmante de las provincias de Flandes.—Margarita de Austria, gobernadora de Flandes.—Circula la voz de que va á establecerse en Flandes la inquisicion de España.—El

- rey cercena los privilegios de los flamencos. 187
- Granvela*.—Su autoridad y favor con el rey.—Odio que le profesan los flamencos.—Guillermo de Nassau, príncipe de Orange.—Sus cualidades y circunstancias.—Motivo ó pretexto del disgusto general de los flamencos.—Acertada providencia tomada por la gobernadora.—Orden del rey, contraria á la decision de Margarita.—Indignacion popular.—Determinacion del pueblo.—Accede el rey á las instancias de su hermana la gobernadora, y revoca la órden dada. 188
- Es elevado *Granvela* á la dignidad de cardenal.—El príncipe de Orange escribe al rey.—Contesta Felipe II.—Cumple este lo que prometió á Orange y al conde de Egmont.—Falso carácter de Orange.—Nuevos motivos de disgusto. 189
- Prudente arbitrio que adopta la gobernadora.—Quitado el motivo de disgusto, los revolucionarios echan mano de un verdadero pretexto para no tranquilizarse.—Crece el odio contra *Granvela*.—Lucha perpétua de la gobernadora con su hermano el rey. 190
- Disgústase la gobernadora con el rey Felipe por una negativa que recibe.—Fidelidad de algunos magnates flamencos.—Escisiones parciales.—Respuesta del rey á los tres puntos capitales que habian tomado por pretexto los flamencos para rebelarse.—No quedan estos satisfechos, porque querian realizar la revolucion.—Liga de los magnates. 191
- Doble y falso carácter de Orange.—Sepáranse de los conjurados varios aristócratas, con el conde de Aremberg á su cabeza.—Importante carta de Orange y de los condes de Egmont y de Horn, dirigida á Felipe II. 192
- Tarda en contestar el rey.—Manifiesta la conveniencia de que venga á España el príncipe, ó Egmont, ó el de Horn.—No estando ninguno de los tres libre de mancha, no se determinan á trasladarse á España.—Limitanse los que son aparentemente leales á dejar de asistir al consejo, sin otra razon que la de estar en él *Granvela*.—Viene á Madrid *Thomas Armenteros*, secretario de la gobernadora.—Respuesta del rey dada á su hermana por medio de *Armenteros*. 193
- Sale *Granvela* de Flandes, con direccion á Borgoña.—Alegria de los conjurados.—Quitado el pretexto, buscan otro.—Carta de la gobernadora al rey.—Traduccion. 194
- Motín del pueblo en Amberes.—Causa que le produjo.—Repite en otros puntos.—Tranquilizase el pueblo.—El rey manda aceptar el concilio de Trento.—Con este motivo se manifiestan muchos nobles abiertamente protestantes.—Toman por pretexto que las determinaciones del concilio se oponian á los privilegios de varias de aquellas provincias.—Pugna abierta entre el rey y los flamencos, injustificable, entonces, de parte de los últimos.—El consejo privado apoya á la gobernadora; no así el Senado. 195

Año 1565.

MALTA.

Trata el turco de apoderarse de la isla de Malta.—Motivos de

- odio que debia tener el mahometano contra los valerosos caballeros de Malta.—Manda Soliman II aprestar todos sus buques y galeras.—Da orden á Hassem, virey de Argel y á Dragut, que lo era de Trípoli, para que con sus respectivas armadas y ejército se reunan en las aguas de Malta con la armada del almirante Pialy.—Juan Parissot de Lavalette, illustre y valeroso maestre del orden de Malta.—Pide auxilio á Felipe II, y prepárase á resistir hasta la muerte.—Aparecen en las aguas de Malta *doscientas* naves turcas, sin haber llegado las de Dragut y Hassem.—Desembarca el ejército de Soliman, y tala, incendia y destroza cuanto encuentra, cometiendo asesinatos y horrores.—El comendador Copier sale á detener al feroz turco; le hace replegarse y perder mil quinientos hombres.—Escasas fuerzas que defendían á Malta.—Manda á la isla el virey de Sicilia, D. García de Toledo, dos mil españoles. 197
- La artillería turca bate el castillo de San Telmo.—Vacilan los defensores.—Notables palabras del gran maestre, que vuelven el ánimo á los defensores de San Telmo.—Pasa á este el comendador Medrano.—Energía, valor é inteligencia de Medrano.—Llegan Dragut y Hassem, con trece galeras el primero y veintiocho el segundo, víveres, municiones, etc.—Llega tambien el feroz pirata Uluch-Ali.—Entréganse al descanso los defensores de San Telmo, rendidos de tantos dias y noches de incesantes fatigas.—Aprovechan la ocasion los enemigos; degüellan cobardemente á los primeros que encuéntnan. 198
- Toque de alarma.—Combate de ocho horas.—Huyen los turcos dejando en los fosos *mil ochocientos* de los suyos.—Insisten en el ataque de San Telmo.—El comendador Medrano manifiesta á Lavalette que ya no puede sostenerse el castillo.—Memorables y dignas palabras del gran maestre.—Disgústase con algunos caballeros.—Quiere pasar personalmente á San Telmo. 199
- Pasan tres caballeros comisionados para examinar el estado del castillo.—Uno de aquellos, Constantino Castriotto, principe griego, es el único de los tres que cree puede sostenerse el castillo, y que él mismo se encargaria de defenderle.—Nuevas palabras del animoso y anciano Lavalette.—Asaltan los turcos el castillo.—Seis horas de terrible combate: Mustafá se retira abochornado.—Vuelven al combate y asaltan simultáneamente á San Telmo, San Miguel y Sant Angelo.—Perece de un tiro de mosquete el feroz Dragut.—Ira y enojo de Mustafá. 200
- Da cuatro asaltos en un solo dia, y es cuatro veces rechazado.—Manda el maestre barcas de socorro á los de San Telmo, mas no pueden franquear el paso por entre la inmensidad de buques turcos.—Ríndese San Telmo: valor y piedad de sus defensores, verdaderos mártires.—PoseSIONANSE los turcos de aquel informe monton de ruinas, que no era otra cosa el castillo.—Palabras de Mustafá, que forman el mayor elogio de los defensores.—Bárbara ferocidad de Mustafá.—Energía de Lavalette,—*Sesenta mil balas* de cañon destroza-

- ron los muros de San Telmo.—Bate el general turco el castillo de San Miguel. 201
- Respuesta digna, animosa y heroica del gran maestro de Malta, dada á un mensajero de Mustafá.—Sentimiento y vacilacion de Lavalette, al ver que los recursos se agotan, sin que llegue el anhelado socorro de España.—Súplica de los comendadores al gran maestro, para que se retire del peli- gro.—Niégase, dando una dignísima, cristiana y animosa respuesta.—Dedicase á reparar los daños causados por los proyectiles enemigos.—Levántanse por la noche parapetos, trincheras, etc.—Hacen los caballeros una vigorosa salida al rayar la aurora. 202
- Destrozan y hacen huir á la vanguardia de terribles genizaros.—Prudencia de Felipe II en no mandar prematura é inoportunamente el socorro.—Activa todos los preparativos necesarios para reunir las naves y tropas de socorro. 203
- La armada española anuncia su llegada á los malteses con disparos de cañón.—Regocijo que esta señal causa en la amenazada isla.—Atemorizados los turcos levantan tan precipitadamente el sitio, que el caballo de Mustafá cayó dos veces en el suelo.—Carnicería hecha por los españoles en los infieles. 204
- Sálvanse *catorce mil* turcos solamente de más de *sesenta mil* que, inclusos los de Tripoli y Argel, sitiaron á Malta.—Queda toda la artillería en poder de los españoles.—Celebriase por toda la cristiandad tan memorable suceso.—Gloria de España.—Rico presente mandado por Felipe II á Juan Parissot de Lavalette.—Municipalidad del rey de las Españas.

Año 1566.

FLANDES.

- Alarmante estado de los dominios flamencos.—Pasa al fin á España el conde de Egmont. 205
- Recibe el rey muy complacido á Egmont.—Manda Felipe II convocar una junta de teólogos.—Objeto de esta reunion.—Dictámen de los teólogos.—Sepárase de aquel el rey.—Regresa Egmont contento á Flandes.—Llega á Bruselas Alejandro Farnesio, hijo de la gobernadora.—Rigorosas medidas dispuestas por el rey respecto de las flamencos. 206
- Se supone con fundamento aconsejado el rey por algun enemigo ó mal intencionado.—Dedúcese esto de su conducta contradictoria.—Explicacion de las libreas, cuyo uso se prohibió.—Obedece la gobernadora, pero representa al rey respecto de las medidas rigurosas y coercitivas.—Manifiéstase Egmont casi enemigo de Felipe II.—Intranquilidad del pueblo.—Carta de la gobernadora al rey su hermano. 207
- El *compromiso de Breda*.—Juraméntanse los *comprometidos* y se preparan á la resistencia.—Propónense aquellos sublevar

- en un mismo dia á Holanda, Frisia, Güeldres y Utrecht, y pasar despues á Brabante.—Siguen ocultando su verdadera intencion y designios algunos próceres.—Bondad y prudencia de Margarita de Austria. 208
- Aparece en Bruselas Luis de Nassau, hermano de Orange, con el conde de Brederode y doscientos ginetes armados.—Alójanse en el palacio del principe.—Un dia despues se presentan el conde de Culembourg y el de Vanden-Berghen, con ciento cincuenta ginetes.—Entran otros, diseminados, por diversas puertas de la ciudad.—Presentan *los cuatro condes* una representacion á la gobernadora.—Digna contestacion de Margarita.—El leal conde de Berlaymont los llama *gueux*, por lo que ellos mismos adoptan el epíteto de mendigos.—Trage é insignias que adoptan.—Despacha la gobernadora pliegos para el rey, por medio del conde de Egmont y del marqués de Montigny. 209
- Prudente y conciliadora conducta de Margarita de Austria.—Los próceres flamencos son muy obsequiados por el rey, pero nada adelantan.—Osadia de los herejes de Flandes.—Autoriza Felipe II á su hermana, la gobernadora, para publicar un perdon general.—Protesta que se supone hecha por el rey. 210
- Párrafo de una carta dirigida por Felipe II á D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y su embajador en Roma.—Estalla la revolucion en Saint-Omer, Amberes, Iprés y otras ciudades.—Pruébese que los revolucionarios estaban decididos á rebelarse con razon ó sin ella.—Desmanes, atropellos y crímenes de las revoltosos. 211
- Cuatrocientos pueblos sufren las terribles consecuencias de la revolucion.—Quiere huir de Bruselas la gobernadora.—Impídenlo Orange, Egmont y Horn, al parecer con intencion loable.—Varios próceres flamencos, firmes siempre en la lealtad, ofrecen sus espadas y sus vidas á la princesa Margarita. 212
- Dictámen de los leales y de los dudosos en el consejo.—Decreto expedido por Margarita de Austria, de acuerdo con el Senado.—Texto del edicto.—Traduccion. 213
- Pide la gobernadora al rey la permita convocar los estados generales.—Notable fragmento de una carta dirigida á Felipe II por Margarita.—Contestacion del monarca.—Edicto expedido por el emperador Maximiliano de Austria, en favor del rey Felipe, su primo y cuñado. 214
- Sajonia, Hesse y Witemberg se deciden por los herejes flamencos: Baviera, Brunswick y otros puntos por el rey de España.—Perjudicial indecision del soberano.—Espia dentro de palacio.—Reúnense los jefes de la revolucion en Termonde.—Objeto de la reunion.—Acuerdo tomado por los conjurados.—Levas en Flandes para aumentar el ejército. 215
- Determina resueltamente el rey mandar á Flandes al duque de Alba, con ejército.—Escribelo así Felipe á la gobernadora, pero aplaza la ejecucion para la siguiente primavera.

Año 1567.

FLANDES.

- Extraña conducta del rey respecto de sus dominios de Flandes.—Consejos sanos que desoye. 216
 Crítica situación en que se encuentra Felipe II.

EL PRÍNCIPE DON CARLOS.

- Preámbulo necesario. 217
 Palabras del Sr. Lafuente.—Falsa manera con que en sus escritos presentan ciertos autores á Felipe y á su hijo Carlos.—Funesta manera con que se anuncia al mundo el nacimiento del príncipe.—Fallece su madre de sobreparto. 218
 Cruel natural y mal carácter de Carlos.—Fragmento de una carta de D. García de Toledo al rey sobre la educación y adelantos del príncipe. 219
 Fragmento de carta, sobre la misma materia, dirigida al rey por D. Honorato de Juan, preceptor de D. Carlos.—Justa defensa hecha en favor de la reina *doña Isabel de la Paz*. 220
 Pruébese evidentemente la falsedad de los supuestos amores del príncipe y *doña Isabel*.—Odio de D. Carlos á su padre.—Documento raro y curioso. 221
 Continúase demostrando la verdad de los hechos.—Se deshace la calumnia horrible que han tratado de hacer pesar sobre la memoria de Felipe II.—Constitución y circunstancias físicas de la reina. 222
 Fallece la reina *Isabel de la Paz ó de Valois*.—Determinación del rey, no realizada.—Pasa el príncipe, con D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio, á estudiar en la célebre universidad de Alcalá de Henares. 223
 Peligro que corre el príncipe.—Sufre dolorosas y expuestas operaciones en el cráneo.—Es desahuciado por los médicos.—Hace el rey, perdida toda humana esperanza, que lleven el cuerpo del beato Fr. Diego.—Mejora el príncipe.—Testamento que hizo el mismo. 224
 Clausulas añadidas al testamento del príncipe D. Carlos. 225
 Supónese que no hizo espontáneamente el príncipe el citado testamento.—Cómo miraba el rey al príncipe. 226
 Origen de las quejas de Margarita de Austria, gobernadora de Flandes.—Decisión del príncipe en favor de los rebeldes flamencos.—Trata D. Carlos de fugarse.—Confía su pensamiento al príncipe de Eboli, y este da parte al rey.—Decide el príncipe ponerse al frente de los sublevados de Flandes, contra su padre.—Determina el rey que vaya á Flandes el duque de Alba con ejército.—Pasa el duque á palacio, á despedirse del rey.—Va á despedirse despues del príncipe.—Injustos motivos de resentimiento que el príncipe tenia contra el de Alba. 227
 Recíbele mal el príncipe.—Se opone á que marche á Flandes.

—Saca la daga y quiere herir al duque.—Lucha este con el príncipe hasta que aparece la servidumbre al ruido, y el príncipe se retira.—D. Carlos piensa pasar á Alemania. 228

DON JUAN DE AUSTRIA.

- Nacimiento de D. Juan de Austria.—Sus padres.—Circunstancias de los amores del emperador con la madre de D. Juan.—Error general acerca de quién era la madre de este príncipe.—Lo que dice á este propósito Famian di Strada. 229
- Fragmento de un documento inédito, que está de acuerdo con Strada.—Traduccion. 230
- Infancia de D. Juan.—Es trasladado de Ratisbona á Leganés.—El emperador encomienda la educacion de D. Juan á don Luis de Quijada, señor de Villagarcía, y á su esposa la virtuosa y discreta señora doña Magdalena de Ulloa.—Incidente que hace sospechar á dicha señora el régio origen del niño. 231
- Fragmentos de cartas de D. Luis de Quijada á Felipe II. 232
- Determina Felipe II reconocer por su hermano á D. Juan de Austria, con arreglo á las órdenes del emperador, padre de ambos. Quiere conocerle primero, y manda le lleven á Valladolid.—Le acoge muy cariñosamente, pero sin dar á entender que está en el secreto.—Prepara el rey una visita al monasterio de la Espina.—En el camino se encuentra con D. Juan, que habia sido expresamente llevado á aquel sitio.—Palabras del rey para reconocer á su hermano. 233
- Manda el rey á los de su córte saludar al príncipe como á hermano del rey.—Palabras de este al regresar á Valladolid.—Servidumbre que señala á D. Juan.—Tratamiento que le concede.—Rectificacion importante acerca de la fecha del nacimiento de D. Juan de Austria. 234
- Disgústase Felipe II con D. Juan, porque no quiere seguir la carrera eclesiástica, segun él deseaba y dejó prevenido el César.—Firmeza de D. Juan.—Se fuga desde Galapagar, deseoso de tomar parte en el famoso sitio de Malta (tenia apenas diez y ocho años).—El rey despacha correos en todas direcciones y le alcanzan en Barcelona, á consecuencia de haberse detenido enfermo en Zaragoza.—No determinándose D. Juan á arrostrar el enojo del rey, regresa á Madrid.—El rey le recibe bien y le reprende con cariño.—Convéncese Felipe II de que su hermano lleva en sus venas la belicosa sangre de Carlos I, y desiste de querer hacerle clérigo.—Nombró el rey á su hermano *capitan general de la mar*, dándole el mando de todas las galeras de España.—Nombró asimismo ugarteniente de D. Juan al comendador mayor de Castilla, D. Luis de Requesens. 235

GUERRA DE FLANDES.

Motivos en que pudo fundar Felipe II su falta de decision para acudir personalmente á la guerra de Flandes.—Su

- blévanse Valenciennes, Tournay, Amberes, Maestrick, Bois-le-Duc, Utrecht, Amsterdam y Gróninga. 236
- Enrique de Brederóde trata de presentar una exposición á la gobernadora.—Esta le manda no penetrar en Bruselas, córte de dicha señora.—El artero é insidioso príncipe de Orange arroja la careta, y se declara abiertamente revolucionario.—Reune Margarita de Austria su consejo, y levanta banderas en ambas Alemanias, alta y baja.—Reune ejército que opere contra Valenciennes y Tournay, y da el mando de aquel á Noirquermes, general flamenco, valeroso, entendido y fiel.—Este derrota en Lille á cuatro mil revolucionarios.—Pasa á Tournay, toma el castillo y despues la ciudad.—Desarma al pueblo, pone presos á los jefes de la rebelion y se dirige contra Valenciennes.—Desmanes y atropellos de los revolucionarios.—Pasan el conde de Egmont y el duque de Arschót á exhortar á los de Valenciennes.—Nada se adelanta, y Noirquermes bate con la artillería la plaza. 237
- Al cabo de tres mil disparos ríndese Valenciennes á discrecion.—Entra Noirquermes triunfalmente en la plaza.—Justo elogio de Noirquermes y del conde de Meghen.—Ambos someten en muy breve tiempo á Valenciennes, Tournay, Leyden, Delft, Harlem, Middelburg y Amsterdam.—Grave error en que incurrió Felipe II.—Exige un juramento la gobernadora á los próceres flamencos.—Juran los leales: los dudosos y los falsos buscan pretextos para no jurar. 238
- El príncipe de Orange toma la vuelta de Alemania.—Insta á Egmont para que le siga.—Este se niega.—Notables palabras de Orange.—Párrafo de una carta de este, en la que se despide de la gobernadora.—Deja en la universidad de Lovaina á su primogénito.—Temor de los conjurados.—Es decapitado el conde de Tolosa, jefe de la faccion protestante y revolucionaria, despues de haberse posesionado de Amberes el señor de Beauvoir.—Entra Margarita de Austria en dicha ciudad triunfalmente. 239
- Detalles de la entrada.—Preséntanse á la gobernadora los emisarios de los protestantes de Sajonia, Witemberg, Brandemburgo y Hesse.—Objeto de esta presentacion.—Enérgica respuesta dada por Margarita.—Guarnece y castiga á las ciudades sometidas.—Escribe al rey. 240
- Hacen lo mismo el conde de Mandfeldt, veterano caudillo desde el tiempo del emperador, y Viglio, presidente del Senado de Flandes.—Todos se oponen á la ida del duque de Alba.—Este se hace á la vela en Cartagena, el 10 de Mayo.—Itinerario que sigue y por qué causa le adopta.—Estado de la fuerza que lleva consigo el duque. 241
- Maestres de campo, jefes superiores del ejército.—Llegan hasta Thionville los condes de Noirquermes y de Berlaymont, para recibir al de Alba en nombre de la gobernadora. 242
- Manda el duque adelantar á su secretario, para cumplimentar en su nombre á la gobernadora.—Entra en Bruselas el duque de Alba.—Desentiéndese de los encargos de la gobernadora.—Recibenle poco cordialmente los próceres flamencos.

- cos fieles á Felipe II.—Disgusto ocurrido entre la guardia del duque y la de la gobernadora.—Entrevista de ambos personajes.—Queda disgustada la gobernadora, y en el mismo dia de la entrevista escribe al rey su hermana, para pedirle la releve del mando de aquellas provincias. 243
- El duque dispone por sí, sin consultar, ni aun por deferencia, con la gobernadora.—Crea el tribunal llamado *de los Doce*: el vulgo le denomina *tribunal de la Sangre*, y *conseil des Troubles* (consejo de los Tumultos).—Enójase fuertemente la gobernadora.—Por qué se irita contra el de Alba.—Convoca este á una junta á todos los magnates flamencos.—Prende en la junta al conde de Egmont y al de Horn.—Sálvase por una rara casualidad el conde de Hoogstrat.—Defensa del duque de Alba, relativa á la manera, que algunos llaman *traidora*, de verificar las prisiones. 244
- Son tambien presos Backerceele, secretario del conde de Egmont el conde de Straelen y otros próceres.—La gobernadora, cada vez más disgustada por la manera de proceder del de Alba, se retira del gobierno, y espera las órdenes de su hermano.—Llega la deseada carta de Felipe II.—Es relevada Margarita de Austria.—Manera de relevarla.—Se despide por carta de su hermano el rey, dándole muy buenos consejos.—Despidese públicamente del duque de Alba, á quien tambien aconseja.—El pueblo en masa la victorea y aclama al salir de Bruselas, lo mismo los católicos que los herejes.—El duque en persona la escoltó hasta Brabante.—Los magnates flamencos no quisieron abandonarla, tanto la querian, hasta la raya de Alemania. 245
- Los próceres flamencos fieles al rey, le escriben para aconsejarle la clemencia y no el rigor que iba desplegando el duque de Alba.—Palabras notables del cardenal Granvela.—Comienza á actuar el consejo de los Doce.—Personas de que este se componia.—Emplaza el consejo por públicos edictos al principe de Orange, á su hermano Luis de Nassau, al conde de Hoogstrat, al de Culemburg, y al de Brederode.—El de Alba se apodera del primogénito de Orange, y le manda á España.—Continúan los procesos.—Reclaman los procesados que son caballeros del Toison de Oro en defensa de sus privilegios.—Resolucion del rey.—Muere de enfermedad en España el conde de Berghes, á donde pasó con el de Montigny por encargo de Margarita de Austria. 246

ESPAÑA.

Córtes en Madrid.—Su objeto.—Trátase de la reforma de las órdenes religiosas.—Desamortizacion eclesiástica.—Petición de las Córtes.—Contestacion del rey.

Año 1568.

ESPAÑA.

Decide el principe de Asturias pasar á Flandes para colocarse

- al frente de la revolucion protestante.—Lo que otros dicen acerca de este proyectado viaje. 247
- Prueba del mal estado mental del príncipe.—Confía su proyecto á su tío D. Juan de Austria.—Este avisa al rey su hermano.—Motivos que tuvo para obrar de este modo.—Pide el rey parecer á varios teólogos, acerca de lo que debe hacer con su hijo.—Dictámen del célebre doctor navarro Martin de Azpilcueta —Llega á la córte Garcí Alvarez de Osorio, confidente del príncipe.—Trae dinero para el viaje.—D. Carlos, creyéndose dueño de un tesoro, determina marchar. 248
- Escribe al *correo mayor de España* (director de correos) pidiendo caballos de posta.—Contesta el correo que están todos ocupados en las carreras.—Repite airado el príncipe la orden.—Tarsis hace sacar de Madrid los caballos y da parte al rey.—Trasládase Felipe II del Pardo á Madrid.—Sostiene un largo y secreto diálogo con su hermano D. Juan.—Pasa este á visitar á su sobrino el príncipe, el cual se empeña en saber lo que D. Juan habia hablado con el rey.—Niegase aquel á manifestarlo.—Responde con evasivas y el príncipe empuña la espada, á lo que D. Juan respondió poniéndose tambien de pié y empuñando su acero.—A la voz con que D. Juan quiso imponer moderacion al príncipe, aparecieron los que estaban de servicio en la antecámara.—D. Juan se retira. 249
- Dispuesto el príncipe á marchar y queriendo levantarse con el alba, se finge indispuerto y se acuesta al anochecer.—Nota interesante, tomada del Sr. Lafuente —A las once de la misma noche aparece el rey en el cuarto de su hijo.—Personas que le acompañan.—Interesantes pormenores. 250
- Palabras que pronuncia el príncipe, y contestacion del rey.—Quiere D. Carlos arrojarse al fuego.—Lo impide la comitiva del rey.—Repártese el servicio para guardar al príncipe, que permanece arrestado en su mismo cuarto, no en una horrorosa prision como algunos han dicho.—Providencias adoptadas para que no pueda el régio arrestado suicidarse.—Reune el rey al consejo de Castilla. 251
- Notables palabras que se ponen en boca de un consejero.—Falsedades de una obra que impresa circula.—Palabras tomadas de una carta del rey á su primo el emperador Maximiliano.—Reflexiones acerca de dichas palabras. 252
- Otro fragmento de una carta del rey al duque de Alba.—Palabras del erudito Lafuente. 253
- Deducciones en pro de la especie asegurada por alguno, de que el príncipe quiso atentar á la vida de su padre.—Verso de la *Metamorfosis de Ovidio*.—Notables palabras del prudente rey que aclaran bastante el misterio en que está envuelta la verdadera causa de la prision del príncipe. 254
- Estado de lamentable desesperacion en que permanece el príncipe.—Desaciertos que comete para arruinar su salud, que nunca fué fuerte.—Muda el rey la servidumbre y prohíbe á la nueva que obedezca al príncipe.—Suposicion hecha á consecuencia de ciertos hechos.—Circunstancias del

- proceso formado al príncipe.—Cruel posicion en que se hallaba el rey colocado. 255
- Notable declaracion hecha por el rey ante el consejo de Castilla.—Suposicion hecha por el autor, hija de los hechos.—Destruyese la indicacion de haber sido envenenado el príncipe.—Por qué se dijo y quiénes lo dijeron.—Explicacion de las palabras que dieron origen á tan infame suposicion. 256
- Origen verdadero é indudable de la enfermedad del príncipe.—El Dr. Olivares indica á D. Carlos el mal estado en que se encuentra.—D. Luis de Quijada y el príncipe de Eboli se preparan para que se disponga al supremo y fatal trance.—El príncipe, con sorpresa de todos, cambia repentinamente de carácter, lenguaje y acciones.—Manda llamar á su confesor y suplica pidan por él perdon á su padre y tambien al Rey.—Concede el rey conmovido el solicitado perdon y quiere abrazar á su hijo.—Los consejeros se oponen, haciendo ver á Felipe II que ni á él ni á su hijo era en aquellos momentos conveniente la entrevista.—Baja, sin embargo, el rey á la cámara de su hijo, y sin que este le vea, le contempla y le bendice.—Se destruye una nueva calumnia lanzada contra Felipe II, especialmente por extranjeros que jamás le perdonaron el que los tuvo á raya. 257
- Fallece D. Carlos de Austria y de Portugal, príncipe de Asturias, de una manera edificante y ejemplar, á las cuatro de la mañana del 24 de Julio de 1568.—Carta del rey al marqués de Villafranca.—Régias exequias.—Son enterrados los restos mortales del infortunado príncipe en el convento de Santo Domingo el Real de Madrid, de donde fué despues trasladado al panteon del Escorial. 258

FLANDES.

- Proceso de los condes de Egmont y de Horn.—Cargos presentados por el fiscal del rey. 259
- Pena pedida por el mismo contra los procesados.—Respuestas de estos. 260
- Pruébese que en los cargos que negaron no dijeron verdad.—Enojo del pueblo flamenco por el proceso de ambos condes.—Destruyense dos ridiculas especies escritas contra el duque de Alba. 261
- Este dilata la ejecución del suplicio todo lo posible.—Motivo de haberse activado la causa que estaba como muerta.—Rompen los flamencos las hostilidades.—Son derrotados en el Artois y en el Mosa, por el valeroso maestre de campo Sancho Dávila.—El conde de AreMBERG, flamenco fiel al rey, gobernador de la Frisia, sale contra los rebeldes.—Valeroso, pero prudente, conociendo sus desventajas, rehuye el combate.—La irreflexiva locuacidad de sus soldados, deshonrosa para él, le obliga á combatir fuera de sazón. 262
- Tocan bien pronto los españoles las consecuencias de su misma imprudencia.—Derrota de aquellos, con pérdida de los cé-

- lebres cañones llamados *ut, re, mi, fa, sol, la*.—Lucha cuerpo á cuerpo el valeroso Aremberg con Adolfo de Nassau, hermano del príncipe de Orange y caudillo de los rebeldes.—Mata Aremberg á Nassau, y este, al espirar, hiere de muerte al bizarro Aremberg.—Sabida la muerte de este leal caudillo, determina el duque de Alba pasar personalmente á la Frisia.—Antes, para intimidar á los rebeldes y por temor de algun motin en su ausencia, determina la terminacion de los procesos de los nobles flamencos.—Publicase la sentencia del príncipe de Orange.—Son decapitados diez y ocho nobles.—Sufren igual pena los condes de Egmont y de Horn. 263
- Circunstancias de ambos próceres, dignos de menos triste y lamentable suerte por sus hechos anteriores, aunque no inocentes ni libres de culpa.—Antiguos méritos de Egmont.—Notables palabras del embajador francés. 264
- Carta del duque de Alba al rey. 265
- Lamentable posicion de Sabina de Baviera, viuda de Egmont, y de sus once hijos.—Circunstancias de los hijos varones del desventurado prócer.—Discúlpase al rey y al de Alba, respecto de las muertes de Egmont y de Horn. 266
- Nueva carta del duque de Alba al rey. 267
- Ostentosos funerales mandados hacer en Bruselas al desgraciado conde de Aremberg por el duque de Alba.—Toma este la vuelta de Frisia al frente de diez mil infantes y tres mil ginetes.—Entra en Groninga.—Dirigese sin echar pié á tierra con sus ayudantes y los directores de artillería é ingenieros á examinar el campo enemigo.—Disposicion en que halla el campamento de Luis de Nassau, hermano del difunto Adolfo y del príncipe de Orange.—Levanta Luis el campo y se retira algunas millas, al saber la llegada del de Alba.—Ejército enemigo, igual casi en fuerza numérica al del duque.—Acomete el de Alba al ejército rebelde.—Derrota de este. 268
- Complétanla el hermano del marqués de Pescara, D. César Dávalos, y Curcio Martinengo, jefes de la caballería.—Pasa el duque con su vencedor ejército á la Frisia oriental.—Encuentra al enemigo entre el rio Ems y la ensenada de Dullart.—Origen del adagio militar *¿Habeis visto á la novia?*—Peligros del terreno en que estaban colocados los orangistas.—Valor del veterano maestro de campo D. Lope de Figueroa, y de su tercio.—Pone en fuga y derrota al cuerpo de ejército de vanguardia y le quita la artillería.—Derrota completa del enemigo. 269
- Mueren tres mil de estos.—Perecen muchos en el agua, al huir.—La victoria de Geming venga la rota de Aremberg.—Quedan en poder del de Alba *veinte banderas*, diez piezas de artillería gruesa, y son, además, rescatados los seis cañones *ut, re, mi, fa, sol, la*.—Sálvase á nado Luis de Nassau.—Bárbara venganza que toma el tercio derrotado en tiempo de Aremberg por la imprudencia de los mismos soldados.—Forma el de Alba sobre el mismo campo proce:o verbal á los delinquentes; hace ahorcar á los promove-

- dores; disuelve aquel valeroso tercio, y degrada á su maestro D. Gonzalo de Bracamonte.—Este es despues repuesto en su empleo, que estaba inocente.—El duque nombra gobernador de la Frisia al conde de Meghem, en remplazo del de Aremberg. 270
- Pasa el de Alba á Groninga, la fortifica y regresa á Bruselas.—Encuentra allí á su hijo primogénito, D. Fadrique de Toledo, duque de Huesca y comendador mayor de Calatrava, recién llegado de España con dos mil quinientos infantes y una conducta de dinero.—Libelo escrito y publicado contra el duque de Alba, por el príncipe de Orange.—Ejército de que este disponia.—Circula la noticia de haber atravesado el Mosa el príncipe con sus rebeldes.—Alianza de Orange con Francia é Inglaterra.—Notables palabras del de Alba.—Colócase este con sus tropas junto á Maestrick. 271
- El ejército del duque contaba doce mil hombres menos que el del príncipe.—Aquel, sin embargo, no admite un refuerzo que le ofrece el falaz Carlos IX de Francia.—El conde de Berlaymont avisa al duque de Alba de haber atravesado Orange el Mosa.—No lo cree el duque.—Notable ardid de Orange para vadear el caudalosisimo rio.—Desengañase el duque.—El príncipe le presenta la batalla y no la admite, pero sin cobardía ni deshonra.—Siguen ambos enemigos el mismo camino.—Escaramuzas. 272
- Medios de que en vano se vale Orange para hacer perder la paciencia al duque de Alba.—Dicho de un capitán del ejército español.—El maestre general del campo español, Chiappino Vitelli, cae en una emboscada y hiérenle la yegua que montaba.—Carga Vitelli á la retaguardia del ejército enemigo.—La destroza y regresa ante el duque con cincuenta caballos tomados al enemigo.—Festivas palabras de Vitelli. 273
- Gran motin en el campo protestante.—Salva Orange milagrosamente la vida.—Dirigese á Tirlemont, para reunirse á un refuerzo mandado por los protestantes franceses (los hugonotes).—Síguele el de Alba.—Vitelli acomete á uno de los cuerpos enemigos al vadear el rio Gette.—Vitelli y el duque de Huesca derrotan al cuerpo de ejército enemigo.—Manda aviso Vitelli al duque de Alba con su ayudante el caballero Barberini, suponiendo al enemigo en posicion de ser derrotado.—Mantiénese firme el duque en estar á la defensiva. 274
- Segundo aviso de Vitelli.—Manda el duque á su hijo el de Huesca ayudar al maestre general.—Cumple el valeroso comendador mayor de Calatrava las órdenes de su padre recibidas.—Tercer aviso de Vitelli.—Airada y amenazadora respuesta del de Alba. 275
- Generaliza la batalla el rebelde conde de Hoogstrat.—Valor de Vitelli.—Completa derrota de Orange.—Muertes de los suyos.—Es hecho prisionero el coronel Loverval, con tres heridas.—Despues de curado le decapitan en Bruselas.—Bonito lema del estandarte tomado al enemigo por Vitelli.—Aplica dicho lema el duque de Alba á Vitelli.—Muertes

- del campo real.—El tiempo justifica la murmurada prudencia del de Alba.—Valor de cincuenta alemanes y protestantes. 276
- Miseria y pobreza de los orangistas.—Determina, viéndose perdido, internarse en Francia.—Toma la dirección de dicho reino.—Síguele el duque de Alba.—Junto á Quesnay vuelve de pronto caras el ejército orangista, y presenta la batalla.—Arrolla el tercio de vanguardia del ejército español.—Licencia sus tropas y se interna en Alemania, á consecuencia de no haber querido admitirle Carlos IX en Francia.—Regresa á Bruselas el duque. 277
- Notable carta del duque á Zayas, secretario de S. M. 278
- Manda el duque de Alba colocar su estatua, hecha del bronce de los cañones quitados al enemigo, en la plaza principal de Bruselas.—Disgusto con que el pueblo recibe este rasgo de orgullo, y enojo por las alegorías de los adornos que le deprimen.—Curiosa explicación de la estatua y de sus accesorios. 279
- Festejan y celebran en Roma los triunfos del duque de Alba.—El Santo Padre le remite el rico sombrero y precioso estoque benditos.—En la corte es muy murmurado el rasgo de inmodestia del veterano duque.—Palabras del príncipe de Eboli.—Inscripción de la estatua.—Contraste formado por el orgullo del duque y la modestia del rey. 280
- Palabras de Felipe II.

Año 1569.

- Publica el de Alba el impuesto de la *décima*.—En qué consistía esta nueva contribucion.—La necesidad le obliga á echar mano de este arbitrio, que es muy mal recibido.—Manda el duque de Alba á Francia, en socorro de Carlos IX, al conde Pedro Ernesto de Mansfeldt, con tres mil infantes y dos mil guerreros.—Las tropas de los hugonotes estaban mandadas por Ludovico (Luis) de Nassau (el derrotado por el duque de Alba).—Batalla de Moncontour.—Vencen Mansfeldt y los españoles á los hugonotes franceses.—Es herido en un brazo el veterano y bizarro Mansfeldt.—Robo hecho á España por Inglaterra. 281
- La reina doncella acepta como suyo el latrocinio.—Reclamaciones del embajador de España en Londres, del duque de Alba, á quien iba consignado el dinero, y de Estéban Sierra, jefe de los navios en que iba la suma.—Represalia tomada en Flandes por el duque de Alba.—Imitale Inglaterra.—Resiéntense los comercios de España, Flandes e Inglaterra.—Reconoce por fin Isabel de Inglaterra, como deuda nacional la suma robada, con intereses por el uso de aquella.—Con motivo de aquel injusto y violento despojo renueva el de Alba el impuesto de la *décima*.—Admiten la *centésima* casi todas las provincias, y la *vigésima* como donativo por una vez.—Niéganse á admitir la *décima*.—Manda re-

presentantes á la córte para reclamar contra la nueva contribucion.—Determina Alba, para contentar á los flamencos, publicar el perdon general. 282

Año 1570.

REBELION DE LOS MORISCOS.

Providencias adoptadas con los moriscos granadinos.—La principal, que más disgusto ocasionó á aquellos, es adoptada por el rey á petición de las Córtes.—Reflexiones acerca de dicha medida.—Reclamacion de los moriscos cristianos. 283

Dirigense estos á D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla y capitán general de Granada.—Este nada hace, y los reclamantes acuden á la chancillería.—Golpe tirado por aquella contra el capitán general.—Este toma la represalia.—Media el rey en la cuestion, y decide en favor del capitán general.—Providencias adoptadas para el desarme de los moriscos.—Ocultan estos muchas armas.—Intranquilidad y malestar en Granada.—Refúgiense los moriscos en los templos y tierras señoriales.—Es abolida la inmunidad de estas y limitada á tres dias la de aquellos.—Encierranse en las montañas los moriscos.—Conviértense en bandas de malhechores.—Roban á cuantos transitan por cerca de la sierra.—La chancillería, por enemiga con el capitán general, tácitamente protege á los bandidos.—Indecision de Felipe II en la pugna sostenida entre el poder judicial y el militar. 284

Es autorizado el presidente de la chancillería para formar pelotones de gente armada, mandados por los mismos oidores de la chancillería.—Déjase al capitán general la inspeccion de la costa.—Aumentanse los bandidos, porque las tropas judiciales comienzan á imitar á los moros malhechores.—El concilio provincial de Granada trata de poner término á aquel estado de angustia para los hombres de orden.—Propone al rey diversas medidas.—Trasládalas el rey al consejo de Castilla.—Personas que componian el consejo.—Acuerdo de este.—Medidas adoptadas. 285

Hácese imprimir la pragmática y se determina publicarla el 1.º de Enero siguiente.—Publicase á voz de pregon el acuerdo del consejo, con llamada de atabales, trompetas, dulzainas, etc.—Comunicanse los moros *montañeses* con los de la ciudad.—Los moros acaudalados, como todo el que tiene que perder y á nada aspira, no están por la revolucion.—Determinan acudir á las gestiones pacíficas.—Pasa á Madrid en representacion de los precitados Jorge de Baeza.—Preséntase al arzobispo el anciano Nuñez Muley.—Muestra de las predichas profecías.—El conde de Tendilla, ya marqués de Mondéjar, marcha á Granada.—Comienzan los moriscos ricos á instar á los pobres para que se expongan, tomando la iniciativa.—Cabezas de la insurreccion.—

- Fijase el día para dar el grito.—No se da.—Falsa alarma.—
Llega el capitán general, marqués de Mondéjar, á Granada.—Discurso que este pronuncia. 286
- Núñez Muley y Jorge de Baeza se esfuerzan inútilmente.—
Acérase el plazo de cumplir la pragmática.—Reclaman
nuevamente los moriscos.—Viene á Madrid D. Juan Enri-
quez de Baza á interceder por aquellos.—Inútilmente.—
Tratan los moriscos de apelar á la fuerza.—Hacen circular
ciertas profecías, llamadas *jofores*, para alarmar al pueblo. 288
- Preséntase á él una comision de los moriscos. 289
- Pasa á la córte D. Alonso de Granada Venegas, ilustre moris-
co.—Documento encontrado en la costa por el mismo capi-
tán general.—Su contenido.—Reunion de moriscos.—Pó-
nense de acuerdo los de la ciudad con los de la montaña.—
Señalan el día de Año-nuevo para dar el grito.—Razon por
qué fué tal día elegido.—Empadronan con sigilo y presteza
ocho mil moriscos para tomar las armas, y alistan hasta dos
mil de los de la montaña.—Los de la ciudad se dividen en
tres cuerpos.—Bárbara manera con que disponen comenzar
el movimiento.—Es señalado como punto de reunion la pla-
za de Bibarrambla. 290
- Desentiéndese del plan concertado uno de los cabecillas, lla-
mado Farax Aben-Farax.—Sangrienta manera de dar prin-
cipio al movimiento.—Las autoridades granadinas dan poca
importancia á lo ocurrido.—Imprevisión de las mismas.—
Actividad de Farax.—Aparece en los muros de Granada,
los taladra y penetra en la ciudad.—No encuentra apoyo en
los moros de la ciudad.—Toque de rebato.—Viéndose ais-
lado se retira.—Providencias tomadas por Mondéjar. 291
- Escóndense Farax y los suyos, sin que el de Mondéjar pueda
encontrarlos.

ABEN-HUMEYA.

- Aparece en la Alpujarra el jôven morisco D. Fernando de
Córdova y Valor, descendiente de los califas omniaditas.—
Su dispada conducta.—Es reducido á prision.—Se fuga á
la Alpujarra.—Proclámanle rey los refugiados en la mon-
taña.—Cambia su nombre y apellido por Muley Mahomet
Aben-Humeya.—Queda elegido rey de Granada y de Andalu-
cía.—Es coronado por los *montañeses*.—Disgústase
Aben-Farax. 292
- Es agraciado este por el pseudo-rey con el primer empleo
cerca de su persona.—Sale Farax con trescientos de sus se-
cuaces.—Alzanse en sublevacion general todas las tahas
(distritos) de la Alpujarra.—Bárbaros é inauditos martirios
dados á los cristianos inermes é indefensos. 293
- Disgústase Aben-Humeya porque el feroz y sanguinario Fa-
rax no habia respetado ni aun á sus propios amigos.—Des-
tituye á Farax y le hace rendir cuentas.—En reemplazo de
Farax nombra el reyezuelo á su tío Aben-Jahuar el Zaguer.
—Nombra Aben-Humeya doce cadís para las tahas de Or-

- giva, Poqueira, Ferreira, Jubiles, Ujijar, Andarax, Luchar, Marchena, La Ceheles, Adra, Verja y Dalias.—Acércanse tropas cristianas á la sierra.—Ordenes expedidas por el capitán general para reunir ejército.—Extiéndese la insurrección hasta Murcia. 294
- Comision de los moriscos del Albaicin, que se presenta á las autoridades reales.—Acciones parciales de guerra.—Preparase Aben-Humeya á la resistencia.—Fortifica su cuartel general en la taha de Poqueira.—Reúnense las tropas reales de Antequera, Loja, Baza, Alcalá la Real, Jaen y Alhama.—Entrega el marqués de Mondéjar el mando militar de Granada á su primogénito el conde de Tendilla, y se dirige contra los insurrectos.—Caudillos que le acompañan.—Llega al Padul.—Es sorprendida su vanguardia.—Llegan refuerzos de Baeza, Porcuna, Ubeda, Linares y otras villas andaluzas.—Encaminase Mondéjar á la Alpujarra.—Sale á esperarle Aben-Humeya con tres mil quinientos insurrectos.—Peligro de la travesía. 295
- Intrepidez de Fr. Cristóbal de Molina, que vuelve á todos el ánimo.—Huye Aben-Humeya con sus secuaces.—Mondéjar derrota otro cuerpo de cuatro mil insurrectos, en el paso de Alfajaralí.—Es herido el capitán Mendoza, hijo segundo del marqués de Mondéjar.—La guarnicion cristiana del puente de Tablate es sorprendida.—Continúa el capitán general su camino en direccion de Jubiles.—Ríndense diez y ocho cadís.—Humanidad de Mondéjar.—Toma posesion de Jubiles.—Trasládase á Cadiar y Ujijar.—Preséntasele Diego Lopez de Aben-Aboó, compañero del cruel Farax, primo de Aben-Humeya. 296
- Este llama traidoramente á su suegro y le hace asesinar.—Trata el de Mondéjar de atraer á Aben-Humeya.—Este pide plazo para resolver.—Se le concede.—Un incidente imprevisto hace que rompa las hostilidades el ala izquierda del ejército cristiano.—Choque en la cuesta de Iniza, junto á Paterna.—Derrota de los moriscos.—Enojo de Aben-Humeya.—Destrozo de moriscos.—Gran botin tomado por los cristianos.—Pasa el de Mondéjar á Andarax.—Humanidad del general cristiano.—Pasa á las Guájaras, que era un nido de moriscos malhechores.—Infamia de los palaciegos, desplegada contra el bizarro, entendido y leal marqués de Mondéjar. 297
- Continúan los desmanes de los moriscos de las Guájaras.—Sale el de Mondéjar para Orgiva.—Sienta sus reales en las Guájaras.—Recibe refuerzos mandados por el de Tendilla.—Descripcion de la fortaleza que iban á acometer los españoles, hecha por Mármol.—Imprudencia de D. Juan de Villaroel.—Disposiciones adoptadas por el marqués de Mondéjar.—Suben intrépidamente la montaña los españoles.—Defensa hecha por los moriscos.—Largo y terrible combate de más de nueve horas. 298
- Huye Zamar, caudillo moro, hácia las Albuñuelas.—Es hecho prisionero en la fuga.—Crueldad de Mondéjar, muy extraña en su connatural humanidad y buen carácter.—Es ajus-

- ticiado el Zamar en Granada.—Sábese en dónde por la noche se oculta Aben-Humeya.—Son comisionados los capitanes Flores y Maldonado para capturar al reyezuelo.—Encuentran su residencia.—Imprudencia de un arcabucero. 299
- Algunos moros huyen por una ventana.—Astucia y serenidad de Aben-Humeya.—Se fuga.—Aben-Aboó sufre la tortura.—Renueva la guerra Aben-Humeya.—Continúa la cortésana batallá contra el de Mondéjar.—Mala conducta de la chancillería ó audiencia observada contra el capitán general.—Este manda á la córte á sus representantes D. Diego de Mendoza y D. Alonso de Granada Venegas, ilustre y fiel morisco. 300
- Los mensajeros prueban la verdad ante Felipe II.—La audiencia de Granada, en uso de las facultades que malamente se la habian concedido, nombra al marqués de los Velez, D. Luis Fajardo, para ir en socorro de Baza, Almería y Guadix.—Recibe Fajardo la patente (despacho) real.—Encuéntrese Granada con dos capitanes generales.—Valor del de los Velez.—Triunfa en Huécija.—Desmanes y atropellos cometidos por los soldados del marqués.—Acción en Filix.—Mueren siete mil moros.—Nuevos desmanes de soldados.—Desea el marqués restablecer el órden.—Prende á un soldado cogido *in fraganti*. 301
- D. Francisco de Córdoba toma la sierra de Inox.—Los comisionados del de Mondéjar instan al rey para que se traslade á Granada.—Se opone el presidente Espinosa.—El consejo opina por que en vez del rey vaya su hermano D. Juan.—Expiden la real provision en favor de D. Juan de Austria como generalísimo.—Es nombrado teniente general, ó segundo de D. Juan, el comendador mayor de Castilla y embajador en Roma D. Luis de Requesens.—Fórmase en Granada un consejo, para que D. Juan se asesore en los casos árdulos.—Pasa el de Mondéjar á formar parte del consejo de D. Juan.—Adóptanse diversas providencias. 302
- Personas que componian el consejo de D. Juan.—Aumentanse en las montañas los secuaces de Aben-Humeya.—Nueva conjuración en que entran los moros *montañeses* y los *ciudadanos*.—Están entre los conjurados D. Antonio y D. Francisco Valor, padre y hermano de Aben-Humeya.—Toque de rebato.—Barbarie ejecutada con los moriscos.—Fúganse, porque fueron protegidos, el hermano y padre del reyezuelo.—Apresura D. Juan su marcha.—Sale de Aranjuez y toma la vuelta de Granada.—Acompáñale el fiel D. Luis de Quijada.—Es perfectamente recibido en Granada el hijo de Carlos I.—Preséntasele una comision de moriscos. 303
- Recibela afablemente el príncipe.—Lucha continua entre el capitán general Mondéjar y el presidente de la audiencia.—Consulta D. Juan al rey.—Restablece aquel la disciplina; pone coto á la licencia de los soldados y ordena la Hacienda.—Reune ejército Aben-Humeya.—Este, derrota al marqués de los Velez.—Dirigese este á la Alpujarra.—Fortifícanse los sublevados en el Peñon de Frigiliana: otros atacan en Verja al de los Velez.—Dirigese Requesens á tomar el

- Peñon.—Dificultades de la ejecucion: malas circunstancias y accidentes del terreno.—Defensa que hacen los moros.—Créese vencido Requesens.—Lléganle refuerzos de Málaga y Velez. 304
- Valor inaudito de los españoles.—Toman animosamente el Peñon.—Ríndese el fuerte de Seron á los moriscos.—Precaria situacion de los cristianos.—Lacónica y original carta de D. Diego Hurtado de Mendoza al príncipe de Eboli.—Pide el reyezuelo á D. Juan la libertad de su padre y hermano: oferta que hace.—Derrota el de los Velez á Aben-Humeya, en Valor.—Recibe el *rey moro* refuerzos y armas y municiones de Turquía y de Argel.—Providencia adoptada por D. Juan. 305
- Cúmplense las humanitarias órdenes del príncipe.—En vista de los daños causados por los moriscos, publicase la guerra á sangre y fuego.—Comienza Aben-Humeya á pensar en someterse.—Descúbrelo los suyos, y algunos se conjuran contra él.—Papel que en la conjuracion contra el reyezuelo toma una mujer.—El secretario de aquel falsifica su firma.—Pasan los conjurados á Laujar, residencia de Aben-Humeya.—Sorpréndenle.—Aben-Humeya es estrangulado.—Es elegido rey Diego Lopez de Aben-Abob, uno de los dos asesinos de Aben-Humeya. 306
- Nombre que adopta el primero, y divisa que coloca en su estandarte.—El marqués de los Velez dirige hacia el rio Almanzora, y el duque de Sessa hacia la Alpujarra.—Se hace la guerra con varia fortuna.—D. Juan decide pelear y no consultar al consejo.—Escribe á su hermano el rey.—Fórmanse dos ejércitos; el uno le manda el de Sessa, y el otro D. Juan en persona.—A pesar de las fiestas de Navidad, emprende D. Juan las operaciones. 307
- Limpia de moriscos la fragosa sierra de Guéjar.—Toma la vuelta de Guadix.—Reúnese en Baza al comendador Requesens.—El marqués de los Velez entrega en Huéscar á don Juan el mando, disimulando su disgusto.—Retírase á su villa de Velez el Blanco.—Rínde D. Juan á Galera.—Terribles palabras del jóven y valeroso caudillo.—Cumple su amenaza.—Castigo que sufren los habitantes de Galera.—La villa es *asolada*, arado el terreno y sembrado de sal.—En la toma de Galera es herido el veterano D. Luis de Quijada.—Es tambien herido en un muslo el valerosísimo maestro D. Lope de Figueroa. 308
- Fallece en Canilles, á consecuencia de la herida, el ilustre y fiel D. Luis de Quijada, señor de Villagarcía.—Desconsuelo de D. Juan, que le miraba como á padre.—Dirigese el príncipe contra Seron.—Prenden fuego los moros á la villa y huyen á la montaña.—Encuétrase desierta á Tijola.—Lo mismo sucede con los fuertes de Purchena, Tahali, etc.—Pasan á poder de D. Juan todos los castillos de la ribera del Almanzora.—Plan preconcebido, de acuerdo con el Habaquí.—Bando de D. Juan de Austria. 309
- Desaliento de los moriscos.—Aben-Abob pide auxilios, que no recibe, á Selim II.—Comienza á tratarse de formar la

Santa Liga.	310
Cristianos y moriscos desean la paz.—Los nobles moriscos D. Alfonso de Granada Venegas y D. Fernando de Barradas, entienden por parte de D. Juan en las negociaciones de paz.—Imprudencia de los consejeros del rey.—Orden contraria á la paz.—Conferencia el príncipe con el duque de Sessa, primero en el cortijo de Leandro; despues en los Padules.—Proyéctase una entrevista de los principales caudillos cristianos y moriscos	311
Verifícase la entrevista en el Fondon de Andarax.—Relacion de lo ocurrido en aquella entrevista.—D. Juan remite al rey las proposiciones del Habaquí.—Este entrega los poderes que se le han pedido de Aben-Aboó.—Terminacion de las negociaciones.—Trasládanse los jefes de los sometidos á los Padules en donde se hallaba D. Juan.—Palabras del Habaquí.—Contestacion de D. Juan.	312
Falso carácter de Aben-Aboó.—El honrado Habaquí se rebela contra la infamia de aquel.—Marcha este para obligar al pseudo-rey á que cumpla lo pactado.—El Habaquí cae en una emboscada.—Desgraciado é inmerecido fin del Habaquí.—Inaudita infamia de Aben-Aboó.—Falso carácter de este.—Resuelve D. Juan poner fin á la guerra.	313
Terminala en efecto, y solo queda en lo más áspero de la montaña <i>el rey</i> Aben-Aboó, con trescientos de los suyos, que formaban su guardia.	

FLANDES.

Pasan á España varias comisiones de flamencos.—El emperador Maximiliano, primo del rey y de D. Juan, escribe algo contra el rigor ejercido en Flandes.—Pasa á la córte el archiduque Carlos.—Su mision cerca de Felipe II.	314
Proyéctase la boda de la princesa doña Ana de Austria (la en otro tiempo destinada al príncipe D. Carlos) con el rey Felipe II.—Rentas de cada uno de los grandes flamencos rebelados contra Felipe II.—Prision de Montigny.	315
Tratan sus amigos de proporcionarle la fuga.—Ardid.—Se frustra el proyecto de evasion.—Síguese secretamente el proceso.—Reflexiones acerca de este incidente histórico.—Publicase en Flandes el perdon general.—Ceremonial observado en la publicacion.	316
Sospéchase que fué ganado el pregonero para que se entendiese mal por el pueblo lo que leia.—Llega de Spira á Flandes la futura reina de España.—El duque de Alba pide regresar á España con pretexto de acompañar á la reina.—Accede el rey y nombra para reemplazarle al duque de Medinaceli.—No puede moverse el de Alba, porque no llega su sucesor.—Sale escoltando á la reina D. Fernando de Toledo, prior de Castilla, hijo del de Alba.—Desembarca doña Ana de Austria en Santander.—Recibe con mucho gusto en Santovenia á sus dos hermanos los archiduques Rodulfo y	

Ernesto.—Solemne y suntuosa entrada en Segovia, á donde pasa el rey á recibir á su futura esposa, acompañado de su hermana doña Juana de Portugal. 317
 Célebrase el matrimonio á 12 de Noviembre.—La reina, aunque princesa austriaca, era española y castellana.

DECENIO OCTAVO.

Año 1571.

FIN DE LA GUERRA DE LOS MORISCOS.

Angustiosa posicion del reyezuelo Aben-Aboó.—Conjuracion contra este, fraguada por un platero de Granada.—Pónese este de acuerdo con el duque de Arcos.—Cae en poder de los soldados del reyezuelo una carta del presidente del consejo de Granada á Gonzalo el Xeniz.—Ganan los conjurados á Abu-Amer, *secretario* de Aben-Aboó. 318
 Sale Aben-Aboó de su escondite con algunos espingarderos.—Sorprende al Xeniz.—Falsedad de este *con su rey*.—Matan entre varios á Aben-Aboó, que fué el asesino de Aben-Humeya.—Original manera de trasladar á Granada los mismos conjurados el cadáver de Aben-Aboó.—Preséntanse al duque de Arcos.—Apodérase el populacho del cadáver. 319
 Barbarie del pueblo.—Epitafio de Aben-Aboó.—Termina completamente la guerra de los moriscos. 320

LEPANTO.

Selim II, hijo y sucesor de Soliman II.—Sus proyectos sobre la isla de Chipre.—Posesiónase el turco de casi toda la isla.—Resiste Famagusta, capital de aquella. 321
 Implora Venecia, á cuya república pertenecia Chipre, el auxilio de las naciones cristianas.—Roma y España son las únicas que la ofrecen apoyo.—Mándala Pio V doce galeras. 322
 Manda asimismo á España un legado apostólico, para que decida á Felipe II en favor de Venecia.—Acude á la atribulada republica Felipe II con las galeras de Sicilia.—Reúnense en Corfú las armadas española, romana y veneciana.—Manda el rey de España sus embajadores extraordinarios (los cardenales Granvela y Pacheco) á Roma.—Da el Padre Santo su plenipotencia á cinco cardenales, y Luis Mocénigo á Giovanni Soranzo y Michele Suriano.—Surgen dificultades, originadas por la altanera y suplicante Venecia. 323

- Páctanse las condiciones que han de servir de base á la *Santa Liga*.—Es nombrado jefe supremo de aquella el bizarro don Juan de Austria.—Orden de marcha que llevan las escuadras de España, Roma y Venecia al dirigirse al socorro de Chipre. 324
- El viento contrario no les permite avanzar.—Pierden los venecianos á Nicosia.—Discordias entre los confederados.—El almirante d'Oria da por terminado su compromiso y quiere regresar á Sicilia.—Cuestion con Marco Antonio Colonna, almirante de Roma. 325
- Cuestion entre el almirante romano y el de Venecia.—Sepáranse las escuadras.—Regresa á Sicilia Juan Andrea d'Oria.—Depone Venecia al almirante Zanne y le reemplaza con Sebastiano Veniero.—Artera y doble política de Venecia.—Barbarie de Selim II.—Colonna, almirante romano, se dirige á Venecia, para dar en rostro á la falaz república con su mal proceder.—Desprecia el turco á Venecia.—Pío V llama á su presencia á sus representantes, á los de España y á los venecianos. 326
- Solemne juramento que les hace prestar.—Llega á Madrid el cardenal Alejandrino con la concesion pontificia del Excusado, la Cruzada y la confirmacion del subsidio.—Toma rumbo á Chipre la escuadra veneciana.—Formidable escuadra del gran turco.—Uluch-Ali.—Intérnase en el golfo de Venecia.—Dirigese á Corfú, para esperar órdenes de Constantinopla.—Estrechan los turcos el sitio de Famagusta.—Heróicos esfuerzos de los venecianos. 327
- Capitulacion.—Infamia de Mustafá, caudillo supremo de los turcos, en Famagusta.—Asesinato cruel y villano de *Astor Baglioni*, general de las armas, *Giovanni Martinengo*, director de la artillería, y *Curcio Querini*, de las fortificaciones. 328
- Bárbaro y horrible martirio de *Marco Antonio Bragadino*, gobernador de la plaza de Famagusta y de su ciudadela.—Valor de este héroe.—Lleva su ferocidad Mustafá hasta más allá de la muerte de Bragadino.—Con tal motivo apresura la Santa Liga sus preparativos de guerra. 329
- Llega á Madrid el valeroso D. Juan de Austria.—Reúnesse á sus sobrinos los archiduques Rodolfo y Ernesto, hijos del emperador Maximiliano II.—Toma D. Juan la vuelta de Barcelona.—Su entrada triunfal en la capital de Cataluña.—En esta se le reunen su teniente D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, del orden de Santiago, don Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz, D. Sancho de Leiva, almirante de España, y D. Juan de Soto, secretario de D. Juan de Austria.—Este se da á la vela, con los bizarros tercios españoles, sin rival en Europa.—Desembarca felizmente en Génova.—Obsequios y felicitaciones que recibe.—Avisa D. Juan á Pío V y al dux de Venecia, de su llegada.—Ordena al marqués de Santa Cruz que se traslade á Nápoles y provea á la escuadra de cuanto la sea necesario. 330
- Encuétrase con su querido sobrino y compañero de infancia

Alejandro Farnesio, nieto del emperador Carlos I.—Sale D. Juan de Génova y se traslada á Nápoles.—El cardenal Granvela, en representacion de Pio V, le entrega el estandarte de la Santa Liga.—Explicacion de esta memorable y veneranda enseña.—El temporal detiene á D. Juan en Nápoles.—Embárcase, y el pueblo en masa le saluda y aclama hasta que le pierde de vista.—Llega á Messina y es recibido con frenético entusiasmo.—Unese en dicho puerto á las armadas de Roma y de Venecia.	331
Hállanse reunidas TRESCIENTAS TRECE NAVES; <i>ciento sesenta y cuatro</i> , las mejores, son españolas.—Encierran en su seno los buques <i>cien mil</i> hombres.—Palabras de D. Juan al notar el desórden de la armada veneciana.—Pasa D. Juan <i>muestra</i> al numeroso y brillante ejército.—Llega monseñor Odescalco, con las concesiones pontificias.—Prepárase cristianamente el ejército.—Sale de Messina.—Llega á Corfú. . . .	332
Arriba á Cefalonia.—El dia 7 de Octubre, de eterna y gloriosa memoria, festividad de NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, llega la armada de la Santa Liga al golfo de Lepanto.	333
APÉNDICE.	335



ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
9	1	y que	que
25	2	por la costa	por la córte
30	13	menos aun á	menos aun quisieron
35	28	los reclutas	las reclutas
54	34	elector	landgrave
64	16	y de Castilla	de Portugal y de Cas- tilla
121	20	ni de intrigas	y de intrigas
145	1	remitiese	remitiesen
156	5	dirigo	dirigió
180	22	á que	á impedir que
200	41	consesuencia	consecuencia
220	27	lo que en el	lo que con el
230	8	stesso nel giorno	stesso giorno
262	36	numeraria	numérica
263	40	diez y ochos	diez y ocho
284	33	los segundos	las segundas
308	19	le ponen	ponen

ERRATAS.

Página.	Linea.	debe decir.
308	19	lo ponen
284	33	los segundos
263	40	diez y ocho
262	30	numérica
230	8	atraso del giorno.
220	27	lo que en el
200	41	consecuencia
180	22	á que
176	7	ditto
145	1	remisiones
131	30	ni de intrigas
64	16	y de Castilla
54	34	efector
35	32	los recibos
30	13	menos aun á
25	2	por la costa
9	1	y que
308		ponen
284		las segundas
263		diez y ocho
262		numérica
230		atraso giorno
220		lo que en el
200		consecuencia
180		á impedir que
176		ditto
145		remisiones
131		y de intrigas
64		de Castilla
54		de Portugal y de Cas-
35		landgrava
30		los recibos
25		menos aun puzaxon
9		por la costa
		que

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

ESPAÑOLES QUE SE APODERAN DE LAS BARCAS ENEMIGAS, página 50, dando frente á la 51.

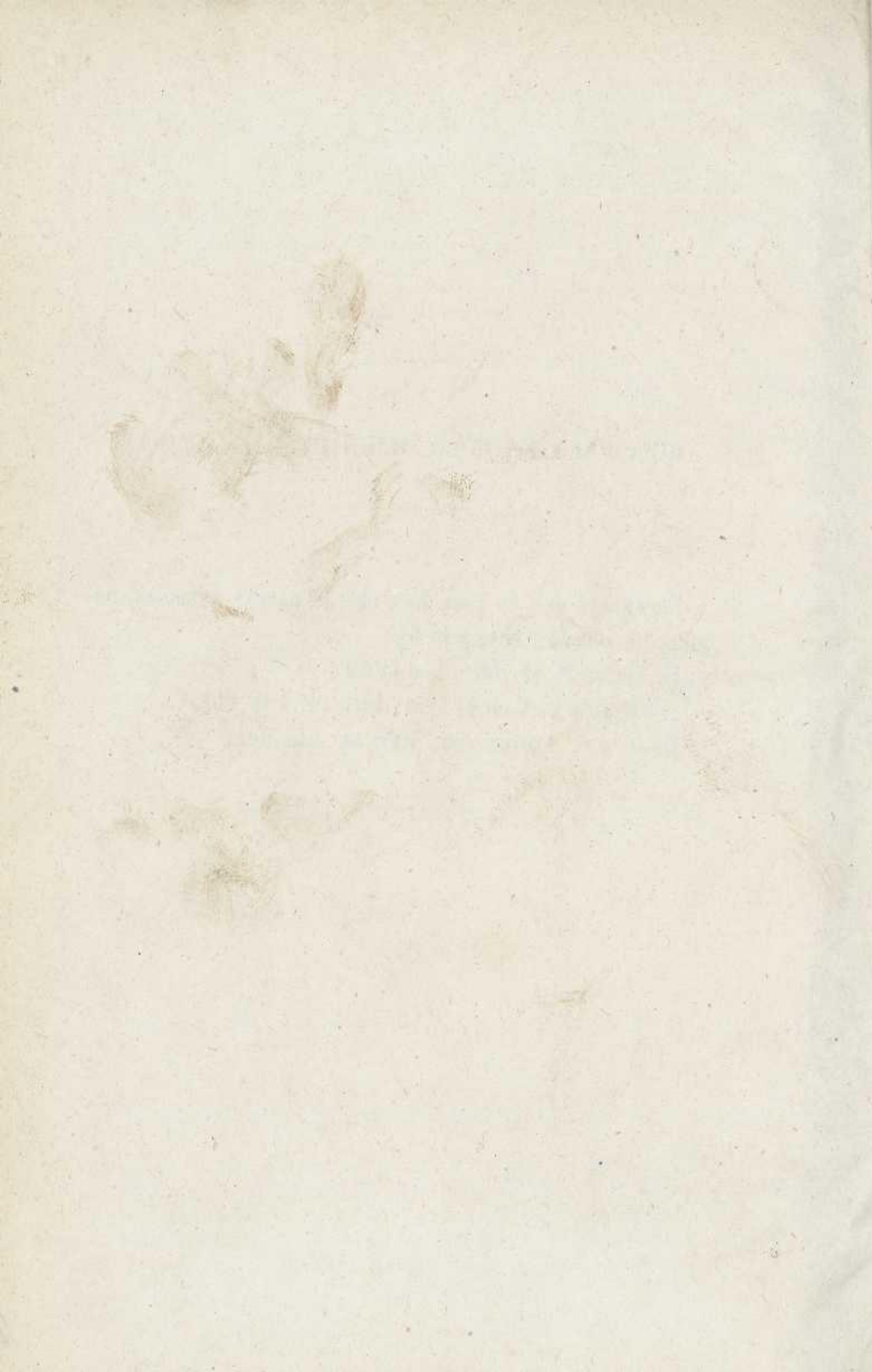
D. FELIPE II, id. 68, id. á la 69.

ABDICACION DE CÁRLOS I, id. 110, id. á la 111.

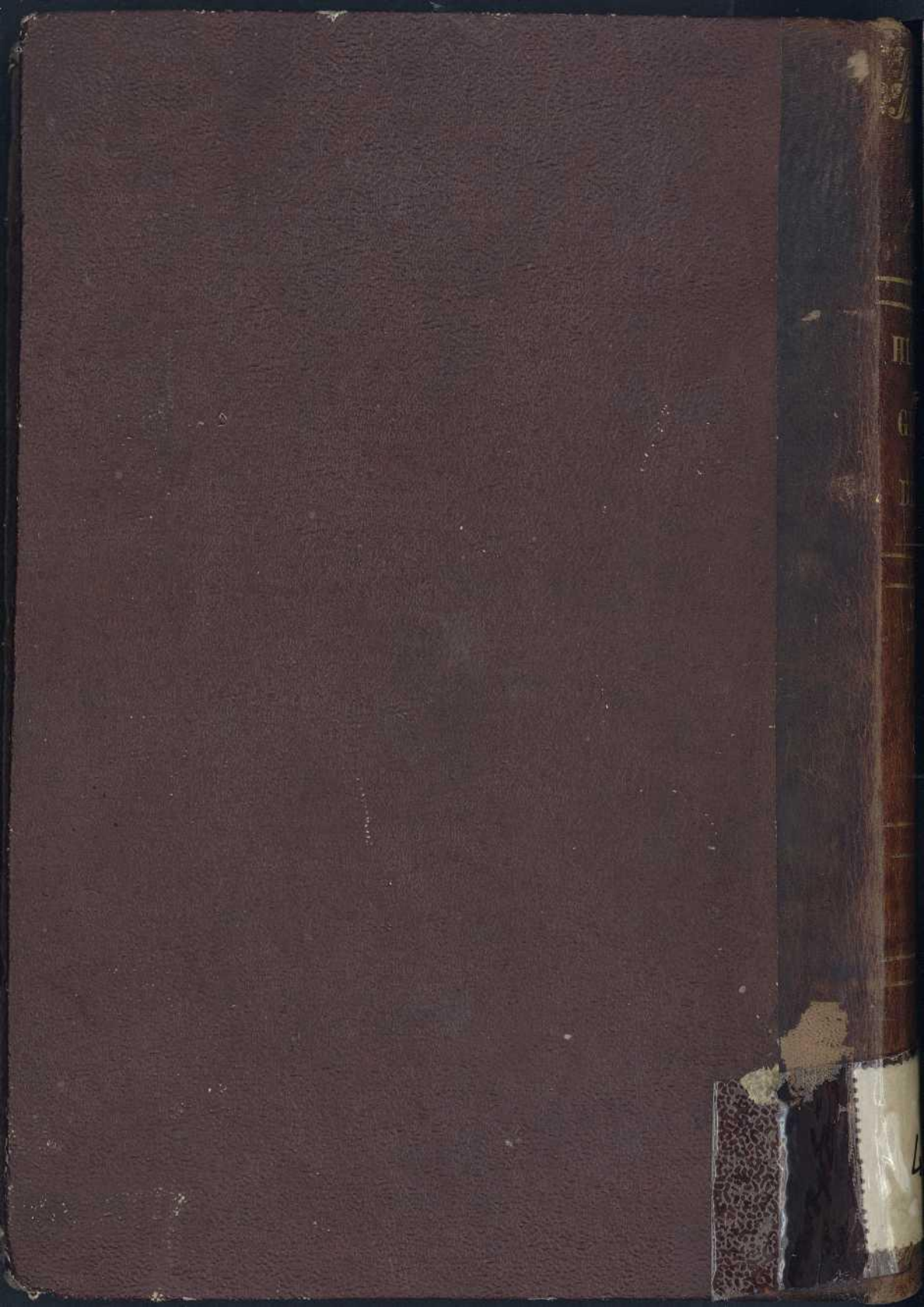
D. JUAN DE AUSTRIA, id. 303, id. á la 302.

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Españoles que se apoderan de las barcas kenigas, pá-
gins. 50, dando frente á la 51.
D. Felipe II, id. 68, id. á la 69.
Abdicacion de Carlos I, id. 110, id. á la 111.
D. Juan de Austria, id. 202, id. á la 203.










HISTORIA
GENERAL
DE ESPAÑA



8

4332